QUINTO DE ESMIRNA

POSTHOMÉRICAS

EDITORIAL GREDOS

QUINTO DE ESMIRNA

POSTHOMÉRICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

MARIO TOLEDANO VARGAS



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 327

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JORGE CANO CUENCA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 40042-2004.

ISBN 84-249-2731-1.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

EL AUTOR: NOTICIA BIOGRÁFICA

De la vida del poeta épico Quinto de Esmirna, como de las de tantos otros autores de la Antigüedad grecolatina, son escasos los datos biográficos de los que en nuestros días podemos disponer. Lo cierto es que, en los exiguos y tardíos testimonios que con escuetas referencias a aquél se nos han conservado (pero sobre los que no hay, al menos, ninguna sombra de duda), apenas si tenemos confirmación de su identidad y de la atribución de la presente obra.

En efecto, sólo los escolios homéricos (concretamente, el escolio AD Gen a *Il.* II 220) y dos eruditos escritores ya del siglo XII, Juan Tzetzes (en *Posth.* 10, 13, 282, 522, 584 y 597; *Prooemium in Il.* v. 482; y los escolios a Licofrón, *Alej.* 61 y 1048) y Eustacio, el arzobispo de Tesalónica (en la misma Introducción a su *Comentario* de la *Il.* [pág. 5 de la edición de Leipzig] y en los comentarios a *Il.* I 468 y II 814 y a *Od.* VIII 501 y XI 546 y 592), nos llegan a transmitir el nombre del autor que nos ocupa, conocido por ellos como «Quinto», «Quinto el poeta» o (denominación ésta con gentilicio, la más común hoy, que hallamos en Tzetzes

en *Exeg. in Il.*, pág. 772, 20 Bachmann, en *Chiliades* II 489 s., y en el escolio a Tzetzes, *Posth.* 282) «Quinto de Esmirna»; respectivamente en la lengua griega original, *Kóintos*, *Kóintos ho poiētḗs* y *Kóintos ho Smyrnaîos*. Asimismo, el aludido escolio y Eustacio (también en la Introducción a su *Comentario* de la *Il.*, pág. 5, donde además se nos informa de cómo el propio Quinto daba el nombre de *lógos* —y no ya, por cierto, de *rapsōidía* o «canto», como era costumbre para la poesía épica primitiva— a cada uno de los catorce libros que acabaron por configurar su poema) nos proporcionan el tradicional título de la obra, *Tà metà tòn Hómēron* o *Tà meth' Hómēron* es decir: «Lo de después de Homero», si bien lo más apropiado y preciso sería decir, aún en el original, «Lo de después de la *Ilíada* de Homero», ya que en la presente obra se van a narrar, a modo de rigurosa continuación del relato de la *Ilíada,* los sucesos finales de la Guerra de Troya.

Fuera de estos testimonios, que apenas sí nos aportan el nombre de un autor y de su obra felizmente conservada —pero que al menos resultan fidedignos—, no poseemos detalle alguno de la vida del tal Quinto, salvo los que él mismo nos ofrece (o nos pretende ofrecer) dentro de su propia creación literaria, en el célebre pasaje autobiográfico de XII 306-313:

> Y ahora, Musas, a mí, que os lo solicito, indicadme uno por uno, con claridad, los nombres de quienes penetraron dentro del caballo, de mucha cabida. Pues fuisteis vosotras quienes en las entrañas me inspirasteis todo este poema, antes incluso de que el bozo se extendiera por mis mejillas, mientras en los prados de Esmirna apacentaba mis perínclitos rebaños, no lejos del Hermo (a tres veces la distancia a la que se puede escuchar un grito), por los alrededores del

templo de Ártemis, en el Jardín de la Libertad, en una parte del monte ni demasiado baja ni en exceso elevada.

Tal pasaje en principio se nos aparece repleto de datos interesantes, ya que nos asegura la patria del autor, Esmirna (en esa mención, sin duda, se fundamentaría Tzetzes para referirse en varias ocasiones, según ya hemos comentado, al autor de estas *Posthoméricas* como «Quinto de Esmirna»), su sorprendente ocupación, al menos previa, de pastor de ovejas y su temprana dedicación a la poesía. No obstante, un riguroso estudio de los hexámetros antes traducidos llega a cuestionarse seriamente todas esas afirmaciones, por más que quieran ser tenidas por preciosas declaraciones del mismo Quinto, hasta el punto de que pueden ser consideradas como un simple cúmulo de motivos épicos convencionales. No es difícil advertir, desde luego, que nuestro poeta comienza aquí con el típico recurso, dentro del género de la epopeya, de la invocación a las Musas en busca de inspiración, cuando el propio autor, un simple e incapaz «mortal», se ve desbordado y sin suficientes fuerzas a la hora de acometer un canto extenso y complicado: Quinto, de este modo, necesitado de «ayuda» ante la magna empresa, como se ha podido leer, de elaborar el catálogo de los numerosos caudillos griegos que se introdujeron en el célebre caballo de madera, sin duda está imitando a Homero, quien en *Il.* II 484-493 ya pedía de forma similar asistencia a tales diosas para afrontar el «Catálogo de las Naves». Más aún, en todo ese supuesto pasaje autobiográfico es evidente e innegable la consciente recreación del famoso proemio de la *Teogonía* de Hesíodo (a lo largo de sus versos 22-34), donde también se nos recuerda la sobrenatural consagración poética de quien en su juventud se dedicara al pastoreo (hecho que desde entonces queda convertido, pues, en todo un tópico del género

épico: cf. también, en efecto, el fr. 2 Pfeiffer de los *Aitia* de Calímaco). E incluso la mención de Esmirna como su patria pudiera ser una invención más de Quinto, una interesada y tendenciosa referencia: para alguien de su condición literaria, un decidido continuador de la poesía homérica misma, tal ciudad resultaría un lugar de nacimiento en verdad prestigioso, ya que, como es bien sabido, era en la Antigüedad una de las pretendidas patrias del gran Homero (según sabemos, sus habitantes incluso le habían dedicado allí un templo: cf. el dato en Cicerón, *Defensa del poeta Arquías* 19, y Estrabón, XIV 1, 37). De hecho, a este respecto hemos de señalar que nuestro poeta no ha sido sólo comúnmente conocido como «Quinto de Esmirna», sino que también nos lo han presentado, hasta el siglo XVIII varios, manuscritos y, luego, ediciones (ya desde la Aldina) descendientes del códice *Hydruntinus* (prototipo de toda una familia, como en su momento examinaremos) como «Quinto de Calabria» [1], pero tal circunstancia en principio tiene una sencilla explicación (aunque tampoco queda excluido por ello el que Quinto, ciertamente, pudiera proceder de esta última ciudad [2]): fue en una villa de Calabria, en Otranto (esto es, *Hydruntum)*, donde el cardenal Besarión, a buen seguro entre 1452 y 1462, descubrió, contenidas en dicho códice, las hasta entonces olvidadas *Posthoméricas)*.

Ahora bien, a pesar de todas estas objeciones fundadas a las supuestas afirmaciones autobiográficas del propio Quinto, lo cierto es que de igual modo es posible (de hecho, a grandes rasgos, a ello se inclina en la actualidad la crítica filológica en general) defenderlas y tenerlas por veraces (ob-

---

[1] Para las citas abreviadas en las notas, cf. la nota bibliográfica final.

[2] Cf. el comentario de TH. MEANS en «Incidental observations on the *Argonautica* and *Post Homerica*...», pág. 339.

viando, por supuesto, lo que en ellas hay de evidentes licencias literarias). Y así, pocas reticencias restan hoy día a considerar la ciudad de Esmirna como la auténtica patria de nuestro poeta (por ella abogan, con diferentes puntos de vista, notables estudiosos como Ph. I. Kakridis[3], A. S. Way[4] y, siguiendo a A. Kōchly, S. E. Basset[5]). Un argumento resulta aquí determinante: en momentos puntuales a lo largo de su obra, por parte de Quinto son notorias las precisiones topográficas y acertado el conocimiento del área de Esmirna (sin ir más lejos, en este problemático pasaje del libro XII parece situarse al final con exactitud en cierta zona montañosa de Esmirna, aun cuando a nosotros nos resulten por completo desconocidos tanto ese «templo de Ártemis» como el tal «Jardín de la Libertad»[6]), y aun es indiscutible, en fin, su interés por otras muchas regiones de Asia Menor en general, con cierto llamativo desdén, en cambio, hacia la geografía de la Hélade). Así pues, en sus variados excursos sobre determinados parajes y la historia local, sobre las curiosidades naturales y los aparentes fenómenos prodigiosos de tales comarcas, incluso parece dar pruebas Quinto del testimonio ocular de quien por esas tierras habita y puede desplazarse para conocerlas en profundidad. Aunque no por ello tenga que dejar de ser considerado oriundo de aquel país, viene a dificultar notablemente esta impresión sobre Quinto su más que probable posición, sobre la que a continuación hemos de insistir, de sedentario *poeta doctus*, de erudito hombre de biblioteca que, tal como puede descubrir un atento examen

---

[3] Cf. PH. I. KAKRIDIS, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 5.

[4] Cf. A. S. WAY, *Quintus Smyrnaeus...*, pág. VI.

[5] Cf. S. E. BASSET, «The Laocoon episode...», pág. 243.

[6] Cf. las aclaraciones de F. VIAN en *Quintus de Smyrne...* I, pág. X y nota 1.

de todas esas alusiones geográficas[7], lejos de haber adquirido tan exóticos conocimientos por sus propias vivencias, trabaja de segunda mano gracias a sus numerosas lecturas, cometiendo a veces ligeros errores con las fuentes literarias manejadas, equívocos simplemente imposibles en un pretendido «poeta viajero».

También se han alzado voces en defensa de su ocupación de pastor de ovejas: ya en los *Prolegomena* a su edición de 1850 aceptaba A. Köchly esa faceta bucólica de Quinto, y para ello se apoyaba en los numerosos símiles que a lo largo de su obra describen las más variadas tareas propias del mundo rural (y, en este sentido, tal gusto por la vida del campo le llevaría a ofrecernos también otras muchas escenas de montaña y de caza). Pero la lectura en conjunto de las *Posthoméricas* permite una conclusión más evidente: Quinto demuestra un perfecto conocimiento y manejo de sus más ilustres y modélicos predecesores en el género épico, Homero, Hesíodo y Apolonio de Rodas, y aun parece bien familiarizado, según podemos alcanzar a confirmar, con la restante literatura griega en general (tragedia clásica, poesía helenística...). Es decir, como ya hemos adelantado, se nos revela Quinto todo un *poeta doctus*, un instruido lector formado en las bibliotecas y en los bancos de la escuela, donde ha podido conocer a los grandes escritores del pasado y, a partir de ellos, componer su propio poema (y así, de los citados autores épicos, y no de su experiencia y gusto personal, habría extraído buena parte de esos símiles de tema rural y campestre). De modo que difícilmente nos lo podemos imaginar al mismo tiempo como un rústico mozo ocupado en apacentar sus rebaños por los prados de Esmirna (y, dado que se habría tenido que formar desde muy joven, tam-

[7] Así lo propone F. Vian, ahora en *Quintus de Smyrne...* I, pág. XIII.

poco cabe pensar que primero se dedicara al pastoreo y luego, «inspirado por las Musas», abandonara esa profesión para inmediatamente ponerse a elaborar su obra). Así F. Vian rechaza, en efecto, las propias palabras del poeta (a quien varias veces califica, pues, de *homme de cabinet)* sobre su idílico estilo de vida en el campo, que no duda en considerar un mero artificio literario, pura imitación del famoso proemio de la *Teogonía* de Hesíodo[8]. Por lo demás, a propósito de este problema sobre la ocupación de nuestro autor, merece la pena exponer la peculiar cuestión que se plantea L. Rhodomann: se preguntaba este fundamental editor del texto de las *Posthoméricas* si la sospechosa expresión con que, según hemos leído, Quinto alude a sus ovejas, sus «períncli-tos rebaños» *(periklytà mêla* en XII 310), no es más que una metáfora con la que quiere referirse a sus alumnos quien no era en realidad sino un profesor encargado de impartirles con cuidado y atención sus enseñanzas escolares. Pero ya M. Wh. Mansur rechazó este poco sostenible postulado: para él, la única prueba de la condición de Quinto de Esmirna como maestro sería, curiosamente, su característica monotonía en el estilo[9]. Más aún, sin mucho éxito tampoco, se ha llegado a proponer que su auténtica profesión fuera la de médico, debido a que en determinados pasajes de su poema describe ciertas enfermedades y dolencias con un notable rigor técnico —en especial, S. E. Basset ha advertido la gran exactitud con que describe los síntomas y el proceso de dos enfermedades de los ojos, la oftalmía en I 76-82 y el glaucoma en XII 395-417[10]—. Para desdeñar esta propuesta basta con volver a la tesis de F. Vian de Quinto como sim-

[8] Cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, págs. IXs.

[9] Cf. M. WH. MANSUR, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 63.

[10] Cf. S. E. BASSET, «The Laocoon episode...», págs. 251s.

ple *homme de cabinet:* y así, por más que resulten deslumbrantes sus digresiones, antes de tema geográfico, ahora médico, o también, como por ejemplo comprobaremos, astronómico, no dejan de ser el fruto de sus muchas lecturas, conocimientos, aunque muy amplios, de segunda mano en un hombre en realidad carente de auténtico rigor intelectual (como bien señala J. Alsina, dista mucho Quinto ya de ser un poeta erudito al estilo de los helenísticos Calimaco y Apolonio de Rodas)[11].

Por último, de entre esas declaraciones autobiográficas, también se puede aceptar con garantías, sin tantos inconvenientes como en el caso anterior de su discutida profesión, la supuesta juventud de Quinto cuando se consagró a la elaboración de estas *Posthoméricas*. En efecto, un estudio conjunto del estilo exhibido a lo largo de todo este poema nos muestra, en un primer momento, a un escritor falto de madurez, a un principiante inexperto en el manejo del obligado lenguaje poético (incapaz de atenuar y pulir, pues, defectos tales como las monótonas repeticiones de términos o el socorrido manejo de los típicos ejercicios retóricos), pero luego nos va descubriendo la evolución del mismo, quien mejora su expresión y, como si tomara conciencia de su propio talento, logra liberarse paulatinamente de las ataduras de sus muchos modelos y encuentra así un tono más personal. A tal conclusión determinante llega F. Vian en sus minuciosos exámenes tanto de las partes narrativas de la presente obra[12] como, en particular, especialmente, de las comparaciones en ella de continuo ofrecidas (este examen concreto revela un hecho sobremanera ilustrativo: diecinueve de los veinticuatro símiles que pueden ser tenidos por originales de nuestro

[11] Cf. J. Alsina, «Panorama de la épica griega tardía...», págs. 154s.

[12] Cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 175-182.

poeta se localizan en los siete últimos libros de su composición final)[13].

Queda por hablar, en fin, ineludiblemente, de la época en que se ha de situar a Quinto de Esmirna, cuestión aún más intrincada y difícil de resolver que las anteriores, dado que la tradición literaria o filológica tardía no nos ha transmitido ninguna información sobre los años en que pudo aquél llegar a florecer como poeta, y ello ha llevado a los estudiosos modernos a postular para su vida fechas del todo dispares, que van desde la misma época homérica (tal es la opinión, hoy a todas luces errónea e inaceptable, de E. A. Berthault, quien, en concreto, consideraba las *Posthoméricas* contemporáneas de Homero, y a Quinto su editor)[14] hasta ya el siglo VI d. C. —con lo que nuestro poeta sería incluso posterior a Nono de Panópolis, fechado hacia la mitad del siglo V d. C.—. Una datación tan tardía resulta inadmisible: parece seguro que tanto el mencionado autor de las *Dionisíacas* como, más aún, sus sucesores Trifiodoro y Museo (aunque, en el caso del primero, existen en la actualidad serias dudas en cuanto a sus fechas convencionalmente tan tardías[15]) ya conocen bien a Quinto. En el inmenso poema de Nono se pueden advertir incluso puntuales imitaciones literales de los recursos estilísticos y temáticos del de Esmirna, como bien ha constatado F. Vian[16], y, en definitiva, de ser Nono anterior a Quinto, es casi imposible imaginar, a

[13] Cf. ahora F. VIAN, «Les comparaisons de Quintus de Smyrne...», págs. 48 s.

[14] Cf. E. A. BERTHAULT, *La guerre de Troie...*, pág. VIII.

[15] Cf. la datación de B. GERLAUD (ya en nuestra era, mitad del siglo III y comienzos del IV) en *Triphiodore. La prise d'Ilion*, París, 1982, págs. 8 s.

[16] Cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XIX, n. 4.

pesar del criterio de M. Wh. Mansur[17], que el primero no haya influido de algún modo en el segundo con su peculiar versificación y su estilo retórico). Fuera de estas dataciones tan extremas, pero desde luego sin apartarnos ya de la época romana[18], contamos con algunas otras propuestas bastante más moderadas (y, como a continuación veremos, más acertadas y fundamentadas): A. Köchly (y ya el viejo editor Th. Chr. Tychsen) entendía que la importancia para Quinto, como en su momento debidamente examinaremos, de la idea del Destino situaba su obra en el imperio de Juliano y los años siguientes[19]; en cambio, P. Mass sugirió que nuestro poeta incluso podría ser anterior a la era cristiana[20]; G. W. Paschal, por su parte, postulaba para él, con mayor imprecisión, el final del siglo II y el comienzo del III (siempre, por supuesto, d. C.)[21].

Se admite hoy día sin duda alguna que Quinto de Esmirna es un autor de época imperial (fechado comúnmente entre el III y el IV d. C. ya por los estudiosos de principios del pasado siglo, tales como A. S. Way[22] y M. Wh. Mansur[23]), y ello gracias a dos breves indicaciones extraídas de

---

[17] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 56, n. 5.

[18] Las razones literarias definitivas para considerar a Quinto de Esmirna al menos un poeta de época imperial las hallamos con detalle convenientemente expuestas por F. Vian en *Quintus de Smyrne...* I, págs. XIX-XXI.

[19] Cf. A. Köchly, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum...* (la ya antes mencionada fundamental edición de 1850), págs. V s.

[20] Según el precioso testimonio aportado por F. Vian en *Quintus de Smyrne...* I, pág. XIX, n. 1.

[21] Cf. G. W. Paschal, *A study of Quintus...*, págs. 13-21.

[22] Cf. A. S. Way, *Quintus Smyrnaeus...*, pág. VI.

[23] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 56.

su propia obra: en VI 531-536 se hace alusión, dentro del típico símil de herencia homérica, a la costumbre romana de las luchas entre fieras y esclavos que para dar tal espectáculo eran arrojados al anfiteatro (con lo que el poeta, por lo demás, incurre en un flagrante anacronismo, dada la legendaria época heroica en que supuestamente fija su relato), sangrientas prácticas que además sabemos que fueron prohibidas por Teodosio I (379-395 d. C.); en XIII 334-341, por otro lado, se recoge la profecía del adivino Calcante sobre la fundación de Roma junto al Tíber y su glorioso futuro por sus amplias conquistas: de acuerdo con A. Köchly y F. Vian, difícilmente se admitiría que estos versos son posteriores al 324 d. C., al nacimiento del Imperio Romano de Oriente con la fundación de Constantinopla, ya que en ellos no hay referencia alguna a Bizancio y la misma Roma parece retratada en el apogeo de su incontestable supremacía[24]. Establecido, pues, el *terminus ante quem* con esta última fecha tan concreta, determina a su vez F. Vian también el *terminus post quem* gracias a las *Haliéuticas* de Opiano (datadas hacia el 177-180 d. C.), poema que, según aquél, cuando en su composición ha recurrido a temas relativos a la pesca, Quinto sin duda ha seguido de cerca, no sólo en las ideas desarrolladas, sino también en la propia expresión. En fin, el editor francés sitúa a nuestro autor un prudencial medio siglo después del citado Opiano y lo fecha, por tanto, entre comienzos y mediados del III d. C., quizás, tratando de ser aún más preciso, tras del imperio de Alejandro Severo (emperador desde el 222 al 235), según deduce del significativo silencio de Filóstrato en sus *Vidas de los Sofistas,* donde ciertamente no se hace mención alguna de Quinto, a pesar

[24] Cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XXI.

de la abundante información en ellas ofrecida sobre los círculos literarios de Esmirna[25].

La conclusión, pues, a la que llega F. Vian es afortunada también porque permite situar a Quinto en un siglo a cuyas tendencias literarias se ajustan perfectamente el contenido y la intención de sus *Posthoméricas*: si el II d. C. había cultivado ante todo la poesía didáctica, en efecto, el postulado siglo III d. C. desarrolla con predilección la vasta epopeya narrativa, trata de hacer resurgir una épica continuadora de la prestigiosa poesía homérica, aun cuando las más veces sus resultados sean meras mediocridades. A partir de su segunda mitad, ciertamente, florece de forma especial la poesía de tema mitológico, recogida en composiciones siempre de gran extensión: Néstor de Laranda, además de elaborar una extravagante *Ilíada desprovista de una letra*, es autor de unas *Metamorfosis;* su hijo Pisandro, en tiempos por cierto del mencionado Alejandro Severo, compone en sesenta libros, toda una enorme enciclopedia mitológica, las *Teogamias Heroicas;* en Egipto, Sotérico de Oasis escribe, entre otras varias obras, una *Ariadna*... Algunos de estos poetas no dudan en rivalizar directamente con Homero y en tratar a su manera la materia de las mismas *Ilíada* y *Odisea*, mientras que otros, en cambio, no abrigan tantas aspiraciones y se contentan con recrear más bien los relatos heroicos de aquel viejo Ciclo Épico que, aun destinado a completar la exposición de los episodios de la Guerra de Troya (gran parte de ellos, como es sabido, no habían sido contados por Homero), en esta época imperial, víctima al parecer de su escaso valor literario, poco a poco ha ido cayendo en el olvido y cuyas leyendas más bien se conservan y resultan accesibles, para especialistas y escritores interesados, en va-

[25] Cf. ahora F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... I, págs. XXI s.

riados resúmenes en prosa y así, para abordar dichas leyendas, se manejan entonces ante todo los antiguos escritos de los logógrafos, tales como Ferecides y Helánico; se recurre luego a los mismos manuales de mitología, como los primeros libros de la obra de Diodoro de Sicilia y, de forma especialmente significativa, la preciosa *Biblioteca* de un tal Apolodoro; en este sentido (como hecho en verdad notorio), sin duda en el siglo II d. C., el gramático Proclo se ocupa en su llamada *Crestomatía* de ofrecernos todo un sumario de los distintos desprestigiados poemas que constituían en concreto el ciclo troyano. En esta corriente poética, pues, sin lugar a dudas, hay que ubicar a Quinto de Esmirna con sus *Posthoméricas,* ya que, más allá de la coincidente materia escogida, resultan indiscutibles su pretensión de seguir con fidelidad al mismo Homero y su intención de colmar el vacío existente entre sus dos epopeyas, laguna que de nuevo había quedado, como decimos, con el deterioro y la desaparición del aludido Ciclo Épico (y la aridez de los comentados resúmenes en prosa y manuales mitográficos era también merecedora de una superación en verso).

Un propósito similar todavía se puede advertir, bastantes años después (sean cuales sean sus fechas, problema que ya hemos insinuado), aunque en una composición ya de mucha menor extensión y con un contenido más concreto y delimitado, en *La toma de Ilión* de Trifiodoro (tal vez, en fin, un siglo posterior a Quinto)[26]. Pero, con el transcurso del tiempo, esta poesía épica aún de corte homérico poco a poco se va también olvidando para dar paso a unas creaciones que culminarán, allá por el siglo V d. C., en la figura de Nono de

[26] Este breve poema ya ha tenido la debida acogida en la Biblioteca Clásica Gredos, con introducción, traducción y notas de E. FERNÁNDEZ GALIANO, en LICOFRÓN, *Alejandra,* TRIFIODORO, *La toma de Ilión,* COLUTO, *El rapto de Helena,* BCG 102, Madrid, 1987.

Panópolis, y cuyos temas serán ya estrictamente, como es bien sabido, dionisíacos.

LA OBRA: NOTICIA LITERARIA

No es apenas necesario insistir en una circunstancia innegable: la obra que nos ocupa, las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna, ha sido desde el siglo XIX poco estimada y valorada por la filología moderna, y sólo ha despertado interés entre los estudiosos por lo que en apariencia tiene de testimonio de anteriores obras perdidas o por ser a veces preciosa fuente para otros estudios, como pueden ser, evidentemente, los de mitografía. De este modo, no es de extrañar que, por sus mismos contenidos, obtenga tal composición la más sincera estima de un estudioso como A. Ruiz de Elvira[27], y que, al mismo tiempo, en cambio, dada esa tradicional nula valoración por sus cualidades poéticas en sí, en su ejemplar y vasto repaso de la literatura griega A. Lesky poco más diga de Quinto, con evidente desprecio y desinterés por él, que resulta ser un «muñidor de versos»[28].

Así pues, en esta última línea de común apreciación negativa, con el paso de los años los especialistas han hecho notar una y otra vez los indiscutibles defectos manifestados en su obra por Quinto, entre los cuales destacan (a modo de

[27] Cuando en sus complejos estudios mitográficos ha de recurrir a los valiosos testimonios aportados por las *Posthoméricas*, son varias las ocasiones en que queda manifiesto su aprecio por esta obra (cf., por ejemplo, las palabras que, mencionada sin más de pasada, se le dedican en A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, 2.ª ed., Madrid, 1982, pág. 394).

[28] Cf. A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, versión española de J. M.ª Díaz-Regañón y B. Romero, Madrid, 1968, pág. 848.

compendio) la servil imitación de Homero (advertida sobre todo por A. W. James[29], aun cuando lo cierto es que los poetas épicos tardíos habían de depender de Homero casi por exigencia del género que practicaban, y a menudo, como ya sabemos, era su meta emularlo lo más posible), la monotonía (reprochada, entre otros, por S. E. Basset[30] y Th. Means[31]) y la falta de inspiración poética (M. Wh. Mansur le niega a nuestro poeta, en efecto, cualquier atisbo de genialidad[32]). En todo caso, la recurrente comparación (quizás inevitable, pero desde luego desmedida) de Quinto con quien era su principal fuente de inspiración, con el mismísimo Homero, no hace sino hundir sin remedio al de Esmirna, que carece del genio del autor de la *Ilíada* y la *Odisea,* y que ni siquiera puede lograr ya, tantos siglos después, reproducir la viveza y la lozanía de la ilustre épica arcaica.

No obstante, en las últimas décadas unos cuantos investigadores han optado por una estimación más positiva de la obra conjunta de Quinto de Esmirna, ya que han sabido descubrir en ella ciertos valores hasta el momento apenas atisbados por la crítica filológica. Ya en 1954, en su arriba comentado minucioso estudio sobre las comparaciones empleadas por Quinto, revelaba F. Vian una segura evolución técnica en el poeta, según la cual lograba éste liberarse poco a poco precisamente de esa servidumbre homérica (así como de su dependencia de otros muchos modelos) y alcanzaba un estilo algo más personal[33]. Pero fue unos pocos años más tar-

[29] Cf. A. W. James, «Some examples of imitation...», pág. 77.

[30] Cf. S. E. Basset, «The Laocoon episode...», pág. 250.

[31] Cf. Th. Means, «Incidental observations on the *Argonautica* and *Post Homerica...*», pág. 339.

[32] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, págs. 2 y 68.

[33] Cf. F. Vian, «Les comparaisons de Quintus de Smyrne...», pág. 42.

de, con la publicación en 1959 de su valiosísimo análisis ahora global sobre las *Posthoméricas*[34], cuando este mismo profesor francés insistió en arrojar una nueva luz, esta vez mucho más favorable, sobre la apreciación literaria de nuestro autor. Para F. Vian, dentro de esa inevitable servil dependencia y a pesar de su falta de talento, Quinto supo ser un digno sucesor de Homero, ante todo porque fue capaz de retomar las leyendas sobre el final de la Guerra de Troya con un auténtico respeto hacia la narración homérica, es decir, tratando de remontarse hasta la misma épica arcaica, renunció a los elementos novelescos con los que en su época a menudo se recreaban esas antiguas historias, y aun se abstuvo las más veces de cualquier marca de alejandrinismo, e igualmente, manejó con espíritu crítico sus numerosísimas lecturas y acertó a quedarse con los relatos tratados de acuerdo con el espíritu de la vieja epopeya, relatos que, a pesar de su procedencia de los más variados géneros, se cuidó de presentar en un único y conveniente tono (ése que, a la postre, provoca la tan reprochada monotonía)[35]. En este mismo sentido, tres años después elaboró Ph. I. Kakridis una imprescindible monografía donde, aunque con otros puntos de vista, se ha querido también hacer justicia a Quinto, tenido por un gran poeta de su tiempo si nos atenemos a las conclusiones de un interesante artículo de A. Ferrua —según el cual el cultivo de la poesía, allá por el siglo IV d. C. en que pudo aquél haber vivido, era factible como una profesión más, para la que se requería buena voluntad, una cierta habilidad y un diestro aprendizaje de las técnicas

[34] Esta obra, ya citada en una ocasión anterior con la oportuna abreviación, son sus fundamentales *Recherches sur les Posthomerica de Quintus de Smyrne*, París, 1959.

[35] Cf. toda esta valoración de F. Vian en sus conclusiones de *Recherches...*, págs. 108 s.

de versificación y, por supuesto, un amplio conocimiento de los autores de la Antigüedad, pero no, precisamente, vena poética—[36].

La estructura

Insistiendo en esa línea de constantes reproches hacia la modesta obra de Quinto de Esmirna, hemos de señalar ahora otro de los defectos que con más recurrencia se le han achacado a las *Posthoméricas:* su lamentable falta de una estructura orgánica, dado que los catorce libros de que se componen no contienen en realidad más que una simple sucesión de acontecimientos sin otra conexión que el inevitable orden cronológico (por ejemplo, S. E. Basset ha destacado esa ausencia de una verdadera conexión a lo largo de todo el poema y la inexistencia en él de una auténtica trama[37]). Es de notar, en cualquier caso, que esta carencia se puede justificar, y en cierto modo perdonar, si tenemos bien presentes las intenciones mismas del autor a la hora de elaborar la presente obra: su pretensión era, como es sabido, continuar la narración de la *Ilíada* y completar la legendaria historia hasta llegar a la caída de Troya, de modo que había de comenzar el relato *in medias res,* sin proemio o introducción de ningún tipo (partiendo, por lo tanto, de los sucesos inmediatamente posteriores a la muerte y los funerales de Héctor), y sin más dedicarse a contar uno tras otro los variados episodios que, en secuencia más o menos forzada, la tradición le imponía. Aun con sus frecuentes variantes y versiones dispares, desde luego, no podía apartarse Quinto apenas

---

[36] Cf. PH. I. KAKRIDIS, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 218.

[37] Cf. S. E. BASSET, «The Laocoon episode...», págs. 250s.

de la saga troyana canónica en pro de una más elaborada y cuidada composición final[38].

Por otra parte, si bien es innegable esa falta de una rigurosa unidad a lo largo de las *Posthoméricas,* F. Vian ha sabido ver, dentro de su abrumadora diversidad episódica, notables elementos de cohesión al menos entre algunos pocos libros consecutivos, de suerte que en buena medida logran éstos, en sus respectivos casos, formar un todo temático y consiguen al final la gradación y culminación oportunamente exigibles. En efecto, se puede argumentar con garantías una cierta unidad de contenidos para los libros I-IX, en tanto que, a pesar de sus muchos y variados acontecimientos, presentan como indiscutibles protagonistas de los eventos de la Guerra de Troya a la familia Eácida, a Aquiles (por supuesto) y a su sucesor, su hijo Neoptólemo. Los cinco primeros libros, ciertamente, aun cuando se centran cada uno en otros personajes o episodios concretos (el I en Pentesilea, el II en Memnón, el V en el famoso «Juicio de las Armas»...), tienen como figura esencial al mismo Aquiles, de quien se cuentan sus últimas hazañas, su muerte y funerales y los juegos celebrados en su honor; los cuatro siguientes narran la incorporación al conflicto de su hijo Neoptólemo (con quien enseguida se recuperan, en una intencionada continuación de las mismas características de irreprochable héroe de epopeya, las excelencias del anterior protagonista), y su marcado enfrentamiento con su directo rival Eurípilo, el último gran aliado venido a su vez en ayuda de los troyanos, se desarrolla en ellos *in crescendo* hasta culminar en su trascendental duelo a mitad del libro VIII, no por casualidad emplazado, pues, en el centro mismo de todo el poema. Una

[38] Para esta justificación de la escasa estructura resultante en las *Posthoméricas,* cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XXVI.

estimación similar es posible, por su parte, en el caso de los libros XII y XIII (y aun, en buena medida, el XIV), puesto que se hallan plenamente dedicados a las diversas vicisitudes a propósito de la toma de Troya. En fin, no duda F. Vian en considerar las *Posthoméricas* como una sucesión de episodios más o menos independientes dentro de un todo ensamblado con relativa habilidad (aunque carezca a la postre de unidad global), cuyo interés dramático se recrea a su manera en cada uno de esos varios núcleos temáticos, en vez de ir progresando a través de sus catorce libros, con la debida gradación, hasta la resolución que conlleva el final de esta epopeya[39].

Las fuentes

He aquí la cuestión, como ya apuntamos al comienzo de este gran apartado, con la que, con diferencia, se ha tratado de hacer algo más interesante y complejo el estudio de nuestro desdeñado autor. Como bien hemos ido comentando en su momento oportuno, se tiene a Quinto tanto por un ilustrado hombre de muchas lecturas como por un poeta las más veces imitador de antiguos escritores prestigiosos, de manera que son numerosas y variadas las investigaciones respecto a los autores y las obras de los que se ha servido como recurrentes modelos para su propia composición. Sucede, por lo demás, que esta fundamental cuestión de las fuentes de las *Posthoméricas,* si bien, por supuesto, no se encuentra de forma definitiva solucionada (de hecho, en no pocos aspectos resulta irresoluble y las lagunas son notables), sí ha recibido pleno tratamiento y se halla muy bien tratada, por

[39] Para todas estas perspicaces apreciaciones del editor francés, cf. también F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XXVI.

parte de F. Vian en sus tan eruditas como perspicaces disertaciones[40].

Una primera circunstancia, desde luego, se ha de tener bien presente. Sostenía A. Köchly que el único modelo de Quinto de Esmirna había sido Homero, aun cuando también aceptaba que en determinados pasajes se pudiera constatar una puntual influencia de Hesíodo y de Apolonio de Rodas[41]. En efecto, no hay duda de que a Homero se deben, como no podía ser de otro modo por las exigencias mismas del género épico, el estilo, la métrica, el vocabulario y, en definitiva, el planteamiento del poema. Pero, en todo caso, tal apreciación de A. Köchly simplifica sobremanera el problema esencial de las fuentes e impide abordarlo en la exigida profundidad: es evidente que de Homero solo no pudo nuestro poeta haber tomado los contenidos de su obra (apenas si se apuntaban en la *Ilíada* y la *Odisea* las historias que tienen cabida en las *Posthoméricas),* y que, por el contrario, como manifiestan la diversidad y riqueza temática observadas en ella, las lecturas de Quinto han debido de ser muchas y variadas. Con esta premisa, pues, se ha de afrontar la difícil cuestión que ahora nos ocupa.

Dentro de ella, una notable discusión se centra en la posibilidad de que Quinto haya recurrido como fuente principal, y aun única, a los antiguos poemas que por su contenido más le facilitaban su labor, esto es, a las obras que constituían el llamado Ciclo Épico (a grandes rasgos, de los siglos VII y VI a. C.), varias de las cuales estaban encargadas, como sus *Posthoméricas,* de narrar los episodios finales de

---

[40] Cf., ante todo, el extenso y completo estudio de F. Vian, *Recherches...*, págs. 17-109, y, en una exposición posterior más resumida, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXVIII-XXXV.

[41] Cf. A. Köchly, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum Libri XIV,* págs. XXVI ss.

la Guerra de Troya y de colmar así el vacío existente entre las dos epopeyas de Homero. Ante esta sencilla evidencia, ya en 1783 Th. Chr. Tychsen tenía el firme convencimiento de que tal Ciclo había de ser el modelo fundamental de que se había servido Quinto[42] (resultan innegables, desde luego, las correspondencias temáticas de esos distintos poemas con los sucesivos libros de las *Posthoméricas*, tal como más tarde ha expuesto Th. Means: los cuatro primeros coinciden con el argumento de la *Etiópida*, los ocho siguientes con la historia de la *Pequeña Ilíada*, el decimotercero cuenta los mismos hechos que el *Saco de Troya* y el decimocuarto abarca los relatos de los *Regresos)*[43]; todavía en el siglo xx, pues, esta tesis ha contado con numerosos partidarios, tales como M. Wh. Mansur (en una investigación sobre el uso de los epítetos por parte de Quinto, terminó por defender su empleo casi exclusivo de los Cíclicos, aunque sin descartar ciertas reminiscencias en él de la tragedia clásica)[44], W. H. Willis (quien a su vez ha examinado con detalle los juegos fúnebres del libro IV, cuya estructura, orden de las pruebas y premios también le hacen posicionarse a favor del Ciclo)[45] y A. R. Sodano (dedicado a estudios monográficos sobre los episodios concretos de Pentesilea, de Memnón, de la muerte de Aquiles y de las bodas de Tetis y Peleo, se pronuncia siempre en defensa de la influencia de los Cícli-

---

42 Cf. Th. Chr. Tychsen, *Commentatio de Quinti Smyrnaei...*, pág. 32 (y cf. luego, tras la publicación dos años después, en 1785, del hasta entonces desconocido sumario de Proclo, cómo mantiene esta opinión en su edición de 1807, págs. LVI-LXXVIII.)

43 Cf. Th. Means, «Incidental observations on the *Argonautica* and *Post Homerica*...», pág. 340.

44 Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters*..., págs. 46-53.

45 Cf. W. H. Willis, «Athletic Contests in the Epic...», págs. 398 y 410.

cos)[46]. Por el contrario, A. Köchly, en aquella defensa a ultranza de Homero como modelo casi exclusivo de Quinto, rechazaba tales poemas con determinación, fundamentándose además en la supuesta pérdida ya del viejo Ciclo Épico en tiempos de nuestro autor y en las significativas diferencias que se observan entre los relatos del de Esmirna y los resúmenes que al menos se nos han conservado de aquellas desprestigiadas obras, como ya comentamos, gracias a la *Crestomatía* de Proclo[47]. Por su parte, en sus ya mencionadas investigaciones pormenorizadas, F. Vian ha refutado debidamente a esos partidarios del Ciclo y, con todo, ha optado por una plausible postura moderada: en ningún caso Quinto se ha dedicado a ofrecer una reedición simplificada y unificada de aquellas remotas composiciones, a las que aún pudiera acceder en una lectura directa, pues son demasiado notorias las discrepancias argumentales que, en efecto, podemos acertar a asegurar entre las *Posthoméricas* y lo que hemos alcanzado a conocer (por los escasos fragmentos y por el sumario de Proclo) del arruinado Ciclo (fuera de toda duda está, por ejemplo, el que los libros VI-XI no deben nada a la *Pequeña Ilíada);* antes bien, cabe imaginar que nuestro poeta recurrió a recientes (y por ello con seguridad accesibles) compilaciones mitográficas donde todavía se podían recordar, aunque ya de segunda mano, los episodios finales de la Guerra de Troya, consagrados, eso sí, por la *Etiópida,* la *Pequeña Ilíada,* el *Saco de Troya* y los *Regresos* (aunque en esta época tardía, cuando Quinto busca sus modelos para trabajar, contaminados por otras muchas variantes y versiones nuevas)[48].

---

[46] Ver artículos citados en la bibliografía.

[47] Cf. A. Köchly, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum...*, págs. XXVI ss.

[48] Cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 87-94.

Frente a toda esta polémica en que se sostienen posturas tan discrepantes, pocas dudas ofrece, en cambio, como ya hemos apuntado en alguna ocasión, la influencia que el prestigioso género de la tragedia ha podido ejercer en Quinto a la hora de elaborar su poema. Un hecho parece del todo indiscutible: cualquier intelectual y estudioso de su época debía de contar en su biblioteca con los ejemplares de los grandes trágicos, y Quinto, pues, necesitado de modelos para su tarea, no podía ignorar en muchas de sus narraciones las magníficas (y a menudo predominantes) versiones de genios como Esquilo (empleado en menor medida, como enseguida constataremos), Sófocles y Eurípides. Así pues, son notables los ecos en las *Posthoméricas* de piezas como el *Ayante* de Sófocles —para el relato del suicidio del Telamonio en el libro V, tras el incidente del «Juicio de las Armas»—, el *Filoctetes* del mismo y, sobre todo (aunque en ello existen ciertas vacilaciones y reservas), el hoy perdido de Eurípides —por supuesto, para los detalles, en la segunda mitad del libro IX, de la lamentable historia de este tan formidable como desdichado guerrero—, o las *Troyanas* y la *Hécuba* de este último —para diversos episodios, a lo largo de los libros XII-XIV, relacionados con la toma de Troya, como la suerte de las cautivas y el sacrifico de Políxena—, así como, para acontecimientos ya más concretos, sus *Suplicantes* (de cuyo relato del suicidio de Evadne es una clara evocación el de Enone al final del libro X) y sus *Fenicias* (de donde se toman varios motivos para la inevitable recreación, ahora en la segunda parte del XI, de una *teichomachía).* De entre las obras que por el contrario se nos han perdido, además del mencionado *Filoctetes* de Eurípides, se ha propuesto (aunque en cada uno de estos casos se plantean serias reticencias, debido a nuestros ya precarios conocimientos) la utilización por parte de nuestro autor, so-

bre todo, de los *Etíopes* de Sófocles y del *Memnón* y la *Psychostasía* de Esquilo (para la leyenda del caudillo aliado Memnón en todo el libro II), de los *Escirios* de Sófocles (para el episodio, a lo largo de buena parte del VII, de la embajada griega a Esciros con el objetivo de la incorporación de Neoptólemo a la guerra), y, en fin, del *Laocoonte* del mismo trágico (para los peculiares detalles del castigo de este famoso personaje, en la segunda mitad del libro XII)[49].

Fuera de este género concreto, se puede afirmar con rotundidad, por lo demás, que Quinto ha aprovechado en su obra otras muchas de sus variadas lecturas, que si bien no se pueden llegar a tener por parte de sus modelos fundamentales, sí resultan dignas de consideración por haber servido como puntual fuente de inspiración en el desarrollo de un tema concreto o en el empleo de determinadas expresiones y recursos literarios[50]. En primer lugar, dado que nuestro poeta se había propuesto elaborar una epopeya, era inevitable que, aparte de Homero, tuviera bien presentes a sus otros dos más renombrados predecesores en el género épico, éstos son, Hesíodo (más allá de aquellas estimaciones ya de A. Köchly en los *Prolegomena* a su edición de 1850, M. L. Mondino, en efecto, ha observado en la obra de Quinto numerosos elementos que, aun perteneciendo propiamente a la dicción formular de este género, no se deben en su origen a

---

[49] Para una breve exposición de esta sencilla cuestión sobre la influencia de la tragedia clásica en las *Posthoméricas* (y para una oportuna relación también, puesto que nosotros no hemos estimado necesario reseñarlos arriba, de los especialistas modernos que más han abogado por tal fundamental presencia en la obra de Quinto), cf. F. VIAN, *Recherches...*, págs. 94 s.

[50] Para todas estas posibles fuentes de las que a continuación vamos a hablar, cf. las exposiciones de F. VIAN en *Recherches...*, págs. 101-107 y en *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXX-XXXII.

Homero, sino a Hesíodo[51]) y Apolonio de Rodas (seguro modelo para multitud de expresiones y comparaciones, así como para algunos pasajes precisos, como, entre otros estudiosos, han reconocido, una vez más, A. Köchly, M. L. Mondino y F. Vian). Por otro lado, ha aprovechado también Quinto en su poema valiosas aportaciones de la misma literatura helenística (y aun ya de la de época imperial): entre otras varias obras, la *Alejandra* de Licofrón (para el particular tratamiento de algunos pasajes, como, dentro sólo del libro XIII, los del destino de los Enéadas, la violación de Casandra y la prodigiosa desaparición de Laódice), las llamadas *Theriaca* de Nicandro de Colofón (para los minuciosos detalles de la purulenta herida de Filoctetes, en la ya referida segunda mitad del IX), los *Fenómenos* de Arato (para los ineludibles excursos y símiles de tema astronómico), las *Haliéuticas* (o *De la pesca)* de Opiano (para las varias digresiones sobre tipos de pesca), las *Ixéuticas* de un tal Dionisio (para la metamorfosis de los etíopes compañeros de Memnón, al final del libro II), e incluso algunos simples epigramas recogidos en la *Antología Palatina* (como el de Antífilo de Bizancio, en VII 141, para la descripción, aquí a mitad del libro VII, de la tumba de Protesilao). Un autor en el que se descubren sorprendentes paralelismos con puntuales episodios de la obra de Quinto (sobre todo, el de la detallada recepción de Neoptólemo en el campamento aqueo, al final de ese libro VII) es el novelista Dictis, aunque lo más probable es que tanto aquél como éste en realidad hayan contado para sus relatos con fuentes literarias comunes (o quizás suceda que sus argumentos coincidentes se deban a una misma difusa formación escolar). En fin, como ya he-

[51] Cf. M. L. Mondino, *Su alcune fonti di Quinto Smirneo...*, págs. 32-34.

mos apuntado con anterioridad, es muy probable que también se haya servido nuestro poeta de ciertos tratados mitográficos, que tan útiles le resultaban con sus compilaciones de las antiguas leyendas (F. Kehmptzow, sin ni siquiera haber conocido aún la ejemplar *Biblioteca* de Apolodoro, desarrolló ya largamente la tesis de la presencia en las *Posthoméricas* de un *libellus mythographicus*[52]).

Finalmente, un último grupo de posibles fuentes da ocasión a nuevas duras controversias, puesto que dista mucho de considerarse resuelto el arduo problema de la pretendida influencia también en las *Posthoméricas* de determinadas obras ya de la literatura latina[53]. Desde Th. Chr. Tychsen[54], muchos especialistas habían rechazado la inspiración de Quinto también en una serie de destacados autores latinos, pero tras los estudios de J. Th. Struve[55] han sido más numerosos, en cambio, los defensores de la hipótesis favorable a esta influencia. Aun cuando hay quienes entienden, de entre los primeros, que difícilmente un escritor griego volcaría su interés en las obras latinas para llegar a convertirlas en modelos de imitación (la costumbre, como es bien sabido, era la contraria: los autores latinos leían, asimilaban e imitaban a los clásicos griegos), tampoco cuesta imaginarse, tal como juzgan los segundos, que un poeta como Quinto de Esmirna, que posee un nombre latino, que se atreve a proclamar el poderío de Roma (como ya indicamos, en XIII 334-341) y que procede de una ciudad minorasiática sometida a los romanos desde el 133 a. C., haya accedido a las obras latinas

---

[52] Cf. F. Kehmptzow, *De Quinti Smyrnaei fontibus...*, págs. 4 ss.

[53] Para los pertinentes planteamientos de toda esta última cuestión, cf. también F. Vian, *Recherches...*, págs. 95-101 y *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXXII-XXXV.

[54] Cf., en su ya conocida edición de 1807, págs. LIXs.

[55] Cf. J. Th. Struve, *De argumento carminum epicorum...*, II.

en su texto original (la penetración de la lengua y la literatura latinas en ese Oriente helenizado es ya segura durante la época imperial) y haya optado por utilizarlas convenientemente para su propia composición. En opinión de estos últimos estudiosos, resultan determinantes los frecuentes paralelos entre las *Posthoméricas* y la misma *Eneida* de Virgilio (descubiertos sobre todo, por supuesto, en su libro II, donde también se contaba la caída de Troya y en concreto aparecían e intervenían de forma igualmente notoria que en aquéllas los personajes de Sinón y Laocoonte). R. Keydell ha postulado la presencia también de las *Metamorfosis* de Ovidio, de las *Troyanas* y el *Agamenón* de Séneca y aun del *Sobre la república* de Cicerón (donde se contiene el famoso «Sueño de Escipión», que habría servido de modelo para el a su vez llamado «Sueño de Neoptólemo» del libro XIV)[56]; años más tarde, se han mantenido en esta postura filólogos como Ph. I. Kakridis (para quien, de acuerdo con R. Keydell, Quinto debe bastante a la literatura latina: no sólo a Virgilio, sino también a Ovidio y a Séneca[57]) y M. L. Mondino (quien también acepta el uso directo de la *Eneida* por parte de nuestro poeta, e incluso supone el empleo de las *Metamorfosis* para episodios concretos como el «Juicio de las Armas» y la muerte de Memnón[58]). Frente a esta firme posición, M. Wh. Mansur rechazaba con decisión el que Quinto hubiera manejado directamente la *Eneida*, y sólo admitía para él su posible vago conocimiento gracias a los estudios escolares[59]. F. Vian, mediante exhaustivos análisis de los

[56] Cf. R. Keydell, «Quintus von Smyrna und Vergil...», págs. 254-256 y «Seneca und Cicero bei Quintus von Smyrna...», págs. 81-88.

[57] Cf. Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 8.

[58] Cf. M. L. Mondino, *Su alcune fonti di Quinto Smirneo...*, pág. 72.

[59] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 55.

relatos virgilianos y de los de nuestro poeta, ha llegado a la conclusión de negar cualquier aparente influencia de los autores latinos, y prefiere imaginar la existencia de anteriores modelos griegos comunes, las más veces obras de época helenística hoy perdidas; de hecho, para solucionar el caso de los supuestos paralelismos entre Quinto y Virgilio, pretende que aquella obra de un tal Pisandro (cierto autor al parecer helenístico, no el ya mencionado Pisandro de Laranda, poeta del siglo III d. C.), de la que afirmaba Macrobio (en la sorprendente declaración de *Saturnales* V 2, 4) que el libro II de la *Eneida* no era sino una traducción literal, fue el modelo, pues, de Virgilio y una de las principales fuentes de Quinto[60]. Más recientemente, en fin, M. Campbell continúa en esta línea y tampoco admite la utilización de Virgilio[61], y así, por ejemplo, entiende que el personaje de Laocoonte que descubrimos en las *Posthoméricas* lo podía encontrar, tal vez, en el libro II de la *Eneida,* pero, de acuerdo con el planteamiento de F. Vian, no fue ése su modelo directo, sino algún poema helenístico para nosotros desconocido[62].

El estilo

Retomando ahora, una vez más, esa fundamental idea de Quinto de Esmirna como mediocre autor formado sólo gracias a sus múltiples lecturas, el obligado examen, por otro lado, de sus rasgos literarios se centra sobre todo en hacer notar cómo a lo largo de sus *Posthoméricas* es del todo evidente, a causa de esa inspiración libresca, la profunda in-

---

[60] Cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 96-101

[61] Cf., ya en el prefacio de su estudio, M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. VII.

[62] Cf. M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 133.

fluencia en él de la enseñanza escolar de su época, circunstancia que, por cierto, como se podrá observar, le lleva no pocas veces a fracasar en su empresa de recrear la antigua epopeya homérica con sus debidas concepciones arcaicas, y es que Quinto, como bien ha advertido M. Wh. Mansur, no hacía sino recuperar artificialmente un mundo que en realidad ya no entendía[63].

Quizás donde con mayor claridad se descubra en las *Posthoméricas* la formación escolar de su autor sea en su habitual tendencia a la moralización, al cuidado y decoroso planteamiento tanto de los personajes como de ciertos hechos y situaciones concretas. En efecto, buena parte de los antiguos héroes homéricos, aun a costa de perder los rasgos que más los caracterizaban e individualizaban en la *Ilíada* y la *Odisea,* aparecen aquí idealizados y se ven libres de sus tradicionales defectos. Esto se advierte sobre todo en el caso de Paris, retratado como un valiente príncipe que se esfuerza por suceder a su hermano Héctor, y no ya como el cobarde mujeriego y las más veces torpe guerrero que nos retrataba Homero. Del mismo modo, reina siempre la concordia en el campamento aqueo, bajo la incuestionable autoridad de Agamenón, y los escasos momentos de querella y enemistad son rápidamente resueltos (por ejemplo, el breve enfrentamiento entre Aquiles y Diomedes en I 767-781. Asimismo, con un marcado carácter pudoroso y una total ausencia de posibles evocaciones sensuales (por lo demás, tan del gusto de sus contemporáneos), se rememoran someramente episodios como el de la repentina pasión de Aquiles por Pentesilea (e incluso tal acontecimiento le permite al poeta exponer su negativa valoración del mero placer sexual, puesta ella en boca de Tersites a lo largo de I 723-

[63] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...,* pág. 2.

740), y se disimulan más aún momentos escabrosos como la violación de Casandra. En fin, el indiscutible protagonista de los primeros libros, Aquiles, además de ser el héroe intachable y guerrero invencible de la *Ilíada,* posee ahora también trazos de mayor humanidad (así se apunta en III 422-426), y su hijo y sucesor, Neoptólemo, figura central a su vez de los siguientes libros, encarna también el ideal heroico, de forma si cabe aún más plena, por su valentía, su piedad filial, su sumisión al destino y la moderación de sus propósitos[64].

Pero si cabe afirmar que Quinto de Esmirna nos ofrece una «épica moralizada» es ante todo por el hecho de poder verificar la consciente introducción a lo largo de toda su obra tanto de máximas como de digresiones edificantes, con una evidente pretensión de predicación ejemplar, de procurar a su poema (aunque F. Vian tiene tales enseñanzas por superficiales[65]) los oportunos fundamentos éticos (algo por completo ausente en las epopeyas de Homero, donde, como es bien sabido, a modo de reflejo de la moral aristocrática de aquellos tiempos en ellas recreados, sus personajes carecen para nosotros de los debidos principios de comportamiento, pues en modo alguno toman conciencia de la bondad o la maldad de sus actos, sino que aspiran sólo a la estima pública, a mantener su honra y ganar honores). Así pues, destaca a este respecto (es un motivo desarrollado, ciertamente, en numerosas sentencias de la obra: I 459 s. y 738, II 76 s. y 275 s., IV 87, VI 451, VII 565 s., IX 105...) la constante exaltación del *pónos,* del esfuerzo, como único recurso válido para alcanzar la auténtica gloria o la misma

---

[64] Para todas estas consideraciones sobre las tendencias moralizantes de Quinto de Esmirna en sus *Posthoméricas,* cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXXV-XXXVII.

[65] Cf., en concreto, F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XXXVII.

virtud, expuesta la consecución de este último noble objetivo en repetidas ocasiones (V 49-56, XII 292-296 y XIV 195-200, con variados detalles y diversas modificaciones en cada caso) mediante la célebre alegoría del Monte o el Árbol de la *Aretḗ*. Por otro lado, se centra en buena medida el ideal ético de nuestro poeta en la resignación humana ante las adversidades y desgracias que nos pueda deparar el destino (éstas son, por ejemplo, el dolor por la pérdida de un ser querido, las penalidades durante la guerra, los meros padecimientos físicos...), fundamental doctrina que especialmente descubrimos en la sensata actitud y los sabios consejos tan a menudo exhibidos por el anciano Néstor (así, sobre todo, en III 5-9 y VII 30-95) o en las recomendaciones que le dispensa a su hijo el espectro de Aquiles a lo largo del llamado «Sueño de Neoptólemo» (en XIV 179-227, episodio pleno, por cierto, de toda clase de estos preceptos edificantes que estamos comentando). Ante la formulación de tales peculiares ideas, no podemos pasar por alto la aparente adhesión de nuestro poeta, pues, a la corriente filosófica del estoicismo (de cuyas convicciones es a menudo portavoz, precisamente, el mencionado Néstor, convertido a todas luces en el prototipo de sabio de la Estoa[66]), circunstancia que, a pesar de su propósito de recreación del mundo homérico, resulta innegable[67] si nos atenemos a otros muchos detalles de estas enseñanzas y doctrinas por él ofrecidas (aunque propiamente ya no tengan aquella explicada pretensión moralizante). En sus *Posthoméricas* está del todo presente, en efecto, esa máxima estoica de «vivir conforme a la natu-

[66] Cf., para esta representación del viejo rey de Pilos, F. A. García Romero, «Un estoico en Troya: Néstor en los *Posthomerica...*», págs. 197-202.

[67] Cf. esta observación en Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 164.

raleza», y no menos se establece en ellas aquella firme creencia en la necesidad de un orden cósmico, representado aquí en esencia por el mismo Destino (sea llamado, como puntualmente iremos examinando, *Aîsa*, *Kḗr* o *Kêres*, *Moîra* o *Moîrai*, *Móros*, e incluso *daímōn*, y quizás *anánkē)*, que todo lo rige y todo lo gobierna, que se revela más poderoso que los mismos dioses, cediendo ante él incluso el propio Zeus (así en II 172, III 649-654, IX 414-422, XI 272-277, XIII 559 s., XIV 98-100...)[68]; se atisban además ciertas concepciones atribuibles incluso al influjo de este estoicismo ya en las creencias populares de la Antigüedad tardía, tales como la idea de la unión de las almas de los recién fallecidos con el éter (en cierto modo reflejada en I 252 s., V 647 s., VII 41 s. y XI 465 s.)[69] o la del «alma universal» o «cósmica», planteamiento difundido por Crisipo con el que se relaciona, el recurrente concepto del *ámbrotos aiṓn* o «vida imperecedera» (presentado en III 319, VI 586, VIII 433 y XIV 256)[70]. Con todo, sería arriesgado considerar a Quinto un auténtico estoico, un firme adepto a los principios de esta escuela. De acuerdo con toda esa formación libresca sobre la que insistentemente venimos hablando, la que a buen seguro le ha proporcionado a nuestro poeta, aunque hombre instruido, tantos y tan variados conocimientos superficiales, es fácil imaginar que, sin más, se haya visto él impregnado también de una serie de conceptos básicos, más

---

[68] Para la importancia del Destino en la obra de Quinto de Esmirna, cf. ahora F. A. García Romero, «El *Destino* en los *Posthomerica...*», págs. 101-106.

[69] Cf. Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 175 y F. A. García Romero, «El Nuevo Testamento y los *Posthomerica...*», pág. 105, notas 13 y 14.

[70] Cf. este último concepto en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XVIII.

o menos difundidos y popularizados en su época, de esta exitosa corriente filosófica. Del mismo modo, es insostenible afirmar, como algunos estudiosos han pretendido, que Quinto llegó a conocer y aun profesar ya el mismo cristianismo, sólo por el hecho de que expone éste con rotundidad, en el controvertido pasaje de VII 87-89, cómo a las almas de los buenos y de los malvados les aguardan en la otra vida el cielo y las tinieblas como respectivos premio y castigo[71], tanto más cuanto que resulta harto difícil ver en esos versos una segura presencia de las creencias cristianas, puesto que, a fin de cuentas, la doctrina de la inmortalidad del alma y su destino merecido en el Más Allá no es precisamente invención del cristianismo, ya que, como es bien sabido, es desarrollada con anterioridad por el orfismo, el pitagorismo y varias religiones mistéricas, y aun la hallamos tratada por Platón en *República* X 614c y *Fedro* 249a[72].

En segundo lugar, debe también Quinto de Esmirna a la escuela aquel evidente gusto suyo por las digresiones didácticas, aquella tendencia suya (en modo alguno, desde luego, heredada de Homero) a los detallados excursos sobre temas, como con anterioridad comentamos, de astronomía, medicina, geografía y, sobre todo, mitología. Pero, como ya sabe-

---

[71] Cf. el tratamiento de esta polémica cuestión en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XVII; Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, págs. 175s.; y F. A. García Romero, «El Nuevo Testamento y los *Posthomerica...*», págs. 105-108. Por lo demás, se ha pretendido descubrir aquí una notable influencia del cristianismo también en la ya comentada tendencia moralizante de nuestro autor, en su deliberada humanización de los personajes, como ya explicamos, pero M. Wh. Mansur atribuye sin más tal circunstancia a un progresivo refinamiento del código pagano (en *The treatment of Homeric characters...*, pág. 59).

[72] Así lo han advertido F. Vian en *Quintus de Smyrne...* II, pág. 98 y Ph. I. Kakridis en *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 180.

mos y F. Vian nos vuelve a insistir[73], es inexacto hablar, al referirnos a esta práctica de nuestro modesto poeta, de auténtica *poésie savante* (aun cuando G. W. Paschal sí trata de ver en algunos de los datos médicos o astronómicos ofrecidos por Quinto verdaderas informaciones eruditas[74]): siendo los suyos en realidad unos lectores en un nivel de cultura más bien media o mediocre, las más de las veces (salvo en el caso de algunas preciosas y acertadas noticias geográficas tomadas de las fuentes oportunas, como las que, en varias e insistentes ocasiones, conciernen a la Caria y la Licia) se contenta nuestro poeta, para elaborar tales llamativas digresiones, con hacerse eco de leyendas locales con elementos fantásticos (son las de tal naturaleza las que realmente más parecen interesarle: en I 291-306, la de la portentosa roca en que supuestamente fue transformada Níobe sobre el monte Sípilo, de la cual manan inagotables aguas; en II 556-566, la de la sobrenatural formación del río Paflagonio con las gotas de sangre del cadáver de Memnón; en II 642-655, la de la metamorfosis de sus compañeros etíopes en las aves llamadas «memnones»; en VII 408-411, la de los prodigiosos olmos situados alrededor de la tumba de Protesilao en Eleunte; en XI 92-98, la del fuego inextinguible de la «roca de Hefesto» en Cilicia, que abrasa las raíces de las palmeras cercanas sin que dejen éstas de echar abundantes frutos...), o sin más toma para ellas vagas reminiscencias (este recurso ya nada nos debe sorprender) de sus muchas lecturas, de obras ya autorizadas y de sobra conocidas (como es el caso, por ejemplo, para las cuestiones de astronomía, de los *Fenómenos* de Arato).

---

[73] Cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXXVIIs.

[74] Cf. G. W. Paschal, *A study of Quintus...*, págs. 77s.

En fin, dada toda esta presencia de la formación escolar, era evidente que la misma retórica había de dejar su impronta en la obra que nos ocupa, en algunas ocasiones concretas de forma especialmente notoria, como es el caso (ya reparaba en ello Eustacio, el comentarista de Homero) de la tetralogía de discursos entre Ayante y Odiseo en la inevitable recreación del famoso «Juicio de las Armas» (a lo largo de V 180-317). En efecto, en las *Posthoméricas* puede uno descubrir con facilidad, junto a los esperables y obligados discursos de claro origen épico (es decir, la exhortación al combate, el lanzamiento de un desafío, las invectivas dirigidas a un adversario cobarde, las palabras altivas e injuriosas pronunciadas frente al enemigo muerto o moribundo, los lamentos fúnebres...), un buen número de intervenciones que se deben, en cambio, a los típicos ejercicios retóricos practicados en la escuela: éstos son, en general, el elogio, la invectiva, la exhortación, la consolación (simple variante de la exhortación moral) y las palabras de bienvenida (variados tipos de discursos que, como ha señalado F. Vian, tienden aquí a reproducirse con insistencia y a alargarse en detrimento del diálogo)[75]. Por otro lado, a este respecto de la significativa influencia de la retórica, también se puede constatar en nuestro poema el empleo de otros muchos de sus habituales recursos, tales como la hipérbole, el epíteto efectista, más grandilocuente que descriptivo, y aun los simples adjetivos de significado vago y general (los epítetos «colorless and monotonous», como aprecia M. Wh. Mansur[76]); no faltan tampoco los pretendidos efectos de contraste y de si-

[75] Cf. todas estas observaciones sobre la presencia de la retórica escolar en las *Posthoméricas*, pues, en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XXXIX s.

[76] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 68, n. 7.

metría, ni las extensas *ékphraseis,* en su caso, ahora sí por herencia homérica, dedicadas ante todo a la descripción de las primorosas y labradas armas de algún destacado héroe: en V 6-120, las mismas armas de Aquiles (de las que ya se ocupara Homero en *Il.* XVIII 478-613); en VI 200-293, el escudo de Eurípilo; en X 180-205, el tahalí y el carcaj de Filoctetes. Con todo, M. Wh. Mansur entiende que, por lo menos, no se halla Quinto tan sometido a tales técnicas retóricas como cabría esperar en un autor de su época (para él, la influyente práctica de esos ejercicios de escuela sólo resulta alarmante, en realidad, en su a menudo repetitivo y cargante uso de los símiles, por lo demás, de corte genuinamente homérico)[77].

Por lo demás, también es posible afirmar que, en el terreno de la misma métrica, igualmente resulta manifiesta la cultura adquirida por Quinto de Esmirna gracias a su amplia formación y, de este modo, es tan resuelto ese manejo suyo del legado tradicional. De acuerdo con el minucioso estudio de F. Vian[78], cierto es que, para afrontar su ardua tarea de poeta, en no pocas ocasiones tiende nuestro autor a la comodidad mediante el empleo de sencillos expedientes de versificación, tales como el manejo de las formas adjetivales más largas, que con gran facilidad pueden rellenar notables espacios de un hexámetro (enseguida insistiremos en el intenso uso, por parte de Quinto, de estos epítetos), pero en conjunto se puede concluir que es capaz el de Esmirna de someter sus versos a cuidadas y exigentes normas de com-

[77] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...,* págs. 60 s.

[78] Cf. tal estudio (del que aquí sólo ofrecemos algunas exiguas apreciaciones) en F. Vian, *Recherches...,* págs. 212-249 (y, en general, cf. también B. J. Rodríguez Pérez, «Estudios métricos sobre los *Posthomerica...*», págs. 225-251).

posición, de modo que su técnica se nos revela elegante y, aunque más libre que la de un Calímaco, acaba por ser más exigente que la del mismo Homero.

Y es que Quinto, en definitiva, en lo que atañe también a los recursos de estilo, en toda esta línea de inspiración suya en una larga tradición escolar (que se adscribe, por supuesto, a la concepción de la epopeya que tanto combatía el mencionado Calímaco), tiene al legendario autor de la *Ilíada* y la *Odisea* por modelo último, por inexcusable maestro, pero sucede que a menudo se excede en su papel de fiel epígono, hasta el punto de que, a causa de tal práctica, F. Vian llega a calificarlo de «hiperhomérico»[79]. Por ejemplo, los inevitables epítetos son casi cuatro veces más frecuentes en estas *Posthoméricas* que en las *Argonáuticas* del mismo Apolonio de Rodas, como bien ha advertido M. Wh. Mansur[80], y su empleo, según ya hemos apuntado, es desmedido y superficial, hasta resultar del todo inútiles, para nada descriptivos, sino sólo capaces de expresar con vaguedad cualidades como la inmensidad, la fuerza y el horror (estas tres con tan fastidiosa como huera recurrencia). Y su vocabulario en general tiende a la uniformidad, a retomar y reutilizar de continuo, sin más problemas, los muchos elementos heredados de su principal modelo (en efecto, hasta el 80% de ese vocabulario es homérico, según ha constatado G. W. Paschal[81]), situación que se ha de reseñar especialmente, además de en el caso de los comentados epítetos, en el de los participios y en el de los adverbios (cuyo uso es a veces realmente banal). Con todo, ya sabemos que hoy día Quinto de Esmirna no es considerado un vulgar imitador servil: an-

---

[79] Cf. tal calificativo en F. Vian, *Recherches...*, pág. 94.

[80] Cf. M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 78.

[81] Cf. G. W. Paschal, *A study of Quintus...*, pág. 22.

tes bien, se esfuerza, según podemos alcanzar a observar, en evitar la monotonía fruto de todo ese obstinado empleo de los recursos heredados de su admirado Homero, en buscar de algún modo la variedad, que trata de lograr, ciertamente, con la combinación y la transformación puntuales de las viejas fórmulas homéricas, y aun con la modificación habitual de sus propias expresiones, ya sea en su valor métrico o en su mismo sentido. No obstante, como concluye F. Vian[82], en este juego de variaciones puramente formales sigue pesando demasiado la rutina y Quinto no consigue depurar ciertos lamentables defectos, tales como son las mecánicas repeticiones de términos exactos en breves intervalos o la pérdida de precisión y vitalidad de que gozaban muchos vocablos en la antigua épica arcaica. Quizás semejantes negligencias pudiera haberlas evitado con una sistemática revisión, supuestamente, pues, no llevada a cabo, de la primera redacción de su poema, aunque, en definitiva, como ya se ha apuntado con anterioridad, tengamos sin más presente que un autor de su escaso talento tampoco estaba capacitado ya, tantos siglos después, para procurarle viveza y lozanía a un género tan convencional como lo era entonces el de la epopeya.

EL TEXTO: NOTICIA DE SUS MANUSCRITOS, EDICIONES Y TRADUCCIONES

Resta por hablar, con brevedad y sin excesivas disquisiciones técnicas, de los avatares de la transmisión y recepción del texto mismo de las *Posthoméricas*, exposición que

[82] Cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XLI s.

hoy día realmente no nos resulta complicada gracias a las clarificadoras y concluyentes investigaciones llevadas a cabo por F. Vian[83]. Gracias a ellas, podemos ahora afirmar con rotundidad, como primera idea fundamental, que todos nuestros manuscritos de Quinto de Esmirna (es decir, los que de algún modo contenían su poema y se nos han podido conservar) son posteriores a la mitad del siglo xv y provienen de dos claros prototipos, los códices H e Y (tal vez, pues, del xiv), que en cambio, lamentablemente, se nos han acabado por perder.

El primero de estos dos prototipos mencionados, el H, no es sino el ya conocido códice *Hydruntinus,* descubierto, según nos informa la *Vida de Coluto* incluida en el *Ambrosianus 661 (Q 5 sup.),* por el cardenal Besarión, como ya sabemos, a buen seguro entre 1452 (año de la toma de Constantinopla) y 1462 (fecha inscrita ya sobre uno de sus descendientes directos, el D que a continuación vamos a señalar), en el monasterio de San Nicolás de Cassoli, cerca de la villa de Otranto (esto es, *Hydruntum),* en Calabria (hecho que supuso, como en su momento ya comentamos, el que a nuestro poeta comúnmente se le conociera hasta el siglo xviii, en varios manuscritos aún y luego en las primeras ediciones de su obra, como *Quintus Calaber* o «Quinto de Calabria»). Este *Hydruntinus,* hallazgo que significó, por supuesto, la recuperación de las hasta entonces olvidadas *Posthoméricas* y, en consecuencia, el comienzo de los estudios modernos sobre Quinto de Esmirna, por desgracia, co-

---

[83] Seguimos ahora, en efecto, su rápido planteamiento de toda esta cuestión en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XLV-LI (pero cf. su completo y profundo estudio previo de *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus de Smyrne,* París, 1959; y más tarde, en 1965, sus matizaciones de «Nouvelles remarques sur les manuscrits de Quintus de Smyrne...», págs. 48-55).

mo sabemos, se nos ha perdido, pero sí conservamos su primera copia, fiel y cuidada, encargada ya por el propio Besarión, el *Ambrosianus D 528 inf.* (el anunciado códice D), al que se deben a su vez otras muchas copias valiosas: el *Laurentianus LVI 29* (el T), el *Neapolitanus gr. II E 24* (el L), el *Matritensis gr. 4566* (o, como lo designa F. Vian, *Lasc.*^{1}, por ser copia ordenada por Constantino de Láscaris, de la que deriva, en especial, el *Matritensis gr. 4686,* o *Lasc.*^{2}, esta vez de la mano del propio Láscaris) y un manuscrito *b,* de menor calidad ya, para nosotros representado por sus varios descendientes, el *Neapolitanus gr. II F 11* (el N), el *Vindobonensis phil. gr. 5* (el R) y un códice *d*, que a su vez ha servido de modelo al *Scorialensis Σ II 8* (el E) y aun ya a la primera edición impresa, la Aldina (o Ald.). Por lo demás, tras haber sido utilizado, pues, para el establecimiento del inestimable *Ambrosianus D 528 inf.,* el *Hydruntinus* fue luego víctima de notables degradaciones al haber ido recibiendo correcciones absurdas y en exceso audaces, deteriorada forma (que F. Vian designa como H^c o *Hydruntinus correctus)* bajo la que dio lugar a nuevas copias: el *Urbinas gr. 147* (el U, que, con todo, resulta ser, tras ese D, la copia más fiel de este prototipo), el *Barberinus gr. 166* (el Q, cuyas particulares faltas comunes al U anterior invitan a postular un intermediario perdido entre ellos dos y ese H^c) y el *Cantabrigiensis Corporis Christi Collegii 81* (el C), la más reciente copia directa de H^c, que permite constatar cómo se habían agravado las degradaciones del *Hydruntinus* y de la que proceden, en fin, el *Marcianus gr. Z 456* (el V) y el *Bruxellensis gr. 11.400* (el B).

El segundo prototipo, igualmente hoy día extraviado, como sabemos, es el manuscrito Y, cuyo principal representante es el *Neapolitanus gr. II F 10* (el P, pues también es conocido como *Parrhasianus,* por haber pertenecido al hu-

manista J. Parrasio); contamos con otros dos descendientes suyos menos valiosos y más problemáticos: el denominado N^r, resto de una segunda copia, pues, de Y, consiste en realidad en las *variae lectiones* inscritas en el margen y en el interlineado del ya conocido manuscrito N, y el *Monacensis gr. 264* (el M), notablemente incompleto, sólo conserva dos segmentos de la obra, desde su inicio hasta IV 10 y el libro XII entero. Debido a un curioso accidente de transpapelación de un folio en su ancestro común[84], podemos acertar a saber que este prototipo Y es en realidad una copia anterior a H y también mejor, de modo que su descendiente P resulta ser, de entre todos nuestros manuscritos, el que merece la mayor confianza (en efecto, al desaparecido *Hydruntinus,* en cambio, por lo que leemos en sus copias conservadas, se le puede achacar un número importante de omisiones y de faltas, imputables a la negligencia de su copista, aunque tampoco se ha de subestimar su gran valor: Y, aunque en su conjunto más cuidado, es obra de un copista instruido que, dada su formación, puede haber llegado a introducir en él caprichosas conjeturas personales, mientras que el tal autor de H, menos cultivado pero también por ello más modesto, a menudo ha debido conservar mejor la fisonomía del original).

En fin, H e Y proceden de ese ancestro común antes mencionado de pasada, el llamado Ω, pretendido arquetipo para cuya datación no contamos con ningún criterio seguro, aunque cabría la posibilidad de situarlo en el siglo XIII, tal vez entre los años 1260-1280, de acuerdo con la sugerencia de F. Vian. Por lo demás, permanece del todo oscura la historia del texto de las *Posthoméricas* en los aproximadamente diez siglos que en ese caso separarían a Quinto de Es-

[84] Cf. este peculiar incidente en F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XLVIII.

mirna (recuérdese que el mencionado editor francés acababa por situar a nuestro autor, con grandes garantías, entre comienzos y mediados del III d. C.) de este ancestro común a él más cercano; y, desde luego, no acierta a aportarnos nada valioso la casi inexistente tradición indirecta de esos siglos intermedios, constituida por los dos únicos autores, ya del siglo XII, por cierto, que llegan a referirse, más en alusiones que en citas propiamente dichas, al poema de Quinto (éstos son, como ya expusimos al principio, Eustacio y, sobre todo, Tzetzes, en cuyas propias *Posthoméricas* podemos al menos advertir, por las indicaciones que hace a algunos pasajes concretos de la obra que nos ocupa, que leía precisamente el texto correcto de ese arquetipo Ω).

En cuanto a las ediciones, la *princeps,* como ya hemos adelantado, fue la Aldina, que, derivada, pues, de defectuosas transcripciones del *Hydruntinus,* vio la luz en Venecia en 1504 ó 1505, junto con los textos, por cierto, de Trifiodoro y Coluto. Un siglo más tarde, en 1604, realiza L. Rhodomann una elaborada edición bilingüe (con traducción al latín) que aparece en Hannover; le sigue, en 1734, la de J. C. de Pauw, la última en referirse a nuestro autor como *Quintus Calaber,* pues éste será ya conocido invariablemente como «Quinto de Esmirna» a partir de la edición siguiente, la de Th. Chr. Tychsen, de 1807. En París, en 1840, F. S. Lehrs publica a su vez, en la Bibliothèque Didot, una edición, con traducción además al latín (basada en la anterior de L. Rhodomann), también de estas *Posthoméricas,* junto con los poemas de otros varios autores griegos; tras ello, vienen las ediciones de A. Köchly, valiosa por sus *Prolegomena* y comentarios incorporados, aparecida en 1850, en Leipzig, y de A. Zimmermann, de 1891, publicada en la Bibliotheca Teubneriana con un extenso aparato crítico. Ya en el finalizado siglo XX, para la colección bilingüe Loeb Clas-

sical Library edita asimismo la obra de Quinto, concretamente en 1913, A. S. Way, quien se limita a reproducir el texto de A. Köchly con ciertas correcciones de A. Zimmermann; finalmente, todas estas ediciones se han visto notablemente mejoradas y superadas por la casi definitiva de F. Vian (no sólo por su concienzudo establecimiento del texto, sino también por sus introducciones general y a cada uno de los catorce libros y por sus profusas y sabias notas), publicada para la colección Budé (o Les Belles Lettres) en tres sucesivos volúmenes, de 1963, 1966 y 1969[85].

De las traducciones a las principales lenguas modernas, en fin, hemos de señalar, ante todo, su notable escasez a lo largo de estos últimos siglos (además, la mayoría de ellas adolece de resultar hoy día muy antiguas, y a veces incluso han quedado incompletas), como bien cabría esperar, desde luego, en el caso de nuestro autor, poeta épico, según de sobra ya sabemos, de tan poca calidad y que tan exiguo interés ha sabido despertar. En lengua italiana, por ejemplo, si nos ceñimos a las traducciones más recientes y dignas por ello de reseñarse (tenemos noticia de algunas otras al menos completas, pero publicadas a comienzos del siglo XIX), A. Taccone se ha ocupado precariamente de estas *Posthoméricas* entre 1910 y 1912, pues sólo ha vertido en su idioma el libro I completo, y del II y el III apenas si ha realizado sucesivas traducciones parciales; ya en las últimas décadas, G. Pompella ha ido abordando en sendas ediciones bilingües (dada la escasa trascendencia de sus textos establecidos, no las hemos mencionado antes) los libros I y II en 1979, los III-VII en 1987 y, por fin, los VIII-XIV en 1993. En alemán, por su parte, podemos destacar otras dos traducciones,

[85] Para sus principios y criterios de edición en esta magna obra, cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... I, págs. LI-LIII.

aunque ya bastante anticuadas: la de C. F. Platz, en tres volúmenes aparecidos entre 1857 y 1858, y la de J. J. C. Donner, de 1866-1867. En lengua inglesa, por otro lado, contamos con la traducción (por cierto, en pentámetros yámbicos) de la ya conocida edición bilingüe llevada a cabo por A. S. Way, publicada, como sabemos, para la Loeb Classical Library en 1913; más tarde, en 1968 edita la Universidad de Oklahoma *The war at Troy. What Homer didn't tell*, una traducción, con las debidas introducción y notas, realizada por F. M. Combellack. En Francia, por último, apareció la primera traducción del poema de Quinto en 1800, obra en dos volúmenes de R. Tourlet; al término de este siglo XIX, en 1884, elabora una nueva versión E. A. Berthault; y finalmente, para su también ya comentada estupenda edición bilingüe en tres tomos (de 1963-1969, en la colección Budé, según sabemos), preparó F. Vian, como no podía ser de otro modo, una precisa y atinada traducción (muy valiosa, además, por sus ya mencionadas introducciones y notas).

En España, por lo demás, ha sido muy peculiar la suerte que ha corrido Quinto de Esmirna a lo largo de todos estos siglos. Hasta hace escasos años, su presencia en la lengua castellana, como era de esperar, había resultado exigua (y aún es inexistente, desde luego, en los restantes idiomas de la Península Ibérica): según nos informa M. Menéndez Pelayo, el valenciano Vicente Mariner, bibliotecario de El Escorial, realizó en 1635 una versión de los catorce libros compuestos por nuestro poeta, aunque sólo del griego al latín (no hubo entonces, por tanto, traducción al castellano), sin que llegara a lograr su publicación (se conserva su manuscrito, por cierto, en la Biblioteca Nacional de Madrid)[86];

[86] Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Biblioteca de traductores españoles* (Edición Nacional de sus obras completas), III, Madrid, 1953, pág. 74.

y también M. Menéndez Pelayo nos aporta la preciosa noticia de que, ya en el siglo XVI, F. Sánchez de las Brozas, el famoso Brocense, tradujo pequeñas partes de las *Posthoméricas* para dos de sus obras, los *Emblemas* y las *Silvas*[87]. Pero en la década de los 90 del ya finalizado siglo XX, curiosamente, ha conocido en España el poema de Quinto, por el contrario, hasta dos traducciones completas, aceptables y dignas obras de sendos especialistas (quizás sea ello una ilustrativa muestra de la renovada apreciación actual por nuestro autor, positiva valoración por la que han abogado, como en su momento ya indicamos, algunos estudiosos recientes, a la cabeza de los cuales se encuentra, por supuesto, el francés F. Vian): en 1991 aparece en Ediciones Clásicas la traducción de I. Calero Secall, y en 1997, en Alcal/Clásica, la de F. A. García Romero.

La presente traducción

Para la realización de nuestra traducción, por último, hemos contado como edición crítica básica, como no podía ser de otro modo, con la ya bien conocida de F. Vian, y aun hemos tenido a mano los textos de A. Zimmermann y de A. S. Way, si bien como mero apoyo y sin prestarles excesiva atención, sólo para ciertos casos puntuales. De las traducciones existentes, por otro lado, que con atención hemos podido leer y consultar para elaborar la nuestra propia, hemos manejado ante todo, por supuesto, las dos publicadas en lengua castellana, tanto la de I. Calero Secall como la de F. A. García

---

[87] Cf. ahora M. MENÉNDEZ PELAYO, *Biblioteca de traductores españoles*... IV, págs. 232s. Estas dos valiosas informaciones transmitidas por tan eximio filólogo y crítico literario español, por cierto, nos las aporta en exclusiva I. CALERO SECALL en su Introducción a *Quinto de Esmirna*..., págs. 47 s.

Romero, aunque con especial predilección, desde luego, por esta última.

En fin, como antes manifestamos, hemos manejado como edición crítica básica la casi insuperable de F. Vian, cuya autoridad apenas sí nos hemos atrevido a cuestionar, de manera que hemos seguido su texto establecido sin discusiones y con exagerada fidelidad, hasta el punto de que sólo hemos decidido apartarnos de él, por motivos muy concretos, en tres pasajes puntuales, que a continuación señalamos y que en su debida ocasión explicaremos con las oportunas notas a pie de página:

	Texto de F. Vian	Texto adoptado
II 163	†τοῖς δέ σφιν†	τάχα δέ σφιν (L. Rhodomann)
XIII 215	Τισίφονόν	Ἀντίφονόν (J. Th. Struve)
XIV 620	†ἄλλα†	αἶψα (A. Köchly)

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES

A. Köchly, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum Libri XIV,* Leipzig, 1850.

F. S. Lehrs, *Hesiodi Carmina, ..., Quinti Posthomerica,...,* París, 1840 (2.ª ed. corregida en 1841; 3.ª ed. en 1862).

G. Pompella, *Quinto Smirneo. Le Postomeriche,* Libri I-II, Nápoles, 1979; Libri III-VII, Cassino, 1987; Libri VIII-XIV, Cassino, 1993.

Th. Chr. Tychsen, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum Libri XIV,* Estrasburgo, 1807.

F. Vian, *Quintus de Smyrne. La suite d'Homère,* Tome I: Livres I-IV, París, 1963; Tome II: Livres V-IX, París, 1966; Tome III: Livres X-XIV, París, 1969.

A. S. Way, *Quintus Smyrnaeus. The fall of Troy,* Londres-Cambridge, 1962 (3.ª reimpr. de la ed. de 1913).

A. Zimmermann, *Quinti Smyrnaei Posthomericorum Libri XIV,* Leipzig, 1891.

TRADUCCIONES

E. A. Berthault, *La guerre de Troie ou la fin de l'Iliade d'après Quintus de Smyrne,* París, 1884.

I. Calero Secall, *Quinto de Esmirna. Posthoméricas,* Madrid, 1991.

F. M. Combellack, *The war at Troy. What Homer didn't tell,* Norman (Okl.), 1968.

J. J. C. Donner, *Quintus von Smyrna. Die Fortsetzung der Ilias,* Stuttgart, 1866-1867.

F. A. García Romero, *Quinto de Esmirna. Posthoméricas,* Madrid, 1997.

C. F. Platz, *Quintus von Smyrna,* 3 vols., Stuttgart, 1857-1858.

G. Pompella, *Quinto Smirneo. Le Postomeriche,* Libri I-II, Nápoles, 1979; Libri III-VII, Cassino, 1987; Libri VIII-XIV, Cassino, 1993.

A. Taccone, «Il libro I° delle *Postomeriche* di Quinto Smirneo; argomento e versione», *Riv. Class. e Neolat.* 6 (1910), 43 ss.

—, «Dal libro II delle *Postomeriche* (v. 100-666)», *Atene e Roma* (1910), 279-293.

—, «Dal libro III di Quinto Smirneo», *Riv. Class. e Neolat.* 8 (1912), 396 ss.

R. Tourlet, *La guerre de Troie ou la fin de l'Iliade,* 2 vols., París, 1928 (nueva ed., con un estudio precedente de C. A. Sainte-Beuve, de la trad. original de 1800).

F. Vian, *Quintus de Smyrne. La suite d' Homère,* Tome I: Livres I-IV, París, 1963; Tome II: Livres V-IX, París, 1966; Tome III: Livres X-XIV, París, 1969.

A. S. Way, *Quintus Smyrnaeus. The fall of Troy,* Londres-Cambridge, 1962 (3.ª reimpr. de la ed. de 1913).

LÉXICOS E ÍNDICES

G. POMPELLA, *Index in Quintum Smyrnaeum,* Hildesheim, 1981.

F. VIAN-É. BATTEGAY, *Lexique de Quintus de Smyrne,* París, 1984.

ESTUDIOS MONOGRÁFICOS

J. ALSINA, «Panorama de la épica griega tardía», *Estudios Clásicos* 65 (1972), 139-167.

W. APPEL, «A propos de la réception de Quintus de Smyrne», *L'Antiquité Classique* 56 (1987), 250-253.

S. E. BASSET, «The hill of success», *The Classical Journal* 20 (1925), 414-418

—, «The Laocoon episode in Quintus Smyrnaeus», *Am. Journ. of Philol.* 46 (1925), 243-252.

P. BECKER, «Vergil und Quintus», *Rheinisches Museum* 68 (1913), 68-90.

S. BERTONE, «I *Posthomerica* di Quinto Smirneo: un'indagine tra espressione e pensiero», *Koinonia* 24 (2000), 67-94.

N. P. BEZANTAKOS, «Le *Philoctète* de Sophocle et Néoptolème dans les *Posthomerica* de Quintus de Smyrne», *Parnassos* 34 (1992), 151-157.

C. S. BYRE, «Per aspera (et arborem) ad astra. Ramifications of the allegory of Arete in Quintus Smyrnaeus *Posthomerica* 5, 49-68», *Hermes* 110 (1982), 184-195

I. CALERO SECALL, «Notas sobre la expresión figurada de la locura en Eurípides», *Analecta Malacitana* 6 (1983), 409-416.

—, «La mujer en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna», *Actes del Xè simposi de la Secció catalana de la SEEC (Homenatge a J. Alsina),* vol. I, Tarragona, 1992, págs. 163-168.

—, «Los epítetos femeninos en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna», *Analecta Malacitana* 15 (1992), 43-53.

—, «Los epítetos de divinidades en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna», *Habis* 24 (1993), 133-146.

—, «Las deidades femeninas en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos,* vol. III, Madrid, 1994, págs. 91-98.

—, «El tema de la llegada y recepción de los héroes en la epopeya de Quinto de Esmirna», *Faventia* 17 (1995), 45-58.

—, «La figura de Neoptólemo en la epopeya de Quinto de Esmirna», *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos,* vol. IV (Literatura Griega), Madrid, 1998, págs. 101-106.

M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII,* Leiden, 1981.

L. Castiglioni, «Intorno a Quinto Smirneo», *Byzantinisch-neugriech. Jahrb.* 2 (1921), 33-52.

G. Chrysafis, «Pedantry and elegance in Quintus Smyrnaeus, *Posthomerica», Corolla Londiniensis* 4 (1985), 17-42.

G. E. Duckworth, «Foreshadowing and suspense in the *Posthomerica* of Quintus of Smyrna», *Am. Journ. of Philol.* 57 (1936), 58-86.

M. Á. Fernández Contreras, «Contemplación y alegría en los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Habis* 27 (1996), 171-187.

L. Ferrari, *Osservazioni su Quinto Smirneo,* Palermo, 1963.

F. A. García Romero, «El *Destino* en los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Habis* 16 (1985), 101-106.

—, «La intervención psíquica en los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Habis* 17 (1986), 109-116.

—, «El Nuevo Testamento y los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Filología Neotestamentaria* 1 (1988), 103-108.

—, «Un estoico en Troya: Néstor en los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos,* vol. II, Madrid, 1989, págs. 197-202.

—, «Algunas figuras mitológicas en Quinto de Esmirna», *Emerita* 57 (1989), 95-102.

—, «Las glosas homéricas en Quinto de Esmirna. Unas notas sobre Calímaco y Quinto a propósito de *es híppon kētóenta* (QS XII 314)», *Habis* 20 (1989), 33-36.

—, «Aportaciones al estoicismo de Quinto de Esmirna. Un comentario a la figura de Anfitrite y a *Posthomerica* XI 106s.», *Emerita* 58 (1990), 119-124.

G. Giangrande, «Sur un passage mal compris de Quintus de Smyrne», *Rev. des Ét. Gr.* 87 (1974), 138-143.

—, «Osservazioni sul testo e sulla lingua di Quinto Smirneo», *Siculorum Gymnasium* 39 (1986), 41-50.

D. Gigli, «La similitudine delle gru in Quinto Smirneo XI 110-118», *Prometheus* 6 (1980), 89-92.

R. Goossens, «Le suicide d' Oenone», *Rev. Belge de Philol. et d'Hist.* 11 (1932), 679-689.

H. van Herwerden, «Ad Quintum Smyrnaeum», *Mnemosyne* 20 (1892), 168-176.

A. W. James, «Some examples of imitation in the similes of later Greek epic», *Antichthon* 3 (1969), 77-90.

A. W. James-K. H. Lee, *A commentary on Quintus of Smyrna, Posthomerica V,* Leiden, 2000.

J. W. Jones, Jr., «Trojan legend: who is Sinon?», *The Classical Journal* 61 (1965), 122-128.

Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos: Genikḗ melétē tôn «Meth' Hómēron» kaí toû poiētê toús,* Atenas, 1962.

F. Kehmptzow, *De Quinti Smyrnaei fontibus ac mythopoeia,* Kiel, 1891.

R. Keydell, «Seneca und Cicero bei Quintus von Smyrna», *Würzb. Jahrb. für die Altert.* 4 (1949-1950), 81-88.

—, «Quintus von Smyrna und Vergil», *Hermes* 82 (1954), 254-256.

—, «Quintus von Smyrna», *Pauly-Wissowa Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft,* Vol. XLVII (1963), cols. 1271-1296.

A. Köchly, «Emendationes et adnotationes in Quintum Smyrnaeum», *Acta Societatis Graecae* II, fasc. 1 (1838), 161-288.

—, «De aliquot Quinti Smyrnaei locis epistola critica ad Fr. Spitznerum scripta», *Zeitschr. für Alterthumswiss.* 84-85 (1841), 701-712.

E. Livrea, «Una crux in Quinto Smirneo», *Rev. des Ét. Gr.* 85 (1972), 72-74.

M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters by Quintus of Smyrna,* Nueva York, 1940.

Th. Means, «Incidental observations on the *Argonautica* and *Post Homerica*», *The Classical Journal* 46 (1950-1951), 335-340.

M. L. Mondino, *Su alcune fonti di Quinto Smirneo,* Turín, 1958.

R. F. Newbold, «Space and scenary in Quintus of Smyrna, Claudian and Nonnus», *Ramus* 10 (1981), 53-68.

F. A. Paley, *On Quintus Smyrnaeus and the «Homer» of the tragic poets,* Londres, 1876.

G. W. Paschal, *A study of Quintus of Smyrna,* Chicago-Leipzig, 1904.

P. Pasella, *Della imitazione Vergiliana in Quinto Smirneo,* Livorno, 1903.

A. Platt, «Emendations of Quintus Smyrnaeus», *Journ. of Philol.* 27 (1901), 103-135.

M. I. Rebelo Gonçalves, «As imagens animais en Quinto de Esmirna», *Euphrosyne* 15 (1987), 31-69.

D. S. Robertson, «Quintus Smyrnaeus, III 267-277», *Classical Review* (1943), 6 s.

B. J. Rodríguez Pérez, «Estudios métricos sobre los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna», *Tabona* 4 (1983), 225-251.

A. Rzach, «Nachhomerische Epiker, Quintus Smyrnaeus», *Bursians Jahresber.* 38 (1884), 30 s.

C. A. Sainte-Beuve, *Étude sur Virgile, suivie d'une étude sur Quintus de Smyrne,* París, 1857 (3.ª ed. en 1878).

P. Schenk, «Handlungsstruktur und Komposition in den *Posthomerica* des Quintus Smyrnaeus», *Rheinisches Museum* 140 (1997), 363-385.

R. Schmiel, «The Amazon queen. Quintus of Smyrna, Book 1», *Phoenix* 40 (1986), 185-194.

P. SCHUBERT, «Thersite et Penthésilée dans la *Suite d'Homère* de Quintus de Smyrne», *Phoenix* 50 (1996), 111-117.

A. R. SODANO, «Le fonti del mito di Achille nel terzo libro dei *meth' Hómēron* di Quinto Smirneo», *Antiquitas* 2-5 (1947-1950), 53-78.

—, «Il mito di Pentesilea nel I libro dei *meth' Hómēron* di Quinto Smirneo», *Ann. d. Fac. di Lett. e Fil. Napoli* 1 (1951), 55-79.

—, «Il mito di Memnone nel II libro dei *meth' Hómēron* di Quinto Smirneo», *Ann. d. Fac. di Lett. e Fil. Napoli* 2 (1952), 175-195.

—, «La saga Peleo-Teti nell'epos arcaico e i suoi riflessi nei *tôn meth' Hómēron lógoi* di Quinto Smirneo», *Ann. d. Fac. di Lett. e Fil. Napoli* 3 (1953), 81-104.

FR. SPITZNER, *De versu Graecorum heroico maxime homerico. Accedunt eiusdem mantissa observationum criticarum et grammaticarum in Quinti Smyrnaei Posthomericorum libros XIV*, Leipzig, 1816.

—, *Observationes criticae et grammaticae in Quinti Smyrnaei Posthomerica*, Leipzig, 1839.

J. TH. STRUVE, *Emendationes et observationes in Quinti Smyrnaei Posthomerica,* Petropoli, 1843.

—, *De argumento carminum epicorum, quae res ab Homero in Iliade narratas longius prosecuta sunt*, pars I, Petropoli, 1846; pars II, Casani, 1850.

—, «Novae curae in Quinti Smyrnaei *Posthomerica*», *Mém. de l'Acad. Imp. des Sc. de St-Pétersbourg,* VII.ª série, tom. VII, 3, 1864.

A. TACCONE, «Quinto Smirneo e Callimaco», *Bollettino di Filol. Class.* 11 (1904-1905), 205-208.

—, «Le fonti dell'episodio di Paride ed Enone in Q. Smirneo (*Posth*. X, v. 259-489)», *Atti d. R. Accad. di Scienze di Torino* 40 (1905), 534-547.

—, «Di alcune reminiscenze classiche in Quinto Smirneo», *Bollettino di Filol. Class.* 17 (1910-1911), 13-16.

M. TREU, «Ueber den Parrhasischen Codex des Quintus», *Hermes* 9 (1875), 365-372.

TH. CHR. TYCHSEN, *Commentatio de Quinti Smyrnaei Paralipomenis Homeri,* Gotinga, 1783.

F. VIAN, «Les comparaisons de Quintus de Smyrne», *Rev. de Philol.* 28 (1954), 30-51 y 235-243.

—, *Recherches sur les Posthomerica de Quintus de Smyrne,* París, 1959.

—, *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus de Smyrne,* París, 1959.

—, «Nouvelles remarques sur les manuscrits de Quintus de Smyrne», *Rev. de Philol.* 39 (1965), 48-55.

—, «L'extraction de la poix et le sens de *dáos* chez Quintus de Smyrne», *Rev. des Ét. Gr.* 79 (1966), 655-659.

W. WEINBERGER, «De Quinti Smyrnaei codice Parrhasiano», *Wiener Studien* 17 (1895), 161-164.

M. L. WEST, «Last notes on Quintus of Smyrna», *Philologus* 130 (1986), 145-149.

W. H. WILLIS, «Athletic Contests in the Epic», *Trans. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 72 (1941), 392-417.

G. WOLFF, «Variae lectiones in Quintum Smyrnaeum (ex codice Neapolitano)», *Zeitschr. für Altertumswiss.* 51-52 (1851), 401-410.

A. ZIMMERMANN, «Zu des Quintus Smyrnaeus *Posthomerica»,* *Neue Jahrb. für Philol. und Paed.*, vol. I, 1885, págs. 41 ss.

—, *Kritische Untersuchungen zu den Posthomerica des Quintus Smyrnaeus,* Leipzig, 1891.

—, *Kritische Nachlese zu den Posthomerica des Quintus Smyrnaeus,* Leipzig, 1899-1900.

—, *Neue kritische Beiträge zu den Posthomerica des Quintus Smyrnaeus,* Leipzig, 1908.

LIBRO I

Una vez que a manos del Pelión[1] fue abatido Héctor, semejante a un dios, y la pira lo devoró y la tierra hubo cubierto sus huesos[2], los troyanos permanecían en la ciudad de Príamo, temerosos de la gran furia del Eácida[3] de audaz espíritu: como las vacas en la espesura no se arriesgan a encontrarse con un terrible león, sino que huyen en tropel escondiéndose entre ramajes espesos, así ellos en la ciudad temblaban ante ese poderoso guerrero, al recordar a cuantos antaño arrebató la vida cuando se lanzó furioso por las des-

---

[1] Patronímico aplicado a Aquiles como «hijo de Peleo». Optamos por transcribir este *Pēleíōn* con su forma correspondiente y no dejarlo en un simple «Pelida» (de *Pēleídēs*), forma a la que sin más distinción suelen recurrir los traductores (de Quinto o de cualquier otro autor épico) por ser desde Homero la más corriente y divulgada como patronímico de este héroe (si bien aquél es igualmente homérico).

[2] Se resumen en este comienzo, que, por cierto, no presenta la habitual y ya tópica invocación a un dios o a la Musa como fuente de inspiración, los sucesos finales narrados en la *Ilíada* (muerte y funerales de Héctor), poema con el que enlaza directamente Quinto, quien de este modo se presenta como claro continuador de Homero; tal vez por ello se omita precisamente esa invocación introductoria.

[3] Otro habitual calificativo de Aquiles, que por su padre Peleo era nieto de Éaco, hijo de Zeus y legendario rey de la isla de Egina.

embocaduras del Escamandro ideo[4], y a cuantos aniquiló mientras escapaban al pie de la gran muralla, y cómo abatió a Héctor y lo arrastró alrededor de la ciudad, y a los otros que masacró a lo largo del infatigable mar cuando llevaba por primera vez la perdición a los troyanos[5]. Con el recuerdo de aquello, permanecían ellos en la ciudad; a su alrededor sobrevolaba una angustiosa pena, como si ya ardiese Troya bajo un fuego luctuoso.

Y entonces, desde las corrientes del Termodonte[6] de ancho curso, llegó Pentesilea, revestida de la belleza de las diosas, por dos motivos: por arder en deseos de una guerra luctuosa y, ante todo, por evitar una odiosa y vergonzosa reputación, no fuera que alguien en su propio pueblo la inju-

---

[4] El Escamandro es el célebre río de la Tróade que, por su cercanía a Troya, tiene ya notable presencia en la *Ilíada*. Se le califica aquí de «ideo» por su proximidad también al monte principal de la región, el Ida.

[5] En estos últimos versos se recuerdan algunas de las hazañas que Aquiles lleva a cabo en los cantos XXI y XXII de la *Ilíada*, cuando regresa al combate después de la muerte de su querido Patroclo: la gran masacre que a orillas y dentro del Escamandro provoca entre los troyanos y sus aliados peonios (*Il.* XXI 1-210); su devastadora persecución de los enemigos cuando se retiran a Troya en desbandada (*Il.* XXI 520-611); y la muerte de Héctor y el maltrato de su cadáver (*Il.* XXII 248-404 y también XXIV 14-21, si bien el detalle concreto de que Aquiles arrastró alrededor de la ciudad de Troya el cuerpo de Héctor, atado con correas a su carro, es posterior a Homero: se encuentra en EURÍPIDES, *Andr.* 107s. y luego en VIRGILIO, *En.* I 483). Pero al final se evoca también un episodio anterior a los acontecimientos de la *Ilíada*, ya que éste se desarrolla a comienzos de la guerra: en una travesía por mar, camino aún de Troya, Aquiles conquista hasta doce ciudades vecinas, como se recuerda en *Il.* IX 328 y *Od.* III 105 s.

[6] Río de la Capadocia tradicionalmente asociado a las Amazonas, pues, según ciertas leyendas, a sus orillas se hallaba Temiscira, capital del imaginario país de estas mujeres guerreras: cf. ESQUILO, *Prometeo Encadenado* 723-725; DIODORO DE SICILIA, IV 16, 1; APOLODORO, *Bib.* II 5, 9.

riara con reproches debido a su hermana Hipólita, por la cual se acrecentaba su pena: pues le había dado muerte ella con su robusta lanza, no de forma intencionada, sino al tratar de alcanzar a una cierva[7]. Por ello llegó entonces a la tierra de la muy gloriosa Troya. Y además, su corazón belicoso la empujaba a purificarse de la funesta mancha del asesinato y a aplacar con sacrificios a las espantosas Erinies, que, irritadas a causa de su hermana, desde aquel mismo instante la acosaban invisibles, pues ellas siempre dan vueltas alrededor de los pies de los culpables, y no hay quien, tras haber cometido una falta, escape a estas diosas[8]. Con ella venían detrás otras doce, todas ilustres, todas deseosas de guerra y de odiosa batalla; ellas eran sus sirvientas, aun siendo tan insignes. Pero entre todas sobresalía con mucho Pentesilea: como cuando en el vasto cielo destaca entre todas las estrellas la divina luna, una vez ha quedado especialmente brillante, al ser el éter rasgado por las nubes muy re-

---

[7] Quinto parece contaminar los dos motivos que en otros autores se atestiguan para la presencia de Pentesilea en Troya: según afirma TZETZES en *Posth.* 14-19, en los relatos de HELÁNICO *(F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 149) y Lisias (¿?) ésta acude a la guerra en busca de gloria; en cambio, en DIODORO DE SILICIA (II 46, 5), APOLODORO *(Epít.* V 1) y SERVIO (*Com. a En.* I 491), se presenta en Troya para purificarse del crimen involuntario cometido contra su hermana Hipólita (tal sería el resultado de combinar los datos parciales de estos tres autores). Esta última versión, que tal vez se remonte a la *Etiópida,* trataba sin duda de justificar de algún modo la presencia de Pentesilea como aliada de los troyanos, ya que en principio las Amazonas eran sus enemigas tradicionales, según se atestigua en *Il.* III 188 s., donde Príamo manifiesta haber combatido contra ellas en su juventud.

[8] Las Erinies son tradicionalmente las diosas encargadas de castigar a los parricidas (independientemente de que su crimen haya sido voluntario o no). La misma necesidad de aplacar a estas diosas vengativas la hallamos en APOLONIO DE RODAS, *Arg.* IV 698-717.

sonantes, cuando duerme la enorme furia de los vientos que soplan con violencia, así destacaba ella entre todas las que acudían presurosas. Allí estaban Clonia, Polemusa, Derínoe, Evandra, Antandra y la divina Bremusa, también Hipótoe, y además Harmótoe, de negros ojos, Alcibia, Antíbrote y Derimaquea, y con ellas Termodosa, muy orgullosa de su lanza; todas éstas seguían a ambos lados a la valiente Pentesilea[9]. Y como desciende del inquebrantable Olimpo Eos[10], con el corazón lleno de orgullo por sus resplandecientes caballos, en compañía de las Horas[11] de hermosos bucles, y entre todas ellas sobresale por su rutilante aspecto, aun siendo aquéllas irreprochables; tal marchó Pentesilea a la ciudad troyana, destacada entre todas las Amazonas. Los troyanos, que se precipitaban a su alrededor desde todas partes, mucho se maravillaron cuando vieron a la hija de gruesas gre-

[9] El breve catálogo de estas doce Amazonas se inspira en el de las Nereidas de *Il.* XVIII 39-49. Sus nombres, salvo el de Hipótoe, ya mencionada por Higino *(Fáb.* 163, 1) como Amazona y por Tzetzes *(Posth.* 176) como parte también de las tropas de Pentesilea, son aparentemente invención del propio Quinto, que para ellas en general ha recurrido a unos definitorios nombres parlantes: Clonia es «La tumultuosa», Polemusa «La que guerrea», Derínoe «La de mente combativa», Evandra «La muy varonil», Antandra «La pareja a un hombre», Bremusa «La bramadora»...

[10] Como se podrá observar sobre todo en el libro II, Eos es en Quinto de Esmirna la diosa del día (de ahí que no hayamos traducido su nombre por «Aurora», en referencia únicamente al amanecer), y por tanto, la encargada no ya sólo de disipar la noche y traer la luz, sino también de propagarla a lo largo de toda la jornada hasta el ocaso durante su recorrido en carro por la bóveda celeste.

[11] Las doce Horas, fieles compañeras de Eos, situadas a lo largo de la órbita del sol, representan aquí por igual las doce horas del día o los doce signos zodiacales (cf. II 501-506) y al mismo tiempo presiden también las estaciones (cf. II 594-602).

bas del infatigable Ares[12], semejante a los bienaventurados, puesto que en su rostro se vislumbraba una apariencia a la vez terrible y radiante, tenía una sonrisa encantadora, sus ojos seductores bajo las cejas brillaban de forma igual a los rayos del sol, y el pudor sonrojaba sus mejillas, sobre las que se extendía una gracia divina revestida de vigor.

Las gentes estaban alegres, a pesar de haber sentido antes gran aflicción: como cuando, tras contemplar desde el monte los campesinos a Iris[13] surgiendo desde el mar de anchos caminos, cuando ansían la lluvia divina, puesto que sus tierras, deseosas del agua de Zeus, están ya secas, por fin el enorme cielo se ve envuelto en la oscuridad, y ellos, al observar el feliz presagio del viento y de la lluvia que se halla cerca, se alegran, a pesar de haber llorado antes por sus campos; así entonces los hijos de los troyanos, cuando vieron dentro de su patria a la terrible Pentesilea, ávida de guerra, se llenaron de gozo, pues la esperanza de una buena ventura, cuando llega al corazón de un hombre, disipa la angustia luctuosa.

Por ello también el espíritu de Príamo, que mucho gemía y sentía gran aflicción, experimentó cierto regocijo en su fuero interno. Como cuando un hombre que mucho ha sufrido por sus ojos ciegos, deseoso de ver la sagrada luz o morir, gracias al esfuerzo de un médico irreprochable o a un dios que aparta las tinieblas de sus ojos, vuelve a ver la luz del día, pero no como antes, a pesar de lo cual siente una pequeña alegría después de tanta angustia, mas aún conser-

---

[12] Pentesilea es hija del dios Ares, considerado habitualmente padre también de las Amazonas Hipólita y Antíope (que aparecen en las leyendas de Heracles y Teseo) o incluso de las Amazonas en general.

[13] Iris parece ser aquí considerada una mera personificación del arco iris, si bien luego aparecerá en su tradicional papel de mensajera y asistente de los dioses.

va el tremendo dolor de su padecimiento, que subsiste bajo sus párpados[14]; así vio entonces el hijo de Laomedonte[15] a la terrible Pentesilea: se alegró un poco, pero sentía aún mayor aflicción por sus hijos muertos. Condujo a la reina a su palacio y sin cesar le hizo honores de buena gana, como a una hija que de lejanas tierras regresa a casa al cabo de veinte años,y le ofreció manjares de toda clase, como los que toman los insignes reyes cuando, después de aniquilar a los pueblos enemigos, banquetean en festines, orgullosos de su victoria. Le entregó regalos hermosos y opulentos, y se comprometió a darle otros muchos, si socorría a los diezma-

[14] Este símil en que se presenta a un hombre aquejado de oftalmía resulta ser uno de los más originales y precisos de Quinto de Esmirna. Para S. E. BASSET («The Laocoon episode...», pág. 251), junto con la minuciosa descripción de los síntomas del glaucoma de Laocoonte en XII 395-417, demuestra ciertos conocimientos oftálmicos por parte de Quinto. Cf. introducción.

[15] Príamo, cuyo padre Laomedonte fue el anterior monarca de Troya, rey perjuro por excelencia que engañó a Apolo y Posidón para que rodearan con inexpugnables murallas su ciudad a cambio de un salario que luego no les pagó (cf. HOMERO, *Il.* VII 452s. y XXI 441-457; HELÁNICO, *F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 26a y b; PÍNDARO, *Ol.* VIII 31-47; APOLODORO, *Bib.* II 5, 9; HIGINO, *Fáb.* 89, 1...), y que igualmente prometió entregarle a Heracles, en recompensa por la liberación de su hija Hesíone (dispuesta para ser sacrificada a un monstruoso cetáceo que había enviado Posidón como castigo por la anterior afrenta), los caballos divinos que en otro tiempo Zeus le regaló a Tros, abuelo de Laomedonte, como reparación por el rapto de su hijo Ganimedes, y que finalmente no le dio a pesar de cumplir Heracles lo acordado: cf. HOMERO, *Il.* XX 145-148; HELÁNICO, *F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 26b; DIODORO DE SILICIA, IV 42, 1-7; APOLODORO, *Bib.* II 5, 9; VALERIO FLACO, *Arg.* II 451-578; HIGINO, *Fáb.* 89, 2-4...); tiempo después, el héroe se vengó preparando una expedición militar contra la ciudad, que supuso la primera Guerra de Troya y que acabó con su conquista y saqueo, en el que Heracles mató a Laomedonte y a todos sus hijos, a excepción precisamente de Príamo: cf. HOMERO, *Il.* V 640-642; HELÁNICO, *F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 26b; PÍNDARO, *Ístm.* VI 26-35; DIODORO DE SILICIA, IV 32, 1-5; APOLODORO, *Bib.* II 6, 4; HIGINO, *Fáb.* 89, 4.

dos troyanos[16]. Ella prometió una hazaña por la que nunca un mortal había albergado esperanzas: matar a Aquiles, destruir el amplio ejército de los argivos y arrojar al fuego sus naves. ¡Insensata!, pues no tenía idea de cuánto mejor que nadie era Aquiles, experto en el manejo de la lanza, en la batalla destructora de guerreros[17].

Cuando la escuchó, la excelsa hija de Eetión, Andrómaca, tales cosas se dijo en su corazón:

«¡Desdichada! ¿Por qué con orgullosos pensamientos proclamas semejante cosa? Pues no posees tú fuerzas suficientes para luchar contra el intrépido Pelión: pronto enviará contra ti la muerte y la destrucción. ¡Miserable! ¿Por qué ha enloquecido tu corazón? Sin duda se hallan cerca de ti el final que trae consigo Tánato y el Destino decretado por una divinidad[18]. Héctor era mucho mejor que tú con la lanza, y

---

[16] En estos versos de I 85-92 nos encontramos con la típica escena de recepción del guerrero, que Quinto va a repetir en esquemas muy similares con la llegada de Memnón (II 111-123) y de Eurípilo (VI 133-185).

[17] Nótese cómo Pentesilea (a diferencia de Memnón en II 148-155) se muestra orgullosa e imprudente y realiza unas promesas desmesuradas que desde el primer momento el poeta épico omnisciente advierte que en modo alguno ésta va a ser capaz de cumplir y que van a suponer bien pronto su ruina.

[18] Una buena muestra de la presencia que en Quinto tiene la doctrina del estoicismo es la importancia que en su obra alcanzan las distintas figuras que representan al destino ineludible (cf. F. A. García Romero, «El *Destino* en los *Posthomerica...*», págs. 101-106): como luego con la *Kḗr* o la *Moîra*, aquí nos encontramos con la *Aîsa*, el «Destino» como mera abstracción convertida apenas en divinidad (de ahí que la hayamos adaptado con su correspondiente traducción). Es distinto el caso de Tánato, abstracción ahora de la Muerte, pero con mucha mayor identidad y tradición mítica (por ello en esta ocasión hemos respetado la transcripción de su nombre): representado como un joven alado, es ya mencionado por Hesíodo como hijo de la Noche (*Teog.* 212) y tiene ciertas actuaciones concretas: lucha contra Heracles por el alma de Alcestis (en Eurípides, *Alc.* 840-849

sin embargo, aun siendo tan poderoso, fue abatido, y gran pesadumbre causó a los troyanos, pues todos como a un dios lo miraban en la ciudad: era él, mientras se hallaba en vida, una gran gloria para mí y para sus padres, semejantes a dioses. ¡Ojalá un túmulo de tierra me hubiera cubierto, antes de haber perdido él la vida por obra de una lanza que le atravesó la garganta! Ahora, lamentablemente, un dolor indecible he contemplado, cuando a aquél alrededor de la ciudad lo arrastraban de manera salvaje los caballos de cascos veloces de Aquiles, quien me ha dejado viuda de mi esposo legítimo, lo cual me supone una terrible aflicción todos los días».

Así se dijo en su corazón la Eetione[19] de hermosos tobillos, recordando a su marido, pues una gran pena por el esposo muerto se acrecienta en las mujeres virtuosas.

El sol, recorriendo su órbita con rápida revolución, se sumergió en la profunda corriente del Océano, y se extinguió la luz del día. Cuando ellos acabaron la bebida y la sabrosa comida, las sirvientas extendieron gratos lechos en las moradas de Príamo para Pentesilea, de audaz espíritu. Ella, tras marchar allí, se echó a dormir, y un profundo sueño la envolvió y le cubrió los ojos. Pero desde lo alto del éter, por indicación de Palas, llegó la furia del engañoso Oniro[20], para que, al contemplarlo, se convirtiera ella en una calamidad para los troyanos y para sí misma, cuando se lanzara presu-

---

y 1139-1142) y es encadenado por el astuto Sísifo y luego liberado por Ares (según Ferecides, *F. Gr. Hist.* I A, 3, fr. 119).

[19] Patronímico de Andrómaca, «hija de Eetión», rey de la vecina Tebas Hipoplacia, que Aquiles tiempo atrás conquistó y saqueó con la consiguiente muerte del monarca: cf. *Il.* VI 395-397 y 414-424.

[20] El *Óneiros* designa concretamente al «Ensueño», esto es, a aquellas imágenes que se ven durante el *hýpnos,* el «sueño» entendido, a diferencia de lo anterior, como la acción misma de dormir, para la que también existe una abstracción, Hipno, tradicionalmente considerado hermano de Tánato: cf. Homero, *Il.* XIV 231 y XVI 682, y Hesíodo, *Teog.* 211 s.

rosa contra los escuadrones de la batalla. Así lo maquinó la valiente Tritogenía[21]: sobre ella se colocó el funesto Oniro, que había adquirido la figura de su padre, y éste la animaba a combatir audazmente cara a cara contra Aquiles, de ágiles pies. Ella, al oírlo, sintió una completa alegría en su corazón, pues se pensó que ese mismo día realizaría una gran hazaña en el espantoso tumulto[22]. ¡Insensata!, pues hizo caso precisamente al pernicioso Oniro vespertino[23], que a la raza de los muy sufridos hombres hechiza en sus lechos al proferir en demasía palabras burlonas, y que entonces a ella la engañó animándola a echarse al combate.

Pero cuando llegó la Erigenía[24] de rosados tobillos, entonces Pentesilea, infundiendo a su corazón un gran vigor, saltó de la cama y se puso en los hombros las armas bien la-

---

[21] Epíteto de Atenea ya varias veces empleado por HOMERO (*Il.* IV 515, VIII 39...), pero de complicada interpretación. Se suele explicar como una referencia al nacimiento de Atenea junto al río Tritón (cf. HESÍODO, fr. 343 MERKELBACH-WEST), río localizado en Arcadia o en el norte de África, donde se encuentra también la laguna Tritónide, igualmente asociada a esta diosa (cf. PAUSANIAS, IX 33, 7).

[22] Se imita aquí el célebre episodio del «Sueño de Agamenón» (HOMERO, *Il.* II 5-75), en que es Zeus quien, tramando una derrota de los aqueos, envía al Ensueño para incitar con excusas a su caudillo supremo a retomar el combate. No obstante, es probable que Quinto no esté aquí aplicando sin más este motivo a su personaje, sino que tal «Sueño de Pentesilea» responda a una auténtica tradición, pues también lo hallamos (en otras circunstancias, pero con la misma intención) en TZETZES, *Posth.* 119-135.

[23] Existía en la Antigüedad la creencia de que los sueños tenidos antes de la media noche resultaban engañosos y los inmediatamente anteriores al amanecer, en cambio, veraces: cf. PLATÓN, *Critón* 44a; HORACIO, *Sátiras* I 10, 31-35; OVIDIO, *Heroidas* XIX 195.

[24] Epíteto de Eos que se refiere a ella como «nacida de la mañana». Quinto lo emplea con gran frecuencia, hasta el punto de convertirse en un nombre más de la diosa del día (cf. nota 10).

bradas que el dios Ares le entregó. En primer lugar, sobre sus blancas piernas colocó unas grebas de oro, que le quedaban muy bien ajustadas; se vistió luego una coraza resplandeciente; de sus hombros colgó, llena de orgullo, una gran espada, a la que todo alrededor bien enfundaba una vaina trabajada en plata y marfil; tomó el divino escudo, parecido al círculo de la luna[25], que sobre el Océano de profunda corriente se alza medio llena con sus curvos cuernos: tal brillo indecible lanzaba éste; en su cabeza colocó un casco empenachado con crines de oro. Así se puso ella en su cuerpo las elaboradas armas[26]: se veía igual al relámpago que desde el Olimpo envía a la tierra la cólera del infatigable Zeus, que indica así a los hombres la furia de la lluvia, de sordo estruendo, o el rugido incesante de los muy silbantes vientos.

Al punto se apresuró a salir a través de la sala y cogió dos jabalinas bajo su escudo, y con la diestra un hacha de doble filo que la terrible Eris[27] le entregó para que fuera

[25] Se trata de la *péltē*, el escudo de los tracios con forma de luna en cuarto creciente: cf. HERÓDOTO, VII 75; EURÍPIDES, *Alc.* 498; ARISTÓFANES, *Lis.* 563; y especialmente, VIRGILIO, *En.* I 490 s., donde aparecen la propia Pentesilea y sus Amazonas con tales escudos.

[26] En esta escena típica de equipamiento del guerrero, Quinto dota a Pentesilea de un armamento variado y excesivo: en este pasaje se ciñe la Amazona las armas distintivas de los hoplitas (poco apropiadas para combatir en el caballo en que ésta va a estar todo el tiempo montada), pero más adelante toma el hacha de doble filo (I 158s.) y, sin haber sido mencionado antes, porta el arco (I 338-341), armas que (junto con el escudo de mimbre o *gérron)* sí son características de las Amazonas.

[27] Eris, la «Discordia», da lugar al «Juicio de Paris» y, en consecuencia, a la Guerra de Troya. Dada su naturaleza, Quinto la asocia frecuentemente a los acontecimientos de la guerra, con lo que queda estrechamente relacionada con Ares y puede explicarse aquí el trato que con ella tiene su hija Pentesilea.

prodigiosa ayuda en la guerra devoradora de vidas. Orgullosa de ella, marchó enseguida fuera de las murallas, animando a los troyanos a encaminarse a la batalla que reporta gloria; ellos de inmediato la obedecieron, pues se reunieron los insignes caudillos, aun cuando antes no se arriesgaban éstos a enfrentarse a Aquiles, ya que él a todos abatía. Ella, no obstante, poseía un incontenible orgullo: se montó en su caballo, uno hermoso y muy veloz que la esposa de Bóreas, Oritía, le regaló antaño como obsequio de hospitalidad, cuando fue a Tracia[28], y que incluso aventajaba a las veloces Harpías[29]; montada entonces en él, abandonó los altos palacios de la ciudad la noble Pentesilea: la animaban las funestas Keres[30] a encaminarse a la vez a su primer y último combate. Muchos troyanos, con pies que ya no iban a regresar, seguían a ambos lados a la atrevida muchacha hacia un despiadado combate, en tropel, como ovejas detrás del carnero, que, cuando marchan todas a la vez, corre delante gra-

[28] Oritía es, efectivamente, la esposa de Bóreas, el Viento del Norte, y con él residía en Tracia, país con el que es fácil imaginar que Pentesilea tuviera también relación, ya que, además de encontrarse allí tradicionalmente los dominios de su padre Ares (por ser Tracia un lugar tenido por primitivo, salvaje y hostil), era uno de los territorios (para el otro, cf. nota 6) en que supuestamente se situaba el reino de las Amazonas (de hecho, la *Etiópida* presentaba a Pentesilea como venida de Tracia, según parece desprenderse del resumen de Proclo, pág. 105, líns. 22-24 Allen).

[29] Las Harpías son espantosas criaturas femeninas aladas, dedicadas a toda clase de rapiña (su nombre sugiere la idea de «Raptoras»), para lo cual están dotadas de gran velocidad (destacada ésta ya por Hesíodo en *Teog.* 267-269).

[30] Las Keres (hijas de la Noche ya en Hesíodo, *Teog.* 217) son en Quinto de Esmirna las personificaciones por excelencia de la muerte y del destino: muy a menudo aparecen cuando se señala la suerte fatal de un guerrero o se relata el momento mismo de su caída.

cias a la pericia del pastor; así la seguían entonces, lanzados con tremenda violencia, los troyanos de gran vigor y las Amazonas de poderoso ánimo. Y como la Tritónide[31] cuando marchó contra los Gigantes[32], o Eris, incitadora de tumultos, al precipitarse a lo largo del ejército, tal iba entre los troyanos la veloz Pentesilea.

Entonces, alzando sus muy sufridas manos hacia el Cronión[33], el excelso hijo del opulento Laomedonte lanzó una súplica volviéndose hacia el ilustre templo de Zeus Ideo[34], que siempre contempla a Ilio con sus ojos:

«¡Escucha, padre: permite que el ejército aqueo caiga este día a manos de la reina Aréyade[35], y a ella, por el contrario, tráela sana y salva de vuelta otra vez a mi mansión, por respeto a tu prodigioso hijo, el poderoso Ares, y a ella misma, porque se asemeja a las celestiales diosas de forma asombrosa y sus orígenes se remontan a tu divina estirpe! ¡Ten compasión de mi corazón, puesto que muchos males he soportado con la muerte de mis hijos, que las Keres me

---

[31] Otro epíteto de la diosa Atenea, en el que parece haber también referencia a su relación con el río Tritón o la laguna Tritónide (cf. nota 21).

[32] En la lucha que se desencadena entre los dioses Olímpicos y los Gigantes, la llamada Gigantomaquia, Atenea tiene una notable participación: de acuerdo con APOLODORO (*Bib.* I 6, 1s.), es ella quien se trae a Heracles para combatir al lado de los dioses —condición indispensable, según un oráculo, para su victoria final—; lucha además contra Encélado, a quien sepulta bajo la isla de Sicilia; y mata también a Palante, al cual desuella para usar su piel como protección en la batalla: origen de la famosa égida.

[33] Esto es, Zeus, hijo de Crono.

[34] Zeus recibe la advocación de Ideo por su relación con el Ida (cf. nota 4), en una de cuyas cimas, el Gárgaro, poseía un santuario (cf. HOMERO, *Il.* VIII 47s. y XVI 604s.) y se dedicaba a menudo a observar las batallas que en la llanura troyana se desataban: cf. *Il.* XI 181-184 y XXIV 290 s.

[35] Peculiar patronímico de Pentesilea como «hija de Ares».

arrebataron a manos de los argivos en el frente de batalla[36]! ¡Ten compasión, mientras aún vivimos unos pocos portadores de la noble sangre de Dárdano[37], mientras aún la ciudad no se encuentra arrasada, para que también nosotros tomemos un respiro en la espantosa matanza de Ares!».

Así dijo con grandes súplicas. Entonces un águila, emitiendo agudos chillidos, con una paloma ya agonizante entre sus garras, se lanzó con precipitación por su izquierda. En su fuero interno tuvo miedo el espíritu de Príamo, y se dijo que ya no vería regresar viva del combate a Pentesilea. Ello lo iban a cumplir así en verdad las Keres aquel día: él sentía una gran aflicción en su desgarrado corazón.

Los argivos a lo lejos se asombraron, cuando vieron precipitarse a los troyanos y a la Areide[38] Pentesilea: aquellos, semejantes a fieras que en los montes llevan la muerte luctuosa a los rebaños de espeso vellón, y ella, igual a la llamarada de fuego que sobre las matas secas se aviva al desencadenarse el viento. Y alguien, entre los que estaban congregados, dijo tales palabras:

«¿Quién ha reunido, tras la muerte de Héctor, a los troyanos, esos que decíamos que ya no se enfrentarían a nosotros llenos de ardor? Ahora de repente se lanzan muy ansiosos de pelea. Sin duda alguien en medio les anima a echarse al combate: se podría decir que es un dios, puesto que pla-

[36] En la traducción no hemos conservado la expresión original, «en las fauces del combate», ya que preferimos ofrecer la idea que encierra tal imagen («en vanguardia», «en primera linea de combate»).

[37] Dárdano, hijo de Zeus y la Atlántide o Pléyade Electra, fue quien, tras llegar por mar a la Tróade y establecerse en la región, se convirtió en el fundador de la estirpe real troyana (para un rápido repaso de ésta, cf. II 140-144).

[38] Otro patronímico de Pentesilea; cf. nota 35.

nea una gran hazaña. Pero, ¡ea!, arrojemos en nuestro pecho una audacia insaciable y acordémonos de nuestra valerosa fuerza, pues tampoco nosotros lucharemos este día contra los troyanos sin ayuda de los dioses».

Así habló. Y ellos, tras colocarse sus brillantes armas, salieron fuera de las naves, revestidos de cólera sus hombros. Se encontraron, semejantes a las fieras carnívoras, en el sangriento combate; por igual poseían hermosas armas: lanzas, corazas, escudos de gran vigor y robustos cascos; cada uno golpeaba sin piedad con el bronce el cuerpo de otro: se teñía de rojo el suelo troyano.

Entonces Pentesilea acabó con Molión, Persínoo, Iliso, Antíteo y el valiente Lerno, con Hipalmo, Hemónides y el poderoso Elasipo. Derínoe acabó con Laógono y Clonia con Menipo, quien antaño desde Fílace siguió a Protesilao[39] para luchar contra los troyanos de gran vigor. Al morir éste, se turbó el corazón de Podarces Ificléyada[40], pues a él lo quería especialmente entre sus compañeros. Al punto atacó él a Clonia, semejante a una diosa: su robusta lanza le atravesó de parte a parte el vientre, y rápido se derramó por esa lanza su negra sangre, a la que siguieron todas sus entrañas. Por ella se encolerizó entonces Pentesilea, y a Podarces le hirió con su muy larga lanza en el grueso músculo de su brazo derecho, y le cortó sus sanguinolentas venas y la negra sangre

[39] Desde Fílace, una aldea de la Tesalia Ftiótide, Protesilao había traído un contingente de cuarenta naves. Este guerrero griego fue el primero en caer muerto en la Guerra de Troya, a poco de producirse su desembarco: según Homero (*Il.* II 698-702), murió alcanzado por un enemigo anónimo, pero la tradición posterior pretendía que había sido abatido a manos del propio Héctor. Cf. Apolodoro, *Epít.* III 30, e Higino, *Fáb.* 103, 1.

[40] Podarces, hijo de Íficlo, es hermano de Protesilao y, a su muerte, su sucesor en el mando: tal situación la detalla ya Homero en el «Catálogo de las Naves» (*Il.* II 695-710).

le brotó a borbotones por la herida abierta; él entonces se retiró hacia atrás en medio de gemidos, pues la angustia mucho le había domeñado el corazón. Al alejarse, les sobrevino a los filacios una pena indecible; él, a escasa distancia del combate, pronto murió en brazos de sus compañeros[41].

Idomeneo[42] le acertó a Bremusa con su enorme lanza en el seno derecho, y al punto le quebró su corazón. Ella cayó igual a un fresno que, aun descollante, en los montes cortan los leñadores, y que al desplomarse lanza a la vez un silbido y un estrépito doloroso; así, profiriendo un grito lastimero, cayó ella: todos sus miembros los aflojó la muerte y su alma se mezcló con las brisas de muchos soplos[43]. Meríones[44] acabó con Evandra y Termodosa cuando se lanzaban por el devastador combate: a una introduciéndole en el corazón su lanza, a otra clavándole bajo el vientre su espada; a ellas con

---

[41] La muerte de Podarces es la mayor hazaña que Pentesilea lleva a cabo en su corta intervención en la Guerra de Troya. Según APOLODORO *(Epít.* V 1), en cambio, es Macaón el caudillo al que Pentesilea da muerte (QUINTO DE ESMIRNA, como luego veremos en VI 391-435, reserva la victoria sobre éste para Eurípilo).

[42] Idomeneo, cuyo padre es Deucalión, hijo del famoso rey Minos, es el caudillo del contingente cretense (cf. sus tropas en *Il.* II 645-652). En este primer episodio de batalla, Quinto hace repaso de los principales próceres griegos mencionados en el homérico «Catálogo de las Naves».

[43] Responde a una creencia popular de época imperial (creencia en la que tiene presencia sin duda el estoicismo) la idea de que los vientos eran los conductores de las almas de los difuntos: cf. también, más adelante, II 550-587 (los mismos vientos transportan el cadáver de Memnón); IV 4-9 (hacen lo propio con el cuerpo de Glauco); V 647 s. (se recuerda cómo el alma de Heracles, en el momento de su apoteosis, se mezcló con el éter); VII 41 s. (es el alma del fallecido Macaón la que ha volado a los aires), etc.

[44] Meríones, pariente de Idomeneo —el padre de aquél era Molo, quien, según APOLODORO (*Bib.* III 3, 1), era un hijo bastardo de Deucalión, el padre de Idomeneo—, se encuentra también al mando de los ejércitos cretenses (cf. *Il.* II 650 s.).

precipitación las abandonó la vida. A Derínoe la abatió el poderoso hijo de Oileo[45] tras alcanzarla en la clavícula con su puntiaguda lanza.

A Alcibia y Derimaquea el Tidida[46] les cortó a ambas las cabezas, y con ellas sus cuellos, justo por encima de los hombros, con su funesta espada: ambas cayeron como terneras a las que un hombre al instante priva de vida al cortarles con su robusta hacha los tendones del cuello; así cayeron ellas, abatidas a manos del Tidida, en la llanura de los troyanos, lejos de sus cabezas. Sobre sus cuerpos Esténelo[47] mató al poderoso Cabiro, que llegó desde Sesto[48] deseoso de guerrear contra los argivos, mas no regresó de nuevo a su patria. A causa de su muerte se encolerizó Paris en su corazón, y disparó contra Esténelo, mas no lo hirió, a pesar de sus deseos, pues la flecha[49] se desvió hacia otro lado, adonde las Keres inexorables la dirigían: mató de inmediato a

---

[45] El hijo de Oileo es Ayante —no el Telamonio, evidentemente—, caudillo del contingente locrio, que acude a Troya con cuarenta naves (cf. *Il.* II 527-535).

[46] Tidida, esto es, «hijo de Tideo», es el patronímico con que habitualmente se designa a Diomedes, uno de los caudillos del contingente argivo (cf. *Il.* II 559-568) y, tras Aquiles y Ayante Telamonio, sin duda alguna el mejor guerrero griego en Troya. Es célebre especialmente su *aristeía* a lo largo de todo el canto V de la *Ilíada.*

[47] Esténelo es otro de los caudillos del ejército argivo (cf. *Il.* II 563 s.), habitual compañero y asistente de Diomedes en la batalla.

[48] Principal ciudad del Quersoneso Tracio, situada en la costa occidental del Helesponto frente a Abido. Sesto y Abido son célebres por la leyenda de Hero y Leandro.

[49] Recuérdese que Paris actúa en la batalla ante todo como arquero, hecho que está en consonancia con su carácter más bien cobarde —al menos en la *Ilíada* (III 15-57), pero no tanto ya en Quinto de Esmirna—, pues en la antigua poesía épica es notable el desprecio que hay por el arco como arma, ya que éste parece propio de aquellos que no se atreven a combatir cara a cara y de cerca.

Evénor, de broncíneo cinturón, que desde Duliquio[50] llegó para luchar contra los troyanos. Al morir éste, se turbó el hijo del ilustre Fileo[51]: se lanzó con gran rapidez, como un león contra los rebaños de ovejas; todos ellos a la vez se estremecieron ante ese poderoso guerrero. Mató, pues, a Itimoneo y a Agelao Hipásida, que, venidos desde Mileto, lanzaban contra los dánaos su grito de guerra a las órdenes de Nastes, semejante a un dios, y del magnánimo Anfímaco, quienes habitaban el Mícale, las blancas cimas del Latmo, los enormes valles de Branco, la costera Panormo y las corrientes del Meandro de profundo curso, que hacia la tierra poblada de viñedos de los carios, desde Frigia, abundante en rebaños, marcha serpenteando por sus muy curvadas orillas[52]. A éstos mató Meges en el combate; y de nuevo abatió a otros, a cuantos alcanzó con su negra lanza, pues en su pecho le infundió audacia la Tritogenía, para que condujera a sus enemigos al día aciago.

---

[50] La más importante de las islas Equínades del Mar Jonio, junto a la desembocadura del río Aqueloo.

[51] El hijo de Fileo, como luego se indica, es Meges, caudillo del contingente procedente de Duliquio y las otras islas Equínades (cf. *Il.* II 625-630).

[52] Quinto evoca aquí, a la vez que completa, la descripción que Homero hace de Caria en *Il.* II 867-875, pasaje en que se recuerdan las tropas que de esta región de Asia Menor han llegado como aliadas de los troyanos y que efectivamente capitanean Nastes y Anfímaco. El Mícale es un promontorio frente a la isla de Samos, en la desembocadura del tortuoso río Meandro; el Latmo es un monte donde supuestamente se hallaba la cueva de Endimión, el joven amado por Selene o la Luna (cf. Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 57 s. y Pausanias, V 1, 3-5); Branco fue un bello pastor del que se enamoró Apolo, tras lo cual fundó aquél en su honor el célebre oráculo de Dídima y se convirtió en el antepasado de la famosa dinastía sacerdotal de los Bránquidas (cf. Calímaco, fr. 229 Pfeiffer, y Estrabón, XIV 1, 5); al oeste de Dídima se halla la región costera de Panormo.

Polipetes[53], caro a Ares, abatió a Dreseo, a quien dio a luz la divina Neera[54], unida en su lecho al muy prudente Tiodamante a los pies del nevado Sípilo, donde los dioses convirtieron en piedra a Níobe, cuyas abundantes lágrimas se derraman aún de lo alto de una escarpada roca, y junto a ella gimen las corrientes del rugiente Hermo y las muy altas cumbres del Sípilo, sobre las que siempre se extiende alrededor una niebla odiosa para los pastores. Es ella una gran maravilla para los mortales que allí acuden, porque se asemeja a una mujer muy llorosa que, profiriendo gemidos en medio de funestos dolores, derrama innumerables lágrimas: esto dirías que es lo que realmente ocurre, cuando de lejos la observas; mas cuando cerca de ella te llegas, parece sin más una escarpada roca o un saliente del Sípilo. Pero ella, dando satisfacción a la devastadora cólera de los bienaventurados, llora aún entre las rocas, semejante a una mujer afligida[55].

[53] Polipetes, hijo de Pirítoo, el famoso amigo íntimo de Teseo, comandaba junto con Leonteo el contingente de los lápitas (cf. *Il.* II 738-747).

[54] Debido a la leyenda que a continuación se va a recordar, esta Neera tal vez sea la hija de Níobe que menciona Apolodoro en *Bib.* III 5, 6, y que en esta versión de Quinto (a diferencia de la de Apolodoro) habría escapado a la masacre que entre los Nióbidas provocaron Apolo y Ártemis.

[55] Se evoca aquí la historia de Níobe, la hija de Tántalo que por sus insolencias contra Leto perdió a todos sus hijos, asaeteados a su vez por los de esta diosa, Apolo y Ártemis, tras lo cual acabó transformada en roca y trasladada al Sípilo, monte de su país de origen, Lidia, a cuyos pies corre el río Hermo. La leyenda, evocada ya en Homero (*Il.* XXIV 602-617), fue objeto de numerosas recreaciones literarias (cf., especialmente, Ovidio, *Met.* VI 146-312), pero Quinto, debido a su gusto por las digresiones geográficas con elementos fantásticos, parece más bien evocar esta historia movido por sus impresiones personales, ya que el Sípilo se hallaba cerca de su patria, Esmirna, y el poeta podía haber observado en directo el «misterioso» fenómeno de la fuente que brotaba de esta roca con supuesta forma de mujer.

Unos a otros se iban causando una matanza y una muerte dolorosa. Pues el terrible Tumulto daba vueltas en medio de los ejércitos; cerca de él se hallaba el funesto fin que trae consigo Tánato; y a su alrededor deambulaban las perniciosas Keres acarreando esa luctuosa matanza. En el polvo se quebraron aquel día los corazones de muchos troyanos y argivos, y se alzaba un gran griterío. Pues no cesaba la gran cólera de Pentesilea, sino que, como una leona en las altas montañas salta sobre las vacas tras haberse precipitado a través de un valle de profundos riscos, ávida de la sangre que mucho le reconforta el corazón, así saltó entonces sobre los dánaos la doncella Aréyade. Ellos hacia atrás se retiraban con el corazón estupefacto; y ella los perseguía, como la ola del mar de sordo retumbo a las rápidas naves, cuando el viento presuroso despliega las blancas velas y rugen por todos lados los promontorios, al bramar el ponto contra la extensa orilla de la costa: así perseguía y diezmaba ella los escuadrones de los dánaos; y los amenazaba, henchida de gran orgullo en su corazón:

«¡Ah, perros! ¡Cómo vais a pagar hoy la alevosa afrenta cometida contra Príamo! Pues nadie escapará a mi fuerza para ser la alegría de sus queridos padres, hijos y esposas: al morir, yaceréis como pasto de las aves y las fieras, y ni un túmulo de tierra siquiera caerá sobre vosotros. ¿Dónde está ahora la fuerza del Tidida? ¿Dónde la del Eácida[56]? ¿Dónde también la de Ayante[57]? Pues es fama que ellos son los mejores, pero no se atreverán a combatir cara a cara contra mí,

---

[56] Aquiles (cf. nota 3).

[57] Se trata de Ayante Telamonio —distinto, pues, del Ayante Oilíada antes mencionado—, el poderoso caudillo del contingente venido de Salamina (cf. *Il.* II 557 s.) y primo de Aquiles, a quien en estos instantes acompaña lejos de la batalla, como luego se descubre en I 376-380.

no sea que sus almas, arrancadas de sus miembros, las arroje yo entre los muertos».

Dijo, y, con orgullosos pensamientos, se lanzó sobre los argivos con una violencia semejante a la de Ker[58]. Abatió a una buena parte del ejército, unas veces con su hacha de corte profundo, y otras blandiendo su aguda jabalina; su ágil caballo le portaba el carcaj y el arco inexorable, por si en medio del tumulto sangriento le sobrevenía la necesidad de las dolorosas flechas y del arco. Rápidos guerreros la seguían, los hermanos y amigos de Héctor, que de cerca combatía, respirando al poderoso Ares[59] en su pecho; éstos diezmaban a los dánaos con sus bien pulidas lanzas de fresno. Ellos, semejantes a ligeras hojas o a gotas de agua, caían uno tras otro, y mucho gemía una indescriptible tierra, bañada en sangre y cubierta de cadáveres, mientras los caballos, traspasados por flechas o por lanzas de fresno, relinchaban por última vez al exhalar su ímpetu vital. Ellos[60], agarrando el polvo a manos llenas, se convulsionaban; y los caballos troyanos, lanzados a la carrera desde atrás, como a la mies los pisoteaban, al haber caído entre los muertos.

---

[58] Esta Ker única puede ser una de las imprecisas Keres, hijas de la Noche que, como ya hemos visto (cf. nota 30), generalmente aparecen en grupo, o bien concretamente la Ker que, en *Teog.* 211, Hesíodo señala aparte como hija también de la Noche, mencionada junto con Moro, Tánato, Hipno, Momo... y distinta aparentemente de esas otras Keres, que en *Teog.* 217 aparecen, en cambio, al lado de las Moiras.

[59] Es un recurso literario muy frecuente el emplear al propio dios Ares para aludir por metonimia al hecho mismo de la guerra o, como en este caso, al furor o ardor bélico manifestado en combate.

[60] Se habla ahora, evidentemente, de los guerreros griegos agonizantes, y no ya de sus caballos previamente aludidos. Seguimos aquí, pues, la acertada interpretación de F. Vian, con la que se puede conservar la lectura de los manuscritos (cf. sus *Recherches...*, págs. 205 s.).

Uno de los troyanos, con enorme alegría, se maravilló cuando vio a Pentesilea lanzarse por entre el ejército, semejante a una oscura tempestad que en el ponto se desencadena cuando la fuerza del sol llega a Capricornio[61]; y con vanas esperanzas dijo:

«Amigos, ¡qué evidente es que hoy ha venido del cielo una de las inmortales, para luchar contra los argivos y darnos satisfacción de acuerdo con la voluntad de tenaz decisión de Zeus, que rápido se ha acordado de Príamo, de gran vigor, quien le ha hecho ver que posee su sangre inmortal! Pues no creo estar viendo a esta mujer, tan audaz y con esas espléndidas armas, sino a Atenea, o a Enío[62], de violento ánimo, o a Eris, o a la ilustre Letoide[63]; y creo que ella hoy sobre los argivos va a arrojar la muerte luctuosa y que va a incendiar con devastador fuego sus naves, en las que antaño vinieron a Troya maquinando contra nosotros males: vinieron para traernos una irrefrenable aflicción a manos de Ares, pero no regresarán a la Hélade otra vez para ser la alegría de su patria, puesto que una divinidad nos protege».

Así habló uno de los troyanos, con total alegría en su corazón. ¡Insensato!, pues no se imaginó el penoso desastre que se precipitaba sobre él mismo, sobre los troyanos y sobre la propia Pentesilea. Todavía no había llegado el horrísono fragor a oídos de Ayante, de poderoso ánimo, y de Aquiles, destructor de ciudades, sino que ambos estaban echa-

---

[61] Esto es, cuando acontece el solsticio de invierno (Quinto parece imitar a ARATO, *Fenómenos* 286 y 291-294).

[62] Enío es una oscura diosa de la guerra (corresponde a la romana Belona), compañera por tanto de Ares: cf. *Il.* V 333 y 590-595 y PAUSANIAS, I 8, 4.

[63] La «hija de Leto», esto es, Ártemis, diosa en realidad nada guerrera o belicosa, pero sí salvaje, indómita e igualmente letal con sus flechas.

dos en torno a la tumba del Menecíada[64] recordando a su compañero, y el duelo mantenía a cada uno en un lado. A ellos uno de los bienaventurados los retenía lejos del tumulto, para que muchos cumpliesen su doloroso destino abatidos a manos de los troyanos y de la noble Pentesilea, que, precipitándose contra ellos [***][65], albergaba nefastas intenciones; se acrecentaban aún más su fuerza y su audacia por igual; y nunca se lanzaba en vano a la refriega, sino que siempre desgarraba las espaldas de los que huían o el pecho de quienes se abalanzaban de frente. Estaba toda ella bañada en sangre caliente; sus miembros eran ligeros cuando se lanzaba a la carrera; la fatiga no sometía su intrépido corazón, sino que poseía un ímpetu inquebrantable. Pues a ella todavía [...][66] la glorificaba el malvado Destino; mas, situado lejos de la batalla, se gloriaba éste de una forma funesta, porque no mucho después iba a abatir a la doncella a manos del Eácida; las tinieblas lo ocultaban alrededor; a ella la hostigaba de continuo sin dejarse ver y la conducía hacia una aciaga muerte, glorificándola por última vez[67]. Ella aniqui-

---

[64] El «hijo de Menecio», esto es, Patroclo, el íntimo amigo de Aquiles muerto a manos de Héctor en la *Ilíada*. Su tumba, según Estrabón (XIII 1, 32), se encuentra en el cabo Sigeo, con lo que efectivamente se halla bastante retirada del campo de batalla troyano.

[65] A mitad del verso 383 el texto se encuentra corrupto y necesariamente hay que admitir una laguna de al menos un verso; hasta la mitad, pues, del siguiente ahora establecido, con el resto de ese 383 transmitido.

[66] El verso 389a, aunque ofrecido por todos los manuscritos, es incorrecto métricamente y carece de sentido en este lugar. Parece deberse más bien a un comentario marginal que trataba de explicar el sentido de los versos 389-395 («debido a que la Moira que la incitaba contra el renombrado Aquiles» es lo que aquél viene a decir simplemente) y que más tarde fue considerado un verso auténtico por algún copista.

[67] Con «glorificaba», «se gloriaba» y «glorificándola» tratamos de reproducir los distintos verbos que en el texto griego original presentan en su formación la raíz de *kŷdos*, «gloria».

laba a uno en cada lado: como cuando, lanzándose dentro de un jardín cubierto de rocío, una ternera en primavera, deseosa de deliciosa hierba, se precipita, al no encontrarse allí el amo, de uno a otro lado, dañando todas las plantas que recientemente han brotado, y a unas las devora y a otras las destroza con sus patas; así, lanzada entre la multitud contra los hijos de los aqueos, la doncella Enialia[68] a unos los mató y a otros los puso en fuga.

Las troyanas a lo lejos admiraban las belicosas hazañas de esa mujer. Entonces el deseo de batallar se apoderó de Hipodamía, la hija de Antímaco y esposa de Tisífono, firme en la lucha[69]. Enardecida en su poderoso espíritu, pronunció audaces palabras, animando así a sus compañeras al luctuoso combate; la audacia le despertó ese vigor[70]:

«¡Amigas, dotemos a nuestro pecho de un valiente corazón, semejante al de nuestros maridos, que por la patria lu-

[68] Pentesilea recibe la forma femenina de Enialio, el nombre de un antiguo dios de la guerra identificado con Ares. «Enialio» es ya en Homero un sobrenombre suyo: cf. *Il.* II 651, XIII 519, XVIII 309...

[69] Los versos 404-406 son tremendamente confusos y ofrecen una gran variedad de lecturas: aquí seguimos la versión de F. Vian (el tal Tisífono quizás coincida con el hijo de Príamo muerto en XIII 215, si bien aquí el nombre de este personaje plantea también problemas textuales); en la lectura de A. Köchly, que se aparta notablemente de los manuscritos y que, no obstante, siguen A. Zimmermann y A. S. Way, nos encontramos, en cambio, con una Tisífone hija de Antímaco y esposa de Meneptólemo.

[70] El episodio que ahora se va a desarrollar, con el intento por parte de las mujeres troyanas de entrar en combate, parece inspirado en los acontecimientos que narra Virgilio en *En.* XI 891-895, donde la muerte de la amazona Camila provoca en las mujeres de Laurento la misma reacción de defender a toda costa su asediada patria. El papel que van a tratar de desempeñar aquí las troyanas resulta verdaderamente atípico en Quinto, ya que en su obra no tienen en general las mujeres una destacada actuación y quedan reservadas para las escenas de duelo. Resultan por tanto meramente circunstanciales los alegatos que a favor de la condición de la mujer va a pronunciar inmediatamente Hipodamía.

chan contra los enemigos en defensa nuestra y de nuestros hijos, sin tomarse nunca un respiro en esta calamidad![71]. ¡Infundamos pasión también nosotras a nuestro espíritu y atendamos a esa misma batalla! Pues no vamos tan a la zaga de los hombres de gran vigor, sino que el ímpetu que hay en ellos, también está en nosotras; iguales son los ojos y las rodillas, semejante es todo, común a todos es la luz y el aire que a raudales corre, y no es distinto el alimento. ¿Qué otro privilegio dispuso la divinidad para los hombres? Por tanto, ningún miedo tengamos de la batalla. ¿Es que no veis cómo esa mujer supera con mucho a los hombres que de cerca combaten? Próximas a ella no se hallan ni su familia ni su ciudad, y sin embargo, en defensa de un rey extranjero lucha de corazón y de los hombres se despreocupa, en tanto que infunde a su espíritu audacia y un funesto designio. A nuestros pies, por el contrario, yacen aquí y allá las desgracias: a unas sus queridos hijos y esposos se les han muerto en torno a la ciudad, otras lloramos a nuestros padres que ya no existen, otras se afligen por la pérdida de sus hermanos y parientes; no hay nadie que no tome parte en una calamitosa desdicha, y nuestra única esperanza es contemplar el día de la esclavitud. Por tanto, atormentadas como estamos, no demoremos más el combate, pues vale más morir en la batalla que luego, por penosa obligación, con nuestros hijos pequeños ser conducidas por extranjeros al cautiverio, una vez la ciudad esté incendiada y nuestros maridos ya no existan».

Así dijo, y a todas ellas les sobrevino el deseo del odioso fragor: con precipitación se apresuraron a salir en armas delante de la muralla, deseosas de socorrer a su ciudad y a sus gentes; muy excitado se encontraba su ánimo. Como cuando

[71] En los versos 409-412 del texto griego falta el verbo en forma personal de la oración principal, anacoluto que era imposible conservar en la traducción.

dentro de una colmena mucho zumban las abejas por no ser ya invierno, cuando se preparan para ir al prado y no les es grato quedarse dentro, sino que se invitan unas a otras a dirigirse fuera, así las troyanas, apresurándose camino de la refriega, se animaban las unas a las otras: lejos dejaron sus lanas y canastillas y a las dolorosas armas echaron mano. Y entonces fuera de la ciudad junto con sus maridos y las fuertes Amazonas habrían aquéllas perecido en la batalla, si a ellas, lanzadas a la carrera, no las hubiera detenido la de prudentes pensamientos, Teano[72], que las habló con sabias palabras:

«¿Por qué al terrible tumulto, deseosas de echaros al combate, ¡desdichadas!, de forma insensata os lanzáis, vosotras que nunca antes os echasteis a combatir en la batalla, pero que ahora, inexpertas como sois, ardéis en deseos de una insufrible hazaña? Pues no será vuestra fuerza igual a la de los dánaos, que bien saben batallar. A las Amazonas, en cambio, desde un principio les agradaron el inexorable combate, la equitación y cuantas tareas ocupan a los hombres; por ello siempre aflora en ellas un ánimo belicoso y no son inferiores a los hombres, ya que ese adiestramiento ha acrecentado la gran fuerza de su ánimo y les impide a sus rodillas temblar. Y ella es fama que es hija del poderoso Ares (por tanto, no le conviene a ninguna mujer convertirse en su rival), o tal vez sea una de las inmortales, que ha acudido en respuesta a nuestras plegarias. Todos los hombres tienen el mismo origen, pero cada uno se dedica a una tarea, y la mejor tarea es aquella que realiza uno que en sus mien-

[72] Teano, además de sacerdotisa de Atenea (según *Il.* VI 297-311), es la esposa de Anténor, el famoso troyano que fue siempre contrario a la guerra y partidario de la devolución de Helena y los tesoros robados por Paris a Menelao; cf. APOLODORO, *Epít.* III 28 s. y V 21, y TITO LIVIO, I 1, 1-3.

tes posee los debidos conocimientos. Así pues, apartaos del estruendoso combate y aprestaos al telar dentro de vuestras mansiones: nuestros maridos se cuidarán de la guerra. Pronto habrá esperanza de una buena ventura, porque vemos morir a los aqueos y se incrementa la fuerza de nuestros guerreros. No hay miedo a una desgracia, pues ni los implacables enemigos tienen asediada la ciudad, ni existe la dolorosa necesidad de que incluso combatan las mujeres».

Así habló. Ellas la obedecieron, por ser de mayor edad, y sólo de lejos contemplaron ya la batalla. Aún estaba Pentesilea abatiendo a los ejércitos: temblaban todos los miembros de los aqueos, y no había para ellos modo de escapar a la luctuosa muerte, sino que perecían como cabras baladoras bajo las terribles mandíbulas de una pantera. No se apoderaba ya de esos guerreros el deseo de batallar, sino el de huir: cada uno iba por un lado, unos tras arrojar sus armas de los hombros al suelo, otros incluso con sus armas; también los caballos, sin sus aurigas, se daban a la fuga. Entre los que se lanzaban al ataque reinaba la alegría, mas grande era la pena de los que perecían; por completo agotados, no les quedaba ya fuerza alguna. Corta vida tenían todos aquellos a los que alcanzaba ella en el aterrador frente de batalla. Como cuando una luctuosa tempestad descarga con fuerza sobre unos enormes árboles en plena floración, y a unos, arrancados de raíz, los arroja por tierra, y a otros, desgarrados por el tronco, los esparce por lo alto, y, una vez tronchados, quedan amontonados los unos sobre los otros; así yacía entonces en el polvo el nutrido ejército de los dánaos, por voluntad de las Moiras[73] y por la lanza de Pentesilea.

---

[73] Diosas tradicionalmente encargadas de señalar y ejecutar el destino de cada individuo, ante todo el momento de su muerte. Bien definidas ya desde Hesíodo, que fija su número en tres y da a conocer sus nombres, si bien les atribuye dos orígenes por completo distintos: hijas de la Noche en

Pero cuando las naves estaban a punto de ser incendiadas a manos de los troyanos, Ayante, firme contra el enemigo, escuchó los gemidos y le dijo al Eácida[74]:

«Aquiles, un inmenso griterío ha llegado a mis oídos, como si se hubiera entablado una gran batalla. ¡Ea, vamos!, no sea que los troyanos se adelanten y junto a las naves hagan sucumbir a los argivos y a la flota prendan fuego. Sobre ambos caerán entonces dolorosos reproches, pues no conviene que unos descendientes del gran Zeus deshonren el sagrado linaje de sus padres[75], quienes también la espléndida ciudad de Troya saquearon antaño con sus lanzas en compañía del valiente Heracles[76], [***] de Laomedonte[77]. Así también creo que han de obrar hoy nuestras manos, porque en ambos se acrecienta una gran fuerza».

Así dijo, y le obedeció la audaz fuerza del Eácida, pues en sus oídos escuchó también éste un luctuoso clamor. Am-

---

Teog. 217 y de Zeus y Temis en 904; en Quinto cumplen un papel muy similar al de las Keres (cf. notas 30 y 58).

[74] El Eácida es una vez más Aquiles, quien, como se adelantó en I 376-380, se encuentra retirado del combate en compañía de este Ayante, el Telamonio.

[75] Peleo y Telamón, padres de Aquiles y Ayante respectivamente, son en Quinto hijos de Éaco (cf. nota 3). Se sigue así una tradición que sin duda se remonta al Ciclo Épico y que no se encuentra aún en Homero, quien no declara en ningún momento que Peleo y Telamón sean hermanos y, en consecuencia, Aquiles y Ayante primos (en Homero, Telamón y Ayante no son considerados, en efecto, descendientes de Éaco, pero Quinto de Esmirna llama al primero «Eácida» en IV 450 y al segundo en III 244).

[76] Alusión a la primera Guerra de Troya (cf. nota 15). Es notable en ella la participación de Telamón (cf. Apolodoro, *Bib.* II 6, 4), mientras que la de Peleo sólo está claramente atestiguada en Píndaro, fr. 172 Snell-Maehler, y Eurípides, *Andr.* 796-801.

[77] Tras el verso 505 hay que imaginar sin duda una laguna de un verso, en el que evidentemente se haría alusión a la venganza que Heracles se tomó para castigar el perjurio de Laomedonte (cf. también nota 15).

bos se precipitaron sobre sus resplandecientes armas; ataviados con ellas, se colocaron frente al tumulto. Mucho resonaron sus hermosas armaduras, y se excitó su ánimo de forma igual que el de Ares: tan grande fue la fuerza que a ambos, lanzados a la carrera, les concedió la Infatigable[78] que el escudo agita. Los argivos se alegraron cuando vieron a esos dos poderosos guerreros, semejantes a los hijos del gran Aloeo, que un día convinieron en colocar sobre el vasto Olimpo unos enormes montes, el escarpado Osa y el Pelio de alta cima, para así alcanzar, ávidos como estaban, el cielo[79]; de tal manera tomaron posición entonces en la funesta batalla los Eácidas[80], para gran regocijo de los ansiosos aqueos, bien dispuestos ambos a destruir las tropas de los enemigos. A muchos abatieron con sus invencibles picas: como cuando dos leones, asesinos de vacas, al encontrarse en la espesura unas pingües ovejas lejos de sus queridos pastores, las matan a toda prisa, hasta beberse su negra sangre y saciar de vísceras su vientre de mucha cabida; así ambos hicieron sucumbir a ese inmenso ejército de guerreros.

Entonces Ayante acabó con Déyoco y el belicoso Hilo, con Eurínomo, amante de la guerra, y el divino Enieo. Luego el Pelida acabó con Antandra y Polemusa, y también con Antíbrote, después con Hipótoe, de gran ánimo, y sobre ellas, con Harmótoe. Marchó él contra todo el ejército, en

[78] «Infatigable» *(Atrytṓnē)* es otro epíteto de Atenea ya empleado por Homero *(Il.* II 157, V 115...).

[79] Con el propósito de alcanzar el cielo y atacar a los dioses, los llamados Alóadas, los gigantescos Oto y Efialtes, colocaron el monte Osa sobre el Olimpo y el Pelio sobre el Osa —todos ellos montes de Tesalia próximos entre sí—, pero fueron entonces víctimas de las flechas de Apolo o de un ardid de Ártemis: cf. *Od.* XI 305-320 y Apolodoro, *Bib.* I 7, 4.

[80] Aquiles y Ayante (cf. nota 75).

compañía del Telamoníada de gran corazón; a sus manos los compactos y sólidos escuadrones sucumbieron fácil y rápidamente, como un umbroso bosque bajo el fuego al que en la espesura del monte con fuerza aviva el viento.

Cuando la valiente Pentesilea los vio lanzarse cual fieras por el espantoso tumulto, se precipitó contra ambos, como en la espesura, con funesto corazón, una terrible pantera, sacudiendo de forma espantosa su cola, se abalanza contra los cazadores que la acechan, quienes, revestidos de sus armas, aguardan su acometida confiados en sus picas; así aguardaban esos belicosos guerreros a Pentesilea, con sus lanzas en alto, mientras retumbaba a su alrededor el bronce con cada movimiento. La primera en arrojar su muy larga lanza fue la noble Pentesilea; llegó hasta el escudo del Eácida, pero rebotó hecha pedazos, como desde una roca: tales eran los inmortales dones del muy sagaz Hefesto[81]. Ella, no obstante, con sus manos apuntaba otra impetuosa jabalina contra Ayante y a ambos amenazaba:

«Ahora de mi mano ha salido en vano una lanza, pero creo que con ésta de inmediato destruiré esa furia y ese ánimo de ambos, que os jactáis de ser, entre los dánaos, hombres poderosos: más llevadero será entonces para los troyanos, domadores de caballos, el desastre de la guerra. ¡Vamos, llegaos más cerca de mí a través del tumulto, para que veáis cuánta fuerza alberga el pecho de las Amazonas! Mi origen se debe a Ares: no me engendró un varón mortal, sino el mismísimo Ares, insaciable del grito de guerra; por ello mi furia es muy superior a la de los hombres».

[81] Alusión a las armas que Hefesto forjó para Aquiles a petición de su madre Tetis (cf. *Il.* XVIII 369-617). Queda asi claro que el Eácida antes mencionado, como casi siempre, no es Ayante, sino Aquiles.

Dijo con gran [***][82], y ellos se rieron. Al instante alcanzó la lanza la greba toda de plata de Ayante, pero no se hundió en su hermosa piel, aun ansiosa como estaba de llegar a ella: no había decretado el destino que las luctuosas puntas de las armas enemigas se tiñeran en la batalla con la sangre de aquél[83]. Ayante no se preocupó ya de la Amazona, sino que se lanzó entonces contra el grueso de los troyanos; dejó a Pentesilea sólo para el Pelión, porque en su fuero interno su ánimo sabía que para Aquiles, por violenta que ella fuera, fácil sería la empresa, como para el halcón la paloma.

Mucho se lamentó ella por haber arrojado en vano sus lanzas; entre burlas le dijo entonces el hijo de Peleo:

«¡Mujer, cuán inútiles han sido las palabras con las que orgullosa llegaste, ávida de combatir contra nosotros, que, entre los héroes que sobre la tierra habitan, somos con mucho los mejores. De la estirpe del muy resonante Cronión nos jactamos de proceder: temblaba ante nosotros incluso el veloz Héctor, aun cuando desde lejos nos viera lanzarnos al luctuoso combate; mi lanza lo mató, aunque era poderoso. Por completo ha enloquecido tu corazón, pues una gran osadía has cometido hoy al amenazarnos con la muerte. Pero de inmediato te va a llegar tu día postrero: pues ni siquiera tu

[82] Hay aquí una nueva laguna, que ocuparía buena parte del verso 563 conservado y el principio del siguiente ahora establecido.

[83] Alusión, en apariencia, a la invulnerabilidad que tradicionalmente, al igual que a Aquiles, se le atribuía a Ayante, y que, como la de su primo, no era total: desconocida por Homero, debe remontarse a la *Etiópida*, que Quinto parece seguir, si bien resulta difícil afirmar esto con garantías, ya que en V 482-486 Ayante se suicida sin problemas clavándose su propia espada (cf., en cambio, las dificultades con que se encuentra en las *Tracias* de ESQUILO, fr. 83 NAUCK). Parece entonces que en Quinto Ayante es inmune a los golpes de las armas enemigas, pero no a los lanzados por su propia mano.

padre Ares te va a librar ya de mí, y recibirás el castigo de un aciago destino, como la cervatilla que en los montes se topa con un león asesino de vacas. O no ha llegado a tus oídos el gran número de cuerpos que junto a las desembocaduras del Janto cayeron a nuestras manos[84], o, si te enteraste de ello, los bienaventurados te han arrebatado el juicio y la mente, para que las inexorables Keres te devoren».

Tras hablar así, se lanzó con ímpetu blandiendo en su robusta mano la enorme lanza, asesina de ejércitos, que con esfuerzo había fabricado Quirón[85]. Al punto hirió a la valiente Pentesilea sobre su seno derecho, y a borbotones corrió la negra sangre. De inmediato se le aflojaron los miembros y arrojó de su mano la gran segur; la noche ensombreció sus ojos y hasta el diafragma penetraron los dolores. Pero aún así recobró el aliento y vio cómo su enemigo estaba ya a punto de tirarla de su veloz caballo: dudó entre desenvainar con la mano su gran espada y aguardar la acometida del rápido Aquiles, o saltar con ímpetu de su velocísimo caballo y suplicarle a ese guerrero divino y prometerle enseguida bronce en abundancia y oro, algo que en su interior ablanda el corazón de los hombres mortales, por muy brusco que uno sea, por si con ellos se dejaba persuadir la devastadora fuerza del Eácida, o si, por consideración en su ánimo a su

[84] Se recuerda una vez más (cf. nota 5), la masacre que Aquiles provocó en el Escamandro, río que también recibe ese nombre de Janto. Sorprende que Aquiles, que a lo largo de esta intervención está hablando en nombre también de su primo, continúe aquí usando el plural, ya que Ayante no participó en realidad en la batalla junto a ese río.

[85] El sabio Centauro Quirón (en algunas leyendas educador de Aquiles: cf. APOLODORO, *Bib.* III 13, 6) le había regalado en sus bodas a Peleo una magnífica lanza hecha con madera de fresno del monte Pelio, la cual luego heredó Aquiles, que era el único capaz de manejarla: cf. *Il.* XVI 140-144.

misma edad, le concedía el día del regreso, deseosa como estaba de escapar.

Así meditaba eso, pero los dioses decidieron de otra manera. Pues en cuanto ella con presteza se movió, mucho se encolerizó el hijo de Peleo[86], y al punto la traspasó tanto a ella como el cuerpo de su caballo, de huracanados cascos. Igual que en los espetones, sobre el fuego abrasador, ensarta uno unas vísceras, ávido de comida, o como en los montes un cazador, tras arrojar su luctuosa jabalina, con gran ímpetu atraviesa por medio del vientre a una cierva, y, tras volar de parte a parte, su poderosa punta se clava en el tronco de una encina de alto follaje o de un pino; así entonces a Pentesilea, a la vez que a su muy hermoso caballo, de frente la ensartó con su ansiosa pica el Pelida. De inmediato se mezcló ella con el polvo y con la muerte, tras haber caído con decoro por tierra; no hubo espectáculo vergonzoso que mancillara su excelso cuerpo[87]: se inclinó, todo lo grande que era, sobre su vientre, entre convulsiones alrededor de la lanza, y quedó recostada sobre su rápido caballo. Como un abeto tronchado por la violencia del helador Bóreas, el más alto por los extensos valles y el bosque, al que, para su propia gloria, nutre junto a un manantial la tierra; tal se des-

---

[86] Sin corregir los manuscritos (se hace a partir de A. Köchly, pero lo evita F. Vian), se entiende que Pentesilea, una vez se ha decidido por la segunda de las alternativas que meditaba, se mueve con rapidez para descabalgar y suplicarle a Aquiles, pero éste interpreta su gesto como un ataque y se encoleriza.

[87] Nótese cómo insiste Quinto en la decorosa muerte de la Amazona, trato pudoroso que es extensible a las demás mujeres que en su obra aparecen (cf. especialmente IV 188-192). Contamos, no obstante, con otras descripciones semejantes de doncellas caídas: Eurípides, *Héc.* 568-570; Ovidio, *Met.* XIII 479 s.; Nono de Panópolis, *Dion.* XVII 220-224; Tzetzes, *Posth.* 198.

plomó de su veloz caballo Pentesilea: por muy admirable que ella fuera, se quebrantó su vigor.

Cuando la vieron morir en la batalla, los troyanos, temblorosos, a toda prisa se precipitaron hacia la ciudad, por un gran dolor afligidos en su corazón. Como cuando, tras desencadenarse el viento sobre el vasto ponto, unos marineros, a pesar de haber perdido su nave, escapan a la muerte, sólo unos pocos que mucho han penado dentro del calamitoso mar, y por fin se les aparece cerca la tierra y también una ciudad, y ellos, con todos sus miembros agotados por la luctuosa fatiga, salen del mar a la carrera, muy apenados por su nave y por sus compañeros, a los que bajo terribles tinieblas arrastró la ola; así los troyanos, una vez habían huido de la guerra hasta la ciudad, lloraban todos a la hija del invencible Ares y a los ejércitos que en el luctuoso combate habían perecido.

Exultante ante ella, mucho se ufanaba el hijo de Peleo:

«Yaz ahora en el polvo como pasto de perros y aves, ¡desdichada! ¿Quién te engañó para que te enfrentaras a mí? ¿Acaso anunciaste que regresarías de la batalla y te llevarías indecibles regalos entregados por el anciano Príamo, después de matar a los argivos? Pero ese propósito tuyo no lo cumplieron los inmortales, ya que somos con mucho los mejores héroes[88], gran luz para los dánaos y calamidad para los troyanos y para ti, infortunada, pues las tenebrosas Keres y tu propio espíritu te incitaron a abandonar las tareas de las mujeres y a encaminarte a la guerra, ante la que incluso los hombres tiemblan».

Tras hablar así, extrajo el hijo de Peleo su lanza de fresno del veloz caballo y de la terrible Pentesilea; ambos se

[88] Aquiles continúa utilizando el plural y, por tanto, hablando en nombre también de su primo Ayante, dando así gloria por igual, con la victoria que él solo acaba de lograr, a ambos Eácidas.

convulsionaban, abatidos por una sola pica. De la cabeza le quitó su casco resplandeciente, semejante a los rayos del sol o al fulgor de Zeus; incluso caída ella entre el polvo y la sangre, su rostro, bajo sus encantadoras cejas, se mostró hermoso, a pesar de estar muerta. Los argivos la rodearon y, cuando la vieron, se maravillaron, porque se asemejaba a los bienaventurados. Pues yacía por tierra entre sus armas, como la indomable Ártemis, hija de Zeus, mientras duerme, cuando tiene sus miembros agotados después de haber estado disparando por los altos montes a los rápidos leones. La hizo entonces admirable, aun entre los muertos, la propia Cípride de hermosa corona, compañera de lecho del poderoso Ares[89], para así causar aflicción incluso al hijo del irreprochable Peleo. Muchos desearon, cuando hubieran regresado a sus casas, poder acostarse en sus lechos con una esposa como ella. También Aquiles sentía sin cesar gran tormento en su corazón, por haberla matado y no habérsela llevado como su divina mujer a Ftía, de hermosos potros, ya que por su talla y su belleza resultaba ella intachable e igual a las inmortales[90].

En su fuero interno a Ares, lleno de aflicción su corazón, le invadió el dolor a causa de su hija. De inmediato saltó del Olimpo, semejante al terrible rayo, siempre resonante, que

[89] Cípride *(Kýpris)* es un epíteto de Afrodita, relacionado en apariencia con el nombre griego de Chipre *(Kýpros)*, isla a la que esta diosa llegó tras su nacimiento en las aguas del mar (cf. Hesíodo, *Teog.* 188-199) y donde existía un importante culto en su honor. Sus amores adúlteros con Ares son famosos por el detallado y jocoso relato que de ellos hace Homero en *Od.* VIII 266-369.

[90] Dado su carácter austero, Quinto apenas profundiza en este repentino enamoramiento de Aquiles por Pentesilea, narrado en la *Etiópida* (según Proclo, pág. 105, líns. 25-27 Allen) y luego señalado por Propercio, III 11, 13-16; Nono de Panópolis, *Dion.* XXXV 21-29; o Trifiodoro, 39.

Zeus envía y que de su infatigable mano se precipita resplandeciente sobre el ponto infinito o sobre la tierra, y a cuyo alrededor se estremece el gran Olimpo; tal se precipitó Ares con sus armas a través del anchuroso aire, muy apenado en su corazón una vez se enteró del aciago destino de su hija, pues mientras marchaba por el amplio cielo, las Auras, diosas hijas de Bóreas[91], le contaron el aciago fin de la doncella. Él, cuando lo escuchó, igual a un huracán se posó sobre los montes ideos[92]: bajo sus pies se sacudían los enormes valles y los barrancos de profundas simas, los ríos y todos los ilimitados pies del Ida. Y entonces a los mirmídones[93] les hubiera ocasionado un día cargado de lamentos, si el propio Zeus no lo hubiera espantado desde el Olimpo con sus terribles relámpagos y sus crueles rayos, que ante sus pies volando cayeron en tropel, a través de un cielo despejado, con unas tremendas llamaradas. Él, al contemplarlos, comprendió la muy rugiente advertencia de su resonante padre, y se detuvo, a pesar de que iba lanzado al tumulto de la guerra. Como cuando desde una escarpada atalaya con violencia arranca una piedra de descomunal tamaño, a la par que los vientos, la lluvia de Zeus, o tal vez la lluvia y el rayo, y retumban los valles al rodar ella con gran violencia, y bajo un incansable estruendo se precipita ésta con frecuentes rebotes, hasta que llega a un lugar llano y al punto se detiene, a pesar de sus deseos; así Ares, el poderoso hijo de Zeus,

---

[91] La genealogía de estas diosas, mera personificación de los soplos del aire, es original de Quinto. No obstante, como en el caso de Pentesilea y Oritía (cf. nota 28), es comprensible que tengan relación el dios tracio Ares y estas hijas de Bóreas, viento del Norte que residía igualmente en Tracia.

[92] Cf. lo advertido en nota 4.

[93] Los mirmídones, originarios de la isla de Egina, pero instalados con Peleo en la Tesalia Ftiótide, constituyen las tropas que ante Troya dirige Aquiles: cf. *Il.* II 681-694 y XVI 155-220.

en contra de su voluntad, aunque estaba ansioso, se detuvo, porque ante el soberano de los bienaventurados por igual ceden todos los Olímpicos, ya que es con mucho el mejor de ellos y posee una fuerza indescriptible. Su impetuosa mente lo apremiaba, mientras daba él vueltas a muchas ideas, unas veces, temblando ante la terrible amenaza del muy indignado Crónida[94], a regresar al cielo; otras, a no preocuparse de su padre, sino bañar sus indestructibles manos en la sangre de Aquiles. Pero al final su corazón le recordó cuántos hijos de Zeus fueron en la guerra también abatidos, a los que ni siquiera él en el momento de su muerte pudo socorrer[95]. Por ello marchó entonces lejos de los argivos, pues, igual que los Titanes, iba a yacer abatido por un luctuoso rayo[96], si maquinaba otra cosa en contra de la voluntad del inmortal Zeus[97].

Entonces los belicosos hijos de los argivos de gran vigor con presteza despojaron de sus ensangrentadas armas a los

---

[94] Otro patronímico para referirse a Zeus como «hijo de Crono».

[95] Quinto tiene aquí presente, sin duda, el episodio de la muerte de Sarpedón, caudillo licio aliado de los troyanos que muere a manos de Patroclo sin que su padre Zeus pueda evitarlo (cf. Homero, *Il.* XVI 419-683). En efecto, tanto en Homero como en Quinto de Esmirna, incluso Zeus, a pesar de su preeminente poder y su autoridad incuestionable, está sometido a los designios del destino ineludible.

[96] Se evoca aquí la famosa Titanomaquia, batalla en la que Zeus y los nuevos dioses Olímpicos hubieron de combatir por el poder contra las antiguas divinidades, especialmente los Titanes encabezados por Crono (cf. Hesíodo, *Teog.* 617-819 y Apolodoro, *Bib.* I 2, 1). En tal lucha, Zeus empleó por vez primera las armas que para él habían forjado los Cíclopes, el trueno, el relámpago y el rayo.

[97] Esta intervención de Ares —todo un añadido circunstancial: hasta ahora Ares no ha aparecido en el relato ni se ha preocupado de la batalla o de su hija— recuerda a la de *Il.* XV 100-142, donde el dios se entera de la muerte de otro hijo suyo, Ascálafo, y trata también en vano de bajar a la llanura troyana a vengarlo.

cadáveres, precipitándose por todas partes. Muy afligido se hallaba el hijo de Peleo al contemplar en el polvo la encantadora gracia de la doncella; por ello desgarraban su corazón funestos sufrimientos, igual que antaño, cuando fue abatido su compañero Patroclo. Mas Tersites[98] en su cara lo injurió con malvadas palabras:

«¡Aquiles, de horribles entrañas! ¿Cómo es que en tu pecho una divinidad ha seducido tu ánimo a causa de una nefasta Amazona, que contra nosotros muchos males ansiaba maquinar? Tú, que en tus entrañas posees un corazón loco por las mujeres, te preocupas como si se tratara de una muy prudente esposa, a la que con regalos pretendiste deseoso de convertirla en tu legítima mujer. ¡Ojalá se hubiera ella adelantado en el combate a alcanzarte con la lanza, ya que demasiado se deleita tu corazón con las mujeres y en tus perniciosas entrañas, cuando ves a una, nada te cuidas de las gloriosas hazañas a la excelencia debidas! ¡Desdichado! ¿Dónde están ahora tu fuerza y tu cordura? ¿Dónde el ímpetu de un rey irreprochable? ¿Es que desconoces cuánto pesar les ha sobrevenido a los troyanos, locos por las mujeres? Pues nada hay más funesto para los mortales que el placer ávido de lecho, que vuelve insensato a un hombre por muy prudente que sea. Al esfuerzo acompaña la gloria: al guerrero valiente le son gratas la fama de la victoria y las hazañas de Ares, mientras que al que huye de la guerra le gusta la cama de las mujeres[99]».

---

[98] Tersites, según HOMERO (*Il.* II 212-221), era el más indigno de los aqueos en Troya: feo y deforme, se caracteriza por su insolencia y sus injuriosas palabras, lanzadas sin reparo contra sus superiores. Ello le vale en *Il.* II 221-277 una severa reprimenda por parte de Odiseo, que no duda en golpearlo con su cetro.

[99] Las advertencias que Tersites hace en contra de ese placer sexual desmedido que nada bueno reporta al hombre están en consonancia con la

Con grandes injurias le habló, y en su corazón mucho se irritó el Pelida, de gran ánimo. Al punto, con su fuerte mano le golpeó entre la mandíbula y la oreja: todos sus dientes a la vez salieron desparramados por el suelo, y él mismo cayó de cabeza; por su boca salía la sangre a borbotones; de inmediato escapó de sus miembros el ánimo cobarde de ese hombre inútil. Se alegró entonces el ejército de los aqueos, pues a ellos, siendo como era él un canalla, sin excepción los injuriaba con su malvada palabrería: era él, pues, la vergüenza de los dánaos. Y uno de los argivos, ágiles en el combate, dijo así:

«No está bien que con los reyes sea insolente un hombre inferior, ni en público ni a escondidas, porque una terrible cólera entonces lo acosa: hay justicia, y a la lengua desvergonzada la castiga Ate[100], que a los mortales no hace sino acarrearles de continuo dolor tras dolor».

Así habló uno de los dánaos, e, indignado en su corazón, el Pelida de gran ánimo le dirigió tales palabras:

«Yaz ahora en el polvo, olvidado de tus insensateces, pues con un hombre superior no debe medirse uno malvado como tú, que ya antes también el paciente corazón de Odiseo con crueldad turbaste, al proferir innumerables denuestos. Pero yo, el Pelida, no me he mostrado contigo igual, pues he quebrado tu ánimo, incluso sin haberte golpeado con toda la fuerza de mi robusta mano. A ti te ha envuelto

---

moralidad acostumbrada por Quinto de Esmirna, pero resultan del todo exageradas e injustificadas al ser aquí aplicadas a Aquiles, nada mujeriego y guerrero irreprochable.

[100] *Átē* es la «Ofuscación» de que en sus actos son víctimas los hombres por obra de los dioses. Bien personificada en Homero *(Il.* IX 504-512 y XIX 91-133), de igual modo la presenta Quinto, aunque no se advierte ya con claridad ese estado de «ceguera mental» que implicaba: cf. F. A. García Romero, «La intervención psíquica...», pág. 111.

un inexorable destino, y por tu debilidad has perdido la vida. ¡Ea!, márchate lejos de los aqueos y entre los muertos pronuncia tu palabrería».

Así habló el intrépido hijo del Eácida de audaz espíritu. El Tidida fue el único de los argivos que se irritó con Aquiles por la estrepitosa muerte de Tersites, ya que aseguraba ser de su misma sangre, pues era él el poderoso hijo del noble Tideo, y aquél el de Agrio, igual a un dios, de Agrio, que era hermano del divino Eneo; y Eneo engendró un hijo, belicoso entre los dánaos, Tideo, del que nació a su vez un fornido hijo, Diomedes[101]. Por ello se disgustó él con la muerte de Tersites[102]. Y entonces habría alzado sus manos contra el Pelión, si no lo hubieran detenido los mejores hijos de los aqueos, que en tropel mucho lo apaciguaron; así también al otro lado retuvieron al propio Pelida. Iban ya a contender con las espadas los caudillos de los argivos, pues les incitaba una nefasta cólera. Pero ellos hicieron caso a los consejos de sus compañeros[103].

---

[101] En HOMERO (*Il.* XIV 115-117) son hermanos Eneo y Agrio, pero Tersites no parece ser hijo del segundo —dadas sus características y el rapapolvo que recibe (cf. nota 98); no parece pertenecer a una estirpe heroica—. Debió de ser en la *Etiópida* donde se le dio un origen mucho más ilustre al ser incluido en esta familia real de Etolia y quedar emparentado con Diomedes (cf. APOLODORO, *Bib.* I 8, 6).

[102] A pesar de los lazos de sangre, sorprende este disgusto de Diomedes por la muerte de Tersites, no ya sólo porque hubiera de aborrecer de todos modos la infame naturaleza de su pariente, sino porque en el Ciclo Tebano éste era enemigo suyo: según APOLODORO (*Bib.* I 8, 6), los hijos de Agrio destronaron al anciano Eneo, por lo que Diomedes acudió en ayuda de su abuelo y mató a la mayoría de aquéllos, si bien Tersites y su hermano Onquesto escaparon y más adelante acabaron con Eneo en una emboscada.

[103] Tal muerte de Tersites era ya narrada por la *Etiópida:* según el resumen de PROCLO (págs. 105, líns. 25-29, y 106, lín. 1 ALLEN), ocasionaba una revuelta en el ejército griego y Aquiles tenía que marchar a Lesbos

Muy compadecidos de la insigne Pentesilea, los reyes Atridas[104], llenos también ellos de admiración, permitieron a los troyanos llevársela con sus armas a la ciudad del muy glorioso Ilo[105], cuando escucharon el mensaje enviado por Príamo: dentro de sí anhelaba él depositar en la gran tumba del opulento Laomedonte[106], junto con sus armas y su caballo, a la doncella de poderoso ánimo. Y así erigió para ella una pira, elevada, ancha, delante de la ciudad; encima colocó a la doncella con abundantes riquezas, cuantas convenía que en el fuego ardieran junto con el cadáver de una reina de hermosas posesiones. Y la devoró la gran furia de Hefesto, la llama devastadora; las gentes alrededor, cada uno por su lado, rápidamente apagaron luego la pira con oloroso vino. Tras recoger sus huesos, en abundancia vertieron sobre ellos dulce ungüento, y los colocaron en una cóncava urna; en torno a ellos echaron por encima la pingüe grasa de una vaca que destacaba entre los rebaños que en los montes ideos pacen. Tras llorarla como si se tratara de su querida

---

para ofrecer sacrificios a Apolo, Ártemis y Leto y ser purificado del crimen por Odiseo. Quinto no incluye en su relato nada de esto y se conforma con reducir las consecuencias del asesinato de Tersites a este conato de enfrentamiento entre Aquiles y Diomedes.

[104] Como es sabido, Agamenón y Menelao, «hijos de Atreo» y caudillos principales del ejército griego, pues eran ellos quienes, por el rapto de la esposa del segundo, Helena, habían organizado la expedición de castigo contra Troya. Aunque Menelao, rey de Esparta (cf. *Il.* II 581-590), es el marido injuriado que ansía venganza, en realidad el jefe supremo de las tropas es Agamenón, soberano de la poderosa y rica Micenas: cf. *Il.* II 569-580.

[105] Ilo, hijo de Tros y padre de Laomedonte (cf. nota 15), fue, en virtud de un oráculo, el fundador de Troya, de la que también era epónimo pues, como es sabido, recibe ésta igualmente el nombre de Ilio.

[106] La tumba de Laomedonte se hallaba en lo alto de las Puertas Esceas, y de su inviolabilidad, según una creencia, dependía la suerte de Troya: cf. Servio, *Com. a En.* II 241.

hija, los troyanos, muy afligidos, la enterraron junto a la bien construida muralla, sobre una descollante torre al lado de los restos de Laomedonte, para dar así satisfacción a Ares y a la propia Pentesilea[107]. A su lado sepultaron también a cuantas Amazonas la habían acompañado al combate y habían sido abatidas por los argivos, pues no les negaron los Atridas la tumba de muchos llantos, sino que a los troyanos, hábiles guerreros, les permitieron retirarlas del alcance de los dardos, igual que a los otros que también habían perecido. Pues contra los muertos no hay resentimiento, sino que son dignos de compasión los enemigos cuando ya no existen, una vez han perdido la vida.

Los argivos, por su parte, entregaron al fuego los cuerpos de muchos héroes que, al igual que aquéllos, perecieron y fueron abatidos a manos de los troyanos en el frente de batalla. Gran aflicción sintieron por sus muertos, pero, más que a ningún otro, lloraban al valeroso Podarces. Pues en el combate no iba él a la zaga de su noble hermano Protesilao; mas ya hacía tiempo que el excelso Protesilao yacía víctima de Héctor, y ahora aquél, herido por la lanza de Pentesilea, había causado también a los argivos una amarga pena[108]. Por ello, lejos de él enterraron la masa de cadáveres; y sólo a aquél le erigieron con gran esfuerzo una tumba muy visible, ya que audaz había sido su corazón. Y tras sepultar aparte el miserable cuerpo del inútil Tersites, se encaminaron a las naves, de hermosas proas, para de todo corazón glorificar al Eácida Aquiles. Y cuando la resplandeciente Eos había marchado bajo el Océano y en torno a la tierra se

---

[107] Quinto recrea con fidelidad el tipo de ritual funerario descrito por Homero, con las debidas escenas de duelo, la incineración del cadáver en una pira, el depósito de las cenizas en una urna y la inhumación de estos restos en una tumba: cf. *Il.* XXIII 109-257 y XXIV 719-804.

[108] Sobre las muertes de Protesilao y Podarces, cf. notas 39-41.

extendió la divina Noche[109], entonces en las tiendas del opulento Agamenón banqueteó el violento Pelida; con él los demás caudillos disfrutaron en el festín hasta la llegada de la divina Eos.

[109] La Noche, aunque simple personificación, es una diosa primigenia bien definida desde Hesíodo, quien en *Teog.* 211-225 la convierte en madre de una importante prole de siniestras abstracciones conceptuales: Moro, Ker y Tánato (representaciones diversas de la «Muerte»), Hipno (el «Sueño»), los Ensueños, Momo (la «Burla»), las Moiras, Némesis (la «Venganza»), Eris (la «Discordia»), etc.

LIBRO II

Cuando sobre las cumbres de los resonantes montes llegó la brillante luz del indestructible sol, seguían alegres en sus tiendas los poderosos hijos de los aqueos, muy orgullosos del infatigable Aquiles. Los troyanos, en cambio, lloraban en la ciudad, y sentados por los torreones montaban guardia, ya que de todos se había apoderado el miedo, no fuera que por encima de la gran muralla saltara ese poderoso guerrero y a ellos los matara y a todo le prendiera fuego. En medio de éstos, desolados como estaban, habló el anciano Timetes[110]:

«Amigos, ya no acierto a imaginarme qué baluarte habrá para nosotros en esta nefasta guerra, una vez ha caído Héctor, que de cerca combatía, quien era antaño la gran fuerza de los troyanos: ni siquiera él escapó a las Keres, sino que fue abatido a manos de Aquiles, ante quien creo que incluso un dios, que le saliera al encuentro en la batalla, perecería,

[110] Timetes ya aparece en la *Ilíada* como miembro del consejo de ancianos de Troya (cf. III 146). La tradición posterior lo hace enemigo personal de Príamo (cf. EUFORIÓN, fr. 55 POWELL), de modo que se entiende que en VIRGILIO (*En.* II 32-34) sea Timetes uno de los partidarios de introducir en Troya el peligroso caballo de madera o que aquí mismo muestre una postura tan derrotista.

igual que en el tumulto abatió a esa que los demás argivos temían, a la valiente Pentesilea; pues era ella asombrosa: yo, cuando la vi, creí que uno de los bienaventurados desde el cielo había venido hasta aquí para traernos alegría, mas no era ello verdad. Pero, ¡ea!, deliberemos qué es mejor para nosotros: que luchemos aún contra los odiosos enemigos o que huyamos de inmediato de una ciudad que está perdida; pues no podremos ya rivalizar con los argivos, si lucha el inexorable Aquiles en el combate».

Así dijo, y le respondió el hijo de Laomedonte:

«Amigo y demás troyanos y esforzados aliados, no hemos de alejarnos, llenos de temor, de nuestra patria, ni hemos de combatir ya contra los enemigos lejos de la ciudad, sino desde las torres y la muralla, hasta que llegue Memnón[111], de poderoso ánimo, trayendo consigo innumerables tropas de gentes que habitan Etiopía, la de negros mortales[112]. Pues imagino que él está ya cerca de nuestra tierra, puesto que, muy afligido en mi corazón, no hace mucho que le envié un mensaje: él me prometió que con gusto se ocuparía de todo una vez llegase a Troya; espero que esté ya cerca. Pero, ¡ea!, aguantad un poco más, porque es mucho mejor morir con arrojo en el tumulto que huir y vivir entre extranjeros con deshonra».

---

[111] Memnón acude como aliado de los troyanos por ser sobrino de Príamo, ya que su padre era Titono, hijo de Laomedonte y hermano, por tanto, de Príamo (cf. Apolodoro, *Bib.* III 12, 3s.).

[112] El dato de que Memnón se trae a Troya un inmenso ejército de etíopes se encuentra ya en Apolodoro *(Epít.* V 3) y se remonta probablemente a la *Etiópida*. A pesar de su soberanía sobre este pueblo, Memnón es considerado en un principio de raza blanca (como cabe esperarse por su filiación), pero más tarde algunos autores se lo imaginan con la piel negra; cf. Virgilio, *En.* I 489; Ovidio, *Amores* I 8, 3 s., y *Pónticas* III 3, 95 s.; Filóstrato, *Descripciones de cuadros* I 7, 2.

Habló el anciano, pero al sensato Polidamante[113] ya no le era grato el combate, por lo que pronunció bienintencionadas palabras:

«Si con tanta certeza Memnón te aseguró que de nosotros apartaría la aciaga destrucción, no me opongo a aguardar en la ciudad a ese guerrero divino; pero temo en mi corazón que, cuando llegue con sus compañeros, sea también abatido aquel hombre, y para otros muchos de los nuestros se convierta en una desgracia, pues más terrible se hace cada día la fuerza de los aqueos. Pero, ¡ea!, no huyamos lejos de nuestra ciudad para tener que soportar, por penosa cobardía, una gran deshonra al habernos trasladado a tierra extranjera, ni permanezcamos en la patria para morir en la refriega contra los argivos; sino que todavía ahora, aunque tarde, sería mejor devolverles a los dánaos a la gloriosa Helena y sus riquezas, todas las que de Esparta se trajo y otras más, hasta entregarles el doble de aquéllas, para proteger así nuestra ciudad y a nosotros mismos, antes de que pueblos hostiles se hayan repartido nuestras posesiones y haya consumido la villa un fuego destructor. Ahora, ¡ea!, en vuestro fuero interno hacedme caso, pues no creo que otro entre los troyanos os dé mejor consejo. ¡Ojalá Héctor hubiera también escuchado antes mi indicación, cuando trataba yo de retenerlo dentro de la patria![114]».

---

[113] Polidamante, hijo de otro ilustre anciano troyano, Pántoo (cf. también *Il.* III 146), destaca ante todo en la *Ilíada* como estratega y consejero, si bien sus prudentes planes son las más veces rechazados por el arrojado Héctor (cf. *Il.* XII 60-81 y 210-250; XIII 723-753; XVIII 249-313). Aquí da también muestra de esa prudencia que lo caracteriza, al sustituir a Anténor en el papel de principal partidario de la rendición de la ciudad y de la inmediata devolución de Helena a los griegos (cf. nota 72).

[114] Alusión a la vana advertencia que le hace Polidamante a Héctor en *Il.* XII 210-229 (cf. nota anterior).

Así dijo el excelso y fuerte Polidamante; a su alrededor los troyanos, al escucharlo, asintieron dentro de sí, pero abiertamente no dijeron palabra; pues todos, temblorosos, respetaban a su soberano y a Helena, aun cuando por su culpa perecían. Mas a aquél, a pesar de su valentía, mucho lo injurió Paris en su cara:

«Polidamante, tú no eres sino un cobarde que del combate huye, y no albergas en tu pecho un corazón firme contra el enemigo, sino miedo y pánico; tú te jactas de ser el mejor en el consejo, mas conoces los peores planes de todos. Pero, ¡ea!, aléjate del combate y aguarda sentado en tus mansiones; los demás, en cambio, a mi lado se armarán en la ciudad, hasta que hallemos grato remedio de esta guerra despiadada. Pues sin esfuerzo ni penosa guerra no acrecientan los hombres su gloria y sus hazañas; a los niños pequeños y a las mujeres les es muy grata la huida: al de aquéllas se asemeja tu ánimo. Cuando te hallas en el combate, no confío yo en ti, pues destruyes la audaz fuerza de todos».

Con grandes injurias le habló; irritado, Polidamante a su vez le replicó, pues no temía él gritarle cara a cara, ya que es odioso, malvado e insensato quien en público muestra cariñosos halagos, pero otras cosas revuelve en su corazón y a escondidas insulta al que no está presente. Por ello entonces mucho injurió abiertamente al divino soberano:

«¡Oh tú, el más funesto para mí de todos los hombres que sobre la tierra habitan! Tu audacia nos trajo desgracias, tu determinación ha soportado una guerra interminable y la soportará, hasta que veas aniquilada, junto con sus gentes, tu patria. ¡Que no me domine a mí una audacia tal, sino que tenga yo siempre un precavido reparo y prospere así sana y salva mi casa!».

Así dijo; él nada respondió a Polidamante, pues recordó cuántos disgustos les había causado a los troyanos y cuántos aún les iba a ocasionar, puesto que su ardoroso corazón le incitaba a morir antes que hallarse lejos de Helena, comparable a una diosa, a causa de la cual los hijos de los troyanos montaban guardia desde lo alto de su elevada ciudad, esperando a los argivos y al Eácida Aquiles.

No mucho después les llegó el belicoso Memnón, Memnón, soberano de los oscuros etíopes, que venía trayendo consigo un innumerable ejército. A su alrededor, gozosos lo contemplaron los troyanos por la ciudad, como los marineros, después de una devastadora tempestad, a través del éter observan, ya exhaustos, el brillo de la giradora Hélice[115]; así las gentes se alegraban en torno a él, y más que ninguno, el Laomedontíada, pues su corazón albergaba la firme esperanza de que con el fuego destruyeran las naves los guerreros etíopes, ya que tenían un rey prodigioso, y ellos mismos eran numerosos y todos con ansia se lanzaban hacia Ares[116]. Por ello sin cesar honró al excelso hijo de la Erigenía con magníficos obsequios y un espléndido festín. Entre ellos conversaban durante la comida de ese banquete: el uno describiendo a los caudillos de los dánaos y cuántas desgracias había soportado; el otro, la vida por siempre inmortal de su padre y su madre Eos[117] y las corrientes de la infinita Te-

[115] La Osa Mayor, constelación boreal con la cual a menudo se orientan los marineros y que es también llamada Hélice, por dar vueltas alrededor del polo sin ocultarse nunca en el horizonte: cf. *Il.* XVIII 487-489; Apolonio de Rodas, *Arg.* III 744-746 y 1195s.; Arato, *Fenóm.* 37-39.

[116] Cf. nota 59.

[117] El padre de Memnón, el bello Titono, fue raptado por Eos, la Aurora (cf. nota 10), quien se lo llevó a Etiopía y consiguió de Zeus para él la inmortalidad, pero no la eterna juventud, con lo que acabó aquél por ser un eterno anciano de extrema decrepitud; Eos finalmente lo encerró en un cuarto, donde únicamente podía ya emitir incesantes balbuceos, o bien lo

tis[118] y el sagrado oleaje del Océano de profundo curso, los confines de la inquebrantable tierra y los ortos del sol, todo su viaje desde el Océano[119] hasta la ciudad de Príamo y las cimas del Ida, y cómo masacró con sus robustas manos al sagrado ejército de los crueles sólimos[120], que en su marcha lo detuvieron, lo que les acarreó la desgracia y un irresistible destino. Esto así lo relató, y además cómo conoció innumerables pueblos de hombres; al escucharle, se regocijó

---

metamorfoseó en cigarra para escuchar siempre su canto: cf. *Himnos Homéricos* V 218-238; PROPERCIO, II 18, 7-18; OVIDIO, *Amores* I 13, 35-38.

[118] No se trata de la madre de Aquiles (en griego *Thétis),* sino de su abuela la Titánide *(Tēthýs),* esposa de Océano y madre con él de los tres mil Ríos y de las tres mil Oceánides (cf. HESÍODO, *Teog.* 337-370). Parece aquí representar, al igual que su marido, el río circular que rodea la Tierra (cf., más adelante, III 748 y XII 160), pero, como en el caso de Ares, también es muy frecuente en la poesía antigua el empleo de su nombre por metonimia, en esta ocasión con referencia al mar en general (cf. XI 418).

[119] Para Quinto, Memnón procede de una Etiopía mítica y exótica, localizada sin más precisión en los confines occidentales del mundo habitado, confines por los que antiguamente se entendía que fluía la corriente del Océano, río circular que rodeaba el disco llano que entonces se creía que era la Tierra (de ahí que, en II 208, QUINTO llame al Océano «abrazador de la tierra»).

[120] Los sólimos, pueblo de Pisidia vecino a los licios (cf. ESTRABÓN XIV 3, 9 s.), son ya conocidos por HOMERO, quien recuerda cómo Belerofonte los combatió (cf. *Il.* VI 184s. y 203s.). La derrota que igualmente les inflige Memnón sólo es contada aquí por Quinto de Esmirna, quien quizás se ha imaginado que su país era una etapa necesaria en el viaje desde Etiopía hasta Troya (en *Od.* V 282s. Posidón se detiene en los montes de los sólimos a su regreso de la tierra de los etíopes). Resulta difícil explicar el calificativo de «sagrado» *(hierón* en verso 122) que Quinto le da al ejército de estos sólimos: según PH. I KAKRIDIS *(Kóintos Smyrnaîos...,* pág. 28), puede deberse al culto de Zeus Solimeo, o bien (con mucha menos probabilidad) al nombre griego de Jerusalén *(Hiero-sólyma).*

el ánimo de aquél, quien con deferencia le dirigió respetuosas palabras:

«¡Oh, Memnón! Es obra de los dioses el que os vea yo a tu ejército y a ti en nuestros palacios. ¡Ojalá cumplan ellos también mi deseo de contemplar a todos los argivos aniquilados a la vez por tu pica! Pues en todo te asemejas a los indestructibles bienaventurados de forma asombrosa, como ningún otro de los héroes que sobre la tierra habitan; por eso creo que a aquéllos les vas a acarrear una matanza luctuosa. Pero ahora, ¡ea!, deleita tu corazón hoy con mi banquete; luego, en cambio, lucharás como es debido».

Tras hablar así, alzó con sus manos una copa de gran cabida y dio de corazón la bienvenida a Memnón con ese sólido vaso de oro, insigne obra que le entregó el muy sagaz Patizambo, Hefesto, cuando se casó con la Ciprogenía[121], a Zeus, de gran fuerza[122]; éste se la dio como obsequio a su hijo Dárdano, comparable a un dios; éste se la regaló a su hijo Erictonio, y Erictonio a Tros, de gran corazón; él, a su vez, se la dejó entre sus bienes a Ilo; éste se la dio a Laome-

[121] Epíteto de Afrodita que hace alusión a la relación que en su nacimiento esta diosa tiene con Chipre: según Hesíodo en *Teog.* 188-206 (en 199 incluso recoge y explica este epíteto), Afrodita había nacido de la espuma que alrededor de los castrados genitales de Urano se había formado en las aguas del mar adonde éstos habían sido arrojados, mas luego marchó hasta Chipre (cf. también nota 89).

[122] Según la práctica primitiva del matrimonio por compra, Zeus, en calidad de padre de Afrodita, recibe a cambio de su mano un presente ofrecido por el pretendiente, Hefesto (también hijo de Zeus). Es llamativo que, inmediatamente después de haberse evocado, con el epíteto de Ciprogenía, la versión del nacimiento de Afrodita narrada por Hesíodo, se mencione aquí a Zeus como su padre y por tanto se tenga presente, en cambio, la tradición homérica de su origen, en que ésta es hija de Zeus y la Oceánide o Titánide Dione: cf. *Il.* III 374 y V 370-417; Eurípides, *Hel.* 1098; Apolodoro, *Bib.* I 3, 1.

donte; Laomedonte, a su vez, se la regaló a Príamo[123], que iba a entregársela a su hijo, pero ello no lo cumplió una divinidad. De aquella muy hermosa copa se quedó en su corazón maravillado Memnón al tocarla, y tales palabras dijo en respuesta:

«En el festín no debe uno mostrar una prodigiosa jactancia, ni tampoco hacer promesas, sino banquetear con calma en la sala y trazar convenientes planes; si soy o no valiente y vigoroso, lo sabrás en la guerra, que es donde se ve la fuerza de un hombre[124]. Ahora, ¡ea!, ocupémonos del descanso y no bebamos durante la noche: dañino es para el que ansía luchar el vino excesivo y el doloroso insomnio».

Así dijo; maravillado, se dirigió a él el anciano:

«Participa tú en el banquete como quieras, y haz caso de ti mismo, pues no te forzaré en contra de tu voluntad. No conviene retener al que se marcha del banquete ni al que se queda echarlo de la sala: tal es entre los hombres la norma».

Así habló. Él abandonó la mesa y se fue a la cama por última vez. Al mismo tiempo se fueron otros invitados para ocuparse de su descanso; pronto les[125] sobrevino un sueño profundo.

---

[123] Todo un repaso de los Dardánidas que se fueron sucediendo de padres a hijos en el trono de Troya (cf. una descripción más detallada en *Il.* XX 215-240 y APOLODORO, *Bib.* III 12, 1-6.

[124] Recuérdese el contraste entre estas moderadas y sensatas palabras de Memnón y las arrogantes y desmesuradas promesas que en similar contexto hacía Pentesilea en I 93-97 (cf. nota 17). Cobran aún más valor las primeras si tenemos en cuenta que Memnón resultará ser un guerrero mucho más poderoso que la Amazona, un adversario, a diferencia de Pentesilea, a la altura del invencible Aquiles.

[125] Seguimos aquí la corrección de L. RHODOMANN *(tácha dé sphin)*, para así solucionar de algún modo la inaceptable lectura de los códices *(toîs dé sphin)*, que F. VIAN mantiene marcada entre cruces.

Mientras tanto, en las mansiones de Zeus, amontonador de relámpagos, banqueteaban los inmortales; en medio de ellos, por conocerlos bien, el padre Cronión proclamaba los acontecimientos del horrísono tumulto:

«Conoced, dioses, todos los que a mi alrededor os halláis, el penoso desastre que mañana en la guerra ha de sobrevenir, pues en uno y otro bando veréis el ímpetu de muchísimos caballos entre sus carros abatido y a los hombres aniquilados. Por muy preocupado que esté por ellos uno de vosotros, quédese quieto y no acuda a mis rodillas para suplicar[126], pues las Keres son también para nosotros inexorables[127]».

Así habló en medio de ellos, a pesar de que esto bien lo sabían, para que, aun indignados, todos se apartaran de la guerra y no vinieran en vano a suplicar por un hijo o un ser querido dentro del indestructible Olimpo[128]. Cuando esto oyeron del muy resonante Crónida, en su pecho se contuvieron y ante su rey no dijeron palabra, pues un temor infinito le tenían. Marcharon afligidos adonde se hallaban sus respectivas moradas y lechos; en torno a ellos, a pesar de ser

---

[126] Esta breve escena en el Olimpo tiene por objetivo introducir la prohibición que a lo largo de toda la obra Zeus impone a los dioses de intervenir o luchar por causa de los mortales (como ya hiciera en *Il.* VIII 1-40). Temis recuerda esta prohibición en XII 202-213, pero antes de ello, en XII 160-189, los dioses desobedecen y combaten entre sí en una espantosa *theomachía* y en varias ocasiones más, como iremos viendo, tratan también de intervenir en el combate o de luchar entre ellos.

[127] Las Keres (cf. nota 30) resultan aquí casi idénticas a las otras divinidades que con más propiedad personifican el Destino (en II 508-511, las dos Keres que quedan asignadas respectivamente a Aquiles y Memnón; o incluso en XIII 234 s., cómo cumplen la misma función que las Moiras). A estas representantes del destino también están inevitablemente sometidos los propios dioses (cf. nota 95).

[128] El Olimpo, residencia de los dioses, es imaginado como un gran palacio, y no ya sólo como un monte.

inmortales, se extendió sobre sus párpados el lánguido alivio del sueño.

Cuando sobre las cumbres de los escarpados montes se precipitaba por el vasto cielo el brillante Lucífero[129], que para ir a su trabajo despierta a los atadores de gavillas que con gran placer duermen, entonces al belicoso hijo de la Erigenía, portadora de la luz, le abandonó el sueño por última vez; él, acrecentando en su interior su fuerza, ansiaba ya combatir contra los enemigos. Eos, en cambio, en contra de sus deseos ascendió al vasto cielo. Y entonces los troyanos se ciñeron en su cuerpo las hostiles armas, y a toda prisa junto a ellos, los etíopes y todos los pueblos aliados que en torno al violento Príamo se habían congregado. Con gran rapidez se precipitaron delante de la muralla, semejantes a las oscuras nubes que el Cronión, al desencadenarse una tempestad, por el anchuroso aire reúne. Al punto ocuparon ellos la llanura entera: se desplegaron de forma igual a las langostas devoradoras de trigo, que, como una nube o una lluvia copiosa, insaciables se lanzan sobre la tierra de anchas llanuras, ocasionando a los mortales un hambre odiosa; así marcharon ellos, muchos y poderosos: al precipitarse al ataque, la tierra se constreñía y a sus pies se levantaba el polvo. Los argivos a lo lejos se asombraron, cuando los vieron lanzarse al ataque; de inmediato se ciñeron en su cuerpo el bronce, confiados en la fuerza del Pelida. Éste marchaba en medio semejante a los muy vigorosos Titanes, orgulloso de sus caballos y su carro; sus armas resplandecían por doquier de forma igual a los relámpagos. Como desde los con-

[129] El Lucífero —del latín *Lucifer,* traducción del griego *Heōsphóros* (el nombre aquí empleado por Quinto) o *Phōsphóros,* es decir, «Portador de la Luz»— es la estrella de la mañana o lucero del alba (el planeta Venus), ya bien personificado en HESÍODO (en *Teog.* 381 es hijo de Eos y Astreo, hijo del Titán Crío).

fines del Océano, abrazador de la tierra, viaja hasta el cielo el brillante Helio[130], iluminador de los mortales, y a su alrededor sonríen la fértil tierra y el éter; tal se precipitó entonces entre los argivos el hijo de Peleo. Así también marchó entre los troyanos el belicoso Memnón, del todo igual al impetuoso Ares; a ambos lados, lanzados a la carrera, seguían los ejércitos de buena gana a su caudillo.

Al punto los largos escuadrones de ambos bandos, troyanos y dánaos, se echaron al combate, y entre ellos sobresalían los etíopes. Con gran estruendo entrechocaron, como las olas del ponto al congregarse desde todas partes los vientos en la estación del invierno; se masacraban los unos a los otros arrojándose sus bien pulidas lanzas de fresno, y entre ellos se extendían como el fuego el lamento y el estrépito. Como cuando los muy resonantes ríos lanzan grandes gemidos en su curso hacia el mar, cuando de parte de Zeus llega una lluvia muy violenta, mientras por encima retumban sin descanso las nubes, al afilarse unas con otras, y se escapa una llamarada de fuego; así bajo los pies de los combatientes la descomunal tierra resonaba, y a través del divino aire un horrendo clamor se precipitaba, pues de forma terrible gritaban ellos desde ambos bandos.

Entonces el Pelida acabó con Talio y con el irreprochable Mentes, ambos de gran renombre. Alcanzó también las cabezas de otros muchos: como un violento huracán bajo tierra se desencadena contra unas mansiones y al instante todas quedan por el suelo esparcidas, arrancadas de sus cimientos, pues mucho se estremece en sus profundidades la

---

[130] Helio, como es bien sabido, es el Sol, dios ya bien personalizado desde Hesíodo (cf. *Teog.* 371-374) y encargado de propagar la luz a lo largo de todo el día durante su recorrido en carro por la bóveda celeste; tal función la cumple en Quinto de Esmirna más bien su hermana Eos: cf. nota 10.

tierra[131]; así ellos, presos de una repentina muerte, cayeron en el polvo por obra de la lanza del Pelión, pues muy excitado se hallaba su ánimo.

Del mismo modo en el otro bando el excelso hijo de la Erigenía diezmaba a los argivos, semejante al funesto Destino, que a las gentes provoca una nefasta y odiosa ruina. En primer lugar acabó con Ferón al alcanzarle en el pecho con su aciaga lanza, y luego mató al divino Ereuto, ambos deseosos de guerra y de odiosa batalla, que junto a las corrientes del Alfeo habitaban Trío[132] y a las órdenes de Néstor habían marchado a la sagrada ciudad de Ilio. Cuando derribó a éstos, se dirigió contra el hijo de Neleo[133], ávido de matarlo, pero delante de él se llegó Antíloco[134], parejo a un dios, y le arrojó su enorme lanza; no le acertó, pues se retiró un poco, pero acabó con su querido compañero, el Pirrásida Étope[135]. Aquél, encolerizado por su muerte, saltó sobre An-

---

[131] Se está aquí hablando en realidad de un terremoto, fenómeno que la física antigua entendía que se producía por la acción de violentos ciclones subterráneos: cf. ARISTÓTELES, *Meteorológicos* II 7 s.

[132] Trío, ciudad a orillas del río Alfeo, pertenece al reino de Pilos, a pesar de su cercanía a la Élide: cf. *Il.* II 592.

[133] El hijo de Neleo es Néstor, anciano rey de Pilos que marchó a Troya al mando de un contingente de noventa naves: cf. *Il.* II 591-602. Poseía una gran sabiduría y era muy apreciado como consejero y estratega; incluso, aunque no combatiera por su avanzada edad, estaba presente a menudo en la batalla montado en su carro, lo cual, como aquí, podía ponerlo en serio peligro: cf. *Il.* VIII 80-115.

[134] Antíloco es uno de los hijos de Néstor que en su lugar participan realmente en la batalla dirigiendo a las tropas de Pilos. Notable guerrero en la *Ilíada,* es ante todo un íntimo amigo de Aquiles (cf. *Il.* XVII 673-701 y XVIII 1-34, donde es el encargado de llevarle la triste noticia de la muerte de Patroclo).

[135] Aunque sin grandes detalles, encontramos aquí la típica escena de batalla en que el disparo errado contra un guerrero principal va a acabar fatalmente en un secundario, a menudo acompañante del anterior (cf. I

tíloco, como un león de poderoso ánimo sobre un jabalí, que por igual sabe luchar contra hombres y fieras, pues irresistible es su embestida; así se lanzó él con rapidez, mas con una amplia piedra lo hirió Antíloco. Pero no se quebró su corazón, porque su robusto casco le protegió de una muerte dolorosa; de forma espantosa, herido como estaba, se enardeció en su pecho el corazón; resonó entonces su yelmo; aún más se enfureció contra Antíloco y se inflamó su poderoso vigor. Por ello al hijo de Néstor, a pesar de ser hábil lancero, le golpeó sobre la tetilla; su fornida pica penetró hasta el corazón, por donde rápida les llega a los mortales la perdición [136].

Al caer éste muerto, a todos los dánaos les sobrevino la aflicción, y más que a ninguno, a su padre Néstor le llegó el dolor hasta las entrañas, por haber sido su hijo abatido ante sus ojos: pues no hay peor sufrimiento para los mortales que cuando los hijos perecen a la vista de su padre. Por eso, a pesar de la firmeza de su fuerte corazón, su espíritu se afligió al haber sido su hijo abatido por la malvada Ker. Con precipitación llamó a Trasimedes [137], que se encontraba lejos:

«Ven a mí, ínclito Trasimedes, para que al asesino de tu hermano y mi hijo rechacemos lejos de su odioso cadáver, o también nosotros a su lado pongamos fin a nuestra luctuosa desdicha. Si en tu pecho albergas miedo, tú no eres hijo mío

270-275, donde la flecha que Paris lanza contra Esténelo, caudillo argivo, va a dar al desconocido Evénor, un simple soldado duliquio).

[136] La muerte de Antíloco a manos de Memnón se narraba en la *Etiópida* (cf. Proclo, pág. 106, líns. 4 s. Allen), si bien se alude a ella ya en la *Odisea* (III 111s. y IV 187s.) y más tarde es recreada por Píndaro (en *Pít.* VI 28-32).

[137] Es el otro hijo de Néstor que participa en la Guerra de Troya; en la *Ilíada* tiene ya un modesto papel.

ni perteneces a la estirpe de Periclímeno, quien incluso se atrevió a enfrentarse a Heracles[138]. Pero, ¡ea!, echémonos al combate, pues a menudo otorga la necesidad gran fuerza a los que luchan, por inútiles que sean».

Así dijo, y al escucharlo aquél, turbaron su ánimo crueles dolores. Al punto llegó cerca de él Fereo[139], de quien también se apoderó la aflicción con la muerte de su soberano; para combatir contra el poderoso Memnón, se lanzaron ellos dos por el sangriento tumulto. Como cuando unos cazadores, por los boscosos repliegues de un monte escarpado, muy ansiosos de una presa, se abalanzan contra un jabalí o un oso, ávidos como están por matarlo, mas él se arroja sobre ambos y se defiende, con impetuoso ánimo, de la violencia de esos hombres, así también encerraba Memnón orgullosos pensamientos. Ellos llegaron cerca, pero no fueron capaces de matarlo con sus enormes lanzas de fresno, pues las puntas se desviaron lejos de su cuerpo, ya que mucho las apartaba la Erigenía. Pero las lanzas no cayeron en vano a tierra, sino que, ávido como estaba, Fereo, de poderoso ánimo, de inmediato derribó a Polimnio, hijo de Meges, y a Laomedonte[140] lo mató el poderoso hijo de Néstor, irritado

---

[138] Periclímeno era un hijo de Neleo y hermano de Néstor, con la capacidad, otorgada por Posidón, de transformarse a voluntad: cuando Heracles asaltó Pilos, pudo gracias a ello enfrentarse a él, pero acabó abatido por sus flechas: cf. Hesíodo, frs. 33a y 33b Merkelbach-West; Apolodoro, *Bib.* I 9, 9, y II 7, 3; Ovidio, *Met.* XII 549-572.

[139] Este guerrero pilio sólo nos es conocido por Quinto de Esmirna. No obstante, F. Vian *(Quintus de Smyrne...* I, pág. 66, n. 4) señala que también aparece representado en un vaso de figuras negras como uno de los griegos que descendieron del caballo de madera.

[140] Un troyano llamado Laomedonte aparecía muerto durante la toma de Troya, según Pausanias (X 27, 3), en una de las pinturas de Polignoto que se hallaban en el edificio ofrendado en Delfos por los cnidios, la Lesque, donde estaban representadas, efectivamente, numerosas escenas del saqueo de Troya.

por su hermano, al que en la refriega Memnón masacró y a continuación despojó con sus infatigables manos de su armadura toda de bronce, sin preocuparse del violento Trasimedes ni del noble Fereo, ya que era muy superior; ellos lo temían como dos chacales a un gran león que a un ciervo acosa, sin arder en deseos ya de dar un paso adelante. Terribles lamentos lanzó Néstor al contemplarlos de cerca, y llamó a sus otros compañeros para que marcharan contra los enemigos; él mismo se habría arrojado también desde el carro a combatir, pues, una vez muerto su hijo, la pena lo empujaba a la lucha sin tener en cuenta sus fuerzas. A punto estaba de yacer al lado de su querido hijo, como uno más entre los muertos, pero a él, lanzado a la carrera, se dirigió Memnón, de poderoso ánimo, compadecido en su corazón de un hombre de la misma edad que su padre:

«Anciano, no me conviene luchar contra ti, que posees mayor edad, porque al menos acierto ahora a apreciar ésta: me creía yo que tú eras un guerrero joven y belicoso que a los enemigos se estaba enfrentando, y mi ánimo audaz esperaba que ésta fuera una hazaña digna de mi mano y de mi lanza. ¡Ea!, retírate lejos de la refriega y de la odiosa matanza; retírate, no sea que por imperiosa necesidad, aun en contra de mis deseos, te alcance y, por combatir con un hombre mucho mejor, caigas junto a tu hijo: que no refieran luego las gentes que también tú fuiste un insensato, pues no conviene enfrentarse a alguien superior».

Así habló. El anciano, por su parte, le respondió con estas palabras:

«Memnón, vano es todo eso que proclamas, pues nadie dirá que es insensato quien a causa de su hijo se echa a combatir contra los enemigos, para así rechazar lejos de su cadáver, en medio del tumulto, al despiadado asesino de hijos. ¡Ojalá se conservara aún íntegra mi fuerza, para que

conocieras mi lanza! Tú ahora muestras una total arrogancia, porque el espíritu de un guerrero joven es audaz y muy ligera su mente; por ello profieres, con altivos pensamientos, palabras necias. Si hubieras acudido a enfrentarte a mí cuando era joven, no se habrían alegrado por ti tus seres queridos, por muy fuerte que fueras. Ahora, por el contrario, me veo abrumado por esta horrible vejez, como un león al que un simple perro con audacia ahuyenta de un aprisco lleno de corderos, y que, a pesar de sus ansias, no se defiende contra él, pues ya no se conservan iguales ni sus dientes ni su ímpetu, y destrozado por el tiempo se halla su corazón; así tampoco alberga ya mi pecho una fuerza como la de antes. Sin embargo, soy aún mejor que muchos hombres, y ante pocos cede mi vejez».

Tras hablar así, se apartó un poco, y dejó a su hijo tirado en el polvo, pues en absoluto poseía ya él en sus ágiles miembros una fuerza como la de antaño: por una muy sufrida vejez se veía agobiado. Así también se retiraron Trasimedes, experto en el manejo de la lanza, Fereo, de poderoso ánimo, y todos los demás compañeros, llenos de temor porque mucho les hostigaba ese funesto guerrero.

Como cuando de los altos montes se precipita un río de profundos remolinos, borbollando con interminable fragor, en tanto que Zeus extiende sobre los hombres un día nublado, desencadenando así una gran tempestad, y por todas partes retumban los truenos a la vez que los relámpagos, al chocar de continuo las divinas nubes [141], y los hondos labrantíos quedan inundados al descargar sobre ellos una horrísona lluvia, y alrededor resuenan de forma espantosa por todos los montes las torrenteras, así rechazaba Memnón a los argi-

[141] Era el choque de las nubes entre sí lo que, según la física antigua, provocaba los relámpagos: cf. ARISTÓTELES, *Meteorológicos* II 9, 5, y LUCRECIO, VI 239-322.

vos hacia las costas del Helesponto, y al perseguirlos, causaba estragos en retaguardia. Entre el polvo y la sangre muchos perdieron la vida a manos de los etíopes, y se manchaba la tierra con el crúor de los dánaos que sucumbían; gran alegría sentía Memnón en su corazón al lanzarse sin cesar contra las filas de los enemigos, y a su alrededor se cubría de cadáveres el suelo troyano. No flaqueaba él en el tumulto, pues esperaba ser luz para los troyanos y para los dánaos calamidad. Pero lo engañaba la Moira de muchos lamentos, que cerca de él se había colocado y lo incitaba a la refriega. A su alrededor luchaban sus ayudantes de gran vigor: Alcioneo, Niquio y Asíades, de gran ánimo, Meneclo, hábil lancero, Alexipo, Clidón y otros más deseosos de batalla, que también se esforzaban en el combate, confiados en su rey. Entonces a Meneclo, cuando se lanzaba contra los dánaos, lo mató el Nelida[142]; irritado por su compañero, Memnón, de poderoso ánimo, masacró a un nutrido grupo de guerreros. Como cuando un cazador en los montes se abalanza[143] sobre unas ágiles ciervas, reunidas en masa, gracias a la pericia de sus hombres, dentro de tenebrosas redes, en la última trampa de la montería, y alegres se hallan los perros, que ladran sin parar, y él, ávido como está, con su jabalina ocasiona a las velocísimas cervatillas una matanza luc-

[142] El «hijo de Neleo» (según indica este patronímico homérico) no es otro que Néstor, quien interviene por fin en la batalla y se toma venganza por la muerte de su hijo matando él a su vez a uno de los compañeros de Memnón. Pero, dada la habitual inactividad de Néstor, cabe también la posibilidad de que este «Nelida» sea en realidad Trasimedes, en tanto que es «descendiente de Neleo».

[143] En el texto griego hay en realidad un anacoluto, pues falta en esta primera oración un verbo en forma personal y sólo aparece un participio adaptado en la traducción como verbo principal; cf. anacolutos similares *infra,* en II 379-381 y 471-473).

tuosa; así Memnón diezmó a un nutrido ejército, y a su alrededor sus compañeros se alegraron. Los argivos huían de ese períncIito guerrero: como cuando de un escarpado monte se desploma una descomunal piedra, que desde lo alto de un barranco el infatigable Zeus echa abajo al alcanzarla con su luctuoso rayo, y, al estrellarse por los espesos encinares y las extensas cañadas, resuenan los valles y en el bosque tiemblan, si se encuentran paciendo cuando por arriba viene rodando, las ovejas, las vacas o algún otro animal, aunque, al llegar ella, esquivan su terrible e inexorable ímpetu; así temían los aqueos la lanza del poderoso Memnón, que contra ellos se precipitaba.

Entonces cerca del fuerte Eácida llegó Néstor, y muy afligido por su hijo, le dijo estas palabras:

«Aquiles, egregio baluarte de los argivos de gran vigor, ha sucumbido mi hijo querido y, una vez muerto, con sus armas se ha quedado Memnón: temo que su cuerpo sea presa de los perros. ¡Ea!, acude rápido a defenderlo, porque amigo es quien se acuerda de su compañero fallecido y se aflige por el que ya no existe».

Así dijo, y al escucharlo aquél, invadió el dolor su corazón. Cuando atisbó por el luctuoso tumulto a Memnón, que con su pica seguía aniquilando en masa a los argivos, al instante dejó a todos los troyanos entre los que con sus manos causaba estragos en otros escuadrones, y, ávido de batalla, llegó frente a él, irritado por Antíloco y los demás fallecidos. Aquél cogió con sus manos una piedra, que los mortales colocaron como linde de una llanura de buenas espigas, y la arrojó contra el escudo del infatigable Pelión ese divino guerrero. Sin estremecerse ante aquella piedra de descomunal tamaño, al instante él se le acercó, blandiendo por delante su enorme lanza, a pie, ya que sus caballos se hallaban detrás del tumulto, y por encima del escudo se la hundió en

el hombro derecho. Aquél, aun herido, seguía luchando con ánimo intrépido, y golpeó el brazo del Eácida con su robusta lanza; se derramó entonces su sangre. En vano se alegró ese héroe, y al punto se dirigió a aquél con arrogantes palabras:

«Ahora creo que, abatido a mis manos, con la muerte vas a cumplir tú un aciago destino y no vas a escapar ya de la refriega. ¡Desdichado! ¿Por qué aniquilabas tú sin piedad a los troyanos, vanagloriándote de ser con mucho el mejor de todos los guerreros y de haber nacido de una madre inmortal, de una Nereida[144]? Pero ya te ha llegado el día fatal, porque de origen divino soy yo, el poderoso hijo de Eos, al que lejos criaron las Hespérides, blancas como lirios, junto a la corriente del Océano[145]. Por ello no evito el inexorable combate contra ti, pues bien sé cuán superior es mi divina madre a esa Nereida de la que tú te jactas de ser hijo. Aquélla ilumina a los bienaventurados y a los mortales, y gracias a ella se llevan a cabo, dentro del indestructible Olimpo, todas las buenas y gloriosas tareas que sirven de provecho a los hombres; ésta, en cambio, sentada en las estériles grutas del mar, habita junto a los monstruos marinos, orgullosa entre los peces, inactiva e invisible. Yo no me cuido de ella ni la igualo a las celestes inmortales».

Así dijo, y le replicó el audaz hijo del Eácida:

---

[144] Como es sabido por la *Ilíada*, la Nereida Tetis, una de las cincuenta hijas del dios marino Nereo (cf. *Il.* XVIII 35-69; Hesíodo, *Teog.* 240-264; Apolodoro, *Bib.* I 2, 6; Higino, *Fáb.* Pról. 8), es la esposa del rey tesalio Peleo y madre de Aquiles.

[145] Nuevamente el remoto lugar de origen de Memnón se sitúa en los confines occidentales de la Tierra, rodeados por la corriente del Océano (cf. nota 119) y habitados por las Hespérides, las diosas «Occidentales» que cuidaban los fabulosos árboles productores de las manzanas de oro: cf. Hesíodo, *Teog.* 215 s.; Eurípides, *Her.* 394-399; Apolodoro, *Bib.* II 5, 11; Higino, *Fáb.* 30, 12, y 31, 7.

«Memnón, ¿cómo es que ahora funestos pensamientos te empujan a enfrentarte a mí y a medirte conmigo en la refriega? Yo soy superior a ti en fuerza, linaje y talla, pues participo de la muy ilustre sangre del magnánimo Zeus y del fornido Nereo[146], que engendró a las muchachas marinas, las Nereidas, a las que honran los dioses en el Olimpo, y por encima de todas, a Tetis, la de reconocido ingenio, ya que antaño recibió en sus mansiones a Dioniso, cuando miedo tuvo éste de la violencia del pernicioso Licurgo, y también porque al bienintencionado artesano del bronce, a Hefesto, lo acogió en sus moradas tras haber caído del Olimpo, e incluso porque al Señor del fúlgido rayo lo liberó de sus ataduras[147]; de ello se acuerdan los Uránidas que todo lo ven, y a mi madre Tetis la honran en el muy divino Olimpo. Reconocerás que es una diosa, cuando mi broncínea lanza llegue hasta tu hígado, arrojada por mi fuerza. Al igual que a Héctor por Patroclo, a ti te castigaré, irritado como estoy, por Antíloco, pues no has derribado al compañero de un guerrero cobarde. Pero, ¿por qué, iguales a niños sin juicio, estamos aquí quietos relatando las hazañas de nuestros progeni-

---

[146] Zeus es el bisabuelo paterno de Aquiles (cf. nota 3) y, del mismo modo, como a continuación se explica, Nereo es su abuelo materno (cf. nota 144).

[147] Se recuerdan algunas notables actuaciones de Tetis: acogió a Dioniso cuando en Tracia se vio perseguido por el rey Licurgo, quien más tarde, en castigo, fue cegado por Zeus o enloquecido por el propio Baco (cf. HOMERO, *Il.* VI 130-140; SÓFOCLES, *Antíg.* 955-965; APOLODORO, *Bib.* III 5, 1; HIGINO, *Fáb.* 132); recibió en el mar, junto con la Oceánide Eurínome, a Hefesto, expulsado del Olimpo por su madre Hera debido a su deformidad y que con ellas vivió durante nueve años: cf. *Il.* XVIII 394-405; *Himnos Homéricos,* III 316-320; PAUSANIAS, I 20, 3; finalmente, ayudó al propio Zeus a detener una revuelta de los dioses, que habían conseguido encadenarlo, si bien entonces Tetis recurrió a uno de los Hecatonquires, Briáreo o Egeón, para liberarlo de sus ataduras y contener ya a los insurrectos; cf. *Il.* I 397-406.

tores y las nuestras? Cerca está Ares, cerca también nuestro vigor».

Tras hablar así, echó mano a su muy larga espada, y Memnón a su vez hizo lo mismo; con rapidez se atacaron el uno al otro. Lleno de orgullo su corazón, sin cesar se golpeaban los escudos que Hefesto forjó con su inmortal arte[148], lanzándose continuas acometidas; entre sí se tocaban, de uno y otro lado, los penachos en su casco encajados. Zeus, que apreciaba por igual a uno y otro, les infundió fuerza y los hizo infatigables y más corpulentos, en nada iguales a los hombres, sino a los dioses; con ambos se regocijaba Eris. Ellos, ansiosos por hundir de inmediato sus filos en la carne, dirigían su furia a menudo entre el escudo y el casco de alto penacho, y otras veces, en cambio, un poco por encima de las grebas y por debajo de la labrada coraza, bien ajustada a sus robustos miembros; lanzados ambos con ímpetu, a su alrededor resonaban las inmortales armas en sus hombros. Entre tanto, llegaba al divino éter el clamor de los troyanos, los etíopes y los argivos de gran ánimo, que a uno y otro lado combatían; a sus pies se alzaba el polvo hasta el vasto cielo, ya que una gran hazaña se llevaba a cabo. Como se extiende la niebla sobre los montes al desencadenarse la lluvia, cuando los estruendosos torrentes se desbordan debido al agua que se precipita, y ruge entonces cada barranco de forma indescriptible, y todos los pastores se estremecen ante esas tempestuosas corrientes y esa niebla, grata a los devastadores lobos y a las demás fieras, cuantas cría un indescriptible bosque; así flotaba en torno a sus pies un polvo dañino, que incluso la excelsa luz del sol ocultó al ensombrecer el éter; una nefasta calamidad abatía a los ejér-

[148] Sólo se nos indica aquí que Memnón, al igual que Aquiles (cf. nota 81), porta unas armas forjadas por Hefesto, detalle que se encontraba ya en la *Etiópida*, según PROCLO (pág. 106, líns. 1 s. ALLEN).

citos en medio del polvo y de la batalla, de aciago destino. Del combate apartó aquél con precipitación uno de los bienaventurados, pero las devastadoras Keres a uno y otro lado incitaban a los veloces escuadrones a combatir sin descanso en la luctuosa lucha; no puso fin Ares a la espantosa matanza, y por todas partes se manchaba la tierra de la sangre derramada: se deleitaba la negra Muerte[149]. Se cubría de muertos esa llanura, grande y criadora de caballos, que entre sus corrientes encierran el Símunte y el Janto, que descienden del Ida hasta el sagrado Helesponto[150].

Pero cuando ya se prolongaba demasiado la larga lucha de los combatientes, y por igual se redoblaba en ambos la furia, entonces los Olímpicos los contemplaron desde lejos: unos deleitaban su corazón con el indestructible Pelión, otros con el divino hijo de Titono y Eos. En lo alto retumbaba el vasto cielo, en torno bramaba el ponto y alrededor se estremecía bajo los pies de ambos la oscura tierra. Al lado de Tetis temblaban todas las hijas del magnánimo Nereo, y un indescriptible miedo tenían por el poderoso Aquiles. Temía por su querido hijo la Erigenía, aun cuando entonces marchaba con sus caballos a través del éter; cerca de ella las hijas de Helio se habían quedado maravilladas alrededor de la órbita divina, la excelsa carrera de un año que al infatigable Helio Zeus confió, gracias a la cual todo vive y se extingue al transcurrir el tiempo cada día sin interrupción con el rodar de los años[151]. Y entonces se habría producido entre

[149] *Ólethros*, personificación de la Muerte.

[150] El Símunte y el Janto o Escamandro (cf. notas 4 y 84) son los dos ríos principales de la Tróade (cf. a ambos, personificados como deidades, a lo largo de *Il.* XXI 211-384).

[151] Se está hablando de las Horas, quienes, distribuidas a lo largo de la órbita del sol, ocupan las doce estaciones del Zodíaco (cf. nota 11), las cuales este astro recorre en su revolución anual (así en ARATO, *Fenómenos*

los bienaventurados un inexorable combate, si por indicación de Zeus, de grandes retumbos, no se hubieran colocado rápidamente junto a ambos, cada una en un lado, las dos Keres: una, sombría, marchó hacia el corazón de Memnón; la otra, brillante, alrededor del valiente Aquiles; al verlo, los inmortales lanzaron grandes gritos: al punto se apoderó de unos una espantosa pena, y a otros les invadió una feliz y radiante alegría.

Los héroes luchaban sin cesar por el sangriento tumulto, y no vieron acercarse a las Keres, pues estaban desplegando el uno contra el otro su ímpetu y su gran fuerza. Se diría que por la luctuosa refriega aquel día peleaban como indestructibles Gigantes o robustos Titanes, pues un violento combate se había entablado entre ellos: lo mismo cuando se atacaban con las espadas que cuando, para acometerse, se arrojaban piedras de descomunal tamaño. Aun heridos, ninguno de ellos retrocedió ni se estremeció, sino que, como escollos inquebrantables, allí se mantenían, revestidos de un vigor indescriptible, pues ambos se jactaban de proceder del gran Zeus[152]. Por ello, entonces Enío prolongó el igualado combate entre ellos, que firmes aguantaron durante mucho tiempo en aquella batalla, ellos y sus intrépidos compañeros, que entre sus soberanos sin descanso ansiosos combatían, hasta que, ya agotados, las puntas de sus armas en los escudos se doblaron; entre tantos golpes, no quedaba en uno u otro

544-552, pasaje que parece servir de fuente a estos versos). En QUINTO DE ESMIRNA (cf. *infra* X 336-339) las Horas son hijas de Helio y de Selene, genealogía no presentada por ningún otro autor (en HESÍODO, *Teog.* 901-903, las Horas, bien distintas, son hijas de Zeus y la Titánide Temis).

[152] Aquiles es descendiente de Zeus por su abuelo Éaco (cf. nota 3); Memnón lo es por su padre Titono, perteneciente al linaje real de Troya, fundado por Dárdano, hijo también de Zeus (cf. nota 37).

bando nadie ileso, sino que de todos sus miembros, siempre firmes, sangre y sudor al suelo se derramaban. Cubierta estaba la tierra de cadáveres, como el cielo de nubes al llegar el sol a Capricornio, cuando ante el ponto mucho tiembla el navegante. Los caballos relinchando, a la vez que las tropas lanzadas al ataque, pisoteaban a los muertos, incontables como las hojas en el bosque al comenzar el invierno después del próspero otoño.

Entre los cadáveres y la sangre combatían los muy gloriosos hijos de los bienaventurados, y no ponían fin a su mutua cólera. Eris enderezó la dolorosa balanza de la batalla. Ya no hubo equilibrio[153]: en la base del pecho hirió al divino Memnón el Pelida, y su negra espada pasó de parte a parte. Al punto se quebrantó su muy amada vida: cayó en la negra sangre, resonaron sus indescriptibles armas, la tierra abajo retumbó y se espantaron sus compañeros. Los mirmídones entonces lo despojaron; alrededor huyeron los troyanos, mas él de inmediato los persiguió, con la misma gran furia de un huracán.

Gimió Eos, cubierta entre nubes, y se oscureció entonces la tierra. Los veloces Vientos, por encargo de su madre[154],

---

[153] Quinto recurre a una *psychostasía* (o «pesaje de almas») para resolver el igualado enfrentamiento entre Aquiles y Memnón, recurso que ya empleaba Homero en *Il.* VIII 68-74 (para determinar la derrota entonces de los griegos frente los troyanos) y XXII 208-213 (para decidir la muerte de Héctor a manos de Aquiles). La escena que aquí desarrolla Quinto debía de tener lugar ya en la *Etiópida*, de donde la tomó Esquilo para su tragedia dedicada a la muerte de Memnón, titulada precisamente *Psychostasía*.

[154] Ya en Hesíodo *(Teog.* 378-380) son hijos de Astreo y Eos los Vientos, llamados Zéfiro, Bóreas y Noto. Quinto en realidad se refiere a ellos a lo largo de este pasaje como *Aêtai,* como «Soplos de viento», si bien en 574 sí recurre al mismo nombre que empleara Hesíodo, *Ánemoi,* con lo que queda segura su identificación.

se dirigieron todos a la vez por un mismo camino a la llanura de Príamo, y envolvieron al fallecido; con rapidez se llevaron ellos al hijo de Eos y lo trasladaron por medio de una bruma blanquecina[155]; se hallaba afligido su corazón por la muerte de su hermano, y alrededor se lamentaba el éter. De cuantas gotas de su sangre cayeron de sus miembros a tierra, ha quedado recuerdo incluso entre los hombres venideros, pues de uno y otro lado los dioses las reunieron todas en un solo lugar y crearon un estruendoso río, al que llaman Paflagonio todas las gentes que habitan en las estribaciones del enorme Ida[156]; éste recorre ensangrentado la fértil tierra cada vez que se conmemora el triste día en que murió Memnón; un espantoso e insufrible olor sale del agua: se diría que de la herida mortal aún exhalan los humores putrefactos un dañino hedor[157]. Pero ello así se produjo por voluntad de los dioses: los veloces Vientos volaron a ras del suelo transportando al poderoso hijo de Eos, cubierto por una oscura tiniebla.

---

[155] Los Vientos se encargan de trasladar el cadáver de un guerrero ilustre, como ya hicieran Hipno y Tánato con el cuerpo de Sarpedón en *Il.* XVI 681-683, a quienes ahora parecen sustituir aquéllos en tal cometido (cf. además nota 43).

[156] Este río, por las indicaciones ofrecidas, no se encontraría en ningún caso, a pesar de su nombre, en la región de Paflagonia, sino cerca de Zelea, ciudad de la propia comarca de la Tróade que se hallaba a orillas del Esepo, río que inmediatamente va a ser mencionado: cf. esta zona en *Il.* II 824 s.

[157] El fenómeno que en estos versos describe Quinto debe de ser de origen volcánico: se sabe, en efecto, que en la región de la que aquí se habla existían fuentes sulfurosas. Volvemos a hallar ese gusto de Quinto de Esmirna por las descripciones de fenómenos sobrenaturales y fantásticos.

Tampoco los etíopes se quedaron lejos de su soberano fallecido, ya que un dios al punto se los llevó, infundiéndoles, ansiosos como estaban, una velocidad con la que no mucho después se iban a desplazar por los aires; por ello seguían a los Vientos, mientras lloraban a su rey. Como cuando, al haber sido abatido en la espesura un cazador por las terribles mandíbulas de un jabalí o un león, sus apenados compañeros transportan en alto su cuerpo, muy afligidos, y entre ellos los perros, que a su amo añoran, siguen a éste con aullidos, a causa de esa lamentable caza; así ellos, tras haber abandonado el despiadado combate, seguían en medio de grandes gemidos a los rápidos Vientos, cubiertos por una oscuridad divina. Los troyanos y los dánaos por igual se maravillaron de que todos aquellos junto con su rey hubieran desaparecido, y un interminable silencio se adueñó de sus corazones. Los infatigables Vientos, en medio de fuertes gemidos, depositaron el cadáver de Memnón, que de cerca combatía, junto a las corrientes del Esepo de profundo curso[158], donde se halla el hermoso bosque de las Ninfas de bellos bucles, que más tarde alrededor de la gran tumba plantaron las hijas del Esepo, quienes por doquier lo cubrieron con árboles de todas clases; muchos lamentos lanzaron entonces las diosas para glorificar al hijo de la Erigenía de hermoso trono.

[158] Según Estrabón (XIII 1, 11), la tumba de Memnón se hallaba a unos pocos estadios de las desembocaduras del río Esepo; del mismo modo, cuenta Pausanias (X 31, 6) que del Esepo traían los «memnones», que a continuación serán presentados, las aguas con las que la rociaban. Esta localización, ofrecida tal vez ya en Hesíodo (fr. 353 Merkelbach-West), debe de remontar a la *Etiópida*, si bien las *Ixéuticas* de un tal Dionisio (I 8, de la paráfrasis en prosa que de esta obra se ha conservado) parecen ser aquí la fuente directa de Quinto: cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 28 s., 123 y 144.

Se ocultó la luz del sol, y Eos descendió del cielo llorando a su querido hijo; a su lado se encontraban las doce muchachas de hermosos bucles, a cuyo cuidado están los altos caminos que en sus revoluciones siempre recorre el Hiperión[159], la noche, la mañana y todo cuanto sucede por voluntad de Zeus, alrededor de cuya mansión e irrompibles puertas dan vueltas aquí y allá, trayendo consigo el año cargado de frutos, pues alrededor de su órbita giran el helado invierno, la florida primavera, el agradable verano y el otoño de muchos racimos[160]. Cuando desde el escarpado éter bajaron éstas derramando por Memnón indecibles lágrimas, gimieron con ellas las Pléyades[161], y resonaron los altos montes y la corriente del Esepo: un duelo incesante tenía lugar. En medio de sus compañeras, abrazada a su hijo, profirió grandes lamentos la Erigenía de muchos llantos:

«¡Te me has muerto, hijo querido, y a tu madre le has causado una espantosa pena! Ahora que tú has sido abatido, no me resignaré yo a iluminar a los celestes inmortales, sino que me hundiré en los horribles abismos subterráneos, adonde lejos de ti, una vez muerto, ha volado tu alma, con lo que

[159] En Quinto, como en Homero, *Il.* VIII 480 y XIX 398; *Od.* I 8 y 24, XII 133, Hiperión —nombre parlante que quiere decir «El que marcha por arriba»— es un mero sobrenombre de Helio, el Sol, mientras que en Hesíodo, *Teog.* 371-374, Hiperión es un Titán, el padre precisamente de Helio.

[160] Se habla aquí nuevamente de las Horas, encargadas en esta ocasión sobre todo de presidir las cuatro estaciones (cf. notas 11 y 151). La misión de custodiar también las puertas de las mansiones de Zeus —del cielo, en definitiva— se encuentra ya descrita en *Il.* V 748-751.

[161] Las Pléyades son las siete hijas de Atlante que acabaron convertidas en la agrupación de estrellas del mismo nombre (cf. Apolodoro, *Bib.* III 10, 1; Arato, *Fenómenos* 254-267; Eratóstenes, *Catasterismos* 23; Higino, *Astron.* II 21, 3 s. y *Fáb.* 192). Aparecen aquí asociadas a Eos, la Aurora, debido a su pertenencia, por ese catasterismo, al abigarrado mundo de las divinidades celestes y astrales.

por todas partes se extenderán el caos y la odiosa oscuridad, para que así llegue también el dolor a las entrañas del Crónida. No soy yo menos digna que la Nereida, pues por deseo del propio Zeus todo lo contemplo y todo lo llevo a su fin. Pero en vano, porque ahora Zeus podría haber respetado esta luz mía. Por eso marcharé bajo las tinieblas: que desde el mar se lleve a Tetis al Olimpo, para que ilumine ella a los dioses y a los hombres; a mí, en cambio, después del cielo, me agrada la luctuosa oscuridad, pues no sería capaz de arrojar luz sobre el cuerpo de tu asesino».

Mientras hablaba así, corrían las lágrimas por su rostro inmortal, de forma igual a un río que sin cesar fluye, y alrededor del cadáver se empapaba la negra tierra; la Noche inmortal se sumó al dolor de su querida hija [162] y el Cielo ocultó todos los astros entre la bruma y las nubes, para dar así satisfacción a la Erigenía.

Los troyanos, dentro de la ciudad, tenían el corazón afligido por Memnón, pues a la vez que a sus compañeros, echaban de menos al soberano. Ni siquiera los argivos estaban muy felices, sino que, mientras acampaban en la llanura entre sus guerreros muertos, por un lado glorificaban a Aquiles, experto en el manejo de la lanza, y por otro lloraban a Antíloco: a la vez que alegría, sentían pena.

Toda la noche, en medio de dolorosos gemidos, estuvo Eos lamentándose, y en torno a ella se extendieron las tinieblas; no se preocupaba su ánimo del amanecer, y aborrecía el gran Olimpo. Cerca de ella muy a menudo se quejaban

---

[162] En Quinto de Esmirna, Eos es hija de la Noche, mientras que en Hesíodo *(Teog.* 371-374) sus padres son los Titanes Hiperión y Tea o Tía (y, por tanto, sus hermanos son Helio y Selene). Dada la función de iluminar el día entero que posee en esta obra (cf. nota 10), Eos parece aquí coincidir en buena medida con la Hémera (el «Día» sin más) que en Hesíodo *(Teog.* 124) sí es hija de la Noche.

sus caballos de cascos veloces, pues pisaban una tierra desacostumbrada y veían a su reina afligida, muy ansiosos del regreso. Zeus, encolerizado, tronó sin cesar, y toda la tierra alrededor se estremeció: el temor se apoderó de la inmortal Eos. Entonces a aquél con presteza lo enterraron entre lágrimas los etíopes de negra piel; a ellos, tan llorosos alrededor de la tumba de su robusto hijo, la Erigenía de ojos de vaca los convirtió en aves y les permitió desplazarse por el aire. Ahora las infinitas naciones de los mortales los llaman «memnones»[163], que todavía hoy sobre la tumba de su rey se precipitan y lanzan chillidos, mientras derraman polvo por encima de ese túmulo[164], y entablan entre ellos un combate para rendir homenaje a Memnón; él en las mansiones de Hades o acaso entre los bienaventurados, por la llanura de los Campos Elisios, se encuentra exultante[165], mientras la

---

[163] Se ha querido identificar a estas aves con cuervos, vencejos, palomas de toca o, con mayor probabilidad, collarines (cf. una vaga descripción de los «memnones» en ELIANO, *Historia de los animales* V 1). En OVIDIO (*Met.* XIII 600-622) reciben el nombre de «memnónides» y su origen es bien distinto: no son los compañeros de Memnón metamorfoseados, sino que nacen de las cenizas del propio hijo de Eos tras haber sido incinerado en la pira.

[164] Se entendía que estos «memnones» llevaban a cabo unas peculiares migraciones anuales: partían de Egipto o Etiopía (cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* X 74; SOLINO, 40, 19; DIONISIO, *Ixéuticas* I 8) o de la comarca de la ciudad misia de Cízico (cf. ELIANO, *Historia de los animales* V 1) y se congregaban, en efecto, en torno a la tumba de Memnón. Según PAUSANIAS (X 31, 6), sobre ella derramaban entonces agua traída del cercano río Esepo; en Quinto, en cambio, vierten polvo, detalle que también se encuentra en DIONISIO, *Ixéuticas* I 8 (fuente directa de Quinto: cf. *supra,* nota 158).

[165] Quinto no se pronuncia de forma concluyente con respecto al destino de Memnón en el Más Allá, sobre el cual existían tradiciones diversas: en la *Etiópida* (según PROCLO, pág. 106, líns. 6 s. ALLEN) Eos consigue de Zeus para él la inmortalidad, privilegio que tal vez haya que identificar aquí con esa vida en los Campos Elisios; en cambio, la creencia común se

inmortal Eos reconforta su corazón con aquel espectáculo: continúan ellos en su empeño, hasta que, agotados, en el tumulto un bando aniquila al otro, o incluso ambos cumplen su destino cuando en torno a su soberano combaten[166].

Esto lo llevan a cabo esas veloces aves por mandato de la Erigenía, portadora de la luz. Entonces la inmortal Eos ascendió al cielo a la vez que las muy fértiles Horas, que en contra de sus deseos la condujeron al solar de Zeus, consolándola con palabras con las que, a pesar de estar aún afligida, su profundo dolor se disipaba. No se olvidó ella de su recorrido, pues temía las incesantes amenazas de Zeus, de quien procede todo cuanto en su interior abarcan las corrientes del Océano, la tierra y la sede de los astros ardientes. Delante de ella marcharon las Pléyades; y ella misma también abrió las etéreas puertas y dispersó entonces las tinieblas.

---

lo imagina simplemente como un difunto más en el Hades, tal y como aparecía representado en una pintura de Polignoto (según PAUSANIAS, X 31, 5).

[166] Se creía que estos «memnones», divididos en bandadas, luchaban a muerte entre sí sobre la tumba de Memnón, cuando en realidad sus constantes vuelos entrecruzados se debían sin duda a la época de crianza: cf. también OVIDIO, *Amores* I 13, 3s. y *Met.* XIII 611-616; PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* X 74; ELIANO, *Historia de los animales* V 1; SOLINO, XL 19; DIONISIO, *Ixéuticas* I 8.

LIBRO III

Cuando llegó la luz de la Erigenía de hermoso trono, entonces a las naves transportaron el cadáver de Antíloco los pilios, hábiles lanceros, en medio de grandes gemidos por su soberano, y lo enterraron, muy afligidos como estaban, a orillas del Helesponto [167]. Alrededor se lamentaban los poderosos hijos de los argivos: a todos ellos los envolvió una inexorable pena mientras daban satisfacción a Néstor. No dejaba él que su ánimo mucho se abatiera, pues es propio de un hombre sabio soportar con valentía el dolor y no bajar la cabeza para abandonarse al desconsuelo [168].

El Pelida, encolerizado por su compañero Antíloco, se armó para, con terrible apariencia, lanzarse sobre los troya-

---

[167] Tradicionalmente se entendía (cf. *Od.* XXIV 76-79 y Estrabón, XIII 1, 32) que la tumba de Antíloco se encontraba al lado de las de Aquiles y Patroclo, en el cabo Sigeo (a orillas, pues, del mar Helesponto: cf. ya nota 64).

[168] En Quinto de Esmirna el anciano Néstor se convierte a todas luces en el prototipo de sabio estoico, caracterizado aquí por la *apátheia*, la moderación y entereza ante toda clase de adversidades y desgracias, que tan propia resultaba de esa corriente filosófica a la que en buena medida se adscribe nuestro poeta: cf. F. A. García Romero, «Un estoico en Troya: Néstor en los *Posthomerica*...», págs. 197-202.

nos. Ellos a su vez, a pesar de estremecerse ante Aquiles, experto en el manejo de la lanza, salieron en oleada fuera de la muralla, llenos de ardor, porque las Keres les habían infundido en sus pechos audacia[169]. A la morada de Aidoneo[170], de imposible regreso, muchos iban a descender a manos del valiente Eácida, que también iba a perecer de igual manera junto a la ciudad de Príamo.

De inmediato se encontraron en un único terreno los numerosos pueblos de ambos bandos, el de los troyanos y el de los argivos, firmes en la lucha, ansiosos todos de Ares al desencadenarse la batalla. En medio de ellos el Pelida abatió a una nutrida tropa de enemigos: por todas partes se empapaba de sangre la tierra portadora de vida y estaban cubiertas de cadáveres las corrientes del Janto y del Simunte. Los masacraba él mientras los perseguía hasta la ciudad, porque se apoderó el pánico de las tropas. Y entonces los habría aniquilado a todos y habría tirado a tierra las puertas tras arrancarlas de sus goznes, o incluso habría hecho pedazos sus cerrojos a golpes de costado, y así les habría proporcionado a los dánaos un camino hacia la ciudad de Príamo y habría saqueado esa opulenta villa, si Febo en su implacable corazón no hubiera sentido contra él gran irritación, cuando vio innumerables muchedumbres de héroes muertos en combate. De inmediato descendió del Olimpo, semejante a una fiera, con el carcaj y las flechas de herida incurable a los hombros; se detuvo frente al Eácida: mucho resonaban

---

[169] Es de notar la débil excusa que Quinto introduce para justificar de algún modo que los troyanos se decidan en este nuevo día a entrar en combate, sin un campeón que, como antes Pentesilea o Memnón, los anime y dé esperanzas en su imposible enfrentamiento contra el invencible Aquiles.

[170] Mera variante *(Aïdōneús,* ya en *Il.* V 190 y XX 61) para el nombre de Hades *(Háidēs).*

en torno a él la aljaba y el arco, de sus ojos se desprendía el brillo de un intenso fuego, y bajo sus pies se estremecía la tierra. De forma espantosa gritó ese gran dios, para apartar así de la batalla a Aquiles, intimidado ante la divina voz del dios, y a los troyanos salvarlos de la muerte:

«¡Retírate, Pelida, lejos de los troyanos, pues no conviene que tú arrojes ya sobre los enemigos a las malignas Keres, no sea que también a ti te dañe desde el Olimpo uno de los inmortales!».

Así dijo, mas aquél no se asustó ante la inmortal voz de ese dios, pues ya estaban las inexorables Keres revoloteando a su alrededor. Por ello no se preocupó del dios y ante él clamó con fuerza:

«¡Febo! ¿Por qué a mí, aun cuando no lo ansío, a combatir contra los dioses me incitas, en tu defensa de los arrogantes troyanos[171]? Pues ya antes me engañaste, apartándome del fragor del combate, cuando por primera vez salvaste de su perdición a Héctor[172], por el que mucho se jactaban los troyanos en la ciudad. ¡Vamos, retírate lejos y marcha a la sede de los demás bienaventurados, no sea que te hiera yo, por muy inmortal que seas!».

Tras hablar así, dejó a distancia al dios y se encaminó contra los troyanos que aún estaban huyendo en masa delante de la ciudad, y continuó con su acoso. Con el corazón indignado, Febo se dijo para sus adentros tales palabras:

---

[171] Recuérdese que en la *Ilíada* Apolo aparece como la principal —y además eficaz, a diferencia de Afrodita o Ares— divinidad protectora de los troyanos.

[172] Según HOMERO, en *Il.* XX 419-454, Aquiles y Héctor tienen un primer enfrentamiento, en que Apolo ha de intervenir rápidamente para cubrir al segundo con una densa bruma y evitar así su muerte segura.

«¡Ay! ¡Cómo ha enloquecido su mente! En todo caso, ni el propio Crónida ni ningún otro tolerará ya que sea tal su demencia y que se enfrente de este modo a los dioses[173]».

Así dijo, y se hizo invisible entre las nubes; envuelto en una bruma, disparó un odioso dardo[174] y rápido le hirió en el tobillo[175]. De inmediato penetró en su corazón el dolor; él se desplomó como una torre, a la que la violencia de un ciclón, con su torbellino subterráneo, derrumba sobre el llano, mientras se sacuden las profundidades de la tierra[176]; así ca-

---

[173] Fuera o no su intención, Apolo ha conseguido con su intervención que Aquiles cometa un acto de *hýbris*, pues se ha rebelado contra una deidad, e incluso la ha amenazado: Quinto parece cuidarse de que la tradicional muerte de Aquiles a manos de Apolo no sea un mero acto caprichoso por parte de este dios protector de Troya, sino un castigo divino en buena medida legitimado y justamente aplicado.

[174] En Quinto de Esmirna, quien sin duda pretende exaltar a su héroe por última vez, Apolo es el único responsable de la muerte de Aquiles, de la que queda totalmente excluido el pusilánime Paris —según nuestro poeta, sólo un dios podía acabar con el más grande guerrero aqueo: cf. luego los versos 429 s.—. Se sigue de este modo la versión que ante todo ofrecen Homero, *Il.* XXI 277 s.; Esquilo, fr. 350 Nauck; Sófocles, *Fil.* 334 s.; Eurípides, *Andr.* 1108; Horacio, *Odas* IV 6, 1-8; e Higino, *Fáb.* 107, 1. Y nos apartamos de la leyenda en que intervienen a la vez Apolo y Paris (cf. Homero, *Il.* XIX 416s. y XXII 358-360; la *Etiópida* [según Proclo, pág. 106, lins. 7-9 Allen]; Apolodoro, *Epít.* V 3; Virgilio, *En.* VI 56-58; y Ovidio, *Met.* XII 597-606 y XIII 501), y, desde luego, de la versión en que Paris solo daba muerte a Aquiles (según Eurípides, *Andr.* 655 y *Héc.* 387 s. o Plutarco, *Charlas de sobremesa* IX 13, 2 [*Mor.* 742B] y *Comparación entre Lisandro y Sila* 4, 3).

[175] Quinto parece evocar la célebre leyenda según la cual Aquiles era invulnerable por todo su cuerpo, excepto en el tobillo o talón, de donde le había agarrado Tetis al sumergirlo de niño en la Éstige para otorgarle tal privilegio: cf. Estacio, *Aquileida* I 268-270, primer testimonio de esta historia.

[176] Cf. nota 131.

yó al suelo el excelso cuerpo del Eácida. Paseando su mirada todo alrededor, funestas y violentas[177] amenazas profirió:

«¿Quién me ha arrojado a escondidas esta terrible flecha? ¡Que se atreva a venir frente a mí y al descubierto, para que su negra sangre y todas sus entrañas se derramen alrededor de mi lanza y marche él al nefasto Hades! Bien sé que ninguno de los héroes que sobre la tierra habitan podrá, si cerca se me llega, abatirme con su pica, ni aunque en su pecho tenga un corazón muy intrépido, un corazón extremadamente intrépido, y sea él mismo de bronce. ¡A escondidas siempre acechan los cobardes a los más ilustres[178]! ¡Por eso, que se llegue frente a mí, incluso si se jacta de ser un dios irritado con los dánaos, ya que mi corazón cree que se trata de Apolo envuelto en una nefasta oscuridad! Pues así me lo advirtió antaño mi querida madre: que por obra de las flechas de aquél perecería yo de forma miserable junto a las Puertas Esceas[179]. Y ello no era algo que el viento se había de llevar».

---

[177] En el texto griego hay un corrupto *ákraton* que F. VIAN, a pesar de su conjetura *arētòn* (postulada sólo para su aparato crítico), mantiene entre cruces y aquí adoptamos sin más en la traducción. Es posible que en este verso 67 deba establecerse en realidad una laguna (tal como ya hizo A. KÖCHLY).

[178] Estas palabras implican el desprecio que tradicionalmente había en la poesía épica, pero también en la propia Grecia arcaica, por las armas arrojadizas, propias de cobardes que no se atrevían a pelear cara a cara, sino sólo a atacar de lejos y a traición (cf. *supra* nota 49). En los versos 439-443 será del todo explícito el rechazo de armas como el arco y las flechas, y el elogio, por el contrario, del combate cuerpo a cuerpo.

[179] Esta predicción de Tetis se encuentra ya en HOMERO, *Il.* XXI 275-278; y tal vez se deba a la historia según la cual advirtió aquélla en vano a Aquiles que no matara a Tenes, hijo de Apolo, cuando se hallaba en la isla de Ténedos poco antes del comienzo de la Guerra de Troya, porque entonces acabaría por ser él mismo víctima del dios: cf. APOLODORO, *Epit.* III

Dijo, y con sus inexorables manos extrajo de la herida incurable la nefasta flecha; brotó la sangre al tiempo que se iba él debilitando, y el destino fue abatiendo su corazón. Lleno de ira, arrojó el dardo; de inmediato llegaron las Brisas[180] y hacia arriba se lo llevaron, y se lo entregaron a Apolo cuando partía a la muy divina llanura de Zeus, pues no convenía que se perdiera la flecha imperecedera venida de un inmortal. Tras recibirla, marchó veloz al enorme Olimpo, a la asamblea de los demás inmortales, donde todos ellos en masa se habían reunido para contemplar la batalla de los hombres: unos planeaban conceder la gloria a los troyanos, otros a los dánaos; y así, con pensamientos enfrentados, observaban a los que, por el tumulto, tanto causaban la muerte como sucumbían.

Cuando lo atisbó la prudente compañera de lecho de Zeus, al punto lo recriminó con duras palabras:

«¡Febo! ¿Por qué has cometido esta maldad en este día, olvidándote de aquel matrimonio que los propios inmortales concertamos para Peleo, comparable a un dios? En medio de los invitados al banquete, bien cantabas cómo Peleo tomó por esposa a Tetis, de plateados pies, tras haber abandonado ella el enorme abismo del mar[181]; y al tocar tú la lira, acudían

26. El detalle de que Aquiles caía muerto ante las Puertas Esceas se encuentra, a su vez, en *Il.* XXII 360 y Apolodoro, *Epít.* V 3.

[180] Nueva personificación exclusiva de Quinto, quien, al igual que ocurría con las *Aûrai* en I 684 y los *Aêtai* en II 550, 568, 581 y 585 (cf. notas 91 y 154), introduce ahora a las *Pnoiai* como nueva caracterización de los Vientos (deidades de notables cometidos en esta obra: cf. notas 43 y 155.

[181] Las bodas de Tetis y Peleo son a menudo evocadas por Quinto con tonos y detalles diferentes según sus diversas tradiciones, que en esta obra no llegan a ser incompatibles; aquí, en IV 50-54 y 131-143, y en V 73-79, se evoca el acontecimiento mismo de las nupcias, celebradas felizmente y con participación de todos los dioses, quienes se habían encargado de con-

apretadas muchedumbres, fieras, aves, colinas de profundos riscos y ríos, y se acercaba todo el bosque de espesas sombras[182]. Pero de esto por completo te has olvidado y has cometido una irreparable acción al matar a un divino guerrero, al hijo que, mientras realizabas libaciones de néctar en compañía de los otros inmortales, le prometiste a Peleo que nacería de Tetis. De tu promesa te has olvidado para dar satisfacción al pueblo del poderoso Laomedonte, en cuyas tierras trabajaste como boyero: él, mortal como era, se dedicó a atormentarte a ti, aun cuando eras un inmortal[183]. ¡Y tú, en cambio, con insensato corazón das satisfacción a los troyanos, olvidado de cuantas penalidades sufriste! ¡Desdichado! No saben tus perniciosas entrañas distinguir quién es cruel y digno de padecer sufrimientos y quién es honrado por los inmortales. Pues Aquiles, bien es cierto, fue benévolo con

---

certar previamente el matrimonio (cf. *Il.* XXIV 59-63; Hesíodo, fr. 211 Merkelbach-West; fr. 3 Allen de las *Ciprias* [y el resumen de Proclo en pág. 102, líns. 14s. Allen]; Píndaro, *Pít.* III 89-95, y *Nem.* V 22-26; Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 807 s.; Apolodoro, *Bib.* III 13, 5; Catulo, LXIV 268-306; o Higino, *Fáb.* 92, 1); en cambio, en III 613-626 y en V 338-340 hay quejas de Tetis y de sus hermanas las Nereidas que dan a entender que tal enlace no resultó tan feliz ni deseado; fue concertado en contra de la voluntad de Tetis, y no le trajo sino desgracias: un esposo mortal y un hijo de efímera y desdichada existencia; cf. ya Homero, *Il.* XVIII 84-87 y 432-443.

182 Quinto aplica al dios Apolo, sin más, el mágico talento musical que se le atribuía al célebre Orfeo, capaz de atraer con sus melodías a toda la naturaleza circundante (cf., *infra,* los versos 638-641). La participación de Apolo con su lira en las bodas de Tetis y Peleo está señalada en Homero, *Il.* XXIV 62 s.; en Píndaro, *Nem.* V 23-25; y en Esquilo, fr. 350 Nauck.

183 Según detalla Homero en *Il.* XXI 441-457, durante un año Apolo hubo de cuidar en el monte Ida los rebaños de Laomedonte, rey de Troya, mientras Posidón se dedicaba a construir las indestructibles murallas de la ciudad —en *Il.* VII 452s. ambos dioses colaboran por igual en esta empresa—, todo ello por orden de Zeus y a cambio de un salario que luego aquel perjuro monarca no les pagó (cf. ya nota 15).

nosotros y a nuestro linaje pertenecía. Pero creo que para los troyanos no será más liviano su padecimiento, una vez ha caído muerto el Eácida, porque pronto de Esciros llegará al duro combate su hijo como defensor de los argivos, con un vigor semejante al de su padre, y a muchos enemigos acarreará la desgracia[184]. Lo cierto es que a ti no te importan los troyanos, sino que sentiste envidia de Aquiles por su valía, porque era el mejor de los guerreros[185]. ¡Necio! ¿Cómo vas a mirar ya con tus ojos a la Nereida cuando, entre los inmortales, acuda a las mansiones de Zeus, ella que antes te glorificaba y como a un hijo querido te trataba?».

Tal dijo Hera, llena de dolor, con grandes reproches hacia el hijo del muy poderoso Zeus. Él no le contestó con palabra alguna, pues respetaba a la compañera de lecho de su infatigable padre, y no era capaz de mirarla a la cara con sus ojos, sino que lejos de los dioses, que por siempre existen, se quedó con la cabeza baja. De forma implacable se irritaron con él cuantos inmortales en el Olimpo defendían a los dánaos; por el contrario, cuantos planeaban conceder la gloria a los troyanos, exultantes en su fuero interno, lo glorificaban a escondidas de Hera, pues en su presencia todos los Uránidas la respetaban, indignada como estaba.

---

[184] Se anuncia ya la llegada de Neoptólemo, el hijo de Aquiles que ha de venir (a lo largo de los libros VI y VII) a sustituir a su padre como gran campeón de los griegos. Residía por el momento en la isla de Esciros, una de las Espóradas del Norte, al este de Eubea, en la que había nacido tras haberse unido allí Aquiles a Deidamía, hija del rey Licomedes, en cuya corte Tetis había ocultado a su hijo disfrazado de muchacha, en un vano intento por evitar su marcha a la Guerra de Troya (cf. Apolodoro, *Bib.* III 13, 8).

[185] Ligero recuerdo del antiguo concepto del *phthónos theôn,* la «envidia de los dioses» ante los mortales de cualidades destacadas: cf. Homero, *Il.* XVII 71, y *Od.* IV 181 s. y V 118-120; Píndaro, *Pít.* X 19-21; Heródoto, I 32; Eurípides, *Hip.* 20.

No se olvidó aún de su ardor el Pelida, pues todavía en sus invencibles miembros hervía su oscura sangre con deseos de batallar. Ni siquiera entonces se atrevía ninguno de los troyanos a llegarse cerca de él, herido como estaba, sino que lejos se mantenían, como en la espesura los campesinos quedan estupefactos ante un león, al que hirió un cazador y que, aun con el corazón atravesado por la jabalina, no se olvida de su valor, sino que vuelve su salvaje mirada mientras sus feroces mandíbulas lanzan un espantoso rugido; así entonces la cólera y la fatídica herida excitaban sobremanera el ánimo del Pelida. La flecha del dios lo iba abatiendo, pero aun así se lanzó y saltó sobre los enemigos, blandiendo su poderosa pica. Acabó con el divino Oritaón, noble compañero de Héctor, al alcanzarlo bajo la sien, pues, por mucho que lo hubiera deseado, su casco no detuvo la enorme lanza, sino que al punto ésta lo atravesó y llegó dentro del hueso hasta los nervios del cerebro, con lo que le destrozó su floreciente vida[186]. Abatió a Hipónoo al clavarle la pica bajo la ceja, hasta la raíz del ojo: de sus párpados cayó a tierra el globo ocular, y su alma descendió volando al Hades. Luego traspasó la mandíbula de Alcítoo y le cortó la lengua entera: se desplomó él en la llanura y expiró, en tanto que la punta de la lanza sobresalía por la oreja. A éstos los mató ese divino guerrero cuando contra él de frente se precipitaron, y también quebró la vida de otros muchos que huían, pues en sus entrañas todavía hervía su sangre.

Pero cuando se fueron enfriando sus miembros y se le escapaba la vida, se detuvo apoyado sobre su lanza de fres-

---

186 Quinto emplea el término *kêr*, «corazón» sin más, pero es evidente que aquí ha perdido ya su sentido propio y (sin que haya claros precedentes) designa la «vida», el aliento vital carente de una precisa localización fisiológica.

no; aquéllos, temblorosos, en masa se marcharon volando, y él les lanzó tales amenazas:

«¡Ah, cobardes troyanos y dárdanos[187]! ¡Ni siquiera con mi muerte escaparéis a esta inexorable pica, sino que todos a la vez pagaréis a mis Erinies una horrible aniquilación!».

Así dijo, y ellos, al escucharlo, se echaron a temblar, como en los montes se estremecen los cervatillos ante el rugido de un muy resonante león, cuando con gran cobardía huyen ellos de esa fiera; así entonces los ejércitos de los troyanos, diestros jinetes, y de los aliados extranjeros estaban temblando ante la última amenaza de Aquiles, creyendo que aún estaba él ileso. Mas éste, con su audaz ánimo y sus poderosos miembros domeñados por el peso del destino, se desplomó entre los cadáveres igual a una enorme montaña; al caer el irreprochable Pelida, retumbó por abajo la tierra y un indecible estrépito provocaron sus armas. Ellos aún en sus corazones, al contemplar a su enemigo, sentían un interminable pavor: como cuando ante una sanguinaria fiera, abatida por ciertos hombres, se espantan los rebaños, al verla herida junto al aprisco, y no desean acercarse a su lado, sino que ante su cadáver se horrorizan como si estuviera viva, así los troyanos temían a Aquiles, aun cuando ya no existía.

Pero, aun así, con sus palabras muchos ánimos daba Paris al ejército[188], ya que en su fuero interno sentía gran rego-

[187] Como en Homero (cf. *Il.* III 456 o VII 348, 368...), en Quinto de Esmirna parece haber distinción aún entre los troyanos y sus vecinos, los dárdanos o dardanios: a los primeros los comanda Héctor en *Il.* II 816-818, y a los segundos Eneas, junto con dos hijos de Anténor, Arquéloco y Acamante, en *Il.* II 819-823. No obstante, al final de la obra parecen confundirse en varias ocasiones, como si fueran en realidad una misma comarca, la Dardania y la Tróade: cf. XII 98 y XIV 407 y 650.

[188] Paris va a tener ahora un destacado papel en la terrible lucha que se va a desatar en torno al cadáver de Aquiles. Lo cierto es que la iniciativa

cijo, pues esperaba que, una vez caído el Pelida, los argivos renunciaran al irresistible tumulto, pues era aquél la fuerza de los dánaos:

«¡Amigos, si de verdad estáis bien dispuestos a prestarme ayuda, muramos hoy abatidos por los argivos, o sanos y salvos arrastremos hasta Ilio al fallecido Pelión con los caballos de Héctor[189], que, afligidos por la muerte de mi hermano, al combate me llevan añorando a su soberano! Si con ellos logramos arrastrar al difunto Aquiles, gran gloria proporcionaremos a esos caballos y al propio Héctor, si es que en el Hades queda entre los hombres algo de su mente o de sus normas[190], pues aquél planeó males contra los troyanos. Y las troyanas, muy exultantes en su fuero interno, por la ciudad se colocarán en círculo a su alrededor, como nefastas panteras o leonas enfurecidas por sus crías con un muy afanoso hombre entendido en la fatigosa caza; así las troyanas alrededor del cadáver del exánime Aquiles se precipitarán en masa, con infinito resentimiento, unas enfurecidas por sus padres, otras por sus maridos, otras por sus hijos, y otras

---

de la que aquí hace gala no resulta muy propia de este guerrero más bien cobarde, pero con ella Quinto parece hacer participar de algún modo al otro personaje que, junto con Apolo, tradicionalmente era responsable de la muerte de Aquiles (cf. nota 174).

189 Pretende así Paris que el cuerpo de Aquiles sufra la misma suerte que éste tiempo atrás le reservó al cadáver de Héctor (cf., sobre todo, Homero, *Il.* XXII 396-404).

190 Estas reticencias sobre el destino del hombre tras la muerte resultan en realidad banales, incluso formulares, en la literatura griega: cf. Sófocles, *El.* 356; Isócrates, *Evágoras* 2, *Plateense* 61 y *Eginético* 42; Demóstenes, *Contra Leptines* 87. Explica bien F. Vian (*Quintus de Smyrne...* I, pág. 103, n. 3) el sentido de estas palabras: la duda que Paris proclama es si en los Infiernos aún pueden los difuntos enjuiciar y reconocer los privilegios que la victoria confiere, para que así, con la acción que tiene él planeado realizar, se acreciente de nuevo, ahora entre los muertos, la gloria de su hermano.

por sus muy preciados parientes. Se alegrarán sobre todo mi padre y los ancianos, a cuantos, en contra de sus deseos, la vejez retiene en la villa, si a éste nosotros lo arrastramos hasta la ciudad y lo dejamos como pasto para las aves de alto vuelo».

Así dijo, y con precipitación rodearon el cadáver del Eácida, de violento espíritu, aquellos que antaño lo temían, Glauco, Eneas y Agénor, de poderoso ánimo, y otros expertos en la aniquiladora contienda, ávidos de arrastrarlo hasta la sagrada ciudad de Ilio[191]. Pero Ayante, comparable a los dioses, no se despreocupó de él, sino que rápidamente lo protegió: a todos con su enorme lanza los apartaba del cadáver. Pero ellos no pusieron fin a su clamor, sino que a su alrededor batallaban, precipitándose desde todas partes uno tras otro sin cesar, como abejas de largo aguijón, que en torno a su colmena revolotean incontables para rechazar a un hombre que, sin inquietarse por sus acometidas, arranca los panales cargados de miel, y que entonces se ven atormentadas por las bocanadas de humo que arroja ese hombre, a pesar de lo cual arremeten contra él, mas éste no se preocupa ni siquiera un poco. Así Ayante no se inquietó ante los que con violencia lo atacaban, sino que en primer lugar abatió al

[191] Para relatar la batalla en torno al cadáver de Aquiles, Quinto contaba con el somero resumen que de ella hacía HOMERO en *Od.* XXIV 36-42, y sobre todo, para los motivos típicos y los detalles, con las descripciones que de combates de este tipo se ofrecían en la *Ilíada* (en XVI 532-683 se pelea en defensa del cuerpo de Sarpedón, y en XVII 213-425 la lucha es en torno al cadáver de Patroclo). Los tres destacados guerreros que aquí son mencionados, Glauco (el caudillo licio), Eneas y Agénor (el principal hijo de Anténor y Teano [cf. nota 72], de notable actuación en la *Ilíada,* pero que en esta batalla no va a volver a figurar), parecen estar sacados de la lista de próceres que en *Il.* XVI 530-536 se disponen a defender el cuerpo de Sarpedón; cf. otra lista similar, por motivo diferente, en *Il.* XIV 423-426.

Meónida Agelao, al alcanzarle por encima de la tetilla, y a continuación al divino Téstor; acabó entonces con Ocítoo y Agéstrato, con Aganipo, Zoro, Niso y el perínclito Erimante, que llegó de Licia a las órdenes de Glauco, de gran corazón: habitaba él la escarpada Melanipio, santuario de Atenea, frente al Masícito, cerca del cabo Quelidonio, ante el cual, estupefactos, mucho se estremecen los navegantes en el mar, cuando doblan sus muy escabrosas rocas[192]. Muerto aquél, al ilustre hijo de Hipóloco[193] se le heló la sangre en el corazón, porque era su compañero; rápidamente golpeó él a Ayante en su escudo de muchas pieles de buey[194], pero no penetró hasta su hermosa piel, pues lo protegieron los cueros de los bueyes y, bajo ese escudo, la coraza, que le quedaba ajustada alrededor de sus infatigables miembros. No puso fin Glauco a esa fatídica lucha, ansioso como estaba por abatir al Eácida Ayante[195], y, muy ufano, lo amenazó con ánimo insensato:

«Ayante, puesto que dicen que eres tú muy superior a los demás argivos, y a ti siempre de forma indecible te en-

---

[192] El cabo Quelidonio (esto es, «La Golondrina»), ya evocado por Apolonio de Rodas (fr. 5, 3 Powell) y famoso por sus parajes tempestuosos, servía de frontera entre Licia y Panfilia (cf. Estrabón, XIV 2, 1 y 3, 8), de ahí que a la mencionada ciudad de Melanipio, de cuyo santuario dedicado a Atenea sólo tenemos aquí noticia, se la sitúe tanto en una como en otra región, si bien Quinto la ubica claramente en Licia (cf. Esteban de Bizancio, voz *Melanippion*). El Masícito, en fin, de imprecisa localización, parece ser el macizo montañoso que se extiende al noroeste de esta comarca (cf. Plinio el Viejo, *Historia Natural* V 100).

[193] El hijo de Hipóloco, hijo a su vez del famoso Belerofontes, no es otro que Glauco, quien comandaba en Troya con Sarpedón las tropas de los aliados licios (cf. *Il.* II 876 s.).

[194] En la *Ilíada* es célebre el enorme y peculiar escudo de Ayante, fabricado con siete pieles de buey, a las que recubría una placa de bronce (Homero así lo describe en *Il.* VII 219-223).

[195] Cf. nota 75.

salzan, como al valiente Aquiles, creo que, junto al que ha muerto, vas a morir también tú en este día».

Así dijo, profiriendo vanas palabras, pues no tenía idea de cuánto mejor que él era ese guerrero ante el que manejaba su pica. Mirándolo de arriba abajo, a él se dirigió Ayante, firme contra el enemigo:

«¡Ah, miserable! ¿Es que no sabes cuánto más fuerte que tú era Héctor en la batalla? Pero evitaba mi ímpetu y mi pica, pues además de vigor poseía un ánimo prudente[196]. Sin duda alguna, tu mente se halla sumida en las tinieblas, pues te has atrevido a acudir a la refriega para luchar contra mí, aun cuando soy mucho mejor que tú. Pues no puedes jactarte de ser huésped de mi familia, ni me persuadirás con regalos para apartarme lejos de la batalla, como al poderoso hijo de Tideo[197]. Pero, aunque escapaste al ímpetu de aquél, no te dejaré yo regresar ya con vida de la batalla. ¿Acaso en medio del tumulto tienes confianza en los otros que a tu lado, semejantes a inútiles moscas, se lanzan en torno al cadáver del irreprochable Aquiles? Pues también a ellos, cuando me ataquen, les obsequiaré con la muerte y las tenebrosas Keres[198]».

---

[196] Ayante se acuerda aquí de los diversos enfrentamientos que con él tuvo Héctor (*Il.* VII 206-312, en el duelo concertado por ambos bandos; XIV 402-432, donde Ayante logra tumbar a Héctor con un pedrusco; y XVII 128s., donde éste se bate en retirada ante la imponente llegada de aquél), encuentros en los que nunca hubo un claro vencedor, si bien la superioridad del Telamoníada parecía manifiesta.

[197] Clara alusión al famoso encuentro entre Glauco y Diomedes de *Il.* VI 119-236, donde, en medio del combate, ambos caudillos charlan y reconocen que sus familias están unidas por lazos de hospitalidad, por lo cual intercambian sus armas en señal de amistad: de ahí que hable Ayante de regalos, pues las piezas que Glauco le entregó a Diomedes incluso eran de oro.

[198] En sus palabras finales juega Ayante, sin duda, con los «regalos» que Glauco le entregó a Diomedes y que supuestamente le sirvieron para

Tras hablar así, se volvió contra los troyanos, como un león entre perros cazadores por los enormes valles y el bosque. De inmediato abatió a muchos, tanto troyanos como licios, ávidos de ganar gloria. Temblaron de miedo esas tropas, como los peces en el ponto, cuando se acerca un dañino cetáceo o un gran delfín criado en el mar; así temían los troyanos la violencia del Telamoníada, que por el tumulto sin cesar se precipitaba. Pero aun así peleaban, y en torno al cadáver de Aquiles, a uno y otro lado, sucumbían en el polvo a millares, como jabalíes en torno a un león: a su alrededor un aniquilador combate se había suscitado. Entonces abatió Ayante, de poderoso ánimo, al valiente hijo de Hipóloco. Éste cayó boca arriba, cerca de Aquiles, como en los montes un arbusto alrededor de una sólida encina; así, abatido por su lanza, cayó herido de muerte al lado del Pelión[199]. En torno a él mucho hubo de esforzarse con sus compañeros, caros a Ares, el fornido hijo de Anquises[200], que arrastró a aquél hacia los troyanos y se lo entregó a sus compañeros, muy afligidos en su corazón, para que lo llevaran a la sagrada ciudad de Ilio. Él siguió luchando en torno a Aquiles, pero entonces el belicoso Ayante le alcanzó con su lanza en-

salvar la vida, y estos letales «obsequios» (de naturaleza y efectos bien contrarios) que él, por su parte, va a hacerles a sus enemigos.

[199] La muerte de Glauco a manos de Ayante, acontecimiento que tenía lugar en esta batalla en torno al cadáver de Aquiles, debía de ser relatada ya por la *Etiópida,* si bien Proclo omite tal suceso en su resumen y es Apolodoro *(Epít.* V 4) quien sí nos transmite el dato (Higino afirma sin más [en *Fáb.* 113, 2] que quien mató a Glauco fue Agamenón). Es de notar que Quinto apenas puede recrearse en la derrota de este caudillo, pues se halla en medio de la descripción de un episodio mucho más amplio e importante.

[200] El hijo de Anquises, como es sabido, no es otro que Eneas, fruto de los amores entre este apuesto príncipe troyano y la propia diosa Afrodita (su genealogía la expone él mismo en *Il.* XX 208-240, y la famosa unión de sus padres se encuentra narrada a lo largo del *Himno Homérico* V).

cima del músculo de su brazo derecho; con precipitación se lanzó fuera de la devastadora batalla y marchó aprisa dentro de la ciudad; en torno a él se afanaron avezados médicos, que le restañaron la sangre de la herida y prepararon toda clase de remedios que alivian los crueles dolores de las lesiones.

Ayante combatía sin descanso, igual a los relámpagos, causando la muerte a uno y otro lado, porque gran pesar sentía en su corazón, largo tiempo afligido por haber sido abatido su primo. Cerca combatía contra los enemigos el irreprochable hijo del valiente Laertes[201], y mucho lo temían las tropas. Mató al veloz Pisandro y al hijo de Ménalo, Areyo, que habitaba el perínclito suelo de Abido[202]. Sobre su cuerpo derribó al divino Atimnio, al que antaño para el fuerte Ematión dio a luz la Ninfa Pegáside, de hermosos cabellos, junto a la corriente del río Granico[203]. A su lado hirió de muerte al hijo de Proteo, Oresbio, que a los pies de los repliegues del esbelto Ida habitaba, y su madre, la perínclita Panacea, no pudo recibirlo de regreso a casa, sino que fue abatido a manos de Odiseo, que también quebró la vida de otros muchos con su ansiosa lanza, pues mataba a todo aquél que alrededor del cadáver encontraba. Pero Alcón, el hijo de Megacles, ágil en el combate, le golpeó con su pica junto a la rodilla derecha, y alrededor de la brillante greba brotó la oscura sangre. Mas no se inquietó él por la lesión,

---

[201] El hijo de Laertes es, por supuesto, Odiseo, el astuto rey que, procedente de Ítaca, conducía en Troya el contingente de los cefalenios: cf. *Il.* II 631-637.

[202] Cf. nota 48.

[203] El Granico es otro río de la Tróade, mencionado por HOMERO sólo en *Il.* XII 21. Nada sabemos de esta Pegáside, quien, por su nombre, derivado del griego *pēgḗ,* bien podría ser una Ninfa de las fuentes.

sino que de inmediato causó la ruina del que lo hirió, porque a éste, deseoso de batallar, lo hirió con su lanza a través del escudo, y con la gran violencia y fuerza de su mano lo arrojó a tierra boca arriba. A su alrededor produjeron gran estruendo las armas, cuando cayó herido de muerte en el polvo, y sobre sus miembros la coraza quedó bañada en rojizo crúor. Él extrajo la nefasta pica de su cuerpo y del escudo; a la punta siguió fuera de sus miembros el aliento, y lo abandonó así la vida inmortal[204]. Contra sus compañeros se lanzó Odiseo, a pesar de estar herido, y no renunció a la horrísona refriega. Así también los demás dánaos, todos juntos en tropel, luchaban animosamente en torno al gran Aquiles, y a sus manos un nutrido ejército fue con rapidez masacrado por sus bien pulidas lanzas de fresno. Como los vientos esparcen por la tierra las ligeras hojas, cuando con violencia se desencadenan sobre los bosques selvosos, al comenzar el año, una vez termina el otoño; así alcanzaban a aquéllos con sus picas los dánaos, firmes en la batalla. Pues todos tenían puesta su atención en el fallecido Aquiles, y de un modo especial el valiente Ayante; por ello entre los troyanos causaba él del todo continuos estragos, semejante al funesto Destino.

Contra él tensó su arco Paris, pero aquél se dio cuenta, y al punto le arrojó un pedrusco sobre la cabeza; la dañina piedra aplastó su casco de doble cimera, y se adueñó de él la noche. Se desplomó en el polvo, y de nada le sirvieron sus flechas, a pesar de sus deseos, pues en el polvo estaban es-

[204] Se introduce aquí la concepción del *ámbrotos aiṓn,* estrechamente relacionada con la doctrina estoica del «alma cósmica», en la que, según las creencias difundidas por Crisipo, acababan por disolverse, tras la muerte de sus respectivos cuerpos, la mayor parte de las almas: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XVIII y F. A. García Romero, «El Nuevo Testamento y los *Posthomerica...*», pág. 105, n. 13.

parcidas cada una por un sitio, y a su lado quedaba tendida la aljaba vacía; de sus manos escapó además el arco. Sus amigos lo cogieron y con los caballos de Héctor se lo llevaron a la ciudad troyana, mientras él ya a duras penas respiraba y lanzaba lastimeros gemidos[205]; y no dejaron lejos las armas de su soberano, sino que también las trajeron de la llanura para llevárselas a su rey. Con el corazón indignado, Ayante le gritó a gran distancia:

«¡Ah, perro! ¡Cómo has evitado hoy el oneroso poder de la muerte! Pero pronto te va a llegar el día postrero, a manos de alguno de los argivos o a las mías propias. Mas ahora otros asuntos ocupan mi ánimo: cómo rescataré de la cruel matanza el cadáver de Aquiles para entregárselo a los dánaos».

Tras hablar así, continuó arrojando a las malignas Keres sobre los enemigos, que alrededor del cadáver del Pelión aún combatían.

Ellos, cuando vieron a tantos expirar bajo sus fuertes manos, se estremecieron y ya no permanecieron allí, semejantes a cobardes buitres, a los que asusta un águila, la más notable de las aves, cuando en los montes despedazan los rebaños exterminados por los lobos; así los dispersó por uno y otro lado el audaz Ayante con sus veloces pedruscos, su espada y su propio ímpetu. Ellos, muy temblorosos, en masa escaparon de la batalla, semejantes a estorninos, a los que un halcón acomete y masacra, y que, apiñados unos sobre otros, en tropel salen entonces volando para evitar una gran calamidad; de forma tan lamentable huían ellos de la batalla

[205] Gran ironía la de este pasaje: según manifestó en su exhortación inicial, Paris pretendía arrastrar con los caballos de Héctor el cadáver de Aquiles, que tenía intención de trasladar hasta Troya, pero ahora es él mismo quien, medio muerto, entra en la ciudad llevado por esos corceles.

hacia la ciudad de Príamo, revestidos de la infame huida[206], temerosos ante el clamor del gran Ayante, que los perseguía con las manos salpicadas de sangre humana. Y entonces a todos ellos, lanzados a la carrera, los habría aniquilado, si por las puertas abiertas no hubieran irrumpido en la ciudad, recobrando a duras penas el aliento, puesto que el miedo invadía su corazón. Tras encerrar a éstos en esa villa, como el pastor a sus abigarrados rebaños, marchó a la llanura, y no tocaba el suelo con sus pies, ya que andaba sobre las armas, la sangre y los muertos, pues yacía sobre una tierra infinita, desde la ciudad de amplio territorio hasta el Helesponto, una amplia multitud de hombres muertos, a cuantos alcanzó el Destino decretado por una divinidad. Como cuando la mies seca, al hallarse espesa, cae a los pies de los segadores, y allí mismo yacen muchas gavillas cargadas de espigas, y, al contemplarlo, ante este trabajo se regocija el ánimo del hombre que posee esa magnífica tierra; así ellos, en uno y otro bando, abatidos por una nefasta ruina, yacían boca abajo olvidados de la contienda de muchos llantos. Sin embargo, los más valientes hijos de los aqueos decidieron no despojar a los troyanos derribados entre el polvo y la sangre, hasta que no hubieran entregado a la pira al hijo de Peleo, que era su recurso en las batallas, cuando con su gran vigor furioso se lanzaba.

Por ello los reyes lo sacaron de la batalla[207] y a su alrededor iban portando su inmenso cadáver. Una vez que lo

[206] La imagen resulta aquí un tanto atrevida, frente a otros ejemplos anteriores en que una expresión semejante se empleaba, de forma más natural, con intención laudatoria (cf. I 19 y 221 o II 523).

[207] Quinto no precisa quiénes son esos *basilêes* que se encargan de sacar el cadáver de Aquiles del campo de batalla: tal vez sean los Atridas, soberanos de los aqueos, o simplemente varios caudillos griegos que quedan sin determinar. No se aclara, desde luego, con vistas al posterior «Jui-

trajeron y lo depositaron en las tiendas delante de las rápidas naves, y en torno a él, en medio de grandes lamentos, todos se congregaron, con el corazón afligido (pues era él la fuerza de los aqueos), entonces en las tiendas, olvidado de las picas, yacía a orillas del Helesponto de sordo retumbo. Como cayó el arrogante Ticio, cuando a Leto, al llegar a Pito, trató de forzarla, pues a él, aun siendo invencible, Apolo, encolerizado, rápidamente lo abatió con sus veloces dardos, y en medio de un espantoso charco de sangre yacía, ocupando muchos pletros sobre la tierra de anchas llanuras, su madre, que gimió al caer su hijo, aborrecido por los bienaventurados, en tanto que sonrió la augusta Leto[208]; tal cayó

---

cio de las Armas», que los encargados de esta tarea sean Ayante y Odiseo, a pesar de que luego este último, en VII 208-211, afirme que se ocupó él en persona de cargar con el cuerpo de Aquiles hasta las naves. Tal versión (cf. también Sófocles, *Fil.* 373) invertiría en apariencia los papeles que a estos dos héroes tradicionalmente se les atribuían: tanto en la *Etiópida* (según Proclo, pág. 106, líns. 9-11 Allen) como en la *Pequeña Ilíada* (fr. 2 Allen) era Ayante quien acarreaba el cuerpo de Aquiles, mientras Odiseo le cubría la retirada. Lo cierto es que Quinto de Esmirna se ha cuidado de darles a estos dos personajes una intervención mucho más notable: especialmente Ayante deja de ser un simple portador y tiene en esta batalla una destacada actuación, pues es él quien se enfrenta a los más insignes troyanos y los mata o deja fuera de combate y quien consigue poner en fuga a todo el ejército enemigo; frente a ello, la actuación de Odiseo (cf. *Od.* V 309 s.), resulta mucho más modesta, pues sólo lucha contra meras comparsas e incluso acaba herido.

[208] El enorme Ticio trató de violar a la diosa Leto en su viaje a Delfos, pero ésta llamó a gritos a sus hijos e inmediatamente acudieron Apolo y Ártemis (o, como en este caso, sólo Apolo), que lo abatieron a flechazos, tras lo que en el Hades fue condenado a un ejemplar suplicio: tirado en el suelo, unos buitres le devoraban sin descanso el corazón o el hígado (cf. *Od.* XI 576-581, pasaje del que Quinto es sin duda deudor, aunque sin ser tan preciso con respecto a la talla de Ticio, del que Homero señala que ocupaba en concreto nueve pletros —con lo que su tamaño era realmente colosal, dado que el pletro equivale a cien pies griegos—; Apolodoro, *Bib.* I 4, 1; Virgilio, *En.* VI 595-600; Higino, *Fáb.* 55; Pausanias, X 11,

entonces el Eácida sobre suelo enemigo, reportando alegría a los troyanos y un duelo incesante a los aqueos. [***] mientras lloraban las tropas, bramaban alrededor los abismos del ponto[209]. Al punto a todos se les partió el corazón en sus adentros, pues no esperaban ya sino perecer en el combate a manos de los troyanos. Al recordar ellos entonces junto a las naves a sus queridos padres, a los que dejaron en sus mansiones, y a sus esposas recién casadas, que entre lágrimas se consumían en sus lechos vacíos con sus hijos pequeños, aguardando a sus queridos maridos, aún más se lamentaban; el deseo de llorar invadió su corazón, y sin cesar sollozaban sobre las profundas arenas, tendidos boca abajo cerca del gran Pelión, mientras de la cabeza se arrancaban de raíz los cabellos; tirados en el suelo, de arena ensuciaron sobremanera su cabeza. Como se alza el plañido de los mortales acorralados en la muralla tras la lucha, cuando los enemigos, llenos de ardor, incendian su gran ciudad, aniquilan en masa a sus gentes y por todas partes saquean sus riquezas[210]; tal se alzaba también junto a las naves el clamor

1, etc.). Tal gigante había sido engendrado por Zeus de una mortal, Élara, a quien éste, por temor a su esposa Hera, hubo de ocultar bajo tierra, de la que posteriormente nació Ticio, por lo que se la consideraba su auténtica madre, cuyo gran retumbo al caer él muerto es aquí interpretado como un lastimero gemido por su difunto hijo.

[209] Se ha pensado que el verso 401 no se encuentra en su lugar, al no tener relación clara con el contenido precedente. Es preferible, como hemos marcado (siguiendo la edición de F. Vian), establecer una laguna entre este verso y el anterior, donde se habrían perdido unos cuantos que explicarían además el también sorprendente *autíka* del verso 402, teniendo en cuenta que la muerte de Aquiles ya hace rato que los griegos la conocen, resulta extraño que «de repente» se vean invadidos por la tristeza.

[210] Se entiende que estos invasores se dedican a devastar y saquear aún la parte baja de la ciudad, no la ciudadela, dentro de cuyas murallas se habrían refugiado esos «mortales acorralados» supervivientes.

de los aqueos, porque el defensor de los dánaos, el hijo del Eácida, todo lo grande que era, yacía junto a las naves por obra de dardos fabricados por dioses, cual Ares, cuando la temible diosa, la de poderoso padre, lo derribó en la llanura de los troyanos con una muy abrumadora piedra[211].

Los mirmídones sin descanso se lamentaban por Aquiles, rodeando el cadáver de su irreprochable soberano, hombre benévolo que antes era compañero de todos por igual, pues no era arrogante con sus guerreros, ni malintencionado, sino que se distinguía en todo por su sensatez y su fuerza.

Sobre todo Ayante lanzaba a gritos sus grandes lamentos, añorando a la vez al querido hijo de su tío paterno, herido de muerte por obra de los dioses. ¡No era posible que lo hubiera herido ninguno de cuantos mortales habitan sobre la tierra de anchas llanuras! Con el corazón entonces entristecido, por él lloraba el ilustre Ayante, unas veces recorriendo las tiendas del abatido Peléyada[212], y otras tendido todo a lo largo por las arenas del mar; con tales palabras lo lloraba:

«¡Aquiles, egregio baluarte de los argivos de gran vigor! Has muerto en Troya lejos de Ftía, de anchas llanuras, herido de muerte por una nefasta flecha disparada desde algún lugar imprevisto, una de ésas que en el tumulto arrojan los

---

[211] En *Il.* XXI 391-415, dentro de la *theomachía* desatada entre los dioses Olímpicos, Atenea —designada en este pasaje con el calificativo homérico de *obrimopátrē* (cf. *Il.* V 747 u *Od.* I 101), esto es, «la de poderoso padre», en referencia a Zeus— se enfrentaba a Ares y lo tumbaba con una gran piedra.

[212] Es ésta (*Pēlēïádēs* en el griego original) la otra forma que habitualmente emplean los poetas épicos para referirse a Aquiles como «hijo de Peleo». Aparece ya en *Il.* I 1, pero Quinto la emplea escasas veces en su obra.

guerreros cobardes[213]. Pues nadie que tenga suficiente confianza para manejar su gran escudo, o para colocar con habilidad el yelmo sobre sus sienes, con vistas a Ares, y para blandir en sus manos la lanza y partir en dos el bronce que ciñe el pecho de los enemigos, guerrea atacando a distancia[214] con sus flechas. ¡Si de frente se te hubiera llegado entonces aquél que te alcanzó, no hubiera escapado sin heridas al ímpetu de tu pica! Pero Zeus tal vez planeó llevar a cabo todo esto y, en medio de nuestras fatigas, vuelve inútiles nuestras hazañas, pues tal vez a los troyanos les va a conceder ya la victoria sobre los argivos, una vez les ha arrebatado a los aqueos tamaño baluarte.¡Ay! ¡Qué inmenso dolor habrá de soportar con enojo en sus mansiones el anciano Peleo, quien se enfrenta ya a una incómoda vejez! La noticia misma le arrancará tal vez el aliento: ¡tanto mejor para él, si así olvida de inmediato esta desgracia! Pero si no le hace perecer la funesta nueva acerca de su hijo, ¡ah, desdichado!, en medio de crueles dolores atormentará su vejez, entre penas consumiendo de continuo su vida, junto al fuego del hogar, aquel Peleo que en exceso era querido por los bienaventurados (pero los dioses no todo se lo otorgan a los infelices mortales)».

Presa de la indignación, así lloraba él al Pelión. El anciano Fénix, a su vez, de forma indecible se quejaba, abrazado al excelso cuerpo del Eácida de audaz espíritu, y, con su prudente corazón muy afligido, estos gritos lanzó entre lágrimas:

---

[213] Cf. nota 178.

[214] Como señala F. VIAN *(Quintus de Smyrne...* I, pág. 112, n. 2), la expresión *apáneuthen epessýmenos* resulta un oxímoron irónico: el cobarde arquero guarda las distancias para acometer al enemigo, cuando lo debería hacer llegándose cerca de él.

«¡Te me has muerto, niño querido, y una aflicción por siempre inevitable me has dejado! ¡Ojalá un túmulo de tierra me hubiera cubierto, antes de ver tu inexorable destino! Pues a mí nunca me penetró en las entrañas ninguna otra tristeza peor, ni siquiera cuando abandoné mi patria y a mis amables padres, y huí a través de la Hélade hasta el reino de Peleo, que me acogió y me entregó regalos, me convirtió en soberano de los dólopes[215], y a ti, el día en que te portó entre sus brazos en torno a su morada[216], te dejó en mi regazo y, pequeño como eras, me encargó cuidarte con cariño, como si fueras mi propio hijo; yo le obedecí; y tú en mi pecho, rebosante de alegría, a menudo me llamabas «papá» con palabras aún confusas en tus labios, o, por tus caprichos de niño, empapabas de lágrimas mi seno y mi túnica; con mucho regocijo te sujetaba yo entre mis manos, porque, en verdad, albergaba mi corazón la esperanza de criar al protector de mi vida y al báculo de mi vejez[217]. Poco tiempo duraron todas estas esperanzas mías: ahora invisible te has marchado bajo las tinieblas; mi corazón de forma lamentable se aflige, porque, en verdad, un horrible dolor me atormenta. ¡Ojalá

---

[215] Según *Il.* IX 447-484, Fénix, hijo de Amíntor, se había unido, a ruegos de su celosa madre, con la concubina de su padre, por lo que, enterado de ello, éste lo despreció y lo maldijo; en consecuencia, hubo de escapar de su patria, y llegó así a la corte de Peleo, quien lo acogió en hospitalidad, trabó con él gran amistad y lo hizo rey de los dólopes, pueblo tesalio sobre el cual gobernaba Peleo en su reino de Ftía.

[216] Breve alusión al ritual que tenía lugar en los *amphidrómia,* la fiesta familiar que celebraba a los cinco días el nacimiento de un hijo, y en la que el recién nacido recibía además su nombre.

[217] Fénix fue el ayo de Aquiles (los entrañables momentos que aquí recuerda son ya evocados de forma similar en *Il.* IX 485-495), si bien en otras leyendas, difíciles de compatibilizar con esta crianza, su educador (así se apunta igualmente en *Il.* XI 831) no fue otro que el centauro Quirón (cf., *supra,* nota 85).

acabe éste conmigo en medio de tanto duelo, antes de que se entere de lo ocurrido el irreprochable Peleo, quien creo que sin descanso se quejará, cuando llegue a él la noticia! Pues la pena por ti más lamentable será la nuestra, la de tu padre y la mía, y ambos, muy afligidos por tu muerte, pronto descenderemos con precipitación bajo tierra por encima del irresistible Destino que haya decretado Zeus. ¡Mucho mejor será ello que vivir lejos de nuestro defensor!».

Habló el anciano, mientras sin descanso en su fuero interno acrecentaba su dolor. A su lado, lloraba a aquél el Atrida[218] derramando lágrimas, y, con el corazón muy inflamado en sus adentros, sollozó por la congoja:

«¡Has muerto, Pelida, el mejor con mucho de todos los dánaos, has muerto y dejaste sin baluarte al vasto ejército de los aqueos! Ahora que tú has desaparecido, resultaremos más accesibles a los enemigos. Tú, al haber caído, proporcionaste gran alegría a los troyanos, que antes huían de ti, como del león los abigarrados rebaños, y ahora, en cambio, lucharán ansiosos junto a las veloces naves. ¡Padre Zeus! Sin duda también tú seduces a los mortales con engañosas palabras, tú que me aseguraste que saquearía la ciudad del soberano Príamo, pero ahora no cumples lo que prometiste, sino que sobremanera has confundido a mi corazón, pues no creo que hallemos término de esta guerra, una vez ha perecido Aquiles».

Así dijo, con el ánimo afligido en su interior; a su alrededor, las tropas sollozaban de corazón por el audaz Pelión;

---

[218] Evidentemente, Agamenón, cuyo planto se recoge aquí, sin duda, no por el especial afecto que, como Ayante o Fénix, este personaje le tuviera a Aquiles (antes bien, cf. *Il.* I 173-181), sino por su posición de jefe supremo de los ejércitos griegos, que mucho ha de lamentar la desaparición de su mejor guerrero.

resonaban las naves en respuesta a sus lloros, y un indecible clamor se elevó a través del incorruptible éter. Como cuando enormes olas se elevan por la violencia de un fuerte viento y desde el ponto se precipitan de forma espantosa contra las orillas, y por todas partes, al romper de continuo contra ellas el mar, las costas, al igual que los escollos, braman sin fin; tal se elevaba en torno al cadáver el terrible lamento de los dánaos, que sin cesar lloraban al intrépido Pelión.

Y entre lágrimas tal vez les habría llegado la oscura noche, si al Atrida no se hubiera dirigido el hijo de Neleo, Néstor, que innumerables penas albergaba en su fuero interno, pues recordaba entonces a su hijo, el bienintencionado Antíloco:

«Portador del cetro de los argivos, muy poderoso Agamenón, de inmediato pongamos ahora fin a este horrísono duelo, al menos por hoy, pues en adelante ya nadie impedirá a los aqueos saciarse sobremanera de llanto, entregados durante muchos días a ese duelo. Pero, ¡ea!, lavemos la terrible sangre del intrépido Eácida y coloquémoslo en su lecho, pues no conviene mancillar a los muertos por dejarlos largo tiempo sin atender».

Ello así lo aconsejó el muy sagaz hijo de Neleo. Por su parte, aquél[219] apremió a sus compañeros y les ordenó que de inmediato pusieran al fuego unos calderos de agua fría para calentarla, y que lavaran el cadáver y lo vistieran con hermosos ropajes, los que, teñidos con la púrpura del mar, su madre le había entregado a su querido hijo cuando partió hacia Troya. Rápidamente obedecieron ellos a su soberano: con esmero en todo se afanaron ordenadamente, tras lo cual

[219] Agamenón, sin duda alguna. El cambio de sujeto es claro en el texto griego original, y además, la tarea de dar órdenes resulta más propia del Atrida que de Néstor.

colocaron en medio de las tiendas al fallecido Pelión[220]. Al contemplarlo, se compadeció la muy sagaz Tritogenía: destiló sobre su cabeza ambrosía, que dicen que largo tiempo mantiene fresca la piel de quienes por la ruina han ido abatidos[221]; lo dejó cubierto de rocío y parecía estar respirando; procuró al cadáver un temible sobrecejo, como el que sobre su rostro espantoso se mostraba cuando se encolerizó por la muerte en combate de su compañero Patroclo[222]; y a la vista dejó así su cuerpo más fornido y más vigoroso. De los argivos se adueñó el estupor cuando en tropel observaron al Pelida, en todo igual a un hombre vivo, que, tendido todo a lo largo sobre el lecho, parecía sobremanera estar durmiendo.

En torno a él las infelices cautivas, las doncellas que antaño capturó al tomar la muy divina Lesbos y la escarpada ciudadela de los cilicios, la Tebas de Eetión[223], de pie colo-

---

220 A partir de este momento, para la narración de los funerales de Aquiles, Quinto se puede inspirar ya en los someros detalles ofrecidos por Homero a lo largo de *Od.* XXIV 43-92; de hecho, podemos señalar ya que el lavado del cadáver se menciona en los versos 44 s., y los ropajes de origen divino en 59 y 67. Pero Quinto recurre también, inevitablemente, a los motivos incluidos en los funerales de Patroclo, descritos con tanto detenimiento en el canto XXIII de la *Ilíada* (así, en 154-160 hay una intervención de Néstor muy similar a la que aquí acaba de tener lugar).

221 En *Od.* XXIV 45, el cuerpo de Aquiles es sólo untado de *áleiphar,* aceite o ungüento, sin intervención divina alguna. El detalle de la ambrosía destilada por un dios (Zeus lo hará aquí de nuevo en 696-698) está tomado de *Il.* XVI 670 y 680 (Apolo unge con ambrosía el cadáver de Sarpedón), XIX 38s. (Tetis la derrama sobre Patroclo) y XXIII 185-187 (Afrodita unge de aceite divino el lacerado cuerpo de Héctor).

222 En *Il.* XIX 15-17 se describe esta terrible mirada del encolerizado Aquiles.

223 La conquista de Lesbos por Aquiles es insinuada por Homero en *Il.* IX 129, 271 y 664, y por el propio Quinto de Esmirna en IV 277, con lo que resulta inaceptable (cf. F. Vian, *Recherches...*, pág. 112) la lectura de los códices, que en el verso 545 presentan a Lemnos como la isla conquistada por Aquiles, cuando no contamos con ningún testimonio sobre ello; la

cadas, gemían arañándose su hermosa piel y, con el pecho golpeado por ambas manos, se lamentaban de corazón por el bienintencionado Pelión, pues a ellas las honraba, a pesar de haber pertenecido al enemigo[224]. En medio de todas éstas, con su corazón asombrosamente afectado en su interior, Briseida, la compañera de lecho de Aquiles, hábil guerrero, daba vueltas en torno al cadáver y gritaba desgarrándose con ambas manos su hermosa piel; y de su delicado pecho, al herirse, brotaron sanguinolentos hinchazones: dirías que roja sangre se vertía sobre la leche. Pero, incluso dolorosamente afligida, su esplendor brillaba de forma encantadora, y la gracia envolvía su figura. Entregada a este lamentable duelo, tales palabras dijo:

«¡Ay de mí, que entre todos padezco en demasía horribles sufrimientos! Pues ninguna otra tristeza tan grande me sobrevino, ni por mis hermanos ni por mi patria de amplio territorio, como por tu muerte: porque eras tú para mí el sagrado día, la luz del sol y la dulce vida, la esperanza de una buena ventura y el inefable amparo ante la desdicha; fuiste mucho más querido que cualquier esplendor[225] y que mis padres, pues tú solo eras todo para mí, aun siendo tu esclava, y me hiciste tu esposa, apartándome de serviles tareas. Ahora, en cambio, algún otro de los aqueos me llevará en sus naves a Esparta, de fértiles glebas, o a la muy sedienta

toma de la ciudad de los cilicios, que nada tienen que ver con los que en época histórica habitaban al sudeste de Asia Menor, Tebas Hipoplacia —es decir, la Tebas «Al pie del (monte) Placo» (cf. *Il.* VI 396 s.): resulta sorprendente para ella, pues, ese calificativo de *aipý*, «escarpada»—, es recordada en *Il.* I 366 s., II 691 y VI 414-424 (cf. nota 19).

[224] En *Il.* XVIII 28-31 ya aparecen las sirvientas de Aquiles en una escena de duelo, en este caso, por la muerte de Patroclo.

[225] El término *aglaḯē* tiene aquí un sentido muy vago, que luego queda precisado en IX 91.

Argos; y yo, convertida en una sirvienta más, habré de soportar funestas desdichas, separada de ti, desafortunada como soy. ¡Ojalá un túmulo de tierra me hubiera ocultado antes de ver tu destino![226]».

Así lloraba ella al difunto Pelión en compañía de las infelices esclavas y de los afligidos aqueos, gimiendo por su soberano y su marido; nunca se secaban sus dolientes lágrimas, sino que hasta el suelo se deslizaban éstas desde sus párpados, como negra agua desde el manantial de una peña, por encima de la cual se extienden sobre un áspero suelo abundante hielo y nieve, y alrededor se derrite la escarcha por efecto a la vez del Euro[227] y de los rayos del sol.

Y entonces oyeron alzarse su duelo las hijas de Nereo, cuantas ocupan el gran abismo; sobre el corazón de todas cayó una dolorosa pena: con angustia se lamentaron, y retumbó así el Helesponto. Con el cuerpo cubierto por oscuros peplos, se lanzaron a la carrera hacia donde se hallaba la flota de los aqueos, todas en masa a través del oleaje blanquecino, y a su paso el mar alrededor se retiraba; con alboroto se desplazaban ellas, parecidas a ligeras grullas que una gran tempestad presienten; en respuesta a sus lloros, emitieron alrededor los cetáceos gemidos lastimeros. Al punto llegaron al lugar adonde marchaban, profiriendo asombrosos quejidos por el hijo de violento espíritu de su hermana. Con rapidez abandonaron también las Musas el Helicón[228] y, al-

---

[226] Briseida llora también al difunto Aquiles en Propercio (II 9, 9-14) y en Tzetzes (*Posth.* 447 s.), pero, para los motivos y detalles, Quinto recurre a la patética despedida de Héctor y Andrómaca (*Il.* VI 392-496) y al planto de la propia Briseida ante el cuerpo de Patroclo (*Il.* XIX 282-300).

[227] El Euro es tradicionalmente el Viento del Este, pero Hesíodo no lo incluye en su lista de Vientos de *Teog.* 378-380 (donde están los hijos de Astreo y Eos, es decir, Zéfiro, Bóreas y Noto: cf. nota 154).

[228] Monte de Beocia donde residían las Musas: cf. Hesíodo, *Teog.* 1 s. y 22-34.

bergando en su pecho una incesante pena, se presentaron allí para rendir homenaje a la Nereida de ojos vivos[229]. Zeus les infundió a los argivos una audacia grande e intrépida, para que no temiesen a este noble grupo de diosas cuando claramente las contemplaran en medio del campamento[230]. Ellas se lamentaban en torno al cadáver de Aquiles, todas por igual, a pesar de ser inmortales; retumbaban las costas del Helesponto, la tierra toda se bañaba en sus lágrimas alrededor del cadáver del Eácida; grandes lamentos alzaban las tropas[231], y en torno a aquél, con las lágrimas de esas llorosas tropas, se empapaban todas las armas, las tiendas y las naves, porque se acrecentaba su gran dolor.

Su madre, abrazada a él, besó la boca del Pelión, su hijo, y tales palabras pronunció, mientras derramaba lágrimas:

«¡Puede en el cielo regocijarse la Erigenía, de rosado peplo! ¡Puede en su fuero interno regocijarse, deponiendo ya su cólera por Asteropeo, el Axio de ancha corriente, y también el linaje de Príamo![232] Mas yo marcharé al Olimpo y a los pies del inmortal Zeus me echaré, en medio de gran-

[229] Las Nereidas y las Musas asistían tradicionalmente a los funerales de Aquiles: cf. Homero, *Od.* XXIV 47-62; el resumen de la *Etiópida* que hace Proclo, pág. 106, líns. 12 s. Allen; Píndaro, *Ístm.* VIII 57 s.; Tzetzes, *Posth.* 435 s. y 452-460.

[230] En Homero *(Od.* XXIV 49-57) y en Tzetzes *(Posth.* 454-458), por el contrario, es simplemente Néstor quien con sus palabras calma entonces a los aqueos.

[231] *Laoí* es aquí mera conjetura de F. Vian, quien corrige así el *pénthos* de los códices, que dejaría al verbo de la frase sin un sujeto explícito (cf. *Quintus de Smyrne...* I, pág. 119, n. 2).

[232] Es decir, pueden regocijarse con la muerte de Aquiles los familiares de sus víctimas, como la Erigenía o Eos, la madre de Memnón, la última gran víctima de Aquiles; el Axio, río de Macedonia, abuelo de Asteropeo, caudillo peonio muerto por el Pelida *(Il.* XXI 139-204), y en general, la familia de Príamo, que a tantos miembros ha visto ya perecer a sus manos.

des lamentos, porque permitió, en contra de mis deseos, que fuera sometida por un hombre, un hombre del que pronto se ha adueñado la inexorable vejez, con lo que cerca de él se hallan las Keres, que traen consigo ese final que la muerte supone. Pero a mí no me preocupa aquél tanto como Aquiles, del que Zeus me aseguró que haría un valiente en las moradas del Eácida, ya que no me era grata su cama: antes bien, me volvía yo unas veces viento impetuoso, otras agua, otras igual a un ave, o a una llamarada de fuego; no era capaz mi esposo mortal de someterme al lecho, pues me convertía yo en todo cuanto en su interior encierran la tierra y el cielo, hasta que el Olímpico me aseguró que haría de mi hijo un hombre asombrosamente divino y belicoso[233]. Ello quizás lo cumplió con exactitud, pues era él el mejor de los guerreros; pero le dotó de una muerte temprana y a mí me engañó. Por eso iré al cielo: iré a las mansiones de Zeus y por mi hijo querido me quejaré, y cuánto antaño hube de esforzarme por aquél y por sus hijos de forma horrible atormentados[234] se lo recordaré entristecida, para así conmover su ánimo».

---

[233] Según la versión en que a Tetis se le impuso su matrimonio con Peleo (cf. nota 181), trató ésta en vano de escapar a su pretendiente recurriendo a su capacidad para metamorfosearse, propia de las deidades marinas, como es el caso de Proteo, cuyas transformaciones de *Od.* IV 417 s. y 455-458 aquí se imitan. Esta leyenda no es recogida ni por Homero ni por el ciclo épico, sino que parece más bien una versión popular luego exitosa: cf. Píndaro, *Nem.* III 35 y IV 62-65; Heródoto, VII 191; Sófocles, frs. 150 y 618 Pearson; Apolodoro, *Bib.* III 13, 5; Ovidio, *Met.* XI 226-265... Quinto introduce un detalle que explica el sometimiento final de Tetis a Peleo: Zeus en persona le promete a la Nereida que tendrá con su esposo mortal un hijo de cualidades excepcionales. En los autores antes mencionados, Peleo conseguía sin más someterla por la fuerza, gracias a los consejos de Quirón o de Proteo.

[234] Estas ayudas de Tetis ya en II 438-442 (cf. nota 147).

Así dijo la marina Tetis, entregada a un terrible duelo; mas la propia Calíope[235], con gran firmeza de espíritu en su fuero interno, le dijo estas palabras:

«Contén tus llantos, diosa Tetis, y, afectada por tu hijo, no sigas irritada con el señor de los dioses y los hombres. Pues también los hijos del muy tonante soberano Zeus perecieron, igualmente abatidos por obra de la maligna Ker. Murió mi hijo, aunque yo también soy inmortal, Orfeo, cuyos cantos seguían todo el bosque, toda áspera roca, las corrientes de los ríos, las ráfagas de los silbantes vientos que de forma horrible soplan, y las aves que con sus rápidas alas cruzan volando[236]; pero soporté ese gran dolor, porque no conviene que un dios tenga su ánimo entristecido por crueles dolores y penas. Por ello, aunque afligida, deja tú a un lado este duelo por tu noble hijo, pues por siempre cantarán los aedos, para los hombres que sobre la tierra habiten, su fama y su coraje, por voluntad mía y de las demás Piérides[237]. No permitas tú que tu ánimo quede abatido por el negro dolor, entregada al duelo de forma igual que las simples mujeres. ¿Acaso no adviertes que alrededor de todos los hombres, cuantos en la tierra viven, revolotea el irresis-

[235] No es casual el enfático *autḗ* aplicado a Calíope, la principal de las Musas (cf. Hesíodo, *Teog.* 79).

[236] Bien conocida es la leyenda de Orfeo, hijo de la Musa Calíope y del mortal Eagro. Era un eximio músico tracio, capaz con su canto de conmover a todas las criaturas y de atraer incluso a los seres inanimados (cf. nota 182); tras la muerte de su esposa Eurídice y su frustrado intento de recuperarla, rechazó todo trato amoroso y fue asesinado por las despechadas bacantes de Tracia: cf. Eurípides, *Bac.* 561-564; Apolonio de Rodas, *Arg.* I 33-31; Diodoro de Sicilia, IV 25, 2; Apolodoro, *Bib.* I 3, 2; Virgilio, *Geórg.* IV 454-527; Ovidio, *Met.* X 1-147 y XI 1-66.

[237] Sobrenombre de las Musas, que adoptaron tras haber derrotado en un certamen poético a las insolentes hijas de Píero de Macedonia, convertidas entonces en urracas: cf. Ovidio, *Met.* V 294-317 y 663-678.

tible Destino devastador, sin preocuparse siquiera de los dioses (¡tanto poder tiene él solo en suerte asignado!)? También ahora destruirá él la ciudad de Príamo, rico en oro, después de hacer perecer a guerreros troyanos y argivos, a todo el que quiera: ninguno de los dioses lo detendrá[238]».

Así dijo Calíope, dotada en su fuero interno de prudentes pensamientos. Helio se retiró hacia las corrientes del Océano, y surgió por el inmenso aire la Noche sombría, que también a los mortales afligidos sirve de provecho. Allí mismo, en las arenas, durmieron los hijos de los aqueos, todos en masa alrededor del cadáver, apesadumbrados por su gran calamidad. Pero no se apoderó el sueño de la agitada Tetis: cerca de su hijo quedó sentada en compañía de las inmortales Nereidas; alrededor, afligida como estaba en su corazón, una tras otra las Musas alternativamente mucho la consolaban, para que se olvidara de su duelo.

Pero cuando Eos llegó exultante[239] a través del éter, trayendo entonces consigo su brillantísima luz a todos los troyanos y a Príamo, los dánaos, muy afligidos, continuaron llorando a Aquiles durante muchos días[240]; se lamentaron alrededor las enormes orillas del ponto, y gimió el gran Nereo para dar satisfacción a la doncella Nereida, y con él so-

[238] La intervención de Calíope para calmar a Tetis resulta toda una *consolatio* a la manera estoica. En la tradición épica, la Musas, en compañía o no de las Nereidas, entonaban sólo un treno en cantos amebeos: cf. HOMERO, *Od.* XXIV 60-62; PROCLO (en su resumen de la *Etiópida,* pág. 106, líns. 12 s. ALLEN); y PÍNDARO, *Ístm.* VIII 57-60. Quinto parece recordar este detalle cuando luego, en el verso 663, señala que las Musas pasaron la noche consolando a Tetis una tras otra, «alternativamente» (esto es, *amoibadís).*

[239] Evidentemente, porque, con la muerte de Aquiles, su hijo Memnón ha sido por fin vengado.

[240] Según HOMERO *(Od.* XXIV 63-65), lloraron a Aquiles durante diecisiete días, y al decimoctavo por fin lo incineraron.

llozaron por el desaparecido Aquiles los demás dioses marinos. Y entonces los argivos entregaron al fuego el cadáver del gran Peléyada[241], después de amontonar incontables troncos, que todos por igual se esforzaron en traer desde el monte ideo, ya que los Atridas con premura les ordenaron acarrear infinita leña, para que rápidamente ardiera el cadáver del difunto Aquiles. Alrededor de la pira amontonaron muchas armas de guerreros difuntos, y a la vez, tras darles muerte, arrojaron encima a muchos muy hermosos hijos de los troyanos, y además, relinchantes caballos y toros de gran vigor, y junto a ellos también arrojaron ovejas y cerdos cargados de grasa[242]; incontables mantos trajeron de sus arcones las esclavas, en medio de plañidos, y los arrojaron todos encima de la pira, y después amontonaron sobre ellos oro y ámbar. Los mirmídones se cortaron alrededor sus cabellos y cubrieron el cadáver de su soberano; también la propia Briseida, muy afectada en torno al cadáver, cortó sus trenzas y a su soberano se las entregó como ofrenda postrera. Muchas ánforas de ungüento derramaron, y en torno a la pira colocaron otras de miel y de dulce vino, cuyo sabroso líquido olía igual que el néctar; arrojaron otros muchos perfumes, mara-

---

[241] La incineración del cadáver de Aquiles es evocada por HOMERO, *Od.* XXIV 65-84; PROCLO (en su resumen de la *Etiópida*, pág. 106, líns. 14s. ALLEN); y PÍNDARO, *Pít.* III 102s. Para su minucioso relato, Quinto sigue recurriendo (cf. nota 220) a ese resumen de HOMERO en la *Odisea* y a los numerosos detalles expuestos en los funerales de Patroclo de *Il.* XXIII (en sus versos 110-127, transporte de leña para construir la pira; en 166-176, las numerosas ofrendas arrojadas a ésta; en 135 s., 141 y 152 s., dedicatoria de los cabellos; y en 128-134, desfile de los guerreros en armas).

[242] Con estos tres últimos animales ofrendados, Quinto parece evocar los *suovetaurilia* romanos, que consistían en el sacrificio conjunto de un cerdo, una oveja y un toro (ello ya en *Od.* XI 130 s.).

villa para los mortales, excelentes todos, cuantos producen la tierra y el divino mar.

Mas cuando ya hubieron dispuesto todo alrededor de la pira, soldados de infantería, a la vez que guerreros en carro, desfilaron[243] en armas en torno a esa pira de muchos lloros. Desde algún lugar del Olimpo, derramó Zeus sobre el cadáver del Eácida gotas de ambrosía y, para rendir homenaje a la divina Nereida, envió a Hermes a la morada de Eolo, con el fin de que convocase éste la sagrada furia de los veloces Vientos, pues ya iba a ser consumido el cadáver del Eácida. Llegó aquél allí de inmediato, y no desobedeció Eolo: con presteza convocó al doloroso Bóreas y al violento soplo del Céfiro, y los envió a Troya, en un rápido huracán desencadenados. Con su ímpetu infinito, ellos rápidamente se lanzaron a desplazarse sobre el ponto; en respuesta a su precipitación, alrededor retumbaron a la par el ponto y la tierra, y arriba entrechocaron todas las nubes que el inmenso aire surcan. Ellos, por voluntad de Zeus, de inmediato se abalanzaron al unísono sobre la pira del fallecido Aquiles; se avivó la llama del destructor Hefesto, e incesante se acrecentaba el duelo de los mirmídones. Los Vientos, precipitados aún en el huracán, se afanaron todo el día y la noche en quemar el cadáver, soplando con fuerza por igual; abundante humo se elevaba hacia el divino aire, gemía la incontable leña, some-

[243] Seguimos a F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne...* I, pág. 122, n. 6) en su interpretación del *errôsanto* (también en Homero, *Od.* XXIV 69), que da a entender que aquí tiene lugar un desfile militar alrededor de la pira. Esos *hippêes* que junto a los soldados de infantería desfilan pudieran ser tanto los guerreros montados en carro como los subidos a caballo, puesto que, a diferencia de Homero, Quinto de Esmirna (recuérdese a Pentesilea en el libro I) sí conoce ya el empleo en combate de la caballería; pero es preferible conservar el sentido que aún le daba Homero a tal término, ya que nuestro poeta parece evocar aquí directamente (cf. nota 241) los pasajes de *Od.* XXIV 68-70 y de *Il.* XXIII 128-134.

tida toda por el fuego, y en negra ceniza se convertía ésta. Y así, tras cumplir infatigables su gran tarea, esos Vientos se desplazaron, a la par que las nubes, cada uno a su cueva[244].

Los mirmídones, cuando el aniquilador fuego consumió a su prodigioso soberano, el último entre los demás muertos alrededor del cadáver, los caballos, los guerreros y todas las demás ofrendas que los aqueos, derramando lágrimas, en torno a ese imponente cadáver depositaron, extinguieron ya entonces con vino la hoguera. Claramente se distinguían sus huesos, porque no eran iguales a los otros, sino como los de un indestructible Gigante[245], y los demás no se confundían con aquéllos, porque los bueyes, los caballos y los hijos de los troyanos, en confusión con los demás animales sacrificados, se hallaban a cierta distancia alrededor del cadáver, que en medio solo se encontraba, sometido por el ímpetu de Hefesto. Todos sus huesos, en medio de gemidos, los reco-

---

[244] En *Il.* XXIII 192-230 también intervienen los Vientos Bóreas y Céfiro para avivar las llamas de la pira de Patroclo, pero el episodio es muy distinto: Aquiles (y no Zeus) con sus plegarias invoca a los Vientos; entonces la mensajera Iris (y no Hermes) acude personalmente a avisar a Bóreas y Céfiro, que se hallan banqueteando en la mansión de este último. Quinto, por su parte, ha decidido recurrir a la típica escena épica (consagrada por VIRGILIO en el comienzo de su famosa tempestad de *En.* I 50-156) en que, para el desencadenamiento de los Vientos, se ha de acudir ante su rey Eolo, el encargado de, en las enormes grutas donde están encerrados, retenerlos o desatarlos de acuerdo con los designios del propio Zeus.

[245] Se entendía que los cuerpos de los héroes legendarios eran de un tamaño mucho mayor que los de los mortales corrientes. De ese modo, diversos autores de época imperial testimonian el hallazgo de este tipo de «huesos de Gigante», que en realidad debían de pertenecer a animales prehistóricos: cf. PAUSANIAS, VIII 29, 3 y 32, 5; FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* V 16 y *Heroico* I 3; en PROPERCIO (II 9, 13 s.), incluso aparece Briseida sosteniendo en sus pequeñas manos estos enormes restos de Aquiles.

gieron también sus compañeros en un cofre de amplia cabida y sólido, uno de plata, todo adornado con resplandeciente oro. Y por entero los untaron de ambrosía y ungüentos las doncellas de Nereo, reportando así gran gloria a Aquiles, y, para enterrarlos, los metieron juntos en grasa de bueyes mezclada con miel templada[246]; su madre donó para él un ánfora, regalo que antaño Dioniso le entregó, insigne obra del bienintencionado Hefesto, en la que depositaron los huesos de Aquiles, de gran corazón[247]. A su alrededor levantaron los argivos un túmulo, un prodigioso monumento en el extremo de la costa, junto a los abismos del Helesponto[248], mientras lanzaban quejidos por el audaz rey de los mirmídones.

Tampoco los inmortales caballos del intrépido Eácida permanecían sin lágrimas junto a las naves, sino que también ellos lloraban por su fallecido rey[249]: albergando un devastador dolor, no querían mezclarse ni entre los todavía infelices guerreros, ni entre los caballos de los argivos, sino desplazarse sobre las corrientes del Océano y los antros de

---

[246] Para el depósito de los huesos de Aquiles, Quinto recurre (una vez más: cf. nota 220) al resumen de *Od.* XXIV 72 s. y a los detalles de *Il.* XXIII 237-244 y 250-253 (si bien es más prolijo con las sustancias embalsamadoras).

[247] Esta misma ánfora es mencionada y descrita por HOMERO en *Od.* XXIV 73-76.

[248] La construcción de la tumba de Aquiles a orillas del Helesponto (en el cabo Sigeo: cf. notas 64 y 167) es referida por HOMERO *(Od.* XXIV 80-84) y PROCLO (en su resumen de la *Etiópida,* pág. 106, lins. 15s. ALLEN). Quinto no precisa que los restos de Aquiles hayan sido finalmente reunidos con los de Patroclo (así en *Od.* XXIV 76 s. y en *Il.* XXIII 82-92); es posible que en su versión no haya ocurrido tal cosa (ESTRABÓN [XIII 1, 32] habla de dos túmulos distintos para estos dos héroes).

[249] Estos caballos divinos lloraban también a Patroclo en *Il.* XVII 426-455.

Tetis[250], lejos de los miserables hombres, allí donde antaño a ambos, de huracanados cascos, los parió la divina Podarga, unida al sonoro Zéfiro[251]. Y entonces habrían llevado a cabo de inmediato todo cuanto les dictaba su ánimo, si no los hubiera detenido la decisión de los dioses, en espera de que viniera de Esciros el impetuoso hijo de Aquiles, a quien ellos habrían de recibir cuando llegase al campamento, porque las hijas del sagrado Caos, las Moiras[252], habían hilado para ellos en su nacimiento, aun siendo inmortales, tal disposición divina: primero habían de someterse a Posidón, luego al audaz Peleo y al infatigable Aquiles, y en cuarto lugar, tras aquéllos, al magnánimo Neoptólemo, al que después también iban a trasladar, por indicación de Zeus, a los Campos Elisios, hacia la tierra de los Bienaventurados[253]. Por ello, con el corazón herido por una odiosa desdicha, permanecían junto a las naves, muy afectados en su ánimo

---

250 Cf. nota 118.

251 El Viento Zéfiro y la Harpía Podarga, quien no parece tener relación con las famosas criaturas de ese mismo nombre (cf. nota 29), fueron los padres de Janto y Balio, los caballos inmortales de Aquiles: cf. *Il.* XVI 148-151.

252 Como ocurría con Eos (cf. nota 162) o las Horas (cf. nota 151), las Moiras reciben en Quinto de Esmirna una genealogía exclusiva, ya que aquí son hijas del Caos (ese misterioso vacío primordial en el que tienen su origen los dioses griegos: cf. HESÍODO, *Teog.* 116), aun cuando tradicionalmente se las tiene por hijas de la Noche o de Zeus y Temis (cf. nota 73).

253 Ya en *Il.* XXIII 277 s. señala HOMERO el destino de estos caballos inmortales: eran posesión del dios Posidón, quien se los entregó a Peleo (como regalo de bodas, según APOLODORO, *Bib.* III 13, 5), de quien los heredó su hijo Aquiles. Quinto añade aquí, por cuenta propia, cómo van a pasar luego al hijo de este último, Neoptólemo, e incluso aporta el dato exclusivo de cómo a ése lo van a trasladar un día a los Campos Elisios, que parecen confundirse con el otro paradisíaco lugar adonde supuestamente iban a vivir los grandes héroes difuntos, las Islas de los Bienaventurados: cf. HESÍODO, *Trabajos y Días* 167-173.

por su soberano, pero ansiando a su vez conocer a este otro nuevo.

Y entonces, tras abandonar el poderoso oleaje del muy resonante mar, llegó el Sacudidor de la Tierra[254] a esas orillas; no lo vieron los guerreros, pero se colocó al lado de las diosas Nereidas, y a Tetis se dirigió, afligida como aún estaba por Aquiles:

«Contén ahora este interminable duelo por tu hijo. Pues no estará él entre los muertos, sino entre los dioses, como el excelso Dioniso y el fuerte Heracles[255], pues la terrible muerte no lo retendrá por siempre bajo las tinieblas, ni tampoco el Hades, sino que de inmediato llegará también al resplandor de Zeus; y yo mismo le concederé como don una isla divina en el Ponto Euxino, donde tu hijo será por siempre un dios[256]; y los pueblos de las naciones vecinas, de forma igual que a mí, mucho lo glorificarán y lo honrarán

---

[254] «Sacudidor de la Tierra» *(Ennosígaios)* es un epíteto que, ya en Homero (cf. *Il.* VII 455, VIII 201...; *Od.* V 423, VI 326...), se refiere a Posidón por su capacidad para provocar con su tridente los terremotos.

[255] Dioniso y Heracles son los más célebres ejemplos de mortales —en realidad semidioses, hijos de Zeus y una humana, Sémele y Alcmena respectivamente— que, por sus méritos, acabaron convertidos en dioses de pleno derecho: cf. *Od.* XI 601-604; Hesíodo, *Teog.* 940-942; Teócrito, *Id.* XXIV 82-85; Diodoro de Sicilia, III 74 y IV 15.

[256] A esta isla, llamada Leuca o «Blanca», situada en el Ponto Euxino (el Mar Negro), concretamente en las desembocaduras del Istro (el actual Danubio) o, según otros, frente al estuario del Dniéper, trasladaba la propia Tetis al difunto Aquiles, tras haberlo sacado de la pira, en el relato de la *Etiópida* (cf. Proclo, pág. 106, líns. 14 s. Allen). Quinto, pues, sigue aquí la versión canónica con respecto a la existencia de Aquiles en el más allá (cf. también Píndaro, *Nem.* IV 49 s.; Apolodoro, *Epít.* V 5; Pausanias, III 19, 11-13...), pero más adelante, en XIV 224, da a entender que Aquiles vive, por el contrario, en los Campos Elisios (así en Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 811-815; en Píndaro, ahora *Ol.* II 70-80, habita, en cambio, en las Islas de los Bienaventurados).

con gratos sacrificios. Mas tú contén enseguida tus llantos y no sigas por este dolor atormentando tu ánimo».

Tras hablar así para con sus palabras consolar a Tetis, parecido a una brisa regresó al ponto[257]; en su fuero interno recuperó ella un poco el ánimo, y el dios le cumplió todo aquello. Los argivos, entregados aún al duelo, regresaron al lugar donde se hallaban sus respectivas naves, las que desde la Hélade los habían traído; las Piérides volvieron al Helicón y en el mar se sumergieron las Nereidas, mientras por el bienintencionado Pelión todavía se lamentaban.

---

[257] La intervención de Posidón ha tenido, sin duda, una función conciliadora parecida al *deus ex machina,* ese recurso para poner solución a los conflictos tan propio de las tragedias de Eurípides.

LIBRO IV

Tampoco dejaron sin lágrimas los desdichados troyanos al poderoso hijo del valiente Hipóloco[258], sino que también ellos, delante de la Puerta Dardania[259], depositaron encima de la pira a ese muy glorioso varón. Pero Apolo en persona lo arrebató con gran presteza del fuego abrasador[260], y se lo entregó a los veloces Vientos para que lo llevaran cerca de la tierra licia[261]; ellos de inmediato lo trasladaron al fondo de los valles de Telandro, a un lugar encantador, y encima le colocaron una roca inquebrantable; las Ninfas hicieron brotar el agua sagrada de un río que sin cesar fluye, al que todavía hoy los hombres de aquellos pueblos llaman Glauco,

---

[258] Cf. nota 193.

[259] Otra de las puertas de las murallas de Troya.

[260] Ya en *Il.* XVI 667-683 se ocupaba Apolo de sacar de la llanura de Troya el cuerpo de Sarpedón, para así devolver también a su patria los restos del otro caudillo licio caído en esta guerra (cf. nota 95). No extraña este cuidado de Apolo, quien estaba por tradición muy asociado a Licia (ciertas leyendas incluso lo hacían nacer allí: cf. *Il.* IV 101 y 119 y, en el propio Quinto, XI 21-26).

[261] Cf. notas 43 y 155.

de hermosa corriente[262]: ello fue el privilegio que los inmortales le concedieron al rey de los licios.

Los argivos seguían lamentándose por Aquiles, de gran ánimo, junto a las naves de ligero curso: a todos los atormentaban la desdicha lamentable y el dolor, porque como a un hijo lo echaban de menos, y nadie había sin lágrimas a lo largo del vasto ejército. Los troyanos, a su vez, una incesante alegría sintieron, al contemplarlos a ellos entristecidos y a aquél consumido en el fuego; y uno de ellos dijo ufano tales palabras:

«Ahora a todos, desde el Olimpo, nos ha reportado el Cronión una inesperada alegría, deseosos como estábamos de ver a Aquiles muerto en Troya. Pues bien creo que, una vez abatido, los muy gloriosos pueblos de los troyanos tomarán un respiro en este funesto derramamiento de sangre y en esta batalla homicida. Pues siempre en sus manos se agitaba la devastadora pica, salpicada de horrendo crúor: ninguno de nosotros que de frente se haya llegado a aquél, ha observado ya la luz de la mañana. Pero ahora creo que los poderosos hijos de los aqueos huirán en sus naves de hermosas proas, una vez ha caído en combate Aquiles. ¡Ojalá aún viviera el impetuoso Héctor, para que a todos los argivos los aniquilase a la vez en sus propias tiendas!».

Así habló uno de los troyanos, con total alegría en su corazón; mas otro a su vez, con prudentes pensamientos, dijo por el contrario estas palabras:

---

[262] Este río Glauco se localizaba en Licia o en Caria (en esta última lo sitúan PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* V 103 y ESTRABÓN, XIV 2, 2), confusión que también había con la ciudad de Telandro (caria según ESTEBAN DE BIZANCIO, voz *Tēlandros*; licia según PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* V 101). Habría que entender, de ahí esa extraña expresión «cerca de la tierra licia» en el verso 6, que la tumba de Glauco se hallaba en parajes licios limítrofes a Caria (cf. F. VIAN, *Recherches...*, págs. 136 s.

«¿Dices tú que el funesto ejército de los dánaos de inmediato huirá y dentro de sus naves volverá al brumoso ponto? No, no tendrán miedo, muy deseosos como están de combatir. Pues les quedan otros guerreros fuertes y poderosos, como el Tidida, Ayante y los poderosos hijos de Atreo, a los que todavía yo tengo miedo, a pesar de haber muerto Aquiles. ¡Si también a ellos los hubiera hecho perecer Apolo, de plateado arco! Ese día sí nos llegará, a ruegos nuestros, un respiro en esta guerra y en este odioso destino».

Así dijo. En el cielo se lamentaban los inmortales, cuantos eran protectores de los dánaos de gran vigor, y ocultaron sus cabezas con infinitas nubes, afligidos como estaban en su corazón; por el contrario, se alegraban los demás, los que pretendían conceder a los troyanos un final feliz. Y entonces se dirigió al Cronión la ínclita Hera:

«Zeus padre, señor del fúlgido rayo, ¿por qué prestas ayuda a los troyanos, olvidándote de la doncella de hermosos cabellos, que a Peleo, comparable a un dios, antaño entregaste en los valles del Pelio como placentera esposa[263]? Tú mismo le procuraste ese divino matrimonio, y todos los inmortales banqueteamos aquel día y le dimos muchos y muy hermosos regalos. Pero de ello te has olvidado, y un gran desastre has maquinado contra la Hélade».

Así dijo, y nada le respondió el infatigable Zeus. Quedó sentado, en efecto, con el corazón afligido y entre muchos pensamientos, porque iban a destruir la ciudad de Príamo los argivos, a los que planeaba procurar una devastadora

---

[263] La nereida Tetis, casada con Peleo (cf. nota 181) en las grutas del Centauro Quirón, amigo y aliado de este rey de Ftía, localizadas en las cumbres del Pelio.

ruina en la luctuosa guerra y en el ponto de sordo estruendo[264]; y lo que así meditaba, luego lo llevó a cabo.

Eos alcanzó la profunda corriente del Océano y sobre la oscura tierra descendía entonces una indecible sombra, momento en que los mortales toman un pequeño respiro de sus fatigas. Los argivos cenaban cerca de las naves, a pesar de estar afligidos: pues no es posible apartar de un vientre ávido el hambre atroz, cuando llega ésta al pecho[265], sino que al punto los veloces miembros se hacen pesados, y no hay remedio alguno, a no ser que uno sacie ese vientre que el ánimo atormenta[266]. Por eso tomaron la comida, aun cuando estaban afligidos por Aquiles: a todos mucho les apremiaba esa horrible necesidad. Una vez acabaron ellos de comer, les sobrevino un sueño profundo, y alivió éste los dolores de sus miembros y repuso sus fuerzas.

Pero cuando las Osas tenían sus cabezas hacia el oriente[267], para así recibir la rápida luz del sol, y se levantó Eos, entonces se levantó también la tropa de los argivos, de gran vigor, que contra los troyanos maquinaba la matanza y el estrago aniquilador. Se agitaba como el infinito mar de Ícaro[268] o la espesa mies reseca, cuando llega el incontenible

---

[264] Adelanto de los infortunios de los que van a ser víctimas los griegos en los libros VI-XI (eventuales derrotas en combate y vanos intentos de tomar Troya) y XIV (catastrófico regreso por mar de su flota).

[265] El hambre afecta a lo que era la sede de la fuerza y el coraje de un hombre, con lo que éste, entonces, se ve domeñado por la debilidad (en *Il.* XIX 354 el hambre puede «alcanzar» las rodillas y, en consecuencia, hacer flaquear igualmente al guerrero).

[266] Precedentes homéricos de esta idea ya en *Il.* XIX 225 y 230-232 y *Od.* VII 215-221 y XVII 286 s.

[267] Una imagen similar, aplicada igualmente a estas dos constelaciones, en ARATO, *Fenómenos* 28.

[268] El mar de Ícaro, donde este imprudente joven se ahogó tras su celebérrimo vuelo, no es otro que el llamado mar Icario, golfo situado, en el Egeo, al norte las islas de Samos e Icaria, que también debe su nombre al

ímpetu del Zéfiro, amontonador de nubes[269]; así se agitaba la tropa a orillas del Helesponto. Y entonces el hijo de Tideo les dijo lo que deseaban escuchar:

«Amigos, si de verdad somos guerreros firmes en la lucha, ahora más que nunca batallemos contra los aborrecidos enemigos, no vayan a atreverse, como ya no existe Aquiles, a hacer frente fuera incluso al gran vigor del Telamonía- 99a
da[270]. Pero, ¡ea!, con las armas, los carros y los caballos marchemos en torno a la ciudad: el esfuerzo nos procurará entonces la gloria».

Así dijo entre los dánaos, y le respondió el poderoso Ayante:

«Tidida, profieres tú palabras valiosas y que el viento no se ha de llevar, al incitar a batallar contra los troyanos, hábiles guerreros, a los dánaos que de cerca combaten, quienes también por sí mismos ello lo desean. Pero debemos permanecer en las naves, hasta que del mar llegue la divina Tetis, pues en su fuero interno tiene su corazón el firme propósito de instituir unos muy hermosos juegos en torno a la tumba de su hijo[271]; así me lo dijo ayer, cuando al abismo del mar se marchaba, aparte de los demás dánaos; y espero que ella, presurosa como estaba, se encuentre ya cerca. Los tro-

---

malogrado hijo de Dédalo (cf. Apolodoro, *Bib.* II 6, 3, y Pausanias, IX 11, 4 s.).

[269] Estos dos símiles, con igual intención, en *Il.* II 144-149.

[270] Tras el 85, F. Vian coloca aquí este verso 99a (cf. su *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus...*, pág. 116).

[271] También en *Od.* XXIV 85-92 es la propia Tetis quien instituye los juegos en honor de su hijo Aquiles, mientras que en la *Etiópida* se encargaban de ello los mismos griegos (cf. Proclo, pág. 106, líns. 15 s. Allen y Apolodoro, *Epít.* V 5). Estos juegos fúnebres son un motivo típico, y aun obligado, en el género de la epopeya, a partir de los famosos juegos que por Patroclo instituye Aquiles en el canto XXIII de la *Ilíada*.

yanos, por lo demás, aunque haya muerto el hijo de Peleo, no se atreverán a tanto, mientras aún vivamos yo, tú y el irreprochable Atrida».

Así dijo el excelso hijo de Telamón, que no tenía idea de que, después de esos juegos, la divinidad le reservaba un aciago y cruel destino; a él le respondió a su vez el hijo de Tideo:

«Amigo, si de verdad Tetis viene en este día a instituir unos muy hermosos juegos en torno a la tumba de su hijo, permanezcamos junto a las naves y a los demás nosotros dos también retengamos. Pues conviene obedecer a los bienaventurados dioses, y en todo caso, aun sin contar con la venia de los inmortales, hemos de pensar nosotros mismos en rendirle a Aquiles grato homenaje».

Así dijo el poderoso corazón del valiente Tidida. Y entonces del ponto llegó la esposa de Peleo, igual a una brisa del amanecer; de inmediato se encaminó hacia la muchedumbre de los argivos, allí donde ansiosos aguardaban, unos para ir a competir en innumerables certámenes, otros para deleitar su espíritu y su corazón con esos competidores. Ante todos ellos a la vez reunidos, Tetis, de oscuro velo, depositó los premios que consigo traía y apremió a los aqueos a competir cuanto antes; ellos obedecieron a la inmortal.

En medio se levantó el primero el hijo de Neleo, que no tenía intención de emplear sus fuerzas ni en el pugilato ni en la lucha de muchas fatigas, pues sobre él pesaba una perniciosa vejez que sus miembros y coyunturas todas había domeñado. Pero en su pecho aún se hallaban firmes el ánimo y la razón[272], y ningún otro de los aqueos rivalizaba con él cuando en la asamblea tenía lugar un debate: debido a su

[272] En la antigua poesía épica, convencionalmente, la inteligencia se localizaba a menudo en el pecho: cf. *Il.* III 63; *Od.* XX 366; HESÍODO, *Teog.* 122.

elocuencia, ante él cedía en tal asamblea incluso el ínclito hijo de Laertes, y no menos el que era rey supremo de todos los argivos, Agamenón, experto en el manejo de la lanza. Por eso, en medio entonó un himno a la bienintencionada Nereida[273]: cómo entre todas las hijas del mar sobresalía por su sabiduría y su belleza; ella, al oírlo, se regocijaba. Narraba aquél las encantadoras bodas de Peleo, que para él en común organizaron los bienaventurados inmortales en torno a las cimas del Pelio, y cómo tomaron en el banquete imperecederos alimentos, cuando en sus inmortales manos trajeron las diligentes Horas divinos manjares, que en fuentes de oro acopiaron; entonces Temis, exultante, extendió con premura las mesas de plata, Hefesto encendió el fuego puro y las Ninfas alrededor mezclaron la ambrosía en copas de oro; luego las Gracias se aplicaron a la encantadora danza y las Musas al canto: se deleitaban todos los montes, los ríos y las fieras, y se recreaban el éter incorruptible, los muy hermosos antros de Quirón y los propios dioses[274].

---

[273] Para que no quede fuera de estos juegos un personaje tan importante como Néstor, se presenta aquí un certamen de elocuencia, en el que inevitablemente vence aquél, al no tener siquiera rival. Los concursos musicales de este tipo resultan un anacronismo para la época heroica, aunque Quinto tal vez se ha permitido introducir aquí uno al recordar que los juegos celebrados en el país de los feacios comenzaban y terminaban con cantos del aedo Demódoco: cf. *Od.* VIII 73-92 y 499-522.

[274] Se recrea Quinto en la variada participación de determinados dioses para esta detallada descripción de los preparativos de las bodas de Tetis y Peleo (cf. nota 181): las Musas ya les cantaban un epitalamio en PÍNDARO *(Pít.* III 89-92 y *Nem.* V 22 s.) y en EURÍPIDES *(Ifigenia en Áulide* 1040-1047); las Gracias y las Horas aparecían juntas danzando en el banquete de *Himnos Homéricos,* III 189-199, pasaje que le puede haber servido a Quinto de inspiración para presentar a esas diosas aquí, pero por separado y con distintos cometidos; en cuanto a Temis, era ella, según ciertas leyendas, quien había propiciado estas bodas, al haber advertido a Zeus y a Posidón de los peligros de un matrimonio con Tetis, por lo que se la deci-

Todo esto se lo fue contando el excelso hijo de Neleo a los muy atentos argivos; ellos, al oírlo, se regocijaban. Él cantaba también, en medio del certamen, las imperecederas hazañas del irreprochable Aquiles, y la nutrida tropa lo aclamaba con alegría; comenzando desde el principio, glorificó de forma asombrosa a ese muy glorioso hombre con relatos encadenados[275]: cómo destruyó, junto con sus habitantes, doce ciudades en su travesía por mar y once a su vez en el infinito continente; cómo derrotó a Télefo y la violencia del muy glorioso Eetión en el suelo de Tebas; cómo mató con su lanza a Cicno, hijo de Posidón, a Polidoro, comparable a un dios, al admirable Troilo y al irreprochable Asteropeo; cómo de sangre enrojeció sobremanera las corrientes del río Janto y con innumerables cadáveres cubrió todo su resonante curso, cuando arrebató el aliento a los miembros de Licaón cerca de ese estruendoso río; cómo abatió a Héctor y cómo acabó con Pentesilea y el divino hijo de la Erigenía de hermoso trono[276]. Esto cantaba a los argivos, aun-

---

dió casar con el mortal Peleo (cf. Píndaro, *Ístm.* VIII 26a-47; Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 799-807; Apolodoro, *Bib.* III 13, 5); Quirón, en fin (cf., *supra,* nota 263), cedió sus grutas del monte Pelio para la celebración de la ceremonia: cf. también Eurípides, *Ifigenia en Áulide* 704-707.

[275] A pesar de esta puntualización, la rápida exposición que a continuación realiza Quinto no respeta una estricta sucesión cronológica (canónica, al menos) de las hazañas de Aquiles: para los sucesos anteriores a los episodios de la *Ilíada,* Quinto se aparta notablemente de la exposición de las *Ciprias* (cf. el resumen de Proclo en págs. 102-105 Allen); pero incluso se descuidan los eventos posteriores, mucho más conocidos y precisados; por ejemplo, la muerte de Troilo, contada entre los sucesos de las *Ciprias,* se incluirá aquí entre las de dos famosas víctimas de Aquiles en la propia *Ilíada,* Polidoro y Asteropeo.

[276] Repaso de las principales hazañas de Aquiles en la Guerra de Troya. Las victorias sobre los distintos caudillos van a volver a ser recordadas luego —a propósito de los despojos a ellos cobrados— a lo largo de este mismo libro: la conquista de doce ciudades por mar y de once por tierra

que ellos bien lo conocían, y también cómo resultaba prodigioso; cómo nadie era capaz de competir contra él, ni en los juegos de los hombres, cuando los jóvenes compiten en carreras, ni en los concursos ecuestres o en la lucha a pie firme; cómo en belleza superaba con mucho a los otros dánaos; y cómo su vigor era infinito, cuando se desencadenaba el combate de Ares. Rogaba finalmente a los inmortales ver llegar de Esciros, muy batida por las olas, a un hijo suyo de iguales condiciones[277].

Aplaudieron entonces todas sus palabras los argivos y la propia Tetis, de plateados pies, que le regaló unos caballos de veloces cascos, los que antaño a Aquiles, experto en el manejo de la lanza, como don le entregó Télefo en las desembocaduras del Caico, cuando, atormentado como estaba su espíritu por una nefasta herida, aquél lo curó con su pica, con la que en la batalla él mismo le había alcanzado en el muslo, al que traspasó entonces su poderosa punta[278]. Y el

---

(ello en *Il.* IX 328 s.: cf. nota 5); la derrota de dos reyes vecinos, Télefo, monarca de Misia, y Eetión, soberano de Tebas Hipoplacia (sobre esta última, cf. notas 19 y 223); la muerte en combate de notables guerreros como Cicno, Polidoro, Troilo y Asteropeo (éste en nota 232); la masacre de troyanos y peonios a orillas y dentro del Escamandro (en *Il.* XXI 1-210: cf. también nota 5), ocasión en que Aquiles acaba con el Priámida Licaón; y la victoria sobre campeones de la talla de Héctor (*Il.* XXII 248-402), Pentesilea (libro I de nuestro poema) y Memnón (libro II).

[277] Una vez más (cf. III 118-122), se anuncia la llegada a Troya de Neoptólemo, de quien se sabía en el campamento griego (así en *Il.* XIX 326 s.) que se criaba por aquel entonces en Esciros (cf. nota 184).

[278] Según una leyenda, los griegos, cuando por vez primera marchaban rumbo hacia Troya, atracaron por error en la vecina Misia o Teutrania y la asaltaron; su rey, Télefo, intervino con sus tropas y, durante un combate contra Aquiles, fue herido en el muslo por su lanza; años después, mientras la flota aquea se reagrupaba en Grecia tras su fallida expedición, Télefo acudió a Argos para que el propio Aquiles, en virtud de un oráculo, le curara su irremediable lesión con la misma arma con que lo había herido,

Neleyo Néstor[279] se los entregó a sus compañeros; ellos los condujeron a las naves, mientras mucho glorificaban a su rey, comparable a un dios. En medio del certamen puso Tetis entonces, como premio de la carrera[280], diez vacas: todas ellas tenían hermosas terneras que bajo sus ubres marchaban, las que un día la audaz fuerza del infatigable Pelión se llevó del Ida, confiado en su gran lanza[281].

Para competir por ellas, se levantaron dos hombres, muy deseosos de la victoria: el primero Teucro Telamonio[282], y luego Ayante, Ayante, que entre los arqueros locrios desta-

---

lo cual consiguió aplicándole la herrumbre de su lanza; ello a cambio de que Télefo indicase a los griegos el correcto emplazamiento de Troya. Esta historia se encuentra también en las *Ciprias* (según Proclo, pág. 104, líns. 4-11 Allen), Apolodoro *(Epít.* III 17-20), Propercio (II 1, 63 s.), Ovidio (*Met.* XII 111 s.) o Higino *(Fáb.* 101), pero Quinto se aparta notablemente de la leyenda canónica al no tener presente en su obra la doble travesía realizada por los griegos (lo que se desprende de VII 379 s.), de modo que, de acuerdo con su versión (ofrecida también por Filóstrato, *Heroico* III 28 s. y 33 y Tzetzes, *Antehom.* 263-285), Aquiles curaba a su enemigo a orillas del río Caico, es decir, en la propia Misia, poco después de haberlo herido (tal hecho se afirmará expresamente en VIII 152 s.).

[279] El adjetivo *Nēlḗios,* a menudo simple posesivo, lo emplea Homero también como patronímico para Néstor en *Il.* X 18 y XXIII 349.

[280] La prueba de la carrera a pie se encuentra ya entre las que se disputan en los juegos en honor de Patroclo: cf. Homero, *Il.* XXIII 740-797.

[281] Esta vacada se la arrebató en el Ida Aquiles a Eneas, quien huyó a Lirneso, ciudad que entonces aquél saqueó junto con su vecina Pédaso (aunque Eneas consiguió salvarse): cf. *Il.* XX 89-96 y 188-194; Proclo en su resumen de las *Ciprias*, pág. 105, líns. 10 s. Allen; Apolodoro, *Epít.* III 32.

[282] Teucro —en la *Ilíada* un hábil arquero, muy destacado en combate— es, al igual que Ayante, hijo de Telamón, el rey de Salamina, pero sólo hermanastro de aquél, al no ser su madre la reina Peribea, sino la concubina de su padre, la princesa troyana Hesíone; cf. Apolodoro, *Bib.* III 12, 7.

caba[283]. Rápidamente sus manos ciñeron con taparrabos sus vergüenzas, y así ocultaron debajo todo lo que es decencia[284], por respeto a la compañera de lecho de Peleo, de gran vigor, y a las demás marinas Nereidas, cuantas con ella vinieron a ver los esforzados juegos de los argivos[285]. A ellos les señaló la meta de la velocísima carrera el Atrida, que era soberano de todos los argivos. Una Eris amistosa los animaba[286]; desde la línea de salida se lanzaron ellos con precipitación, semejantes a halcones; muy disputada resultaba su carrera; los argivos que a uno y otro lado los contemplaban, aclamaban cada uno a su favorito. Pero cuando iban a alcanzar la meta, ávidos como estaban, entonces los inmortales acaso trabaron el ímpetu y los miembros de Teucro, pues un dios o cierto infortunio lo condujeron hacia la dolorosa rama de un tamarisco de profundas raíces. Tropezó con ella y cayó al suelo: con gran dolor se dobló el extremo de su pie izquierdo y alrededor las venas, a uno y otro lado, inflamadas se le hincharon. Gritaron los argivos en el certamen.

---

283 Ayante Oilíada, evidentemente (cf. nota 45). Participaba ya, junto con Odiseo y Antíloco, en la carrera celebrada en los juegos en honor de Patroclo (cf. nota 280), y no es de extrañar que aquí vuelva a competir, pues era un guerrero famoso por su velocidad; cf. *Il.* XIII 701 y 754.

284 La costumbre de los atletas de ceñirse sus vergüenzas antes de competir es homérica (cf. *Il.* XXIII 683-685 y 710 y *Od.* XVIII 67 y XXIV 89), pero encaja perfectamente en la pudorosa moral de Quinto (se justificará tal acción por la presencia en el certamen de mujeres, unas diosas además: cf. nota 87).

285 Hasta ahora no se había indicado que las demás Nereidas se hubieran presentado en el campamento aqueo para asistir también a los juegos de los griegos; en 110-117 Tetis parecía acudir sola.

286 Quinto parece evocar a esa Eris «buena» de la que habla Hesíodo en *Trabajos y Días* 17-26, aquella que, a diferencia de la «mala», que sólo provoca guerras y conflictos (la mencionada, sin más distinción, en *Teog.* 225-232: cf. nota 27), promueve la sana competencia e incita al esfuerzo de la superación.

Ayante lo adelantó alborozado; corrieron a su encuentro las tropas que lo seguían, los locrios, y al punto el corazón de todos se vio invadido por la alegría; sacaron de allí las vacas y se las levaron a las naves para apacentarlas[287]. A Teucro sus compañeros, que acudieron a su lado presurosos, se lo llevaron cojeando. Rápidamente los médicos extrajeron la sangre del pie; encima del corte colocaron torundas de lana que habían empapado en ungüentos, y las sujetaron cuidadosamente con una venda; calmaron así sus funestos sufrimientos[288].

A su vez, en la otra parte, pronto atendieron a la apasionada lucha otros dos hombres de violento espíritu, el hijo de Tideo, domador de caballos, y el orgulloso Ayante, que al centro se encaminaron[289]. El estupor se adueñó de los argivos que los contemplaban, pues ambos eran iguales a los bienaventurados. Se lanzaron uno contra otro, semejantes a

[287] Salvo por algunos detalles, resuelve HOMERO la prueba de la carrera de forma similar: en *Il.* XXIII 773-777 es Ayante quien tropieza, trabado por la diosa Atenea —Quinto resulta mucho más impreciso en la atribución de la culpa de este accidente—, y cae entonces de bruces, con mayor crudeza que lo narrado en Quinto, quien parece inspirarse aquí en el incidente de *Il.* VI 39, en un montón de estiércol de buey.

[288] Todo este pasaje incitaba a G. W. PASCHAL (*A study of Quintus...*, págs. 77 s.) a defender, quizás con exageración, ciertos conocimientos en medicina de Quinto de Esmirna (cf. ya nota 14).

[289] La prueba de la lucha (en su sentido más propio: de abrazos y agarrones con los que se intenta tirar al contrario al suelo) se encuentra ya en los juegos en honor de Patroclo, en *Il.* XXIII 700-739. Participa también ahí Ayante Telamonio, pero su rival es Odiseo, no Diomedes, quien es su contrincante, en cambio, en la suprimida prueba de la *hoplomachía* o *monomachía* (en *Il.* XXIII 798-825), peligrosa competición con armas que hubo de desaparecer pronto del programa de juegos helénicos. Quinto va a seguir de cerca, inevitablemente, los detalles expuestos por Homero para esa prueba de la lucha, caracterizada aquí, ante todo, por la descripción de una serie de movimientos comunes que Diomedes necesariamente ha de llevar a cabo para derribar a un adversario tan corpulento como es Ayante.

fieras que en los montes se baten por un ciervo, ansiosas de alimento: poseen ambas la misma fuerza y ninguna cede lo más mínimo, siendo como son tan implacables; así tenían ellos el mismo enérgico ímpetu. Por fin Ayante agarró al Tidida con sus robustos brazos, dispuesto a quebrar sus huesos; pero éste entonces, con destreza y vigor, inclinó el costado y al momento levantó al poderoso hijo de Telamón, manteniendo firme su hombro bajo el bíceps de aquél; por debajo, le golpeó en el muslo con su pie, y en tierra derribó hacia el otro lado a ese poderoso guerrero, sobre el que entonces se sentó; los demás prorrumpieron en gritos. Con el corazón indignado se levantó Ayante, de poderoso ánimo, preparado por segunda vez para el inexorable combate; de inmediato extendió el polvo por sus terribles brazos[290] y, lleno de furia, llamó al centro al Tidida. Éste, sin el menor estremecimiento, se lanzó de frente; bajo los pies de ambos se elevó alrededor abundante polvo. De uno y otro lado se acometían ellos como intrépidos toros, que en los montes, para poner a prueba su audaz ímpetu, se encuentran en un mismo lugar levantando polvo con sus pezuñas, mientras alrededor braman las colinas por los mugidos de ambos, que con un ardor irresistible hacen chocar sus indestructibles testuces y su gran fuerza, largo tiempo peleando el uno contra el otro, y de forma implacable combaten entre potentes jadeos a causa de la fatiga, mientras de sus bocas se derrama al suelo abundante espuma; así sostenían ellos una dura pelea con sus robustos brazos: las espaldas y los vigorosos cuellos de ambos con chasquidos crujían entonces por obra de esos brazos, como en los montes los árboles, cuando hacen chocar entre sí sus muy florecientes ramas. Muchas

[290] Para evitar que una vez más Diomedes resbale con el sudor y escape a la presa de sus brazos, Ayante extiende por su cuerpo el polvo que, debido a su reciente caída, ha embadurnado sus miembros.

veces bajo los robustos muslos del gran Ayante echó sus fuertes brazos el Tidida, pero no fue capaz de tirarlo hacia atrás, bien plantado como estaba sobre sus robustos pies; Ayante, a su vez, acometiendo a aquél por arriba, le sacudió por los hombros hacia tierra, para así tumbarlo en el suelo; cada vez de una manera combatían con sus brazos. Las tropas que aquí y allá los contemplaban, lanzaban grandes gritos: unos animando al muy glorioso Tidida, otros al violento Ayante. Éste, tras sacudir a ese vigoroso guerrero por los hombros a uno y otro lado y echarle los brazos bajo el vientre, como a una piedra lo arrojó con precipitación a tierra, gracias a su pujante vigor; mucho retumbó el suelo troyano al caer el Tidida, y profirió aclamaciones la tropa. Pero aun así se incorporó él de un salto, deseando pelear por tercera vez contra el prodigioso Ayante; pero entonces Néstor en medio se puso de pie y se dirigió a ambos:

«Detened, ilustres hijos, esta apasionada lucha, pues ya todos sabemos cuánto sobresalís vosotros entre los argivos, una vez ha desaparecido el gran Aquiles».

Así dijo, y ellos se abstuvieron de seguir peleando[291]. Con sus manos enjugaron el sudor que en abundancia chorreaba de su frente; se besaron el uno al otro, y por su amistad pusieron fin al enfrentamiento. Entonces la divina Tetis, augusta entre las diosas, les entregó cuatro cautivas; al verlas, quedaron maravillados los propios héroes, fuertes e intrépidos, porque, sin contar a Briseida, de hermosos bucles, sobresalían éstas por su recato y sus labores entre todas las cautivas que un día Aquiles capturó en Lesbos[292], con las que su espíritu deleitaba: una era la encargada de la comida y de

[291] En *Il.* XXIII 733-739 es interrumpida de forma similar la prueba de la lucha, cuando, aún sin un claro vencedor, va a comenzar el tercer asalto.

[292] Cf., *supra*, nota 223.

los alimentos; otra escanciaba a los invitados al banquete el sabroso líquido del vino; otra, a su vez, tras la comida vertía el agua sobre las manos; y la última, después del festín, retiraba siempre las mesas. Éstas se las repartieron el impetuoso Tidida y el orgulloso Ayante, que las enviaron entonces a sus naves de hermosas proas.

Para participar en el pugilato[293], se levantó el fuerte Idomeneo: se levantaba porque su ánimo era experto en todo tipo de competiciones. Mas nadie se presentó como adversario suyo, pues todos, por respeto, ante él mucho retrocedían, ya que era de edad más avanzada[294]. Entonces Tetis, en el centro, le entregó el carro y los caballos de veloces cascos que antaño la violencia del gran Patroclo les arrebató a los troyanos, tras hacer sucumbir al divino Sarpedón[295]. Y a su ayudante se los entregó Idomeneo para que a las naves los condujera, mientras se quedaba él en el ínclito certamen. Fénix se dirigió a los argivos, de gran vigor:

«Ahora los dioses a Idomeneo le han otorgado un valioso premio así sin más, sin que haya él llegado a agotar las fuerzas de sus manos y sus hombros, sino sólo por honrar aquéllos, que de ese modo evitan un derramamiento de sangre, a este guerrero de mayor edad. ¡Vamos, los demás, los

---

[293] La prueba del pugilato —lo más parecido al actual boxeo— se encuentra en *Il.* XXIII 653-699. Excepcionalmente, a causa de la victoria sin combate de Idomeneo, va a haber aquí una segunda competición de este tipo entre rivales ya más igualados.

[294] La *Ilíada* presenta a Idomeneo (cf. nota 42) como uno de los más respetados próceres griegos, de una edad ya bastante avanzada (cf. XIII 361 y XXIII 476 s.), pero no habla de esos supuestos talentos suyos en las competiciones atléticas (de hecho, Idomeneo no participa en los juegos en honor de Patroclo).

[295] Según Homero en *Il.* XVI 462-507, Patroclo, antes ya de su victoria sobre el caudillo licio Sarpedón (cf. nota 95), derribó a su auriga y así los mirmídones pudieron llevarse luego su carro y sus caballos.

jóvenes, aprestaos a una nueva contienda, en la que unos contra otros dirijáis vuestros puños avezados al pugilato, y reconfortad así el ánimo del Pelión[296]!».

Así dijo, y ellos, al escucharlo, se miraron los unos a los otros; en silencio habrían permanecido todos, renunciando a esa nueva contienda, si no los hubiera increpado el hijo del insigne Neleo:

«Amigos, no conviene que unos hombres avezados al grito de guerra rehuyan una amistosa prueba de pugilato, que para los jóvenes resulta un placer y a la fatiga le reporta gloria. ¡Ojalá albergaran aún mis miembros una fuerza tal como cuando en los funerales de Pelias, comparable a un dios, tomamos parte nosotros dos, Acasto y yo —éramos primos y a ello juntos acudimos—, el día en que sostuve yo en el pugilato una igualada pelea contra el divino Polideuces y recibí un premio igual al suyo! En la lucha también se quedó atónito ante mí Anceo, el más fuerte de todos los demás; tuvo miedo y no osó enfrentarse a mí para alcanzar la victoria, porque ya antaño entre los epeos, que de cerca combaten, lo vencí a pesar de su valía: al caer, de polvo se llenó su espalda junto a la tumba del difunto Amarinceo, y a su alrededor muchos pudieron admirar mi fuerza y mi vigor; por eso ya no quiso aquél alzar sus manos contra mí, a pesar de ser tan fuerte, y yo recibí el premio sin mancharme de polvo[297]. Ahora, en cambio, me abruman la vejez y los dolores;

[296] Es posible que, en su origen, los juegos fúnebres, con probables antecedentes minoicos, tuvieran esta finalidad de aplacar el alma del difunto y congraciarse con él. Esto se lograría especialmente, de acuerdo con una idea muy arcaica que tal vez hallemos reflejada en la leyenda de los «memnones» (cf. II 649-655), mediante los derramamientos de sangre en pruebas con un enfrentamiento violento.

[297] En *Il.* XXIII 629-642 recuerda Néstor su gloriosa actuación en los juegos que antaño celebraron los epeos en honor de su rey Amarinceo, en los que, entre otras muchas proezas, derrotó en la lucha a Anceo de Pleu-

por ello os exhorto a vosotros, a quienes corresponde, a conseguir con vuestros puños los premios, pues para un joven la gloria no es otra cosa que llevarse un premio del certamen».

Al hablar así el anciano, se levantó un audaz hombre, el hijo del magnánimo y comparable a un dios Panopeo, aquél que más tarde construyó el caballo fatal para la ciudad de Príamo; pero nadie se atrevía a llegársele cerca para competir en el pugilato; por el contrario, no estaba él muy avezado a la perniciosa guerra, cuando se desencadenaba el combate de Ares[298]. Y sin sudor habría estado a punto el divino Epeo de llevarse entonces los muy hermosos premios a las naves de los aqueos, si no se hubiera presentado como adversario suyo el hijo del insigne Teseo, el hábil lancero Acamante[299]:

---

rón. Néstor también evoca aquí su supuesta participación en los juegos fúnebres dedicados al rey tesalio Pelias: es posible imaginar su asistencia, ya que su padre Neleo era hermano gemelo del difunto, padre a su vez del mencionado Acasto —resulta aquí extraño que el hijo del homenajeado acuda a la celebración y no se encuentre entre sus organizadores—; pero lo cierto es que Néstor no figura en las tradicionales listas de participantes y vencedores en tales juegos: APOLODORO *(Bib.* III 9, 2 y 13, 3) e HIGINO *(Fáb.* 273, 10 s.) dan al aludido Polideuces (o Pólux) —el famoso Dioscuro, hermano gemelo de Cástor y hábil boxeador— como único triunfador en el pugilato, y a Peleo o a Atalanta como campeones en la lucha.

[298] Este hijo de Panopeo, Epeo, quien se encarga luego de la construcción del célebre caballo de madera (cf. XII 104-156), participó en la prueba de pugilato celebrada en los juegos en honor de Patroclo (cf. nota 293), donde vencía con gran facilidad al caudillo argivo Euríalo: era, en efecto, el más destacado boxeador entre los aqueos, pero un mediocre guerrero (también en *Il.* XXIII 669-671).

[299] Acamante, hijo de Teseo y Fedra, famosos reyes de Atenas, no es un personaje conocido por Homero, sino que, junto con su hermano Demofoonte, aparece en las leyendas troyanas a partir del ciclo épico. Estos dos príncipes no acuden a Troya con el contingente ateniense, sino, a las órdenes de Elefénor, con las tropas eubeas, pues, expulsado del trono su padre por su pariente lejano Menesteo que en la *Ilíada* comanda los ejércitos atenienses (cf. II 546-556), se habían visto obligados a refugiarse en la

en su fuero interno mucho se acrecentaba su fuerza, mientras llevaba alrededor de sus veloces puños unas resecas correas, con las que hábilmente le envolvió las manos Agelao Evenórida[300], quien a la par alentaba a su rey. Así también los compañeros del soberano Panopéyada animaban del mismo modo a Epeo; él en el centro como un león se colocó, llevando alrededor de sus puños los cueros resecos de un buey violentamente abatido. Grandes gritos lanzaban aquí y allá las tropas, que alentaban a esos impetuosos guerreros, de gran vigor, a bañar en sangre sus indestructibles puños. Ellos, por su parte, llenos de ardor se colocaron en el lugar de encuentro del certamen, tanteando ambos sus puños, a ver si estaban ágiles como antes y no se hallaban domeñados por el esfuerzo de la guerra. De inmediato alzaron esos puños el uno contra el otro, sin dejar de mirarse ni un instante; andaban poco a poco sobre las puntas de sus pies, y sucesivamente cambiaban una rodilla por otra, para así evitar el mayor tiempo posible la gran fuerza del adversario. Se atacaron semejantes a ligeras nubes, que unas contra otras se precipitan, debido al impulso de los vientos, y provocan así el relámpago; se conmueve el inmenso éter al afilarse entre sí estas nubes, y gravemente retumba la tempestad. Así resonaban sus mandíbulas con los golpes de los cueros resecos; brotaba abundante sangre y desde sus frentes un sudor sangriento enrojecía sus lozanas mejillas. Ávidos peleaban ellos sin descanso; Epeo no cedía entonces, y de continuo acometía, lanzado con todas sus fuerzas. A él el hijo de Te-

---

vecina isla de Eubea: cf. Apolodoro, *Epít.* I 23; Plutarco, *Teseo* 35, 5; Pausanias, I 17, 6.

[300] Este «hijo de Evénor» nos es desconocido. Su cometido es el de vendarle a su señor los puños con esas correas de cuero que actúan a modo de guantes de boxeo (el llamado *caestus:* cf. *Il.* XXIII 684; Apolonio de Rodas, *Arg.* II 52 s.; Virgilio, *En.* V 69 y 401-403).

seo, muy avisado en la contienda, muchas veces le hizo dirigir al vacío sus fuertes puños y, tras conseguir con destreza que separara los brazos a uno y otro lado, tomó impulso y le golpeó en la ceja, hasta llegarle al hueso: le brotó sangre del ojo. Pero aun así alcanzó él a Acamante con su pesado puño y le golpeó en la sien, con lo que sus miembros se desplomaron en tierra. Mas él de inmediato se levantó y saltó sobre ese fuerte hombre, con lo que le pegó en la cabeza; éste, al verse una vez más atacado, se inclinó un poco hacia abajo y golpeó a aquél con su puño izquierdo en la frente, y con el otro, tras tomar impulso, le hundió la nariz; aquél también recurría a todo tipo de maniobras para lanzar sus puños[301]. Entonces los aqueos separaron al uno del otro, aunque deseaban ellos seguir peleando para alcanzar la grata victoria; con presteza sus ayudantes desataron al punto de sus robustas manos los cueros ensangrentados; tomaron ellos un pequeño respiro de su fatiga, enjugando sus frentes con esponjas de muchos agujeros. Sus compañeros y amigos los apaciguaban, y cara a cara los condujeron para que lo antes posible olvidaran su dolorosa cólera y reanudaran su amistad; ellos se dejaron persuadir por los consejos de esos compañeros, pues los hombres prudentes poseen siempre un espíritu benévolo: se besaron el uno al otro y su ánimo se olvidó de esa perniciosa discordia. De inmediato Tetis, de oscuro velo, les regaló, tal como deseaban, dos crateras

[301] Para los detalles de este combate de pugilato, Quinto se ha inspirado, evidentemente, en la pelea que en Homero sostienen el propio Epeo y Euríalo (cf. notas 293 y 298); pero también ha seguido de cerca, sin duda, a Apolonio de Rodas *(Arg.* II 1-97) y a Teócrito *(Id.* XXII 27-134), que por igual relatan el combate de boxeo entre el Dioscuro Polideuces y el rey de los bébrices, Ámico (en cambio, no parece que Quinto llegue a imitar a Virgilio, *En.* V 362-484; cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 39 y 97).

de plata, que Euneo, el poderoso hijo de Jasón, en Lemnos, bañada por las olas, le ofreció a Aquiles, comparable a un dios, en pago por el fuerte Licaón; éstas las había labrado Hefesto como don para el muy distinguido Dioniso, cuando al Olimpo condujo a su divina esposa, la muy gloriosa hija de Minos, a la que un día Teseo, en contra de su voluntad, abandonó en Día, bañada por las olas; éstas el excelso Dioniso se las entregó como don, tras haberlas llenado de néctar, a su hijo Toante, quien se las regaló a Hipsípila junto con otras muchas riquezas, y ella se las dejó a su divino hijo, que para el rescate de Licaón se las dio a Aquiles[302].

---

[302] Ya en *Il.* XXIII 740-747 ofrece Aquiles como premio una cratera de plata que el rey de Lemnos, Euneo, le había entregado a Patroclo, quien en nombre de Aquiles había acudido a su mercado de esclavos, en pago por el Priámida Licaón (según *Il.* XXI 34-136, lo hizo Aquiles prisionero en una incursión nocturna, tras lo que fue llevado a Lemnos y comprado por Euneo, pero luego fue liberado por un huésped suyo, y consiguió escapar a su patria; vuelto al combate —así termina en la *Ilíada* la historia de Licaón—, durante la masacre que está teniendo lugar en el Escamandro [cf. nota 276], se encuentra de nuevo con Aquiles y éste ya lo mata). En su adaptación de ese pasaje de *Il.* XXIII, sólo en un detalle se aparta Quinto de Homero: en este último, la cratera de plata —Quinto acepta que existen otras dos iguales— es obra de artesanos sidonios, y le fue entregada a Toante, el abuelo de Euneo, por navegantes fenicios; Quinto, en cambio, hace participar en su versión a los dioses Hefesto y Dioniso, y consigue aquí, gracias a ello, recrearse con unas cuantas notas de la mitología lemnia, sacadas, en lo esencial, de Homero (*Od.* XI 321-325) y Apolonio de Rodas (*Arg.* III 997-1004 y 1097-1101; IV 423-428 y 431-434): el abandono de Ariadna, hija del rey cretense Minos, por parte de Teseo, suceso acaecido en la isla de Naxos, llamada también Día (cf. igualmente Calímaco, fr. 601 Pfeiffer; Diodoro de Sicilia, IV 61, 5; Apolodoro, *Epít.* I 9; Catulo, LXIV 52-250; Higino, *Fáb.* 43, 1...); el posterior matrimonio de Dioniso con ella (cf. Hesíodo, *Teog.* 947-949; Apolodoro, *Epít.* I 9; Catulo, LXIV 251-264; Higino, *Fáb.* 43, 1 y *Astron.* II 5, 1...); la descendencia en Lemnos de esta pareja: su hijo Toante, rey de la isla y padre de Hipsípila, su sucesora en el trono (tras haber sido exterminados todos los hombres del lugar en la masacre que contra ellos, en venganza por sus

Una de ellas la cogió el hijo del insigne Teseo, y la otra el excelso Epeo la envió alborozado a sus naves. A su alrededor, Podalirio curó con mucho cuidado todos los desgarros producidos por los golpes[303]; para ello, él en persona primero succionó la sangre, y luego suturó esas heridas hábilmente con sus manos y aplicó encima aquellos remedios que antaño su padre le confió, con los que rápidamente incluso los golpes incurables de los hombres en el mismo día sanan del mal que causa molestias; al punto esos golpes alrededor de su rostro y su cabeza de hermosos cabellos se curaron, y se calmaron así sus sufrimientos.

Para participar en el tiro con arco, se levantaron Teucro y el hijo de Oileo[304], quienes ya antes midieron sus fuerzas en la carrera. Lejos de ellos colocó entonces Agamenón, experto en el manejo de la lanza, un casco de crines de caballo, y les dijo: «Mucho mejor que el otro será aquél que con el agudo bronce corte el penacho». Ayante enseguida lanzó el primero su dardo, y dio en el mismo casco, con lo que

---

infidelidades, las mujeres lemnias acordaron llevar a cabo: cf. APOLODORO, *Bib.* I 9, 17, y III 6, 4) y quien (cf. una vez más APOLODORO, *Bib.* I 9, 17) acogió un tiempo a los Argonautas y tuvo amores con su capitán, Jasón, a quien le dio varios hijos, entre ellos el ya bien conocido Euneo.

[303] Podalirio y su hermano Macaón (quien no aparecerá hasta VI 391) son los hijos del célebre médico Asclepio (cf. APOLODORO, *Bib.* III 10, 3s.): acuden a Troya al mando de un contingente tesalio venido de las ciudades de Trica, Itome y Ecalia (cf. *Il.* II 729-733), pero destacan sobre todo como médicos, al haber heredado los conocimientos y las habilidades de su padre, adoctrinado, a su vez, por el Centauro Quirón: cf. *Il.* IV 192-219, pasaje que además, en ciertos detalles, parece ser aquí imitado por Quinto.

[304] En *Il.* XXIII 850-883 tiene lugar la prueba de tiro con arco, en la que también participa Teucro, por ser un hábil arquero (cf. nota 282), aunque su rival es Meriones (aquí sustituido con más propiedad por Ayante Oilíada, quien en *Il.* XIII 712-718 es considerado el jefe de los arqueros locrios).

produjo el bronce un agudísimo sonido. Teucro, con el corazón muy impaciente, disparó el segundo una flecha, y al punto cortó el airón ese agudo dardo; grandes gritos lanzaron las tropas al contemplarlo, y sin cesar lo glorificaron, porque a aquél le dolía la herida de su veloz pie[305], pero no les impidió ésta a sus manos arrojar con acierto el veloz dardo. Y le entregó la esposa de Peleo las hermosas armas de Troilo, comparable a un dios, el mejor con mucho de los jóvenes en la sacrosanta Troya, al que dio a luz Hécuba, quien apenas pudo disfrutar de su esplendor, pues la pica y a la vez la fuerza del cruel Aquiles le privaron de la vida. Como cuando en un jardín, cubierto de rocío y floreciente, alguien corta con una hoz recién afilada, antes de que den su fruto, una espiga o una adormidera, que brotan muy cerca de un pozo lleno de agua, y no les deja llegar a una buena sazón ni producir otra semilla, al segarlas vacías y sin semillas para el futuro, cuando están a punto de crecer lozanas en la primavera cargada de rocío; así el Pelida mató al hijo de Príamo, de figura igual a los dioses, aún imberbe, todavía desconocedor de una esposa, jugando aún con los niños pequeños: lo condujo la Moira a la guerra, exterminadora de mortales, al comienzo de su muy gozosa juventud, cuando los hombres alcanzan la plenitud de su audacia, cuando ya no se apoca su corazón[306].

---

[305] Debida al accidente que ha sufrido antes en la prueba de la carrera (cf. los previos versos 200-205).

[306] La muerte de Troilo debía de ser narrada en las *Ciprias* (según Proclo, pág. 105, lín. 12 Allen): Aquiles sorprendía a este Priámida en emboscada y lo mataba en el templo de Apolo Timbreo, a pesar de su corta edad; cf. Apolodoro, *Epít.* III 32; Virgilio, *En.* I 474-478; Horacio, *Odas* II 9, 15-17. Homero alude a su muerte en *Il.* XXIV 257, pero da a entender que, cuando Aquiles lo mató, Troilo era ya un guerrero maduro que caía en combate —esto último Quinto también lo admite, pero, en una

Al momento probaron muchos, a su vez, a arrojar con sus ágiles brazos el descomunal y sólido disco[307]. Resultaba éste tan pesado, que no era capaz ninguno de los argivos de lanzarlo; sólo Ayante, firme contra el enemigo, lo lanzó con su fuerte brazo, como si se tratara de la rama de una encina silvestre, que en la estación del caluroso verano ha quedado reseca, cuando todas las mieses en los campos se secan. Todos entonces se maravillaron de cuán lejos voló de su mano el bronce, que sólo con mucho esfuerzo habían levantado las manos de dos hombres[308]; éste, antaño, fácilmente lo conseguía tirar con su brazo el violento Anteo, que ponía así a prueba su fuerza, antes de caer abatido por las poderosas manos de Heracles[309]; el excelso Heracles lo tomó junto con un abundante botín y lo guardó como premio ganado por su

---

deliberada contaminación, insistiendo a la vez en la extrema juventud del personaje—.

307 La prueba de lanzamiento de disco se encuentra ya en *Il.* XXIII 826-849. En ella participaba también Ayante Telamonio, pero curiosamente, frente a la aplastante victoria que aquí va a obtener, en ese relato de Homero no resultaba vencedor, superado en el lanzamiento por el lápita Polipetes.

308 Los que previamente se han encargado de traer el disco al concurso, hombres corrientes, muy por encima de los cuales se encuentra un héroe como Ayante, según un típico motivo épico (el contraste, ante todo, entre los poderosos héroes del pasado y los débiles hombres de ahora) que hallamos en Homero (*Il.* V 303 s., XII 447-449 y XXIV 454-456) o en Apolonio de Rodas (*Arg.* III 1365-1368).

309 Anteo era un inhospitalario rey de Libia, que, para darles muerte, obligaba a los extranjeros a luchar contra él. Anteo resultaba invencible porque en contacto con la tierra, supuestamente su madre era la propia Gea, recobraba de continuo las fuerzas; pero, en su búsqueda de las manzanas de oro de las Hespérides —su undécimo trabajo, si bien Quinto situará el combate más bien en el marco de toda una expedición de rapiña—, Heracles hubo de pasar por su reino: peleó contra él y lo derrotó con astucia, manteniéndolo con sus brazos en el aire mientras lo estrangulaba: cf. Apolodoro, *Bib.* II 5, 11.

infatigable brazo, pero más tarde se lo entregó como don al noble Eácida, cuando con él destruyó la gloriosa ciudad de Ilio, de hermosas torres[310], y aquél se lo dio a su hijo, que en sus naves de ligero curso lo llevó a Troya, para, con este recuerdo de su padre, batallar resueltamente contra los troyanos, de gran vigor, y además poder ejercitarse cuando quisiera poner a prueba su fuerza; éste, pues, Ayante lo lanzó muy lejos con su robusto brazo. Y entonces la Nereida le dio las espléndidas armas de Memnón, comparable a un dios, de las que también mucho se admiraron los argivos, pues todas ellas eran sobremanera descomunales[311]. Las recibió exultante ese glorioso guerrero, pues sólo a sus fornidos miembros pudieron éstas adaptarse, revistiendo por completo su gigantesco cuerpo. Se llevó éste también ese gran disco, para deleitarse con él cuando deseara ejercitar su excelso vigor.

Muchos se levantaron entonces para competir en el salto[312]; todas sus marcas Agapénor[313], experto en el manejo de la lanza, las sobrepasó de largo; se alborozaron los demás, cuando saltó tanto ese guerrero. Y la divina Tetis le entregó las hermosas armas del gran Cicno: éste, tras la muerte de Protesilao, les había arrebatado el aliento a muchos, pero acabó por ser el primero de los caudillos que mató el hijo de

[310] El «noble Eácida» es Peleo (para su participación en la primera Guerra de Troya, cf. nota 76).

[311] Cf. ya nota 148.

[312] En los juegos fúnebres en honor de Patroclo no tiene lugar una prueba de salto, pero sí hay referencia a este tipo de competición en los certámenes celebrados en el país de los feacios, en *Od.* VIII 103 y 128.

[313] Aunque caudillo de las tropas arcadias, es un guerrero insignificante en la *Ilíada* (cf. II 603-614).

Peleo, con lo que ya entonces a los troyanos los envolvió la aflicción[314].

Con la jabalina[315] luego superó de largo a sus contrincantes Euríalo[316]; grandes gritos lanzaron las tropas, pues afirmaban que a aquél no se le podía superar ni siquiera con una flecha alada. Por eso le dio la madre del valiente Eácida, para que se la llevara, una vasija de plata de gran cabida, botín que un día Aquiles consiguió tras herir de muerte con su lanza a Mines, cuando devastó la opulenta ciudad de Lirneso[317].

Ayante, de poderoso ánimo, deseoso de pelear con sus puños y sus pies a la par[318], se levantó, y una y otra vez llamó al centro al más bravo de los héroes. Ellos, al verlo, se

---

[314] Cicno, hijo de Posidón, fue el primer caudillo troyano que cayó muerto en la Guerra de Troya (previamente el primer jefe griego fue Protesilao: cf. nota 39): según se relataba en las *Ciprias* (cf. PROCLO, pág. 105, líns. 2 s. ALLEN), fue abatido por Aquiles, quien lo mató de una pedrada (según APOLODORO, *Epít.* III 31) o con su lanza (cf., aquí mismo, IV 153), o bien mediante estrangulamiento, según la peculiar versión en que este caudillo era invulnerable: cf. OVIDIO, *Met.* XII 71-145.

[315] La prueba de la jabalina tiene ya lugar en *Il.* XXIII 884-897, donde Agamenón, dada su habilidad, y dada también su categoría, gana el primer premio directamente, sin que Aquiles le deje competir.

[316] Euríalo (cf. *Il.* II 565 s.) era el menos relevante de los tres caudillos argivos en Troya (los otros dos son Diomedes y Esténelo: cf. notas 46 y 47).

[317] HOMERO recuerda en *Il.* II 689-693 cómo Aquiles (cf. nota 281) conquistó y saqueó Lirneso, la ciudad de los léleges al sur de la Tróade, cerca de Tebas Hipoplacia: mató entonces, junto con su hermano Epístrofo, al rey Mines, hijo de Eveno, y obtuvo como botín a su esclava favorita, Briseida.

[318] Con esta expresión (similar a la de PÍNDARO, *Nem.* X 48), alude Quinto indirectamente a la dura prueba del pancracio, mezcla de lucha libre y boxeo que aquí resulta un anacronismo, pues sin duda este tipo de competición era aún desconocido en época homérica; de ahí la precavida perífrasis.

maravillaron de ese poderoso y vigoroso guerrero, y no se atrevió nadie a llegársele de frente, pues un doloroso temor quebró el valor de todos, y en su fuero interno miedo tenían de que a alguno, vapuleándolo con sus infatigables puños, a fuerza de golpes de inmediato le destrozara el rostro, y un gran daño recibiera así ese guerrero. Por fin todos coincidieron en Euríalo, firme en la batalla, pues bien sabían que era experto en el pugilato[319]; mas éste en el centro, temeroso ante ese audaz guerrero, pronunció tales palabras:

«Amigos, a cualquier otro aqueo, el que queráis, osaré enfrentarme, pero ante el gran Ayante me he quedado asombrado, pues mucho me aventaja: me hará añicos el corazón, si de él se apodera la cólera cuando se abalance sobre mí, pues no creo que escape yo de este infatigable guerrero para regresar sano y salvo a las naves».

Al hablar así él, se echaron a reír; Ayante, de poderoso ánimo, sintió en su fuero interno total satisfacción. Se llevó dos talentos de resplandeciente plata, que Tetis le dio como premio a su victoria sin fatiga alguna; al mirar a Ayante, se acordó ella de su querido hijo, y el duelo invadió su corazón.

Con presteza se levantaron a su vez aquellos que tenían su corazón interesado en la carrera de carros[320], animados

---

[319] Euríalo, reciente triunfador en el lanzamiento de jabalina, participaba ya en la competición de pugilato celebrada en los juegos en honor de Patroclo (cf. nota 293), pero no llegaba entonces a hacer exhibición de esa supuesta maestría suya con los puños, pues era fácilmente derrotado por Epeo (cf. ya nota 298).

[320] Por fin va a tener lugar la carrera de carros, prueba que, en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, era la primera y más importante de las celebradas, contada por Homero a lo largo de *Il.* XXIII 262-652. Quinto, por el contrario, la ha relegado casi al final y le va a dedicar muchos menos versos, a pesar de lo cual, por supuesto, es notoria la influencia en su relato del citado pasaje homérico.

por el premio: el primero Menelao, luego Eurípilo[321], audaz en la batalla, Eumelo[322], Toante[323] y Polipetes[324], igual a un dios. Colocaron el atelaje a sus caballos y los engancharon a sus carros, ansiosos todos por alcanzar la muy gozosa victoria. De inmediato se reunieron para echar las suertes, montados en esos carros[325] por aquel arenoso terreno; se colocó cada uno en su puesto de la línea de salida; rápidamente cogieron las riendas con sus fuertes manos. Los caballos tropezaban en sus tiros, intranquilos por cómo salir en cabeza, y abajo movían en vano sus patas; pusieron tiesas las orejas y con su espuma bañaron las testeras[326]. Ellos, al punto, fustigaron a toda prisa a esos impetuosos caballos de ágiles cascos; éstos, semejantes a las veloces Harpías, rápidamente

---

[321] Eurípilo era en Troya un destacado caudillo tesalio, al mando de las tropas procedentes de las ciudades de Ormenio y Asterio (cf. *Il.* II 734-737).

[322] Eumelo, hijo de Admeto, el esposo de Alcestis, es otro caudillo tesalio, venido a Troya con sus huestes de Feras, Beba, Gláfiras y Yolco (cf. *Il.* II 711-715). De todos los competidores aquí mencionados, es, junto con Menelao, el único que participa en la carrera de carros de *Il.* XXIII (cf. nota 320), y ello a causa de que sus yeguas, criadas por Apolo (según HOMERO, *Il.* II 763-767), eran con diferencia las mejores que había en el campamento griego. De hecho, aunque Eumelo llega el último en esa carrera a causa de un accidente provocado por Atenea (cf. XXIII 391-398), Aquiles no se resiste en XXIII 532-565, al contemplar sus corceles, a darle uno de los más valiosos premios de consolación.

[323] Toante, otro notable caudillo, comandaba en Troya los ejércitos etolios (cf. *Il.* II 638-644).

[324] Cf. notas 53 y 307.

[325] Hasta aquí traducimos en esta frase el problemático verso 506: para su interpretación, por supuesto, seguimos a F. VIAN, bastante conservador con el texto: cf. *Quintus de Smyrne...* I, pág. 155, n. 3 y *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus...*, págs. 116 s.

[326] Esta última frase, debido a la forma corrupta de su verbo, la mantiene F. VIAN entre cruces; nosotros nos atenemos, una vez más, a sus plausibles comentarios: cf. *Quintus de Smyrne...* I, pág. 155, n. 4.

515 dieron un gran salto, indignados bajo sus colleras, y a galope tiraron de los carros, que del suelo salieron volando; no era posible ver ni los carriles ni las huellas de los cascos en el suelo: tan fogosa carrera realizaban los caballos. Desde la llanura llegaba al éter una enorme nube de polvo, parecida
520 al humo o a la niebla, que en los montes extiende alrededor de los riscos el ímpetu del Noto o del Céfiro, al despertar el invierno, cuando la lluvia baña esos montes. Los caballos de Eumelo se lanzaron con un gran salto; les seguían los de
524 Toante, comparable a un dios; cada uno gritaba sobre su carro; se desplazaban ellos sobre la llanura de amplio territorio [***]:

526 «[***][327] desde la divina Élide, porque en verdad llevó a cabo una gran hazaña al adelantar al veloz carro del malintencionado Enómao, que entonces causaba la muerte des-

[327] Tras el verso 524 hay una laguna de otros cuarenta y ocho exactamente, todo un folio extraviado en el manuscrito original (cf. los presentes problemas en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* I, pág. XLVIII). En este pasaje perdido se narrarían, evidentemente, el desarrollo y el resultado de la carrera, que podemos imaginar por los posteriores versos 533-541: Toante y Eurípilo sufrirían algún percance y caerían de sus carros al suelo; Menelao, por el contrario, lograría alcanzar al adelantado Eumelo y lo superaría hasta llegar el primero a la meta; su victoria, finalmente, motivaría las palabras de elogio de algún aqueo —tal vez el elocuente Néstor—, quien para ello evocaría la célebre carrera de carros en que se enfrentaron Pélope y Enómao, leyenda que va a ser el contenido final de su discurso, que ya se nos ha conservado a partir del verso 526. Hemos de añadir que nos falta aquí también el 525: ocurre que el folio siguiente al perdido, el que contenía los actuales versos 526-573 se vio desplazado de su sitio y fue colocado por error tras el que ahora es el verso V 158a; una vez restituido a su correcto lugar, este folio se trajo consigo a ese V 158a, que sorprendentemente quedó como el verso IV 525 (así se hallaba marcado en las ediciones anteriores a A. Zimmermann); por último, éste fue hábilmente devuelto a su sitio por M. Treu (en su trabajo «Ueber den Parrhasischen Codex...», págs. 365-372) y hubo entonces de quedar ya, pues, como V 158a.

piadada a aquellos jóvenes que pretendían la mano de su hija, la muy prudente Hipodamía[328]. Y eso que no poseía aquél[329], a pesar de su dedicación a los concursos ecuestres, unos caballos de cascos tan veloces, sino unos con patas mucho más débiles, pues se asemejaban los otros a los vientos».

Con tales palabras glorificaba el ímpetu de esos caballos y al propio Atrida; en lo más profundo de su ánimo sintió éste un gran regocijo. Al punto sus ayudantes desataron de sus colleras a aquéllos, que no dejaban de jadear; también desataron sus caballos, de huracanados cascos, todos los demás, cuantos compitieron en la prueba de la carrera. A Toante, comparable a un dios, y a Eurípilo, firme en la batalla, con presteza los curó Podalirio de todas sus heridas, con cuantas se desgarró su piel cuando cayeron del carro. Sin descanso se regocijaba el Atrida por su victoria; y Tetis, de hermosos bucles, le regaló una bella copa de oro, valiosa

[328] Enómao, rey de Pisa —en la Élide—, poseedor de unos magníficos caballos que le habían sido entregados por su padre Ares, obligaba a los pretendientes de su bella hija Hipodamía a competir contra él en una carrera de carros, tras lo que, como siempre resultaba vencedor, les daba muerte sin piedad; pero el joven Pélope, dueño, a su vez, de unos velocísimos caballos alados que le habían sido regalados por Posidón —según una versión que Quinto no parece tener muy en cuenta, por lo que va a comentar sobre la debilidad de estos corceles—, consiguió derrotarlo gracias a la complicidad de la enamorada Hipodamía y a la traidora colaboración del auriga de aquél, Mírtilo, quien saboteó el carro de su amo para que se estropeara durante la competición y volcara, lo que finalmente le costó la vida a Enómao, que quedó entonces enganchado en sus riendas y se vio violentamente arrastrado por sus caballos: cf. HESÍODO, fr. 259a MERKELBACH-WEST; PÍNDARO, *Ol.* I 67-88; DIODORO DE SICILIA, IV 73; APOLODORO, *Epít.* II 3-5; o HIGINO, *Fáb.* 84.

[329] Pélope, evidentemente (cf. nota anterior).

posesión de Eetión, comparable a un dios, antes de que devastara Aquiles la ínclita ciudad de Tebas[330].

Por su parte, otros prepararon sus caballos de una sola testera y los dirigieron al lugar de la carrera[331]; cogieron en sus manos las fustas de cuero de buey y todos de un brinco montaron en tales caballos; éstos mordisqueaban los frenos entre sus mandíbulas, al tiempo que los llenaban de espuma, y con sus patas golpeaban la tierra, impacientes por salir de un salto. De inmediato dio para ellos comienzo la carrera; desde la línea de salida rápidamente se lanzaron, ávidos por competir, iguales a las tempestades del Bóreas, que con gran fuerza sopla, o del resonante Noto, cuando el vasto ponto encrespa éste con las ráfagas de un huracán, en la época en que se alza el doloroso Altar, que a los marineros ocasiona una angustia de muchos lloros[332]; así se precipitaron éstos, que con sus rápidos cascos levantaban en la llanura un polvo infinito. Los jinetes alentaban a voces cada uno a su caballo, mientras con el látigo en una mano lo golpeaban de continuo, y con la otra sin cesar sacudían el freno, que mucho re-

---

[330] Cf., *supra,* notas 19 y 223.

[331] Va a tener lugar, como última prueba, una carrera de caballos, lo que está aquí claramente indicado por esa testera única que caracterizaba a los corceles empleados para estas competiciones y no para las carreras de carros (cf. Píndaro, *Ol.* V 7; Eurípides, *Alc.* 428 s. y *Supl.* 586 y 680). Esta prueba resulta igualmente anacrónica, pues no era todavía conocida en época heroica (en Homero, ni existen las carreras de caballos ni se emplea siquiera aún en combate la caballería [cf. ya nota 243]: en sus epopeyas sólo se habla de la monta de caballos [con la excepción del problemático pasaje de *Il.* X 513 s. y 527-531] en unos cuantos símiles: cf. *Il.* XV 679-684 y *Od.* V 371).

[332] El Altar o Ara es una constelación del hemisferio austral, bajo la cola del Escorpión, que para nosotros sólo se hace visible unos pocos días hacia el 20 de noviembre; dada su aparición en esta fecha, es normal que se halle asociada al mal tiempo y las tempestades en el mar (cf. Arato, *Fenómenos* 402-430).

sonaba entre las quijadas. Los caballos galopaban, y en la tropa iba acrecentándose un indecible clamor; seguían volando aquéllos por la ancha llanura. Y entonces al momento habría vencido con gran holgura un brioso caballo venido de Argos, que montaba Esténelo[333], si no se hubiera salido aquél fuera de la pista y hubiera marchado repetidas veces a la llanura; a pesar de su talento, no era capaz con sus manos el hijo de Capaneo de hacerle dar la vuelta, porque ese caballo era aún desconocedor de las competiciones. Pero tampoco era de origen humilde, pues pertenecía a la divina estirpe del veloz Arión, al que, tras su unión con el muy rugiente Céfiro, parió la Harpía para ser el mejor con mucho de todos los demás caballos, porque, gracias a sus ágiles patas, solía rivalizar con los veloces vendavales de su padre, tras lo que Adrasto lo obtuvo como don de los bienaventurados[334]; a és-

[333] Cf. ya nota 47; como luego se va a indicar, Esténelo es hijo del famoso Capaneo, uno de los siete caudillos que comandaron la desastrosa expedición contra Tebas (cf. *Il.* IV 403-410).

[334] Según los relatos de la *Tebaida* cíclica (cf. fr. 4 Allen), el caballo divino Arión era posesión del rey argivo Adrasto, el organizador de la expedición de los Siete contra Tebas y el único de estos caudillos que regresó con vida de esa fracasada empresa, ya que, en el momento de la derrota de sus ejércitos, pudo escapar montado precisamente en tal corcel. A la hora de ofrecer los detalles relativos a este caballo, Quinto no tiene muy en cuenta las leyendas tradicionales y resulta bastante impreciso y acomodaticio: la versión más extendida afirmaba que Arión era hijo de Posidón habido con Deméter, quien, para tratar de escapar a su persecución amorosa, se había metamorfoseado en la Erinis Tilfosa o en una yegua, con lo que aquél hubo de tomar la figura de un caballo para unirse a ella (cf. Apolodoro, *Bib.* III 6, 8; Pausanias, VIII 25, 4-10; Ovidio, *Met.* VI 118 s.): Quinto, por el contrario, le da sin más a Arión los mismos padres que en la *Ilíada* (cf. XVI 148-151) tenían los caballos igualmente inmortales de Aquiles, el Céfiro y la Harpía (no se precisa que ésta sea en concreto la llamada Podarga: cf. nota 251); por otro lado, tampoco entra Quinto en los detalles que atañen a la adquisición de este caballo por parte de Adrasto: aquí simplemente lo ha recibido de los dioses. En cambio, el escolio a *Il.*

te se debía la estirpe de aquel corcel, que en la muy divina Troya el hijo de Tideo entregó como don a su compañero[335]. Éste, muy confiado en su velocidad, por ser tan rápido, entre los primeros lo condujo él en persona al certamen, para competir con los otros caballos, creyéndose que alcanzaría gran gloria en ese concurso ecuestre. Pero no quedó satisfecho su corazón, tras todo lo que se hubo de esforzar él en los juegos en honor de Aquiles, pues llegó el segundo: a pesar de ser su corcel tan rápido, lo adelantó el Atrida gracias a su pericia. Las tropas glorificaban a Agamenón, al caballo de Esténelo, de audaz espíritu, y a éste mismo también, porque acabó el segundo, aun cuando repetidas veces se alejó su corcel de la meta, lanzado con la gran fuerza de sus patas. Y entonces Tetis le regaló al exultante Atrida la coraza de plata de Polidoro[336], vástago de los dioses; y también le dio a Esténelo el sólido casco de bronce de Asteropeo, además de sus dos lanzas y su indestructible cinturón[337].

XXIII 347 (cf. también PAUSANIAS, VIII 25, 10) nos explica que Posidón entregó su hijo a un tal Copreo, quien se lo regaló al mismo Heracles, que fue quien se lo cedió a Adrasto.

[335] A no ser que haya una insospechada laguna tras el verso 573, Quinto se ha olvidado de indicar cómo este caballo, hijo o descendiente de Arión, que debía de pertenecer también a Adrasto, pasó en cierto momento a ser posesión de Diomedes; pudiera haberlo recibido sencillamente en herencia: su padre Tideo era yerno de Adrasto, pues estaba casado con su hija Deípile (cf. APOLODORO, *Bib.* III 6, 1).

[336] Polidoro, para HOMERO (que no tiene en cuenta a Troilo: cf. nota 306), el más joven de los hijos de Príamo, cae en combate a manos de Aquiles en *Il.* XX 407-418.

[337] En los juegos de *Il.* XXIII, entregaba Aquiles algunas piezas de la armadura que le arrebatara a este caudillo peonio (cf. nota 232) en *Il.* XXI 182 s.: su coraza se la ofrecía a Eumelo en 560-562 (cf. nota 322), y su daga la añadía a las armas de Sarpedón, premio para la *hoplomachía* (cf. nota 289), en 807 s.

A los demás jinetes, y a cuantos aquel día acudieron a competir junto a la tumba de Aquiles, a todos les entregó ella dones[338]. Por su causa tenía el corazón afligido el hijo del valiente Laertes, porque, deseoso como estaba de la victoria, lo apartó de los esforzados juegos la dañina herida que le causó el poderoso Alcón, cuando se echó a combatir en torno al cadáver del fuerte Eácida[339].

---

[338] Tanto en Homero como en Quinto, todos los participantes en las distintas pruebas reciben su debido premio, pero existe entre ambos autores una notable diferencia: en Homero todos los premios, principales o de consolación, se enumeraban con detalle y se concedían al término de cada prueba; Quinto, por el contrario, sólo ha ido describiendo los primeros premios, entregados de inmediato al ganador de cada competición, y se conforma aquí con una indicación final que da a entender que, en cambio, sólo cuando han finalizado los juegos se han repartido obsequios entre todos los demás que en ellos han tomado parte.

[339] Cf. III 308-319. Con este apunte final, además de recordar el motivo que ha impedido a un caudillo como Odiseo participar en estos juegos, Quinto justifica ya el empeño que tal personaje va a tener por conseguir las armas de Aquiles en el libro siguiente, en el episodio del «Juicio de las Armas».

LIBRO V

Mas cuando los numerosos juegos concluyeron, entonces las inmortales armas de Aquiles, de gran corazón, las colocó en el centro la diosa Tetis. Todo alrededor resplandecían cuantos relieves hizo figurar la fuerza de Hefesto en la superficie del escudo del Eácida, de audaz espíritu[340].

En primer lugar, estaban bien labrados, sobre esta obra fabricada por un dios, el cielo y el éter, y junto a la tierra se

[340] Va a tener lugar a continuación una *ékphrasis* de las armas de Aquiles, descritas ya por Homero, cuando Hefesto las fabricaba, en *Il.* XVIII 478-613. Quinto es deudor de este pasaje, aunque en algunos detalles va a resultar sorprendentemente innovador. La descripción minuciosa del armamento de los héroes —centrada en las primorosas escenas que se hallan representadas en la superficie del escudo o de alguna otra pieza— es un recurso muy del gusto de Quinto de Esmirna (en VI 200-293 se ocupa del escudo de Eurípilo, y en X 180-205 de los relieves grabados en el tahalí y el carcaj de Filoctetes), pero es también un motivo recurrente en el género épico (cf. Hesíodo, *Escudo* 139-320; Apolonio de Rodas, *Arg.* I 721-773; Virgilio, *En.* VIII 616-731; Nono de Panópolis, *Dion.* XXV 383-567, etc.). Véase F. Vian *(Quintus de Smyrne...* II, pág. 4-7) para un amplio comentario de la complicada disposición, en este escudo de Aquiles, de los variados elementos y escenas diversas que de inmediato vamos a poder examinar.

hallaba el mar. Allí los vientos, las nubes, la luna y el sol se distinguían cada uno en su lugar; estaban grabados todos los astros, cuantos se desplazan girando por el cielo[341]. Bajo ellos se extendía igualmente el aire infinito; en él revoloteaban las aves de largos picos: podrías decir que estaban vivas y se movían a la par que las ráfagas. Alrededor estaban grabados Tetis y la profunda corriente del Océano; del círculo de sus aguas inmediatamente se derramaban, cada uno por una parte, los cursos de los ríos dignos de reparo, que a través de la tierra serpenteaban[342].

Y en torno estaban bien labrados, en unos enormes montes, espantosos leones y despiadados chacales; allí había crueles osas y panteras; y junto a estas fieras, poderosos jabalíes afilando bajo sus feroces mandíbulas con gran ruido sus dañinos colmillos, que entonces con fuerza rechinaban. Allí estaban los cazadores, que por detrás les soltaban sus impetuosos perros, mientras otros hombres, que a su vez les arrojaban piedras y ligeras jabalinas, acometían cara a cara, como en la realidad[343].

---

[341] Similar representación global del universo se encuentra en el inicio también de la descripción que hace HOMERO de las escenas grabadas en este escudo de Aquiles: cf. *Il.* XVIII 483-489.

[342] Se entiende aquí que de la corriente circular que representan Tetis y su esposo Océano (cf. notas 118 y 119) surgen, tierra adentro, los distintos ríos, que no son sino sus hijos (así en HESÍODO, *Teog.* 337-370); para el sorprendente calificativo que aquí reciben éstos, *alegeinós,* fruto en realidad de una mala interpretación, cf. F. VIAN, *Recherches...*, pág. 155.

[343] No hay escenas de fieras y de caza en la descripción que HOMERO hace del escudo de Aquiles, en la que sólo se detalla el asalto de un par de leones a una vacada, con unos pastores lanzándoles a sus perros para rechazarlos (cf. *Il.* XVIII 579-586). Tampoco parece haber influencia, en nuestro pasaje, de las escenas de ese tipo que sí tienen lugar en el escudo de Heracles descrito por HESÍODO: cf. *Escudo* 168-177 (combate entre jabalíes y leones) y 302-304 (cazadores persiguiendo con sus perros a varias liebres).

Allí también se encontraban las guerras, destructoras de hombres, y allí los horrendos tumultos. Alrededor yacían muertas las tropas, confundidas entre sus veloces caballos; sobre este escudo invencible, toda la llanura parecía bañada en abundante sangre. Allí estaban el Terror y el Miedo, y la luctuosa Enío, con todos sus miembros salpicados de aciaga sangre; allí la funesta Eris y las Erinies de poderoso ánimo: la una, incitando a los guerreros a marchar a la irresistible refriega; las otras, exhalando una llamarada de devastador fuego. A su lado, se lanzaban con furia las inexorables Keres, y entre ellas merodeaba el ímpetu del aciago Tánato; cerca de él se encontraban los horrísonos Combates: sangre y sudor chorreaban desde todos sus miembros hasta el suelo. Allí estaban además las despiadadas Gorgonas: en torno a ellas habían sido representadas, alrededor de sus cabellos, unas espantosas serpientes que de forma horrible hacían vibrar sus lenguas. ¡Una maravilla infinita resultaban aquellos relieves, que gran miedo causaban a los hombres, porque eran semejantes a seres vivos dotados de movimiento! [344].

---

[344] En el escudo de Aquiles descrito por Homero aparece también una extensa escena de guerra: aunque está centrada, a diferencia de lo que aquí apenas expone Quinto al principio, en los episodios concretos del asedio a una ciudad y de una emboscada, se encuentra también presidida por varias de estas alegorías bélicas, es decir, Eris, el Tumulto *(Kydoimós)* y Ker: cf. *Il.* XVIII 509-540 —hay una ciudad en guerra, igualmente, en el escudo de Heracles descrito por Hesíodo: cf. *Escudo* 237-270, donde se muestran las Keres y la Tiniebla *(Achlýs)* como alegorías—. Es de notar que, en su recreación, Quinto se ha dedicado ante todo a acumular un buen numero de esas abstracciones (cuyos nombres nosotros hemos transcrito o sólo traducido según su presencia en la tradición mítica: cf. nota 18): el Terror *(Phóbos)* y el Miedo *(Deîmos)*, hijos de Ares (según Hesíodo, *Teog.* 933-936), ya aparecían animando a los guerreros a la batalla, en compañía de Eris, en *Il.* IV 439-445; resultan bien conocidos Enío, Eris, las Erinies, las Keres y Tánato (cf., respectivamente, notas 62, 27, 8, 30 y 18); los Combates *(Hysmînai)*, aunque meras personificaciones carentes de identidad,

Éstas eran todas las monstruosidades de la guerra que habían sido grabadas; aparte estaban los muy hermosos trabajos de la paz. Aquí y allá, innumerables naciones de muy laboriosos hombres habitaban hermosas ciudades; lo supervisaba todo la Justicia; cada uno aplicaba sus manos a un trabajo; alrededor estaban los campos cargados de frutos, y la negra tierra florecía[345]. Elevadísimo y escabroso, sobre esta obra fabricada por un dios, estaba grabado el monte de la muy divina Virtud, y allí también estaba ella de pie, sobre la copa de una palmera subida, tan alta que tocaba el cielo. Todo alrededor, los senderos, cortados por espesos espinos, impedían a los hombres un fácil acceso, porque muchos se retiraban hacia atrás, estupefactos ante esos escarpados caminos, y pocos ascendían sudorosos por la sagrada senda[346].

---

ya son introducidos por Hesíodo como hijos de Eris (en *Teog.* 228); las Gorgonas, en fin, muy conocidas por sus cabellos de serpientes, aun cuando propiamente nada tienen que ver con las guerras o la muerte, son añadidas debido a su naturaleza monstruosa; aunque la Gorgona ya se hallaba grabada, junto con los aludidos Miedo y Terror, en el escudo de Agamenón (cf. *Il.* XI 36s.); y en el mencionado de Heracles aparecían estas Gorgonas acosando a Perseo (cf. *Escudo* 216-237), en una escena inmediatamente anterior a la de la guerra que en él figuraba.

[345] La ciudad en paz y armonía también aparece en el escudo de Aquiles: cf. *Il.* XVIII 491-508, donde se exponen muchos más detalles de los que aquí recoge Quinto, ya que se refieren los festejos de una boda y un litigio que está teniendo lugar en el mercado, acontecimiento que en nuestro pasaje parece evocarse con esa alusión a *Díkē,* la Justicia personificada, diosa ya bien conocida desde Hesíodo, que la presenta como una de las Horas (pero cf. nota 151) en *Teog.* 901 s.

[346] Esta alegoría del Monte de la Virtud, ya en Hesíodo *(Trabajos y Días* 289-292), le resulta a Quinto muy grata (la retomará, con otros detalles y modificaciones, en XII 292-296 y XIV 195-200), ya que, dentro de su tendencia a la moralización, es un buen exponente de uno de sus motivos favoritos: la exaltación del *pónos,* el esfuerzo, como único recurso verdadero para alcanzar la excelencia (cf., *supra,* I 459 s. y 738; II 76 s. y 275 s.; IV 87; e *infra,* VI 451; VII 565 s.; IX 105, etc.). Es aquí notorio el

Allí estaban los segadores, que marchaban por un ancho surco, presurosos con sus hoces recién afiladas, y a sus manos sucumbía la mies seca; iban siguiéndolos otros muchos atadores de gavillas: avanzaba así la tarea cada vez más. Allí los bueyes, con su cerviz siempre bajo el yugo, tiraban unos de las carretas cargadas de gavillas de buenas espigas, mientras otros, a su vez, araban la tierra, y tras ellos la llanura se ennegrecía; les seguían detrás los hombres, que en una y otra mano sucesivamente llevaban las aguijadas para estimular a esos bueyes: se revelaba así una obra indescriptible[347].

Allí había flautas y cítaras en unos banquetes; allí, al lado de jóvenes muchachos, se encontraban unos coros

---

dato exclusivo de la palmera a la que se halla subida la propia Virtud. Se ha supuesto que Quinto tal vez se haya inspirado en alguna representación simbólica que pudo haber contemplado en persona en el templo de la Virtud que, según Filóstrato (*Vida de los sofistas* I 25 s.), se hallaba localizado precisamente en Esmirna. Este árbol poseía un importante carácter sagrado tanto en Oriente, donde estaba dedicado a los dioses solares y era símbolo de fecundidad, e incluso servía de decoración en el Templo de Jerusalén (cf. también, aquí mismo en XI 92-98, ciertas palmeras prodigiosas de Cilicia) como en Grecia: según Pausanias (X 15, 4), los atenienses consagraron en Delfos una estatua de Atenea sobre una palmera de bronce. Para todo este tema del Monte de la Virtud en Quinto, cf. los trabajos de C. S. Byre, «Per aspera (et arborem) ad astra. Ramifications of the allegory of Arete in Quintus Smyrnaeus...», págs. 184-195 y S. E. Basset, «The hill of success...», págs. 414-418.

[347] Hay escenas similares de estos trabajos en el campo en la descripción que Homero hace del escudo de Aquiles: los agricultores arando con sus bueyes aparecen en *Il.* XVIII 541-549, y la jornada de siega se detalla a continuación, en 550-560; en el *Escudo* de Hesíodo (286-301) hay también escenas de este tipo, pero, por lo que respecta a la expresión, Quinto parece seguir únicamente a Homero.

de mujeres: por sus movimientos, parecían ellas estar vivas[348]. Cerca de la danza y del grato festín, con espuma aún en sus cabellos, emergía del ponto la Cípride, de hermosa corona —revoloteaba en torno a ella el Deseo—, con una sonrisa encantadora, en compañía de las Gracias de hermosos cabellos[349].

Allí estaban las hijas del magnánimo Nereo, que del mar de anchos caminos traían a su hermana para su boda con el valiente Eácida. Al lado, todos los inmortales banqueteaban en la alta cima del Pelio; alrededor había húmedos y verdegueantes prados, embellecidos por las infinitas flores de la hierba, bosques y hermosas fuentes de aguas cristalinas[350].

Las naves, en medio de crujidos, se desplazaban sobre el ponto: unas, escoradas en su carrera; otras, avanzando dere-

[348] Contamos también con escenas de banquete y baile en el escudo de Aquiles que describe HOMERO: con motivo de la boda celebrada en la ciudad próspera (cf. nota 345), hay festines y danzas en *Il.* XVIII 491-496, y luego, en 590-606, somos testigos de lo que acontece en una pista de baile (en el escudo de Heracles descrito por HESÍODO son apuntadas algunas escenas similares: cf. *Escudo* 272-285).

[349] Nos hallamos aquí, repentinamente, con una representación de Afrodita *anadyoménē*, esto es, la diosa Afrodita (la Cípride: cf. nota 89) surgiendo de entre la espuma del mar en el momento de su nacimiento, según la célebre leyenda expuesta por HESÍODO (cf. notas 121 y 122), en la que tenía su presencia el Deseo o *Hímeros*, que, junto con el Amor o *Éros* (y no, como aquí, las Gracias), aparecía ya entonces acompañando a la recién surgida deidad (cf., concretamente, *Teog.* 201). Esta escena no tiene lugar en la *ékphrasis* de *Il.* XVIII, pero, por su naturaleza alegre, queda justificada en el actual contexto festivo.

[350] Nueva evocación de las bodas de Tetis y Peleo (cf., *supra*, notas 181, 263 y 274). Tal episodio no se encontraba tampoco recogido por HOMERO en su descripción del escudo de Aquiles, pero Quinto parece aquí introducirlo, sin más, al recordar que, según aquél, en esta pieza sí se hallaban grabadas unas bodas, aunque entre simples mortales (en *Il.* XVIII 491-496: cf. notas 345 y 348).

chas; a su alrededor, se alzaba encrespada una dolorosa ola. Los estupefactos marineros, cada uno por un sitio, se espantaban ante las borrascas desencadenadas, como en la realidad, mientras recogían las blancas velas, para así escapar a la muerte; otros estaban sentados a los remos, donde agotaban sus fuerzas; y en torno a esas naves, movidas por el continuo remar, se emblanquecía el negro ponto.

Junto a ellos, sonriente entre sus marinos cetáceos, estaba labrado el Sacudidor de la Tierra; sus caballos de huracanados cascos, como en la realidad, lo llevaban presurosos sobre el ponto, fustigados por su látigo de oro; a su paso, las olas alrededor se apaciguaban, y por delante se iba produciendo la calma chicha. A uno y otro lado de su soberano, los delfines se congregaban apiñados y mostraban una interminable alegría, festejando la venida de su rey: entre el brumoso oleaje del mar parecían ellos nadar, a pesar de estar hechos en plata[351].

[351] Tampoco tienen su precedente en la descripción de *Il.* XVIII estas dos escenas marinas, con el mar tanto azotado por las tempestades como luego en reposo. Es tentador postular, para ese cuadro final en que Posidón aleja el temporal y trae consigo la calma, una influencia de Virgilio, que narra un desenlace muy semejante para su famosa tempestad del libro I de la *Eneida* —con expresiones muy similares a lo largo de los versos 142-156; y aun cf., también, *En.* V 816-826—, pero lo cierto es que podemos hallar en otros pasajes de más admisible influencia unos motivos coincidentes: Posidón aparece sobre su carro, desplazándose por el mar y siendo secundado por los cetáceos, en *Il.* XIII 23-31; los delfines apiñados y alborozados son representados por Hesíodo en *Escudo* 209-213. Es de notar que, en el verso 212 de este último pasaje, se habla también de la plata como el material donde esos delfines se encuentran labrados: Quinto ha imitado, pues, esta referencia, y, de ese modo, podemos aquí saber por fin el metal con que está fabricado el escudo de Aquiles, al que únicamente, en una rápida alusión, se le añadirán unas incrustaciones de oro (VII 197 s.).

Miles de escenas distintas se hallaban a lo largo del escudo, artísticamente trabajado por las inmortales manos de Hefesto, de sagaz espíritu. Todo ello lo coronaba la profunda corriente del Océano, pues estaba por fuera, por la orla en la que quedaba fijado todo el escudo y estaban engastados todos aquellos relieves[352].

Junto a éste se encontraba el casco, que tan pesado resultaba. En él estaba grabado Zeus con aspecto de estar muy enojado, subido en lo alto del cielo; a su alrededor combatían los inmortales, que habían unido sus fuerzas a las de Zeus en su enfrentamiento contra los Titanes. A éstos ya los envolvía un voraz fuego; incesantes rayos, semejantes a la nieve, eran esparcidos desde el cielo, pues inefable se desataba el poder de Zeus; aquéllos entonces aún alentaban, con la apariencia de quienes se ven abrasados por las llamas[353].

Cerca estaba inclinado el peto de su coraza, enorme, irrompible y macizo, el que daba cabida al pecho del Pelión. Y estaban sus prodigiosas grebas, con toda su labor: sólo a Aquiles le resultaban ligeras, siendo como eran en realidad tan robustas. A su lado, resplandecía sobremanera su irresistible espada, destacada por su tahalí de oro y su vaina de

[352] También Homero pone fin a su descripción del escudo de Aquiles (en *Il.* XVIII 607 s.) con esta orla exterior en que, en buena lógica, está grabada la ya mencionada corriente del Océano (en los versos 14-16), río circular que aquí rodea simbólicamente este escudo, del mismo modo que en la realidad, según se creía antiguamente, ocupaba el contorno del disco llano que se suponía era la Tierra (cf. notas 118 y 119).

[353] Quinto se imagina, por cuenta propia, que en el casco de Aquiles se halla representada toda una Titanomaquia (cf. nota 96). Según opina F. Vian *(Quintus de Smyrne...* II, pág. 22, n. 6), es muy probable que entonces nuestro poeta se haya inspirado, directa o indirectamente, en la propia iconografía, pues la escena aquí descrita ofrece los mismos motivos que una conocida Gigantomaquia (cf. nota 32), la que se encontraba en el reverso del escudo de la famosa Atenea criselefantina de Fidias.

plata; ensamblada encima de ella, la empuñadura de marfil resaltaba deslumbrante entre esas divinas armas. Junto a éstas, se hallaba tendida sobre el suelo su poderosa pica, la Pelíade, igual a un abeto de alto follaje, que aún hedía al crúor y la sangre de Héctor[354].

Y entonces Tetis, de oscuro velo, dijo entre los argivos estas divinas palabras, entristecida aún por Aquiles:

«Ahora ya en este certamen han terminado todos los juegos, cuantos instituí, muy afligida, en honor de mi difunto hijo. ¡Ea! Que venga el que rescató su cadáver, el mejor de los aqueos, pues le voy a entregar, para que pueda ceñírselas, estas admirables e imperecederas armas, que incluso a los bienaventurados inmortales mucho agradan».

Así dijo, y se levantaron, discutiendo ya con palabras, el hijo de Laertes y el de Telamón, comparable a un dios, Ayante, que de largo aventajaba a todos los dánaos[355], como ese astro muy visible por el radiante cielo, el Héspero,

---

[354] Como HOMERO en *Il.* XVIII 609-613, Quinto describe ya rápidamente las restantes armas de Aquiles: aquél menciona también la coraza, el casco, descrito aparte y con más detalle por nuestro poeta, y las grebas; en este pasaje se añaden una espada y la famosa lanza del Pelio, que aquí recibe, debido a su procedencia de este monte (cf. ya nota 85), el calificativo de «Pelíade», epíteto ya empleado, siempre para esta pica, por el mismo HOMERO (cf. *Il.* XVI 143, XIX 390, etc.).

[355] Comienza aquí el episodio del «Juicio de las Armas», en que van a enfrentarse por la posesión de la panoplia de Aquiles Odiseo y Ayante Telamonio (responden a la convocatoria de Tetis porque son quienes, según leímos en III 217-381, tuvieron las más destacadas actuaciones en la batalla en defensa del cadáver de Aquiles). Este episodio se narraba tanto en la *Etiópida* (cf. PROCLO, pág. 106, líns. 16 s. e incluso el fr. 2 ALLEN) como en la *Pequeña Ilíada* (cf. *ibid.*, pág. 106, líns. 20-23 y los frs. 2 s. ALLEN); es también evocado por HOMERO, *Od.* XI 543-564; PÍNDARO, *Nem.* VII 24-30 y VIII 23-34; SÓFOCLES, *Ay.* 1135-1137; APOLODORO, *Epít.* V 6; OVIDIO, *Met.* XIII 1-383; o HIGINO, *Fáb.* 107.

que mucho resplandece entre todas las estrellas[356]; semejante a éste, se colocó aquél junto a las armas del Pelida. Solicitó la presencia del ínclito Idomeneo, del hijo de Neleo y, por supuesto, del ingenioso Agamenón, pues esperaba que éstos tuvieran exacto conocimiento de las acciones de aquella muy gloriosa refriega; del mismo modo, Odiseo confiaba plenamente en ellos, pues eran prudentes e irreprochables entre los dánaos[357]. Pero Néstor les dijo a Idomeneo y al divino hijo de Atreo, aparte de los demás, estas palabras que ambos deseaban oír:

«Amigos, ¡qué daño tan grande e insoportable nos causan en este día los despreocupados Uránidas, al lanzarse el gran Ayante y el muy astuto Odiseo a una insoportable y cruel disputa! Pues aquél de estos dos al que la divinidad conceda alcanzar la gloria, sentirá gozo en su corazón; pero

---

[356] El Héspero —o Véspero, si nos atenemos a la transcripción de la forma latina, *Vesper*, frente a la griega *Hésperos*— es el lucero de la tarde, o vespertino, a menudo identificado con el de la mañana, el Lucífero (cf. nota 129): Higino *(Astron.* II 42, 4) le da al Véspero como padres a Céfalo y Eos, quien suele figurar como la madre del Lucífero (cf. Hesíodo, *Teog.* 381); Bión confunde a ambos como un mismo astro (en fr. XI [VIII] 1-3). El motivo de la preeminencia de este lucero de la tarde, destacado entre todas las demás estrellas del firmamento, se encuentra ya en Homero, *Il.* XXII 317 s.

[357] En ningún otro autor aparecen estos tres reyes como jueces encargados de resolver juntos el pleito del «Juicio de las Armas». Dado que esta aberración exclusiva no va a tener tampoco especial transcendencia —pues esos tres jueces bien pronto van a renunciar al arbitraje que se les ha encomendado—, Quinto se ha permitido aquí ser innovador: mediante una simple contaminación —pues, según las distintas versiones (cf. nota 359), Néstor y Agamenón intervenían, siempre por separado, únicamente para aconsejar o decidir quiénes habían de ser los individuos que dictaran sentencia—, se recurre sin más a quienes no son sino los próceres aqueos de mayor edad y consideración; así puede introducir Quinto incluso a Idomeneo, sin participación tradicional en esta leyenda (cf. notas 104, 133 y 294).

el otro, por el contrario, alimentará un gran rencor y colmará de reproches a todos los dánaos, y más que nadie a nosotros; y tampoco se colocará éste ya a nuestro lado en la guerra, como hiciera antaño. Grande será el dolor para los aqueos, si de uno de ellos se apodera la terrible cólera, porque sobresalen entre todos los héroes: el uno en la guerra, el otro en el consejo. Pero, ¡ea!, hacedme a mí caso, puesto que soy más viejo, y no poco, sino bastante, y además de una avanzada vejez, poseo también gran experiencia, ya que, aparte de conocer dichas, he padecido en la vida muchos dolores. En el consejo, un anciano de mucha sabiduría resulta siempre mejor que un hombre más joven, puesto que sabe miles de cosas. Por eso, encarguemos a bienintencionados troyanos enjuiciar esta querella entre Ayante, comparable a un dios, y Odiseo, amante de la guerra: ante cuál tiemblan más los enemigos[358] o cuál rescató el cadáver del Peléyada de la devastadora guerra; pues entre nosotros hay muchos troyanos apresados con las lanzas, bajo el sino forzoso de un reciente cautiverio, que sobre ellos podrán emitir un juicio justo sin favorecer a nadie, puesto que, con el recuerdo de su nefasta calamidad, a todos los aqueos nos odian por igual».

Tras hablar así, le respondió Agamenón, experto en el manejo de la lanza:

«Anciano, entre nosotros no hay ningún otro dánao, ni joven ni viejo, que sea más prudente que tú, que afirmas que de forma implacable se va a enojar con los argivos aquél de estos dos hombres al que los dioses aparten de la victoria, pues, en efecto, disputan entre sí los mejores. También mi corazón, en lo más profundo de sí, está resuelto

[358] En esta última frase traducimos el problemático verso V 158a (cf. sus percances, *supra*, en nota 327).

a encomendar el arbitraje a esos apresados con las lanzas: a ellos los colmará de reproches quien sea, y contra los troyanos, hábiles guerreros, planeará éste aniquiladoras acciones, en vez de hacer recaer su cólera sobre nosotros».

Así dijo; ellos, con unánime propósito en sus pechos, declinaron públicamente ese amistoso arbitraje. Tras rehusar éstos, los muy gloriosos hijos de los troyanos se sentaron en medio, a pesar de ser hombres apresados con las lanzas, para dictar sentencia y resolver esta encendida discusión[359]. Presa de la indignación, Ayante dijo en medio estas palabras:

«¡Odiseo, de horribles entrañas! ¿Cómo es que ha seducido tu mente una divinidad para que te creas igual a mí en inagotable fuerza? ¿De verdad afirmas haber alejado de Aquiles, una vez herido de muerte en el polvo, a la terrible muchedumbre, cuando los troyanos lo rodearon, cuando fui yo en realidad quien entre éstos provocó una luctuosa matanza, mientras tú te escondías asustado? Porque, bien es cierto, tu madre te engendró miedoso y cobarde, tanto más

[359] Ya en *Od.* XI 547 se encargaban de la sentencia esos mismos «hijos de los troyanos», expresión vaga que, al parecer, se veía resuelta en la *Etiópida* con este expediente al que recurre Quinto: los prisioneros troyanos actuaban como jueces (cf. Apolodoro, *Epít.* V 6 y el escolio a *Od.* XI 547: según éste, era Agamenón, y no Néstor, quien, para no tener que decantarse entre Ayante u Odiseo, hacía a los troyanos capturados dictar sentencia); la *Pequeña Ilíada*, en cambio, aclaraba esa imprecisa intervención de los troyanos mediante una novelesca historia (cf. fr. 2 Allen): por consejo de Néstor, acudían unos cuantos griegos al pie de los muros de Troya para espiar las conversaciones de los enemigos y saber quién de entre los dos litigantes les parecía mejor guerrero, lo que resolvía la casual conversación de unas muchachas troyanas al respecto. Una versión totalmente distinta entendía que los encargados de resolver el conflicto sí eran los propios griegos, reunidos en un tribunal constituido por Agamenón: cf. Píndaro, *Nem.* VIII 26; Sófocles, *Ay.* 1135-1137; Apolodoro, *Epít.* V 6; Ovidio, *Met.* XII 626-628.

débil que yo, como un perro ante un león de gran rugido; pues no hay en tu pecho un corazón firme contra el enemigo, sino que son tu única preocupación el engaño y las acciones malvadas. ¿Acaso te has olvidado de cuando a la sagrada ciudad de Ilio evitabas venir con los aqueos ya congregados, y te hubieron de traer los Atridas asustado y sin querer seguirlos[360]? ¡Ojalá no hubieras venido! Pues por indicación tuya abandonamos en la sacrosanta Lemnos al ínclito hijo de Peante, a pesar de sus grandes gemidos[361]. Pero

---

[360] Odiseo quiso evitar su obligada marcha a Troya y, cuando acudieron a buscarlo a su reino, se fingió loco y se puso a arar el campo con un tiro formado por un buey y un asno o caballo, a la vez que lo sembraba con sal; pero Palamedes, igual a él en astucia, descubrió el engaño, para lo que colocó delante de su arado en marcha a su hijito Telémaco, momento en que Odiseo se detuvo, revelando así su cordura; según otra versión, Palamedes sólo fingió ir a asesinar con su espada a Telémaco, ante lo que reaccionó Odiseo confesando su fingimiento: cf. el resumen de las *Ciprias* en Proclo, pág. 103, líns. 25-27 Allen; Licofrón, *Alej.* 815-819; Apolodoro, *Epít.* III 7; Higino, *Fáb.* 95; Filóstrato, *Heroico* XI 2. Anotamos ya aquí que tanto los reproches que en esta actual intervención Ayante le hace a Odiseo, como los que luego éste en la suya le va a hacer a aquél, convertidos entre los autores antiguos, sin duda, en motivos típicos para la recreación retórica de este famoso «Juicio de las Armas», se encuentran formulados de modo similar en los respectivos discursos que, para este mismo episodio, elabora Ovidio en *Met.* XIII 5-122 y 128-381 (su posible influencia aquí, pues, es un tema arduo y de difícil solución: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, págs. 11 s. y *Recherches...*, págs. 41-44).

[361] Este hijo de Peante es el célebre Filoctetes, caudillo tesalio procedente de las ciudades de Metona, Taumacia, Melibea y Olizón (cf. *Il.* II 716-720). Durante cierto sacrificio a Apolo que la escuadra griega, aún en su marcha a Troya, realizó en Ténedos, fue mordido por una serpiente de agua y ello le causó una herida incurable y maloliente que obligó a los aqueos, por consejo de Odiseo, a abandonarlo en Lemnos: cf. Homero, *Il.* II 721-725; el resumen de las *Ciprias* en Proclo, pág. 104, líns. 21-23 Allen; Sófocles, *Fil.* 254-316; Apolodoro, *Epít.* III 27; Ovidio, *Met.* XIII 43-54; o Higino, *Fáb.* 102.

no fue el único contra quien maquinaste un nefasto ultraje, sino que también causaste la ruina de Palamedes, comparable a un dios, que era superior a ti en fuerza y en bienintencionado consejo[362]. Y ahora incluso te has atrevido a enfrentarte a mí, sin acordarte de mis favores pasados ni considerar en tu ánimo que mucho mejor que tú soy yo, que antaño te salvé la vida en una batalla, tembloroso como estabas ante el fragor de los enemigos, cuando los demás te dejaron solo por la refriega, en medio del tumulto de los adversarios, y tú mismo también huías[363]. ¡Ojalá el propio Zeus, en aquella lucha, hubiera desde el éter amedrentado también mi audaz fuerza, para que los troyanos, con sus espadas de doble filo,

[362] Lleno de rencor hacia quien le había obligado a partir a Troya (cf. nota 360), Odiseo planeó al cabo de los años su venganza contra Palamedes: tras enterrar bajo su tienda gran cantidad de oro, entregó a cierto prisionero troyano una tablilla que contenía un falso mensaje de Príamo a Palamedes, en que se decía que aquél le pagaba a éste su cambio de bando y su traicionera entrega del campamento aqueo con la misma cantidad de oro que había sido ocultada bajo su tienda; soltó entonces a ese prisionero y poco después lo mató como si fuera un descubierto emisario troyano, tras lo que presentó su carta a Agamenón, quien pronto hizo descubrir el oro enterrado y, del todo engañado, ordenó a los griegos que lapidaran a Palamedes: cf. el resumen de las *Ciprias* en Proclo, pág. 105, líns. 15 s. Allen; Apolodoro, *Epít.* III 8 y VI 8; Ovidio, *Met.* XIII 55-60; o Higino, *Fáb.* 105.

[363] Se evocan los sucesos de *Il.* XI 401-488: tras la retirada del herido Diomedes, Odiseo se queda solo en cierta zona del campo de batalla y pasa grandes apuros, por lo que acuden en su auxilio Menelao y Ayante; ahora bien, frente a lo que aquí detalla éste como si hubiera sido lo único ocurrido durante aquella lucha —de ahí que luego estos acontecimientos vayan a ser reinterpretados, a su vez, por Odiseo—, cierto es que, hasta la llegada de esos dos guerreros, Odiseo se defendió y mató a varios adversarios, y que, cuando se vio ya apurado y hubo de retroceder, había sido herido en el costado por un tal Soco.

te hubieran descuartizado miembro a miembro, como pasto para sus perros, y así no hubieras hoy pretendido enfrentarte a mí, confiado en tu artería! ¡Miserable! ¿Por qué, si te jactas de ser muy superior a los demás en fuerza, mantenías en el centro tus naves, y en tu ánimo no te atrevías, como yo, a arrastrar fuera de la flota esos veloces navíos[364]? Pues porque te sobrecogía el miedo. Ni siquiera apartaste de las naves el terrible fuego; yo, en cambio, con ánimo intrépido me planté frente a ese fuego y frente a Héctor, que ante mí retrocedía en cualquier combate[365]; tú, por el contrario, mucho siempre lo temías. ¡Ojalá en el campo de batalla nos hubiera colocado alguien este premio, cuando se desencadenó la pelea en torno al fallecido Aquiles, para que hubieras visto cómo me llevaba a mis tiendas, de entre los enemigos y el espantoso tumulto, esas hermosas armas, a la vez que al valiente Aquiles! Pero tú ahora, fiado de tu elocuencia, tratas de atribuirte grandes hazañas, pues no posees auténticas fuerzas para ceñirte estas invencibles armas del valiente Eácida, ni para blandir en tus manos su pica; a mí, en cambio, me quedan todas bien ajustadas, y conviene que yo lleve esta espléndida armadura, para no deshonrar los muy hermosos dones de un dios. Pero, ¿por qué estamos los dos con vanas palabras discutiendo, plantados en torno a esta espléndida armadura del irreprochable Aquiles, acerca de quién es superior en la batalla destructora de guerreros? Pa-

[364] Según *Il.* VIII 222-226 y XI 5-9, a diferencia de Odiseo, que las había colocado en el mismo centro, Aquiles y Ayante tenían varadas sus naves en los respectivos extremos del campamento griego, lo cual era muestra de su valentía, ya que ahí se veían expuestos con mayor facilidad a las amenazas externas.

[365] Durante el asalto en que Héctor y sus tropas consiguieron alcanzar las naves aqueas e incluso empezar a prenderles fuego, Ayante fue el único de los griegos que resistió en su puesto: cf. *Il.* XV 674-746.

ra recompensar el valor, no las hirientes palabras, ha colocado Tetis, de plateados pies, este belicoso premio en el centro. De la elocuencia tienen necesidad los hombres en la asamblea; mas yo sé que soy mucho más noble y mejor que tú, pues mi linaje es el mismo que el del gran Aquiles».

Así dijo, y con hiriente perfidia le respondió el hijo de Laertes, que a muy astutos pensamientos daba vueltas:

«¡Ayante, charlatán desaforado! ¿Por qué profieres contra mí tantas palabras carentes de fundamento? Afirmas que soy un inútil, un malvado y un cobarde, cuando yo en realidad me jacto de ser muy superior a ti en inteligencia y en elocuencia, que el poder de los hombres acrecientan. Pues incluso una escarpada roca, por dura que sea, gracias a su ingenio, en los montes la parten los canteros fácilmente; gracias a su ingenio, atraviesan los marineros el enorme ponto de sordo estruendo, cuando de forma indecible éste se encrespa; gracias a sus habilidades, abaten los cazadores a fuertes leones, a panteras, a jabalíes y a otras especies de fieras; y los toros de poderoso ánimo se someten al yugo gracias a la pericia de los hombres. Gracias al intelecto se lleva todo a cabo: para todo tipo de tareas y en el consejo, siempre es mejor que un insensato un hombre de mucha sabiduría[366]. Por eso, debido a mi sagacidad, el audaz hijo del Enida me eligió a mí, de entre todos, como compañero suyo para acercarnos a los puestos de vigilancia: juntos llevamos

[366] Para esas alabanzas de la pericia y la maña que se han de emplear en las distintas profesiones, Quinto se inspira en Homero, *Il.* XXIII 313-318. Pero, en conjunto, todo este elogio de la inteligencia sin duda era ya un motivo antiguo y recurrente en el discurso que, para defender sus talentos, Odiseo pronunciaba en el «Juicio de las Armas»: así en Sófocles, *Ay.* 1250-1254, y, con toda certeza, ya con anterioridad en la tragedia de Esquilo precisamente titulada el *Juicio de las Armas;* y, mucho más tarde, en Ovidio, *Met.* XIII 354-369 (y también 135-139 y 205 s.).

a cabo ambos una gran hazaña[367]. Y al propio ínclito hijo de Peleo, de gran vigor, lo traje como valedor de los Atridas[368]. Y si entre los argivos hubiera necesidad de otro héroe, éste no acudirá gracias a tus manos ni por los consesejos de los demás argivos: yo soy el único de los aqueos que, alentándolo con dulces palabras, podrá traerlo al combate de los guerreros[369]. Pues un gran poder para los hombres llega a ser la elocuencia asistida por el buen juicio: el valor resulta inútil y la talla de un varón no sirve de nada, si no los acompaña una prudente inteligencia. Mas a mí los inmortales me otorgaron por igual fuerza e inteligencia, e hicieron de mí el gran recurso para los argivos. Y tú no me salvaste antaño, como afirmas, cuando del hostil clamor estaba huyendo; pues no huí, sino que a pie firme resistí las acometidas de todos los troyanos a la vez: llenos de ardor, con vigor se echaron entonces sobre mí, y con la fuerza de mis manos hube de quebrar la vida de muchos. Tú no dices

---

[367] Se alude ahora al episodio del canto X de la *Ilíada*, conocido como «Dolonía»: Diomedes, hijo de Tideo, quien recibe el patronímico de «Enida» por su padre, el rey etolio Eneo (cf., aquí mismo, I 767-774, y nuestras notas 46 y 101), se ofrece a marchar a territorio enemigo para una misión nocturna de espionaje y, de entre los que se prestan para acompañarlo, no escoge a otro que al ingenioso Odiseo (cf. *Il.* X 202-253); ambos alcanzan un gran éxito en su empresa, pues en el camino capturan y dan muerte a Dolón, espía enviado a su vez por los troyanos (cf. X 338-468), y, gracias a la información que le han sonsacado, se acercan luego al improvisado campamento de un recién llegado aliado, el rey de Tracia, Reso, y lo matan por sorpresa junto a un buen número de sus hombres, tras lo cual retornan a las naves, llevándose a modo de botín sus espléndidos caballos (cf. X 469-565).

[368] Fue Odiseo quien se trajo a Aquiles de Esciros, para que se uniera a la expedición que iba a marchar contra Troya (sobre la estancia de Aquiles en Esciros, cf. nota 184): cf. Apolodoro, *Bib.* III 13, 8; Ovidio, *Met.* XIII 162-180; Higino, *Fáb.* 96; o Estacio, *Aquileida* I 467-559 y 675-926.

[369] Así ocurrirá cuando los griegos se vean en la necesidad de traerse también como imprescindibles aliados a Neoptólemo y a Filoctetes (a lo largo de los libros VII y IX, respectivamente).

la verdad, pues no me defendiste en medio de la refriega, sino que te plantaste decidido a protegerte a ti mismo, no fuera que alguien te abatiera con su pica mientras huías de la batalla[370]. Mis naves las arrastré al centro, pero no por temer el ímpetu de los enemigos, sino para en todo momento, en compañía de los Atridas, tomar las medidas necesarias para resolver esta guerra. Y si tú colocaste tus naves fuera de la flota, yo me desfiguré a mí mismo con tremendos golpes, y entré así en la ciudadela de los troyanos, con el propósito de enterarme de cuantos planes urdían ellos para resolver esta dolorosa guerra[371]. Y tampoco temía yo la lanza de Héctor, pues fui uno de los primeros en levantarse, ansioso de combatir contra él, cuando, fiado de su valor, a todos nos retaba[372]. Y hace poco, maté en torno a Aquiles a muchos más guerreros enemigos que tú, y a la vez que sus armas, rescaté al muerto[373]. Tampoco

[370] Evoca ahora Odiseo a su conveniencia los sucesos a los que ya antes ha hecho referencia Ayante en los versos 202-205 (cf. nota 363): resistió entonces los ataques de los enemigos y mató a varios, pero cierto es también que luego, una vez herido por Soco, se vio obligado a huir y tuvo que ser protegido por Menelao y Ayante (cf., pues, *Il.* XI 401-488). En una ocasión posterior de esa misma batalla —nuevo reproche que aquí le lanza Odiseo a su adversario—, Ayante se vio a su vez obligado a retroceder ante los enemigos, aunque tuvo ánimos para volverse e ir conteniendo su acoso: cf. *Il.* XI 544-595.

[371] Alusión ahora a cierta misión de espionaje de Odiseo (según *Od.* IV 244-258): se deformó el rostro a golpes y se vistió con harapos para hacerse pasar por un mendigo y entrar tranquilamente en Troya; allí obtuvo información del enemigo y se entrevistó con Helena, a fin de detallarle los planes que los griegos tenían ya preparados para tomar la ciudad: cf. otros detalles en Apolodoro, *Epít.* V 13.

[372] En *Il.* VII 161-169, hasta nueve caudillos se levantan dispuestos a enfrentarse a Héctor en el singular combate con que éste retaba entonces a los aqueos, pero curiosamente, a diferencia de lo que ahora se asegura, Homero menciona ahí a Odiseo como el último guerrero en ofrecerse: o Quinto no tiene muy presente ese pasaje concreto, o aquí Odiseo está deformando sobremanera lo ocurrido en realidad.

[373] Aquí sí se constata cómo Odiseo distorsiona tendenciosamente, en este caso, los hechos acaecidos en III 217-386, durante la batalla en defen-

tiemblo ante tu pica, sino que es una nefasta herida la que con sus dolores aún me importuna, alcanzado como fui en la lucha por estas armas y por el fallecido Aquiles[374]. Y también poseo yo, como Aquiles, la excelsa sangre de Zeus[375]».

Así habló; a su vez le replicó el fuerte Ayante:

«¡Ah, Odiseo, astuto tramposo, el más perverso de todos! De verdad que no te vimos allí peleando ni yo ni ningún otro de los argivos, en aquella ocasión en que los troyanos ansiaban llevarse al difunto Aquiles. Fui yo quien, con mi lanza y mi vigor, en medio de la refriega hube de quebrar las rodillas de unos, mientras que a otros los puse en fuga con incesantes acometidas: a duras penas ellos escaparon, semejantes a gansos o a grullas, sobre los que se precipita un águila cuando se encuentran picoteando en una llanura ribereña; así los troyanos, temerosos de mi lanza y mi veloz espada, se refugiaron en Ilio para evitar un gran desastre. Tú, incluso si entonces tuviste un arrebato de valor, no combatiste a mi lado contra los enemigos: te hallabas tal vez lejos, peleando entre otros escuadrones, pero no alrededor del cadáver de Aquiles, comparable a un dios, allí donde más se había recrudecido la batalla[376]».

---

sa del cuerpo de Aquiles: Ayante tuvo entonces (cf. nota 207) una actuación mucho más notable que Odiseo, quien tampoco se encargó en aquella ocasión de sacar por su cuenta el cadáver de Aquiles, a pesar de lo que luego se afirmará igualmente en VII 208-211.

[374] Cf. III 308-319, esto al menos sí es mera verdad.

[375] Odiseo era descendiente de Zeus tanto por parte de padre como de madre (cf. también Ovidio, *Met.* XIII 140-147): su padre Laertes era hijo de Arcisio (cf. *Od.* XVI 118), cuyos padres eran Zeus y la mortal Euriodia: cf. Helánico, *F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 156 y el escolio a *Od.* XVI 118; y su madre Anticlea era hija de Autólico (cf. *Od.* XI 85), cuyo padre era Hermes, uno de tantos hijos inmortales de Zeus: cf. Apolodoro, *Bib.* I 9, 16 e Higino, *Fáb.* 200, 1 y 201, 4.

[376] En su réplica, Ayante sólo ha querido dejar claros los sucesos que en verdad tuvieron lugar en esa batalla en torno al cadáver de Aquiles, tras

Así dijo, y le replicó el cauteloso corazón de Odiseo:

«Ayante, yo no creo ser inferior a ti ni en inteligencia ni en fuerza, por muy ilustre que seas: en inteligencia, desde luego, soy muy superior a ti entre los argivos; y en fuerza, puedo ser tu igual o incluso más destacado. Eso tal vez lo saben también los troyanos, que ante mí tanto tiemblan, aun cuando desde lejos me vean; y tú sin duda conoces bien mi ímpetu, lo mismo que los demás, pues en la lucha de muchas fatigas mucho hubiste de esforzarte, aquel día en que alrededor de la tumba del fallecido Patroclo instituyó el Pelida, de gran corazón, unos espléndidos juegos[377]».

Así dijo el ínclito hijo de Laertes, comparable a un dios. Y entonces los hijos de los troyanos sentenciaron la dolorosa disputa de estos hombres: la victoria y las inmortales armas se las concedieron todos por unanimidad al hábil guerrero Odiseo; una incesante alegría sintió su espíritu, pero lanzó lamentos la tropa[378]. Se quedó helado el excelso y fuerte Ayante, y al punto le sobrevino una penosa ofuscación; dentro de él hirvió toda su roja sangre, se desbordó su terrible bilis e inundó ésta su hígado; cercó su corazón una dolorosa aflicción, y por las raíces de su encéfalo alcanzó sobremanera a las meninges

---

haber contado Odiseo una versión de los hechos bastante apartada de la realidad (cf. nota 373): dado que sí fue la figura más destacada en esa lucha, recuerda con mayor precisión y fidelidad lo ocurrido, aunque es de notar que trata en exceso de apartar a Odiseo del centro de la refriega; a pesar de todo, éste también combatió junto al cuerpo de Aquiles: cf. III 296 s..

[377] Como por todos es sabido y aceptado que supera con creces a Ayante en inteligencia y maña, Odiseo, en esta argumentación final, para demostrar que también puede llegar al menos a igualar a su rival en fuerza física, recuerda cómo en los juegos fúnebres en honor de Patroclo (cf. *Il.* XXIII 700-739) combatió contra él en la prueba de la lucha y quedaron empatados (cf. ya notas 289 y 291).

[378] Queda claro que el ejército griego, en su conjunto, estaba del lado de Ayante; y no menos el propio Quinto, quien lo tiene por un guerrero superior (cf. los versos 130-132) mucho más digno del triunfo.

un ataque de punzante dolor, tan intenso que trastornó la mente de este guerrero[379]. Con los ojos clavados en tierra, se quedó como inmóvil. Tras rodearlo, sus afligidos compañeros lo condujeron a las naves de hermosas proas, dirigiéndole muchas palabras de consuelo; en contra de sus deseos marchaba él, por el último camino que sus pies iban a recorrer: lo seguía de cerca la Moira.

Cuando los argivos regresaron junto a las naves y el infinito ponto, deseosos de la comida y del sueño, entonces Tetis se sumergió en ese enorme ponto; iban con ella las demás Nereidas; a su alrededor nadaban muchos cetáceos, aquellos que cría el sagrado oleaje del mar. Estaban ellas muy irritadas con el ingenioso Prometeo, pues recordaban cómo por sus vaticinios el Cronión accedió a que Peleo tomara por esposa a Tetis, aun en contra de la voluntad de ésta[380]. Presa de la indignación, en medio de ellas exclamó Cimótoe[381]:

«¡Ay! ¡Cuán merecidos eran los sufrimientos que ese miserable hubo de soportar en sus irrompibles ataduras, cuan-

[379] G. W. Paschal (*A study of Quintus...*, págs. 77 s.) citaba también este pasaje como prueba de los supuestos conocimientos médicos de Quinto (cf. ya nota 288).

[380] De acuerdo con una peculiar versión (consagrada, sin duda, por la trilogía que Esquilo le dedicó a Prometeo, según puede deducirse de su *Prometeo Encadenado*, 756-770, 873s. y 947-991; cf. también Apolodoro, *Bib.* III 13, 5 e Higino, *Fáb.* 54 y *Astron.* II 15, 4), fue el Titán Prometeo (y no Temis: cf. nota 274) quien, para conseguir la liberación de su celebérrimo castigo, le reveló a Zeus el riesgo que le suponía el unirse a su deseada Tetis: necesariamente había de dar a luz ella a un hijo que sería superior a su padre, por lo que, viendo peligrar su soberanía, Zeus decretó entonces que fuera entregada en matrimonio al mortal Peleo, motivo de tantas desgracias para la obligada Nereida (cf. nota 181).

[381] Mencionada en sus catálogos por Homero, *Il.* XVIII 41, y Hesíodo, *Teog.* 245, parece ser relevante dentro de las Nereidas: cf. también Virgilio, *En.* I 144; y Valerio Flaco, *Arg.* II 606.

do un gran águila, penetrando dentro de su vientre, le desgarraba el hígado, que luego le volvía a crecer!».

Así habló Cimótoe a esas diosas marinas de oscuros bucles. Se retiró entonces el sol; se ensombrecieron los campos al precipitarse la noche, y por el cielo se esparcieron los astros. Los argivos descansaban junto a las naves de largas proas, vencidos por el divino sueño y por ese dulce vino que de Creta, de la corte del noble Idomeneo, allende el ponto de olas muy agitadas traían los marineros[382].

Ayante, encolerizado como estaba con los argivos, ni se acordó en su tienda de la comida dulce como la miel, ni se dejó ganar por el sueño, sino que, lleno de furia, se vistió sus armas y cogió su aguda espada, en tanto que revolvía indecibles propósitos: o incendiar las naves y hacer sucumbir a todos los argivos, o de inmediato, con esa espada luctuosa, destrozar miembro a miembro únicamente al engañoso Odiseo. Así lo maquinaba, y todo ello pronto lo hubiera llevado a cabo, si la Tritónide no hubiera arrojado sobre él a la irresistible Rabia[383], pues en su fuero interno se cuidaba

[382] Este dato del vino que se exportaba de Creta al campamento griego no se encuentra en HOMERO, pero, a la hora de introducirlo, Quinto ha podido tener presente el pasaje de *Il.* IV 261-263, en el que se indica que el caudillo cretense Idomeneo era un gran bebedor, y quizás se acuerde también de que al célebre vino «pramnio» (el *Prámneios* de *Il.* XI 639 y *Od.* X 235) se le atribuía un origen cretense (cf. DIOSCÓRIDES, *Plantas y remedios medicinales* V 6, 4). Merece la pena destacar, en fin, la notable presencia que en la obra de Quinto tiene Idomeneo: ya la tenía en Homero (cf. nota 42), pero nuestro poeta lo ensalza y caracteriza especialmente (cf. notas 294 y 357).

[383] Comienza aquí el episodio de la locura de Ayante, para el que Quinto se va a inspirar, inevitablemente, en los detalles y motivos consagrados por el *Ayante* de Sófocles; si bien se va a apartar ocasionalmente de este modelo, en un intento de no humillar en exceso al perturbado héroe, aquí mera víctima de los crueles dioses, y de ocultar los aspectos más escabrosos de este suceso, como la masacre de los rebaños de ovejas. Es de

aquélla del muy sufrido Odiseo, ya que guardaba recuerdo de los sacrificios que éste continuamente le ofrecía; por ello apartó entonces de los argivos el ímpetu del gran Telamoníada. Marchaba él igual a un horrible huracán preñado de odiosos vendavales, que en los marineros provoca el pasmo de un miedo helador, cada vez que la Pléyade se sumerge en las corrientes del infatigable Océano, asustada del perínclito Orión, y revuelve ésta las nubes del aire y por efecto de la tempestad se enfurece el ponto[384]; de forma parecida se precipitó aquél por donde el Destino lo guiaba[385].

---

notar que, aun cuando más adelante (en el verso 452) se nos va a indicar que lo que Atenea aquí ha arrojado sobre el Telamoníada no es sino la *Maníē*, la «Locura» como tal, en este pasaje (y luego también en 405) Ayante es víctima de la *Lýssa*, esto es, la «Rabia» personificada, diosa que ya tenía participación en el *Heracles* de Eurípides (815-886) como encargada también de inspirar la demencia al protagonista. Para el actual episodio, por cierto, la influencia de determinados pasajes de Eurípides puede ser tan notoria como la del mismo Sófocles: sin duda, se van a tener aquí presentes también las minuciosas descripciones que aquel trágico hacía de las respectivas locuras de Heracles (*Her.* 922-1015) y Orestes (*Ifigenia entre los Tauros* 260-339 y *Or.* 208-347): cf. I. Calero Secall, «Notas sobre la expresión figurada de la locura en Eurípides...», págs. 409-416.

[384] Las Pléyades, hijas de Atlante —aquí designadas mediante un singular colectivo—, se vieron sometidas a la persecución amorosa de Orión, por lo que los dioses, apiadados, las transformaron en palomas —ello es lo que sugiere el griego *Plēïádes*— y luego en el grupo de estrellas que lleva su nombre (cf., *supra*, nota 161); también su perseguidor fue catasterizado, e incluso en el cielo se pudo dedicar a hostigarlas; tal escena de acoso parecía sugerir el movimiento de estas constelaciones en el firmamento: cf. Hesíodo, *Trabajos y Días* 615s. y 619-621, pasaje del que Quinto es aquí deudor.

[385] Se recoge en la traducción la corrección *gé min Aîsa phéresken*, que F. Vian propone en el aparato crítico para el transmitido, aunque corrupto, †*ge mèn gyîa*† *phéreskon* (cf. sus *Recherches...*, pág. 244, n. 1).

Por todos lados iba corriendo, semejante a una fiera despiadada, que a través de las cañadas de un valle de profundos riscos se abalanza, con sus mandíbulas espumeantes y con intención de causar mucho dolor a los perros o a los cazadores que fuera de la cueva arrastraron a sus crías para darles muerte; lanza aquélla de sus mandíbulas un rugido[386] —por si aún pudiera ver en la espesura a sus amadas crías—, y si con ella, que tanto furor alberga en su corazón, se topara algún hombre, allí mismo se cumpliría el funesto día en que la vida de éste ha de acabar: así se lanzó aquél con furia inexorable. Su negro corazón bullía, como sobre el hogar de Hefesto un caldero se agita sin descanso entre silbidos, por obra del fuego abrasador, cuando numerosos leños van calentando toda su panza, debido a la iniciativa de un sirviente que en su ánimo se afana entonces por quitarle las cerdas a un puerco bien cebado; así bullía bajo su pecho su prodigioso corazón. Estaba enfurecido como el ponto infinito, la tempestad o el veloz ímpetu del fuego inagotable, cuando sin descanso se enfurece por los montes la violencia de un fuerte viento y, abrasado aquí y allá por ese fuego, sucumbe un indescriptible bosque; de forma tan devastadora estaba Ayante enfurecido, con su poderoso corazón traspasado de dolor. De su boca manaba abundante espuma, un rugido surgía por sus mandíbulas, y en torno a sus hombros resonaban las armas. Al verlo, todos temblaban por igual ante el clamor de ese único guerrero.

393 Y entonces del Océano salió Eos, de riendas de oro[387]. Hipno, parecido a una brisa, se elevó al vasto cielo y se en-

[386] No conservamos en la traducción el anacoluto del texto griego original.

[387] Llega un nuevo día sin que haya acontecido aún la famosa masacre que el enloquecido Ayante provocaba entre unos rebaños de ovejas, con lo que Quinto se aparta de la tradición corriente; en la *Pequeña Ilíada* tal

contró con Hera, que acababa de llegar al Olimpo tras dejar la morada de la sagrada Tetis, adonde había marchado la mañana anterior[388]; ésta lo abrazó y lo besó, porque era su yerno irreprochable, desde el día en que al Cronión, encolerizado con los argivos, sobre las cimas del Ida lo adormeció para ella en el lecho; al punto se fue ésta a la mansión de Zeus y él se encaminó al tálamo de Pasítea, tras lo que se despertaron las naciones de los hombres[389]. Ayante, semejante al infatigable Orión, iba de un lado para otro, albergando en su pecho a la Rabia, de nefastas intenciones. Saltó sobre los rebaños de ovejas, como un león de poderoso ánimo, cuyo salvaje corazón se halla domeñado por un hambre espantosa. Y una tras otra las derribó en el polvo sin interrupción, como desparrama las hojas el ímpetu del fuerte Bóreas, cuando, al acabar el verano, vuelve el mal tiempo; así Ayante, presa de la indignación, se lanzó contra

---

matanza tenía lugar durante la noche, tras lo que Ayante se suicidaba al alba, también entonces en la *Etiópida,* pero sin aceptarse en ella esta masacre: cf. fr. 2 Allen e incluso Píndaro, *Ístm.* III/IV 53-54b; Sófocles, *Ay.* 21 s. y Apolodoro, *Epít.* V 6.

388 La Titánide Tetis, una vez más (cf. nota 118), a quien no extraña que visite Hera, ya que aquélla fue quien, junto con su esposo Océano, se encargó antaño de su crianza, mientras Zeus se hallaba luchando por el poder contra su padre Crono: cf. *Il.* XIV 200-204.

389 Este intermedio, de inoportuna erudición mitológica, está sacado de *Il.* XIV 231-351, pasaje incluido dentro del episodio en que Zeus es engañado por las mañas de Hera: decidida a seducir y dormir a su marido para desviar su atención de la batalla —en la que, desde su atalaya del monte Ida, está favoreciendo a los troyanos en perjuicio de los griegos, para disgusto de su mujer—, Hera acude a Hipno (el «Sueño»: cf. notas 20 y 109) y le promete solemnemente que le será entregada en matrimonio, a cambio de sus servicios, una de las Gracias —hijas de Zeus y Eurínome (cf. Hesíodo, *Teog.* 907-909)—, Pasítea, que para Hesíodo no es una Gracia sino una Nereida: cf. *Teog.* 246.

esos rebaños, creyendo arrojar sobre los dánaos a las malignas Keres.

Y entonces Menelao se colocó al lado de su hermano, y a escondidas de los demás dánaos le dirigió tales palabras: «Sin duda éste será pronto para todos el día de nuestra perdición, pues ha enloquecido la mente del gran Ayante, quien pronto incendiará las naves y nos matará a todos en las tiendas, irritado como está por lo ocurrido con las armas. ¡Ojalá Tetis no hubiera suscitado esta disputa entre esos dos héroes, ni el hijo de Laertes, con ánimo insensato, se hubiera atrevido a competir contra un hombre mucho mejor que él! Hemos cometido hoy un gran error, y nos ha engañado una maligna divinidad, pues, una vez caído en combate el Eácida, nuestro único baluarte en la guerra era ya el excelso y fuerte Ayante. Pero a éste también nos lo arrebatan los dioses, que así nos acarrean desgracias, para que todos seamos aniquilados y cumplamos nuestro destino fatal».

Tras hablar así, le respondió Agamenón, experto en el manejo de la lanza:

«Menelao, no te enojes ahora, tan afligido como te hallas en tu corazón, con el ingenioso rey de los cefalenios[390], sino con los dioses, que contra nosotros maquinan la perdición; pues aquél no es culpable, ya que muy a menudo para nosotros es un valioso recurso y para los enemigos una calamidad».

Así conversaban ellos, desconsolados por los dánaos. Lejos de allí, junto a las corrientes del Janto, los pastores se escondían asustados bajo los tamariscos, para evitar así un grave daño. Como cuando ante una veloz águila las liebres se ocultan asustadas entre espesos matorrales, mientras ella,

---

[390] Cf. nota 201; Cefalenia es una isla muy cercana a la de Ítaca, la patria de Odiseo.

emitiendo cerca agudos chillidos, va volando de acá para allá con las alas desplegadas, así ellos, cada cual por un sitio, temblaban ante aquel poderoso guerrero.

Finalmente, se plantó él cerca de un carnero que había matado, y con una siniestra sonrisa le dirigió tales palabras:

«¡Yaz ahora en el polvo, pasto de perros y aves! Pues ni siquiera te protegieron las gloriosas armas de Aquiles, ésas por las que, en tu insensatez, te pusiste a competir contra alguien mucho mejor que tú. ¡Yaz, perro! Pues no te llorará ni te abrazará tu esposa legítima, acompañada de vuestro hijo en medio de una irresistible congoja, ni tampoco tus padres, para quienes no serás tú, como deseaban, el valioso recurso de su vejez, puesto que lejos de tu patria, en efecto, las aves y los perros despedazarán tu cuerpo sin vida».

Así habló, creyendo que era el engañoso Odiseo quien, manchado de abundante sangre, entre los muertos yacía[391]. Y entonces la Tritónide disipó de su mente y de sus ojos la feroz Locura, que respiraba muerte; ésta marchó con rapidez a las terribles corrientes de la Éstige, donde habitan las impetuosas Erinies, que sobre los mortales soberbios hacen caer de continuo funestas desgracias[392].

---

[391] Este detalle del carnero, al que con especial encono mata Ayante creyéndolo Odiseo, está tomado de Sófocles, *Ay.* 61-65, 101-117, 237-244 —ahí se habla de dos carneros, que corresponderían a Agamenón y Odiseo— y 296-304.

[392] Resulta significativo que la Locura *(Maníē,* la que antes era llamada Rabia o *Lýssa:* cf. nota 383) se marche ahora al mismo Hades, donde se hallaba la Éstige, la célebre laguna o río infernal, el mundo de los muertos, en que se localizaban numerosas abstracciones o alegorías nefastas (así en Virgilio, *En.* VI 268-294): Quinto menciona entonces a las Erinies, lo cual no parece ser una alusión casual, ya que, según Pausanias (VIII 34, 1), estaban precisamente identificadas con las llamadas *Maníai* —en tanto que las justicieras Erinies (cf. nota 8) suelen castigar a sus acosados con la locura—.

Ayante, cuando vio las ovejas palpitando sobre el suelo, se quedó completamente atónito, pues comprendió que había sido víctima de un engaño de los bienaventurados. Desfallecieron todos sus miembros, y el dolor quebró su belicoso ánimo; no era capaz, en su abatimiento, de dar un paso hacia delante o hacia atrás, sino que permaneció quieto, igual a una atalaya, que en los montes está bien enclavada, mucho más alta que todas las demás. Pero cuando en su pecho de nuevo recobró el ánimo, lanzó un triste lamento y profirió tales quejas:

«¡Ay de mí! ¿Por qué soy tan aborrecido por los inmortales? Ellos me turbaron la razón y arrojaron sobre mí esta funesta rabia, por la que maté unos rebaños que no eran culpables de mi cólera. ¡Ojalá a mis manos hubiera recibido este castigo el cruel corazón de Odiseo, ya que, siendo como es el más miserable, me ha hundido en esta funesta calamidad! ¡Que sufra en su corazón cuantos dolores maquinan las Erinies contra los hombres crueles! ¡Que también ellas a los demás argivos, e incluso al Atrida Agamenón, no les procuren sino devastadores combates y lúgubres penas! ¡Y que éste no vuelva a su mansión sano y salvo, a pesar de sus deseos de regresar! Pero, ¿por qué he de estar yo, que soy un hombre de valía, entre esta gente que me resulta aborrecible? ¡Maldito sea el aciago ejército de los argivos! ¡Maldita sea esta vida insoportable! Porque ya el hombre de valía no obtiene su recompensa, sino que es el mezquino quien es honrado y más apreciado, pues Odiseo recibe honores entre los argivos, mientras que éstos por completo se han olvidado de mí y de mis hazañas, cuantas realicé y acometí en defensa de sus tropas».

Tras hablar así, el noble hijo de Telamón, de gran vigor, hundió en su garganta la espada de Héctor: manaba la san-

gre a borbotones[393]. Quedó él tendido en el polvo, como Tifón, al que los rayos de Zeus abrasaron[394]; al caer, la negra tierra produjo alrededor un gran retumbo.

Y entonces los dánaos acudieron en tropel, cuando lo vieron yacer en el polvo; antes nadie se le hubiera acercado, porque a todos, al contemplarlo, los sobrecogía el miedo. Al punto se echaron en torno al muerto; tirados boca abajo, indecible polvo derramaban sobre sus cabezas[395]; mientras lloraban, alcanzaban sus duelos el divino éter. Como cuando a las ovejas de lanudo vellón les arrebatan los hombres sus pequeñas crías, para así prepararse un banquete, y las madres balan sin cesar y dan grandes saltos por los rediles, vacíos ya de corderos; así ellos, en masa alrededor de Ayante, lanzaron aquel día grandes gemidos: en respuesta, mucho resonaron el umbroso Ida, la llanura, las naves y el mar infinito.

---

[393] A la hora de narrar el suicidio de Ayante, Quinto no hace alusión alguna a su supuesta invulnerabilidad (si es que ésta existe en su obra: cf. nota 83). Sí se acuerda de que, tradicionalmente (cf. Sófocles, *Ay.* 815-818), la espada con la que aquél se daba muerte no era otra que la que antaño Héctor le entregó, una vez concluyó sin victoria el duelo concertado en que ambos se enfrentaron (cf. *Il.* VII 303s.).

[394] Tifón era un descomunal hijo de la Tierra, nacido para derrocar al propio Zeus (cf. Hesíodo, *Teog.* 820-868 y Apolodoro, *Bib.* I 6, 3): resultó una amenaza espantosa para los dioses Olímpicos, quienes incluso hubieron de huir, despavoridos, a esconderse en Egipto, y estuvo cerca de derrotar a su rival, pero éste consiguió finalmente fulminarlo con sus rayos y lo sepultó bajo el Etna, cuya actividad volcánica se explicaba como el resultado de las convulsiones de Tifón, prisionero allí, pero no muerto.

[395] En la poesía épica (cf. la reacción de Aquiles al enterarse de la muerte de su querido Patroclo, en *Il.* XVIII 22-27), son típicas manifestaciones de duelo y de luto gestos como el tirarse por el suelo y el echarse sobre la cabeza polvo o ceniza; esto último también aquí poco después, en 504-506.

A su lado, Teucro[396] sólo pensaba en ir al encuentro de las crueles Keres, pero los demás lo apartaban de su gran espada. Presa de la congoja, cayó éste sobre el muerto, vertiendo muchas lágrimas, más abundantes que las de un niño que junto al hogar, con los hombros cubiertos por la ceniza que de su cabeza se derrama, llora amargamente el día de su orfandad, una vez ha fallecido su madre, que ya lo criaba sin que hubiera conocido a su padre; así se lamentaba aquél por su hermano difunto, mientras se arrastraba alrededor del cadáver y profería tales quejas:

«¡Ayante, de violento ánimo! ¿Qué es lo que ha turbado tu corazón hasta el punto de que te hayas causado a ti mismo la desgracia de una muerte luctuosa? ¿Acaso los hijos de los troyanos han de tomar un respiro en su infortunio y han de venir a aniquilar a los argivos, ahora que tú has muerto? Pues en la guerra, cuando se vean aniquilados, ya no mostrarán éstos tanta audacia como antes, porque eras tú su defensa ante las desgracias. Y lo que es a mí, ni siquiera me agrada ya el regreso final, una vez has muerto tú aquí, sino que albergo yo el deseo de perecer también en este lugar, para que a mí contigo la tierra portadora de vida me cubra. Pues no me preocupan tanto mis padres —si aún existen o si aún habitan, vivos aún, en Salamina— cuanto tu muerte, porque eras tú mi orgullo».

Dijo entre grandes gemidos. Se lamentaba además la divina Tecmesa, la compañera de lecho del irreprochable Ayante, a la que éste, aun siendo una cautiva, convirtió en su esposa e hizo dueña de todo aquello de lo que en sus ca-

[396] Teucro, hermanastro de Ayante, que no hermano, a pesar del inminente verso 507 (cf. nota 282), ya intervenía de forma notable en la tragedia homónima de Sófocles: cf. su similar planto ante el cadáver en 974-1039.

sas se ocupan, junto a sus maridos legítimos, las mujeres desposadas con los debidos regalos; sometida a sus infatigables brazos, le había dado ella un hijo, Eurísaces, parecido en todo a su padre[397]. Éste, como era aún muy pequeño, se había quedado en su cuna; mas ella, entre grandes gemidos, cayó sobre aquel cadáver querido para abrazarlo, mientras mancillaba en el polvo su hermoso cuerpo, y profirió lastimeros gritos, muy afligida en lo profundo de su corazón:

«¡Ay, desdichada de mí, porque no has muerto en la refriega, abatido a manos de los enemigos, sino por tu propio impulso! Por eso me invade un dolor insoportable: tenía la esperanza de no ver en Troya este día de muchos lamentos en que tú habías de morir, pero todo ello lo han frustrado las Keres. ¡Ojalá tiempo atrás me hubiera tragado la fértil tierra, antes de contemplar hoy tu inexorable destino! Pues no alcanzó nunca a mis entrañas una tristeza peor, ni siquiera cuando, en primer lugar, lejos de mi patria y de mis padres tú me arrastraste junto con las otras cautivas, y yo me hallaba muy apenada, porque, habiendo sido antaño una venerable princesa, me sobrevenía entonces el día de la esclavitud. Pero no me preocupan tanto ni mi amada patria ni

---

[397] Quinto presenta a otros dos personajes que tenían también una importante actuación en el *Ayante* de Sófocles, la esposa y el hijo de este héroe: Tecmesa, hija de rey frigio Teleutante (cf. SÓFOCLES, *Ay.* 331), es en esa tragedia una simple esclava que con su amo ha tenido al pequeño Eurísaces, por lo que en general es tratada duramente por unos y otros (cf. su hallazgo del cadáver de Ayante y sus llantos en *Ay.* 891-973); en la obra de Quinto, en cambio, recibe un trato mucho más respetuoso y considerado (cf. luego las amables palabras de Agamenón en 559-567), ya que aquí no es sino la esposa legítima de Ayante (una *hednōtḗ,* verso 525), una mujer que ha sido debidamente desposada con los regalos que al futuro suegro le ha tenido que entregar su pretendiente: cf. HESIQUIO, voz *hednōtḗn.*

mis padres que ya he perdido, cuanto tu desaparición, porque a mí, en mi infortunio, no pretendiste luego sino procurarme toda clase de satisfacciones: me convertiste en tu esposa con mi consentimiento, y asegurabas que, en cuanto regresáramos de Troya, me ibas a hacer reina de la bien edificada Salamina. Pero ello no nos lo ha permitido la divinidad: tú ahora has desaparecido, y no te preocupas ya ni de mí ni de tu hijo, que no deleitará el corazón de su padre, ni subirá a tu trono, sino que otros lo harán un miserable esclavo, porque, cuando ya no vive el padre, los niños son criados por hombres mucho más ruines. En la funesta orfandad, dura resulta la vida para los hijos, y se suceden las desgracias una tras otra. Y lo que es a mí, ¡desventurada!, pronto me llegará el día de la esclavitud, por haber desaparecido tú antes de tiempo, tú que fuiste para mí como un dios».

Tras hablar así, con bondadosos sentimientos le respondió Agamenón:

«Mujer, ningún otro te convertirá ya en su esclava, mientras vivamos el irreprochable Teucro y yo; antes bien, te honraremos siempre con infinitos presentes, te honraremos como a una diosa, y no menos a tu hijo, como si aún viviera Ayante, comparable a un dios, que era la fuerza de los aqueos. ¡Ojalá no hubiera causado él este dolor a toda la Acaya, al haberse dado muerte con su propia mano! Pues a él la infinita tropa de los enemigos no era capaz de hacerlo sucumbir bajo los golpes de Ares».

Así dijo, con el corazón afligido en su interior. A su alrededor, las tropas con angustia se lamentaron, y retumbó el Helesponto mientras lloraban, en tanto que sobre ellos revoloteaba una devastadora tribulación. Incluso del ingenioso Odiseo se apoderó la pena por su muerte, y, con el ánimo afligido, pronunció tales palabras entre los entristecidos aqueos:

«Amigos, no existe otra cosa peor que la cólera, que entre los mortales acrecienta nefastas disputas, y que ahora ha hecho perder el juicio al prodigioso Ayante, irritado conmigo en su fuero interno. ¡Ojalá los hijos de los troyanos, en esa querella por las armas de Aquiles, no me hubieran concedido nunca la muy gloriosa victoria, debido a la cual, con el ánimo afligido, el noble hijo de Telamón, de gran vigor, pereció por su propia mano! De su cólera no soy yo el culpable, sino un Destino de muchos lamentos, que es quien lo ha perdido. Pues si mi corazón, en lo más profundo del pecho, se hubiera imaginado que en sus adentros aquél se iba a indignar tanto, ni me habría presentado yo a disputar por la victoria, ni a ningún otro de los dánaos, por más que lo deseara, le habría dejado competir; antes bien, yo en persona habría recogido esas divinas armas y resueltamente a aquél se las habría entregado, y lo mismo cualquier otro presente que hubiera deseado. Pero en ese momento no pensé yo que, presa de la aflicción, después se iba a encolerizar tanto, porque no luchábamos ni por una mujer, ni por una ciudad, ni por amplias riquezas, sino que la discusión era acerca del valor, por el que siempre existe entre los hombres bienintencionados una grata competencia. Mas aquél, aun siendo un caudillo de valía, se extravió por obra del odioso Destino que había decretado una divinidad. Pues no conviene atormentarse demasiado en el corazón: es propio de un hombre sabio soportar con espíritu firme en el fuero interno los muchos dolores que sobrevengan y no abandonarse al desconsuelo».

Así dijo el ínclito hijo de Laertes, comparable a un dios[398]. Pero cuando se saciaron ya de duelos y de terribles

[398] También en el *Ayante* de Sófocles (cf. 1316-1401) interviene Odiseo en términos semejantes, arrepentido de los sucesos que han acontecido y lleno de compasión hacia su malogrado rival; actitud que también mues-

plañidos, entonces les habló el hijo de Neleo, afligidos como aún estaban:

«Amigos, bien es cierto que las Keres, con su corazón despiadado, nos han ocasionado en poco tiempo un horrible duelo tras otro, pues han fallecido Ayante, el muy vigoroso Aquiles, otros argivos y mi propio hijo Antíloco. Pero no es oportuno llorar días enteros a los muertos en la batalla y atormentar así el corazón. ¡Vamos! Olvidad estos vergonzosos plañidos, porque es mejor ocuparse ahora de cuantos honores les son debidos a los mortales fallecidos: la pira, la tumba y la sepultura de sus huesos. Con los plañidos no va a resucitar un cadáver, que de nada sabe percatarse, una vez que lo han engullido las inexorables Keres».

Tales palabras de consuelo les prodigó. De inmediato se congregaron a su alrededor, todos juntos, los reyes comparables a dioses, con el corazón muy afligido en su interior, y, a pesar de su tamaño, con rapidez lo trasladaron a las naves, pues entre muchos lo levantaron. Lo envolvieron en un sudario tras limpiar la sangre, que, entre el polvo, se adhería seca a sus robustos miembros, a la vez que a sus armas. Y entonces de los montes ideos trajeron los jóvenes incontable leña. Por todas partes se afanaron alrededor del cadáver; en torno a él colocaron muchos troncos, y muchas ovejas, mantos de hermosa labor, bueyes de muy gloriosa raza y sus propios caballos, orgullosos de sus velocísimas patas, resplandeciente oro e incontables armas de hombres, cuantas antaño les arrebató a sus víctimas aquel ilustre guerrero; y además, ámbar transparente, que, según cuentan, no son sino las lágrimas de las hijas de Helio, el supremo adivino[399],

tra en *Od.* XI 543-564, cuando en su viaje al Hades se encuentra con el alma de Ayante.

[399] Traducimos así el epíteto *panomphaîos,* que Homero empleaba en *Il.* VIII 250 para referirse al omnisciente Zeus. No sin razón se lo aplica

las que éstas derramaron junto a la corriente del gran Erídano cuando lloraron la muerte de Faetonte, y que Helio, para rendir imperecedero homenaje a su hijo, convirtió en ámbar, un gran tesoro para los hombres[400]; éste lo arrojaron entonces los argivos sobre la pira de extensa superficie, para así glorificar a Ayante, ese ínclito guerrero ya fallecido; en torno a él colocaron también, en medio de grandes gemidos, valioso marfil y plata de color brumoso, e igualmente ánforas de ungüento, y todo lo demás, cuanto acrecienta una gloriosa y espléndida opulencia. Arrojaron allí violento e impetuoso fuego; del mar llegó una brisa, que envió la diosa Tetis para que fuera por fin incinerado el fuerte y gran Ayante; junto a las naves estuvo él ardiendo esa noche y la mañana siguiente, gracias a las ráfagas de este viento. Como antaño Encélado, en medio del infatigable mar, fue abatido por el luctuoso rayo de Zeus bajo Trinacia, y la isla en-

---

aquí Quinto a Helio o el Sol, astro del que convencionalmente se entendía que, en su amplio recorrido por el cielo, alcanzaba a ver cualquier acontecimiento que en el mundo tuviera lugar (en XIII 229 recibirá el epíteto de *panderkês,* «el que todo lo ve»).

[400] Se evoca aquí la célebre leyenda de Faetonte: este imprudente joven era hijo de Helio, a quien pidió que durante un día le dejara conducir el carro con que recorría la bóveda celeste para iluminar la Tierra (cf. nota 130); una vez accedió su padre a sus deseos, fue incapaz de controlar los caballos del tiro y no pudo llevar ese carro por su camino correcto, con lo que, a punto de producirse un cataclismo universal, Zeus hubo de fulminar a Faetonte, para así restablecer el orden cósmico; su cuerpo calcinado cayó en el río Erídano (tal vez el actual Po) y acudieron a llorarlo sus hermanas, las Helíades —que nada tienen que ver con las Horas, en este poema consideradas también hijas de Helio: cf. nota 151—; éstas acabaron transformadas en álamos, a la vez que sus lágrimas fueron convertidas en valioso ámbar: cf. EURÍPIDES, *Hipól.* 735-741; APOLONIO DE RODAS, *Arg.* IV 596-611 (pasaje del que, sin duda, Quinto es aquí deudor); DIODORO DE SICILIA, V 23, 2-5; OVIDIO, *Met.* II 19-400; o HIGINO, *Fáb.* 152a.

tera quedó cubierta de humo[401]; o como, aún en vida, para que fueran abrasados entregó al fuego sus miembros Heracles, víctima de la perfidia de Neso, cuando afrontó su gran prueba, y el Eta entero gemía mientras se quemaba vivo, tras lo que su alma se mezcló con el éter, una vez abandonó a ese muy preclaro varón, y fue él en persona admitido entre los dioses, después que hubo engullido su cuerpo la tierra donde tanto había penado[402]; así yacía entre el fuego Ayante con sus armas, olvidado de la contienda. Una nutrida multitud se lamentaba en la playa; los troyanos estaban radiantes, pero desconsolados los aqueos.

Pero cuando el fuego aniquilador consumió su excelso cuerpo, entonces con vino extinguieron la pira; depositaron sus huesos en un cofre de oro; y sobre ellos vertieron infinita tierra, no lejos de las costas del Reteo[403]. De inmediato se

[401] Encélado, uno de los más famosos Gigantes que combatieron contra los dioses (cf. nota 32, donde dábamos, en cambio, a Atenea como su rival), fue fulminado por Zeus y sepultado bajo la isla de Sicilia, que aquí recibe su habitual sobrenombre de Trinacia, o Trinacria, por los tres promontorios o cabos que la caracterizaban: cf. *Batracomiomaquia* 280-283.

[402] Alusión al episodio de la muerte y apoteosis de Heracles: presa de grandes sufrimientos a causa de la abrasadora túnica que se había ceñido para, tras la conquista de Ecalia, oficiar cierto sacrificio, prenda envenenada que a su esposa Deyanira antaño le había procurado el Centauro Neso, que esperaba vengarse así un día de la herida mortal que con sus flechas le había causado su rival, Heracles, viéndose ya desahuciado, erigió su propia pira en las cumbres del monte Eta, cerca de la tesalia Traquis, y se incineró a sí mismo; entonces quemó su parte mortal y, gracias a la esencia inmortal debida a su padre Zeus, pudo ascender al cielo y ser divinizado: cf. Apolodoro, *Bib.* II 7, 7; este final de Heracles es el argumento tanto de las *Traquinias* de Sófocles como del *Hércules en el Eta* de Séneca, cuyo pasaje de 1733-1735, por cierto, relaciona a Heracles con la figura antes mencionada por Quinto, el gigante Encélado.

[403] El cabo Reteo, en el extremo oriental de la llanura del Escamandro, es el lugar donde tradicionalmente se localizaba la tumba de Ayante: cf. Apolodoro, *Epít.* V 7 y Estrabón, XIII 1, 30. Es de notar, en fin, que,

dispersaron para ir a sus muy ligeras naves, con el corazón aún apenado, pues a aquél lo honraban igual que a Aquiles. Se presentó la negra Noche, que a esos guerreros traía el sueño; tomaron ellos su comida y aguardaron el amanecer, apenas dormitando con los párpados entreabiertos, pues albergaban en su fuero interno un miedo terrible a que los atacaran de noche los troyanos, una vez muerto el Telamoníada.

---

para todo este relato de los funerales de Ayante, Quinto se ha ceñido de nuevo, sin más, al típico ritual de incineración, con lo que no ha tenido presente la versión según la cual, por decreto de Agamenón, que quiso así castigarle bien por haber sido al final una amenaza tan peligrosa para los propios griegos, debido a su ataque de locura, bien meramente por haber resultado un suicida, a Ayante se le negó tal cremación y fue el único de los caudillos griegos que acabó enterrado dentro de un féretro: cf. el fr. 3 Allen de la *Pequeña Ilíada;* Apolodoro, *Epít.* V 7; o Filóstrato, *Heroico* XIII 7.

LIBRO VI

Eos, una vez abandonó la corriente del Océano y el lecho de Titono[404], ascendió al vasto cielo y por doquier se diseminó toda resplandeciente: sonrieron la tierra y el éter; los mortales, que fácilmente perecen[405], regresaron a sus tareas, y cada uno se aplicó a una distinta. Mas los aqueos concurrieron en asamblea, convocados por Menelao[406]: cuan-

---

[404] Según una creencia popular que pretendía explicar su temprana aparición en los cielos, Eos (cf. nota 10), diariamente abandonaba cuanto antes a su marido Titano, viejo eterno (cf. nota 117), en su lecho conyugal: cf. Ovidio, *Amores* I 13, 35-38.

[405] *Brotoì rheîa phthinýthontes,* mera réplica de la fórmula homérica *theoì rheîa zṓontes* (cf. *Il.* VI 138 y *Od.* IV 805 y V 122).

[406] Esta asamblea, en la que Quinto va a retomar tres escenas de la *Ilíada* con similares pretensiones de renuncia por parte entonces de Agamenón, también con la oculta intención de poner a prueba los ánimos de las tropas (cf. *Il.* II 48-393; IX 9-51 y XIV 64-132), no es más que la excusa para desarrollar el episodio de la profecía de Calcante, que anuncia la necesaria participación en esta guerra de Neoptólemo (cf. notas 184 y 277), nueva figura que, erigida prácticamente en protagonista de la obra, una vez desaparecido precisamente su padre Aquiles, se va a encargar, en cierto modo, de dar unidad al siguiente gran bloque de acontecimientos. Entre los libros VI-IX la acción se va a centrar, además de en éste, en los personajes de su rival Eurípilo y de Filoctetes, el otro griego crucial para

do todos estuvieron reunidos en el campamento, entonces habló aquél en medio de los allí congregados:

«Escuchad mis palabras, reyes vástagos de los dioses, las que os voy a decir: muy atormentado se halla mi corazón en mi fuero interno, porque están sucumbiendo las tropas que por mi culpa acudieron a este cruel combate, guerreros a los que ya no recibirán ni su casa ni sus padres, pues a muchos ha quebrantado el Destino decretado por una divinidad. ¡Ojalá se hubiera precipitado sobre mi propia persona la abrumadora fuerza del insufrible Tánato, antes de haber reunido aquí a este ejército! Ahora, por el contrario, la divinidad me ha infligido incesantes dolores, en tanto que contemplo numerosas desgracias: ¿quién podría, en su fuero interno, regocijarse al observar largo tiempo los acontecimientos de esta contienda sin remedio? Pero, ¡venga!, cuantos aún nos encontramos junto a las naves de ligero curso, huyamos de inmediato, cada uno a su tierra, ahora que han fallecido Ayante y el muy vigoroso Aquiles: muertos ellos, no creo que escapemos nosotros a la ruina, sino que seremos abatidos a manos de los crueles troyanos por mi culpa y la de Helena, de ojos de perra, quien no me preocupa tanto como vosotros, cuando os veo morir en la guerra. ¡Maldita sea ella con su muy endeble compañero de lecho! Pues una divinidad le arrebató de su corazón su prudente raciocinio, cuando abandonó mi morada y mi cama[407]. De su suerte se

---

la toma de Troya: cf. la esmerada estructura de esta parte del poema en F. Vian, *Quintus de Smyrne*... II, págs. 47-49.

[407] El propio Menelao, exculpando en buena medida a su esposa, atribuye a la acción divina la huida a Troya de Helena (cf. también, luego, X 396 —se culpa al inexorable Destino—, XIII 412-414 y XIV 156-158, donde incluso es presentada como víctima de un forzoso rapto), frente a la versión más extendida de su consentimiento a la hora de escaparse de Esparta con su amante Paris: cf. *Il.* III 173-175 y *Od.* XXIII 218-221, y aun, para las *Ciprias*, Proclo, pág. 103, líns. 2-10 Allen; aunque la atribu-

ocuparán Príamo y los troyanos: nosotros marchémonos enseguida, porque es mucho mejor escapar de la horrísona guerra que perecer».

Así dijo para poner a prueba a los argivos, pero otros pensamientos revolvía su corazón en su interior, instigado por su celoso ánimo: cómo aniquilar a los troyanos y destruir desde sus cimientos las enormes murallas de la ciudad, y, sobre todo, saciar de sangre a Ares al caer entre los muertos el divino Alejandro[408] —y es que no hay cosa más aborrecible que los celos—. Ello así lo meditaba, al tiempo que se acomodaba nuevamente en su asiento. Entonces se levantó en medio el Tidida, blandeador de la pica, y con ardor increpó a Menelao, caro a Ares:

«¡Ah, cobarde hijo de Atreo! ¿Por qué te dejas ganar por el cruel miedo y entre los argivos declaras tales cosas, como un niño o una mujer, cuya fuerza es endeble? Pero no te obedecerán los más valientes hijos de los aqueos, antes de echar por tierra todas las almenas de Troya: pues para los mortales la audacia es una gran gloria, y la huida un oprobio. Y si alguno de éstos te hace caso en lo que les ordenas, al momento le cortaré la cabeza con el hierro violáceo[409] y lo arrojaré como alimento para las aves de alto vuelo. Pero, ¡venga!, quienes se ocupan de despertar el ardor de los gue-

---

ción del suceso a los dioses está también en HOMERO, *Il.* III 164 s., y *Od.* IV 261-264 y XXIII 222-224; EURÍPIDES, *Troy.* 923-937, 940, 969-986 y 1042 s., y *Andr.* 680; o VIRGILIO, *En.* II 601-603.

[408] En la *Ilíada* es el otro nombre de Paris, presentado aquí como nuevo marido de Helena, antes esposa de Menelao, y rival suyo por ello, según la leyenda del origen de la Guerra de Troya (cf. nota 104).

[409] Esto es, en escueta y metonímica expresión, «con la espada de hierro que despide reflejos violáceos». En la época heroica retratada por los textos homéricos, aún no se utilizaba el hierro como material para las armas, salvo en *Il.* XVIII 34 y XXIII 30 s., donde se puede estar hablando sólo de cuchillos de cocina.

rreros, que al momento animen por las naves a todas las tropas a afilar sus lanzas y a poner a punto sus escudos y todo lo demás, y a reponerse con la comida todos ellos, hombres y caballos, los que están ávidos de guerra: en la llanura, muy pronto, Ares va a juzgar su ímpetu».

Así dijo el Tidida, y se sentó donde antes. Y tales palabras les dirigió el hijo de Téstor[410], colocado de pie en el centro, allí donde es costumbre hablar en público:

«Escuchadme, queridos descendientes de los argivos, firmes en la lucha, pues sabéis que yo sé exponer claramente los vaticinios. Ya en el pasado afirmé también que en el décimo año destruiríais la alta Ilio[411]: ello ahora lo van a cumplir los inmortales, y la victoria se halla a los pies de los aqueos. Pero, ¡ea!, enviemos rápidamente a Esciros, en una negra nave, al hijo de Tideo y a Odiseo, firme en la lucha,

---

[410] Calcante, el adivino al servicio de los griegos en la Guerra de Troya (cf. *Il.* I 68-72). De este personaje se va a valer Quinto de forma recurrente cuando se trata de exponer algún vaticinio relacionado con la caída de Troya, como es aquí el caso, aun cuando tradicionalmente se entendía que era otro adivino, el troyano Héleno —ya pasado al bando aqueo—, el que declaraba, entre otras condiciones para la conquista, el oráculo referente a Neoptólemo: cf. Apolodoro, *Epítome* V 10, y Trifiodoro, *La toma de Ilión* 49-54.

[411] Según *Il.* II 295-330, y luego Apolodoro, *Epít.* III 15, fue Calcante quien adivinó el tiempo que tardarían los griegos en tomar Troya: durante cierto sacrificio propiciatorio en Áulide del recién congregado ejército aqueo, saltó una serpiente desde el altar a un plátano cercano, y allí devoró a los ocho polluelos y a la madre que se hallaban en un nido de gorriones, tras lo que quedó convertida en piedra; interpretó Calcante tal prodigio en el sentido de que habrían de transcurrir tantos años enteros como pájaros habían sido entonces devorados, esto es, nueve, antes de que los griegos pudieran conquistar Troya, en el décimo año ya, pues, de su asedio.

quienes, tras haberlo persuadido, se traerán al poderoso hijo de Aquiles[412]: a todos nosotros nos asistirá una gran luz».

Así habló el hijo del bienintencionado Téstor; a su alrededor gritaron alborozadas las tropas, porque sus corazones albergaban la esperanza de que la profecía de Calcante fuera cierta, tal y como lo había expuesto. Y entonces el hijo de Laertes se dirigió a los aqueos:

«Amigos, no conviene que todavía sigáis hoy hablando tanto entre vosotros, pues ya estáis cansados y tenéis prisa[413]: bien sé que a las gentes fatigadas no les agradan ni el orador ni el aedo, al que aman las inmortales Piérides[414] —pocas palabras es lo que desean los hombres—. Ahora anhelo yo realizar lo que en el ejército a todos los argivos les place, y más aún si me acompaña el Tidida[415]. Ambos,

---

[412] Neoptólemo (cf. la anterior nota 406).

[413] En este pasaje mal comprendido e inútilmente corregido, resulta innecesaria la propuesta de L. Rhodomann: *achnyménoisin* en lugar de *essyménoisin* (la lectura de los manuscritos, sí defendida por F. Vian, como es su costumbre: cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 70, n. 1), esto es, habría que traducir en este verso —entendiendo que la actual sentencia de Odiseo alude, en general, al estado de ánimo de los soldados tras tantos padecimientos en la guerra, y no, en concreto, al agotamiento ese día de las tropas por llevar largo rato escuchando discursos— «pues ya estáis cansados, afligidos como os encontráis».

[414] Las Musas (cf. nota 237).

[415] Quinto es el único autor que presenta a Diomedes acompañando a Odiseo en esta embajada a Esciros: en las otras versiones, viaja Odiseo solo (cf. *Od.* XI 508s.; el resumen de la *Pequeña Ilíada* en Proclo, pág. 106, líns. 29 s. Allen; Tzetzes, *Posth.* 532), o bien Odiseo y Fénix, éste en calidad de antiguo ayo de Aquiles (cf. Sófocles, *Fil.* 343-347; y Apolodoro, *Epít.* V 11), o bien únicamente Fénix (en Filóstrato, *Descripciones de cuadros* Ib 3), o incluso sólo Menelao (según Dares, 35 s.). Sucede que, sin más, nuestro poeta, como luego hará en el libro IX, para la búsqueda de Filoctetes, recurre aquí a la pareja de héroes que ya viajó antaño a Esciros para reclutar a Aquiles (cf., *infra*, VII 242-252 y 275 s.), y que tradicionalmente, por su habilidad y astucia (como quedó establecido

pues, iremos y nos traeremos al poderoso hijo de Aquiles, amante de la guerra, al que convenceremos gracias a nuestras palabras, aun cuando con abundantes lágrimas trate de retenerlo en palacio su madre, que en sus adentros debe de temer que sea aquél el belicoso hijo de su fuerte padre».

Tras hablar así, con sensatas intenciones le respondió Menelao:

«Odiseo, egregio recurso de los argivos de gran vigor, en el caso de que, gracias a tus consejos, el poderoso hijo de Aquiles, de gran espíritu, venga de Esciros a socorrernos, como deseamos, y uno de los Uránidas nos conceda la victoria, como les estamos suplicando, y pueda yo regresar así a la Hélade, mi tierra, de buena gana le entregaré por esposa a mi muy gloriosa hija Hermíone[416] y, con ella, abundantes y opulentos regalos, pues imagino que no va a despreciar, por orgullo, a una mujer y a un suegro tan nobles».

Así habló, y los dánaos aprobaron sus palabras. Entonces se disolvió la asamblea: ellos se dispersaron para ir a sus naves, deseosos del alimento que a los hombres reporta fuerzas.

Y cuando, ya saciados, dejaron de comer, entonces el hijo de Tideo, junto con el muy sagaz Odiseo, arrastró su veloz nave hasta el mar infinito; tras cargar con rapidez las provisiones y todos los aparejos, también ellos embarcaron, y con ellos veinte hombres expertos en el remo, cuando las tempestades se presentan de frente y cuando al ancho ponto lo allana la bonanza. Una vez que se sentaron en los bien

---

desde la «Dolonía»: cf. nota 367), solía ocuparse de asuntos diplomáticos y de misiones estratégicas.

[416] Era la única hija de Menelao y Helena (nacida antes de que ésta se fugara con Paris: cf. Apolodoro, *Bib.* III 11, 1, y *Epít.* III 3). Neoptólemo se casará un día, efectivamente, con Hermíone: cf. *Od.* IV 5-9; para su desgracia, según la *Andrómaca* de Eurípides.

construidos bancos, golpearon el gran oleaje del mar: a uno y otro lado borbollaba la abundante espuma. Húmedas rutas eran abiertas por medio de esas palas, en tanto que avanzaba la nave; ellos remaban sudorosos. Como cuando, bajo el yugo, unos bueyes con gran fatiga, a pesar de su ardor, arrastran hacia delante, atormentados como están, una carreta de madera que, debido a la carga, rechina bajo su giratorio eje, y de la cerviz y de la cruz abundante sudor les chorrea a ambos hasta el suelo, así entonces se esforzaban esos jóvenes en sus sólidos remos: con gran velocidad recorrían el ancho ponto. Los demás aqueos iban atalayando su marcha, mientras afilaban los horribles dardos y las picas con que batallaban.

Los troyanos, dentro de su villa, intrépidos se preparaban también para la guerra: llenos estaban de ardor y suplicaban a los bienaventurados descansar de la matanza y tomar un respiro en sus fatigas. Y, tal como deseaban, los dioses les trajeron un gran amparo ante las desgracias, a Eurípilo, linaje del fuerte Heracles; le seguían numerosas tropas, avezadas a la contienda, cuantas habitaban junto a las desembocaduras del largo Caico[417], confiadas en sus robustas lanzas[418]. En torno a él, muy felices se hallaban en su fuero interno los hijos de los troyanos: como cuando, encerrados dentro de su corral, contemplan unos gansos domésticos al hombre que les echa el alimento, con lo que en torno a él festejan su lle-

[417] Río de Misia, la comarca minorasiática de la que procede Eurípilo (cf. nota 278).

[418] Para el recibimiento de Eurípilo en Troya, Quinto no se complica y repite los motivos que ya empleara en las anteriores recepciones de aliados, las de Pentesilea (I 18-137) y Memnón (II 100-163): la congregación del pueblo, la bienvenida, los honores tributados, la suntuosa cena y el descanso la noche anterior a la batalla; pero además, parece aquí acordarse de la recepción de Jasón por el rey Cízico según APOLONIO DE RODAS, *Arg.* I 961-984.

gada, graznando todo alrededor por sus picos, y el espíritu de aquél se regocija al verlos; así se alegraban los hijos de los troyanos cuando vieron al poderoso Eurípilo, cuyo audaz corazón se deleitaba en su fuero interno con las gentes allí congregadas. Desde los umbrales, las mujeres se maravillaban ante ese divino guerrero: destacado entre aquellas tropas, acudía él como un león que en los montes marcha en medio de chacales.

A él lo recibió Paris, y lo honró igual que a Héctor: pues era su primo y pertenecía a su misma estirpe, ya que lo había dado a luz la divina hermana de Príamo, Astíoque, entregada a los fuertes brazos de Télefo[419], aquel al que para el intrépido Heracles, a escondidas de su padre, dio a luz Auge, de hermosos bucles, y al que, aún pequeño y ávido de leche, crió antaño una ligera cierva, que lo quiso igual que a su cervato, pues le ofreció su ubre por voluntad de Zeus: no convenía que un nacido de Heracles pereciera de forma lamentable[420]. A su glorioso hijo lo condujo hasta su mansión

---

[419] Según una genealogía establecida sin duda en la *Pequeña Ilíada* (cf. PROCLO, pág. 106, lín. 31 ALLEN; y, además, ACUSILAO, *F. Gr. Hist.* I A, 2, fr. 40 y APOLODORO, *Bib.* III 12, 3 y *Epít.* V 12), Eurípilo era hijo de Télefo, el famoso rey de Misia (cf. ya nota 278), y de Astíoque, princesa hija de Laomedonte, hermana de Príamo, pues, y tía de Paris.

[420] La vida de Télefo está llena de peripecias aquí apenas sugeridas: a su paso por Tegea, Heracles sedujo a Auge, la hija del rey Áleo, y, dio así a luz ésta a escondidas a un niño, que ocultó en el recinto sagrado de Atenea; pronto se produjo una epidemia en la región y Áleo, al penetrar en ese santuario en busca de la impureza que los oráculos señalaban como causante de la plaga, pudo descubrir el parto de su hija, tras lo que abandonó al recién nacido en el monte Partenio y entregó a Auge al navegante Nauplio para que la vendiera en el extranjero; el niño fue amamantado y criado por una cierva, y después lo recogieron unos pastores corintios, que le dieron, en recuerdo de su milagrosa crianza, el nombre de Télefo (*Tḗlephos,* ingenuamente derivado de *thēlḗ,* «mama», y *élaphos,* «cierva»); a Auge, por su parte, Nauplio se la cedió a Teutrante, el monarca de Teutra-

entonces Paris, con ánimo benévolo, a través de la ciudad, de amplio territorio, pasando junto a la tumba de Asáraco[421], el alto palacio de Héctor y el muy divino templo de la Tritónide, cerca del cual se hallaban las moradas y el altar inmaculado del Hogareño[422]. Y de buena gana le preguntaba por sus hermanos, parientes y padres, y él todo se lo refería: así conversaban ambos entre sí mientras iban caminando.

Llegaron a su enorme y opulenta mansión; allí se encontraba Helena, comparable a una diosa, revestida de la belleza de las Gracias: cuatro sirvientas la atendían a su alrededor, y otras, a su vez, se hallaban lejos de ese ilustre tálamo, aplicadas a cuantos trabajos incumben a las esclavas. Ante Eurípilo mucho se maravillaba Helena al verlo, y aquél, a su vez, ante Helena; ambos intercambiaron palabras de bienvenida en esa perfumada sala. Los esclavos, por su parte, colocaron dos asientos cerca de su señora: al punto se sentó

---

nia en Misia, quien la convirtió en su mujer; años después, deseoso de encontrar a sus padres, llegó allí Télefo por indicación del oráculo de Delfos, y pudo ser reconocido por su madre y aun llegó a ser adoptado como heredero por Teutrante (cf. Apolodoro, *Bib.* II 7, 4 y III 9, 1; otros detalles en Diodoro de Sicilia, IV 33, 7-12 e Higino, *Fáb.* 99 y 100).

[421] Antiguo príncipe troyano, bisnieto de Dárdano (cf. nota 37), hijo de Tros y abuelo de Anquises, el padre de Eneas: con Asáraco partía, dentro del amplio árbol genealógico troyano, una rama que nunca reinó en Troya, cuyo trono siempre estuvo ocupado por el hermano de aquél, Ilo, y sus descendientes (cf., *supra,* II 140-144): la estirpe real de Troya en *Il.* XX 215-240 y Apolodoro, *Bib.* III 12, 1-6.

[422] Ésta es la traducción por la que hemos optado —ya la presenta antes F. A. García Romero en su versión— para el término *Herkeîos,* epíteto de Zeus como protector del recinto (el *hérkos)* del hogar, de la propia casa (cf. *Od.* XXII 334 s.). Para la descripción de los distintos lugares que de Troya aquí se han mencionado (descripción inspirada, en parte, en *Il.* VI 88 y 297 y 313-317), nos remitimos a F. Vian, *Recherches...*, págs. 118 s.

Alejandro, y junto a él Eurípilo. Sus tropas, entretanto, instalaron el campamento delante de la villa, allí donde se hallaban los guardias troyanos, de poderoso ánimo; al punto, depositaron sus armas en el suelo, y cerca situaron también a los caballos, aún jadeantes tras su duro esfuerzo; en los pesebres echaron lo que comen esos veloces corceles.

Y entonces se presentó la noche, y se iban ennegreciendo la tierra y el éter. Delante de la alta muralla tomaron su alimento los ceteos[423] y los troyanos; numerosas charlas surgieron entre estos comensales. Por doquier ardía el ímpetu del llameante fuego junto a las tiendas; resonaban la estridente siringa y las agudas flautas hechas con cañas ensambladas, y los rodeaba el encantador sonido de las liras. Los argivos, al contemplarlos a lo lejos, se maravillaban ante aquel sonido de las flautas y las liras, de los propios hombres y los caballos, y de la siringa, que en el banquete y entre los pastores sobresale. Por eso cada uno, en sus tiendas, ordenó custodiar por turnos las naves hasta el amanecer, no fuera que acudieran a incendiarlas los insignes troyanos, que entonces banqueteaban delante de la alta muralla. Así también en las mansiones de Alejandro tomaba parte en un festín el valiente Teléfida[424], acompañado de los espléndidos reyes. Muchas súplicas le hacían sucesivamente Príamo y los demás hijos de los troyanos, para que se les uniera con-

[423] Los ceteos figuran ya en *Od.* XI 521 como las tropas que habían acompañado a Eurípilo en Troya, si bien su desconocido y sospechoso nombre dio lugar, en la Antigüedad, a discusiones filológicas: en general, como acepta el propio Quinto, en buena lógica se entendía que eran un pueblo de Misia (cf. el escolio a *Od.* XI 521); pero Aristarco sostenía que *Kḗteioi* no era más que un epíteto derivado de *kêtos* («cetáceo», «monstruo marino»), con el que se calificaba de «enormes», «gigantescos», a esos compañeros de Eurípilo: cf. F. VIAN, *Recherches...*, págs. 129 s.

[424] Patronímico aplicado a Eurípilo, el «hijo de Télefo» (cf. nota 419), ya empleado en *Od.* XI 519.

tra los argivos en su cruel destino; él prometía llevarlo todo a cabo. Mas una vez que cenaron, marchó cada cual a su mansión; Eurípilo se acostó allí mismo, un poco más lejos, en una bien construida habitación, donde antes dormía el excelso Alejandro en persona, acompañado de su espléndida mujer, pues resultaba aquélla asombrosa y destacaba entre todas: allí fue él a acostarse, en tanto que ellos escogieron un lecho en otro lugar, hasta la llegada de la Erigenía, de hermoso trono. Mas, al amanecer, el Teléfida se levantó y se encaminó al vasto ejército junto con los demás reyes, cuantos se encontraban en Ilio. Las tropas, ansiosas como estaban, se pusieron de inmediato sus armas, deseando todas echarse a combatir en primera línea. Así también Eurípilo revistió sus enormes miembros con una armadura que se asemejaba a los resplandecientes relámpagos; numerosos relieves se hallaban a lo largo de su divino escudo, cuantos trabajos llevó a cabo antaño la audaz fuerza de Heracles[425].

---

[425] Nueva *ékphrasis,* a continuación, de las armas de un guerrero, extensa y minuciosa como la de V 6-120 (cf. nota 340), dedicada sólo a los relieves grabados en el escudo de Eurípilo. Para la inminente enumeración en ella de los Trabajos de Heracles, Quinto parece haber recurrido a fuentes muy diversas (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* II, págs. 56-63): por un lado, a la hora de establecer la lista de los Doce Trabajos y, al final, de algunos de los *parérga* o «hazañas secundarias», parece seguir simplemente los catálogos mitográficos disponibles, pues es de notar, ante todo, la gran semejanza de su exposición con los resúmenes de HIGINO en sus *Fáb.* 30, con la misma lista de los Trabajos, prácticamente en igual orden, e incluso con esa hazaña previa de Heracles aún niño contra las serpientes; y 31, donde, entre otros muchos, se incluyen, de forma casi exacta, los cinco *parérga* que aquí serán recordados; por otro lado, recurre aquél, cuando se trata de precisar los elementos de algunas escenas, a modelos literarios concretos: Hesíodo le sirve para varios detalles de los episodios de la Hidra, Gerioneo o Cerbero, y Apolonio de Rodas para algunos apuntes de las representaciones del toro de Creta y de las Hespérides; y finalmente, ha dejado su huella la propia iconografía, y ello en la exposición

Allí estaban, haciendo vibrar sus lenguas en sus horribles bocas, dos feroces serpientes que parecían moverse, llenas de espantosa furia; aquél, aun siendo sólo un niño, las destrozaba a cada una en un lado: intrépidos eran su mente y su ánimo, porque en fuerza, desde el primer momento, igualaba al mismo Zeus: pues un vástago de los dioses Uránidas no se presenta sin eficacia y sin recursos, sino que le asiste un vigor infinito, incluso cuando se halla dentro del vientre materno[426]. Allí estaba grabado el violento león de Nemea, fuertemente estrangulado por los robustos brazos del poderoso Heracles: alrededor de sus horribles mandíbulas corría sanguinolenta espuma; parecía estar ya expiran-

misma de tales escenas, cuya presentación, cargada de referencias y motivos plásticos, hace constatar de continuo que Quinto no deja de tener presente en ningún momento el hecho fundamental de estar describiendo una obra de arte. Destaquemos, además, que en la *Antología Palatina* (en XVI 92) se nos ha conservado un epigrama que enumera también los Doce Trabajos, en sus doce versos correspondientes, rematados por uno más en el que se añade, como decimotercera hazaña cómica, la unión de Heracles con las cincuenta hijas de Tespio en una sola noche, y que Tzetzes atribuyó a Quinto de Esmirna en sus *Chiliades* (II 491): el poema incluye, ciertamente, los mismos Trabajos en una presentación semejante, pero, aparte de no coincidir éstos en el orden y en algunos detalles que aquí sí vamos a constatar, diversos problemas de lengua y de métrica hacen, en fin, que esa atribución a Quinto nunca haya sido seriamente aceptada (así en la ocasional edición y el examen de F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, págs. 61-63).

[426] Celosa del hijo que su marido Zeus acababa de tener con la mortal Alcmena, quiso Hera deshacerse del recién nacido Heracles enviando a su cuna dos enormes serpientes, que el ya dotado héroe estranguló sin más con sus manos: cf. Ferecides, *F. Gr. Hist.* I A, 3, fr. 69; Píndaro, *Nem.* I 33-59; Teócrito, *Id.* XXIV 1-63; Diodoro de Sicilia, IV 10, 1; Apolodoro, *Bib.* II 4, 8; Virgilio, *En.* VIII 288 s.; Higino, *Fáb.* 30, 1; Séneca, *Hércules Loco* 216-222.

do[427]. Cerca de él estaba representado el cuerpo de la Hidra de muchos cuellos, que de forma terrible hacía vibrar sus lenguas; de sus dañinas cabezas, unas yacían abatidas por los suelos, pero otras muchas iban creciendo de las pocas que aún quedaban: la fatiga se apoderaba de Heracles y del audaz Yolao, porque, poseedores ambos de un espíritu esforzado, se dedicaba el uno a cortar rápidamente con su cimitarra, de corvos dientes, esas furiosas cabezas, y el otro a quemarlas con un hierro candente; llegaba a su fin la tremenda amenaza de esta bestia[428]. A continuación estaba grabado el violento jabalí infatigable, con sus mandíbulas espumeantes; como en la realidad, vivo se lo llevaba a Eu-

[427] El primero de los Doce Trabajos consistía en traerse la piel del monstruoso león de la comarca de Nemea; dado que este animal era invulnerable, Heracles hubo de acorralarlo en una cueva y estrangularlo con sus propios brazos: cf. Sófocles, *Traq.* 1091-1094; Eurípides, *Her.* 359-363; Diodoro de Sicilia, IV 11, 3 s.; Apolodoro, *Bib.* II 5, 1; Virgilio, *En.* VIII 295; Ovidio, *Met.* IX 197; Higino, *Fáb.* 30, 2; Séneca, *Hércules Loco* 224 s. y *Hércules en el Eta* 16.

[428] La siguiente hazaña consistía en matar a la Hidra del pantano de Lerna, monstruo de descomunal tamaño y múltiples cabezas —entre cinco y cien—, con la capacidad además de hacer retoñar doble número de éstas que le fueran cortadas; debido a ello, Heracles hubo de recurrir a quien lo había acompañado hasta allí como auriga, su sobrino Yolao: mientras Heracles decapitaba sin descanso las cabezas (con esa *hárpē* o «cimitarra», o bien con su característica maza o clava), Yolao, impidiendo su nueva proliferación, se ocupaba —mediante tizones, si bien Quinto habla en exclusiva de un hierro al rojo como instrumento— de quemar al punto los muñones de los cuellos segados: cf. Hesíodo, *Teog.* 313-318, pasaje que, en algún detalle, parece seguir Quinto directamente: cf. nota 425; Sófocles, *Traq.* 1094; Eurípides, *Her.* 419-422; Diodoro de Sicilia, IV 11, 5 s.; Apolodoro, *Bib.* II 5, 2; Virgilio, *En.* VIII 299 s.; Ovidio, *Met.* IX 192 s.; Higino, *Fáb.* 30, 3; Séneca, *Hércules Loco* 241 s. y *Hércules en el Eta* 19.

risteo el gran y fuerte Alcida[429]. Bien labrada estaba la cierva de veloces patas, que mucho devastaba todos los campos de los sufridos vecinos de alrededor; el poderoso héroe la agarraba de sus cuernos de oro, mientras aún exhalaba ella una llamarada de funesto fuego[430]. A su lado, las odiosas Estinfálides: unas, alcanzadas por sus flechas, expiraban en el polvo; otras, tratando aún de escapar, se precipitaban a través de la bruma blanquecina: contra ellas el encolerizado Heracles lanzaba una saeta tras otra, con apariencia de estar muy afanoso[431]. Allí también estaba labrado con arte, sobre

[429] En su nueva empresa, Heracles —designado aquí como «Alcida» en tanto que descendiente de Alceo, el padre de Anfitrión, padre putativo, a su vez, de Hércules— debía llevarle vivo a su primo Euristeo, rey de Micenas, a cuyo servicio estaba para cumplir, por decisión de Hera, estos Doce Trabajos (cf. Apolodoro, *Bib.* II 4, 5 y 12) el jabalí que, desde el monte Erimanto, arrasaba la Psófide: Heracles lo acosó hasta arrinconarlo en un paraje cubierto de nieve profunda, tras lo que lo capturó a lazo y lo llevó a su señor: cf. Sófocles, *Traq.* 1097; Diodoro de Sicilia, IV 12, 1 s.; Apolodoro, *Bib.* II 5, 4; Ovidio, *Met.* IX 191 s.; Higino, *Fáb.* 30, 4; Séneca, *Hércules Loco* 228 s.

[430] En otro de sus Trabajos, Heracles hubo de capturar, también con vida, a la veloz cierva que vivía por el territorio de la ciudad acaya de Cerinía o por Énoe, portentoso animal de cuernos de oro consagrado a Ártemis: Quinto nos lo presenta, más bien, como otra fiera dañina, por su aliento de fuego. Heracles la persiguió con cuidado durante todo un año y la apresó finalmente junto al río Ladón, en Arcadia: cf. Eurípides, *Her.* 375-379; Diodoro de Sicilia, IV 13, 1; Apolodoro, *Bib.* II 5, 3; Ovidio, *Met.* IX 188; Higino, *Fáb.* 30, 5; Séneca, *Hércules Loco* 222-224 y *Hércules en el Eta* 17.

[431] Un nuevo Trabajo consistía en el exterminio de las aves del Estínfalo, cierto lago de Arcadia rodeado por espesos árboles, donde se refugiaban en ingente número estos saqueadores pájaros: para hacerlos levantar el vuelo y abatirlos fácilmente a flechazos, Heracles hizo sonar de forma atronadora unas castañuelas de bronce que le entregó Atenea: cf. Diodoro de Sicilia, IV 13, 2; Apolodoro, *Bib.* II 5, 6; Ovidio, *Met.* IX 187; Higino, *Fáb.* 30, 6; Pausanias, VIII 22, 4; Séneca, *Hércules Loco* 243 s. y *Hércules en el Eta* 17.

esa indestructible adarga, el gran establo de Augías, comparable a un dios; hacia él desviaba el poderoso Heracles el profundo caudal del divino Alfeo: a su alrededor, se maravillaban las Ninfas ante ese indescriptible trabajo[432]. Algo más lejos se encontraba el toro de abrasador aliento, al que, aun siendo invencible, doblegaba aquél por la fuerza, tirando de sus poderosos cuernos: sus dos infatigables bíceps, al apoyarse él, tensos se mantenían; se hallaba la fiera, por su parte, como lanzando un mugido[433]. Cerca de él, sobre este escudo estaba representada Hipólita, revestida de la belleza de las diosas; decidido a despojarla con sus fuertes manos del repujado cinturón, la cogía el héroe por los cabellos para tirarla de su rápido corcel: a lo lejos, temblaban de miedo las demás Amazonas[434]. A su lado, estaban en la tierra tracia

[432] En esta nueva hazaña, Heracles tenía la obligación de limpiar en un solo día todo el estiércol de los establos de Augías, rey de la Élide poseedor de incontables reses: para arrastrarlo fácilmente de una vez, abrió un canal en los cimientos de tales establos y hacia allí desvió el curso de los ríos Alfeo (el único mencionado por Quinto) y Peneo: cf. Diodoro de Sicilia, IV 13, 3; Apolodoro, *Bib.* II 5, 5; Ovidio, *Met.* IX 187; Higino, *Fáb.* 30, 7; Pausanias, V 1, 9 s.; Séneca, *Hércules Loco* 247 s.

[433] En otro de sus Trabajos, Heracles hubo de dominar y traerse vivo al monstruoso toro de Creta, que era capaz también de exhalar un aliento de fuego, según un raro detalle que Quinto parece tomar de Apolonio de Rodas, *Arg.* III 1303-1308, pasaje que aquí le sirve de influencia para varios motivos en la breve descripción de esta lucha, lo mismo que Teócrito, *Id.* XXV 145-149: cf. Diodoro de Sicilia, IV 13, 4; Apolodoro, *Bib.* II 5, 7; Virgilio, *En.* VIII 294s.; Ovidio, *Met.* IX 186; Higino, *Fáb.* 30, 8; Pausanias, I 27, 9 s.; Séneca, *Hércules Loco* 230 y *Hércules en el Eta* 27.

[434] Para el siguiente Trabajo, Heracles organizó una expedición al país de las Amazonas, pues había de conseguir el cinturón de su reina Hipólita, precioso objeto que le había sido regalado por su padre Ares; Hipólita se presentó pacíficamente en la playa y se mostró dispuesta a entregárselo, pero Hera engañó a otras Amazonas con la falsa noticia de que Heracles había raptado a su soberana, por lo que lo atacaron y éste, creyéndose

las nefastas yeguas de Diomedes, devoradoras de hombres; al pie de sus odiosos pesebres las masacró aquél junto con su propio amo, de malvadas intenciones[435]. Allí también se encontraba el cuerpo del infatigable Gerioneo, muerto junto a sus bueyes: en el polvo estaban desparramadas sus cabezas ensangrentadas, abatidas por la fuerza de su maza; delante quedaba derribado su perro Ortro, el más devastador de todos, igual en su poderoso vigor al pernicioso Cerbero, que no era sino su hermano; y a su lado yacía el boyero Euritión, manchado de abundante sangre[436]. A su lado, estaban

---

traicionado, para obtener su botín dio muerte allí a Hipólita y luchó contra sus súbditas: cf. Eurípides, *Her.* 408-418; Diodoro de Sicilia, IV 16, 1-4; Apolodoro, *Bib.* II 5, 9; Ovidio, *Met.* IX 188 s.; Higino, *Fáb.* 30, 10; Séneca, *Hèrcules Loco* 245 s. y *Hércules en el Eta* 21.

[435] Esta nueva hazaña consistió en traerse vivas, o bien en aniquilar —lo que aquí supone Quinto—, a las yeguas antropófagas de Diomedes, rey de Tracia e hijo de Ares que había enseñado a estos animales a alimentarse de la carne de sus huéspedes; para ello, Heracles hubo de dar muerte a tal monarca y a buena parte de sus súbitos, los bístones: cf. Eurípides, *Her.* 380-388; Diodoro de Sicilia, IV 15, 3 s.; Apolodoro, *Bib.* II 5, 8; Ovidio, *Met.* IX 194-196; Higino, *Fáb.* 30, 9; Séneca, *Hércules Loco* 226 s. y *Hércules en el Eta* 19 s.

[436] Como siguiente Trabajo, Heracles viajó hasta la isla de Eritía, en los confines del Océano junto a la futura Gadira o Cádiz, para así apoderarse de las vacas de Gerioneo (o Gerión o Geríones), monstruoso ser con tres cuerpos unidos por la cintura: lo mató Heracles con una flecha que, disparada por un flanco, atravesó a la vez esos tres cuerpos, o bien a golpes de su maza, como aquí indica Quinto; previamente, se deshizo de los guardianes del ganado, el enorme perro Ortro u Orto, hermano de Cerbero, por ser también hijo de Tifón y Equidna (cf. Hesíodo, *Teog.* 306-312) y el boyero Euritión: cf. Hesíodo, *Teog.* 287-294 y 979-983 (pasajes que Quinto parece seguir de cerca); Eurípides, *Her.* 423 s.; Diodoro de Sicilia, IV 17, 1 s. y 18, 2 s.; Apolodoro, *Bib.* II 5, 10; Ovidio, *Met.* IX 184 s.; Higino, *Fáb.* 30, 11; Séneca, *Hércules Loco* 231-234 y *Hércules en el Eta* 26.

representadas las manzanas de oro de las Hespérides, resplandecientes en su inmaculado árbol; en torno a él, quedaba derribado el espantoso dragón: aquéllas, cada una por un sitio, huían asustadas ante el audaz hijo del gran Zeus[437]. Allí estaba aquel cuya visión causa tanto miedo incluso a los inmortales, Cerbero, al que para el infatigable Tifoeo parió Equidna en una helada gruta, cerca de la morada de la negra Noche terrible: era él el horroroso monstruo que me- 262a
rodea por las funestas puertas del Hades, de muchos llantos, para encerrar a la turba de los muertos en el fondo del brumoso báratro; el hijo de Zeus, tras dominarlo con sus golpes, fácilmente lo conducía, con sus cabezas gachas, a lo largo de la profunda corriente de la Éstige, arrastrándolo, en un alarde de audacia, por la fuerza, en contra de sus deseos, hacia un territorio que le resultaba extraño[438]. Algo más le-

---

[437] En esta nueva empresa, marchó Heracles de nuevo a los confines occidentales de la Tierra, de donde tenía que llevarse las manzanas de oro de los jardines de las Hespérides (cf. nota 145), frutos custodiados por un dragón al que dio muerte: cf., con notables variantes, Sófocles, *Traq.* 1099 s.; Eurípides, *Her.* 394-399; Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 1396-1407 (pasaje con ciertos detalles retomados aquí directamente por Quinto); Diodoro de Sicilia, IV 26, 2-4; Apolodoro, *Bib.* II 5, 11; Ovidio, *Met.* IX 190; Higino, *Fáb.* 30, 12; Séneca, *Hércules Loco* 239 s. y *Hércules en el Eta* 18.

[438] El último de los Trabajos consistió en traer de los Infiernos al mismísimo perro encargado de su vigilancia, Cerbero, enorme fiera dotada de tres (o cincuenta, o cien) cabezas, de erizadas serpientes sobre su lomo y de una cola de dragón; era otro hijo de Tifón o Tifoeo (cf. nota 394) y de la viperina Equidna, pareja famosa por su monstruosa descendencia: cf. Hesíodo, *Teog.* 295-315, pasaje de esta obra que, una vez más, tiene Quinto aquí presente, junto con sus posteriores versos 744 s., donde se mencionan ya esas moradas de la Noche. Heracles, pues, obtuvo permiso de Hades para llevárselo temporalmente, pero sólo si lo sometía sin el empleo de las armas, por lo que hubo de domarlo con sus propios brazos: cf. Sófocles, *Traqu.* 1097-1099; Eurípides, *Her.* 426-429; Diodoro de Sicilia, IV 25, 1-26, 1; Apolodoro, *Bib.* II 5, 12; Virgilio, *En.* VIII 296

jos estaban grabados los enormes valles del Cáucaso: tras hacer pedazos, esparcidas a uno y otro lado, las ataduras de Prometeo, junto con las mismas rocas a las que estaban ésas fijadas, liberaba aquél al gran Titán; cerca de él yacía la nefasta águila, con el cuerpo traspasado por una dolorosa flecha[439]. Y estaba grabada, en torno a la morada de Folo, la gran fuerza de los muy vigorosos Centauros; la discordia y el vino incitaban a estos monstruos a batallar contra Heracles: unos yacían abatidos entre los pinos, que en sus manos sujetaban como instrumentos de guerra; otros aún combatían con sus enormes abetos, llenos de ardor, y no ponían fin a la contienda: las cabezas de todos, heridos en esa inexorable lucha, estaban bañadas en crúor, como en la realidad; con el vino se mezclaba la sangre, y todo estaba destrozado, los alimentos, las crateras y las bien pulidas mesas[440]. Por su

---

s.; Ovidio, *Met.* IX 185; Higino, *Fáb.* 30, 13; Pausanias, II 31, 2; Séneca, *Hércules Loco* 46-63 y *Hércules en el Eta* 22-24.

[439] Se añaden ahora (cf., *supra,* nota 425) algunos de los más conocidos *parérga* (o «hazañas secundarias») llevados a cabo por Heracles a lo largo de sus viajes y expediciones. El primero aquí evocado es la liberación de Prometeo de su celebérrimo castigo en el monte Cáucaso (recordado ya en V 342-344: cf. nota 380), para lo cual Heracles hubo de matar de un flechazo al águila que, acudiendo a roer su hígado, diariamente atormentaba al encadenado Titán: cf. Diodoro de Sicilia, I 19, 2 s. y IV 15, 2; Apolodoro, *Bib.* II 5, 11; Higino, *Fáb.* 31, 5 y 54, 3; Pausanias, V 11, 6.

[440] En su búsqueda del jabalí del Erimanto (cf. nota 429), llegó Heracles al monte Fóloe, en la Élide, y se hospedó en casa del benévolo centauro Folo, quien se negaba a ofrecerle, a pesar de sus ruegos, el vino de un tonel que era propiedad común de todos los centauros; lo abrió finalmente y sus congéneres no tardaron en captar el olor de su preciada posesión y en acudir armados, para castigar al intruso, con rocas y troncos de árboles (tales armas de los agrestes centauros también en Hesíodo, *Escudo* 188 y 190, y en Apolonio de Rodas, *Arg.* I 64); Heracles luchó entonces contra ellos y sólo unos pocos escaparon con vida de la masacre: cf. Sófocles, *Traq.* 1095 s.; Eurípides, *Her.* 364-374; Diodoro de Sici-

parte, en otro lugar, a Neso, que había escapado de esa batalla, junto a la corriente del Eveno lo abatía aquél con una flecha, encolerizado a causa de su amada esposa[441]. Allí estaba grabada la gran pujanza del poderoso Anteo, al que, tras levantarlo en vilo cuando éste se le enfrentaba en una lucha sin cuartel, lo destrozó el héroe con sus fuertes brazos[442]. Y yacía en las desembocaduras del Helesponto, de hermosa corriente, el enorme y horrendo cetáceo, alcanzado por inexorables flechas: así liberaba aquél a Hesíone de sus fatales ataduras[443]. Otros indescriptibles trabajos del Alcida, de audaz espíritu, cubrían ese amplio escudo de Eurípilo, criado por Zeus.

LIA, IV 12, 3-8; APOLODORO, *Bib.* II 5, 4; VIRGILIO, *En.* VIII 293 s.; OVIDIO, *Met.* IX 191.

[441] Tras sobrevivir a la batalla antes evocada, el centauro Neso se instaló a orillas del Eveno, en Etolia, donde, a cambio de un peaje, cruzaba, montados sobre sus lomos, a los caminantes que querían atravesar ese río; en cierta ocasión llegaron allí Heracles y su esposa Deyanira, y el Centauro quedó encargado de transportar a ésta al otro lado de la crecida corriente, mientras el robusto héroe la cruzaba a nado por su cuenta; pero luego, alejado de Heracles lo suficiente (dentro o fuera ya del río, según las versiones), intentó Neso violar a su pasajera, que alertó a gritos a su marido, quien rápidamente, aun retirado, hirió de muerte al monstruo con una flecha que alcanzó su corazón; si bien el moribundo Centauro se aseguraría aún de cobrarse venganza algún día: cf. SÓFOCLES, *Traq.* 555-581; DIODORO DE SICILIA, IV 36, 3-5; APOLODORO, *Bib.* II 7, 6; OVIDIO, *Met.* IX 101-133; HIGINO, *Fáb.* 31, 10 y 34.

[442] Sobre la lucha de Heracles contra Anteo, cf. IV 445-449 y nota 309; PÍNDARO, *Ístm.* III/IV 70-75; DIODORO DE SICILIA, IV 17, 4 s.; APOLODORO, *Bib.* II 5, 11; OVIDIO, *Met.* IX 183 s.; HIGINO, *Fáb.* 31, 1; SÉNECA, *Hércules en el Eta* 24 s.

[443] Sobre el combate que sostuvo Heracles en las costas del Helesponto contra un gigantesco cetáceo, para así liberar a la princesa troyana Hesíone, cf. nota 15 (con los testimonios mitográficos principales).

Se mostraba igual a Ares, cuando se lanza por entre las filas; rebosaban de alegría los troyanos que lo acompañaban, cuando veían sus armas y a ese guerrero revestido de la belleza de los dioses. A él se dirigió Paris, animándolo al combate:

«Me alegro de tu llegada, porque en verdad alberga mi corazón la esperanza de que todos los argivos perezcan hoy de forma lamentable junto a sus naves, ya que nunca contemplé a un mortal de tu clase entre los troyanos o los aqueos, hábiles guerreros. Pero te lo suplico por el gran y poderoso Heracles, al que te asemejas en talla, fuerza y espléndida belleza: acuérdate tú de éste y concibe unas hazañas comparables a las suyas, para que así defiendas con audacia a los diezmados troyanos, por si acaso recobramos el aliento, porque creo que ahora eres tú el único capaz de apartar a las malignas Keres de nuestra devastada villa».

Tal dijo para darle grandes ánimos; y respondió aquél con estas palabras:

«Magnánimo Priámida, de cuerpo semejante a los bienaventurados, quién ha de morir en el violento combate y quién se va a salvar, eso es algo que descansa en las rodillas de los dioses[444]. Nosotros, tal como conviene y en razón de las fuerzas que para batallar poseemos, nos plantaremos delante de la ciudad: y hago además este juramento: no he de regresar yo antes de matar o perecer».

Así habló con audacia: enorme fue la alegría de los troyanos. Y entonces a Alejandro y a Eneas, de gran ánimo, a Polidamante, experto en el manejo de la lanza, y al divino Pamón, a Deífobo con ellos y a Ético, que entre todos los

---

[444] Es decir, «eso es algo que depende de la voluntad de los dioses», según una peculiar expresión que es ya fórmula homérica: cf. *Il.* XVII 514; XX 435; *Od.* I 267 y 400; XVI 129.

paflagonios se distinguía a la hora de hacer frente en la batalla a las muchedumbres[445], a todos ellos a la par, diestros como eran en la lucha, los escogió para que, en primera línea, batallaran contra los enemigos en esa guerra. Con gran rapidez marcharon delante de aquella muchedumbre, y se lanzaron resueltamente fuera de la villa. A uno y otro lado los seguían numerosas tropas, como si fueran magníficos enjambres de abejas, que con sus jefes salen en ruidosas oleadas fuera de la colmena de doble techo[446], cuando llega el día de la primavera; así, en su camino hacia el combate, seguían a aquéllos esos mortales. Y, al avanzar ellos, alzaban un inmenso estrépito tanto éstos mismos como sus caballos, y resonaban alrededor sus inefables armas. Como cuando la violencia de un fuerte viento se precipita y conmueve hasta lo más hondo el abismo del mar infecundo, y, al abalanzarse bramando contra las costas, las olas oscuras escupen algas, en tanto que ruge la marejada, y en las playas infecundas se alza el fragor; así, en respuesta a su carrera, mucho retumbaba la tierra prodigiosa.

Los argivos, a lo lejos, se dispersaban delante de la muralla en torno al divino Agamenón; las tropas gritaban, y así se exhortaban los unos a los otros a afrontar esa devastadora guerra y a no permanecer junto a las naves asustados ante las amenazas de los que ansiaban ir a batallar. Salían al en-

---

[445] Este caudillo de los paflagonios no es conocido por Homero, quien en *Il.* II 851-855 presenta sólo a Pilémenes como su jefe (tal vez Ético sea ahora su sucesor en el mando, dado que Pilémenes moría ya a manos de Menelao en *Il.* V 576-579). Es de notar cómo Quinto se ocupa aquí de señalar a los distintos próceres troyanos que junto con Eurípilo van a destacar en la inminente batalla (sólo se añadirá a ellos, en 624-630, el Antenórida Agénor: cf. nota 191).

[446] Traducimos así el hápax *diērephḗs*, para lo cual aceptamos la propuesta de F. Vian (cf. *Recherches...*, pág. 194), frente a la tradicional interpretación de este epíteto como «recubierto» o «del todo cubierto».

cuentro de esos troyanos lanzados a la carrera, como las terneras al de las vacas que marchan de la espesura al establo, desde un prado primaveral en el monte, cuando los campos están en plena sazón y se cubre de abundantes flores la tierra, y, a su vez, llena los cuencos la leche de las vacas y de las ovejas y, al mezclarse estos rebaños, se elevan aquí y allá muchos mugidos, con lo que, en medio de aquéllas, está el boyero radiante de alegría; así, al atacarse los unos a los otros, se alzaba el clamor, pues en ambos bandos el griterío era terrible.

A una batalla interminable se aplicaron; por allí rondaba el Tumulto en el centro, acompañado de la cruel Matanza[447]. Trabaron cerca combate las adargas, las picas y los yelmos; alrededor resplandecía el bronce de forma igual al fuego. Se erizó de picas la batalla; por todas partes se empapaba la negra tierra con la sangre de los héroes masacrados y de los caballos de veloces cascos, que yacían tendidos en torno a los carros: unos aún convulsos bajo las picas, otros caídos encima; se precipitaba a través del aire un odioso griterío. Pues cayó allí sobre ambos bandos una Eris broncínea[448]: unos batallaban implacablemente con piedras; otros, a su vez, con jabalinas recién afiladas y con dardos; otros, con hachas y segures de doble filo, con fuertes espadas y lanzas, que de cerca combaten: cada uno tenía en sus manos un arma que de protección le sirviera en la batalla.

---

[447] He aquí a otras dos de esas abstracciones encargadas de presidir los eventos de la batalla: *Kydoimós*, el «Tumulto», y *Phónos*, la «Matanza». El primero ya salió en I 308 s.; cf. nota 344.

[448] Con esta peculiar expresión, evoca Quinto el *chálkeos Árēs* de *Il.* V 704, 859 y 866; VII 146; XVI 543: tanto Eris como Ares, deidades bélicas ambos, son así calificados en referencia al principal material de las armas de guerra; un buen número de éstas se va a recoger con insistencia en los versos siguientes.

En un primer momento, los argivos hicieron retroceder un poco a los escuadrones de los troyanos; mas éstos acometieron de nuevo y, cayendo en medio de los argivos, mancharon de sangre a Ares[449]. Entre ellos, igual a un negro huracán, avanzaba Eurípilo contra toda la tropa, y con audacia masacraba a los argivos, pues una fuerza realmente indescriptible le había procurado Zeus, para así rendir homenaje al muy glorioso Heracles.

Entonces a Nireo, guerrero parejo a los dioses que estaba combatiendo contra los troyanos, lo alcanzó aquél con su muy larga lanza[450] un poco más arriba del ombligo[451]. Se desplomó él en la llanura y su sangre se derramó: se mancharon sus ínclitas armas y se manchó su radiante figura, a la vez que su floreciente cabellera. Yacía entre el polvo, la sangre y los muertos, como el muy lozano brote de un olivo bien tierno, al que, en su fragorosa corriente, arrastra junto con los ribazos la violencia de un río, tras haberlo arrancado de raíz por todo su cepellón, y que yace, pues, cargado de flores; así entonces quedaron tendidos, sobre el indescriptible suelo de esa tierra, el excelso cuerpo y la encantadora gracia de Nireo. Ante él, una vez muerto, mucho se jactaba Eurípilo:

---

[449] Cf., *supra*, nota 59.

[450] Según *Il.* II 671-675, Nireo era el caudillo de un modesto contingente venido de la pequeña isla de Sime y, tras Aquiles, el más hermoso de los griegos en Troya, detalle en el que por supuesto Quinto va a insistir; por el contrario, era un débil e insignificante guerrero (nada más se habla de él en toda la *Ilíada),* cuya muerte ahora a manos de Eurípilo parece ser un episodio tradicional dentro del ciclo épico, narrado sin duda en la *Pequeña Iliada*: cf. Higino, *Fáb.* 113, 3 y Dictis, IV 17.

[451] Habitual interpretación del hápax homérico *prótmēsis (Il.* XI 424), discutido ya en la Antigüedad (era también el «bajo vientre», la «cadera» y el «cuello»: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 82, n. 2).

«Yaz ahora en el polvo, porque, por más que lo desearas, de nada te ha servido tu admirable belleza, sino que yo en persona te he arrebatado la vida, aun cuando deseabas tú evitarlo. ¡Desdichado!, no te diste cuenta de que frente a uno mejor que tú te llegabas: pues en el tumulto no se iguala la hermosura a la fuerza».

Tras hablar así, se dispuso a despojarle con rapidez al fallecido de sus perínclitas armas. Pero frente a él se llegó Macaón, encolerizado a causa de Nireo, quien a su lado había sufrido su destino; con su luctuosa lanza le alcanzó a aquél en el ancho hombro derecho, y brotó su sangre, aun siendo un hombre muy vigoroso. Pero ni aun así se retiró él de la implacable refriega, sino que, como en los montes un león o un jabalí salvaje se enfurece en medio de los cazadores, hasta que derriba al atacante que primero lo hirió al adelantarse por entre el grupo, con tales intenciones se lanzó contra Macaón, y rápidamente lo hirió con su muy larga y pesada pica en la ingle derecha[452]. Mas éste no reculó hacia atrás ni rehuyó a su atacante, aun cuando seguía brotando su sangre: antes bien, tras levantar con presteza una descomunal piedra, la arrojó sobre la cabeza del magnánimo Teléfida; su casco de inmediato lo protegió de la desgracia de una muerte luctuosa. Entonces el héroe Eurípilo se irritó con ese fuerte varón y, muy indignado en su ánimo, hundió su veloz pica en el pecho de Macaón: la sangrienta punta llegó hasta la espalda. Se desplomó éste como cuando cae un toro bajo las mandíbulas de un león; mucho resonaron sobre sus

[452] Dado que Eurípilo y Macaón se están atacando de frente, *gloutós* no puede designar la «nalga», sino que, tal y como ya proponían los comentaristas antiguos, ha de identificarse aquí con la *kotýlē*, la cavidad de la cadera donde encaja la cabeza del fémur: cf. *Il.* V 305 s.

miembros sus centelleantes armas. Eurípilo le sacó al instante, fuera de la piel herida, esa punta de muchos lamentos, y le gritó con gran arrogancia:

«¡Ah, miserable! Ese corazón tuyo no se hallaba con firmeza asentado dentro de tus entrañas, pues, aun siendo un inútil, has acudido a enfrentarte a un hombre mucho mejor que tú; por ello a ti también te ha alcanzado el funesto Destino decretado por una divinidad. Pero obtendrás tu recompensa cuando las aves se repartan tu carne, una vez hayas muerto en el tumulto. ¿O acaso esperas regresar y escapar al ímpetu de mis manos? Eres médico, y conoces los más eficaces remedios, confiado en los cuales tal vez albergas la esperanza de evitar este día fatal. Pero ni siquiera tu propio padre, desde el brumoso Olimpo, va a salvar ya a tu corazón de la muerte, ni aunque sobre ti derrame néctar y ambrosía[453]».

Así habló; recobrando apenas el aliento, él le respondió:

«Eurípilo, tampoco es tu destino vivir ya mucho tiempo, sino que cerca de ti se encuentra la devastadora Ker, merodeando por la llanura troyana, allí donde ahora cometes tus iniquidades»[454].

---

[453] El padre de Macaón —y de Podalirio, quien luego, en 455-470, entrará en combate tratando de vengar a su hermano— es el dios médico Asclepio (cf. nota 303).

[454] Muestra de las típicas palabras que, en el género de la epopeya, le suele dirigir el héroe moribundo al guerrero que acaba de herirlo de muerte en singular combate, con las que ante todo le profetiza su también cercana muerte; estas palabras serán seguidas, una vez ha expirado ya el derrotado, por la despreocupada réplica del triunfador, como es igualmente convención en la épica: cf. escenas similares en *Il.* XVI 843-861 (Patroclo a los pies de Héctor) y XXII 355-366 (Héctor derribado por Aquiles).

Tras hablar así, lo abandonó su alma y entró enseguida en el Hades[455]. A él, aun cuando ya no existía, le replicó ese glorioso guerrero:

«Yaz tú ahora por el suelo, que yo del mañana no me preocupo, aunque a nuestros pies se halle hoy la nefasta ruina. Pues los hombres no vivimos para siempre: la muerte a todos nos alcanza».

Una vez dijo esto, se puso a golpear el cadáver[456]. Lanzó Teucro un gran grito, cuando vio entre el polvo a Macaón; pues se encontraba lejos de él, ocupado en una lucha realmente dura: en el centro, en efecto, se desarrollaba el combate, y se abalanzaban los unos sobre los otros. Pero ni aun así abandonó a su suerte a aquel noble guerrero fallecido, o a Nireo, que yacía a su lado y al que entonces reconoció entre el polvo detrás de Macaón, comparable a un dios. Al punto llamó él a los argivos, dando para ello enormes voces:

«¡Atacad, argivos, y no cedáis ante los ataques enemigos! Pues indecible será nuestro oprobio, si los troyanos regresan a Ilio arrastrando al divino Macaón junto con Nireo, comparable a un dios. Pero, ¡ea!, batallemos contra los enemigos con ánimo resuelto, para que podamos sacar a los aniquilados o también nosotros muramos en torno a ellos. Porque entre los guerreros ésta es la norma: a los suyos pro-

---

[455] En la *Etiópida* (según se deduce de Apolodoro, *Epít.* V 1), Macaón caía a manos de Pentesilea (cf. nota 41); por el contrario, la *Pequeña Ilíada* (fr. 7 Allen) lo convertía, como aquí acepta Quinto (e Higino en *Fáb.* 113, 3, y Tzetzes en *Posth.* 520 s.), en víctima de Eurípilo.

[456] Este gesto de crueldad gratuita hacia el adversario ya difunto nos lo muestra también Homero en *Il.* XXII 375: los griegos se acercan a golpear con saña el cadáver del recién abatido Héctor.

tegerlos e impedir que lleguen a ser presa de los otros. Pues sin sudor no se acrecienta la gran gloria de los hombres».

Así dijo, y la aflicción se apoderó de los dánaos. En torno a ellos, pues, muchos tiñeron de rojo la tierra, derribados por los golpes de Ares mientras combatían en uno y otro bando; se desencadenó una lucha equilibrada.

Por fin se enteró Podalirio de la luctuosa muerte de su hermano, abatido en el polvo, porque se había quedado él junto a las naves de ligero curso, curando a los guerreros de las heridas causadas por los impactos de las lanzas. Se ciñó todas sus armas, con el ánimo encolerizado a causa de su hermano; un espantoso vigor se acrecentaba en su pecho, ansioso como estaba de la luctuosa guerra, y la negra sangre hervía con violencia en su corazón. Rápidamente saltó sobre los enemigos, blandiendo en sus ágiles manos una jabalina de larga punta. Acabó al momento con el divino hijo de Agaméstor, con Clito, al que una Ninfa de hermosos cabellos dio a luz junto a las corrientes del Partenio, que como el aceite corre por esa tierra, hasta verter en el Ponto Euxino sus aguas de bello caudal[457]. Al lado de su hermano, mató aquél a otro guerrero enemigo, a Laso, comparable a un dios, al que dio a luz Prónoe junto a las corrientes del río

[457] A lo largo de todo este pasaje, se va a situar Quinto detenidamente en la zona de Heraclea del Ponto, dentro de la comarca de Paflagonia (el Ponto Euxino, o Mar Negro, ya es aquí nombrado, y Heraclea lo será luego en el verso 474, aun cuando la alusión a tal villa, fundada en concreto a mitad del siglo VI a. C., constituye un notable anacronismo para la remota época heroica en la que supuestamente nos encontramos); por tanto, el tal Agaméstor no sería otro personaje más que el mítico fundador y héroe local de esta ciudad: cf. APOLONIO DE RODAS, *Arg.* II 850; el Partenio, por su parte, es un conocido río de la región (ya en *Il.* II 854 lo sitúa HOMERO en Paflagonia: cf. también ESTRABÓN, XII 3, 8).

Ninfeo[458], muy cerca de una amplia cueva, de una cueva admirable, que tiene fama de ser santuario de las propias Ninfas, de cuantas habitan los enormes montes de los paflagonios y de cuantas viven por Heraclea, poblada de racimos: adecuada a estas diosas resulta esa cueva, porque, cavada como está en la piedra, no alcanza la vista a distinguir el fondo, y por la gruta corre un agua fría, parecida al hielo, y en sus escondrijos se muestran por doquier, sobre la áspera roca, unas crateras de piedra que parecen fabricadas por la mano del hombre; y a su lado, se alzan también estatuillas de Panes y de encantadoras Ninfas, de telares, ruecas y todos los demás objetos que son obra de la industria de los mortales: todo ello constituye una maravilla para los hombres que penetran en esos escondrijos; hay en ella, además, dos caminos, de bajada y de subida: uno orientado hacia los soplos del fragoroso Bóreas, y otro cara al Noto, de húmedas ráfagas, sendero por el que los mortales pueden marchar bajo esta amplia gruta de esas diosas; el primero, en cambio, es el camino de los bienaventurados, y los hombres no lo pisan sin problemas, porque se abre allí una amplia sima que conduce hasta el báratro del soberbio Aidoneo, pero a los bienaventurados sí les es lícito contemplar todo esto[459]. En

---

[458] Este otro río, localizado también en esa zona de Heraclea del Ponto, nos es del todo desconocido; sin duda, hemos de asociarlo a cierto promontorio igualmente denominado Ninfeo, cercano a esta ciudad: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 85, n. 5.

[459] De esta portentosa caverna próxima a Heraclea (con la que Quinto nos da nuevas muestras de su gusto por los excursos geográficos cargados de elementos supuestamente fantásticos: cf. nota 55) nos habla también Apolonio de Rodas en *Arg.* II 353-356 y 727-751: se hallaba sobre el cabo Aquerusio o del Aqueronte, así llamado por el río de igual nombre que allí venía a verter sus aguas en el Ponto Euxino, y era una de las pretendidas entradas al Hades, caracterizada por sus soplos helados y su perenne escarcha. Con todo, para los restantes detalles prodigiosos —los dos

torno al propio[460] Macaón y al ínclito hijo de Aglaya[461], pues, perecía una nutrida muchedumbre de guerreros, que en uno y otro bando combatían. Por fin consiguieron los dánaos sacar sus cuerpos, tras haber realizado un gran esfuerzo; al punto los trasladaron unos pocos a sus naves, porque alrededor de la mayoría de ellos revoloteaba aún la nefasta calamidad de esa cruel guerra: por necesidad permanecían en la lucha.

Pero cuando un buen número de aquéllos había saciado ya a las negras Keres en el sangriento y doloroso tumulto, entonces huyó al interior de las naves una gran parte de los argivos, a cuantos acosaba Eurípilo, que contra ellos hacía rodar la desgracia. Permanecieron sólo unos pocos en esa refriega, en torno a Ayante[462] y a los dos fuertes hijos de Atreo. Y pronto habrían sucumbido todos éstos a manos de la muchedumbre de enemigos que los rodeaban, si con su pica el hijo de Oileo no hubiera golpeado al bienintencionado Polidamante[463] en el hombro izquierdo, cerca de la tetilla: brotó la sangre y retrocedió él un poco hacia atrás; a

caminos interiores, forzosamente asignado uno a los hombres y otro a los dioses, o esas variadas estatuillas de piedra, que habría que explicar como estalagmitas de formas diversas—, Quinto, sin más, se ha inspirado directamente en la descripción que de la peculiar gruta de Ítaca, localizada en el puerto de Forcis, hace Homero en *Od.* XIII 103-112.

[460] Frente al *d' esthlòn* propuesto por L. Rhodomann, seguimos la conjetura particular de F. Vian, un mero *d' autòn* con valor enfático: cf. su aparato crítico en *Quintus de Smyrne...* II, pág. 86.

[461] Nireo (cf. nota 450), cuyos padres, según Homero en *Il.* II 672, son el desconocido Cáropo y esta Aglaya, una Ninfa, según Higino (*Fáb.* 97, 13), o tal vez (cf. ya nota 389) la Gracia.

[462] Este Ayante, evidentemente, ha de ser ya el Oilíada (el Telamonio ha fallecido en el libro V).

[463] Cf. nota 113.

Deífobo[464], a su vez, lo hirió el perínclito Menelao en la tetilla derecha, y huyó aquél con pies veloces; y el divino Agamenón aniquiló, de entre esa turba devastadora, a una nutrida muchedumbre, tras lo que con su pica atacó furioso al divino Ético, quien corrió a protegerse entre sus compañeros.

Cuando Eurípilo, incitador de las tropas, se dio cuenta de que todos aquéllos a la vez se retiraban del odioso tumulto, abandonó al instante a cuantas huestes había arrinconado contra las naves, y con rapidez se lanzó sobre los dos fuertes hijos de Atreo y el vástago de violento ánimo de Oileo, que era muy rápido en la carrera[465] y, a su vez, el más valiente en la batalla; contra ellos, pues, se precipitó veloz con su muy larga lanza. A su lado iban Paris y Eneas, de gran ánimo, quien con rapidez le acertó a Ayante en su sólido casco gracias a una descomunal piedra; quedó él tirado en el polvo, mas no exhaló el alma, ya que su día fatal se había decretado para el regreso, junto a las rocas Caférides[466]; cuando ya a duras penas respiraba, pues, lo cogieron sus ayudantes, caros a Ares, y se lo llevaron a las naves de los aqueos. Y entonces se quedaron solos los espléndidos reyes Atridas; a su alrededor, se había plantado una aniquiladora muchedumbre de guerreros, que les lanzaban de uno y otro lado lo que lograban tener al alcance de las manos: unos les arrojaban luctuosos dardos; otros, piedras; y los demás, jabalinas.

---

[464] Uno de los más notables hijos de Príamo, fiel compañero de su hermano Héctor y señalado combatiente en la *Ilíada;* por ejemplo, en XIII 516-525 mata a Ascálafo, hijo de Ares y, con su hermano Yálmeno (cf. *Il.* II 511-516), caudillo de las huestes griegas venidas de Aspledón y Orcómeno.

[465] Cf. nota 283.

[466] El naufragio de Ayante Oilíada junto al cabo Cafereo será narrado a lo largo de XIV 530-589.

Ellos, que se hallaban en el centro, se movían en círculo, como jabalíes o leones en medio de la arena, en esos días en que los soberanos congregan a unos hombres y con crueldad los acorralan, para darles así terrible muerte, por medio de fuertes fieras, que dentro de esta arena despedazan a esos esclavos, a cualquiera que cerca se les llegue[467]; así ellos, en el centro, iban masacrando a quienes los atacaban.

Pero ni aun así habrían tenido fuerzas suficientes, por más que desearan escapar, si no hubieran acudido Teucro e Idomeneo, de gran ánimo, Meriones, Toante y Trasimedes, igual a un dios, quienes antes se habían asustado de la audaz pujanza de Eurípilo y habían huido a las naves para evitar una penosa desgracia, si no hubieran acudido todos ésos, pues, temiendo por los Atridas, a enfrentarse contra el mismo Eurípilo: tuvo lugar una batalla encarnizada.

Entonces, en el escudo de Eneas clavó su pica Teucro, experto en el manejo de la lanza, mas no lastimó éste su bella piel, pues lo protegió a aquél de la desgracia su gran tarja, de cuatro pieles de buey[468]; pero, aun así, se asustó él y reculó un poco hacia atrás. Meriones se lanzó sobre el irreprochable Peónida, Laofonte, al que engendró Cleomede, de hermosos bucles, junto a las corrientes del Axio, y que había llegado a la sagrada Ilio para socorrer a los troyanos, acompañando al irreprochable Asteropeo[469]; a él lo hirió

[467] Incurre aquí Quinto en un flagrante anacronismo, ya que, sin más, introduce en el presente símil la costumbre romana de las sangrientas luchas, celebradas, por supuesto, en el anfiteatro, entre fieras y esclavos gladiadores, bien conocidas en la Asia Menor de Quinto desde época de Augusto.

[468] Para el similar escudo de Ayante Telamonio, cf. ya nota 194.

[469] El tal Laofonte es un guerrero del contingente peonio aliado con los troyanos (cf. *Il.* II 848-850): ello así lo indican aquí su mismo patronímico (sería hijo o descendiente de Peón, el héroe epónimo de este pueblo de Macedonia, según PAUSANIAS en V 1, 4 s.), la mención del Axio (el

Meríones con su aguda lanza, por encima de sus partes pudendas: rápidamente le sacó la punta sus entrañas, y de inmediato se precipitó su alma en las tinieblas. El compañero de Ayante Oilíada, el valiente Alcimedonte, acometió a la muchedumbre de los troyanos, de gran vigor; tras invocar a los dioses, contra la horrible algazara de los enemigos arrojó con su honda una dolorosa piedra: se estremecieron ante su silbido esos guerreros, temerosos a la vez de esta roca que se les venía encima. La dirigió la devastadora Moira contra el auriga de Pamón[470], el audaz Hipásida, a quien, con las riendas en las manos, golpeó en la sien y rápidamente tiró así de su carro, delante de una de las ruedas; el veloz carruaje arrolló con sus llantas el desdichado cuerpo del caído, aun cuando los caballos se echaron hacia atrás: con presteza se vio éste abatido por la horrible muerte, dejando lejos su látigo y esas riendas. La pena se adueñó de Pamón, y la necesidad, en esas circunstancias, lo hizo a la par señor y auriga de su veloz carro; y entonces habría sufrido él su parca y su día postrero, si uno de los troyanos, por entre la sangrienta refriega, no hubiera cogido con sus manos esas riendas y hubiera puesto a salvo a su soberano, acosado ya por los devastadores brazos de los enemigos. A Acamante, comparable a un dios, que contra él se lanzó de frente, el poderoso hijo de Néstor[471] lo golpeó con su lanza sobre la rodilla: a causa de esa nefasta herida, se vio aquél invadido por odiosos sufrimientos; se retiró de la lucha y les dejó a sus compañeros el lúgubre tumulto, pues ya no era la guerra su pre-

---

más importante río de su país de procedencia: cf. nota 232) y la alusión a su soberano Asteropeo (cf. esa misma nota).

[470] Otro notable hijo de Príamo y Hécuba: cf. *Il.* XXIV 250 y APOLODORO, *Bib.* III 12, 5.

[471] Trasimedes (cf. nota 137).

ocupación[472]. Y, entonces, el ayudante del muy glorioso Eurípilo golpeó a un compañero de Toante[473], al sensato Deyopites, un poco por debajo del hombro: cerca del corazón penetró su lanza lastimera; junto con la sangre, manaba de sus miembros un sudor frío. Y cuando se volvió para batirse en retirada, lo alcanzó la gran fuerza de Eurípilo y le cortó sus ágiles tendones, con lo que, en contra de sus deseos, sus pies hubieron de detenerse allí mismo donde aquél le golpeó[474]; lo abandonó así la vida inmortal[475]. En ese instante, con su aguzada lanza hirió Toante a Paris en el muslo derecho; marchó éste un poco hacia atrás para coger su arco y sus veloces flechas, que tras de sí había dejado. Luego, Idomeneo levantó con sus manos una piedra, tan grande como fue capaz, y la arrojó contra el brazo de Eurípilo: cayó a tierra su letal pica, y al momento se retiró él hacia atrás para coger otra, pues la que tenía la había soltado de su mano. Los Atridas tomaron así un pequeño respiro en esa lucha; mas rápidamente llegaron cerca de aquél sus ayudantes, quienes le trajeron una enorme lanza irrompible, que había quebrado las rodillas de muchos. Tras recibirla, avanzó contra las tropas con todo su poder desencadenado, matando a

---

[472] Este Acamante ha de ser el hijo de Anténor (y caudillo dárdano: cf. nota 187) que luego sí sucumbirá en X 167 s. a manos de Filoctetes (si bien a un Acamante, a buen seguro este Antenórida, lo mató ya Meriones en *Il.* XVI 342-344, episodio homérico, pues, que Quinto habría olvidado o pasado por alto).

[473] Cf. nota 323.

[474] Eurípilo le corta a Deyopites, en concreto, los tendones de las corvas, para así evitar que consiga escapar en una desesperada huida (ello explica que estos «tendones» o *neûra* sean calificados de *thoá*, «ágiles» o «veloces» porque sirven para una carrera tal): cf. la misma idea en Petronio, *Satiricón* I 1.

[475] Cf. nota 204.

cualquiera que encontrara, y abatió así a una nutrida muchedumbre.

Entonces, no resistieron a pie firme ni los Atridas ni ningún otro de los dánaos, que de cerca combaten, pues un espantoso miedo les asaltó a todos: sobre todos ellos, en efecto, se precipitó Eurípilo, propagando la desgracia, y al tiempo que por detrás los perseguía, los iba masacrando; llamaba él, además, a los troyanos y a sus compañeros, domadores de caballos:

«¡Vamos, amigos! ¡Armémonos en nuestros pechos de un mismo coraje, y provoquemos la matanza y el estrago aniquilador entre los dánaos, que ahora ya, semejantes a ovejas, regresan a sus naves! ¡Ea! ¡Apliquémonos todos a la devastadora contienda, a la que desde niños estamos avezados!».

Así dijo, y ellos se lanzaron en masa contra los argivos, quienes, llenos de temor, escapaban de ese espantoso tumulto; los perseguían aquéllos como los perros, de blancos colmillos, a las ciervas salvajes por los enormes valles y el bosque. A muchos los derribaron en el polvo, por más que ansiaran éstos huir de la luctuosa amenaza de esa devastadora matanza. Eurípilo dio muerte al irreprochable Bucolión, a Niso, a Cromio y a Ántifo: unos habitaban Micenas, de hermosas posesiones, y otros vivían en Lacedemonia[476]; pero, por más renombrados que fueran, él los exterminó. Acabó a continuación, de entre la turba de esos hombres, con una indecible multitud, tan numerosa que, por mucho que lo deseara, me faltarían las fuerzas para cantarla, aun cuando

[476] Estas víctimas de Eurípilo son desconocidos guerreros procedentes de los reinos de los dos Atridas, Micenas y Lacedemonia o Esparta (cf. nota 104).

albergara yo en mi pecho un corazón de hierro[477]. Eneas hirió de muerte a Feres y a Antímaco, venidos ambos de Creta con Idomeneo. Por su parte, el divino Agénor[478] dio muerte al irreprochable Molo, quien llegó de Argos a las órdenes de su rey Esténelo[479]; cuando huía éste bien lejos de la lucha, le arrojó aquél su jabalina recién afilada, y le alcanzó en la parte baja de su pierna derecha: la punta seccionó su ancho tendón y le salió por delante, tras haber destrozado con crueldad los huesos de ese varón; con el dolor se vino a mezclar la muerte, y pereció este guerrero. Paris le acertó a Mósino y al valeroso Forcis, hermanos ambos, que habían llegado de Salamina en las naves de Ayante y no consiguieron ya regresar. Tras ellos, acabó con Cleolao, el excelso ayudante de Meges[480], al acertarle en la tetilla izquierda: la noche maligna se apoderó de él y su alma salió volando; aun después de ser éste abatido, su lastimero corazón bajo su pecho, en lo más profundo, a causa de su incesante palpitar, sacudió[481] todavía el alado dardo. Con pres-

[477] He aquí la primera ocasión en que Quinto habla de sí mismo, con una referencia a su labor poética particular —aunque aquí, más que manifestar el limitado alcance de sus capacidades literarias, no hace sino recurrir al tópico del autor épico que se ve desbordado y sin suficientes fuerzas propias (por ello ha de invocar siempre a la Musa) a la hora de acometer un canto extenso y complicado: cf. en *Il.* II 484-493 la similar declaración de HOMERO ante la magna empresa de elaborar el «Catálogo de las Naves»—.

[478] A propósito de su actual intervención, cf. nota 445.

[479] Cf. notas 47 y 333.

[480] Cf. nota 51.

[481] Como señala F. VIAN (cf. *Quintus de Smyrne*... II, pág. 92, n. 3), aquí sería preferible una forma verbal en imperfecto —como la que del mismo verbo, *pelemízō* («sacudir», «hacer vibrar»), aparece en el similar pasaje de *Il.* XIII 442-444, esto es, *pelémizen*—, frente a la de aoristo (la que traducimos, *pelémixe)* que sin discusión ofrecen todos los manuscritos para este verso 638 (es de suponer que, a la hora de imitar tal pasaje de la

teza disparó aquél otra flecha, ahora contra el audaz Eetión: al punto le traspasó el bronce la mandíbula; gimió él, y con la sangre se mezclaron sus lágrimas. Daban muerte unos a otros: aquel extenso territorio se cubría de argivos, que en tropel caían los unos sobre los otros.

Y entonces con su fuego habrían incendiado los troyanos las naves, si no se hubiera presentado la noche, trayendo consigo sus densas brumas. Se retiró Eurípilo, y con él, los demás hijos de los troyanos, algo más lejos de las naves, hacia las desembocaduras del Simunte, donde instalaron alegres su campamento. En las naves, por el contrario, lloraban los argivos tirados por la arena, pues se hallaban muy afligidos por sus muertos, ya que a muchos de ellos los había alcanzado en el polvo un negro destino.

Ilíada, sería ésta la forma que encontró Quinto en su versión del texto homérico.

LIBRO VII

Cuando el cielo ocultó sus astros y se alzó Eos con todo su resplandeciente brillo, y se retiró así la oscuridad de la noche, entonces los belicosos hijos de los argivos, de gran vigor, marcharon unos, delante de las naves, al violento combate contra Eurípilo, llenos de ardor; otros, lejos de allí, dieron sepultura junto a las naves a Macaón y a Nireo, quien se asemejaba a los sempiternos bienaventurados en belleza y en encanto, mas no poseía una fuerza vigorosa: pues los dioses no se lo conceden todo a la vez a los hombres[482], sino que cerca de las cualidades se hallan los defectos en virtud de alguna ley del destino; así, en el soberano Nireo, la endeblez se venía a sumar a su encantadora gracia[483]. Los dánaos no se despreocuparon de él, sino que le dieron sepultura y sobre su tumba lo lloraron, tanto como al divino Macaón, a quien siempre honraban igual que a los bienaventurados inmortales, ya que insignes eran sus conocimientos[484].

---

[482] Todo un lugar común en la poesía épica: cf., en el mismo Homero, *Il.* IV 320; y *Od.* VIII 167-175.

[483] Cf. nota 450.

[484] En medicina, por supuesto (cf. nota 303).

Pero una vez que dispusieron para ambos un sólido túmulo, entonces aún se enfurecía en la llanura el pernicioso Ares; en uno y otro bando se elevaban un gran estrépito y griterío, mientras quedaban quebradas las adargas por las piedras y las picas. Agotaban ellos sus fuerzas, pues, en los trabajos de un muy afanoso Ares; mas se obstinaba Podalirio, en medio de grandes gemidos, en yacer entre el polvo sin probar bocado. No abandonaba éste el túmulo de su hermano; su mente lo incitaba a perecer, sin más contemplaciones, bajo sus propios brazos: unas veces echaba mano a la espada; otras, por el contrario, trataba de hallar un horrible veneno. Sus compañeros se lo impedían, dirigiéndole muchas palabras de consuelo; mas él no ponía fin a su dolor: se habría quitado entonces la vida con sus propias manos, sobre la tumba recién construida de su noble hermano, si no le hubiera atendido el hijo de Neleo[485]. No se despreocupó de él, horriblemente atormentado como estaba: unas veces lo encontraba tirado sobre ese túmulo de muchos lamentos; otras, por el contrario, derramando ceniza sobre su cabeza, golpeándose el pecho con sus fuertes manos e invocando el nombre de su hermano[486]; a su alrededor, gemían por su soberano los siervos, a la par que sus compañeros: se

[485] La intervención de Néstor va a suponer otra típica escena de *consolatio* a la manera acostumbrada por el estoicismo (cf. nota 238), en la que aquél, convertido por Quinto en perfecto representante del sabio adscrito a esta corriente filosófica (cf. nota 168), va a apaciguar al desesperado Podalirio y a disuadirlo de sus intenciones suicidas por medio de alentadoras palabras; ideas afines a las que aquí advertiremos las hallamos en la *Consolación a Marcia* de SÉNECA: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... II, pág. 97, n. 2.

[486] Como en V 490 s. y 504 s., típicas manifestaciones del duelo (cf. nota 395).

apoderaba de todos una funesta tribulación. Y con dulces palabras se dirigió aquél a este hombre tan afligido[487]:

«Contén, hijo, tu cruel duelo y tu horrible pena, pues no es oportuno que quien es varón muy sensato solloce como una mujer que junto al que ya no existe está postrada. Pues no le harás volver ya a la luz, porque su alma ha volado invisible a los aires, a su cuerpo lo devoró aparte el devastador fuego y sus huesos los acogió la tierra: tan pronto como floreció, se marchitó[488]. Soporta tu indecible dolor como también lo hago yo, que a manos de los enemigos he perdido a mi hijo, en nada inferior a Macaón, pues se distinguía él tanto por su jabalina como por su buen juicio; ningún otro de los jóvenes amaba a su padre como aquél a mí, y por mí murió, por intentar poner a salvo a su padre[489]. Pero, a poco de fallecer él, me resigné yo a tomar comida y a contemplar aún vivo el amanecer, pues bien sé que todos los hombres andamos el mismo camino del Hades y que a todos nos llega el nefasto final de una muerte luctuosa: conviene que quien es mortal acepte todo cuanto un dios le conceda, sean alegrías o dolores».

Así habló. Aquél le respondió afligido, mientras aún le corrían dolientes lágrimas y bañaban éstas sus radiantes mejillas:

«Padre, un insoportable dolor abate mi espíritu a causa de este muy sensato hermano mío, que fue quien, una vez marchó nuestro progenitor al cielo, me crió en sus brazos como a su propio hijo y me enseñó de corazón los remedios

[487] Evidentemente, Néstor a Podalirio.

[488] Idea banal en la que la delicada y efímera existencia humana es comparada con la fragilidad de las plantas, a partir del celebérrimo símil de *Il.* VI 146-149.

[489] En II 243-259 Antíloco moría a manos de Memnón por defender en combate a su padre Néstor.

de las enfermedades; con un mismo alimento y una misma cama nos deleitábamos, disfrutando de bienes comunes. Por eso, una pena incesante me domina, y, al haber muerto aquél, ya no deseo yo contemplar la valiosa luz».

Así habló; y a él, apenado como estaba, se dirigió el anciano:

«A todos los hombres la divinidad les procuró el mismo mal: la pérdida de los seres queridos; pero también a todos nosotros nos cubrirá la tierra, sin que hayamos recorrido un mismo camino de la vida, ni el que cada uno desea, porque allá en lo alto bienes y males reposan en las rodillas de los dioses[490], mezclados todos juntos por obra de las Moiras. Y ninguno de los inmortales alcanza a verlos, sino que resultan invisibles, ocultos como están por una divina niebla; sólo la Moira pone sobre ellos sus manos, y, sin mirarlos, del Olimpo a la tierra los arroja: por todas partes entonces se desplazan, como movidos por los soplos del viento; y así, a menudo a un hombre bueno lo envuelve una gran desgracia, y al malvado le sobreviene involuntariamente la prosperidad[491]. A ciegas se conduce la vida de los hombres, por lo

[490] Cf., *supra*, nota 444.

[491] Con este reparto azaroso, entre los mortales, de los bienes y males que guardan los dioses y distribuyen luego las Moiras, parece evocarse el relato de *Il.* XXIV 527-533, donde se habla de las dos jarras en que almacena Zeus igualmente los bienes y males que entre los hombres ha de repartir; mas existe una notable diferencia: Zeus distribuye ahí dichas y desgracias con pleno conocimiento de causa, mientras que en la exposición de Quinto —dadas sus creencias estoicas sobre el poder del Destino: cf. nota 18— interviene el mero y ciego azar, aunque personificado en la Moira; pero además, esta representación coincide en ciertos detalles imprescindibles con el pasaje del mito escatológico del armenio Er en que nos relata PLATÓN cómo, ya en el Más Allá, se ocupaba cierto hierofante de tomar de las rodillas de la Moira Láquesis las suertes que al azar les debía arrojar a las almas de los difuntos: cf. *República* X 617d-e.

que no avanza con paso seguro, sino que continuamente tropiezan sus pies; su índole movediza, pues, se inclina unas veces hacia la desgracia de muchos lamentos, y otras hacia la felicidad. Ninguno de los mortales resulta del todo dichoso de principio a fin: cada cual se topa con fortunas diversas. No parece oportuno, por tanto, que vivan entre dolores quienes viven tan poco: ten siempre la esperanza de algo mejor y no retengas a tu ánimo en la tristeza. Pues existe entre los hombres la opinión de que las almas de los buenos marchan al cielo, por siempre imperecedero, y las de los malvados a las tinieblas[492]. Y tu hermano era ambas cosas: era bondadoso con los mortales e hijo de un inmortal; a la raza de los dioses imagino que aquél ha ascendido, por voluntad de su propio padre[493]».

Tras hablar así, en contra de sus deseos lo levantó del suelo, prodigándole consoladoras palabras; se lo llevó lejos de ese horrible túmulo, aunque no dejaba él de volver la cabeza, aún en medio de lastimeros gemidos. Regresaron entonces a las naves, en tanto que los demás aqueos y los tro-

[492] Estas palabras han desatado una inevitable polémica (cf. Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, págs. 175 s.) por lo que pudiera haber de influencia ya del cristianismo en un poeta de época imperial como Quinto; pero, como bien señala F. Vian en *Quintus de Smyrne...* II, pág. 98 (y cf. F. A. García Romero, «El Nuevo Testamento y los *Posthomerica...*», págs. 107 s.), conceptos similares al aquí expuesto (y es que la idea del merecido destino contrario de las almas de buenos y malos no es invención precisamente del cristianismo) aparecen, sin ir más lejos, en Platón (*Rep.* X 614c y *Fedro* 249a).

[493] Con esta supuesta apoteosis de Macaón (inevitable conclusión a las ideas que se han ido puntualmente desarrollando), parece aludirse al culto que tal héroe recibía tanto en Pérgamo (cf. Pausanias, III 26, 10) como en Gerenia de Laconia (cf., igualmente, Pausanias, III 26, 9; IV 3, 2 y 9).

yanos sostenían una lastimera lucha en la batalla que se había desatado.

Eurípilo, semejante a Ares en su inquebrantable ánimo, bajo sus manos infatigables y su ansiosa pica abatía a las huestes enemigas. Se cubría la tierra de cadáveres, de los hombres que en uno y otro bando habían muerto; caminaba él entre esos cuerpos y con audacia peleaba, con las manos y los pies salpicados de sangre. No ponía fin al implacable tumulto: antes bien, con su lanza abatió él a Penéleo, de violento espíritu, quien se le enfrentó en el inexorable combate, y a su alrededor mató a otros muchos[494]. No apartaba sus manos de la batalla, sino que perseguía encolerizado a los argivos, como antaño, por las enormes cumbres del Fóloe, se lanzó el poderoso Heracles sobre los Centauros, con su gran poder desencadenado, y a todos ellos a la vez les dio muerte, aun siendo como eran velocísimos, robustos y avezados a la devastadora contienda[495]; así él con sus ataques abatía al compacto ejército de los dánaos, hábiles lanceros: caían en tropel uno tras otro y, apiñados, quedaban tendidos entre el polvo. Como cuando, al precipitarse un río sin límites sobre un terreno arenoso, de uno y otro lado se desprenden innumerables ribazos, y hacia el oleaje del mar se aba-

[494] Penéleo era el primero de los caudillos del contingente beocio: cf. *Il.* II 494. Su muerte ahora a manos de Eurípilo (algunos autores lo hacían sobrevivir a estas batallas y tomar parte en la conquista de Troya: cf. VIRGILIO, *En.* II 424-426 y TRIFIODORO, 180) parece haber sido un episodio tradicional (cf. PAUSANIAS, IX 5, 15, y DICTIS, IV 17), pero no debía de encontrarse en la *Pequeña Ilíada* (donde sería sólo Macaón el campeón griego abatido por Eurípilo: cf. nota 455), sino más bien en una versión que derivara de los acontecimientos narrados por la *Etiópida,* donde Macaón era víctima ya de Pentesilea, y ello permitía sin problemas que fuera este Penéleo el caudillo derribado por Eurípilo.

[495] La lucha de Heracles contra los Centauros ya en VI 273-282 (cf. nota 440).

lanza aquél, turbulento a lo largo de su curso digno de reparo[496], con lo que resuenan por todos lados los barrancos, rugen sus enormes corrientes con los continuos desplomes, y ceden ante él todos los diques; así muchos gloriosos hijos de los argivos, hábiles guerreros, a manos de Eurípilo sucumbían en el polvo, todos aquéllos a los que encontraba éste por la sangrienta refriega: sólo escaparon quienes pudieron ponerse a salvo gracias al ímpetu de sus piernas. Pero, aun así, lograron sacar a Penéleo del horrísono fragor para llevárselo a sus naves, esquivando con sus ágiles pies a la odiosa parca y al despiadado destino.

En masa se refugiaron todos ellos dentro de las naves; no tenían ánimos para combatir frente a Eurípilo, porque en angustiosa fuga los puso Heracles, quien así ensalzaba del todo a su indestructible nieto. Permanecían asustados detrás de su muro[497], como cabras bajo unos riscos, temerosas del horrible viento que consigo trae abundante nieve y helado granizo en sus frías ráfagas, y que, aun impacientes por ir al pasto, no se asoman a los precipicios de cara a esas rachas, sino que aguardan a que pase la tempestad, congregadas al

[496] Como en V 15, *alegeinós* es erróneamente aplicado al simple curso de un río (cf. nota 342).

[497] Por fin es mencionada la muralla que los griegos construyeron en *Il.* VII 436-465 —y que, en realidad, de poco les sirvió luego, ante el impetuoso asalto de Héctor a lo largo de los cantos XII-XV—. No ha aparecido aquí en anteriores eventos de la guerra, a pesar de que ya hemos conocido varias acometidas amenazantes por parte de los troyanos (cuando han sido conducidos por sus aliados Pentesilea, Memnón y, ahora, Eurípilo) y sucesivas huidas de los griegos hacia sus naves, pero es de recordar que también Homero tenía presente tal muro en la *Ilíada* de una forma caprichosa y que, sorprendentemente, muy a menudo era olvidado. Su presencia en adelante va a permitir de inmediato las típicas escenas de *teichomachía,* esto es, los combates ante unas murallas.

abrigo de las escarpaduras, y van paciendo en tropel bajo los umbrosos arbustos, hasta que se apaciguan los funestos vendavales de ese viento; así permanecían los dánaos bajo sus torreones, temblando ante los ataques del poderoso hijo de Télefo.

Y habría estado a punto éste de destruir las veloces naves y a las tropas, tras haber tirado por tierra ese muro con sus fuertes brazos, si la Tritogenía no les hubiera infundido audacia por fin a los argivos. Éstos, desde su elevado baluarte, contra los enemigos se pusieron a arrojar sin descanso dañinos dardos, y así los fueron matando en rápida sucesión: se teñían los muros de espantoso crúor y se propagaban los gemidos de los hombres masacrados.

De este mismo modo combatieron durante noches y días[498] los ceteos[499], los troyanos y los argivos, firmes en la batalla: unas veces delante de las naves, y otras en torno al largo muro, porque imparable resultaba esta guerra. Pero, aun así, durante dos días interrumpieron la matanza y la cruel lucha, puesto que ante el rey Eurípilo llegó una embajada de los dánaos, para que dejaran a un lado el conflicto y pudieran entregar a la pira a quienes habían sido masacrados en la batalla. Él de inmediato se dejó persuadir: tras interrumpir el cruel tumulto, pues, en uno y otro bando se dio sepultura a los cadáveres derribados en el polvo. Los aqueos, más que a ningún otro, lloraban a Penéleo: levantaron para el difunto un túmulo muy ancho y alto, bien visible para las generaciones venideras; a la masa de héroes masacrados, por el contrario, los enterraron aparte, con el corazón apenado por un gran dolor, después de preparar para todos ellos

[498] No hay que entender esta expresión en su sentido más estricto: en la obra de Quinto, al igual que en la de Homero, los combates siempre se interrumpen sin excusas con la llegada de la noche.

[499] Cf., *supra*, nota 423.

a la vez una sola pira y una sola tumba. Así también, a lo lejos, dieron sepultura a sus muertos los hijos de los troyanos. Mas no descasaba la devastadora Eris, sino que todavía incitaba a la audaz fuerza de Eurípilo a enfrentarse a los enemigos; no se retiraba él de sus naves, sino que allí permanecía, promoviendo el funesto combate contra los dánaos.

Entretanto, con rapidez llegaron a Esciros los embajadores en su negra nave[500]. Encontraron delante de su mansión

[500] Como bien señala F. Vian (*Quintus de Smyrne*... II, págs. 95 s.), al producirse este cambio de escenario Quinto no parece molestarse en simultanear los inmediatos acontecimientos en la isla de Esciros con los sucesos que han tenido y están teniendo lugar en la Tróade: desde que en VI 96-115 partiera esta embajada, en la llanura troyana (a partir de la inmediatamente posterior llegada de Eurípilo en VI 119-191, que implicaba ya un día entero de recepción) han transcurrido entre VI 191-VII 168 sucesivas jornadas de batalla, y aun dos de tregua (jornadas imposibles de precisar, debido a lo manifestado en VII 148-151); y aparentemente, sólo ahora llega tal delegación a Esciros, pero sucede que luego su viaje de vuelta, a lo largo de VII 253-414, no supondrá más que dos jornadas —según 398-400, su navío pasa una noche en alta mar—, con lo que toda la misión de la embajada no habría durado más de cuatro días; por tanto, frente a aquellas numerosas jornadas transcurridas en la Tróade, resultará inadmisible tal breve intervalo de tiempo cuando en VII 414-434 vuelvan a coincidir los eventos de la obra en una sola acción, con el regreso de esa expedición al campamento aqueo. Señalemos, además, que todo este inminente episodio en Esciros, narrado ya en la *Pequeña Ilíada* (cf. Proclo, pág. 106, líns. 29 s. Allen), fue tratado con profundidad, ante todo, por Sófocles en sus *Escirios*, en los que debían de tener lugar las mismas escenas dramáticas que ante la partida de Neoptólemo protagonizarán aquí su madre Deidamía y su abuelo Licomedes (cf. frs. 553-561 Radt); con todo (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... II, págs. 99-101), resulta incierta la pretendida influencia de esta tragedia en el presente episodio, que, en cambio, sí muestra seguras coincidencias puntuales con la exposición que de cierta imagen de la actual embajada en Esciros hace Filóstrato en *Descripciones de cuadros* Ib.

al hijo de Aquiles, quien pasaba su tiempo, unas veces, arrojando dardos y picas, y otras, a su vez, agotando sus fuerzas en la monta de caballos, de veloces cascos. Se regocijaron al verlo entregado a los trabajos de la implacable guerra, aun cuando muy atormentado tenía éste su corazón a causa de la muerte de su padre, pues de ella ya estaba enterado. Al punto se le acercaron estupefactos, porque en él veían un muy hermoso cuerpo igual que el del audaz Aquiles. Éste se les adelantó y les dijo tales palabras:

«Extranjeros, mucho os saludo en vuestra llegada a mi palacio. Decidme de dónde y quiénes sois, y qué necesidad tenéis de mí para haber venido hasta aquí a través del infecundo oleaje».

Estas preguntas les formuló, con lo que le respondió el divino Odiseo:

«Nosotros éramos amigos del hábil guerrero Aquiles, para quien dicen que a ti te dio a luz la bienintencionada Deidamía[501]; y desde luego, en persona podemos ya parangonar en todo tu figura con la de aquel guerrero, que a los muy vigorosos inmortales se asemejaba. Yo soy de Ítaca y él de Argos, criadora de caballos, por si alguna vez oíste el nombre del valiente Tidida o el de Odiseo, de sagaces pensamientos: éste soy yo, el que cerca de ti se ha colocado, tras haber acudido hasta aquí a causa de un oráculo. Pero, ¡vamos!, compadécete cuanto antes de nosotros y acude a Troya para defender a los argivos; pues así habrá un final para Ares[502], e indecibles dones te entregaremos por ello los divinos aqueos. Yo mismo te daré las armas de tu padre, comparable a un dios, con las que mucho te deleitarás al portarlas. Pues no se asemejan éstas a las armas de los mor-

501 Cf. nota 184.

502 Cf. nota 59.

tales, sino que acaso resultan iguales a la armadura del dios Ares: todo a su alrededor queda ensamblado abundante oro, que se halla adornado por unos relieves[503], con los que incluso el propio Hefesto, entre los inmortales, gran alegría experimentó en su corazón, cuando fabricó aquellas piezas imperecederas, porque en torno al escudo están representados la tierra, el cielo y el mar, y en su infinito círculo, alrededor, se encuentran labradas unas figuras que parecen moverse: ¡gran maravilla incluso para los inmortales![504]; tales armas nunca antes las contempló ni las portó ningún mortal entre los hombres, salvo tu padre, a quien todos los aqueos honraban igual que a Zeus y a quien yo apreciaba y quería más que a nadie: una vez muerto, en efecto, transporté su cadáver a las naves, para lo que hube de procurarles a muchos enemigos su despiadado destino[505]; por ello sus perínclitas armas me las entregó a mí la divina Tetis: éstas, aunque bien las deseo, de buena gana yo te las daré, cuando a Ilio hayas llegado. Y a ti además, una vez que, tras haber destruido la ciudad de Príamo, hayamos regresado en las naves a la Hélade, de inmediato te hará Menelao su yerno en pago a tus favores, si es que quieres, y te entregará para que te las lleves, junto con su hija de hermosos cabellos, in-

---

[503] Este detalle de la espesa placa de oro externa, que se viene a sumar a la referencia (según V 96: cf. nota 351) de la plata como material del escudo de Aquiles (es esta pieza, con sus conocidos relieves, la que aquí en concreto se está detallando), no es compatible con la descripción que de su composición hacía Homero en *Il.* XX 268-272, donde se afirma que consta de cinco placas o láminas metálicas, siendo la central o más interna la de oro (sin ningún valor ornamental, pues, al no ser visible).

[504] La prolija *ékphrasis* de los relieves de este escudo aparece ya en V 6-101; cf. nota 340.

[505] Declaración sorprendente, de acuerdo con lo narrado a lo largo de III 217-386; cf. notas 207 y 373.

decibles riquezas y oro, cuanto conviene que acompañe a una reina de bellas posesiones».

Tras hablar así, a él se dirigió el poderoso hijo de Aquiles:

«Si en verdad a causa de unos oráculos me reclaman los aqueos, al punto marchemos mañana sobre los vastos abismos del ponto, a ver si para los dánaos llego a ser yo esa luz que tanto ansian. Pero ahora acudamos a palacio y a la mesa hospitalaria, la que es costumbre preparar para los huéspedes. De mi boda ya se ocuparán los dioses más tarde».

Una vez dijo esto, se puso a indicarles el camino; ellos lo seguían muy alegres. Y cuando llegaron a su gran mansión y a su magnífico patio, encontraron a Deidamía con su ánimo apenado y consumida, como si fuera la nieve que en los montes se consume, derretida por efecto del silbante Euro y del indestructible sol; así languidecía ella por la pérdida de su noble esposo. Y, afligida como aún estaba, esos espléndidos reyes le prodigaron palabras de saludo; su hijo se le llegó cerca y con detalle le indicó el linaje y el nombre de cada uno, mas hasta la mañana siguiente decidió ocultarle el imperioso motivo por el que éstos habían venido, para que de ella, en su aflicción, no se apoderara una vez más la pena de muchos lloros y, cuando se aprestara él a salir, no tratara de retenerlo con sus muchas súplicas. Al punto tomaron su comida; y con el sueño reconfortaron su ánimo todos cuantos habitaban la llanura de la marina Esciros, alrededor de la cual braman, al romper contra sus costas, las enormes olas del mar Egeo. Pero no se dejó ganar Deidamía por el deseable sueño, pues recordaba el nombre del cauteloso Odiseo y el de Diomedes, comparable a un dios, los dos que ya la dejaron viuda de Aquiles, amante de la guerra, tras haber persuadido a su audaz corazón a marchar contra el clamor

enemigo[506]: se topó él entonces con la inflexible Moira, quien frustró su regreso y un duelo interminable les ocasionó a su padre Peleo y a la propia Deidamía. Por ello a su ánimo le asaltó el indecible temor de que, al partir también su hijo hacia el tumulto de la guerra, a ese espantoso duelo suyo un nuevo duelo se le viniera a sumar.

Eos ascendió al ancho cielo. Con presteza se levantaron ellos de sus camas; se dio cuenta Deidamía y, abrazándose al punto al amplio pecho de su hijo, se echó a gemir de forma lastimera, lanzando al éter enormes gritos; como en los montes da una vaca interminables mugidos, para así tratar de hallar por las cañadas a su ternera, y alrededor resuenan con intensidad las cimas de esas elevadas montañas: así, en respuesta a sus sollozos, por todos los rincones retumbaba aquella alta morada; y a él ésta le habló, presa de la indignación:

«Hijo mío, ¿adónde se te ha ido volando tu excelsa razón, como para acompañar a estos extranjeros a Ilio, de muchos lloros, allí donde tantos perecen en la cruel batalla, por más expertos que sean en la guerra y en la aborrecible lucha? Ahora tú eres joven y no conoces aún los trabajos del combate, los que protegen a los hombres del día fatal. Pero, ¡vamos!, escúchame a mí y quédate en tus mansiones, para que de Troya no haya de llegar también a mis oídos la funesta noticia de tu muerte en la refriega. Pues presiento que

[506] Los temores que va a manifestar Deidamía están del todo justificados: Odiseo y Diomedes fueron, en efecto, quienes antaño ya acudieron a Esciros en busca del oculto Aquiles, a fin de que marchara a la recién comenzada Guerra de Troya (cf., *supra,* notas 368 y 415), para lo cual hubieron de descubrirle con audacia entre las muchachas de la corte (cf. nota 184), famosa historia a la que aquí sólo veladamente alude Quinto; así también luego en el verso 275, sin duda porque tal relato no resultaba muy digno de un héroe como Aquiles.

tú ya no vas a volver aquí, de regreso de la algazara: ni siquiera tu padre escapó a la aniquiladora parca, sino que fue abatido en ese conflicto, aun cuando os aventajaba él a ti y a los demás héroes y por madre tenía a una diosa, por culpa de las arterías y las maquinaciones de estos dos, que también a ti te incitan a marchar al luctuoso combate. Por eso tengo yo miedo y tiembla mi corazón, no sea que también tú mueras, hijo, y yo sin ti me quede sola, padeciendo aborrecibles desgracias: pues nunca a una mujer le sobreviene un dolor más funesto que cuando sus hijos perecen, una vez ha fallecido también su esposo, y es así despoblada su casa por la cruel muerte; de inmediato los hombres de los alrededores se reparten sus campos y todo se lo saquean, sin cuidarse de las leyes, porque no existe nada más angustiado ni pusilánime que una mujer desvalida en su morada».

Tal dijo entre grandes quejidos; su hijo por contra le replicó:

«¡Cobra ánimos, madre, y aparta de ti ese mal presentimiento! Pues, por encima de la voluntad de las Keres, ningún guerrero es abatido a manos de Ares: si es mi destino sucumbir por culpa de los aqueos, muera yo realizando alguna hazaña digna también de los Eácidas».

Así habló; mucho se le acercó el venerable Licomedes[507], y a él se dirigió, deseoso como ya estaba de la contienda:

«Hijo de poderoso ánimo, de fuerza semejante a la de tu padre, sé que eres fuerte y poderoso; pero, aun así, tengo miedo de la amarga guerra y de las horrendas olas del mar: pues los navegantes siempre se hallan cerca de la ruina. Has de temer tú, hijo, una vez vuelvas más tarde a embarcarte,

[507] El abuelo materno de Neoptólemo; cf. nota 184.

para regresar de Troya o de otro lugar, todo lo que [***][508], entonces, cuando entra Helio en el brumoso Capricornio y por detrás le alcanza a Sagitario, lanzador de dardos, cuando una dañina tempestad desencadenan los huracanes, o cada vez que bajo la ancha corriente del Océano se desplazan las estrellas de Orión, al descender éste a la oscuridad; en tu fuero interno has de temer al doloroso equinoccio, durante el cual por los vastos abismos del ponto entrechocan las borrascas, que de cualquier parte se precipitan por encima de esas enormes profundidades; o cuando tiene lugar el ocaso de las Pléyades, al que también has de temer, al lanzarse ellas dentro de las aguas, al igual que a los demás astros que asimismo inspiran terror a los infelices hombres, tanto al ponerse como al alzarse sobre la ancha corriente del mar[509]».

---

[508] Tras el verso 299 hay que establecer, indudablemente, una laguna de al menos otro más, en la que, por la idea que ya antes se ha apuntado y a continuación va a ser desarrollada en sus detalles, se terminaría de formular una advertencia general de Licomedes sobre los peligros que acechan en el mar a los marineros.

[509] Señala F. Vian *(Quintus de Smyrne...*: II, pág. 117, n. 1-4) el desorden y la confusión —por no hablar de la laguna inicial ya comentada— que caracterizan este catálogo de «peligrosos» fenómenos celestes, que presenta además, en lo que atañe a su misma sospechosa elaboración, llamativas repeticiones, expresiones cuando menos pleonásticas e incluso evidentes incoherencias: en todo caso, se trata aquí en general de prevenir contra los naturales peligros del mar durante el tiempo invernal, pero resulta sorprendente que se nos sitúe, pues, en pleno invierno con la mención de las constelaciones de Sagitario y Capricornio (como en I 356, el paso del sol de la primera a la segunda supone el mismo solsticio de invierno: cf. nota 61) y con la inclusión de Orión y las Pléyades (aquí separados, a pesar de su tradicional asociación en el firmamento: cf. ahora nota 384), mas en el centro de toda esta exposición, por el contrario, se nos hable de improviso del lejano equinoccio: ha de ser al menos el de otoño, a finales de septiembre.

Tras hablar así, besó al muchacho y no impidió ya su marcha, ávido como estaba éste del horrísono fragor. Le sonrió él con encanto y se aprestó a encaminarse de inmediato a las naves; pero aún lo retuvo en sus mansiones la llorosa conversación que con su madre mantenía, por más impacientes que estuvieran sus pies. Como cuando a un fogoso caballo, aun ansioso por salir a correr, lo sujeta aquel que lo monta, mas él, entre relinchos, mordisquea el freno que lo retiene; su pecho se empapa de espumarajos; no se quedan quietas sus patas, deseosas de tomar la salida; agitándose sin descanso, sobre un mismo terreno provocan un gran retumbo sus agilísimos cascos; en su precipitación, a uno y otro lado se sacuden sus crines; y a lo alto eleva éste su cabeza con muy fuertes resoplidos, todo lo cual regocija el espíritu de ese amo suyo: así retenía su madre al glorioso hijo de Aquiles, firme en la lucha, en tanto que sus pies se hallaban presurosos y, a pesar de toda su aflicción, orgullosa estaba ella de su hijo.

Éste, tras cubrirla de innumerables besos, la dejó sola y llorando amargamente en el palacio de su querido padre. Cual una golondrina, presa de la indignación, por las vigas de una casa llora a sus bulliciosas crías, a las que, por mucho que piaran, devoró una horrible serpiente, que causó esta pena a su solícita madre, quien unas veces revolotea desolada en torno a su nido, y otras vuela por el bien construido vestíbulo, lanzando horribles gemidos por sus polluelos; así lloraba la solícita Deidamía, y unas veces, tirada sobre el lecho de su hijo, profería grandes lamentos, mas otras, a su vez, derramaba lágrimas por los umbrales. Colocó en su regazo todos los juguetes que para aquél se habían fabricado en sus mansiones, con los que de pequeño confortaba su inocente corazón; si acaso veía a su alrededor alguna jabalina abandonada, sin descanso la agarraba con cariño, y lo

mismo hacía, en medio de su duelo, con cualquier otra posesión que de su valiente hijo observara. Pero él ya no escuchaba los indecibles llantos de su madre, sino que estaba lejos y caminaba hacia la rápida nave; sus veloces miembros lo llevaban, en todo parecido a un astro resplandeciente. A su lado lo seguían, junto con el valiente Odiseo, el hijo de Tideo y otros veinte hombres, de ánimo con firmeza asentado en sus entrañas, los más devotos con los que en sus moradas podía contar Deidamía, y que ella le entregó a su hijo para que fueran sus fogosos ayudantes; ellos iban entonces atentos al audaz hijo de Aquiles, quien hacia la nave se dirigía raudo a través de la villa: en el centro marchaba él exultante. Se alegraron las Nereidas en torno a Tetis, e incluso se regocijaba el de oscura cabellera[510] al ver al poderoso hijo del irreprochable Aquiles. Ardía él en deseos ya de la lúgubre guerra, aun siendo todavía un muchacho, todavía un imberbe; y es que lo incitaban su vigor y su ímpetu. Partió de su patria cual Ares, cuando se introduce en la sangrienta refriega encolerizado con los enemigos; mucho se enfurece su ánimo y terrible resulta su sobrecejo; en torno a él sus ojos brillan igual que el fuego; de hermosura se muestran revestidas sus mejillas, a la vez que inspiran éstas un miedo helador, cuando se lanza él a la carrera y tiemblan por ello los propios dioses; tal era el excelso hijo de Aquiles. A lo largo de la villa, iban aquéllos rogando a los inmortales que a su noble soberano sano y salvo lo trajeran éstos de regreso del cruel Ares; ellos escucharon sus súplicas. Sobresalía aquél entre todos los que lo acompañaban.

Una vez llegaron a la orilla del mar, de sordo retumbo, encontraron entonces a los remeros, que, dentro de la bien

---

[510] Posidón, evocado aquí con su epíteto homérico de *Kyanochaítēs* (cf. *Il.* XIII 563 u *Od.* III 6).

pulida nave, izaban las velas y se afanaban en cubierta. Al punto embarcaron; soltaron ellos amarras en el exterior y levaron anclas[511], robusta ayuda que acompaña siempre a las naves. De buena gana les concedió el esposo de Anfitrite[512] una feliz travesía, pues en sus adentros estaba muy preocupado por los aqueos, que atormentados se hallaban por los troyanos y por el magnánimo Eurípilo. Mas aquellos dos, sentados a uno y otro lado del hijo de Aquiles, con sus relatos lo distraían, ya que le contaban las hazañas de su padre, cuantas proyectó a lo largo de su vasta travesía y por tierras de Télefo, que de cerca combatía, y cuantas llevó a cabo entre los troyanos en torno a la ciudad de Príamo, para así reportar gloria a los Atridas[513]; y se deleitaba su corazón, deseoso como estaba aquél de obtener también las fuerzas y la gloria[514] de su intrépido padre.

Pero allá en su tálamo, apenada aún por su hijo, la noble Deidamía derramaba lágrimas de muchos lamentos, y en su fuero interno se iba consumiendo su corazón a causa de la cruel tristeza, como sobre las brasas el plomo blando o un trozo de cera; no dejaba nunca de gemir, pues alzaba la vista hacia el ponto infinito, porque una madre siempre se inquieta por su hijo, aun cuando éste sólo se vaya a comer. Y cuando la nave había marchado bien lejos, ya las velas se

[511] En el texto griego hay un notable zeugma: de un verbo *élysan* (en rigor, «desataron»), depende no sólo el aceptable *peísmat'(a)* (las «amarras»), sino también, de una forma un tanto descuidada, *eunás* (las «anclas», que sólo se han de «levar»).

[512] Otra vez Posidón, el marido de la nereida Anfitrite: cf. Hesíodo, *Teog.* 930-933, y Apolodoro, *Bib.* I 4, 5.

[513] Cf., *supra*, notas 5 y 276.

[514] Nuevo zeugma digno de mención: de un *arésthai,* «lograr» o «alcanzar», dependen tanto *kŷdos*, la «gloria» (con mayor propiedad), como primero (de forma un tanto sorprendente) *ménos*, el «ímpetu» o las «fuerzas».

ocultaban y se confundían con la bruma; pero ella continuaba lamentándose, sin parar de gemir en todo el día.

La nave surcaba el ponto con el viento a favor, tocando apenas el mar, de muchos bramidos; a uno y otro lado de la quilla resonaban las oscuras olas: con rapidez recorrían ya las enormes profundidades y cruzaban el ponto. Y cayó sobre ella la oscuridad de la noche: proseguía entonces su ruta gracias a los soplos del viento y al piloto, atravesando así los abismos del mar. De nuevo llegó la divina Eos hasta el cielo; ante ellos aparecían las cimas de los montes ideos, Crisa y los parajes del Esminteo, y el cabo Sigeo y la tumba del valiente Eácida[515], pero el hijo de Laertes, dotado en sus adentros de prudentes pensamientos, no quiso mostrársela a Neoptólemo, para que en el pecho no acrecentara su ánimo la pena. Al punto pasaron de largo las islas Calidneas, dejaron atrás Ténedos, y aparecieron, a su vez, los parajes de Eleunte, donde se halla el túmulo de Protesilao a la sombra de unos elevados olmos, cuyas copas, cuando se alzan del

[515] La nave de la embajada regresa de Esciros al campamento aqueo por el sur, y así logra divisar primero toda esta costa occidental de la Tróade: se alcanza a ver, a lo lejos, el macizo mismo del Ida —los «montes ideos» (cf., *supra,* nota 4), porque el Ida no consta de un único pico (sobre la cima del Gárgaro, cf. nota 34) y se abarca con la vista desde Crisa y su santuario de Apolo «Esminteo» (en esa villa vecina de Troya existía un conocido culto a Apolo (cf. *Il.* I 37 s. y 431-474), quien recibía allí el misterioso sobrenombre de *Smintheús,* advocación ya homérica [cf. *Il.* I 39] que podría hacer referencia a otra ciudad de la comarca, Esminte, o bien a la protección que este dios médico ofrecía contra las plagas de ratas y ratones, los *smínthoi)* hasta el cabo Sigeo, donde se hallaba la tumba de Aquiles (cf. nota 248), todo lo cual Quinto evoca sin gran rigor, ya que en realidad no es posible contemplar tal amplio panorama de un solo vistazo, debido a las verdaderas distancias que existen, sobre el terreno, entre esos diversos parajes nombrados.

suelo tanto como para contemplar Ilio, de inmediato aprisa se secan[516].

A la nave, impulsada por los remos, cerca de Troya la condujo el viento; llegó junto a las orillas, allí donde estaban los otros navíos de los argivos, quienes, entonces, con angustia agotaban sus fuerzas combatiendo alrededor del muro, el que antaño construyeron para que en esa guerra fuera defensa de sus naves y, a la vez, de las tropas de gran vigor. Y a punto habría estado de ser ya destruido por los brazos de Eurípilo, demolido así por tierra, si al momento no hubiera advertido el hijo del fuerte Tideo que esa enorme protección estaba siendo asediada. Saltó de inmediato fuera de su veloz nave, y con audacia lanzó el grito más potente que su pecho en su interior era capaz de albergar:

«¡Amigos, qué gran desgracia se cierne hoy sobre los argivos! Pero, ¡ea!, ciñámonos lo antes posible las centelleantes armas y acudamos al tumulto de esta muy fatigosa guerra. Pues ya por nuestros torreones batallan los troyanos, hábiles guerreros, quienes pronto, tras abrir una brecha en los enormes muros, con fuego incendiarán las naves de la

[516] Seguidamente, la nave de esta expedición remonta hacia el norte y pasa de largo ese desconocido archipiélago de las Calidneas (no pueden ser las Calidnas de *Il.* II 677, situadas cerca de Cos, entre las Espóradas del Sur) y aun Ténedos, isla célebre por su proximidad a Troya, frente a la cual se hallaba en el mar. Tras lo cual, a lo lejos se alcanza a ver el territorio de Eleunte, ciudad ya del Quersoneso Tracio, península que se extiende cara a la costa septentrional de la Tróade. Allí se encuentra, según esta información ignorada por Homero, la tumba de Protesilao (cf. notas 39 y 40), imaginada además bajo esos prodigiosos olmos, de los que también nos hablan, con otros detalles, Plinio el Viejo *(Historia Natural* XVI 238) y Filóstrato *(Heroico* III 1), aunque, para este portento aquí evocado, el modelo directo de Quinto parece ser (según F. Vian, *Recherches...*, pág. 124) cierto epigrama de un tal Antífilo de Bizancio, recogido en *Antología Palatina* VII 141.

forma más horrible; y ya no alcanzaremos el regreso que tanto ansía nuestro ánimo, sino que, en contra de lo dispuesto por el destino, al punto vamos a caer nosotros abatidos y en Troya yaceremos, lejos de nuestros hijos y nuestras mujeres».

Así habló; con la mayor rapidez, en masa se lanzaron ellos fuera de la veloz nave, pues, al escucharlo, todos se echaron a temblar, excepto Neoptólemo, de audaz espíritu, porque en su gran fuerza se asemejaba a su padre: a él lo invadió el deseo de combatir[517].

---

[517] Se ha incorporado ya Neoptólemo a la guerra, presentado ahora, si no como nuevo protagonista, sí desde luego como digno sucesor de su padre Aquiles (cf., *supra,* nota 406). Los libros siguientes, al menos hasta la mitad del IX, se van a dedicar a narrar su llegada primero al campamento aqueo y sus hazañas luego en combate, hasta que igualmente haya de tomar parte en este conflicto el también imprescindible Filoctetes, quien en algunas versiones acudía a Troya, y aun realizaba ya sus proezas —ante todo, como veremos en el libro X, la de matar a Paris—, antes de esa llegada y actuación de Neoptólemo (cf. el resumen de la *Pequeña Ilíada* en Proclo, pág. 106, lín. 23-pág. 107, lín. 2 Allen; Apolodoro, *Epít.* V 8-12; Trifiodoro, 40-56); otros relatos, en cambio, coinciden con la interpretación que de los hechos aquí ofrece Quinto (cf. la situación misma expuesta por Sófocles en su *Filoctetes* —Neoptólemo por fuerza se encontraba entre los griegos antes que Filoctetes—; Dión de Prusa, XI 115-118; Filóstrato, *Heroico* VI 3; Dictis, IV 14-19; Tzetzes, *Posth.* 518-601). Tal planteamiento resulta ahora más aceptable, en tanto que la intervención en primer lugar del hijo de Aquiles permite la desaparición ya del último de los campeones extranjeros aliados con Troya —Eurípilo, a quien pronto va a matar Neoptólemo—, y obliga entonces a los troyanos a quedar reducidos a sus propias fuerzas —y así, cuando más adelante le corresponda actuar, Filoctetes acabará ya sólo con un príncipe troyano como Paris—, aun auxiliados todavía por la masa anónima de contingentes vecinos. En lo que respecta a las fuentes que trataban todas esas venideras hazañas de Neoptólemo, ante todo, su victoria sobre Eurípilo, aparte de las leyendas que se habían de narrar en el ciclo épico (según dicho resumen de Proclo a la *Pequeña Ilíada,* pág. 106, lín. 29-pág. 107, lín. 2 Allen), contaba Quinto sólo con el *Eurípilo* de Sófocles (cf. sus frs. 206-222b Radt) y

Con presteza llegaron a la tienda de Odiseo, pues era la que se hallaba más cerca de esa nave de oscura proa: había allí mismo, en efecto, muchas armas de repuesto, tanto de Odiseo, de sagaces pensamientos, como de los demás compañeros, comparables a dioses, cuantas les quitaron a los muertos. Entonces, quien era valiente se ciñó unas hermosas armas, mas se ciñeron otras peores los que en su corazón tenían un espíritu endeble. Y Odiseo se ciñó las que desde Ítaca lo habían acompañado; le entregó al Tidida Diomedes, además, aquellas bellas armas que antaño le arrebató al violento Soco[518]. El hijo de Aquiles, a su vez, se ciñó las armas

---

con cierta *Eurypýleia* de un tal Homero de Bizancio (por completo perdida: apenas sí tenemos la exigua noticia de Tzetzes en su escolio a Hesíodo, *Trabajos y Días* 236 Gaisford), escasas obras que no parecen haberle servido a nuestro poeta directamente de influencia, por lo que todo indica que ha gozado de bastante libertad a la hora de exponer los venideros acontecimientos: cf. F. Vian a lo largo de *Quintus de Smyrne*... II, págs. 47-54 (con todo, señala con acierto este editor en págs. 50 (y n. 3-6) y 51 (y n. 1-8) cómo, al menos para la inminente recepción de Neoptólemo en el campamento aqueo, sí dispone con fidelidad Quinto, sin duda, de cierta obra literaria concreta como fuente original, pues no sería ésta sino la misma de la que se sirvió Dictis para su relato también de ese suceso en IV 15 s.: dado que no se puede hablar de una influencia del novelista sobre nuestro épico, así habría que entender las puntuales y precisas coincidencias que, en lo que atañe a los distintos momentos y detalles de tal insignificante episodio, indiscutiblemente entre ambos autores se revelan).

[518] En *Il.* XI 426-461 Odiseo mata al tal Soco, hijo de Hípaso, pero, herido previamente por este mismo y acosado luego por la turba de enemigos, ha de huir y no tiene ocasión de despojarle de sus armas (cf. notas 363 y 370); así pues, ante la sorprendente afirmación aquí de Quinto, F. Vian preferiría leer (cf. *Quintus de Smyrne*... II, pág. 122, n. 4), en lugar del *eírys(s)e* de los manuscritos (con esa idea que por fuerza hemos traducido: «...armas que antaño le arrebató al violento Soco»), una forma en voz media *eíryto* (el notable cambio de sentido sería válido: «...armas que antaño protegían al violento Soco»).

de su padre, y su aspecto era en todo parecido al de aquél[519]; gracias al talento de Hefesto, pues, quedaban éstas ajustadas a sus miembros, manejables como le resultaban, aun cuando a sus compañeros les suponían una prodigiosa carga; a él todas las piezas le parecían ligeras: no le pesaba en su cabeza el yelmo [***], sino que, aun siendo inmensa, fácilmente la levantaba con sus manos, todavía ávida de sangre[520].

Cuantos argivos lo contemplaron, por más que lo desearan, no podían llegársele cerca, porque, todo alrededor de ese muro, a ellos los apremiaba el abrumador tumulto de la guerra. Como cuando en el ancho ponto, al lado de una isla desierta, indignados están unos marineros por encontrarse apartados lejos de los hombres: de frente se les ha presentado un vendaval de viento, y éste ya los retiene muchísimo tiempo, con lo que ellos, apesadumbrados, dan vueltas por la nave mientras se les van agotando todas sus provisiones, hasta que de repente, atormentados como están, comienza a soplarles una sonora brisa; así el pueblo de los aqueos, antes tan apenado, se mostraba jubiloso con la llegada del violento Neoptólemo, pues esperaban éstos tomar un respiro en su luctuosa fatiga. Sus ojos brillaban como los de un despiadado león, que por los enormes montes, presa en su ánimo de

---

[519] La entrega de las armas de Aquiles, por parte de su actual dueño, Odiseo, a su legítimo heredero, Neoptólemo (según lo prometido antes en 194-212), es ya narrada en la *Pequeña Ilíada* (cf. Proclo, pág. 106, lín. 30 Allen) y luego evocada por Sófocles, *Fil.* 62-65 y 359-384; Apolodoro, *Epit.* V 11; Filóstrato, *Descripciones de cuadros* X 4; o Tzetzes, *Posth.* 534.

[520] A comienzos del verso 450 ha de haber una evidente laguna de varios más, en la que rápidamente se enumeraban y describían de nuevo las armas de Aquiles, mientras se las está ciñendo sin problemas Neoptólemo: se ha comenzado por el casco antes de dicha laguna, y, recuperado el texto (en el actual verso 450a), se concluye ahora, sin duda, con la pica de Aquiles, la lanza del Pelio (cf. notas 85 y 354).

la indignación, contra unos cazadores se abalanza, quienes, llenos de arrojo, en su cueva ya estaban entrando para arrebatarle sus cachorros, que se quedaron solos, lejos de sus padres, en medio de un umbroso valle (mas aquél, tras haberlos observado desde lo alto de una cima, sobre esos funestos cazadores se precipita, lanzando de sus feroces mandíbulas un espantoso rugido); así desató su cólera contra los troyanos, hábiles guerreros, el ilustre hijo del intrépido Eácida.

Arremetió primero por donde en la llanura más se había recrudecido la batalla: pues por allí el muro de los aqueos les resultaba a los enemigos más fácil de atacar en esa refriega[521], porque estaba asegurado por parapetos menos sólidos; con él marcharon los demás, muy ansiosos de Ares. Encontraron a Eurípilo, de violento espíritu, y, junto con él, a sus compañeros, quienes acababan de encaramarse a una torre y en su ánimo imaginaban ya que iban a abrir una brecha en los enormes muros y a exterminar en masa a los argivos. Pero los dioses no cumplieron su deseo: Odiseo, el fornido Diomedes, Neoptólemo, igual a un dios, y el divino Leonteo[522] al punto los rechazaron del muro con incontables dardos. Como cuando los perros y los esforzados pastores se precipitan de todos lados para, con su fuerza y sus voces, hacer salir del establo a unos robustos leones, que, con el verdoso brillo de sus ojos, se revuelven aquí y allá, buscan-

[521] El verso 475 presenta un corrupto e irresoluble †*gár sphin epépleto*†, aunque, como puede advertirse en la despreocupada traducción, el sentido general es claro y no ofrece problemas de interpretación.

[522] De forma inesperada se incorpora a ese grupo atacante el hasta ahora nunca mencionado Leonteo, caudillo de los lápitas (era hijo de Corono y nieto del famoso héroe Ceneo: cf. *Il.* II 745s.) y compañero de Polipetes (cf. nota 53), con quien en *Il.* XII 108-194 defendía ante sus puertas el muro aqueo; quizás por ello Quinto recuerda ahora a Leonteo en particular, pues se está acometiendo aquí una tarea similar.

do con ardor en su ánimo la forma de devorar entre sus mandíbulas a las terneras y a las vacas, pero que, aun así, retroceden rechazados por esos perros de violento ánimo, pues los pastores los acometen sin descanso, [***][523], pero sólo un poco, hasta donde puede arrojar uno con su mano una descomunal piedra. Pues a los troyanos no les dejaba Eurípilo huir lejos de las naves, sino que les instaba a permanecer muy cerca de los enemigos, hasta que se apoderara él de esos navíos y exterminara a todos los argivos, porque Zeus le infundió una fuerza infinita. Al instante, cogió una roca áspera e inquebrantable, y con rapidez la arrojó contra el inmenso muro; de forma espantosa crujieron alrededor todos los cimientos de ese elevado baluarte: el miedo asaltó a todos los aqueos, como si ya el muro estuviera derribado en el polvo.

Pero ni aun así se retiraron éstos del implacable tumulto, sino que allí permanecían, semejantes a chacales o a lobos, despiadados depredadores de rebaños, a los que en los montes sacan de sus cuevas los campesinos con sus perros, con la intención de provocar cuanto antes una luctuosa matanza entre sus cachorros, mas ellos no retroceden, aun asediados por los dardos, sino que resisten para proteger a sus crías; así, para proteger las naves e incluso sus propias vidas, permanecían aquéllos en el combate. Contra todos ellos Eurípilo, audaz en la batalla, profería grandes amenazas delante de esos veloces navíos:

«¡Ah, guerreros cobardes y con un ánimo apocado en las entrañas! No me habríais retirado de las naves por temor a vuestros dardos, si este muro no contuviera mis asaltos.

[523] Nueva laguna tras el verso 492, en la que por fuerza se establecía el segundo elemento del actual símil: «así se retiraban los troyanos...» sería en general la idea que, por lo menos, contendría ese texto perdido.

Pero ahora, como perros asustados en el bosque ante un león, peleáis contra mí desde el interior, para así evitar una matanza total; si acaso salierais de las naves a territorio troyano, ansiosos como antes de la algazara, no os libraría nadie de una horrísona muerte[524], sino que en el polvo yaceríais todos, derribados por mis golpes».

Así habló; pero proclamó vanas palabras: no tenía idea de que un gran desastre, ya nada remoto, lo empujaba a manos de Neoptólemo, de audaz espíritu, quien no mucho después, en efecto, lo iba a abatir con su ávida pica.

Éste, por aquel entonces, no se hallaba en absoluto lejos de la dura contienda, sino que se dedicaba a aniquilar desde ese baluarte a los troyanos; acribillados desde lo alto, huyeron ellos y, por imperiosa necesidad, se arremolinaron en torno a Eurípilo, pues a todos les asaltaba un penoso miedo. Como cuando unos niños pequeños se agazapan alrededor de las rodillas de su padre, por temor al trueno del gran Zeus, que por entre las nubes entonces prorrumpe, cuando retumba el aire con un terrible lamento, así los hijos de los troyanos se refugiaban entre los guerreros ceteos, en torno a su gran rey, asustados de todo lo que Neoptólemo les estaba arrojando con sus manos, pues derecha hacia ellos voló la desgracia, que sobre las cabezas de esos enemigos se trajo a Ares, de muchos lloros. Los troyanos, abatidos en lo más profundo de su corazón por la impotencia, creían estar viendo al mismo Aquiles, prodigioso con sus armas; pero ocultaban en su pecho ese doloroso asombro, para que el horrible miedo no invadiera también las entrañas de los ceteos y de su soberano Eurípilo. Allí mismo quedaron temblando sin parar, cada cual en su puesto, en medio de la calamidad

[524] Es decir, «de una muerte que tiene lugar en medio del estrépito de la batalla».

y del espanto helador, pues los detenían tanto su dignidad como el doloroso terror[525]. Como cuando unos hombres, que marchan a pie por un abrupto sendero, contemplan un torrente que desde el monte se precipita y con estruendo brama alrededor de las peñas, y, a pesar de tener prisa, no buscan la manera de adentrarse en su ruidosa corriente, porque tiemblan al ver la ruina a sus pies, y ya no se preocupan de su ruta; así los troyanos, aun evitando el clamor de la guerra, permanecían quietos junto al muro de los argivos[526]. A ellos Eurípilo, parejo a un dios, de continuo los incitaba a la refriega, pues en verdad albergaba la esperanza de que, al derribar aquél a tantos, ese prodigioso varón fatigara sus brazos y sus fuerzas en la batalla; pero éste no ponía fin a la algazara.

Al observar su dura contienda, abandonó Atenea las altas mansiones del perfumado Olimpo; marchaba sobre las cumbres de los montes y, muy apresurada, no tocaba la tierra con sus plantas: la llevaba el sagrado aire, parecida a las nubes y más ligera que el viento. Al punto llegó a Troya, y posó sus pies sobre la cima del ventoso Sigeo; desde allí contemplaba el clamor de esos guerreros, que de cerca com-

[525] La expresión es muy concisa, pero se entiende la idea: los troyanos permanecen, en todo caso, quietos en su puesto, tanto por guardar su dignidad y no entregarse a una vergonzosa huida que les dejaría por cobardes a los ojos de Eurípilo y sus tropas, como porque el mismo miedo los paraliza y les impide reaccionar para seguir combatiendo: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... II, pág. 126, n. 4.

[526] Frente a la inadmisible lectura que ofrecen los manuscritos para los versos 551 s., que incluso indujo a A. KÖCHLY a imaginar una hasta entonces inadvertida laguna entre ambos, F. VIAN propone una sencilla corrección (cf. *Quintus de Smyrne*... II, pág. 127, n. 2) que no hace sino insistir en la idea anterior: paralizados, los troyanos no siguen combatiendo, pero tampoco se dan a la fuga (cf. nota anterior).

batían, y mucho glorificaba a los aqueos[527]. Por su parte, el hijo de Aquiles poseía, en medida muy superior a los demás, tanto audacia como fuerza, que, cuando se alían, procuran a los guerreros una gran gloria; por ambas cosas él se distinguía, porque su sangre era la de Zeus y se asemejaba a su querido padre; por eso, intrépido como también era, cerca de los torreones mató a muchos.

Como un pescador, deseoso de hacer capturas en el ponto, procura a los peces la desgracia cuando dentro de su barca trae al ardor de Hefesto, ya que, al avivarse su llama, la luz de este fuego resplandece alrededor de esa barca y aquéllos salen de la oscura mar, ansiosos por ver tal fulgor, que es el postrero, pues, al saltar, los mata ése con su tridente de largas puntas, con lo que por tal pesca se regocija su corazón[528]; así entonces el glorioso hijo del hábil guerrero Aquiles, junto a ese muro de piedra, abatía a las huestes enemigas, que de frente lo atacaban. Peleaban todos los aqueos por igual, cada uno en un lugar de los parapetos; resonaban la extensa playa y las naves, y crujían esos enormes muros a causa de las acometidas. Una indecible fatiga domeñaba a las tropas de ambos bandos (desfallecían los miembros y el vigor de esos hombres), pero no rendía ésta al divino hijo de Aquiles, firme en la lucha, porque del todo indómito era su poderoso corazón; mientras combatía, no se adueñó de él

---

[527] Típica intervención de un dios en las acciones de los humanos —en este caso concreto, en sus enfrentamientos en el campo de batalla, incidencia muy habitual dentro de las convenciones del género épico, como es bien sabido desde la *Ilíada*—, aunque aquí la gratuita actuación de Atenea se reduce a otorgarles gloria a sus protegidos aqueos, es decir, a concederles este éxito actual frente a los troyanos, y tal diosa no va a ser ya de nuevo mencionada en el transcurso de la presente contienda.

[528] Este tipo de pesca, de noche y con antorcha y tridente, lo describe ya OPIANO en *De la pesca* IV 640-646, pasaje que, sin duda, Quinto sigue aquí de cerca, incluso en sus más precisos detalles de expresión.

el penoso [***][529], y su ímpetu era semejante a un inagotable río que sin cesar fluye, al que nunca hace retroceder el avance de una infinita llamarada de fuego, aun cuando mucho se enfurezcan los soplos para atizar este sagrado ardor de Hefesto, pues si se llega cerca de sus orillas, se extingue y su salvaje vigor no es capaz de entrar en contacto con sus inagotables aguas; así, ni el luctuoso cansancio ni el miedo se adueñaban de las rodillas del noble hijo del valiente Pelida, quien siempre se mantenía firme y animaba a sus compañeros. Ni un solo dardo alcanzó su hermosa piel, por muchos que le dispararan, sino que, como copos de nieve alrededor de una roca, muchas veces sobre él cayeron en vano, pues todos los detenían su ancho escudo y su sólido casco, ínclitos dones de un dios; exultante gracias a ellos, dando grandes gritos recorría el muro el fuerte hijo del Eácida, exhortando sin descanso a los argivos a la intrépida algazara [***][530], porque, entre todos aquéllos, era él con mucho el mejor, y su ánimo no estaba aún saciado del espantoso clamor y, además, planeaba ya cómo vengar la dolorosa muerte de su padre. Se alegraron con su soberano los mirmído-

[529] En medio del verso 586 hay que suponer, como ya estableció A. KÖCHLY, una laguna donde, a buen seguro, por la idea que se está desarrollando desde la segunda mitad del anterior 585 hasta el 591 (luego resumida en los versos 592-594, junto con la que en 581-585 se acaba de exponer sobre los efectos de la fatiga), aparecería el término *déos*, «miedo» (éste se encuentra luego en el verso 593 de esa conclusión), del que dependería el adjetivo *aniēròn* que aquí (adaptado como «penoso») nos ha quedado en suspenso.

[530] Al final del verso 601 transmitido, para salvar sus muchos problemas textuales, conviene establecer de nuevo (frente a vanos y discutibles intentos de reconstrucción del pasaje original) una laguna de al menos dos versos, según F. VIAN (cf. su aparato crítico en *Quintus de Smyrne...* II, pág. 129).

nes, mientras alrededor de ese muro se alzaba un odioso griterío.

Entonces, mató él a los dos hijos de Meges, rico en oro, quien pertenecía a la estirpe de Dimante y tenía a estos muy gloriosos vástagos, expertos en lanzar bien la jabalina, en conducir bien los caballos en la guerra y en blandir con destreza la enorme lanza, y a los que, junto a las riberas del Sangario, para aquél dio a luz Peribea en un solo parto, Celto y Eubio[531]; no disfrutaron éstos mucho tiempo de su infinita riqueza, porque las Moiras pusieron fin a esa vida suya tan corta. Así como ambos vieron a la par el día, también murieron ambos a manos de Neoptólemo, de audaz espíritu: el uno, con el corazón herido por una jabalina; el otro, de una dolorosa pedrada en la cabeza: su sólido yelmo, así destrozado, se aplastó en el cráneo y se le derramaron los sesos.

En torno a ellos, sucumbían innumerables huestes de otros enemigos. Mucho se recrudecieron los trabajos de Ares, hasta que llegó la hora en que se desuncen los bueyes: se fue extinguiendo la luz inmortal, y el ejército del intrépido Eurípilo se retiró no muy lejos de las naves. Aquéllos[532], cerca de sus torreones, tomaron un pequeño respiro; y descansaron también los hijos de los troyanos de esa fatiga tan agotadora, porque ardua llegó a ser la batalla alrededor del muro y, sin duda, junto a sus naves habrían perecido entonces todos los argivos, si aquel día no hubiera rechazado el

---

[531] Ningún otro autor nos habla de estos dos hermanos o de su padre, el tal Meges, pero, dado que esta familia, por esa alusión al río Sangario, procede de Frigia, su también mencionado antepasado Dimante ha de ser, sin duda, el padre mismo de la reina troyana Hécuba, hombre ilustre de dicha comarca, de acuerdo con HOMERO, *Il.* XVI 717-719; cf. también APOLODORO, *Bib.* III 12, 5.

[532] Los griegos, evidentemente.

fuerte hijo de Aquiles a la nutrida tropa de enemigos e incluso al propio Eurípilo.

Al punto[533], cerca de aquél se llegó el anciano Fénix[534], y se asombró al ver cómo se asemejaba ése al Pelión; a la vez le sobrevinieron una gran alegría y un indecible dolor: dolor, por acordarse de Aquiles, de veloces pies; y alegría, porque reconoció a su fuerte hijo. Lloraba él con alborozo, puesto que nunca vive sin duelos la raza de los hombres, aun cuando les invada acaso la alegría. Lo abrazó como se echa un padre sobre su hijo, quien, tras haber sufrido penas mucho tiempo por designio de los dioses, a su casa regresa (¡gran alegría para su querido progenitor!); así abrazado, besó él la cabeza y el pecho de Neoptólemo y, en su admiración, tales palabras le dijo:

«Sé bienvenido, noble hijo de Aquiles, a quien antaño, cuando era un niño, de buena gana crié yo en mis brazos. Éste, por la muy gloriosa voluntad de los dioses, rápido crecía como un muy lozano brote, y yo me regocijaba al ver su cuerpo y escuchar su voz[535]. Para mí era un gran amparo: lo

---

[533] Ocupa ya el resto del libro VII el episodio de la recepción de Neoptólemo por los griegos: cf., *supra,* nota 517 a propósito de las llamativas coincidencias que presenta Quinto en su relato con la recreación que de este mismo suceso ofrece el novelista Dictis en IV 15 s.; coinciden de una forma sorprendente ambos autores en las distintas escenas que, aunque insignificantes y cotidianas, a continuación se han de desarrollar: el diálogo de Neoptólemo con el anciano Fénix, su recibimiento por parte de los restantes caudillos aqueos, la cena de homenaje brindada por Agamenón, su visita por último a las tiendas de su padre Aquiles y su encuentro allí con Briseida.

[534] Es de esperar que uno de los primeros hombres que reciban al recién llegado Neoptólemo sea precisamente (cf. notas 215 y 217) el que fuera ayo de su difunto padre, Fénix (en algunas versiones incluso figuraba como encargado de ir hasta Esciros en su busca: cf., *supra,* nota 415).

[535] El texto griego dice sólo «al ver su cuerpo y su voz», fuerte zeugma que, además de conservar la fórmula homérica *ēmèn dèmas ēdè kaì*

apreciaba igual que al último niño nacido, y él apreciaba mi vida igual que la de su padre; pues yo era su padre y él mi hijo, como solía manifestar al verme: "De una misma sangre somos, debido a nuestros mutuos sentimientos". Pero en valor era él mucho mejor, porque a los bienaventurados se asemejaba en talla y en fuerza: en todo a él tú te asemejas, y así yo me imagino que entre los dánaos está aún vivo aquél, por quien un agudo dolor me envuelve todos los días, en tanto que ya atormenta mi ánimo una aciaga vejez. ¡Ojalá un túmulo de tierra me hubiera cubierto mientras él aún estaba con vida, pues a un hombre también le reporta gloria el ser enterrado por las manos de una persona allegada! Pero, hijo, si bien mi corazón no se podrá sustraer nunca a esta aflicción por aquél, tú no has de seguir torturando tu ánimo con esa pena. Por el contrario, ¡ea!, socorre a los mirmídones y a los atormentados aqueos, domadores de caballos, encolerizado como te hallas con los enemigos a causa de tu insigne padre: una noble fama alcanzarás, si consigues abatir a Eurípilo, quien en la batalla resulta insaciable; pues eres y serás superior a él, tanto como mejor fue tu padre que su infeliz progenitor[536]».

Tras hablar así, a él se dirigió el hijo del rubio Aquiles:

«Anciano, nuestro valor en el combate lo juzgarán el poderoso Destino y el orgulloso Ares».

---

audén (cf. *Od.* II 268 y 401; XXII 206...), aparece ya en expresiones similares del mismo Homero *(Od.* IX 166s.) y de Esquilo *(Prometeo Encadenado* 21 s.).

[536] Según Fénix quien no se equivocará con tan sencillo razonamiento, Neoptólemo ha de ser superior a Eurípilo en la batalla por una mera cuestión de herencia, puesto que el padre del primero, Aquiles, ya demostró antaño (en singular combate: cf. nota 278) ser más fuerte que el progenitor del segundo, Télefo.

Una vez dijo esto, deseos le entraron de, en ese mismo día, lanzarse fuera del muro con las armas de su padre; pero lo detuvo la Noche, quien, trayéndoles a los hombres la liberación de sus fatigas, salió del Océano con su cuerpo oculto entre las tinieblas.

Los hijos de los argivos glorificaban a éste igual que al fuerte Aquiles, contentos junto a las naves, porque a ellos les había devuelto la audacia, dispuesto como estaba a la lucha. Por eso lo honraron con espléndidos homenajes y le otorgaron indecibles dones, los que incrementan la riqueza de un hombre: unos, en efecto, oro y plata; otros, esclavas; otros, incontable bronce; otros, hierro; y otros le entregaron rojo vino en ánforas, caballos de veloces cascos y belicosas armas de varones, y mantos de hermosa labor, bellos trabajos de mujeres. Con todo ello, en su fuero interno se reconfortó el corazón de Neoptólemo.

Luego, mientras los demás se ocupaban de prepararle un banquete junto a las tiendas, para así glorificar al hijo de Aquiles, parejo a un dios, de forma igual que a los invencibles celestiales, a él Agamenón, muy exultante, tales palabras le dijo:

«Ciertamente eres, hijo, el vástago del Eácida, de audaz espíritu, porque a él te asemejas en violento ímpetu y en belleza, en estatura, en audacia y en carácter[537]. Por eso, mucho reconforto contigo mi ánimo, pues en verdad albergo la esperanza de que bajo tus manos y tu pica destruyas a las huestes enemigas y la perínclita ciudad de Príamo[538], por-

[537] Seguimos la traducción de F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 132), quien adapta con el simple sentido de «carácter» la incómoda expresión *phrénas éndon* (literalmente, las «entrañas del interior»).

[538] Nuevo zeugma reseñable (cf. los anteriores en las notas 511, 514 y 535): del infinitivo *enarixai* («matar», o aun «despojar»), dependen, con

que te asemejas a tu padre. Yo me imagino estar viéndolo ahora junto a las naves, como cuando amenazaba a los troyanos, encolerizado por la muerte de Patroclo; pero él ya está con los inmortales, y desde la morada de los bienaventurados[539] te ha enviado hoy para socorrer a los exterminados argivos».

Tras hablar así, a él se dirigió el poderoso hijo de Aquiles:

«Agamenón, ¡ojalá lo hubiera encontrado aún vivo!, para que también él hubiera visto cómo su bienamado hijo no deshonra el vigor de su padre: presiento que así va a ocurrir, con tal de que me mantengan a salvo los despreocupados Uránidas».

Así dijo, con su ánimo firmemente asentado en sus prudentes entrañas; las tropas, situadas a su alrededor, se maravillaban ante ese divino guerrero.

Pero cuando ya se saciaron de la comida de ese banquete, entonces el poderoso hijo del Eácida, de audaz espíritu, se levantó de la mesa y marchó a las tiendas de su padre. Había allí, al lado, muchas armas de héroes por él masacrados; a su alrededor, cada una por un sitio, unas desoladas cautivas se dedicaban a arreglar la tienda, como si estuviera vivo su señor. En cuanto vio aquél esas armas de los troyanos y a estas esclavas, se echó a gemir, pues le entró nostalgia de su padre. Como cuando, por entre espesos encinares y cañadas cubiertas de maleza, el cachorro de un fiero león abatido ya por los cazadores llega a su sombría cueva y todo alrededor pasea sin cesar su mirada por esa gruta vacía, y, al contemplar los huesos allí apiñados de no pocos caballos y

---

mayor propiedad, *dḗïa phŷla* (las «huestes enemigas») y, sólo por extensión, *Priámoio pólēa* («la ciudad de Príamo»).

[539] Cf., *supra*, nota 256.

bueyes que antaño aquél mató, mucho se aflige por su padre; así entonces al hijo del audaz Pelida se le heló el corazón. Las esclavas lo rodearon, llenas de admiración; y la propia Briseida, cuando contempló al hijo de Aquiles, unas veces mucho se regocijaba en su ánimo, mas otras, por el contrario, se afligía al recordar a Aquiles: en su fuero interno, su corazón era presa del asombro, como si en realidad estuviera aún vivo el intrépido Eácida.

Los troyanos, por su parte, gozosos también ellos en sus tiendas, a lo lejos glorificaban igualmente a su poderoso guerrero Eurípilo, tanto como al divino Héctor, cuando diezmaba a los argivos para así proteger la ciudad y todas sus riquezas. Pero, cuando ya les llegó a los mortales el dulce sueño, entonces los hijos de los troyanos y los argivos, firmes en la batalla, dormían en un sueño profundo.

LIBRO VIII

Mientras la luz del sol se difundía por la tierra, al surgir éste de los confines donde se encuentra la gruta de la Erigenía, entretanto, se armaban los troyanos y los poderosos hijos de los aqueos en cada bando, impacientes por combatir. Pues a los unos los incitaba el noble hijo de Aquiles a enfrentarse con intrépido ánimo a los troyanos; y a los otros, la gran fuerza del Teléfida[540], pues en verdad albergaba éste la esperanza de echar por tierra el muro, reducir a cenizas las naves con nefasto fuego y exterminar a las tropas bajo sus manos; pero parecida a una liviana brisa era su esperanza: situadas ya muy cerca de él, las Keres mucho se carcajeaban por sus vanos proyectos.

Y, entonces, a los mirmídones el impertérrito hijo de Aquiles les dijo estas audaces palabras, animándolos a luchar:

«Escuchadme, ayudantes míos: dotemos a nuestras entrañas de un ánimo belicoso, a fin de que lleguemos a ser para los argivos el remedio de esta dolorosa guerra, mas para los enemigos una desgracia; que ninguno de nosotros se

---

[540] Eurípilo (cf. nota 424), contrapuesto aquí a su inminente rival Neoptólemo.

acobarde, pues de la audacia nace para los hombres un vigor sobremanera irresistible, mientras que el miedo aniquila su fuerza y su lucidez[541]. Pero, ¡ea!, aprestaos con firmeza a los trabajos de Ares, para que no recobre el aliento el ejército de los troyanos, sino que afirme que Aquiles aún está vivo entre los argivos».

Tras hablar así, se ciñó sobre sus hombros las armas de su padre, que por doquier resplandecían; en su corazón se enorgullecía Tetis, quien desde el mar contemplaba la gran pujanza de su nieto. Y él con rapidez se lanzó delante del elevado muro, montado en aquel carro del que tiraban los inmortales caballos de su padre. Como desde los confines del Océano se eleva Helio para hacer brillar sobre la tierra su admirable fuego, ese fuego de cuando con sus potros y su carro se encuentra el astro Sirio, que a los mortales ocasiona plagas de muchos daños[542]; tal marchaba contra el ejército de los troyanos aquel poderoso héroe, el hijo de Aquiles. Lo llevaban esos inmortales corceles, que para él, deseoso de rechazar de las naves a esa tropa, había dispuesto Automedonte, quien no era sino su auriga[543]. Tales caballos sintieron de nuevo alegría por llevar a su señor, parejo al Eácida: su imperecedero corazón, en efecto, albergaba la esperanza

---

[541] Tomamos aquí la precisa traducción de F. VIAN (cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 144), «sa lucidité», para un término tan vago como es, en el texto griego, *nóos* (la «mente» o el «pensamiento» en general).

[542] La aparición en el cielo de Sirio, estrella principal de la constelación del Can Mayor, coincide con la del sol en la época de la canícula, bien conocida por sus fuertes calores, causantes de tales calamidades: cf. *Il.* XXII 26-31; APOLONIO DE RODAS, *Arg.* II 516-519 y III 957-959; ARATO, *Fenómenos* 331-337.

[543] Automedonte había sido ya antes el auriga de Aquiles: cf., sobre todo, *Il.* XVI 145-149.

de que aquel guerrero no fuera en nada inferior a Aquiles[544]. Así también los argivos, muy exultantes, se reunieron en torno al violento Neoptólemo, llenos de un inagotable ardor, semejantes a crueles avispas, a las que perturba [***][545], vuelan fuera de su agujero, deseosas de picar la piel humana, y todas se precipitan con fuerza[546] para procurar una gran desgracia a los mortales que por allí están pasando; así se dispersaban ellos fuera de las naves y del muro, ávidos de Ares. Se constreñía aquel extenso territorio; a lo lejos, toda la llanura refulgía gracias a las armas de esos varones, al resplandecer el sol allá arriba en los aires. Como una nube marcha a través del inmenso aire, empujada por los fuertes soplos del Bóreas, cuando llegan las nevadas y la dura estación del invierno, con lo que por todos lados queda el cielo envuelto en tinieblas; así la tierra se cubría de quienes de

---

[544] Tal alborozado sentimiento de estos caballos inmortales hay que ponerlo en relación con lo que de ellos ya se nos detalló, al término de los funerales de Aquiles, a lo largo de III 743-765.

[545] Se establece aquí una necesaria laguna; en todo este símil, el texto no guarda un sentido completo.

[546] El verso 43 transmitido nos ofrece, para esta última palabra traducida, una lectura extraña y tenida por corrupta, sobre la que se han barajado distintas soluciones: *sténos* es la discutible propuesta de la *editio princeps* aldina a partir de ciertos códices *recentiores* (se inclina por ella E. Livrea en «Una crux in Quinto...», págs. 72-74); *stégos* es conjetura de L. Rhodomann, aceptada luego por A. Zimmermann y A. S. Way; por último, en su habitual moderación, F. Vian mantiene (al igual que luego G. Giangrande en «Sur un pasage mal compris de Quintus...», págs. 138-143) el inadmisible *sthénos* («fuerza») que ya debiera de ofrecer el perdido arquetipo de los manuscritos de la obra, conservando, pues, para toda esta última frase, la versión original *pántes dè perì †sthénos† hormaínontes* (traducida aquí, sin más, de una forma aproximada), cuyo término entre cruces, con todo, preferiría tal editor cambiarlo por un *sthénei*, en atención al menos a una correcta sintaxis: cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 146, n. 1.

uno y otro bando concurrían no muy lejos de las naves: se levantó el polvo y voló al ancho cielo. Resonaban las armas de esos varones y, con ellas, también sus numerosos carros; al abalanzarse a la refriega, relinchaban los caballos. A cada uno lo apremiaba su propio vigor, incitándolo a la penosa algazara.

Como cuando, con un espantoso bramido, levantan dos vientos unas enormes olas por las amplias corrientes del mar, al surgir de algún lugar y hacer chocar el uno contra el otro sus vendavales, en el momento en que la perniciosa tempestad se enfurece por los vastos abismos del ponto, y ruge la irresistible Anfitrite[547] bajo sus crueles olas, que se desplazan cada una por un lado, semejantes a escarpadas montañas, en tanto que tiene lugar, a lo largo del ponto, un pernicioso zumbido de aquellos vientos que de una y otra parte se han desencadenado; así los guerreros de ambos bandos salían al encuentro para los trabajos de Ares, llenos de un espantoso ardor: también los instigaba la propia Eris. Y trabaron ellos combate, semejantes a truenos o a relámpagos que por el aire mucho retumban, cuando los vientos compiten en violencia y cuando con sus violentos soplos hacen chocar unas contra otras las nubes, pues tan encolerizado se halla Zeus con los hombres, que con sus actos se empeñan en transgredir los dictados de la muy venerada Temis[548]; así se atacaban los unos a los otros: la pica se encontraba con la

[547] Como el de la Titánide Tetis (cf. nota 118), el nombre de esta Nereida y esposa de Posidón (cf. nota 512) se suele emplear por metonimia para referirse al mar en general (así luego también en XIV 535, 609 y 644: cf. F. A. García Romero, «Aportaciones al estoicismo de Quinto de Esmirna. Un comentario a la figura de Anfitrite...», págs. 119-124).

[548] Esta Titánide, aunque es un personaje mitológico bien definido en su genealogía y en sus actuaciones, encarna habitualmente sin más, como su nombre indica, la «Equidad» o la «Norma» (la *Thémis* de los griegos), esto es, en fin, la «Justicia», al igual que *Díkē* en V 46 (cf. nota 345).

pica, el escudo con el escudo, y el guerrero acometía al guerrero.

En primer lugar, el poderoso hijo de Aquiles, hábil guerrero, abatió al excelso Melaneo y al ilustre Alcidamante, hijos del valiente Alexínomo, quien habitaba en la cóncava Cauno cerca de una cristalina laguna, bajo el nevado Imbro, a los pies del Tarbelo[549]. Mató al hijo de Casandro, a Mines, de rápidos pies, al que dio a luz la divina Creúsa junto a las orillas del río Lindo, de hermoso curso, allí donde se hallan las fronteras de los carios, firmes en la lucha, y los límites de la muy gloriosa Licia[550]. Acabó con el lancero Moris, venido de Frigia; a la vez que a éste, masacró a Pólibo y a Hipomedonte, tras alcanzarle al primero bajo el corazón, y al segundo en la clavícula. Abatió a uno en cada sitio; la tierra se cubría así de cadáveres de troyanos. Cedían ellos semejantes a secos arbustos, a los que fácilmente consume la llama de un devastador fuego, cuando se presenta el Bóreas otoñal; así caían derribados esos escuadrones ante los ataques de aquél. Eneas abatió a Aristóloco, firme en la batalla, tras golpearle con un pedrusco en la cabeza: junto con su yelmo, le aplastó los huesos del cráneo, y a esos huesos los abandonó de inmediato su alma[551]. El Tidida acabó con el

[549] En la región de Caria (cf. nota 52) se encontraba esta villa de Cauno, calificada de «cóncava» por hallarse rodeada de montes, tales como el Imbro o (suponemos, porque nos es desconocido) el Tarbelo (la actual representación de Quinto, aunque breve, es, pues, acertada: cf. Estrabón, XIV 2, 2-3).

[550] El río Lindo, más comúnmente conocido como Indo, sirve de frontera entre las comarcas de Caria y de Licia: cf. este río en Tito Livio, XXXVIII 14, 2, y Plinio el Viejo, *Historia Natural* V 103.

[551] A menudo consideraban los antiguos que la fuerza vital de los hombres residía en la misma médula de sus huesos, que recibía precisamente el nombre de *aiốn* (en general, «vida» o «existencia»: cf. nota 204):

rápido Eumeo, quien antaño vivía en la alta Dárdano, donde se halla el lecho de Anquises, en el que se sometió la Citerea a sus brazos[552]. Por su parte, Agamenón mató a Éustrato: ya no regresó éste a Tracia después de la guerra, sino que pereció lejos de su querida patria. Y Meríones abatió a Clemo, hijo de Pisénor, el querido y leal compañero de Glauco, comparable a un dios, quien residía junto a las orillas del Límiro y a quien, una vez hubo fallecido Glauco y quedó vacante su trono, como a un rey lo honraban los hombres de las vecindades, todos cuantos habitaban sin excepción los parajes de Fénix, la alta cima del Masícito y el altar de la Quimera[553].

así en *Himnos Homéricos*, IV 42 y 119; y en PÍNDARO, fr. 111 SNELL-MAEHLER.

[552] Recuérdese que, en la *Ilíada*, Eneas procedía de la ciudad de Dárdano (cf. nota 187), y que, para engendrarlo (cf. nota 200), en tal localidad (concretamente en las cercanas lomas del Ida, según *Il.* II 819-821) se unió con Anquises la diosa Afrodita, aquí designada con su habitual sobrenombre de «Citerea», término derivado de Citera, isla con la que tal diosa tenía una estrecha relación desde que, a poco de surgir de entre las aguas del mar, por ella pasara en su camino hacia Chipre: cf. nota 121.

[553] Nuevas referencias a ciertos puntos geográficos de Licia, patria del caudillo Glauco, muerto ya en III 278-282 (cf. nota 193), y de su hasta ahora sucesor Clemo (por los demás autores antiguos desconocido): el Límiro, mencionado por ESTRABÓN (XIV 3, 7) y por ESTEBAN DE BIZANCIO (voz *Límyra*), es un afluente allí del río Aricando; al este se encuentra ese *Phoínikos hédos* o *Phoinikoûs*, monte que también recibía el nombre de Olimpo (cf. ESTRABÓN, XIV 3, 8); en la zona central, o incluso hacia el noroeste, se extiende al parecer el macizo del Masícito, ya conocido por la anterior alusión en III 234 (cf. nota 192); y al oeste, en fin, se localiza (cf., otra vez, ESTRABÓN, XIV 3, 5 y 7) ese supuesto «altar» (por la criatura a la que está extrañamente consagrado, *bōmón* ha recibido varias correcciones, pero tal término podría designar aquí, en particular, una tumba o un monumento funerario: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 148, n. 8, y *Recherches...*, pág. 139, n. 6) de la Quimera, el famoso monstruo que re-

Unos a otros se daban muerte en medio de esa refriega; entre ellos, se dedicaba especialmente Eurípilo a arrojar sobre sus muchos enemigos a las malignas Keres. En primer lugar, hirió de muerte a Éurito, firme en la lucha, y a continuación a Menecio, de centelleante cinturón, camaradas de Elefénor[554], comparables a dioses; en torno a ellos, también a Hárpalo, que era compañero del bienintencionado Odiseo. Pero éste sostenía el combate lejos de allí y no podía acudir a proteger el cuerpo de su difunto ayudante; fue otro compañero suyo, Ántifo, de poderoso ánimo, quien se encolerizó por su muerte y disparó su pica contra Eurípilo; pero no lo hirió, porque esa robusta lanza cayó un poco más lejos sobre el valiente Milanión, al que antaño, sometida a Erilao, junto a las orillas del Caico[555], de hermoso curso, engendró su madre Clite, de bellas mejillas. Eurípilo, encolerizado por la muerte de su camarada, al punto se lanzó sobre Ántifo, pero éste huyó con pies veloces hacia el grueso de sus compañeros, y no lo abatió la robusta pica del valiente Teléfida, porque de forma horrenda había de sucumbir aquél más tarde a manos del Cíclope homicida: pues así le complacía acaso a la odiosa Moira[556]. Eurípilo se encaminó hacia otra parte; acometiendo él sin descanso con su lanza, caía derribada una nutrida muchedumbre. Como unos enormes árboles, abatidos en frondosos montes por la violencia del hierro, cubren los barrancos, tirados aquí y allá por los suelos,

---

sidía por este territorio antes de sucumbir a manos de Belerofontes: cf. APOLODORO, *Bib.* II 3, 1 s.

[554] Elefénor era el caudillo de los abantes, las tropas griegas de la gran isla de Eubea (cf. *Il.* II 536-545), muerto ya de forma absurda, a manos de Agénor, en *Il.* IV 463-471 (cf. notas 191 y 299).

[555] Cf., *supra,* nota 278.

[556] En *Od.* II 17-20 se menciona a ese soldado de Odiseo como víctima del famoso cíclope Polifemo.

así los aqueos eran abatidos por las picas del valiente Eurípilo, hasta que frente a él se llegó, con orgullosos pensamientos en su corazón, el hijo de Aquiles: llenos entonces de ardor, en sus manos blandían ambos las enormes lanzas, el uno contra el otro.

Eurípilo habló primero y le dirigió a aquél estas preguntas:

«¿Quién eres y de dónde has venido para batallar frente a nosotros? Sin duda hacia el Hades te llevan ya las inexorables Keres: pues nadie ha escapado de mí en este cruel combate, sino que entre todos cuantos aquí llegaron deseosos de batallar frente a mí, de forma horrenda he provocado una luctuosa matanza, y todos sus huesos y sus carnes junto a las corrientes del Janto los perros se las repartieron. ¡Vamos!, dime: ¿quién eres y de quién son esos caballos de los que te enorgulleces?».

Una vez dijo esto, a él se dirigió el poderoso hijo de Aquiles:

«¿Por qué a mí, cuando al sangriento tumulto me apresuro, tú, que eres mi enemigo, como si abrigaras amistosas intenciones me pides que te indique mi linaje, que de sobra conoce la mayoría? Soy el hijo de Aquiles, de violento espíritu, quien antaño puso en fuga a tu padre con un golpe de su muy larga lanza; y en verdad que lo habrían arrebatado entonces las malignas Keres, presa de la muerte, si aquél en persona no lo hubiera salvado bien pronto de su luctuosa ruina[557]. Los caballos que me llevan son los de mi padre, comparable a un dios, los que parió la Harpía, antaño ayuntada con el Céfiro[558], y que también saben correr a través

[557] Eran de esperar estos reproches de Neoptólemo a su rival Eurípilo (cf., *supra,* notas 278 y 536).

[558] El origen de estos caballos inmortales de Aquiles ya en III 750 s. (cf. nota 251).

del infecundo piélago, sin tocarlo apenas con la punta de sus cascos, pues igual que los vientos se desplazan. Ahora, una vez te has enterado ya del linaje de estos caballos y del mío propio, prueba también nuestra lanza indestructible, para que la conozcas en el cuerpo a cuerpo: su linaje se remonta a las cumbres del elevado Pelio[559], donde dejó su tocón y sus raíces[560]».

Tal dijo, y desde el carro saltó a tierra ese glorioso guerrero, blandiendo su muy larga lanza. El otro, por su parte, con sus robustas manos agarró una descomunal roca, y la arrojó para ir a caer sobre el áureo escudo de Neoptólemo; pero, dispuesto ya éste para el ataque, no le hizo aquélla tambalearse, sino que él se mantuvo firme, como una gigantesca peña en un enorme monte, a la que no puede arrancar el ímpetu de los ríos llovidos del cielo[561], ni siquiera el de todos a la vez, pues en el suelo está ella bien enclavada; así permanecía el poderoso hijo de Aquiles, siempre impertérrito. Pero ni aun así se acobardó el audaz y fuerte Eurípilo an-

---

559 Cf., *supra*, notas 85 y 354.

560 Reproducimos aquí esta bien discurrida traducción de «raíces» que para el término *eunḗn* del verso 161 ofrece excepcionalmente F. A. García Romero en su versión, adaptación que trata de mantener en cierto modo la actual personificación que, en apariencia, de la lanza del Pelio se está realizando, pues tal arma extraída de un fresno —de ahí esa especial traducción de «raíces», con su doble sentido— ha dejado en realidad en su monte de procedencia, cual si fuera una persona («le berceau de son enfance», por su parte, llega a interpretar F. Vian), su «lecho» o su «cuna»: el sentido propio de *eunḗn,* lectura que A. Köchly corrigió, sin más, en un fácil *hýlēn* o «bosque», idea más adecuada en principio para el presente contexto.

561 Los ríos han «llovido del cielo» porque se entiende que sus caudales se forman o crecen gracias a las aguas que caen del cielo durante las lluvias. Este epíteto *diipetḗs,* pues, se aplica al término *potamós* en una frecuente fórmula homérica: cf., por ejemplo, *Il.* XVI 174; XVII 263; y *Od.* IV 477 y 581.

te el incontenible hijo de Aquiles, porque lo incitaban su propia audacia y las Keres. Hervía la cólera en el corazón de ambos; resonaban sobre ellos sus centelleantes armas. Se acometieron el uno al otro como espantosas fieras, entre las que se desata en los montes una pelea, cuando, atormentadas en sus adentros a causa de una horrible hambre, por los restos de un buey o de un ciervo ambas luchan con súbitos ataques, y retumban los valles ante esa contienda; así trabaron ellos combate entre sí, enzarzados en una inexorable pelea. A su alrededor, los largos escuadrones de las tropas, en uno y otro bando, luchaban sin descanso en esa refriega: en torno a ellos, pues, se había desencadenado una cruel batalla. Entrechocaron éstos semejantes a ligeras ráfagas de viento, ansiosos por derramar con sus picas el uno la sangre del otro. De continuo los instigaba Enío, situada cerca de ellos; no ponían fin a su clamor, sino que se golpeaban sobre los escudos y otras veces se pegaban en las grebas y en los yelmos, de altos penachos; incluso logró alcanzar cada uno la piel del contrario, porque la terrible lucha animaba a estos audaces héroes. En su ánimo se deleitaba Eris, al contemplarlos a ambos. A los dos les chorreaba abundante sudor; pero permanecían firmes, sin desfallecer jamás, pues ambos poseían la sangre de los bienaventurados. Éstos desde el Olimpo [***], pues unos glorificaban al poderoso hijo de Aquiles, y otros, por su parte, a Eurípilo, parejo a un dios[562]. Allí seguían combatiendo esos dos, parecidos a los inque-

[562] Tras el anterior verso 194 hay que establecer una imprescindible laguna, aunque, en todo caso, por la idea a continuación expuesta, con facilidad nos imaginamos para este actual pasaje una escena muy similar a la de II 492-494, típica situación en que, durante el definitivo enfrentamiento entre dos campeones, los dioses contemplan desde el Olimpo el desarrollo de tan crucial evento y se decantan por un guerrero u otro según el bando al que apoyan en esta Guerra de Troya.

brantables peñascos de unos escarpados montes; golpeados por sus picas, mucho resonaban entonces los escudos de ambos. Mas, al fin, después de tanto esfuerzo, consiguió atravesar la enorme Pelíade[563] la garganta de Eurípilo: al instante se derramó su roja sangre; por la herida, salió volando su alma fuera de los miembros, y cayeron sobre sus ojos las funestas tinieblas. Se desplomó él en tierra entre sus armas, como un copudo pino o un abeto, a los que, arrancados de raíz, hace desplomarse la violencia del helador Bóreas: tan gran extensión de terreno ocupó en su caída el cuerpo de Eurípilo, y mucho retumbó el suelo de la llanura troyana; con rapidez se extendió por el cadáver una lívida palidez y se desvaneció el bello rubor de su piel.

Exultante ante él, mucho se ufanaba aquel fuerte héroe:

«Eurípilo, sin duda asegurabas tú que ibas a destruir las naves de los dánaos y a ellos mismos, y que de mala manera nos ibas a exterminar a todos nosotros; pero los dioses no han cumplido tu deseo, sino que a mis pies te ha abatido, por más invencible que fueras, la gran lanza de mi padre, a la que no ha de escapar ningún mortal que frente a nosotros se llegue, ni aunque sea él todo de bronce[564]».

Tal dijo, y del cadáver sacó al instante esa muy larga punta; mucho temblaron los troyanos al contemplar a este guerrero de violento ánimo. De inmediato lo despojó de sus

---

[563] Cf., *supra*, nota 354.

[564] Neoptólemo le dirige a Eurípilo las habituales palabras jactanciosas que ante su adversario derribado, según la convención del género épico, pronuncia exultante el guerrero vencedor (Quinto parece inspirarse aquí, en concreto, en las expresiones con las que Héctor increpa a Patroclo en *Il.* XVI 830-842), pero es de notar, con todo, que, en este actual apóstrofe, hace gala aquél, una vez más, de la modestia y la mesura que tanto le caracterizan, ya que atribuye su éxito en este combate, más bien, a la poderosa lanza de su padre y no desprecia a su víctima anunciándole cómo su cadáver pronto será pasto de los perros y las aves.

armas, y se las entregó a sus rápidos compañeros para que las llevaran a las naves de los aqueos; él saltó al veloz carro de sus indómitos caballos y se puso en marcha, como a través del inmenso éter, acompañado de relámpagos, avanza el rayo venido del invencible Zeus, ante el que se estremecen incluso los inmortales, cuando desciende lejos del gran Zeus y sobre la tierra se precipita para desgarrar los árboles y los abruptos montes; así de rápido se precipitó él sobre los troyanos, propagando la desgracia: abatió a uno en cada sitio, a cuantos encontraban sus inmortales caballos. Lleno quedaba de cadáveres el suelo de ese territorio, y sobremanera se enrojecía por el crúor; como cuando desde los montes caen apiñadas innumerables hojas en los valles y cubren éstas profusamente la tierra, así yacía entonces en el suelo una indescriptible tropa de troyanos, por obra de Neoptólemo y de los argivos, de gran ánimo, por cuyas manos corría desbordada la oscura sangre de aquéllos y de sus caballos; y aún más bañadas estaban las llantas[565] de los carros, al moverse a ambos lados con sus continuos giros.

Y entonces los hijos de los troyanos habrían regresado puertas adentro, como terneras asustadas ante un león o jabalíes ante una tormenta, si el dañino Ares, con intención de socorrer a los troyanos, amantes de la guerra, no hubiera descendido del Olimpo a escondidas de los demás bienaventurados[566]. Lo llevaban a esa refriega sus caballos Etón y

[565] Tal parece ser aquí, en concreto, el sentido de *ántyges,* vocablo que puede designar cualquier objeto circular: se refiere ahora sin duda a las «llantas» o incluso a las «ruedas» de esos carros, y en ningún caso, como ocurría en Homero, a cierto círculo de hierro colocado delante de la caja del carro para atar las riendas, esto es, el «barandal» (cf. *Il.* V 262), o, por extensión, al borde mismo o «barandas» del carro: cf. *Il.* XI 535 y XX 500.

[566] Nueva intervención de un dios en el transcurso del combate (como ya en VII 556-563: cf. nota 527), significativa incidencia que Quinto va a

Flogio, y además Cónabo y Fobo, a los que, capaces de exhalar un devastador fuego, para el sonoro Bóreas parió la Erinis de horrenda mirada[567]; gimió el variopinto éter cuan-

recrear en ocasiones venideras a modo de cómodo recurso con el que justificar los sucesivos fracasos militares de los griegos en sus tentativas de victoria final, aun cuando ya su superioridad con las armas sea aplastante gracias a la incorporación de Neoptólemo, y además su sorprendente necesidad luego de ir en busca de un nuevo campeón imprescindible, de Filoctetes; así pues, esa recurrente mediación divina ocasionará llamativos trastornos en el desarrollo normal de los acontecimientos: en VIII 427-488, con la petición de Ganimedes a Zeus, los aqueos renunciarán a su contundente asalto a las murallas de Troya; en IX 291-323, interviene Apolo para defender a los desbordados troyanos, a lo que responde Posidón con su apoyo a los argivos; inmediatamente después, en IX 323-332, detiene Calcante de improviso la batalla, para así anunciar por fin la profecía referente al providencial Filoctetes.

[567] Estos corceles presentan unos adecuados nombres parlantes, ya que son llamados, respectivamente, «Ardiente», «Llameante», «Estruendo» y «Terror»: *Aíthōn* y *Phlogíos* parecen ser nombres propios corrientes para los caballos —en *Il.* VIII 185 Etón es el nombre de uno de los caballos de Héctor; y, según Ovidio *(Met.* II 153s.), Etón y Flegonte *(Phlegon* como variante latina de *Phlogíos)* son dos de los corceles para el carro del Sol—; de *Kónabos,* en cambio, no hay ningún testimonio como nombre de caballo; en fin, *Phóbos* es, en Homero, junto con *Deîmos* (el «Miedo»), un simple sirviente de Ares (para Hesíodo ambos son sus hijos: cf. nota 344), pero una reinterpretación de *Il.* XV 119 s. puede hacer pensar, como aquí tal vez haya ocurrido, que los nombres de estos dos personajes designan en realidad a los caballos de ese dios (cf. Antímaco de Colofón, fr. 37 Wyss). Dicha unión de Bóreas con la Erinis parece ser invención de Quinto, quien recurre de nuevo al convencional ayuntamiento, dentro del género épico, de un Viento con una deidad femenina monstruosa como explicación de la existencia de caballos inmortales: en este mismo poema, Zéfiro y la harpía Podarga tienen como prole tanto a los caballos de Aquiles (según III 750 s. y VIII 154 s.: cf. nota 251) como (de acuerdo con IV 569 s.) al corcel Arión (cuyos padres, según la leyenda canónica, eran Posidón y Deméter, transformada ésta en esa misma Erinis: cf. nota 334); de igual modo, en *Dionisíacas* XXXVII 155-159, Nono de Panópolis nos

do se abalanzaron éstos hacia ese combate. Con presteza llegó él a Troya; mucho retumbaba la tierra bajo los divinos cascos de esos caballos; tras situarse bien cerca del tumulto, blandió su sólida lanza y profirió fuertes gritos, para así exhortar a los troyanos a enfrentarse a sus enemigos en esa algazara. Al escuchar su voz sobrenatural, todos ellos quedaron atónitos, pues no alcanzaban a ver ni el cuerpo imperecedero del inmortal dios ni sus caballos, ya que estaban ocultos por una bruma. Pero sí comprendió esa portentosa llamada, que de alguna parte había golpeado sobremanera los oídos de los troyanos, la preclara mente de Héleno[568], comparable a un dios: en su corazón éste se regocijó, y mucho le gritó a la tropa, ya batida en retirada:

«¡Ah, cobardes! ¿Por qué huís ante el audaz hijo de Aquiles, amante de la guerra? También él es un mortal, y su fuerza no resulta igual que la de Ares, quien mucho nos socorre cuando lo deseamos; él es quien ahora está dando enormes voces, para así exhortarnos a luchar contra los argivos en esta algazara. Pero, ¡ea!, ¡cobrad ánimos, amigos, e infundid audacia en vuestros pechos!; pues bien creo que en esta guerra no habrá de llegarnos otro protector más valioso: ¿qué cosa hay en el combate mejor que Ares, cuando viene a defender a los mortales en armas, tal como hoy ha llegado para ser nuestro valedor? ¡Pero también vosotros aplicaos a la guerra, y el temor arrojadlo lejos!».

---

descubrirá al aquí mencionado Bóreas y a la Harpía como origen de otros excepcionales corceles.

[568] Héleno es otro de los muchos hijos de Príamo: aunque destacado guerrero, era ante todo (cf. sus inspirados consejos en *Il.* VI 73-102 y VII 44-54) un reputado adivino; era hermano gemelo de Casandra y, al igual que ésta, había recibido de niño el don de la profecía: cf. el escolio a *Il.* VII 44.

Así habló, y ellos se plantaron frente a los argivos; como en la espesura frente a un lobo los perros, que antes rehuían su violencia, se vuelven para pelear, ya que sin descanso los azuza con sus palabras el pastor: así entonces, por entre la horrible refriega de Ares, carecían de miedo los hijos de los troyanos, por lo que con audacia luchaba cada guerrero contra un guerrero; resonaban las armaduras de esos varones, golpeadas por las espadas, las picas y los dardos; se hundían las puntas en la carne; bañado estaba en abundante sangre el terrible Ares; sucumbían por esa refriega, uno sobre otro, los combatientes de ambos bandos. La lucha mantuvo equilibrada la balanza[569]; como cuando los jóvenes, por la loma de una gran viña, presurosos cosechan con el hierro las hileras de vides, y por igual progresa el trabajo gracias a su rivalidad, ya que son ellos iguales en edad y en fuerza: así la dolorosa balanza de la batalla estaba equilibrada entre ambos bandos; pues, animados por su orgulloso corazón, allí permanecían los troyanos, confiados en el vigor del intrépido Ares, y los argivos en el hijo de Aquiles, firme en la lucha. Se mataban los unos a los otros; por el centro merodeaba la devastadora Enío, con sus hombros y sus manos salpicados de doloroso crúor, y de sus miembros chorreaba un horrible sudor; no apoyaba a ningún bando, sino que se deleitaba con esta equilibrada contienda, pues en su fuero interno guardaba respeto tanto a Tetis como al divino Ares.

Entonces, abatió Neoptólemo al célebre Perimedes, quien tenía su hogar junto al bosque sagrado del Esminteo[570]. Y,

---

569 Es decir, la batalla se mantenía equilibrada, sin que se impusiera claramente ninguno de los dos bandos: la misma imagen ya en EURÍPIDES, *Supl.* 706 (y cf. también el símil de *Il.* XII 433-436).

570 Cf., *supra,* nota 515.

tras él, dio muerte a Cestro[571], a Falero, firme en la lucha, al fuerte Perilao y a Menalces, experto en el manejo de la lanza, al que, al pie de la muy divina Cila[572], dio a luz Ifianasa para el habilidoso Medonte, maestro en la carpintería: permanecía éste en su casa, allá en su querida tierra patria, y no disfrutó de su hijo (y así, fueron sus parientes los herederos que, una vez fallecido él, se repartieron luego su mansión y todas sus ganancias). Deífobo hirió de muerte a Licón, firme en la lucha, al acertarle un poco por encima de la ingle: alrededor de su enorme pica se desparramaron todas sus entrañas, y entero se le salió el vientre. Eneas mató a Dimante, quien antaño habitaba en Áulide y había marchado a Troya acompañando a Arcesilao[573], pero no volvió a ver su queri-

[571] Como todas las actuales víctimas, Cestro nos resulta desconocido, pero, dado que Quinto, en estos pasajes donde se detallan los nombres y los orígenes de los guerreros caídos, suele recrearse en particular, dentro de la masa de enemigos de los griegos, con los exóticos aliados minorasiáticos de los troyanos, sin duda el nombre de tal soldado hay que ponerlo en relación con el río homónimo de Panfilia: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 155, n. 4.

[572] Es otra ciudad de la Tróade, vecina de Crisa y, por tanto, próxima igualmente a la misma Ilio (cf. de nuevo nota 515), en la cual existía también un importante culto a Apolo, venerado bajo la advocación de «Cileo» (cf. *Il.* I 37 s. y 451 s.). Con todo, la expresión aquí empleada al señalarse tal ciudad, un sorprendente «al pie de», invita a pensar que se está hablando en realidad de un monte y no de esa villa, a no ser que ésta se hallara en una montaña. ESTRABÓN nos informa precisamente (en XIII 1, 62) sobre un cercano monte Cileo, ubicado en la costa sur de esta comarca, con lo que cabe imaginar que tal circunstancia ha llevado a Quinto a una notable confusión a la hora de explicarse en el presente pasaje.

[573] Muerto por Héctor en *Il.* XV 329 s., era uno de los caudillos del amplio contingente de Beocia (cf. *Il.* II 495), región donde se localizaba Áulide, la ciudad en cuyo puerto antaño se congregó la armada aquea antes de partir contra Troya: cf. *Il.* II 303 s.; el resumen de las *Ciprias* en PROCLO, pág. 104, líns. 1 y 12 ALLEN; APOLODORO, *Epít.* III 11 y 21; o HIGINO, *Fáb.* 98, 1 y 261, 1.

da tierra. Euríalo[574] abatió a Astreo, al dispararle su dolorosa jabalina: al momento entró volando a través de su pecho la penosa punta, que seccionó el conducto del esófago y le causó a este guerrero la ruina; se mezclaron con el crúor los alimentos. Un poco más lejos de él, acabó el magnánimo Agénor con Hipómenes, el noble compañero del valiente Teucro, al golpearle con rapidez en la clavícula: junto con su sangre, saltó su alma fuera de los miembros, y lo envolvió así la funesta noche. A Teucro le invadió la pena por la muerte de su compañero, y, tras tensar su arco, disparó una veloz flecha contra Agénor; pero no le acertó, pues la esquivó éste por muy poco. Le cayó, por encontrase allí al lado, al valiente Deyofontes en su ojo izquierdo: lo traspasó hasta salir por la oreja derecha y le sajó el globo ocular, porque las Moiras empujaron ese cruel dardo por donde quisieron; él se mantenía aún recto, sobre sus pies tambaleantes. Le disparó aquél una segunda flecha, que silbó hasta llegar a su garganta: segó los nervios del cuello, pasando de parte a parte; a él por fin lo alcanzó la cruel Moira.

Unos a otros se ocasionaban la muerte; se alegraron las Keres y Moro[575], y la dolorosa Eris, llena de un gran ardor, gritó muy fuerte, a lo que respondió Ares con un espantoso vocerío: infundió así a los troyanos gran audacia, pero a los argivos pánico, por lo que al momento sacudió sus escuadrones. Pero no asustó al hijo de Aquiles: éste se mantuvo firme y allí siguió luchando con audacia; los mataba a aquéllos uno tras otro. Como cuando sobre unas moscas, que andan alrededor de la leche, deja caer su mano un joven muchacho, y bajo ese leve golpe sucumben éstas cerca de la

---

[574] Cf., *supra*, nota 316.

[575] Moro, simple personificación de la «Muerte», como sus hermanos Ker y Tánato (cf. notas 58 y 18), es ya presentado por Hesíodo en *Teog.* 211 como un hijo de la Noche (cf. nota 109).

jarra, cada una por un sitio, y exhalan entonces su alma, hecho con el que se complace ese niño; así se regocijaba entre los cadáveres el ilustre hijo del inexorable Aquiles. Y no se preocupaba de Ares, que a los troyanos defendía; por doquier daba él su merecido[576] a cualquiera que de entre esa tropa lo atacara, como resiste las acometidas de los vendavales del viento la cima de una gran montaña: así resistía él impertérrito. Se encolerizó Ares a causa de su arrojo; y a punto estaba de salir en persona a combatir contra él, tras disipar aquella sagrada niebla, cuando Atenea saltó desde algún lugar del Olimpo en dirección hacia el umbroso Ida. Se estremecían esa divina comarca y las fragorosas corrientes del Janto (¡tan grande fue la sacudida!); el miedo quebrantó el ánimo de las Ninfas, quienes temieron por la ciudad de Príamo. Alrededor de sus inmortales armas volaban los relámpagos; desde su escudo invencible, exhalaban incesante fuego unas espantosas serpientes; y arriba tocaba las nubes su prodigioso casco. A punto estaba ella de luchar de inmediato contra el fogoso Ares, cuando los asustó a ambos el excelso designio de Zeus, ya que desde el elevado éter provocó éste un pernicioso trueno. Ares se retiró de la contienda, pues se le hizo patente el enojo del gran Zeus: marchó a Tracia, de crudos inviernos, y ya no se preocupó de los troyanos su orgulloso corazón; tampoco la noble Palas permaneció ya en la llanura de los troyanos, sino que también ella partió hacia el sagrado territorio de Atenas[577].

[576] Mantiene F. VIAN entre cruces (cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 157, n. 2) el corrupto e irresoluble *etínyto* del texto griego, inaceptable, además de por su escansión métrica, debido a que su sentido de «castigaba» no conviene aquí en modo alguno; no implica ninguna relación con el inminente símil.

[577] Bien conocida es, por la *Ilíada* (cf., sobre todo, V 711-909), la enemistad entre estas dos belicosas deidades, Ares (para su hogar en Tra-

Pero aún se aplicaban aquéllos a esa devastadora contienda: iban cediendo en vigor los hijos de los troyanos, mientras que los argivos, muy ansiosos de guerra, les seguían los pasos cuando empezaron a retirarse, como los vientos a las naves que gracias a sus velas se precipitan hacia el poderoso oleaje del mar, o a los arbustos el ímpetu del fuego, o a las ciervas por los montes los ágiles perros, deseosos de caza; así acosaban los dánaos a sus enemigos, porque a ellos les devolvía la audacia el hijo de Aquiles con su gran lanza, matando a todo el que se encontraba en la algazara; aquéllos, pues, se dieron a la fuga y penetraron en su ciudadela, de altas puertas.

Los argivos tomaron un pequeño respiro en esta guerra, una vez que encerraron al pueblo de los troyanos en la ciudad de Príamo, como los pastores a sus corderos en los rediles solitarios. Como cuando recobran el aliento los bueyes, muy fatigados por arrastrar hacia arriba su carga, camino de una cumbre de difícil acceso, entre constantes jadeos bajo el yugo; así recobraron su aliento los aqueos, fatigados con sus armas. Ávidos por luchar también en torno a los torreones, rodearon la ciudad. Aquéllos, tras echar al instante los cerrojos de las puertas, aguardaron en las murallas los impetuosos asaltos de esos guerreros; como cuando los ovejeros esperan en los rediles a que pase un oscuro huracán, cuando se presenta un violento día de tempestad con sus relámpagos, sus lluvias y sus apretadas nubes, y, por más deseos que tengan de marchar al prado, de allí aquéllos no se mueven hasta que remitan esa gran tempestad y los grandes bramidos de los ríos, de ancho curso: así aguardaban ellos

cia, cf. nota 28) y Palas Atenea, quienes aquí podrán enfrentarse con libertad en XII 172 s., durante el transcurso de una *theomachía* o «batalla entre dioses», similar a la de *Il.* XXI 385-520, donde también llegaban a las manos esas dos divinidades (cf., *supra,* nota 211).

en sus murallas, temblando ante las amenazas de los enemigos. Las tropas se dispersaron con rapidez en su ataque a la ciudad; como cuando los estorninos, de largas alas, o los grajos caen sin excepción en bandadas sobre los frutos del olivo, ansiosos de ese sabroso manjar, y, a pesar de sus gritos para que se espanten, no consiguen echarlos los jóvenes antes de que aquéllos se los coman, pues el hambre acrece su ánimo desconsiderado: así se dispersaban entonces los poderosos dánaos en torno a la ciudad de Príamo; sobre sus puertas cayeron, ávidos por demoler la colosal obra del Sacudidor de la Tierra[578], de violento espíritu. Mas los troyanos no se olvidaron de la batalla, por muy temerosos que estuvieran, sino que, aun así, apostados sobre sus torreones pelearon sin descanso; de sus muy afanosas manos salían arrojadas contra la muchedumbre de los enemigos las flechas, a la par que las piedras y las rápidas jabalinas, porque Febo les había infundido la fuerza necesaria para resistir: pues su corazón ante todo quería socorrer a los troyanos, hábiles guerreros, incluso tras la desaparición de Héctor.

Entonces, disparó Meríones un odioso dardo y le acertó a Filodamante, amigo del fuerte Polites[579], un poco por debajo de la mandíbula: se le clavó en la garganta la flecha; cayó igual que un buitre desde una roca, al que derriba un joven por acertarle con una saeta de buena punta: así de rápido se desplomó ése desde el elevado muro; abandonó sus miembros el alma y resonaron sus armas sobre el cadáver. Exultante ante él, el hijo del fuerte Molo[580] disparó otra flecha, con la firme intención en su ánimo de acertarle al hijo

[578] Cf. notas 15 y 183 (y para Posidón como *Ennosígaios*, nota 254).

[579] Otro de los hijos de Príamo: cf. *Il.* II 791 y XXIV 250; y APOLODORO, *Bib.* III 12, 5.

[580] Meríones, cuyo padre Molo (cf. nota 44) es ya conocido por HOMERO (*Il.* X 269 s. y XIII 249).

del muy sufrido Príamo, a Polites; pero al punto la esquivó éste, inclinando su cuerpo hacia el lado contrario, y no lastimó esa saeta su hermosa piel. Como cuando por alta mar viaja una nave, impulsada por un viento favorable, y su piloto, al ver en la superficie de las aguas una áspera roca, cambia el rumbo de ese navío, deseoso de evitarla, inclinando con su mano el timón hacia donde su ánimo le dicta, y ese pequeño esfuerzo suyo impide una gran desgracia; así escapó aquél a su destino, al ver de antemano ese devastador dardo.

Luchaban ellos de continuo; se enrojecían con la sangre las armas, los altos torreones y los parapetos, donde morían los troyanos bajo las flechas de los muy vigorosos aqueos. Tampoco éstos se veían libres de padecimientos, sino que también muchos de ellos enrojecían la tierra. Tenía lugar una extrema mortandad entre los heridos de uno y otro bando; se deleitaba la nefasta Enío, al instigar a la Lucha, hermana de la Guerra[581].

Y entonces habrían abierto los argivos una brecha en las puertas y las murallas de Troya (pues tan indescriptible era su fuerza), si al punto no hubiera gritado el espléndido Ganimedes[582], al contemplarlos desde el cielo (pues tanto temía por su patria):

---

[581] Nueva muestra de esas recurrentes abstracciones imaginadas para presidir los eventos de la batalla (cf. nota 344): *Dêris,* la «Lucha» (ya en EMPÉDOCLES, fr. 122, 2 DIELS), y *Pólemos,* la misma «Guerra».

[582] Ganimedes era un bello príncipe troyano, hijo de Tros y bisnieto de Dárdano, el hijo de Zeus y Electra (cf. nota 37); prendado de él, lo arrebató de entre los hombres el mismo Zeus (su antepasado) y, luego de hacerlo inmortal, lo nombró copero de los dioses: cf. *Il.* XX 231-235; APOLODORO, *Bib.* III 12, 2. La inesperada mediación ahora de este personaje va a ser lo que salve el día a sus gentes, los desbordados troyanos, de acuerdo con el cómodo recurso de la intervención divina (cf. nota 566).

«¡Padre Zeus!, si en verdad pertenezco a tu linaje, si por indicación tuya abandoné la muy gloriosa Troya y entre los inmortales me encuentro, y si mi vida es realmente imperecedera, escúchame, pues, apenado como ahora mucho me hallo en mi ánimo: no soportaré ver mi villa incendiada, ni a mi gente aniquilada en este cruel combate. ¡Peor que ése no hay ningún dolor! Y si también tu corazón está resuelto a maquinar todo esto, ¡hazlo lejos de mí!: más llevadero me resultará el dolor, en el caso de que yo no lo vea con mis propios ojos; pues lo más odioso y despreciable acontece cuando ve uno arrasada su patria a manos de los enemigos».

Tal dijo, entre grandes gemidos, el corazón magnífico de Ganimedes. Y entonces el propio Zeus, con infinitas nubes, cubrió por completo la ínclita ciudad de Príamo. Quedó a oscuras esa batalla, exterminadora de mortales, y ninguno de ellos podía ya alcanzar a ver dónde se encontraba el muro, pues por espesas nubes estaba del todo cubierto. Alrededor, retumbaban desde el cielo los truenos y los relámpagos[583]; maravillados estaban los dánaos, al escuchar este retumbo de Zeus; por ello les dio grandes voces el hijo de Neleo:

«¡Atendedme, caudillos de los argivos! Ya no se mantendrán aquí firmes nuestros miembros, mientras Zeus mucho defienda a los audaces troyanos; una gran desgracia, en efecto, nos acarrea éste ahora. Pero, ¡ea!, marchémonos cuanto antes a nuestras naves y pongamos hoy fin a la lucha y al horrible tumulto, no sea que aquél nos abrase a todos, tal y como parece pretender. Obedezcamos estos sus prodigios, pues a todos nos conviene obedecerle siempre, ya que es

[583] Aunque conservado en la traducción, hay aquí un notable zeugma, *brontaì te kaì asteropaì ktypéonto* (propiamente, «retumbaban» sólo se puede aplicar a los «truenos», nunca a los «relámpagos»).

muy superior a los poderosos dioses y a los hombres, de escaso vigor. Pues incluso, encolerizado con los soberbios Titanes, desde el cielo dispersó sobre ellos el ímpetu de su fuego: abajo ardía por todas partes la tierra, y hervía la amplia corriente del Océano desde los abismos, hasta llegar a sus confines; se secaban los cursos de los ríos, a pesar de su enorme caudal; sucumbían cuantas especies criaba la tierra portadora de vida y cuantas alimentaban el infinito ponto y las aguas de los ríos, que sin cesar fluyen; sobre ellas, quedó oculto el indecible éter por la ceniza y la humareda; en definitiva, el mundo agonizaba[584]. Por eso, temo yo en este día el ímpetu de Zeus. ¡Ea!, marchémonos a las naves, porque hoy presta él su socorro a los troyanos: ¡más adelante, será a nosotros a quienes otorgue la gloria!, pues unas veces la mañana nos resulta grata, mas otras aborrecible[585]. Sin duda aún no es nuestro destino devastar esta ínclita villa, incluso si ciertamente eran verídicas las palabras de Calcante, las que antaño declaró ante los aqueos congregados: que la ciudad de Príamo había de ser destruida en el décimo año[586]».

Así habló; ellos dejaron a lo lejos esa períncita villa y se retiraron de la batalla, temerosos ante las amenazas de Zeus, pues obedecieron a aquel varón, conocedor de antiguas historias. Pero, aun así, no se despreocuparon de quienes habían fallecido en la contienda, sino que les dieron sepultura tras sacarlos de ese campo de batalla: a ellos, en efecto, no los había envuelto aquella niebla, sino a la alta ciudad y a la inaccesible muralla, alrededor de la cual mu-

---

[584] Cf., *supra,* nota 96 (recuérdese ahora, en concreto, el relato de Hesíodo en *Teog.* 674-710, pasaje con una descripción similar de todos estos cataclismos ocurridos durante esa «Titanomaquia»).

[585] Una idea similar, aunque con otra formulación bien distinta, que Quinto parece aquí parafrasear, en Hesíodo, *Trabajos y Días* 825.

[586] Cf., *supra,* nota 411.

chos hijos de los troyanos y de los argivos fueron abatidos por los golpes de Ares. Una vez llegaron éstos a las naves, se quitaron sus belicosas armas y se limpiaron el polvo, el sudor y el crúor, metiéndose para ello entre las olas del Helesponto, de hermosa corriente.

Helio condujo sus infatigables caballos bajo las tinieblas; la noche se extendió alrededor de la tierra y apartó a los hombres de sus tareas. Los argivos honraban al audaz hijo de Aquiles, hábil guerrero, de igual forma que a su progenitor: exultante banqueteaba él en las tiendas de los soberanos; no lo agobiaba la fatiga, porque Tetis disipó de sus miembros el luctuoso cansancio y le procuró una apariencia similar a la de un héroe invencible. Una vez saciado su robusto corazón con la comida, se encaminó a la tienda de su padre, donde se dejó ganar por el sueño. Entretanto, descansaban los dánaos delante de las naves, turnándose en sucesivas guardias, pues de forma horrible temían que la tropa de los troyanos o de sus aliados, que de cerca combatían, viniera a incendiar esos navíos, y a todos ellos les privara del regreso. Así también en la ciudad de Príamo, cerca de las puertas y de la muralla, dormía por turnos el pueblo de los troyanos, temblorosos ante la luctuosa amenaza de los argivos.

LIBRO IX

Cuando se extinguió la oscuridad de la noche y se alzó Eos desde los confines del mundo, y brilló así sin límites el indecible éter, entonces los belicosos hijos de los argivos, de gran vigor, pasearon su mirada por la llanura: alcanzaron a ver la colina de Ilio, ya sin nubes, y mucho se maravillaron ante el prodigio del día anterior. Los troyanos, por su parte, se negaban a plantarse delante de su elevada muralla en son de guerra, pues de todos se había apoderado el miedo, porque se creían que aún estaba vivo el muy glorioso Pelión. En medio de ellos, imploró Anténor[587] al soberano de los dioses:

«Zeus, señor del Ida y del radiante cielo, escucha mis súplicas: aparta de nuestra ciudad a ese poderoso guerrero, cuyo corazón alberga contra nosotros devastadoras intenciones, ya sea Aquiles, si no ha marchado éste aún a la morada de Hades, ya sea algún otro aqueo parecido a aquel guerrero; pues perecen muchas gentes por la villa de Príamo, vástago de los dioses, y no hay manera de escapar a semejante infortunio, sino que la matanza y la desdicha van creciendo cada vez más. Padre Zeus, nada te preocupas ya

[587] Cf., *supra,* nota 72.

de quienes se ven diezmados por los aqueos: antes bien, olvidándote incluso de tu hijo Dárdano[588], comparable a un dios, mucho prestas tu socorro a los argivos. Pero, si lo que tu ánimo pretende en tus adentros es exterminar de mala manera a los troyanos bajo los golpes de los argivos, hazlo cuanto antes y no nos sigas causando dolores largo tiempo».

Tal dijo entre grandes súplicas; Zeus lo escuchó desde el cielo: una cosa al punto la cumplió, pero la otra no tenía intención de cumplirla. Pues entonces asintió a que, junto con sus hijos, fueran exterminados muchos troyanos, pero no asintió a apartar al valiente hijo de Aquiles de aquella ciudad de amplio territorio, sino que a éste aún más lo alentó, porque su ánimo lo impulsaba a reportar satisfacción y gloria a la bienintencionada Nereida.

Así lo meditaba aquél que con mucho aventaja a los demás dioses. Mientras tanto, entre la ciudad y el vasto Helesponto incineraban los argivos y los troyanos, junto con sus caballos, a los muertos en la contienda; la batalla había dado un descanso a la matanza, porque ante Agamenón y todos los demás aqueos envió el pujante Príamo a su heraldo Menetes[589], para así pedirles el poder incinerar en el fuego a sus cadáveres, y ellos se dejaron persuadir por respeto a los muertos (pues con ellos nada tiene que ver ya el resentimiento[590]). Una vez prepararon para esos difuntos numerosas piras, entonces regresaron los argivos a sus tiendas[591]

[588] Cf. nota 37.

[589] Personaje desconocido (en la *Ilíada*, el heraldo de Príamo es, ante todo, Ideo: cf. III 245-258, VII 273-286 y 365-418...).

[590] Todo un lugar común, ya señalado en I 809 s.: cf. *Il.* VII 409 s.; *Od.* XXII 412.

[591] Ligera contradicción con el final del libro anterior: en sus versos 481 s. se daba a entender que los griegos, sin necesidad de una tregua, se habían ocupado ya la víspera de enterrar a sus últimos muertos.

y los troyanos a las mansiones de Príamo, rico en oro, muy afligidos por la muerte en combate de Eurípilo. Pues a él lo honraban igual que a los hijos de Príamo: por eso le dieron sepultura lejos de los demás muertos, delante de la Puerta Dardania[592], donde sus largas corrientes [***] voraginoso hace correr, acrecido por la lluvia de Zeus[593].

Por su parte, el hijo del intrépido Aquiles acudió ante la amplia[594] tumba de su padre; derramando lágrimas, besó él la bien construida estela de su difunto progenitor y, entre gemidos, tales palabras dijo:

«Te saludo, padre, también allá en las profundidades, bajo tierra, pues no olvidaré yo que tú has marchado a la morada de Hades. ¡Ojalá te hubiera encontrado aún vivo entre los argivos!: de ese modo, deleitándonos mutuamente en lo profundo de nuestro corazón, bien pronto nos habríamos

---

592 La sepultura de Eurípilo ante las Puertas Dardanias (cf. nota 259) parece dato exclusivo de Quinto, quien no acepta las tradiciones conocidas: en el *Eurípilo* de Sófocles (fr. 212, 6 s. Radt), el cadáver parece haber sido devuelto a Misia y allí enterrado junto a Télefo en una tumba común; según Dictis (IV 18), los troyanos le rinden ya los funerales y luego le entregan sus cenizas a su padre.

593 Tras el verso 44 se ha establecido una laguna, donde debía de ser mencionado (si nos atenemos a la geografía del territorio de Troya dada por cierta: cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 117s.) el río Janto; ya el copista del manuscrito R incluyó, al comienzo del supuesto verso perdido, un evidente *Xánthos*.

594 Traducimos el adjetivo *eurṓeis* como sinónimo de *eurýs*, «ancho» o «amplio», tal y como lo entendían los gramáticos antiguos y lo emplearon algunos otros autores tardíos (cf. Opiano, *De la pesca* V 3), con lo que rechazamos la interpretación que lo hace derivar del sustantivo *eurṓs*, «moho», y le da el sentido de «enmohecido» o «verdinoso»; como bien señala F. Vian (en *Quintus de Smyrne...* II, pág. 182, n. 2 y *Recherches...*, pág. 115, n. 4), este sentido (para el que contamos con el modelo del *táphon eurṓenta* de Sófocles en *Ay.* 1167) no conviene aquí ni, más adelante, en XIV 241, mientras que el enorme tamaño, la «amplitud», como rasgo de esta tumba de Aquiles es algo que ya se destacó en III 739 s.

llevado de la sagrada Ilio una indecible riqueza. Pero la realidad es que ni tú viste a tu hijo, ni yo te vi a ti con vida, a pesar de mis ansias por verte. Sin embargo, aun sí, por más lejos que tú te halles entre los muertos, mucho aún se horrorizan en combate los enemigos ante tu lanza y ante tu hijo, y a éste los dánaos con alegría lo contemplan, parecido como a ti resulta en cuerpo, en porte y en hazañas».

Tras hablar así, enjugó de sus mejillas unas cálidas lágrimas; y con rapidez se encaminó hacia las naves de su magnánimo progenitor: no iba solo, pues con él marchaban doce varones mirmidones, y a ellos los acompañaba el anciano Fénix, entre tristes lamentos por el muy glorioso Aquiles[595].

La noche cayó sobre la tierra, y al cielo se precipitaron los astros; aquéllos, cuando acabaron de cenar, cogieron el sueño. Se alzó de nuevo Eos; los argivos se ciñeron entonces sus armas: a lo lejos, resplandecía su fulgor hasta llegar al éter. Y con rapidez se lanzaron en masa fuera de las puertas, semejantes a copos de nieve, que de las nubes caen espesos en la fría estación del invierno; así se dispersaban ellos delante del muro: se elevó un espantoso griterío, y, a su paso, mucho gemía la tierra por los alrededores.

Los troyanos, cuando oyeron ese clamor y vieron a esa tropa, quedaron asombrados, y a todos se les partió el cora-

---

595 Este episodio de la visita de Neoptólemo a la tumba de su padre, aunque en principio insignificante y mero añadido ocasional, se encuentra también recogido por Dictis en IV 21 (para estas coincidencias entre Quinto y Dictis, cf. notas 517 y 533), y aun debía de tener lugar ya en la *Pequeña Ilíada,* según Proclo (pág. 106, líns. 30 s. Allen), cuyo *Achilleùs autôi phantázetai* sugiere una aparición, por supuesto en sueños, del fantasma de Aquiles a Neoptólemo, dormido de noche durante este tributo a la tumba de su progenitor; como veremos, tal fantasmal aparición en sueños de Aquiles a su hijo se la reserva Quinto, en otro contexto y con otros fines, para el libro XIV.

zón en su interior, al creer llegado su destino: todo alrededor, en efecto, como una nube se les apareció esa tropa de los enemigos; mientras avanzaban, resonaban las armas de esos varones; a sus pies, se elevó de continuo una polvareda. Y entonces, ya fuera porque a él le infundió audacia en sus entrañas uno de los dioses y lo hizo muy intrépido, ya simplemente porque su ánimo lo incitaba a la refriega, para así apartar de su patria con la pica a esa perniciosa tropa de los enemigos, entre los troyanos profirió Deífobo[596] estas audaces palabras:

«¡Vamos, amigos! ¡Dotad a vuestras entrañas de un ánimo belicoso, pues habéis de recordar cuántos dolores les reserva el final de la luctuosa guerra a los hombres apresados con las lanzas! Y es que no está en juego únicamente la suerte de Alejandro y de Helena, sino también la de nuestra ciudad y la nuestra propia, la de nuestras esposas, nuestros queridos hijos y nuestros venerados progenitores, y la de todo nuestro esplendor, nuestras posesiones y nuestra amada tierra, que ¡ojalá me cubra, una vez abatido en la refriega, antes de contemplar a mi querida patria sometida por las lanzas de los enemigos!, pues no creo que haya otra desgracia peor que ésta para los infelices humanos. Por ello, ¡arrojad lejos ese odioso miedo y, en torno a mí, aprestaos con firmeza al inexorable combate!; pues Aquiles ya no está vivo para batallar contra nosotros, porque lo ha devorado el fuego devastador: es algún otro aqueo quien ahora ha reunido a esa tropa. Mas no es oportuno que nosotros, que luchamos por nuestra patria, temblemos ante Aquiles o ante cualquier otro aqueo. Por eso, no temamos el fragor de Ares, a pesar de los muchos padecimientos que antaño hemos te-

[596] Cf., *supra,* nota 464; en este libro Deífobo va a tener una destacada actuación.

nido que soportar: ¿acaso en vuestro fuero interno no tenéis ya bien claro que a los desventurados hombres, tras el sufrimiento, les sobrevienen la prosperidad y la dicha; que, tras los vientos crueles y la horrible tempestad, Zeus les procura por los aires a los mortales un día sereno; que, tras la funesta enfermedad, regresa el vigor y, tras la guerra, la paz? Debido al paso del tiempo, todas las cosas están sujetas a cambio[597]».

Así dijo, y de inmediato se prepararon ellos para los trabajos de Ares, llenos de arrojo; un estruendo se produjo a lo largo de toda la ciudad, cuando se armaron los jóvenes para el doloroso fragor. Entonces, a uno le atendía su mujer, aun temerosa del tumulto, al disponer su equipo, en tanto que derramaba lágrimas; a otro, ya padre, sus pequeños niños se apresuraban a llevarle todas las armas: unas veces se afligía él por sus llantos, mas otras, en cambio, sonreía orgulloso de sus hijos (su corazón lo apremiaba, ante todo, a pelear en ese combate en defensa de su prole y de sí mismo). A otro, por su parte, con sus avezadas manos le revestía un anciano los miembros de las protecciones adecuadas para la nefasta contienda, mientras mucho exhortaba a este querido hijo suyo a no ceder ante nadie en la guerra, e incluso le mostraba al muchacho su lacerado pecho, cubierto por numerosas cicatrices de antiguas batallas.

Y cuando ya todos se habían ceñido sin excepción sus armaduras, salieron en oleada fuera de la villa, muy deseosos de la cruel guerra. Se lanzaron los jinetes contra los veloces jinetes, a la infantería la acometieron las huestes de la infantería, y frente a los carros se llegaron los carros; re-

[597] Este recurrente tema de la inestabilidad de las circunstancias humanas estaba ya apuntado en VIII 473: cf. una formulación semejante a la actual en EURÍPIDES, *Her.* 101-106.

tumbaba el suelo, cuando se precipitaron ellos a la algazara, y cada cual gritaba para animar a los suyos. Al punto trabaron éstos combate: en torno a ellos resonaron las armas; se confundió el cruel griterío de ambos bandos. Con rapidez volaban muchos dardos, arrojados desde uno y otro campo; indescriptible era el estrépito de los escudos de esos guerreros, golpeados unos por las picas, mas otros por las jabalinas y las espadas; muchos hombres eran también heridos por las fogosas hachas: se manchaban de sangre las armas de esos varones. Desde la muralla, atalayaban las troyanas la luctuosa algazara de esos jóvenes, y a todas les temblaban los miembros mientras suplicaban a los dioses por sus hijos, sus maridos y sus hermanos; junto a ellas, observaban sentados los canosos ancianos, y tenían el alma en los labios[598] a causa de sus queridos muchachos. Helena era la única que permanecía en su palacio, acompañada sólo de sus criadas, pues allí la retenía una indecible vergüenza[599].

Peleaban ellos sin descanso delante de la muralla; a su alrededor se regocijaban las Keres, y a unos y a otros les gritaba la devastadora Eris con un enorme vocerío. Se enrojecía el polvo con el crúor de los muertos; por entre la refriega, sucumbía uno en cada sitio. Entonces, mató Deífobo al fuerte Hipásida, el auriga [***][600], que cayó del ligero ca-

---

[598] Expresión para manifestar un estado de extrema inquietud: sin duda ha de relacionarse con las palabras de *Il.* XXII 451 s.: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... II, pág. 185, n. 3.

[599] Se ofrecen aquí unas pocas pinceladas de una típica escena de *teichoskopía* o «revista desde las murallas» (de los hombres en combate por parte de las mujeres y los ancianos de la ciudad asediada), con algunos elementos del episodio original de *Il.* III 121-244, donde Helena sí acudía a los muros.

[600] Se ha perdido el comienzo del verso 150 (un solo dáctilo), donde se ofrecería en caso genitivo el nombre del caudillo griego de quien era auriga el tal Hipásida, personaje sobre el cual se mantiene la misma incerti-

rro entre los cadáveres. La aflicción se apoderó de su señor, pues temía que a él, con las riendas en las manos, también lo matara el excelso hijo de Príamo; pero no se despreocupó de aquél Melantio: antes bien, rápidamente saltó éste a la caja de ese carro y sacudió con violencia las bridas para arrear a los caballos; como no tenía el látigo, hubo de conducirlos a golpes de su lanza. Y los dejó el hijo de Príamo, quien se encaminó hacia el grueso de los demás guerreros. A muchos les procuró de inmediato el día de su ruina, pues, parecido siempre una devastadora tempestad, con audacia atacaba a sus enemigos: a sus manos morían incontables hombres, y se cubría de cadáveres la llanura. Como cuando, por los enormes montes, se lanza un leñador hacia las cañadas de un valle, y presuroso se dedica a abatir las ramas recién brotadas, para así elaborar carbón a base de cubrir con

---

dumbre que con el homónimo de VI 562 (¿es el suyo un nombre propio o un simple patronímico, como lo es «Hipásida» en I 279 y X 120?): en razón del contexto inmediato, se ha conjeturado sobre todo el nombre de Néstor (*Néstoros* en genitivo, con esa necesaria escansión de un dáctilo), siempre más desvalido en combate a causa de su vejez, pero F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 186, n. 2) postula un inesperado *Thalpíou*, es decir, el nombre del caudillo epeo Talpio (cf. Homero, *Il.* II 620), debido a que, de este modo, tal modesto guerrero recibiría al menos una mención en el poema de Quinto antes de ser debidamente incluido en el catálogo de los próceres aqueos que en el libro XII entrarán en el caballo de madera y que, dada su categoría (ahí estarán Menelao, Odiseo, Toante, Polipetes, Ayante, Eurípilo, Idomeneo, Meríones...), ya han ido siendo presentados de una manera u otra a lo largo de esta obra. Talpio será sin duda citado allí, en XII 323, y resultaría, pues, uno de los pocos jefes sólo entonces mencionados por Quinto, a no ser que se acepte esa propuesta de F. Vian, para la que no resultan de ninguna ayuda las actuales alusiones a dicho Hipásida, nombre que, debido a la habitual falta de imaginación de nuestro poeta, ya recibía otro auriga que, en VI 561-567, igualmente sucumbía y dejaba entonces en apuros a su señor, o al tal Melantio que luego aparecerá de forma providencial.

tierra muchos troncos ya quemados: caídos éstos aquí y allá, incluso ocultan por encima los peñascos, hazaña con la que se complace ese hombre; así cayeron unos sobre otros los aqueos, aniquilados en masa bajo las fogosas manos de Deífobo. Y algunos se enfrentaban aún a los troyanos, pero los demás huían hacia la amplia corriente del Janto; a éstos Deífobo los persiguió hasta dentro de las aguas, y no puso fin a la matanza. Como cuando a orillas del Helesponto, rico en peces, los muy afanosos pescadores arrastran a tierra su abultada red y, cuando aún se halla dentro del mar, allí se lanza un joven, que en sus manos ha cogido un curvo arpón y se dispone a ocasionarles a los peces espada una horrible muerte: aquí y allá abate a cualquiera que encuentre, y con tal matanza se enrojecen las aguas[601]; así, por obra de aquél, con la sangre se tiñeron de grana las corrientes del Janto, y se amontonaron los cadáveres.

Tampoco peleaban los troyanos sin derramar sangre, sino que a ellos los diezmaba el poderoso hijo de Aquiles en medio de otros escuadrones; al verlo, se deleitaba Tetis con su nieto, tanto como afligida estaba por el Pelión. Pues, bajo su pica, caía en el polvo un nutrido ejército junto con sus caballos: a ellos los perseguía y los estragaba. Entonces, masacró él al perínclito Amides[602], que montado en su corcel le salió al encuentro, y al que de nada le sirvió su envidiable pericia en la equitación: con su brillante asta, en efecto, le alcanzó aquél en el vientre, y la punta lo traspasó hasta la espina dorsal; las entrañas se le desparramaron, y de él se

[601] Quinto obtiene la información sobre este peculiar tipo de pesca, una vez más, de un determinado pasaje de Opiano, imitado en ciertos detalles de expresión: *De la pesca* III 567-575.

[602] Del todo desconocido, pero, para su posible origen, es de notar que sabemos al menos de la existencia de un poblado armenio con ese mismo nombre: cf. Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos*..., pág. 140.

adueñó de inmediato la devastadora Ker, una vez caído junto a las patas de su caballo. También acabó con Ascanio[603] y Énope, tras hundirle al primero su lanza en el esófago, junto a la boca, y al segundo bajo la garganta, donde la muerte es más probable para los hombres. Mató a otros, a todos los que fue encontrando. ¿Quién podría enumerar a aquellos guerreros, a cuantos sucumbían en la refriega a manos de Neoptólemo? Y es que nunca se fatigaron sus miembros. Como cuando, en un campo florido, agota un joven las fuerzas de sus robustos brazos a lo largo de todo el día, y a tierra va tirando los infinitos frutos del olivo, al varearlos con su palo, con lo que llega a cubrir la superficie de ese terreno[604]; así a sus manos caía derribada una nutrida muchedumbre.

En otra parte, el Tidida y Agamenón, experto en el manejo de la lanza, así como los demás próceres de los dánaos, peleaban con determinación en ese inexorable combate. Mas no les asaltaba el miedo a los nobles caudillos de los troyanos, sino que también ellos batallaban de corazón y de continuo retenían a los guerreros que se retiraban; no obstante, eran muchos los que, sin preocuparse de sus soberanos, huían de la lucha, temblando ante el ímpetu de los aqueos.

Por fin advirtió el fuerte hijo del Eácida cómo en las riberas del Escamandro, cada vez en mayor número, iban sucumbiendo los dánaos; dejó a los hombres que antes estaba

---

[603] Pudiera ser cierto hijo bastardo de Príamo, mencionado sólo por Apolodoro, *Bib.* III 12, 5, o el caudillo frigio ya conocido por Homero, *Il.* II 862 y XIII 792, pero sería entonces de esperar que Quinto hubiera destacado su identidad y aun se hubiera recreado más tiempo en su muerte.

[604] La imagen de este símil no se encuentra en ningún otro autor antiguo, por lo que se mostraría Quinto en el actual pasaje excepcionalmente original e innovador (como en I 76-82: cf. nota 14).

aniquilando, quienes ya escapaban hacia la villa, y ordenó a Automedonte que lo condujera allí donde era abatida esa nutrida tropa de los aqueos. Y él al punto le obedeció, y con el látigo lanzó hacia la refriega a sus impetuosos caballos inmortales; con presteza volaban éstos entre los muertos, llevando a su fuerte señor. Como marcha Ares a la guerra, exterminadora de mortales, montado en su carro: a su paso, la tierra entonces se estremece y resuenan sobre el pecho del dios sus divinas armas, tan resplandecientes como el fuego; tal se dirigió el fuerte hijo de Aquiles contra el noble Deífobo: se alzó abundante polvo en torno a los cascos de esos caballos. Al verlo, el vigoroso Automedonte reconoció quién era; al punto le dijo a su señor tales palabras, para así revelarle la identidad de ese períclito guerrero:

«Señor, ése de ahí es Deífobo, acompañado de su ejército, [***] de tu padre antaño se estremeció[605]; mas ahora un dios o un numen[606] le han infundido noble audacia en su corazón».

---

[605] Hay una nueva laguna tras el verso 227, en la que, según se suele entender, tendría lugar una referencia a la lanza de Aquiles, de la que, por supuesto en sus manos, Deífobo habría huido asustado en alguna ocasión anterior, pero esta fuga suya ante Aquiles no nos es conocida por la *Ilíada* u otra fuente; tal vez haya que entender estas últimas palabras de Automedonte como una declaración vaga y generalizadora (mejor sería entonces conservar el imperfecto *hypétreme* de los códices y desechar el aoristo *hypétrese* propuesto por F. Vian, que sin más hemos aceptado: cf. *Quintus de Smyrne...* II, pág. 189, n. 1): Deífobo, como los demás troyanos, en el pasado temía siempre a Aquiles como rival en el combate.

[606] Es decir, un *daímōn,* término con el que Quinto se refiere a una divinidad imprecisa y anónima (nunca a una de las bien conocidas deidades Olímpicas, como sí Homero en *Il.* III 420), que las más veces (salvo aquí y en XIV 627 s.) sólo se ocupa de causar desgracias a los desvalidos mortales (así en I 723 s., V 181 s...: cf. Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, págs. 168 s.).

Así habló; él nada le respondió, sino que aún más lo apremió a que allí condujera a los caballos, para proteger cuanto antes de su odioso destino a los dánaos que sucumbían. Pero cuando ya se encontraban muy próximos el uno al otro, entonces Deífobo, por más ávido que estuviera de guerra, se detuvo como el horrible fuego, cuando cerca del agua se llega; se quedó asombrado al ver los caballos del Eácida, de violento espíritu, y a su prodigioso hijo, en nada inferior a su progenitor; en su fuero interno, lo incitaba su ánimo unas veces a huir, y otras a batallar contra ese guerrero. Como cuando, en los montes, aleja un jabalí a los chacales de sus crías recién nacidas, mas por otro lugar aparece un león, venido de cualquier sitio, y se refrena por ello el indescriptible arrojo de aquél, que no se decide ya ni a avanzar ni a retroceder, aunque afila sus espumeantes colmillos bajo sus mandíbulas; así aguardaba el hijo de Príamo con su carro y sus caballos, mientras en sus adentros revolvía muchos pensamientos y en sus manos hacía girar la lanza. A él se dirigió el hijo del inexorable Aquiles:

«Priámida, ¿por qué tanto te ensañas con estos argivos inferiores a ti, los cuales huían de tus acometidas, temerosos ante tus amenazas, y por ello tú te crees ser con mucho el mejor? ¡Ea!, si realmente hay ardor en tu corazón, prueba ahora en esta refriega la irresistible punta de nuestra pica».

Tras hablar así, se abalanzó como un león frente a un ciervo, montado en el carro del que tiraban los caballos de su padre. Y entonces bien pronto, a la vez que a su auriga, a aquél le habría dado muerte con su lanza, si al punto, desde algún lugar del Olimpo, no hubiera dejado caer Apolo sobre él una negra nube, y no se lo hubiera llevado de la devastadora algazara para dejarlo en la ciudad, adonde, en su huida, marchaban también los demás troyanos. Dando golpes con su lanza en el vacío aire, estas palabras dijo el hijo del Pelida:

«¡Ah, perro! ¡Has escapado a mi furia! Pero no te ha protegido tu vigor, por más que lo desearas, pues uno de los dioses ha sido quien sobre ti ha arrojado estas tinieblas, para ocultarte y así arrebatarte del infortunio».

Así dijo; y, desde lo alto del cielo, como una neblina disipó el Cronión esa oscura nube, que se desvaneció en el inmenso aire[607]. Al instante, reapareció la llanura y todo el territorio de alrededor: atisbó él a los troyanos muy lejos, situados ya en torno a las Puertas Esceas; semejante como era a su padre, se echó a correr contra los enemigos, que ante su avance huían espantados. Como tiemblan los navegantes ante la acometida de una dañina ola, que, encrespada por el viento, bien ancha y alta se desplaza, mientras se enfurece el ponto con el huracán; así, ante su asalto, les invadía a los troyanos un miedo nefasto. Y tales palabras pronunció aquél, animando a sus compañeros:

«¡Escuchadme, amigos, e infundid en vuestro pecho una audacia intrépida!, conducta que conviene a los valientes hombres que, gracias a la horrísona guerra, ansían alcanzar con sus manos la muy gloriosa victoria y la fama. Pero, ¡ea!, aun a riesgo de nuestras vidas, peleemos por encima de nuestras fuerzas, hasta que destruyamos la ínclita ciudad de Troya y demos cumplimiento a nuestros deseos. Pues es una vergüenza que, tras aguantar aquí tanto tiempo, resultemos ahora ineficaces y apocados, cual mujeres: ¡muera yo, pues, antes de ser llamado cobarde!».

---

[607] Este breve enfrentamiento entre Neoptólemo y Deífobo, resuelto con el habitual expediente de la providencial intervención de un dios que con presteza arrebata a su protegido, en inferioridad de condiciones ante su amenazante adversario, es muy similar en ese desenlace suyo al primer encuentro que entre Aquiles y Héctor narra HOMERO en *Il.* XX 419-454 (cf. nota 172; y cf., igualmente, ahora en XX 158-352, el parecido combate frustrado entre Aquiles y Eneas).

Así habló; se lanzaron ellos a los trabajos de Ares, aún con mayor audacia, y contra los troyanos se precipitaron; éstos también luchaban con determinación, unos alrededor de la ciudad, mas otros, a su vez, puertas adentro, desde la muralla. Y no se detenía el terrible Ares, porque los troyanos deseaban rechazar a ese horrible ejército de los enemigos, y devastar esa villa los argivos de gran vigor: de todos ellos se había adueñado la funesta calamidad.

Y entonces, con intención de socorrer a los troyanos, saltó del Olimpo el Letoida[608], oculto entre las nubes: lo trasladaban sin demora los rápidos vendavales, destacado por sus áureas armas; de forma igual que los relámpagos, resplandecía alrededor la larga estela que en su descenso aquél iba dejando; en torno a él resonaba su aljaba. Un portentoso estruendo producía el éter y mucho retumbaba la tierra, cuando posó sus infatigables pies junto a la corriente del Janto. Lanzó un grito espantoso: a los troyanos les infundió audacia; pero a los aqueos, miedo a permanecer en la sangrienta refriega. Mas no dejó de advertirlo el Sacudldor del suelo[609], y se ocupó de inspirarles arrojo a los ya atormentados aqueos. Por voluntad de estos inmortales, tuvo lugar una batalla encarnizada: sucumbían en cada bando innumerables muchedumbres de jóvenes. Irritado con los argivos, se disponía Apolo a derribar al audaz hijo de Aquiles, allí mismo donde antes había alcanzado también a Aquiles; frenaban su ardor las aves, con sus chillidos de mal agüero, así como otras muchas señales del firmamento; pero su cólera

---

[608] El «hijo de Leto», esto es, Apolo (se impone en su caso el metronímico), hermano gemelo de Ártemis (a su vez, la «Letoide» en I 366; cf. nota 63).

[609] Posidón, designado aquí por su sobrenombre homérico de *Enosíchthōn* (cf. *Il.* VII 445; VIII 208...; y *Od.* I 74; III 6...), mera variante del *Ennosígaios* de III 767; V 89; y VIII 394 (cf. nota 254).

no iba a dejarse persuadir ya por estos presagios. Mas ello no le pasó desapercibido al de oscura cabellera[610], oculto en una bruma divina; avanzó el soberano, mientras a sus pies se sacudía la tierra sombría, y, deseoso de retenerlo, tales palabras a aquél le dirigió:

«Detente, hijo, y no mates al prodigioso vástago de Aquiles. Pues el propio Olímpico[611] no se regocijará con su muerte, y grande será el dolor para mí y para todas las deidades marinas, como antes a causa de Aquiles. ¡Ea!, retírate al divino éter y no me encolerices: de lo contrario, habré de abrir al punto los vastos abismos de esta enorme región, y a la propia Ilio, toda entera con sus murallas, la sepultaré bajo las extensas tinieblas: será a ti entonces a quien invada la aflicción».

Así habló; y aquél, con gran respeto hacia el hermano de su padre, y temiendo por la ciudad y sus gentes, de gran vigor, se retiró al vasto cielo, a la vez que el otro al mar[612]. Pero aquéllos siguieron batallando y exterminándose los unos a los otros; y se deleitó Eris con la contienda, hasta que, por indicación de Calcante, se retiraron los aqueos a las naves y se olvidaron de la algazara: pues no quería aún el destino que fuera sometida la villa de Ilio, antes de que se incorporara a la hueste de los aqueos el violento Filoctetes, hombre avezado a la lúgubre guerra[613]: ello fue lo que aquél advirtió por medio de las sacrosantas aves o incluso lo que

---

[610] También Posidón (cf. nota 510).

[611] Zeus, dios «Olímpico» por excelencia, el soberano supremo de las deidades del monte Olimpo.

[612] Apolo y Posidón ya tenían un enfrentamiento semejante en el transcurso de la *theomachía* del canto XXI de la *Ilíada*, a lo largo de sus versos 435-478, donde ambos dioses no llegaban tampoco a las manos y, al final, se retiraba igualmente el primero ante quien no es sino su respetado tío paterno.

[613] Cf., *supra*, nota 361.

observó en las entrañas, pues no era desconocedor de estas artes adivinatorias: como un dios, todo lo sabía[614].

Fiados en ello, renunciaron los Atridas a la luctuosa guerra y enviaron a la bien edificada Lemnos, en una rápida nave, al poderoso hijo de Tideo y a Odiseo, firme en la lucha[615]. Pronto llegaron ellos a la ciudad de Hefesto a través de las anchas corrientes del mar Egeo, a Lemnos, poblada de viñedos[616], donde antaño una horrible aniquilación contra

---

[614] También Apolodoro (*Epít.* V 8) le atribuye a Calcante esta misma profecía, para cuya obtención recurre tal personaje aquí a unos métodos de adivinación tan tradicionales en la Antigüedad como son la interpretación del vuelo de las aves y el examen de las entrañas de los animales sacrificados; es mucho más corriente, no obstante (la misma situación también con el similar oráculo referente a Neoptólemo: cf. nota 410), la versión en que el vaticinio sobre Filoctetes se debe al adivino troyano Héleno: cf. el resumen de la *Pequeña Ilíada* en Proclo, pág. 106, líns. 23-25 Allen; Baquílides, fr. 7 Snell-Maehler; Sófocles, *Fil.* 604-619 y 1337-1342; Dión de Prusa, LIX 2 (a partir del perdido *Filoctetes* de Eurípides); Tzetzes, *Posth.* 571-579.

[615] De nuevo recurre Quinto a la pareja convencional para este tipo de misiones diplomáticas (cf. nota 415), si bien Odiseo y Diomedes eran ya los encargados de ir a Lemnos en la versión consagrada por el *Filoctetes* de Eurípides, pieza que conocemos bien por los comentarios de Dión de Prusa en sus discursos LII y LIX, y cuya presente influencia, para todo este inminente episodio sobre Filoctetes, es muy discutible y parece reducirse a detalles puntuales que ya iremos señalando (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 172 s.); versión ésta que recogen Apolodoro en *Epít.* V 8 e Higino en *Fáb.* 102, 3. Pero contamos con otras muchas variantes, en las que se dan todo tipo de combinaciones: la embajada es confiada sólo a Diomedes en la *Pequeña Ilíada,* según Proclo en pág. 106, lín. 25 Allen; a Odiseo en el igualmente extraviado *Filoctetes* de Esquilo (cf. sus frs. 391-404 Mette); a Odiseo y Neoptólemo en el célebre (aunque original y exclusivo) planteamiento del bien conocido *Filoctetes* de Sófocles; y aun a Diomedes y Neoptólemo, según Filóstrato en *Heroico* VI 3.

[616] Lemnos estaba consagrada sobre todo al culto de Hefesto, ya que comúnmente se entendía que en tal isla de notable actividad volcánica te-

sus maridos legítimos planearon las mujeres, presa de un desaforado resentimiento, porque éstos no las honraban, sino que compartían su lecho con esclavas tracias, a las que con su lanza y su valor habían apresado, al saquear entonces la tierra de los tracios, caros a Ares; con el ánimo henchido por los celos que mucho habían asaltado su corazón, en sus mansiones mataron sin piedad ellas con sus manos a sus queridos esposos, y no tuvieron compasión de ellos, por más legítimos que fueran —porque se repudian un hombre y una mujer, cuando invade a su corazón la enfermedad de los celos, ya que los excitan vehementes sufrimientos—. Causaron ellas la desgracia a sus maridos, por tanto, en una sola noche, y dejaron sin hombres la ciudad entera, gracias a que dotaron a sus entrañas de un ánimo intrépido y de un gran coraje[617].

Así pues, cuando llegaron aquéllos a la planicie de Lemnos y a la pedregosa cueva donde se encontraba el hijo del noble Peante, entonces les sobrecogió el estupor, una vez contemplaron a ese hombre gimiendo a causa de sus espantosos dolores, tendido sobre aquel duro suelo. En torno a él, muchas plumas de aves quedaban esparcidas alrededor de su lecho, aunque otras estaban cosidas entre sí, recubriendo su cuerpo, a modo de protección ante el cruel invierno[618];

---

nía este dios herrero su hogar y sus fraguas, desde que allí cayera y entre los sintios se refugiara temporalmente: cf. *Il.* I 590-594 y Apolodoro, *Bib.* I 3, 5.

[617] Cf. una alusión a este episodio ya en nota 302: el actual resumen de Quinto es muy similar a la digresión de Apolonio de Rodas en *Arg.* I 609-632.

[618] Este detalle del empleo de las plumas de las aves como vestimenta o cobertores ante el frío se encuentra ya en el *Filoctetes* de Eurípides, según la fidedigna referencia de Dión de Prusa, LIX 11; Sófocles sólo señalaba (como también Apolodoro, en *Epít.* III 27, y Ovidio, en *Met.* XIII 45-54, donde igualmente aparecen las plumas como ocasionales ves-

en efecto, cada vez que de él se adueñaba la molesta hambre, lanzando una irresistible flecha hacia donde su mente se proponía dirigirla, [***][619]: una parte se la comía, y con la otra cubría por encima su funesta herida, a modo de alivio ante ese negro sufrimiento. Sus hirsutos cabellos le caían por el rostro, como la melena de una fiera, a la que, en su asalto por la noche, le atrapa su veloz pata una trampa para la terrible caza, y que, atormentada por la necesidad, con sus implacables dientes desgarra la extremidad de esa pata y de este modo regresa a su cueva, mientras torturan su corazón tanto el hambre como la terrible angustia; así sucumbía aquél, en el fondo de la amplia gruta, a su aciago sufrimiento: todo su cuerpo estaba consumido, y alrededor de sus huesos sólo había pellejo; envolvía sus mejillas un funesto y espantoso hedor, mugriento como se hallaba[620]; lo abatía una penosa dolencia: bajo sus cejas, hundidos estaban los ojos de ese hombre, de forma horrible atormentado; no ponía nunca fin a sus quejidos, porque la negra herida, hasta

---

tiduras, y aquí mismo a continuación Quinto) cómo Filoctetes derribaba con sus flechas a los pájaros, y aun a las fieras, para así poder alimentarse: cf. *Fil.* 165 s., 287-289 y 954-956.

619 Es del todo necesario establecer una laguna tras el verso 361, en la cual continuaría con detalle esa descripción de la caza que practicaba Filoctetes para poder subsistir.

620 Inevitable mención del hedor que, desprendido por su herida en el pie, hacía insoportable entre los griegos la presencia de Filoctetes: cf. el resumen de las *Ciprias* en Proclo, pág. 104, líns. 22 s. Allen; Sófocles, *Fil.* 473-483, 519-521...; Apolodoro, *Epít.* III 27; o Higino, *Fáb.* 102, 2; aunque aquí entiende Quinto que tal fetidez se desprende del rostro del héroe y no emana directamente de esa herida suya, como si el mal olor afectara a todo el cuerpo de quien lleva tantos años enfermo y desatendido.

llegar al hueso [***][621], pudriéndose por encima, y lo iban devorando los nefastos sufrimientos. Como cuando en unos escollos del mar, de olas muy agitadas, las salobres aguas del infinito piélago van desgastando una escarpada roca, erosionándola por muy resistente que sea, y en ella, azotada por el viento y el impetuoso oleaje, se van ensanchando las cavidades, corroídas por el mar; así se iba extendiendo la herida de su planta, a causa del veneno putrefacto que con sus duros dientes le inoculó una nefasta culebra, cuya mordedura afirman que es incurable y odiosa, cuando sale aquélla a tierra firme para secarse bajo el ardiente sol[622]; por eso, también a este muy destacado guerrero lo atormentaba tal lesión, abatido por irremediables dolores. De ese icor, que sin cesar manaba de la herida para caer a tierra, manchado estaba el llano suelo de aquella cueva de mucha cabida. ¡Gran maravilla también para las generaciones venideras![623]. Y junto a la yacija se hallaba tendido su largo carcaj, lleno de flechas: eran unas para la caza, y otras para los enemigos, las cuales estaban impregnadas de la ponzoña mortal de la fatídica Hidra; delante, se encontraba a su lado su gran arco,

---

[621] Nueva laguna imprescindible, sin duda de un solo verso, en que claramente continuarían estos detalles sobre la purulenta herida de Filoctetes.

[622] Se ha pretendido identificar (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... II, págs. 177 s.) ese hidro o serpiente de agua (una «culebra», como el *hýdros* que ya mencionaba Homero en *Il.* II 723 como causante de la herida de Filoctetes) en concreto con el *chérshydros,* un ofidio venenoso y anfibio sobre el que nos informa Nicandro de Colofón en sus *Theriaca* (359-371).

[623] La isla de Lemnos es un terreno volcánico (cf. ya nota 616), por lo que ciertos inevitables depósitos de azufre han podido dar lugar a la leyenda, sobre la cual ninguna otra fuente antigua nos informa, de estos sedimentos de pus conservados como manchas en sus suelos cavernosos.

aquel que fabricó Heracles con sus manos infatigables, para lo que hubo de ensamblar dos curvos cuernos[624].

Cuando advirtió él cómo entraban aquéllos en la amplia gruta, de inmediato se dispuso a apuntar contra ambos sus dolorosos dardos, tras revivir su horrible cólera, porque fueron ellos quienes, a pesar de sus grandes gemidos, antaño lo dejaron solo en aquellas desiertas playas del mar[625]. Y al punto habría llevado entonces a cabo lo que pretendía su audaz ánimo, si Atenea no hubiera aplacado su luctuosa cólera, de modo que viera en esos hombres a unos camaradas. Cerca de él éstos se llegaron, con aspecto de hallarse afligidos, y, una vez se sentaron a sus dos lados en el interior de esa cóncava cueva, se dedicaron ambos a preguntarle por su funesta herida y sus crueles dolores; y él les dio cuenta de sus sufrimientos. Ellos lo animaban, y le aseguraban que iban a curar su nefasta herida, liberándolo por fin de su de-

---

[624] Bien conocidos son el arco y las flechas de Heracles, quien (cf. Apolodoro, *Bib.* II 5, 2) se había ocupado de hacer letales estas últimas al bañar sus puntas en el veneno de la Hidra de Lerna (cf., *supra,* nota 428, a propósito de VI 212-219); tales armas las recibió más tarde en herencia el mismo Filoctetes —o bien su padre Peante, quien se las cedería luego a éste— de manos del moribundo Heracles, que quiso así agradecerle al joven el haberse ofrecido para prenderle fuego a la pira donde se disponía a morir por fin (cf. nota 402): cf. Apolodoro, *Bib.* II 7, 7; Diodoro de Sicilia, IV 38, 4; Ovidio, *Met.* IX 229-234; o Higino *Fáb.* 36, 5 y 102, 1 s. Es de notar que a menudo los testimonios sobre el oráculo referente a Filoctetes (cf., *supra,* nota 614) hacen en realidad más hincapié en la imprescindible presencia ante Troya de estas armas de Heracles, y no tanto en la de su actual portador, como auténtica condición para la futura caída de esa ciudad; cf. Apolodoro, *Epít.* V 8; e Higino, *Fáb.* 102, 3; no obstante, Sófocles, *Fil.* 839-842, asegura que, en todo caso, tales arco y flechas sólo pueden ser manejados en esta guerra por quien era su legítimo dueño.

[625] Odiseo fue el principal promotor del abandono de Filoctetes en Lemnos: cf., de nuevo, nota 361 (a propósito de V 195 s.).

vastador tormento y de su angustia, con sólo que se incorporara al ejército aqueo, que sostenían que junto a las naves muy apenado se encontraba, tanto sus tropas como también los Atridas; le aseguraban que, de sus males, ninguno de los aqueos era en ese ejército culpable, sino las dolorosas Moiras, sin las que ningún hombre camina por la tierra: antes bien, siempre invisibles, todos los días revolotean ellas sobre los infelices humanos, abatiendo unas veces el vigor de los mortales debido a su corazón inexorable, mas otras a su vez, por algún motivo desconocido, glorificándolos, porque a los mortales todo aquéllas se lo planean, tanto lágrimas como bienes, según sea su deseo[626]. Al escuchar él a Odiseo y a Diomedes, comparable a un dios, al momento su ánimo renunció con facilidad a su penosa cólera, a pesar de haber estado antes de forma desaforada encolerizado, por tanto como había padecido[627].

---

[626] Se expone una vez más el socorrido tema de la inestable fortuna de los hombres. Quinto hace participar ahora ante todo a las Moiras, en consonancia con la preponderante presencia y mediación del Destino en su obra, aunque, a propósito de los avatares del hijo de Peante, ya Sófocles desarrollaba el mismo motivo al final de su *Filoctetes*, dentro del *deus ex machina* de Heracles, en 1418-1422.

[627] Resulta sorprendente tal reacción final de Filoctetes en todo este planteamiento que del episodio de su imprescindible recuperación nos presenta Quinto. Sin buscarse excesivas complicaciones (aunque hay un desenlace similar en Higino, *Fáb.* 102, 3): frente a los enrevesados acontecimientos que nos son bien conocidos por el *Filoctetes* de Sófocles, el maltratado caudillo es aquí fácilmente convencido por los odiados embajadores y renuncia de inmediato a su justa cólera (por lo menos, a modo de fácil explicación de semejante comportamiento, ha tenido que intervenir Atenea para aplacarlo desde un principio), con lo que los enviados a Lemnos no han tenido que recurrir, como era tradicional, a trucos o a la fuerza para cumplir su misión, o para conseguir al menos, en un primer momento, los imprescindibles arco y flechas de Heracles (cf. nota 624), según Sófocles, en *Fil.* 654-675 y 762-864; y Apolodoro, en *Epít.* V 8.

Al punto lo llevaron ellos hacia las naves y las orillas, de sordo retumbo, exultantes de alegría por traérselo junto con sus dardos. Le limpiaron el cuerpo y la inexorable herida con una esponja bien agujereada, y lo lavaron con abundante agua; un poco recobró entonces el aliento. Al instante le prepararon presurosos una buena cena, hambriento como se hallaba, y con él banquetearon dentro de la nave; se presentó la noche inmortal, y sobre ellos cayó el sueño. Hasta el amanecer permanecieron junto a las orillas de Lemnos, rodeada por el mar; pero, con el alba, fuera de las aguas levaron presurosos las maromas con sus anclas bien corvadas. Atenea les mandó un viento favorable, que sopló por detrás de la nave, de larga proa; al punto tensaron las velas hasta ambas escotas, y así enderezaron el rumbo de ese bien compacto navío. Bajo el silbido de aquella brisa, se lanzó éste hacia alta mar; gemían las negras olas, al ser surcadas, y por todos lados borbollaba la espuma blanquecina; alrededor, saltaban apiñados los delfines, al cruzar con rapidez las rutas del mar blanquecino.

En poco tiempo llegaron ellos al Helesponto, rico en peces, allí donde también estaban las demás naves. Se alegraron los aqueos, cuando vieron a los hombres que tanto añoraban en ese ejército. Con alborozo desembarcaron ellos de la nave; tenía apoyadas sus escuálidas manos el audaz hijo de Peante sobre aquellos dos guerreros, quienes lo conducían, aquejado de su nefasta cojera, hacia esa tierra divina, para lo que hubieron de sostenerle ambos con sus robustos brazos, como una encina, que en la espesura queda a medio cortar por obra de un violento leñador, o un pino resinoso, cuando a duras penas aún se mantiene en pie cuanto dejó de él un talador, quien se ocupó sólo de arrancar del tronco las teas pegajosas, para así obtener en los montes la pez a base de

prenderles a éstas fuego[628]: vencido de forma lamentable por su propio peso, a aquél lo hacen apoyarse el viento y su propia debilidad sobre unas verdegueantes ramas, que son 456a las que soportan su carga; así a aquel varón, abrumado por el irresistible dolor, lo llevaban esos audaces héroes, apoyado sobre ellos, hacia la belicosa muchedumbre de los argivos. Al verlo, todos sin excepción se compadecían de ese arquero, atormentado por su nefasta herida. Mas le restauró su fuerza y su salud, con mayor rapidez que la del veloz pensamiento, Podalirio, el igual a los celestiales, derramando para su bien muchos remedios sobre esa herida, e invocando para su bien el nombre de su padre; de inmediato prorrumpieron en aclamaciones todos los aqueos, glorificando a la par al hijo de Asclepio[629]. Y, con gran solicitud, lo lavaron y lo ungieron de aceite. Por voluntad de los inmortales, se desvanecieron su funesta postración y su angustia; al verlo, en sus adentros se complacieron ellos: recobraba éste el aliento, libre ya de su mal; a su palidez, en efecto, se sobrepuso el rubor, y a su espantosa debilidad un gran vigor; y aumentó toda su masa muscular. Como cuando crecen de nuevo las espigas de un campo, al que antes arruinó la lluvia de una horrible tempestad, pues descargó hasta inundarlo, y que luego, regenerado gracias a los vientos, sonríe florido

---

[628] Para los detalles de esta peculiar forma de fabricar la pez, véase F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* II, pág. 198, n. 2 (y aun su estudio monográfico en «L'extraction de la poix et le sens de *dáos* chez Quintus...», págs. 655-659).

[629] También en APOLODORO, *Epít.* V 8, se ocupa el Asclepíada Podalirio de curar a Filoctetes, si bien, según otros muchos testimonios que sin duda se remontan a la *Pequeña Ilíada* (cf. PROCLO, pág. 106, lín. 26 ALLEN; y, además, DIONISIO DE SAMOS, *F. Gr. Hist.* I A, 15, fr. 13; PROPERCIO, II 1, 59; TZETZES, *Posth.* 583 y *Chiliades* VI 508-515), era su hermano Macaón quien operaba tal curación (versión aquí imposible, puesto que Macaón ya ha caído muerto en VI 391-435).

en esos terrenos de tantas fatigas; así recobró al punto su lozanía el cuerpo entero del antaño atormentado Filoctetes: en aquella abovedada caverna[630] dejó él todas las miserias que abatían su ánimo.

Los argivos, al verlo como resucitado tras su muerte, ante ese guerrero se maravillaban, pues sostenían que aquello era obra de los inmortales; y era en realidad tal como imaginaban, pues le procuró corpulencia y esplendor la noble Tritogenia, y le devolvió el aspecto que entre los argivos antaño tenía, antes de sucumbir él a la desgracia. Y, entonces, hacia la tienda del opulento Agamenón condujeron al hijo de Peante todos los próceres a la par, y, para glorificarle, lo honraron allí con un banquete. Mas cuando ya se saciaron de bebida y de sabroso alimento, entonces a él se dirigió Agamenón, experto en el manejo de la lanza:

«Amigo, puesto que por voluntad de los dioses antaño te abandonamos en Lemnos, rodeada por el mar, tras haberse turbado nuestra razón, no albergues ya en tus entrañas una horrible cólera contra nosotros; pues ello no lo llevamos a cabo sin la intromisión de los bienaventurados: y es que pretendían los propios inmortales arrojar sobre nosotros muchas calamidades, mientras tú te hallabas lejos, porque bien sabes abatir con tus flechas a los enemigos, cuando frente a ti batallan. [***][631] por toda la tierra y por el enorme piéla-

[630] Este final del verso 478 es sin duda corrupto y aun irresoluble: tal como por aproximación lo hemos traducido, parece contener una última alusión a la cueva de Lemnos donde había vivido todos estos años Filoctetes, pero resulta sorprendente por lo que a continuación se añade en el verso 479, ya que no ha sido propiamente en esa caverna (sino ahora en el campamento aqueo) donde aquél ha encontrado por fin la liberación de sus males, es decir, la curación.

[631] Tras el verso 497 hay una evidente laguna (falta el comienzo mismo de la nueva oración), que fue acertadamente reconstruida por L. Rhodomann en lo que quedó fijado como el verso 498, que, no obstante, las

go, por voluntad de las Moiras, invisibles y muy ramificados resultan, estrechos y tortuosos, orientados cada uno hacia un lugar; por ellos son llevados los humanos bajo el poder del Destino decretado por una divinidad, parecidos a las hojas sacudidas por los soplos del viento; y así, a menudo un hombre bueno viene a dar con un mal camino, y el malvado con uno bueno: ni de evitarlos ni de escogerlos, según sus deseos, es capaz ningún varón que sobre la tierra habite; mas el hombre sensato, aun cuando sea llevado por los vendavales al sendero de la desdicha, ha de soportar su angustia con firmeza de espíritu[632]. En todo caso, ya que se vio trastornada nuestra mente y cometimos esta falta, en reparación luego te resarciremos con incontables dones, si es que ocupamos algún día la bien edificada ciudadela de los troyanos. Por ahora, toma siete mujeres, veinte veloces caballos, ganadores de premios, y doce trípodes, con los que deleitarás tu corazón todos los días; y en mis tiendas, además, siempre recibirás tú en el festín los honores de un rey».

---

ediciones más recientes han retirado de sus textos, y relegado a sus aparatos críticos, por no dejar de ser mera conjetura, aunque sin duda su sentido es del todo apropiado para la idea que se va a desarrollar extensamente —idea sobre los azarosos destinos de los hombres ya expuesta de forma similar en VII 67-84—: «Pues, para los hombres, los caminos de su muy errante existencia...».

[632] Tal paciente actitud no es sino el deber fundamental del sabio estoico (ya en III 7-9: cf. nota 168): así pues, dado que Filoctetes ha de aplicarse esos consejos de Agamenón para olvidar de una vez su resentimiento y comprender y aceptar sus pasadas penalidades, se puede afirmar (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* II, págs. 175 y 178 s.) que Quinto ha aprovechado en definitiva todo este ilustrativo episodio del hijo de Peante para exponer una lección moral acorde con sus ideas filosóficas. Se entiende ahora la sorprendente resignación con que Filoctetes, sin verse en un principio forzado o engañado, renunciaba en Lemnos a su cólera y consentía en incorporarse al ejército de sus odiados griegos: cf. nota 627.

Tras hablar así, le entregó al héroe esos muy hermosos dones; a él le respondió el hijo de Peante, de violento espíritu:

«Amigo, no estoy yo ya irritado contigo, ni con ningún otro de los argivos, aun cuando aún pueda haber quien haya cometido falta contra mí[633]. Pues bien sé que la mente de los hombres insignes ha de ser tolerante, y que no es conveniente mostrarse siempre intransigente e intratable, sino unas veces resultar terrible, mas otras ser benévolo[634]. Pero ahora marchemos a la cama, porque a quien ansia batallar le es mejor dormir que banquetear en exceso».

Tras hablar así, se levantó y se encaminó a la tienda de sus compañeros; para su rey, amante de la guerra, al punto dispusieron éstos un lecho, muy exultantes en su fuero interno; de buena gana se acostó él hasta el amanecer.

La divina Noche se retiró, y la luz del sol tiñó de púrpura las cimas; atendieron entonces los mortales a todas sus tareas. Los argivos, muy deseosos de la devastadora guerra, afilaban unos sus lanzas bien pulidas, otros sus dardos, y aun otros sus jabalinas; con el alba, prepararon la comida para ellos y sus caballos, y todos tomaron su alimento. En medio de éstos, pronunció tales palabras el poderoso hijo del irreprochable Peante, animándolos a luchar:

«¡Ea! ¡Apliquémonos ya a la guerra! ¡Que ninguno de nosotros permanezca en las naves, antes de demoler las ínclitas murallas de Troya, de hermosas torres, y de incendiar esta misma ciudad!».

---

633 Velada alusión, sin duda, a Odiseo (cf., *supra,* nota 625).

634 Esta socorrida idea de que el hombre sabio ha de ser capaz de renunciar a su cólera en el momento oportuno (idea acorde con la lección de sensato comportamiento estoico que Quinto nos está ofreciendo: cf. nota 632) se encuentra también en el fr. 799 NAUCK del *Filoctetes* de EURÍPIDES (cf., *supra,* nota 615).

Así dijo; en sus adentros, mucho se les regocijó a aquéllos el corazón. Se ciñeron sus armas y sus escudos; fuera de las naves en masa se precipitaron, destacados por sus picas, sus tarjas de piel de buey y sus cascos de doble cimera. Dentro de las filas, se apoyaban ellos codo con codo, y se podría afirmar que, cuando se lanzaron al ataque, no estaban nada separados los unos de los otros: tan apretados y compactos marchaban sus escuadrones[635].

[635] Resulta llamativo el final de este libro IX, que no termina, como hasta ahora era habitual al menos en las jornadas de batalla, con el ocaso de la tarde y la forzosa retirada de los ejércitos enfrentados, que entonces se disponen a pasar la noche y duermen hasta la llegada del alba, sino con el amanecer ya de un nuevo día y los preparativos para otra contienda, aunque sólo son llevados a cabo por ahora en el bando de los griegos; los de los troyanos tendrán lugar a comienzos del siguiente libro, el X.

LIBRO X

Los troyanos, por su parte, se encontraban fuera de la ciudad de Príamo, todos con sus armas, sus carros y sus velocísimos caballos: estaban incinerando, en efecto, a los muertos en la batalla[636], aún temerosos de que cargara sobre ellos la tropa de los aqueos. Por tanto, cuando vieron a éstos avanzar contra la ciudad, de inmediato levantaron presurosos para esos difuntos el túmulo de una tumba, pues, al verlos, de forma terrible se echaron a temblar. Entonces a ellos, afligidos como se hallaban en sus adentros, estas palabras les dijo Polidamante, quien era sobremanera sensato y cuerdo[637]:

«¡Amigos, ya resulta incontenible la furia que contra nosotros desencadena Ares! Pero, ¡ea!, examinemos cómo hallar un remedio para esta guerra, pues, a poco que perseveren, ya los dánaos nos van a derrotar. Por tanto, ¡ea!, subamos ahora a los bien construidos torreones y allí perma-

---

636 La batalla de hace ya dos jornadas, la de la primera mitad del libro IX (66-332), pues necesariamente ha transcurrido al menos un día de descanso desde entonces (indicado entre 432 y 528), durante el tiempo en que se ha desarrollado con rapidez el previo episodio de la incorporación de Filoctetes.

637 Cf., *supra*, nota 113.

nezcamos noche y día, para combatir hasta que regresen los dánaos a Esparta, de fértiles glebas, o aquí mismo se queden apostados junto a nuestra muralla, desanimados ya en un asedio carente de gloria: y es que no van a ser ellos capaces de abrir una brecha en estos enormes muros, a pesar de sus muchos esfuerzos, pues no resultan endebles las imperecederas obras de los dioses[638]. Y además, no carecemos nosotros de comida o de bebida, pues en las moradas de Príamo, rico en oro, hay en reserva abundantes víveres, con los que incluso otros muchos, que se nos unieran, largo tiempo tendrían alimento hasta saciarse, aun cuando todavía se presentara, en respuesta a nuestros deseos, un ejército tres veces mayor que éste de aquí, con intención de socorrernos».

Así habló; mas le replicó el audaz hijo de Anquises[639]:

«Polidamante, ¿cómo puede alguien afirmar que eres tú juicioso, si nos exhortas a padecer en la ciudad los sufrimientos de un largo asedio? Pues los aqueos no van a desanimarse, después de tanto tiempo aquí, sino que aún más cargarán sobre nosotros, al ver cómo los evitamos; y nuestro será el dolor de perecer en la propia patria, en el caso de que aún continúen ellos batallando aquí largo tiempo. Pues nadie nos suministrará desde Tebas el delicioso grano[640], cuando nos veamos bloqueados en la ciudad, ni nadie traerá vino desde Meonia[641]: de forma cruel seremos exterminados por

[638] Cf. notas 15 y 183.

[639] Eneas, evidentemente.

[640] Desde la vecina Tebas Hipoplacia, aunque, conquistada ya tiempo atrás por Aquiles esta ciudad, los auténticos suministradores de trigo serían aquí, más bien, sus campos circundantes (cf. notas 19 y 223).

[641] Otra región de Asia Menor (luego, más bien, con otros territorios, Lidia), entre los nacimientos de los ríos Hermo y Meandro, a veces parte de Frigia (cf. Estrabón, XII 8, 3); en la *Ilíada* aportaba a Troya su ejército aliado (II 864-866), e incluso tenía ya con ella esas relaciones comerciales (XVIII 291 s.).

un hambre penosa, por más que, entretanto, nos esté protegiendo nuestra muralla. Pero si, por dictamen del muy abrumador destino, vamos a esquivar la nefasta muerte y a las Keres, y no hemos de morir de mala manera, batallemos con nuestras armas, acompañados de nuestros hijos y de nuestros venerables padres: Zeus acaso se ocupará entonces de auxiliarnos, pues provenimos de su noble sangre. Mas si, aborrecidos incluso por él[642], debemos morir, mejor es perecer pronto de forma gloriosa, defendiendo nuestra patria, que estar aguardando a sucumbir de mala manera».

Así habló; al escucharlo, todos aquéllos lo aclamaron[643]. Al punto, ya con sus cascos, sus escudos y sus lanzas, formaron éstos su escuadrón, apretados los unos contra los otros. Desde el Olimpo, volvió el infatigable Zeus su mirada hacia esos troyanos, que frente a los argivos se aprestaban a los trabajos de Ares; excitó los ánimos de cada uno, para así provocar una lucha sin tregua entre ambos ejércitos (y es que llegaba el momento en que Alejandro, aun peleando por su esposa, había de morir a manos de Filoctetes).

Los conducía hacia un mismo lugar Eris, señora del tumulto, sin mostrarse a nadie, pues una nube sangrienta le cubría los hombros; suscitando un gran tumulto, merodeaba unas veces por las huestes de los troyanos, y otras por las de los aqueos; impertérritos, se afanaban a su lado el Terror y el Miedo, quienes glorificaban a la hermana de su padre, de

---

[642] Aunque la traducción no se resienta, en el texto griego hay aquí un corrupto *hoi †àr kakeínōi†* que no ha recibido una satisfactoria y definitiva solución: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 17, n. 9.

[643] Esta espontánea asamblea troyana (similar a la de II 5-99) a duras penas le sirve a Quinto como excusa con la que justificar, una vez más, que los desesperanzados troyanos se presten a la batalla, a pesar de su ya evidente inferioridad de fuerzas frente a sus enemigos.

violento espíritu[644]. Ésta se iba encendiendo más y más, llena de arrojo; tenía su armadura de acero salpicada de crúor; blandía en el aire su letal pica; bajo sus pies se sacudía la negra tierra; exhalaba un hálito de espantoso fuego; de continuo profería fuertes gritos, animando a aquellos jóvenes. Al punto entrechocaron éstos, trabando así combate, pues esa terrible diosa los conducía hacia una gran empresa. Su estruendo era como el de los vientos que con violencia soplan al comenzar la primavera, cuando los altos árboles y los arbustos hacen brotar sus hojas, o como cuando ruge el fuego ardiente en la reseca espesura, o como mucho se enfurece el infinito ponto a causa de un horrísono viento, por lo que se produce un incesante bramido y tiemblan las rodillas de los navegantes; así, cuando se lanzaron tales guerreros al ataque, mucho retumbaba la prodigiosa tierra[645]: entre ellos estalló el combate, y se precipitaron unos sobre otros.

En primer lugar, de entre los dánaos acabó Eneas con Harpalión, hijo de Arizelo, al que dio a luz su madre Anfí-

[644] El Terror *(Phóbos)* y el Miedo *(Deîmos)*, en tanto que hijos de Ares (cf., *supra*, nota 344), son sobrinos, de la aquí considerada hermana del dios de la guerra, Eris o la «Discordia», hija sólo de la Noche según Hesíodo (cf. notas 27 y 109), pero hermana de Ares en *Il.* IV 440 s.).

[645] Reproducimos de forma bastante literal este intrincado símil, que, por un lado, va ofreciendo distintos procedimientos convencionales («como...», «como cuando...» y «como...» otra vez, pero ahora en frase completa con verbo nuevo) con los que introducir cada una de las tres imágenes aquí sucesivamente evocadas para establecer toda la comparación (a lo largo de 66-71), y, por otro, comete un notable anacoluto, pues comienza ya (en el verso 66) con la oración principal (donde se presenta el elemento que va a ser motivo de todo este símil fraccionado, el «estruendo» de las tropas) y a la vez es rematado al final (en el actual verso 72) por el habitual mecanismo de conclusión de un símil de corte homérico («así...», donde también se indica, aunque en otros términos, aquello que ha sido objeto de comparación).

nome en la tierra de los beocios, y que en compañía del divino Protoénor[646] había marchado a Troya para prestar ayuda a los argivos; a él le golpeó entonces Eneas bajo su blando vientre, y le arrebató el aliento y la dulce vida. Sobre él abatió al hijo del valiente Tersandro, tras acertarle en la garganta con su jabalina de buena punta, a Hilo, al que dio a luz la divina Aretusa junto a las aguas del Leteo, en Creta, rodeada por el mar[647]: gran tristeza causó ello a Idomeneo.

Por su parte, el hijo del Pelida exterminó al instante a doce guerreros troyanos con la pica de su padre: primero a Cebro, luego a Harmón, Pasíteo, Ismeno e Imbrasio, a Esquedio, Flegis y, además, a Mneseo, a Énomo, Anfínomo, Falis y Galeno, quien tenía su hogar en la escarpada Gárgaro[648] y, entre los muy vigorosos troyanos, en la lucha destacaba: había acudido a Troya con una infinita hueste, pues el Dardánida Príamo[649] le hizo la firme promesa de entregarle abundantes y excelentes regalos muy hermosos (¡insensato de él!, que no contempló entonces la posibilidad de su propia muerte, pues bien pronto iba a sucumbir en la cruel guerra, antes de llevarse del palacio de Príamo esos períncitos dones).

Y, entonces, la aniquiladora Moira arrojó contra los argivos a Eurímenes, compañero de Eneas, de violento espíritu: le infundió una gran audacia en sus entrañas, para que, tras abatir a muchos, con la muerte cumpliera él su día fatal.

[646] Otro de los muchos caudillos (cf., *supra,* notas 494 y 573) del amplio contingente beocio (*Il.* II 495), muerto tiempo atrás por Polidamante (cf. nota 113) en *Il.* XIV 449-457.

[647] En tal isla se encontraba, en efecto, ese río Leteo (cf. ESTRABÓN, X 4, 11).

[648] Villa al sur de la Tróade, situada por supuesto en el monte homónimo del macizo del Ida (cf. nota 34).

[649] Príamo es denominado «Dardánida» en tanto que descendiente de Dárdano (cf., *supra,* nota 37).

Abatió a uno en cada sitio, pues, semejante a la despiadada Ker; en la hora postrera de su vida, ante éste retrocedieron aquéllos al punto, lleno de un horrible ardor y sin preocuparse de su suerte. Y, ciertamente, habría llevado a cabo en la batalla ese héroe una incomparable hazaña, si sus brazos no se hubieran fatigado y mucho no se hubiera doblado la punta de su lanza; tampoco se mantuvo ya firme la empuñadura de su espada: antes bien, quebrantó el Destino finalmente todo su vigor. Así pues, con su jabalina le golpeó Meges[650] en el esófago: a borbotones salió la sangre por su boca, y al punto se colocó a su lado la Moira, acompañada de los dolores. Una vez muerto, los dos ayudantes de Epeo[651], Deileón y Anfión, se dispusieron a quitarle sus armas; pero, en el momento de precipitarse a ello, lamentablemente, los abatió la audaz fuerza de Eneas cerca del cadáver. Como cuando, en una viña, junto a los racimos secos mata un hombre a las avispas que sobre las uvas se lanzan, y expiran ésas antes de degustar este fruto; así los abatió aquél al punto, antes de llevarse como botín tales armas.

El Tidida hirió de muerte a Menón y a Anfínoo, ambos irreprochables varones. Y Paris acabó con el Hipásida Demoleonte, que antaño habitaba la tierra laconia junto a las orillas del río Eurotas, de profundas corrientes, y que había marchado a Troya a las órdenes de Menelao, ágil en el combate[652]; a él lo hirió de muerte Paris, al alcanzarle con una flecha bajo la tetilla derecha, y le apartó el alma lejos de los miembros.

---

[650] Cf., *supra,* nota 51.

[651] Cf., *supra,* nota 298.

[652] Como sabemos, Menelao comandaba en esta guerra las tropas de su reino de Lacedemonia o Laconia, región al sur del Peloponeso cuya capital es Esparta y su principal río el Eurotas (cf., *supra,* notas 104 y 476).

Teucro acabó con Zelis, el perínclito hijo de Medonte, quien residía en Frigia, abundante en rebaños, al pie de la muy sagrada cueva de las Ninfas, de bellos bucles, adonde una vez descendió la divina Selene desde el cielo, tras haber contemplado allá en lo alto a Endimión, que dormía junto a sus vacas, pues la movía un apasionado deseo por este muchacho, a pesar de ser ella una virgen inmortal[653]: todavía hoy quedan conservadas bajo las encinas las huellas de su lecho. En torno a él, hay en la espesura leche de vaca derramada, y los hombres aún hoy pueden observar semejante portento: al verlo desde muy lejos, en efecto, se diría que es leche blanquecina, pero lo que allí brota es en realidad agua clara, y, cuando corre ésta un poco más lejos, sedimenta su corriente y se forma un suelo pedregoso[654].

Sobre Alceo se abalanzó Meges, el hijo de Fileo; le traspasó con la pica su palpitante corazón, y así se quebró al momento su muy amada existencia: por más que lo desearan, de regreso de la guerra, de muchos llantos, no pudieron ya recibirlo sus infelices padres, Filis, de bella cintura, y Márgaso, quienes vivían cerca de las corrientes del cristali-

[653] Los célebres amores de Selene y el pastor Endimión (cf. Apolodoro, *Bib.* I 7, 5; Higino, *Fáb.* 271, 1; y, sobre todo, el escolio a Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 57) se localizan habitualmente, no en esta desconocida gruta de las Ninfas en Frigia, sino (cf., *supra,* nota 52) en una caverna del monte Latmo, a su vez en Caria (cf. Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 57 s.; Estrabón, XIV 1, 8; Pausanias, V 1, 5).

[654] Quinto es el único autor que nos informa sobre este «lago de leche», que él mismo explica (en I 294-306 hacía lo propio con la roca en que se había transformado Níobe) como resultado de una mera ilusión óptica ante la difusa contemplación de esas peculiares aguas que en realidad depositan sedimentos pedregosos (sobre este fenómeno de «aguas petrificantes», cf. Estrabón, V 4, 13; Ovidio, *Met.* XV 313s.; Séneca, *Cuest. Nat.* III 2, 2 y 20, 3 s.; Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* II 226).

no Hárpaso, el cual con el Meandro, digno de reparo, mezcla las infinitas aguas de su estruendoso curso, en tanto que con violencia fluye, todos los días embravecido[655].

Al noble compañero de Glauco, a Escilaceo, experto en el manejo de la lanza, lo hirió el hijo de Oileo, al enfrentársele aquél de cerca, un poco por encima del escudo: llegó a atravesarle su ancho hombro con la penosa punta, a la vez que a borbotones corrió su sangre sobre la adarga. Pero no logró abatirlo, porque a éste lo aguardaba su día fatídico ya de vuelta a casa, junto a las murallas de su querida patria: en efecto, cuando los fogosos aqueos saquearon la alta Ilio, pudo él escapar entonces de la guerra y llegar a Licia solo, sin sus compañeros; congregadas cerca de la villa, las mujeres le preguntaron por sus hijos y sus maridos, y él les relató la muerte de todos ésos; entonces, tras rodearlo, abatieron ellas a pedradas a este guerrero, que, a su llegada a su patria, no pudo disfrutar apenas del regreso, sino que, entre grandes gemidos, se vio cubierto por una masa de piedras: formado, pues, con esos proyectiles, el funesto túmulo quedó junto al santuario y la tumba del robusto Belerofontes, en la gloriosa Tlos, cerca de la roca de la Titánide[656]; pero a

---

[655] El Hárpaso es un afluente del Meandro, conocido río de Caria (cf., *supra,* nota 52) que aquí es calificado con ese malinterpretado epíteto *alegeinós* (cf. V 15, con nota 342, y VII 118).

[656] Nuevas referencias geográficas a Licia, en ella nos situamos aquí ya mediante la alusión inicial a su monarca Glauco, muerto en III 278-282 cf. (nota 193): Tlos es una ciudad de esta comarca, sin duda vinculada a Belerofonte (que por dichos parajes llevó a cabo sus hazañas y luego se estableció como sucesor del rey Yóbates, dando lugar a la nobleza real de Licia, a la que pertenece Glauco como nieto suyo: cf. Homero, *Il.* VI 150-211; Apolodoro, *Bib.* II 3, 1 s. y III 1, 1; o Higino, *Fáb.* 57), hasta el punto de tener un demo «Belerofontio» y haberse encontrado allí una tumba con una representación de este héroe (quizás el mismo *sêma* del que ahora nos habla Quinto: cf. F. Vian, *Recherches...,* pág. 138); la tal

aquél, después de cumplir con la muerte su día fatal, en adelante, por designio del ilustre Letoida, se le honra como a un dios, y nunca su culto ha desaparecido[657].

Tras ellos, el hijo de Peante mató a Deyoneo y a un vástago de Anténor, Acamante[658], experto en el manejo de la lanza. Y derribó a una nutrida muchedumbre de otros jóvenes, pues marchaba furioso entre los enemigos, igual que el invencible Ares o que un estruendoso río, que destroza los largos diques al desbordarse, cuando, encrespado con violencia por entre las rocas, de las montañas desciende, en una peligrosa crecida que la lluvia ha provocado, siendo como él ya es inagotable e impetuoso, y no hay entonces obstáculo que pueda contenerlo, debido a su indescriptible turbulencia; así al audaz hijo del magnífico Peante nadie era capaz de acercarse, tras verlo con sus ojos incluso a lo lejos, pues albergaba aquél en su pecho un coraje sobrehumano, y se distinguía además por las labradas armas del valiente Heracles[659]. En su brillante cinturón, en efecto, había alrededor osas feroces y despiadadas; a su lado, espantosos chacales y panteras, que bajo sus cejas mostraban una sonrisa siniestra;

«roca de la Titánide» ha de estar consagrada a Leto, hija de los Titanes Ceo y Febe (cf. Hesíodo, *Teog.* 404-408) y patrona, junto con sus hijos Apolo y Ártemis, de toda esta región (cf., *supra,* nota 260).

657 Sólo Quinto nos ofrece tal detallada noticia acerca de la leyenda y el culto de este héroe licio (divinizado por Apolo, el «Letoida»: cf. nota 608), aunque contamos al menos con historias de similares rasgos en Heródoto, V 87 (con sorprendentes coincidencias) y IX 5.

658 Cf., *supra,* nota 472.

659 Nueva *ékphrasis,* a continuación, de las armas de un guerrero (cf., *supra,* nota 340), en este caso más breve y menos detallada que las anteriores de V 6-120 y VI 200-293, dedicada en concreto a las escenas grabadas a lo largo del cinturón y del carcaj de Filoctetes; para el primero, en los inmediatos versos 180-187, dado que se trata del tahalí heredado de Heracles (cf. nota 624), Quinto retoma con fidelidad la descripción que de tal labrada pieza de este héroe ofrecía Homero en *Od.* XI 609-612.

cerca de ellos, había lobos de poderoso ánimo, jabalíes de blancos colmillos y leones de gran vigor, asombrosamente parecidos a los que están vivos; y al lado, por doquier se encontraban representadas unas batallas, por la cruel Matanza[660] presididas: todos estos relieves estaban grabados sobre ese cinturón. Y otros se distinguían en torno al inmenso carcaj: allí estaba el hijo de Zeus, Hermes, de huracanados pies, dando muerte junto a las corrientes del Ínaco al gran Argos, a Argos, cuyos ojos dormían por turnos[661]; allí el fornido Faetonte, derribado de su carro en las aguas del Erídano: abrasada entonces la tierra, como en la realidad, por los aires se alzaba volando un negro humo[662]; Perseo, comparable a un dios, decapitaba a la feroz Medusa, en aquellos parajes en que se hallan los baños de los astros, así como los confines de la tierra y las fuentes del Océano, de profundas corrientes, donde, llegado el crepúsculo, se encuentra la Noche con el infatigable Helio, ya en su ocaso[663]; allí tam-

---

[660] Sobre esta mera abstracción, *Phónos*, cf. VI 351 y nota 447.

[661] Se evoca aquí, en primer lugar, el episodio de la muerte de Argos, hombre monstruoso dotado de múltiples ojos con los que, aun dormido, podía velar siempre sin problemas, al mantener sucesivamente varios de ellos abiertos (cf. EURÍPIDES, *Fen.* 1115-1118; y OVIDIO, *Met.* I 625-627), y a quien por ello Hera le confió la custodia de la amante de su esposo Zeus, convertida en vaca por éste para evitar la cólera de su celosa mujer, la princesa Ío, considerada por lo común hija del río Ínaco, a cuyas riberas quedó entonces retenida; para liberar a su amada, Zeus le encargó a Hermes que durmiera a Argos del todo con su mágica música y sin más lo matara; cf., especialmente, OVIDIO, *Met.* I 568-750.

[662] Cf., *supra*, nota 400.

[663] Bien conocida (cf. APOLODORO, *Bib.* II 4, 1-3) es la aventura que acometió Perseo para decapitar a Medusa, quien (de acuerdo con la referencia de HESÍODO en *Teog.* 274-276, detalle en el que con sus hermanas las Gorgonas aquí ante todo insiste Quinto) habitaba en los confines occidentales de la Tierra (por estos remotos parajes, según la concepción anti-

bién el gran hijo del indomable Jápeto, entre cadenas irrompibles, estaba colgado de una cima del inaccesible Cáucaso: le desgarraba un águila su hígado, que siempre le volvía a crecer, y tenía él el aspecto de estar gimiendo[664]. Esto era lo que en esas armas habían grabado, pues, las ínclitas manos de Hefesto para el poderoso Heracles; para que las portara, se las entregó luego éste al hijo de Peante, ya que era su más querido compañero[665].

Gloriándose de esas armas, por tanto, iba él abatiendo a las tropas. Y, al fin, lo atacó Paris, que con audacia disponía en sus manos de las luctuosas flechas, a la vez que del corvado arco: y es que le llegaba ya su hora postrera[666]. Un veloz dardo lanzó éste desde la cuerda de su arco, que resonó al salir disparada tal saeta. No escapó en vano de sus dedos: no llegó a acertarle a aquél, quien lo esquivo por muy poco, pero le alcanzó a Cleodoro, aunque fuera un ilustre guerrero, un poco más arriba de la tetilla, y lo traspasó hasta la espalda. Pues no llevaba éste su amplia tarja, que lo protegiera de la nefasta ruina, sino que se retiraba indefenso, ya que de

---

gua, fluía la corriente del Océano y venía a detenerse el mismo Helio en su ocaso: cf. notas 119, 130 y 145.

[664] Para el suplicio de Prometeo, hijo del titán Jápeto (Hesíodo, *Teog.* 507-512), cf. V 342-344 y VI 268-272 y notas 380 y 439.

[665] Quinto presenta a Filoctetes no ya sólo como heredero directo de las armas de Heracles (otras veces lo es su padre Peante: cf. nota 624), sino incluso como su leal compañero, y no ya su providencial asistente en el puntual momento de su incineración en la pira: así también en Higino, *Fáb.* 257, 2; Séneca, *Hércules en el Eta* 1717; Filóstrato el Joven, *Descripciones de cuadros* XVII 1; o Dictis, I 14.

[666] El combate entre Filoctetes y Paris, siempre disputado a flechazos y resuelto con la derrota del segundo, se remonta a la *Pequeña Ilíada* (cf. Proclo, pág. 106, líns. 26s. Allen y Apolodoro, *Epít.* V 9), pero para su inminente relato se ha de inspirar Quinto en la misma fuente de la que se sirvió Dictis en IV 19 (por los notables detalles comunes: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... III, págs. 6 s.).

los hombros Polidamante le había echado abajo esa tarja, tras partirle el tahalí con su pesada hacha; aun luchando con su penosa lanza, pues, se batía él en retirada, y entonces le cayó encima esa flecha luctuosa, que venía arrojada desde un lugar inesperado: quiso así acaso una divinidad causar horrible ruina al hijo del bienintencionado Lerno, al que dio a luz Anfíale en la fértil tierra de los rodios[667].

Pues bien, cuando Paris abatió a aquél con su luctuoso dardo, entonces tensó su veloz arco el poderoso hijo del irreprochable Peante, lleno de ardor, y dio un gran grito:

«¡Ah, perro! ¡La matanza y el estrago aniquilador es lo que yo a ti ahora te voy a procurar, puesto que ansías medirte conmigo cara a cara! Podrán así recobrar el aliento cuantos por tu culpa se ven atormentados en esta nefasta guerra, pues bien pronto se librarán ellos de la ruina, una vez mueras tú aquí, ya que eres el causante de sus desgracias».

Tras hablar así, tiró de la bien trenzada cuerda hasta cerca de su pecho: se corvaron los cuernos, y la inexorable flecha quedó enfilada; su nefasta punta apenas sobresalió del arco, de tanta fuerza como empleó este hombre. Y mucho vibró tal cuerda, al salir disparada esa horrísona flecha. No falló aquel divino guerrero, mas no logró quebrarle su corazón al adversario, sino que aún su ánimo conservó sus bríos: no fue certera la flecha que entonces le cayó, sino que, al pasar, sólo le hizo un ligero rasguño sobre la hermosa piel de una mano. De nuevo tensó éste su arco, pero, adelantándosele, con su flecha de buena punta le alcanzó el querido hijo de Peante por encima de la ingle. Y él ya no se quedó allí para batallar, sino que con rapidez se marchó, como un

[667] Por *Il.* II 653-670 tenemos noticia del modesto contingente griego de la isla de Rodas, comandado por el Heraclida Tlepólemo, pero, en cambio, nada sabemos, por Homero o cualquier otro autor antiguo, de ese tal Cleodoro, a pesar de su aparente relevancia actual.

perro, cuando se retira asustado ante un león, a pesar de haberlo acometido antes; así se retiró él del combate, con el corazón taladrado por atroces dolores. Mientras tanto, continuó el enfrentamiento de las tropas, que unas a otras seguían exterminándose; se desarrollaba la contienda por entre los charcos de sangre de los muertos de cada bando; yacían los cadáveres sobre los cadáveres, en masa, semejantes a gotas de lluvia o a granizo, o a copos de nieve, cuando sobre los enormes montes y el bosque, por indicación de Zeus, el Céfiro en invierno los esparce; así, abatidos por la despiadada Ker, estaban por allí tirados los muertos de ambos bandos, apiñados los unos junto a los otros.

Profirió París horribles gemidos: atormentaba su espíritu esa herida, y, en su estado de delirio, con presteza le atendían los médicos. Entretanto, regresaron los troyanos a su villa y de inmediato se encaminaron los dánaos a sus oscuras naves, pues la negra noche los hizo desistir del tumulto, y aun disipó la fatiga de sus miembros, al derramar sobre sus párpados el sueño, amparo de las penalidades. Pero, a la llegada del amanecer, aún no se había dejado ganar por el sueño el agitado Paris: nadie podía socorrerlo, por más que intentaran curarlo con toda clase de remedios, ya que era su destino escapar de la muerte y de las Keres por obra de Enone, con sólo que ésta quisiera[668]. Al punto, obedeciendo a

[668] Se va a relatar el episodio de las muertes de Paris y Enone (la ninfa con la que antaño este príncipe troyano, por entonces desconocido como tal, había vivido casado en el Ida, antes de abandonarla y marchar en busca de Helena), episodio novelesco que no recogía aún la *Pequeña Ilíada,* pero que debió de alcanzar mucho éxito en época helenística, si bien hubo de ser del resumen canónico de un simple mitógrafo de donde Quinto extrajo los elementos de su recreación (son muy similares las breves recapitulaciones de PARTENIO DE NICEA, en *Sufrimientos de amor* IV, de APOLODORO, en *Bib.* III 12, 6, y de CONÓN, en *Narraciones* XXIII), aunque nuestro poeta, en todo caso, tal resumen lo habría desarrollado a su con-

los vaticinios, emprendió él el camino, aun en contra de sus deseos; lo conducía la funesta necesidad a presencia de su esposa legítima. Le chillaban unas aves de mal agüero, que sobre su cabeza le salían al encuentro, o bien volaban a la izquierda: unas veces se asustaba al verlas, mas otras quería creer que sus vuelos eran vanos, pero en verdad le estaban anunciando una horrible muerte entre dolores. Y llegó ante la muy gloriosa Enone: al verlo, se quedaron atónitas sus arremolinadas sirvientas, y también la propia Enone. Al punto, cayó él a los pies de su mujer [***][669], todo alrededor ennegrecida, por fuera y por dentro, hasta llegar a la grasienta médula a través del hueso, porque el horrible veneno gangrenaba el vientre de ese varón, allí donde su cuerpo había sido herido[670]. Presa de un odioso sufrimiento, se veía su corazón atormentado: como cuando a alguien, muy consumido interiormente por la enfermedad y la cruel sed, se le reseca su grueso corazón y la bilis le hierve inflamada, por lo que su desfallecida alma le revolotea ya por sus secos labios, ansiosa a la par de vida y de agua; así, bajo su pecho, se hallaba su ánimo domeñado por ese sufrimiento. Por tanto, ya extenuado, le dijo a aquélla tales palabras:

«Respetable mujer, atormentado como me encuentro, no me aborrezcas ahora, porque en contra de mis deseos te dejé

---

veniencia, para así presentar una historia más detallada y dramática, hasta el punto de lograr, excepcionalmente, un tratamiento de la leyenda en verdad poético y apasionado, alejado por una vez de la monotonía y pesadez del género épico (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 7-12).

[669] Tras el verso 272 hay una evidente laguna, en que comenzaría la inminente referencia a la repugnante herida de Paris, quien probablemente se la enseñaría entonces a Enone para inspirarle lástima.

[670] Las flechas de Heracles, con las que su actual portador Filoctetes ha herido de muerte a Paris, estaban emponzoñadas con el letal veneno de la Hidra de Lerna (cf. nota 624).

antaño abandonada en nuestras mansiones: las ineludibles Keres me arrastraron hacia Helena. ¡Ojalá hubiera perdido yo el aliento, muerto en tus brazos, antes de unirme a ella en el lecho! Pero, ¡ea!, ¡por los dioses que habitan en el cielo, por tu lecho y por nuestro legítimo amor!, muestra un ánimo benévolo y sana mi doloroso mal, aplicando sobre esta herida devastadora unos remedios curativos, los que, según dicta el destino, han de apartar los dolores de mi corazón, si es que tú quieres. Pues en tus manos está el que decidas salvarme de una horrísona muerte[671] o el que te niegues a ello[672]. ¡Vamos!, compadécete de mí cuanto antes y anula el efecto de este veneno rápido y letal, a fin de que una vez más renazcan mi ímpetu y mis fuerzas: no atiendas ahora a tus nefastos celos, ni en modo alguno me dejes morir, víctima de un inexorable hado, postrado como estoy a tus pies. Realizarás, en este caso, una acción que a las Súplicas ofende, quienes son también las propias hijas del muy resonante Zeus e, irritadas con los hombres soberbios, tras ellos lanzan a la luctuosa Erinis, con toda su cólera[673]. Pero tú, augusta señora, rechaza de inmediato a las malignas Keres, aun cuando yo, en mi insensatez, te haya ofendido».

Así dijo, pero no logró persuadir sus oscuras entrañas; antes bien, burlándose de él, se dirigió ésta al que tan afligido se hallaba:

---

[671] «Horrísona» porque se vería acompañada de los gritos que esa dolorosa herida fuerza a proferir.

[672] Los versos 294 s. presentan ciertas dificultades en la expresión que incluso invitan a suponer una laguna (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 28, n. 3).

[673] Ya en *Il.* IX 502-512 aparecen personificadas estas *Litai* o «Súplicas», hijas de Zeus, en una evidente consecuencia de la alegoría ahí desarrollada, pues Zeus es el dios encargado de velar por los suplicantes.

«¿Por qué has acudido ante mí, si antaño, a pesar de mis indecibles lamentos, me abandonaste en nuestras mansiones a causa de la muy dañina Tindáride[674], con la que exultante te deleitabas, al acostarte a su lado, ya que era mucho mejor que tu esposa legítima, pues es fama que posee ella la eterna juventud? Corre a arrodillarte ante ésa, y a mí no me vengas, entre lágrimas, a contar tus lamentables y dolientes miserias. ¡Y es que, si albergara yo en mi corazón el gran arrojo de una fiera, devoraría tus carnes y luego me tragaría tu sangre, por todas las desgracias que me has causado al haberte dejado llevar por tu necedad! ¡Desdichado! ¿Dónde está ahora tu querida Citerea, de hermosa corona? ¿Dónde se encuentra el invencible Zeus, olvidado de su yerno? Ahí tienes a tus protectores, así que márchate lejos de mi morada, doloroso azote de los bienaventurados y de los hombres, pues por tu culpa, malvado, incluso a los inmortales les ha invadido la pena, a unos por la pérdida de sus nietos, y a otros por la de sus hijos. ¡Vamos!, vete de mi casa y regresa con Helena, a la que necesitarás para que, en tu congoja, día y noche te arrulle en vuestro lecho, traspasado como estás por este nefasto dolor, hasta que te alivie de tus penosos padecimientos».

Una vez dijo esto, lo expulsó, a pesar de sus quejidos, fuera de su morada. ¡Insensata!, que no tuvo en cuenta su propia suerte, pues, tras el fallecimiento de éste, de inmedia-

[674] Habitual patronímico de Helena, la «hija de Tindáreo», a pesar de que este rey de Esparta suele figurar sólo como su padre putativo, pues fue su esposa, Leda, quien para engendrarla se unió a Zeus —auténtico padre de Helena, circunstancia que aquí explica que en el inminente verso 312 se le atribuya a ésta, cual deidad, la eterna juventud, y más adelante, en el 319, se afirme que su esposo Paris es yerno del dios supremo—; cf. los frs. 7 Allen y 8, 1 Bethe de las *Ciprias*; Eurípides, *Hel.* 16-21, 214-216 y 1144-1146; Apolodoro, *Bib.* III 10, 6 s.; Higino, *Fáb.* 77, 1 y 80, 4 y *Astron.* II 8; o Pausanias, III 16, 1.

to iban a perseguirla también a ella las Keres: así ello se lo había urdido el Destino decretado por Zeus.

A él, mientras se apresuraba a franquear las cimas del frondoso Ida[675], por aquel postrero camino por donde lo conducía su horrible hado, cojeando de forma miserable y muy afligido en su ánimo, lo atisbó Hera y su corazón inmortal se regocijó: estaba sentada sobre el Olimpo, donde se halla el vergel de Zeus, y a su lado se habían acomodado sus cuatro sirvientas, a las que un día, sometida a Helio, engendró Selene, de radiante mirada, por el amplio cielo, diosas infatigables, en nada iguales entre sí, pues en su aspecto se diferencia cada una de las otras: [***]; y la última se ocupa del invierno y de Capricornio: para los mortales, en efecto, transcurre el año por cuatro estaciones, que aquéllas sucesivamente presiden; pero, en fin, sea el propio Zeus quien se ocupe de estos asuntos del cielo[676]. Conversaban

[675] Sólo ahora nos indica Quinto que Paris se encuentra en realidad en el Ida, adonde ha tenido que desplazarse para acudir al lugar donde, según la tradición (cf. Partenio, *Sufrimientos de amor* IV), se hallaba la morada de Enone, quien, tras ser repudiada, en tal monte habitaba junto a su padre, el dios-río Cebrén (cf. Apolodoro, *Bib.* III 12, 6); no obstante, en 263-272 daba la impresión de que Paris no tardaba en llegar ante su antigua esposa, quien aparentemente residiría en Troya: en realidad (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 9 s.) ocurre que nuestro poeta, que no ha querido renunciar a un emocionante encuentro entre ambos personajes (en otras versiones, Paris sólo enviaba a un mensajero ante la que fuera su esposa, para pedirle así su imprescindible asistencia médica, y es a éste a quien Enone anunciaba su rencorosa negativa), omite por fuerza, en ese primer momento, una detallada referencia al largo y costoso desplazamiento de Paris hasta el Ida, porque resultaría una acción inverosímil en alguien que se encuentra ya en su lamentable estado.

[676] Sin duda, las diosas de las que aquí se habla son las Horas, quienes ya aparecen en *Il.* VIII 433-435 como sirvientas de Hera, pero sin las funciones de naturaleza celeste que Quinto de Esmirna les atribuye a lo largo de su obra, según constatamos en I 48-51 y II 500-506 y 593-602,

ellas acerca de cuantos acontecimientos planeaba en sus perniciosas entrañas el funesto Destino[677]: provocar la odiosa boda de la Tindáride con Deífobo y, en consecuencia, el penoso rencor y la cólera de Héleno a causa de esa mujer[678]; también, cómo a éste iban a capturarlo los hijos de los

---

donde eran, más bien, asistentes de Eos: cf. notas 11, 151 y 160, en las que ya señalábamos tanto la genealogía exclusiva que aquí les es atribuida como su número ahí de doce (consecuente con su cometido entonces de presidir, a lo largo de toda la órbita solar, las horas del día y las casas del Zodiaco), número reducido ahora a cuatro, pues aquí se ocupan sólo (como ya en II 599-602) de las estaciones del año. Por tanto, en esa laguna marcada tras el verso 339 se contendrían (es atinada la conjetura de A. Zimmermann) otros tres en que se habían de ofrecer, respectivamente, las atribuciones de las tres primeras Horas, tal como se puede deducir por la referencia, que sí se ha conservado en el siguiente verso transmitido, a la última de estas diosas, la del invierno, estación cuya constelación más significativa (cf. notas 61 y 509) era la de Capricornio.

[677] Van a apuntarse unos cuantos sucesos que han de tener lugar tras el actual episodio de la muerte de Paris, presentados aquí como predicciones examinadas por Hera y sus sirvientas, pero, curiosamente, luego no narrados como hechos en realidad acaecidos a lo largo de esta obra; ello plantea un arduo problema estudiado por F. Vian en *Quintus de Smyrne...* III, págs. 12-15, donde se aporta una sencilla y plausible solución al extraño asunto: Quinto omitirá los sucesos aquí adelantados por considerarlos impropios e innecesarios en el desarrollo restante de su poema (el enfrentamiento entre Deífobo y Héleno por la mano de Helena; la traición posterior de este último...), pero no puede evitar mencionarlos al menos ahora como ineludible concesión a las leyendas tradicionales consagradas por el Ciclo.

[678] Tras la muerte de Paris, compiten por la mano de Helena los Priámidas Deífobo y Héleno; como la consigue el primero —el efímero matrimonio de Helena y Deífobo, único hecho, de los aquí adelantados en vano, del que Quinto de Esmirna en cierto modo se acordará más tarde, en XIII 354-384, ya tenía lugar en la *Pequeña Ilíada*, según Proclo, pág. 106, líns. 28 s. Allen, e incluso tal vez se halle apuntado en *Od.* IV 276 y VIII 516-520—, se enfurece el adivino y, resentido con sus gentes, abandona Troya para ir a establecerse en el Ida; cf. Apolodoro, *Epít.* V 9.

aqueos en los altos montes y a conducirlo, resentido con los troyanos, a las veloces naves, y cómo, gracias a sus indicaciones, el hijo del fuerte Tideo, acompañado por Odiseo, iba a saltar sobre la gran muralla y a ocasionarle la luctuosa ruina a Alcátoo, para así apoderarse, con su permiso, de la bienintencionada Tritogenía, quien era la deidad tutelar de la ciudad y de los propios troyanos, pues ni siquiera uno de los dioses, ni aun infinitamente enojado, podía destruir la opulenta villa de Príamo, mientras estuviera la despreocupada inmortal allí delante subida: y es que su imperecedera figura no la tallaron los hombres con el hierro, sino que fue el propio Cronión quien, desde el Olimpo, la hizo descender a la ciudad de Príamo, rico en oro[679].

Acerca de ello así conversaba con sus sirvientas la esposa de Zeus, y además acerca de otros muchos asuntos,

[679] Exiliado voluntariamente de Troya, Héleno es capturado en el Ida por los griegos y conducido a su campamento, donde se ve obligado a revelar diversos oráculos que manifestaban las condiciones necesarias para que se produjera la caída de su patria (cf. Apolodoro, *Epít.* V 9 s.); una de esas condiciones consistía en el robo del Paladio, estatua con la figura de Palas Atenea que se encontraba en Troya desde tiempos inmemoriales y garantizaba su inexpugnabilidad mientras se conservara dentro de su recinto —le había sido regalada por Zeus a su hijo Dárdano (según el fr. 1 Allen del *Saco de Troya),* o bien había caído en la Tróade, arrojada por el mismo Zeus desde el Olimpo (también en Apolodoro, *Bib.* III 12, 3), cuando el rey Ilo (cf. nota 105) se disponía a fundar esa villa—; así pues, Diomedes y Odiseo entraron en Troya, escalando para ello de noche su muralla, y se llevaron la valiosa imagen tras dar muerte a numerosos guardias —cf., especialmente (además de Proclo, en su resumen a la *Pequeña Ilíada,* pág. 107, líns. 7 s. Allen, o de Virgilio, en *En.* II 163-168), Apolodoro, *Epít.* V 13, donde la misión recae ante todo sobre Odiseo, si bien aquí Quinto parece destacar más a Diomedes—, guardias de entre los que nuestro poeta menciona a un tal Alcátoo, no atestiguado por ningún otro autor. Un Alcátoo, cuñado de Eneas, moría en *Il.* XIII 427-444, y otro personaje homónimo cae derribado en Virg., *En.* X 747.

cuando en el Ida abandonó a Paris su alma: ya no pudo verlo Helena de regreso a casa. A su alrededor, mucho lloraban por éste las Ninfas, porque aún recordaban cuántas charlas, cuando sólo era un muchacho, con él antaño se habían congregado para mantener; junto a ellas se lamentaban los ágiles pastores de las vacadas, afligidos en su corazón: en respuesta, a su vez gemían los valles[680].

Y, entonces, a la mujer del muy sufrido Príamo[681] le anunció un boyero la terrible suerte de Alejandro. Al momento, una vez ésta lo escuchó, un temblor sacudió su ánimo y sus miembros le flaquearon; y tales quejas pudo proferir:

«¡Te me has muerto, niño querido, y, tras tantas penas, una nueva pena me has dejado, por siempre ineludible, puesto que, después de Héctor, eras tú con mucho el mejor de todos mis demás hijos! Por eso ahora, en mi desdicha, yo te voy a llorar, mientras en mi pecho siga palpitando el corazón. Pues no hemos sufrido este revés sin la anuencia de los bienaventurados, sino que el Destino ha ido planeando estos fatales acontecimientos: ¡ojalá no los hubiera conocido, sino que hubiera muerto antes en paz y prosperidad, pues ya no me queda más que esperar a contemplar otros sucesos aún peores: a mis hijos asesinados, mi ciudad devastada y presa del fuego por obra de los dánaos, de violento ánimo, y,

---

680 Según Apolodoro, *Bib.* III 12, 5, e Higino, *Fáb.* 91, Paris había sido expuesto en el Ida, cuando sólo era un recién nacido, por sus propios padres, Príamo y Hécuba, quienes pretendían evitar así el cumplimiento de la profecía que había acompañado a su nacimiento —según la cual este último hijo suyo había de convertirse un día en el causante de la destrucción de su patria—; recogido luego por unos pastores, pasó con ellos su niñez y su juventud, antes de ser reconocido como príncipe de Troya. Esto explica ahora estos sentidos lamentos de esos pastores y de las Ninfas, cuya íntima relación en aquella época con Paris es también señalada por Ovidio en *Heroidas* XVI 95-98.

681 Evidentemente, Hécuba, la madre de Paris.

además, a mis nueras y a mis hijas, junto a las demás troyanas, arrastradas con sus niños bajo la forzosa imposición de un cautiverio!».

Así dijo entre quejidos. Mas su esposo de nada se había enterado: antes bien, se encontraba él junto a la tumba de Héctor, derramando lágrimas, pues, de todos sus hijos, éste era al que más apreciaba, porque era el más valiente y el que con su lanza protegía a la patria; de tanta tristeza como albergaba su prudente corazón, en efecto, no se había enterado aquél de nada relativo al otro. Helena sí lanzaba sin descanso muchos sollozos, pero una cosa eran sus gritos entre los troyanos y otra bien distinta las inquietudes de su corazón en el interior de su pecho, pues esto se decía para sus adentros:

«¡Marido, que eras para mí, para los troyanos y para ti mismo un gran azote, has muerto de forma miserable y a mí me has dejado en medio de una odiosa calamidad, pues ya no me queda sino esperar a ver desgracias aún más devastadoras! ¡Ojalá antaño me hubieran arrebatado hasta lo alto las Harpías, cuando a ti te seguí por obra del funesto Destino decretado por una divinidad! Ahora los dioses te han procurado el desastre, y no menos a mí, ¡desventurada!: de una manera que resulta indescriptible, todos ante mí se estremecen y todos aborrecen mi existencia, y no sé dónde refugiarme, pues, si huyo al campamento de los dánaos, al instante se verá mi cuerpo maltratado, y si aquí me quedo, me rodearán las troyanas y los troyanos, y al punto éstas, cada una por un lado, me van a hacer pedazos; mi cadáver no lo cubrirá la tierra, sino que lo devorarán los perros y las veloces bandadas de aves. ¡Ojalá me hubieran abatido [***], antes de contemplar estas desgracias![682]».

---

682 En medio del verso 405 se ha establecido una necesaria laguna, para la que F. Vian al menos postula, como sujeto de esa oración truncada,

Así habló, pero no tanto sollozaba por su esposo cuanto se lamentaba al recordar su horrible culpa. A su alrededor, también las troyanas aparentaban gemir por aquél, pero en su fuero interno otros pensamientos revolvían, al acordarse unas de sus padres, otras de sus maridos, otras de sus hijos, y otras de sus muy preciados parientes.

Sólo una mujer se afligía de corazón: la gloriosa Enone; mas no se hallaba entre las troyanas cuando lanzó sus plañidos, sino que permanecía lejos, en sus mansiones, gimiendo con fuerza por el lecho de su antiguo cónyuge. Cual, en la espesura de las más escarpadas montañas, se torna en hielo la nieve, esa que, derramada por las borrascas del Zéfiro, cubre en abundancia los valles, y luego, todo alrededor, quedan regadas las altas cimas, al inundarlas los húmedos chorros, y, por espesos que sean los heleros en los sotos, al brotar una fuente, se funden éstos en frías aguas[683]; así aquélla, muy afectada, se veía consumida por un odioso sufrimiento, dolida como se encontraba por su esposo legítimo. En medio de sus horribles gemidos, esto clamó para sus adentros:

«¡Ay de mí!, ¡qué necedad la mía! ¡Ay de mí!, ¡qué odiosa vida! Yo, infeliz, amé a mi esposo y con él esperaba, aun atormentada por la vejez, alcanzar precisamente este ín-

---

«las odiosas Keres»; cf. su aparato crítico en *Quintus de Smyrne*... III, pág. 32 y, ahí mismo, la n. 4.

[683] Ofrece F. Vian (*Quintus de Smyrne*... III, pág. 33, n. 5) una conveniente explicación de este complicado símil, para el que incluso A. Köchly conjeturó, dentro del verso 417, una providencial laguna donde se hiciera referencia a la acción del sol sobre esa nieve mencionada, a fin de poder justificarse así plenamente el fenómeno de deshielo descrito en los siguientes versos.

clito umbral[684] en constante armonía, pero los dioses lo dispusieron de otro modo. ¡Ojalá en el pasado me hubieran arrebatado las negras Keres, cuando lejos me iba a encontrar de Alejandro! Pero, aunque éste me abandonó en vida, yo acometeré la gran empresa de morir a su lado, porque ya no me agrada la luz del día».

En tanto que así decía, de sus párpados se derramaban lastimeras lágrimas; pensando únicamente en cómo su marido legítimo había colmado su ruina, como la cera por efecto del fuego, se iba ella consumiendo en secreto, pues respetaba a su padre y a sus sirvientas, de hermosos peplos, hasta que, venida del ancho Océano, se difundió la noche sobre la divina tierra, trayéndoles a los mortales la liberación de sus fatigas. Y, entonces, mientras dormían en sus moradas su padre y sus esclavos, abrió aquélla de golpe los portones de su mansión y marchó fuera como un vendaval; la llevaban sus veloces piernas. Como cuando, en los montes, a una ternera, atraída vivamente por un toro, su ánimo la incita a lanzarse de inmediato a paso ligero, y, loca de deseo, no teme ella al boyero, sino que la mueve una irresistible pasión, si ve acaso en la espesura a ese toro en parecido celo, así, precipitada a todo correr, pasó ésta por largos caminos, decidida a subir cuanto antes por su propio pie a la horrible pira. No se fatigaron sus rodillas, y sus piernas, a medida que avanzaba, se desplazaban cada vez más ágiles, pues la empujaban la devastadora Ker y la Cípride. Tampoco tenía miedo de las peludas fieras que en la noche se encontrara, aun cuando antes mucho la horrorizaban. Hollaba todas las rocas y escarpas de las frondosas montañas, y atravesaba

---

684 El «umbral de la vejez», «ínclito» aquí o «renombrado» por la expresión formular que HOMERO varias veces repite, *géraos oudós:* cf. *Il.* XXII 60; XXIV 487; y *Od.* XV 246 y 348; XXIII 212.

todos los barrancos. Al verla entonces desde lo alto la divina Selene, acordándose del irreprochable Endimión[685], gran lástima sintió de la que con tanta presura marchaba y, allá arriba, con su brillante resplandor le mostró su larga ruta[686].

Impaciente a través del monte, llegó allí donde también las demás Ninfas[687] se lamentaban alrededor del cadáver de Alejandro. A éste ya lo envolvía un voraz fuego, porque los pastores, tras venir a juntarse cada uno desde un lugar de la montaña, habían acumulado leña en portentosa cantidad, para así rendir el postrero homenaje y las honras fúnebres a quien fue a la vez compañero y señor[688], mientras mucho lloraban en círculo. Cuando lo contempló claramente, no lanzó aquélla ningún plañido, aunque atormentada, sino que, con su hermoso rostro cubierto por el velo, saltó al punto sobre la pira. Entonces alzó numerosos gemidos, en tanto que se abrasaba junto a su esposo; las Ninfas se quedaron atónitas, cada una en su lugar, al verla caída al lado de su marido; y, para sus adentros, una se dijo tales palabras:

«¡Realmente Paris era un necio, pues abandonó a su esposa legítima, tan fiel como era, y se trajo a una desvergonzada concubina, perniciosa calamidad para él mismo, para

---

[685] Para los amores de Selene y Endimión, cf., *supra,* los versos 128-132 (y nota 653).

[686] Todo este relato de la huida nocturna de Enone está claramente inspirado, en sus detalles, en la partida clandestina de Medea al encuentro de Jasón, contada por Apolonio de Rodas en *Arg.* IV 40-69.

[687] Enone, en tanto que hija del dios fluvial Cebrén (un río de la Tróade, cf., *supra,* nota 675), es ella misma también una ninfa, en concreto una náyade o ninfa de las fuentes (según Ovidio, *Heroidas* V 3, 10; XVI 95-98; y Cristodoro, *Antología Palatina* II 221).

[688] Como príncipe de Troya, Paris era también amo de los pastores del Ida, que en general se encontraban al servicio de su padre Príamo, pero antaño, antes de ser reconocido como tal, él mismo había habitado en ese monte y se había dedicado junto con aquéllos a la ganadería; cf. *supra,* nota 680.

los troyanos y para su villa! ¡Insensato!, que no tuvo respeto por el corazón atormentado de su muy casta mujer, quien lo apreciaba más que a la luz del sol, aun cuando él la aborreciera y no la amara».

Así hablaba consigo misma una Ninfa; entretanto, estos dos se iban abrasando en medio de la pira, olvidados de la claridad del amanecer. A su alrededor, también los boyeros se quedaron atónitos, como antaño se quedaron los arremolinados argivos, cuando contemplaron a Evadne abrazada a los despojos de su marido Capaneo, abatido por el luctuoso rayo de Zeus[689]. Pero, una vez que la devastadora llama del fuego consumió a ambos, a Enone y a Paris, y los redujo a una misma ceniza, entonces aquéllos extinguieron con vino la pira y sus huesos los depositaron en una cratera de oro. Y en torno a ella construyeron de inmediato un túmulo, y colocaron encima dos estelas, que están vueltas cada una hacia un lado, en recuerdo aún hoy de su mutuo desprecio luctuoso[690].

[689] Con el presente símil nos muestra el propio Quinto en qué episodio se ha inspirado para procurarle ahora a Enone ese final —exclusivo, pues ninguna otra fuente nos ofrece una muerte tan dramática de la ninfa; cf. el estudio de R. Goossens, «Le suicide d' Oenone...», págs. 679-689—: en el famoso suicidio de Evadne contado por Eurípides en *Supl.* 980-1113. En este pasaje Evadne se arrojaba a la pira donde ardía el cadáver de su esposo Capaneo, muerto tiempo atrás en el transcurso de la batalla de los «Siete contra Tebas» tras ser fulminado por un rayo del propio Zeus, que puso así fin a su soberbio proyecto de escalar por cuenta propia la muralla de Tebas (cf., *supra,* nota 333).

[690] Esta tumba común de Paris y Enone, si no tenemos en cuenta la mera alusión que a tal sepultura suya ofrece Dictis en IV 21, sólo nos es conocida por las referencias de Demetrio de Escepsis (historiador local del siglo II a. C.), recogidas en exclusiva por Estrabón en XIII 1, 33, donde no se nos llega a introducir ese detalle final de las dos estelas que se alzan sobre la tumba dándose la espalda.

LIBRO XI

Las troyanas, pues, se quedaron gimiendo por la ciudad, sin poder acudir ante la tumba de aquel héroe, puesto que se encontraba muy lejos de esa alta villa[691]; los jóvenes, entretanto, seguían luchando sin descanso, y la batalla no ponía fin a la matanza, a pesar de la pérdida de Alejandro, porque los aqueos lanzaban sus ataques contra la ciudad de los troyanos, y éstos, entonces, habían de salir aún fuera de las murallas, ya que a ello los empujaba la necesidad misma. Allá en el centro, por tanto, merodeaban Eris y la luctuosa Enío, parecidas de frente a las crueles Erinies, exhalando ambas de sus bocas la devastadora ruina; a su alrededor, dotadas de un ánimo despiadado, de forma atroz se enfurecían las Keres. El Terror y Ares, por otro lado, incitaban a las tropas; los acompañaba el Miedo, salpicado de rojo crúor, para que, al verlo aquellos varones, unos cobraran fuerzas, mas otros se asustaran. Por doquier, las jabalinas, las picas y los dardos de esos guerreros, cada uno por un lado, llovían ávidos de la nefasta matanza; a su alrededor se produjo el

[691] Tal tumba, evidentemente, es la de Paris, quien al final del libro anterior ha fallecido a mitad de su regreso del Ida y allí ha sido entonces rápidamente sepultado por sus antiguos compañeros.

estrépito, cuando chocaron los combatientes de ambos bandos en la contienda destructora de hombres[692].

Entonces, dio muerte Neoptólemo a Laodamante, quien se crió en Licia junto a las hermosas corrientes del Janto, al que un día, para los hombres, hizo brotar la esposa del muy resonante Zeus, la divina Leto, al desgarrar con sus manos el áspero suelo de esa muy gloriosa Licia, cuando, víctima de tan penosos dolores, la abatía el esfuerzo de un divino alumbramiento. ¡Gran tormento le causaban tales dolores de parto![693]. Cerca de éste, aniquiló a Niro en medio del combate, al acertarle con su lanza en la mandíbula: dentro de la boca, le atravesó el bronce la lengua, aún capacitada para hablar, y él, entre alaridos, recibió así la irresistible punta de esa pica, mientras, al gritar, chorreaba la sangre por su men-

[692] Al igual que al final del libro IX (cf. nota 635), Quinto se muestra excepcionalmente innovador en este comienzo del libro XI: presenta una nueva jornada de batalla *in medias res* prácticamente, sin las repetidas fórmulas introductoras del nuevo día o las escenas típicas del armamento de ambos bandos y su posterior encuentro para trabar combate (si bien todo este esquema se retomará inevitablemente, aunque con mayor concisión, en los posteriores versos 330-337, con el inicio de un nuevo día y de otra contienda, que va a ocupar, a su vez, la segunda mitad del presente libro).

[693] Una vez más se destaca la relación de Leto, y en consecuencia de sus hijos Apolo y Ártemis, con Licia (cf., *supra,* notas 260 y 656), e incluso aquí se sitúa en tal región el célebre alumbramiento de estos gemelos por parte de la que fuera sexta esposa de Zeus (justo antes que Hera: cf. las sucesivas mujeres de Zeus en HESÍODO, *Teog.* 886-929), de acuerdo con una versión opuesta a la leyenda canónica que localizaba tal parto en la isla de Delos (cf. *Himnos Homéricos* III 14-126; PÍNDARO, fr. 88 SNELL-MAEHLER; CALÍMACO, *Himnos* IV, especialmente, 36-248; APOLODORO, *Bib.* I 4, 1; HIGINO, *Fáb.* 53, 2, y 140, 2-4), pero que ofrece ahora, según una tradición ya de época imperial, el prodigioso origen del río licio Janto (ya en *Il.* II 877: nada tiene que ver con el homónimo de la Tróade), corriente que hace brotar Leto en un gesto habitual de la parturienta (cf. APOLONIO DE RODAS, *Arg.* I 1129-1131).

tón; tal luctuosa pica, finalmente, gracias al vigor de aquel robusto brazo, lo derribó en el solar de esta tierra, ya privado de vida. Le acertó también al divino Evénor un poco por debajo del costado, y le hundió la punta por medio del hígado; al momento le alcanzó la dolorosa ruina. Luego acabó con Ifitión y abatió a Hipomedonte, el poderoso hijo de Ménalo, al que dio a luz la Ninfa Ocírroe junto al curso del río Sangario: ya no pudo recibirlo ésta de regreso a casa, pues las malignas Keres, perversas ellas, la despojaron de su muchacho, y le asaltó una gran pena por su hijo[694].

Eneas[695] dio muerte a Bremonte y a Andrómaco, que se crió en Cnoso, y el otro en la muy divina Licto[696]: en un mismo sitio cayeron ambos de sus carros, con caballos de veloces cascos; se convulsionó el primero, con la garganta traspasada por una enorme pica, mientras que expiró ya el segundo, herido dolorosamente en la base de la sien por un luctuoso pedrusco, que con fuerza lanzó la robusta mano de

---

[694] En VIII 86 s. ya mataba Neoptólemo a un Hipomedonte, pero no hay duda de que nos encontramos aquí ante un personaje distinto (en el verso 99 conoceremos a otro individuo más con ese nombre): aquél debía de ser un simple soldado troyano, sobre el que no se nos daba ninguna información; del actual, en cambio, nos enteramos ahora de quiénes son sus padres y cuál es su patria (Frigia, pues por esta región corre el mencionado río Sangario: cf., *supra,* nota 531).

[695] Este héroe troyano se encargará de dar unidad, en cierto modo, a los dos episodios bélicos tan dispares del actual libro XI: en la ya iniciada batalla en la llanura, será responsable de una poderosa ofensiva que pondrá en apuros a los griegos (cf., *infra,* 129-206); y en el asedio de Troya que va a tener lugar al día siguiente, será quien de forma más eficaz detenga los asaltos enemigos. En todo caso, parece lógico que, tras la pérdida de los sucesivos aliados extranjeros y recientemente de Paris, haya de recurrir Quinto, como campeón de los diezmados troyanos, reducidos a sus propias fuerzas (en el libro IX tenía ya que sobresalir Deífobo), a este notable guerrero, del cual ya se servía a comienzos del libro X, en 26-45.

[696] Tanto Cnoso como Licto son ciudades de Creta: cf. *Il.* II 646 s.

aquél, y lo envolvió así un negro destino. Sus caballos se asustaron y, huyendo de sus aurigas, anduvieron errantes por entre los numerosos cadáveres; mas los atraparon los ayudantes del irreprochable Eneas, y se llenó de júbilo su corazón por tan preciado botín.

Más allá, alcanzó Filoctetes con una devastadora flecha a Píraso, quien huía de la batalla: le seccionó los nervios de la corva, por detrás de la rodilla, y quebró así los bríos de ese guerrero. Y uno de los dánaos, cuando lo vio lisiado, de inmediato le cortó la cabeza, al asestarle con su espada un doloroso tajo sobre el tendón cervical: recibió la tierra su cuerpo decapitado, mientras que su cabeza se echó a rodar a lo lejos, deseando aún hablar; en ese mismo instante, se marchó volando su alma.

Polidamante alcanzó con su lanza a Cleón y a Eurímaco, quienes habían llegado de Sime a las órdenes de su soberano Nireo[697], expertos ambos en ingeniar horribles cebos en los anzuelos para los peces, en arrojar las redes al mar divino, y en dirigir con sus manos, hábilmente desde la barca, el tridente contra esos mismos peces, bien derecho y rápido[698]; pero, ante la desgracia, de nada les sirvieron tales destrezas marineras.

Eurípilo[699], firme en la lucha, alcanzó al ilustre Helo, al que engendró su madre Clito, de bellas mejillas, junto a la

[697] Nireo, muerto en VI 372-391, traía sus tropas de Sime, islita entre Rodas y Cnido (cf. nota 450).

[698] Unos hombres procedentes de una isla como Sime han de poseer tales habilidades como pescadores. Los tres métodos de pesca para ellos aquí evocados, los habituales de anzuelo, red y tridente, parecen estar tomados, en su exacta sucesión, de un pasaje de Opiano, *De la pesca* IV 638 s.

[699] Cf. nota 321. Este Eurípilo no es ya el ilustre aliado misio, muerto por Neoptólemo.

laguna Gigea[700]: entre el polvo quedó tirado boca abajo, y lejos de él cayó a la par su enorme lanza. [***][701] el brazo, amputado de su fornido hombro con la funesta espada, ávido todavía de alzar la pica para la refriega, aunque en vano: no controlaba ya ese guerrero, en efecto, sus movimientos, sino que se convulsionaba aquél de la misma forma que se agita la cola cortada de una feroz serpiente, la cual no tiene fuerzas para continuar su duro empeño, el de matar a quien la ha atacado; así entonces la diestra de ese guerrero, de violento espíritu, trataba de seguir peleando en el combate, pero su ímpetu ya no la acompañaba.

Por su parte, Odiseo masacró a Eno y a Poliido, ceteos ambos[702], al derribarlo al uno con su lanza, y al otro con su dañina espada. Esténelo acabó con el divino Abante, al dispararle su jabalina: pasó ésta a través de la garganta, hasta llegar, entre dolores, al tendón de la nuca; se quebró el co-

---

[700] Se hallaba en Lidia, al norte de Sardes y del río Hermo (cf. HERÓDOTO, I 93; ESTRABÓN, XIII 4, 5; PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* V 110); ya HOMERO la menciona en *Il.* II 865 y XX 391, pero la considera aún como parte del territorio de los antiguos meonios (cf., *supra*, nota 641).

[701] Parece necesario establecer, tras el verso 70, una considerable laguna de varios más, pues el pasaje conservado a continuación ha de pertenecer, sin duda, al episodio de un nuevo combate singular, esto es, a un nuevo éxito de cierto caudillo, tal vez todavía Eurípilo. Aun cuando la sintaxis truncada pudiera ser fácilmente salvada con las debidas correcciones (y eso que el sujeto de esa siguiente oración carece de verbo en forma personal), no ocurre así con el sentido mismo de los sucesos narrados: en los versos 67-70 parece claro que Eurípilo «alcanza» a su rival Helo con un arma arrojadiza, sin duda su lanza, y que éste cae ya muerto; por tanto, la amputación de un brazo con una espada, hecho del que con tanto detalle se va a hablar en el pasaje siguiente, se revela inconcebible como una proeza más del caudillo tesalio sobre ese enemigo abatido (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 51, n. 2).

[702] Permanecen aún en la guerra las tropas del caudillo misio Eurípilo, los ceteos (cf. nota 423).

razón de ese guerrero, y le desfallecieron todos sus miembros. El Tidida acabó con Laódoco, con Melio[703] Agamenón, y Deífobo con Driante y Álcimo. Por su parte, Agénor aniquiló a Hípaso, a pesar de ser un preclaro varón, que procedía de las riberas del río Peneo[704]: ya no les pudo prodigar él a sus padres sus amorosos cuidados, puesto que una divinidad quebrantó su vida. Más allá, Toante[705] abatió a Lamo y al aguerrido Linco, Meríones a Licón, y Menelao a Arquéloco, quien habitaba a los pies de la cumbre del Córico y de la roca del muy sagaz Hefesto, que resulta una maravilla para los mortales: y es que, de noche y de día, arde allí un fuego infatigable, inextinguible; y en torno a él verdeguean unas palmeras, que producen infinitos frutos, en tanto que se abrasa su raíz junto con las piedras; sin duda alguna, todo esto lo crearon los inmortales para asombro de las generaciones venideras[706].

Al verlo acometer, Teucro se dispuso con presteza a lanzarle un dardo al hijo del irreprochable Hipomedonte, a

[703] Estas dos últimas víctimas citadas pudieran ser en realidad personajes renombrados, pero resulta extraño que Quinto entonces no se haya recreado en identificarlos: Laódoco pudiera ser un hijo de Príamo (según Apolodoro, *Bib.* III 12, 5, y aun Dictis, III 7) o de Anténor (según Homero, *Il.* IV 87); Melio también pudiera ser un Priámida (mencionado igualmente en esos dos primeros pasajes), pero para el nombre de este príncipe existen múltiples versiones (*Mélios* —la lectura de Quinto—, *Mēlios* y *Mýlios*).

[704] El famoso río de Tesalia (no el Peneo de la Élide, en nota 432): cf. ya, por ejemplo, *Il.* II 757.

[705] Cf., *supra,* nota 323.

[706] Bien conocido era en Cilicia dicho monte Córico (por la leyenda de Tifón: cf. Apolodoro, *Bib.* I 6, 3); nada más sabemos, en cambio, de esa «roca de Hefesto» o de sus palmeras prodigiosas (cf., *supra,* nota 346), aunque al menos tenemos documentados similares fenómenos sobrenaturales en otros contextos: cf. Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte* II 14, y Nono de Panópolis, *Dionisíacas* XL 469-475.

Menetes; aplicando a ello su mente, sus manos y sus ojos, se puso a apuntar desde los corvados cuernos del arco esa dolorosa flecha. De su rápida mano salió ésta contra ese guerrero: aún estaba vibrando la cuerda, cuando ya tal varón, herido, yacía convulso frente a aquél, porque, a la par que ese dardo, alcanzaron las Keres su corazón, centro donde se asientan la razón y la fuerza y donde, por tanto, son inmediatos los caminos hacia la vital de los hombres[707], muerte.

Euríalo[708], entonces, arrojó a mucha distancia, gracias a su pujante brazo, una gran piedra, y consiguió desbaratar los veloces escuadrones de los troyanos. Como cuando el guarda de un campo, encolerizado con las grullas, de prolongados chillidos, pues muy inquieto se halla por sus labrantíos, hace girar con rapidez sobre su cabeza una bella honda de cuero de buey y lanza una piedra contra aquéllas: con el silbido dispersa sus largas filas, desplegadas por el aire, y se asustan estas aves, que, chocando con estrépito, se precipitan unas contra otras, aun cuando antes marchaban en perfecto orden[709]; así los enemigos se atemorizaron ante el temible proyectil del poderoso Euríalo: no lo guió en vano la divinidad, sino que, bajo el golpe, aplastó junto con el yelmo la cabeza del fuerte Meles, por lo que un maldito hado a éste lo alcanzó.

[707] Esta peculiar idea del corazón o *kradíē* como sede a la vez del *nóos* y el *ménos* no tiene ya nada que ver con las primitivas concepciones psicológicas de Homero: propone F. A. García Romero (cf. «Aportaciones al estoicismo de Quinto de Esmirna...», págs. 120-124) el reflejo aquí, en realidad, de la noción estoica del corazón como centro de la conciencia y sede del *hēgemonikón* o principio rector.

[708] Cf., *supra*, nota 316.

[709] Para la interpretación de este extenso y enrevesado símil, nos remitimos al estudio monográfico de D. Gigli en «La similitudine delle gru in Quinto Smirneo...», págs. 89-92.

Unos a otros se daban muerte, y por los alrededores gemía la tierra. Como cuando, al desencadenarse con violencia un viento infinito, bajo sus ráfagas de sordo estruendo, cada uno por un lado, caen los enormes árboles de un bosque de extensa superficie, arrancados de raíz, y retumba alrededor todo el territorio; así cayeron aquellos hombres en el polvo, y de forma indecible resonaron sus armas, con lo que mucho rugió esa tierra. Los demás no atendían sino al cruel tumulto, ocasionando entre ellos la desgracia.

Y, entonces, se llegó el excelso Apolo al lado de Eneas y del valiente Eurímaco Antenórida[710], pues, en esa algazara, para luchar contra los muy vigorosos aqueos, especialmente próximos entre sí estos dos se habían colocado, como, bajo el yugo de la carreta, un par de robustos bueyes con la misma edad (y es que no ponían fin a la contienda). Al punto, estas palabras les dijo ese dios, tras haber tomado la apariencia de un sirviente del Flechador, el adivino Poliméstor, al que engendró su madre cerca de las corrientes del Janto[711]:

«Eurímaco y Eneas, prole de dioses, no es decoroso que vosotros cedáis ante los argivos, pues ni siquiera el podero-

[710] Este «hijo de Anténor» (y prometido de Políxena, según XIV 320-323), no es conocido por Homero, pero debía de tener notable presencia en las posteriores leyendas del ciclo épico. Según Pausanias, X 27, 3, en una de las pinturas de Polignoto en la Lesque de Delfos, la dedicada a escenas de la toma de Troya (cf., *supra,* nota 140), aparecía Eurímaco representado como uno de los troyanos supervivientes.

[711] El «Flechador» es el propio Apolo *(Hékatos,* esto es, literalmente, «El que desde lejos alcanza»: cf. *Il.* I 385, VII 83...), quien, dada su faceta de dios de la profecía, tiene a su servicio a este adivino Poliméstor, del que nada más sabemos que lo que aquí se nos indica. Por su relación con el Janto, nos imaginamos al menos que es troyano, pero incluso nos quedamos sin conocer el nombre de su madre, contra lo que es habitual para Quinto en este socorrido recurso de presentación de personajes.

so Ares, en persona, se alegraría de haceros frente, si contra él quisierais batallar en la refriega, porque lejos queda aún el final que para vuestras respectivas vidas hilaron las Moiras».

Tras hablar así, se confundió con los vientos y se hizo invisible; mas, en su espíritu, notaron ellos el ímpetu del dios. Al punto, se propagó por estos dos una audacia infinita, y en su pecho sus ánimos se enfurecieron: saltaron entonces sobre los argivos[712], semejantes a crueles avispas, que, con dañino encono, de buena gana cargan contra las abejas, cuando en otoño las ven dar vueltas alrededor de los racimos maduros o salir de la colmena; así, con presteza, saltaron los hijos de los troyanos sobre los aqueos, hábiles guerreros[713]. En tanto que éstos luchaban, se alegraban las tenebrosas Keres; sonrió Ares y lanzó Enío un grito espantoso: mucho resonaron las centelleantes armas de esos combatientes. Con sus invencibles manos, iban diezmando ellos a las incontables muchedumbres de los enemigos: sucumbían sus tropas de la misma forma que las mieses en la esta-

[712] Con un desarrollo similar al de esta escena, en *Il.* XIII 43-82 Posidón, bajo la figura de Calcante, se aparecía ante los dos Ayantes también para darles ánimos y renovar sus fuerzas de cara al combate.

[713] Todo este símil acaba por resultar sorprendente (en definitiva, no está exento de sospecha: tal vez se compusiera originalmente para otro contexto): en un principio, se va a aplicar a Eneas y Eurímaco, pero es evidente que su imagen, con esos enjambres de avispas lanzados sobre los de las abejas, se refiere sin duda (¡como además indica la propia conclusión de tal símil!) al conjunto de las tropas troyanas («los hijos de los troyanos» del verso 150) cargando sobre las griegas (más aún, hasta el verso 166 la acción no se centrará otra vez claramente en esos dos héroes: en los versos anteriores a éste, en cambio [el nuevo símil de 156-160 también lo sugiere], aún parece hablarse del estrago general provocado por los troyanos, con lo que, ante esta desconcertante situación, conservaremos la ambigüedad en la traducción: ¿el «ellos» de 154 y 162 se refiere, a pesar de todo, a Eneas y Eurímaco, o a todo el ejército troyano acompañante?).

ción del tórrido verano, durante la cual sus brazos apresuran los fogosos segadores, tras repartirse por las extensas fanegas de una infinita campiña; así sucumbían a sus manos innumerables escuadrones: cubierta de cadáveres, estaba en torno inundada de sangre la tierra; y en su ánimo se complacía Eris con los muertos. No detenían ellos el nefasto combate, sino que, como feroces leones sobre los rebaños [***][714]; y éstos[715] no pensaban más que en la miserable fuga, por lo que huían de esa devastadora guerra cuantos albergaban aún en sus piernas una fuerza intacta. Mas, sin cesar, acosaba el hijo del valiente Anquises por detrás a sus enemigos, estragándolos con su pica por la espalda, y otro tanto hacía Eurímaco a su vez; al verlos desde lo alto, se confortaba el imperecedero corazón de Apolo, el Confortador[716]. Como cuando suelta un hombre a sus fuertes perros contra unos cerdos que a las espigas maduras se encaminan, antes de que la mies haya caído abatida por los segadores, y aquéllos, al verse atacados, se espantan y ya no se preocupan por la comida, sino que en tropel dan la vuelta, entregados a una penosa fuga, mas pronto los alcanzan esos perros

[714] A mitad del verso 163 hay que establecer una laguna, de acuerdo con A. Köchly (previamente intentó evitarla L. Rhodomann: cf. el aparato crítico de F. Vian en *Quintus de Smyrne*... III, pág. 55).

[715] Los griegos, evidentemente (y a pesar de la laguna): son ellos quienes están siendo ahora arrollados.

[716] Adoptamos la acertada traducción de F. A. García Romero, la cual conserva el juego de palabras que parece presentarse en 168 s.: *iaíneto... /... Iēíou Apóllōnos,* pasaje en el que Quinto le aplica a Apolo un peculiar epíteto que tal vez leyera en su edición del texto de Homero, pues, a pesar de resultar *Iéios* una forma más bien de corte lírico (cf. Píndaro, *Peanes* II 35), figura ya como variante en *Il.* XX 152. En todo caso, no parece existir relación etimológica entre este adjetivo y ese verbo *iaínomai.*

a la carrera y por detrás los muerden de forma implacable, mientras escapan entre agudos gruñidos, hecho que satisface a aquel dueño de los campos; así se confortaba Febo, al ver cómo huía de la guerra el nutrido ejército de los argivos. Pues ya no se preocupaban éstos de viriles hazañas: antes bien, rogaban a los dioses que con rapidez sus piernas los llevaran, ya que sólo en esas piernas suyas residía aún la esperanza del regreso, pues, lanzados con sus picas, a todos ellos los acometían Eurímaco y Eneas, seguidos además por sus compañeros.

Entonces uno de los argivos, o confiado del todo en sus fuerzas, o bien por voluntad de una Moira deseosa de exterminarlo, detuvo su caballo, que huía de la horrísona guerra, y le obligó a volverse hacia la algazara, para así batallar contra los enemigos. Pero Agénor, de poderoso ánimo, se adelantó a asestarle un doloroso golpe en el bíceps con su hacha de doble filo: debido a la violencia de ese hierro, cedió incluso el hueso del brazo herido; segó también con facilidad sus nervios, y las venas dejaron brotar su sangre. Se abrazó aquél a la cerviz de su caballo, mas al punto cayó abajo entre los cadáveres; con todo, dejó aún esa robusta mano suya con firmeza agarrada al bien corvado freno, como si fuera la de una persona viva: resultaba ello una gran maravilla, porque, ensangrentada, colgada quedó de la rienda y, por designio de Ares, causaba terror a los adversarios (se diría que, sin renunciar a la acción, aún ansiaba seguir cabalgando, pero lo que tal caballo portaba no era más que un resto de su fallecido amo).

Y Eneas abatió a Etálides, al acertarle con su lanza en la cintura: la punta lo traspasó hasta salirle cerca del ombligo, y arrastró consigo las vísceras; entre el polvo quedó él tirado, sujetándose con las manos, a la par, esa asta y sus intestinos, en medio de los más terribles gemidos; clavó los dien-

tes en la tierra, bramando de dolor, y su alma y sus pesares abandonaron a ese guerrero.

Los argivos estaban asustados, semejantes a unos bueyes, a los que, llenos de un incesante ardor bajo el yugo del arado, un tábano, ávido de sangre, pica bajo los ijares con su largo aguijón, y aquéllos, de forma indecible atribulados, huyen lejos de su tarea, lo que aflige a su amo por doble motivo, al inquietarse por la labor interrumpida y temer por esos mismos bueyes, no sea que el arado se les eche encima por detrás y el hierro inexorable de la reja, alcanzando sus patas, llegue a seccionarles los tendones: así se espantaban los dánaos, y por ellos se afligía el corazón del hijo de Aquiles; mucho hubo éste de gritarles, para poder contener a la tropa:

«¡Ah, desgraciados! ¿Por qué escapáis, semejantes a estorninos, a los que, tras llegárseles de frente, espanta un halcón? ¡Ea, vamos! ¡Aunad vuestros ánimos, puesto que mucho mejor es morir en la guerra que emprender la cobarde fuga!».

Así habló, y ellos le obedecieron: de inmediato infundieron en sus entrañas un espíritu audaz. Aquél, con orgullosos pensamientos, se abalanzó sobre los troyanos, blandiendo en sus manos su veloz lanza; lo seguía el contingente de los mirmídones, quienes abrigaban en su pecho una violencia comparable a una tempestad: en ese tumulto, pues, recobraron los argivos el aliento. Al punto, con unos ánimos iguales a los de su querido padre, dio muerte aquél a uno tras otro en esa refriega: sus rivales se batieron en retirada, como las olas, que, muy acrecidas por la borrasca del Bóreas, desde alta mar ruedan encrespadas contra las playas, mas entonces otro vendaval, surgido de alguna parte, contra ellas choca de frente, desencadenado en un potente huracán, y las aparta de las costas, cuando ya son débiles los soplidos

de ese Bóreas; así a los troyanos, que antes acometían a los dánaos, los hizo retroceder el hijo de Aquiles, parejo a un dios, aunque sólo un poco, puesto que el excelso ímpetu de Eneas, de audaz espíritu, no les permitía huir, sino que les instaba a permanecer con osadía en esa algazara. Entre ambos bandos, mantuvo Enío equilibrada la contienda. Y, frente a Eneas, no llegó el hijo de Aquiles a blandir la lanza de su padre, sino que hacia otro lugar dirigió su furor, porque Tetis, de espléndido peplo, por respeto a la Citerea, desvió los bríos y la gran fuerza de su nieto contra la muchedumbre de las demás tropas[717]. Entonces, mató el uno a muchos de los troyanos, y abatió el otro a innumerables huestes de los aqueos. Debido a esos masacrados en la batalla, se alegraban las aves, ansiosas por desgarrar las vísceras y las carnes de tales varones; por contra, se lamentaban las ninfas, hijas del Simunte, de bello caudal, y del Janto.

Y allí siguieron aquéllos peleando; una infinita polvareda levantaron los infatigables vientos: en las alturas, oscureció ésta todo el divino aire, como una opaca niebla, que no permitió ver tampoco la tierra, sino que cegó los ojos de los mortales. Pero, aun así, continuaron ellos la lucha: al que caía en sus manos, sin más contemplaciones lo mataban, aunque fuera el amigo más querido, pues, en medio de ese tumulto, no era posible reconocer ni a un adversario atacante ni a un compañero; de las tropas se había adueñado la

---

[717] Afrodita, la «Citerea» (cf., *supra,* nota 552) es la madre de Eneas, por lo que no desea Tetis que su nieto Neoptólemo ponga ahora en apuros al hijo de su respetada compañera. Esto es una excusa ideada por Quinto, a fin de cuentas, para evitar un duelo, esperado a estas alturas, pero inaceptable por la tradición del Ciclo, entre los actuales campeones de los bandos enfrentados.

confusión. Y, sin duda, se habrían mantenido en ese desconcierto y así cruelmente habrían perecido todos a la par, derribados por los mutuos golpes de sus devastadoras espadas, si, desde el Olimpo, atormentados como se hallaban, no les hubiera socorrido el Cronión, arrastrando lejos de la contienda la polvareda y aplacando el funesto vendaval.

Pudieron así ellos seguir aún combatiendo: su esfuerzo se les hizo mucho más llevadero, pues ya acertaban a ver si, en esa refriega, era necesario aniquilar a un guerrero enemigo o bien esquivarlo[718]. Y, unas veces, rechazaban los dánaos a la muchedumbre de los troyanos, mas otras, por su parte, los troyanos a las filas de los dánaos. Resultaba horrible la contienda: semejantes a copos de nieve caían los dardos, venidos desde ambos bandos. Asaltaba el miedo a los pastores, que desde algún lugar de los montes ideos observaban los acontecimientos; incluso uno de ellos, alzando hacia el éter sus manos, rogaba a los celestiales que, por obra de Ares, sucumbieran todos los enemigos, y que los troyanos tomaran un respiro en esta luctuosa guerra y llegaran a ver, por fin, el día de la libertad. Pero aquéllos no lo escuchaban, pues otros proyectos revolvía el Destino, de muchos lamentos: no respetaba al prodigioso Zeus ni a ningún otro de los inmortales, ya que en modo alguno pueden ser alterados sus horribles designios, cualquiera que sea la suerte que, con el nacimiento de un hombre, de un hombre o de una ciudad[719], quede hilada en su ineludible trama; bajo

[718] A un enemigo también, aunque en este caso superior, ante el que no se tiene oportunidad. Por tanto, no se mantiene aquí la disyuntiva, entre enemigos y camaradas, planteada antes en 253 s.: no se trata ya de esquivar a un compañero, lo cual resulta ahora evidente, una vez restablecida la situación de la batalla.

[719] Con el añadido de la ciudad como elemento también sometido al Destino (cf. nota 18), Quinto parece reflejar, lo cual es una referencia

su poder se hallan todas las cosas: unas perecen, otras prosperan. Bajo sus dictados, por tanto, se recrudecieron entonces la lucha y la pelea entre los troyanos, que a caballo combaten, y los aqueos, que de cerca combaten. Se procuraban entre sí, sin descanso, la matanza y un sino despiadado, pues a ninguno le asaltaba el miedo, sino que con decisión batallaban (y es que es la audacia la que arrastra a los hombres hacia las armas).

Pero cuando ya muchos sucumbieron en el polvo, entonces en los argivos se acrecía más y más la audacia por voluntad de la valiente Palas, que bien cerca de la contienda se había llegado para defender a esos argivos, ansiosa por devastar la ínclita ciudad de Príamo. Y, entonces, al muy glorioso Eneas la divina Afrodita, que mucho gemía aún por la pérdida de Alejandro, con presteza lo arrebató en persona de la guerra y de la devastadora contienda, para lo que hubo de envolverle en una espesa bruma[720]; en efecto, no le estaba destinado a aquel guerrero, en medio de ese fragor, seguir luchando contra los argivos delante de la elevada muralla. Por eso también evitaba ella sobremanera a la muy sagaz Tritogenía, quien de corazón deseaba asistir a los dánaos, no fuera que esta diosa acabara con aquél incluso con-

---

anacrónica para la edad heroica en la que aquí nos hemos de situar, el concepto de la *Týchē póleōs*, tan difundido en las épocas helenística e imperial, y de una forma notoria por el Oriente Próximo, donde se hallaba la patria de nuestro poeta.

[720] Ya en *Il.* V 311-317 intentaba Afrodita rescatar a su hijo Eneas con una protección similar. Su otro favorito en la Guerra de Troya (cf. los reproches de Enone en X 318) era Alejandro o Paris: cf. en *Il.* III 373-382 la protección que igualmente le brindaba en medio de un desesperado combate.

tra el parecer de las Keres, pues ya antaño ni al propio Ares lo rehuyó, aun cuando era él mucho más fuerte[721].

Los troyanos ya no permanecieron en el frente de batalla, sino que hacia atrás se retiraron con el corazón estupefacto, pues, semejantes a fieras carnívoras, sobre ellos saltaron los argivos, muy ávidos de Ares. A medida que iban ésos siendo abatidos, de sus cadáveres se cubrían los ríos y la llanura; sin cesar, pues, caían muchos en el polvo, hombres y caballos, y numerosos carros de combatientes derribados se encontraban desperdigados. Por doquier corría abundante sangre, cual si fuera lluvia, pues sobre ese tumulto se cernía el funesto Destino. Y allí yacían aquéllos, traspasados por las espadas o las picas, de igual modo que unos leños diseminados por la playa, cuando, a orillas del mar, de sordo retumbo, tras soltar de las muy resistentes clavijas las incontables ataduras, unos hombres desmantelan las largas vigas y el maderamen de una balsa de alta borda, y por doquier esa extensa playa se cubre de troncos, a los que viene a bañar el negro oleaje[722]; así yacían muertos aquéllos, entre el polvo y la sangre, olvidados del conflicto de muchos llantos.

En su huida de ese despiadado combate, lograron unos pocos penetrar en la ciudadela, eludiendo un abrumador desastre. Sus esposas e hijos despojaron a sus ensangrentados cuerpos de todas las armas, teñidas de nefasto crúor; a todos ellos les prepararon baños calientes; por toda la villa, además, corrían los médicos hacia las casas de los jóvenes heri-

---

[721] Alusión al enfrentamiento entre Atenea y Ares en *Il.* V 846-867: enviaba la diosa a Diomedes contra su violento rival y el héroe conseguía herirlo de una lanzada gracias a su asistencia (cf. ya nota 577).

[722] Remitimos a F. Vian *(Quintus de Smyrne...* III, pág. 61, n. 2) para un comentario de este complicado símil, con su intrincada imagen del desmantelamiento en una playa de cierta embarcación.

dos, apresurándose a sanar sus heridas; gemían las esposas y los niños por los que habían regresado de la guerra, pero también lanzaban gritos por los muchos ausentes. Y aquéllos, domeñados en su corazón por un odioso sufrimiento, yacían entre graves gemidos de dolor, y no atendían a la comida, después de tantas fatigas; por contra, para reclamar su forraje, relinchaban sin parar sus veloces caballos. A su vez, junto a sus tiendas y sus naves, se afanaban los aqueos en las mismas ocupaciones que los troyanos[723].

Mas cuando por encima de las aguas del Océano condujo Eos sus resplandecientes caballos, y se despertaron las naciones de los hombres, entonces los belicosos hijos de los argivos, de gran vigor, marcharon unos contra la alta ciudad de Príamo, mas otros se quedaron en las tiendas con los guerreros heridos, no fuera que una peligrosa tropa cargara en algún momento contra las naves y de ellas se apoderara, reportando así alegría a los troyanos[724]. Éstos decidieron luchar contra los argivos desde los torreones: se desató una dura batalla[725].

---

[723] Este paralelismo final de las tareas de los griegos con las de los troyanos queda forzado e injustificado: a diferencia de éstos, aquéllos se han impuesto en la batalla y se han retirado en óptimas condiciones.

[724] Tampoco se comprende esta excesiva precaución de los exitosos griegos ante un improbable ataque por sorpresa de sus desanimados y acorralados enemigos (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 42).

[725] La jornada de batalla que ha de ocupar esta segunda parte del libro XI va a consistir en un asedio a las murallas de Troya, es decir, en una *teichomachía* (este tipo de contienda ya en VIII 369-480). La tradición del ciclo ofrecía, a estas alturas de la guerra, un asalto tal (cf. el resumen de la *Pequeña Ilíada* en Proclo, pág. 107, lín. 2 Allen), pero Quinto cuenta con gran libertad para tratar ahora este insignificante episodio: por un lado, recurre a diversos pasajes homéricos —especialmente, por supuesto, a los de la «*Teichomachía*» del canto XII de la *Ilíada*—; pero, por otro, tiene ante todo aquí presente el célebre asalto de los «Siete contra Tebas», contado en las *Fenicias* de Eurípides a lo largo de 1090-1199: por ejem-

Delante de la Puerta Escea, peleaba el hijo de Capaneo junto con Diomedes, comparable a un dios[726]. A ellos, desde lo alto, mediante flechas y pedruscos los contenían Deífobo, firme en la lucha, y el fuerte Polites[727], así como el resto de sus compañeros: al ser alcanzados, retumbaban los cascos y los escudos de aquellos varones, protecciones que a los jóvenes libraban de la dolorosa muerte y del inexorable hado. En torno a las Puertas Dardanias, lidiaba el hijo de Aquiles, y a su alrededor combatían todos los mirmídones, avezados al brutal conflicto. A ellos, con infinitos dardos, de la muralla los rechazaban audazmente Héleno y Agénor, de poderoso ánimo, a la vez que por la refriega animaban a los troyanos, quienes también peleaban con decisión en defensa de los muros de su querida patria. En las puertas que daban a la llanura y a las naves, de ligero curso, combatían sin descanso Odiseo y Eurípilo; a ellos, lleno de orgullosos pensamientos, con piedras los retenía el excelso Eneas lejos de ese elevado baluarte. Y junto a la corriente del Simunte, sostenía un doloroso combate Teucro, experto en el manejo de la lanza. Cada uno, en su puesto, arrostraba sus propias calamidades[728].

---

plo, la famosa escalada y consiguiente muerte de Capaneo (cf., *supra,* nota 689), evocadas en esa tragedia en 1172-1186, sin duda le sirven a nuestro poeta de modelo para la fracasada ofensiva que acometerá Alcimedonte a lo largo de los venideros versos 447-473.

[726] No es casual que se encabece la enumeración de los caudillos griegos asaltantes con los jefes argivos Esténelo y Diomedes, pues son los hijos, respectivamente, de Capaneo (cf. nota 333) y de Tideo, dos de los más ilustres próceres de entre los «Siete contra Tebas».

[727] Cf., *supra,* nota 579.

[728] En todo este pasaje distingue Quinto cuatro únicos grupos de asalto, sin duda porque entiende que son cuatro las entradas o puertas de las murallas de Troya, aunque sólo llega a dar los nombres de las dos que ya mencionaba Homero (varias veces evocadas en nuestra obra: cf. nota

Y, entonces, los gloriosos guerreros que rodeaban al valiente Odiseo, de acuerdo con su astuta estratagema, prepararon sus escudos para los trabajos de Ares y los colocaron sobre sus cabezas, disponiéndolos uno junto a otro; de un solo movimiento, cerraron toda la formación[729]. Dirías que era un techo cubierto arriba por sólidas tejas, el cual en la mansión no deja penetrar ni las infinitas ráfagas de un viento de húmedos soplos ni la indecible lluvia venida de

259): las célebres Puertas Esceas (*Il.* III 145, 149 y 263; VI 237, 307 y 393...) y las Dardanias (*Il.* V 789; XXII 194 y 413).

[729] En el extenso episodio que se va a desarrollar, pues, los griegos han de recurrir como sistema de asedio nada menos que a la *testudo* o «tortuga», técnica militar propiamente romana, un nuevo anacronismo flagrante para la edad heroica (cf. ya M. Wh. Mansur, *The treatment of Homeric characters...*, pág. 57); con todo, los orígenes de la táctica han de encontrarse en el homérico *synaspismós* (cf. *Il.* XIII 131-133 o XVI 212-217; y cf. también, por ser modelo, según nota 725, para la actual *teichomachía,* Eurípides, *Fen.* 1105), estrategia que se podía ya emplear, en formación apretada y con los escudos sobre las cabezas, también para el asalto de unas murallas (cf., asimismo, *Il.* XII 137 s. y Eurípides, *Fen.* 1178). Respecto a las posibles fuentes de este episodio (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 44-47), parece claro que, en la primera parte de su narración (a lo largo de 358-378), Quinto se inspira en un pasaje de Apolonio de Rodas (*Arg.* II 1046-1089, donde de forma similar se cubren con sus escudos los Argonautas), pero, para el resto del relato, más problemático, R. Keydell («Quintus von Smyrna und Vergil...», págs. 254-256) entiende que el modelo directo de nuestro poeta es el propio Virgilio (con su *testudo* de *En.* IX 503-520), mientras que F. Vian (igualmente, *Recherches...*, págs. 52-55) propone más bien un precedente común de época helenística, tal vez un desaparecido poema épico sobre el asedio de Tebas, o incluso sobre el de Troya, que les habría servido a la vez de inspiración a Virgilio y a Quinto, e incluso a Lucano (en *Farsalia* III 474-486, con lo que se desecharía asimismo la posibilidad de que nuestro autor hubiera llevado a cabo precisamente una contaminación entre los pasajes de estos dos escritores latinos).

Zeus; así de compactos marchaban los escuadrones de los argivos, apretados bajo sus adargas de cuero de buey: trabados en un único cuerpo, un solo corazón tenían para la batalla. Y, allá en lo alto, los hijos de los troyanos les arrojaban pedruscos, que, como si rebotaran de una áspera roca, rodaban sobre la firme tierra; muchas lanzas, dardos luctuosos y dañinos venablos se clavaban en esas tarjas, mas otros en el suelo, y otros muchos volaban en vano a lo lejos, desviados por los proyectiles arrojados de todas partes. Pero aquéllos, ante el indescriptible retumbo, no se amedrentaban ni retrocedían, cual si escucharan el rumor de las gotas de lluvia; a los pies de la muralla, pues, avanzaban a cubierto todos juntos, y ninguno llegaba a separarse: seguían en formación cerrada, como una oscura nube que, a mitad del invierno, desde lo alto del éter despliega acaso el Cronión con amplitud. En torno a tal escuadrón, un potente estrépito y un gran ruido provocaban los pasos de los hombres en marcha; lejos se llevaban los vientos el polvo, levantado apenas a ras del suelo por detrás de esos jóvenes; sonaban sus confusas voces como el zumbar de las abejas en las colmenas; en abundancia salía su atropellado resuello, y, al respirar la tropa, incluso un vapor esparcía. Una infinita alegría experimentaban en su corazón los Atridas, que se gloriaban al contemplar aquel impertérrito parapeto en la horrísona guerra. Y, apiñados en su asalto a las puertas de Príamo, vástago de los dioses, con sus segures de doble filo, se aprestaron a abrir una brecha en los enormes muros, y a tirar a tierra tales puertas tras arrancarlas de sus goznes. Mantenía sus esperanzas este bravo proyecto; pero no les bastaron ni sus adargas ni sus fogosas hachas, puesto que el impetuoso Eneas, lleno de ardor, les lanzó la descomunal piedra que entre ambas manos agarraba, y con una lamentable muerte abatió a los guerreros a los que por sorpresa cogió bajo sus escudos,

como en los montes a las cabras, que bajo un risco se encuentran paciendo, la violencia de un peñasco descuajado, por lo que se estremecen cuantas allí a su lado ramonean; así de atónitos se quedaron los dánaos. Siguió éste arrojándoles piedras encima, una tras otra, y se desbarató por completo aquel escuadrón. Como cuando, en los montes, desde el cielo desgarra el Olímpico Zeus, gracias a sus truenos y su llameante rayo, uno en cada sitio, los riscos agrupados en torno a una misma cima, y, por los contornos, los pastores y cuantos otros [***] todos se espantan[730]; así temblaron los hijos de los aqueos, porque, en un instante, destrozó Eneas aquel parapeto contra la guerra, formado por inquebrantables escudos, ya que le otorgó un dios una audacia infinita. Nadie se atrevía, en esa batalla, a mirarlo de frente, porque, sobre sus fornidos miembros, resplandecía su armadura parecida a portentosos relámpagos; y cerca de él se había colocado el terrible Ares, con su cuerpo oculto por la tiniebla, y se ocupaba de dirigir contra los argivos todos los dardos, causándoles así la ruina y el horrible miedo. Luchaba aquel héroe como cuando, indignado, desde el cielo masacró el Olímpico Zeus, en persona, a la soberbia raza de los espantosos Gigantes, y hubo de sacudir entonces la tierra infinita, así como a Tetis, al Océano y el firmamento. ¡Todo alrededor se conmovían los miembros de Atlante bajo los embates del invencible Zeus![731]; así, por obra de Eneas, sucumbieron

[730] En medio de este verso 404 estableció A. Köchly una laguna que evitaba corregir en vano los manuscritos: en la parte perdida se debía de aludir a los rebaños que acompañan a esos pastores y que se asustarían también ante los desprendimientos descritos en el actual símil.

[731] Quinto evoca aquí en apariencia la batalla que libró Zeus, junto con los demás dioses Olímpicos, contra los Gigantes, la Gigantomaquia (cf. nota 32), si bien los cataclismos que ahora rememora (recuérdense ya los de VIII 461-469: cf. nota 584) y las antiguas divinidades que nombra, es decir, tanto Tetis (*Tēthýs*) y Océano (cf. notas 118 y 119) como el famoso

en la batalla los escuadrones de los argivos: encolerizado con los enemigos, en efecto, corría él por toda la muralla, y con sus manos arrojaba todo lo que iba encontrando, ansioso como estaba por combatir, puesto que numerosos pertrechos para la nefasta contienda se hallaban depositados sobre los muros de los Dardánidas[732], firmes en la lucha; gracias a estos proyectiles, con su gran poder desencadenado, rechazó Eneas al nutrido ejército de los enemigos, y, en torno a él, se hicieron fuertes los troyanos. Alrededor de la ciudad, se adueñó de todos una nefasta angustia: murieron muchos, tanto aqueos como troyanos; grandes gritos se lanzaron desde ambos bandos: Eneas instaba a los troyanos, amantes de la guerra, a pelear con decisión por su ciudad, sus esposas y sus propias vidas, mas el hijo de Aquiles, firme en la lucha, exhortaba a su vez a los argivos a permanecer junto a las ínclitas murallas de Troya, hasta que tomaran la ciudad y le prendieran fuego. A ambas huestes las envolvía un luctuoso e indecible vocerío, en tanto que peleaban el día entero en esa refriega; no había un respiro de aquella guerra, deseosos como estaban, en sus adentros, los unos de tomar la ciudadela bajo los golpes de Ares, los otros de mantenerla a salvo.

Ayante, por su parte, como peleaba lejos de Eneas, de audaz espíritu, podía arrojar sobre los enemigos a las malignas Keres gracias a sus certeros lanzamientos, ya que unas

---

Atlante, condenado, dado su descomunal tamaño, a sostener sobre sus hombros la misma bóveda celeste (cf. Homero, *Od.* I 52-54; Hesíodo, *Teog.* 517-520; Esquilo, *Prometeo Encadenado* 347-350; Apolodoro, *Bib.* I 2, 3, y II 5, 11; o Higino, *Fáb.* 150, 2), parecen situarnos más bien en los eventos de la Titanomaquia (cf., *supra,* nota 96).

[732] Los troyanos, en tanto que son el pueblo descendiente de Dárdano: cf. nota 37, y también, para Príamo ya como «Dardánida» (en X 93), nota 649.

veces volaba derecho un dardo por los aires, mas otras unos dañinos venablos. A uno tras otro dio muerte; sus rivales, arredrados ante el vigor de aquel irreprochable guerrero, ya no permanecieron en este fragor: abandonó esa tropa las murallas. Y, entonces, su ayudante, el mejor con mucho de los locrios en el combate, Alcimedonte[733], de gran ánimo, fiado en su rey, en sus propias fuerzas y en su juvenil audacia, ávido de guerrear, con pie veloz subió a una escala, para así abrirles a sus compañeros un amargo camino hacia la ciudad. A modo de protección, se colocó el escudo sobre la cabeza, y comenzó a ascender por ese funesto camino, albergando en su corazón intrépidos designios; unas veces blandía en la mano su inexorable lanza, mas otras seguía trepando hacia arriba: con rapidez se movía por tal sendero en las alturas. Y, sin duda, habría resultado un azote para los troyanos, si, cuando ya se asomaba y lograba ver la ciudad desde el elevado baluarte por primera y última vez, sobre él no se hubiera abalanzado Eneas, ya que a éste, por retirado que se encontrara, no le pasó inadvertido su asalto. Le alcanzó, pues, con una amplia piedra en la cabeza, y el gran ímpetu de semejante varón, de violento espíritu, incluso llegó a hacer trizas la escala. Se precipitó aquél desde lo alto, como una flecha desde la cuerda del arco; lo siguió un devastador hado, volteado como había salido hacia atrás: al punto se mezcló su luctuosa alma con el aire, antes de que contra la dura tierra chocara. Se desplomó sobre el suelo ya sólo con la coraza, porque lejos se le habían extraviado su robusta lanza, su ancha taja y su sólido yelmo. A su alrededor gimió la tropa de los locrios, al contemplar a ese guerrero abatido por una horrenda calamidad: aquí y allá, en efec-

---

[733] Este guerrero locrio (cf. notas 45 y 304) ya ha intervenido antes en combate en VI 556-567.

to, estaban desparramados sus sesos fuera de su melenuda cabeza; quedaron destrozados todos sus huesos y sus ágiles miembros, salpicados de funesto crúor[734].

Y, entonces, el excelso hijo de Peante, comparable a un dios, cuando vio a Eneas lleno de ardor por las murallas, con violencia igual a la de una fiera, le disparó al momento una flecha, tras enfilarla contra ese perínclito varón. Y no erró su blanco, aunque no logró, a través del invencible escudo, tocar su hermosa piel (pues tal saeta la desvió la Citerea, así como la propia tarja), sino que apenas rozó el cuero de la adarga. Mas no cayó en vano al suelo, sino que fue a golpear a Mimante, justo entre la tarja y el yelmo de crines de caballo: se desplomó éste de la torre, como de una roca derriba un hombre con su luctuoso dardo a una cabra montés; así cayó aquél, tras lo que quedó tendido y lo abandonó la vida sagrada[735]. Encolerizado por su compañero, arrojó Eneas una roca y mató a un noble camarada de Filoctetes, a Toxecmes: le aplastó la cabeza, pues le destrozó, junto con el casco, todos los huesos del cráneo; se le quebró así su espléndido corazón. A aquél le gritó, a gran distancia, el hijo del ilustre Peante:

«¡Eneas! ¿En tu fuero interno acaso te crees ser el mejor, aun cuando peleas desde unos muros, donde contra los enemigos luchan las débiles mujeres? ¡Si eres hombre, sal con tus armas fuera de la muralla, para que conozcas al audaz hijo de Peante con la pica o con los dardos!».

Así dijo; mas, por mucho que lo deseara, no le respondió el audaz vástago de Anquises, puesto que, sin descanso, un angustioso combate se había suscitado en torno a las

[734] Para la fuente de inspiración de este episodio de Alcimedonte, cf. nota 725.

[735] *Hieròs aiṓn,* mera variante, en apariencia, del ya bien conocido concepto del *ámbrotos aiṓn* o «vida inmortal» (cf. nota 204).

enormes murallas y la villa: no detenían, por tanto, esa nefasta refriega, ni, atormentados largo tiempo por Ares, había descanso para su fatiga; pero se revelaban inútiles sus esfuerzos[736].

---

[736] La conclusión evidente en este final del libro XI es que los empeños de los griegos por tomar de una vez Troya siguen resultando ineficaces: la idea se va a recoger también al comienzo mismo del siguiente libro (en XII 1 s.) y con ella trata de justificar Quinto que, a pesar de su indiscutible superioridad de fuerzas y de la devastadora presencia en su bando de Neoptólemo y Filoctetes (que se suponía fatalmente decisiva para la resolución a su favor del conflicto), tengan ya que recurrir los griegos de inmediato a la inesperada treta del celebérrimo caballo de madera, renunciando con ello a nuevos intentos de acción militar directa.

LIBRO XII

Mas cuando tantas y tantas fatigas arrostraban alrededor de las murallas de Troya los dánaos, hábiles lanceros, pero sin llegar a vislumbrar el final de la guerra, convocó entonces la asamblea de los próceres Calcante, buen conocedor en sus adentros, por designio del Flechador[737], de los vuelos de las aves, de los astros y de todos los demás signos, cuantos a los hombres se les revelan por voluntad de los dioses[738]; y, una vez congregados aquéllos, tales palabras les dijo[739]:

---

[737] Apolo. Sobre su carácter de dios profético, inspirador, pues, de adivinos como Calcante, cf. nota 711.

[738] Calcante suele figurar como un *oiōnoskópos,* adivino que obtiene sus revelaciones con la observación del vuelo de las aves (así a continuación, en 11-18); en cambio, no se dedica nunca a esa otra técnica, la adivinación astrológica, desconocida aún por Homero o los trágicos y más bien recreada, dados los siglos de su auge, en la literatura helenística e imperial: así en *Argonáuticas órficas,* 37 y 207 s., y NONO DE PANÓPOLIS, *Dionis.* VI 58-66 (cf. M. CAMPBELL, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 6 a v. 5, pasaje de una obra dedicada al pleno comentario del actual libro XII, y que, por tanto, dada su utilidad, a partir de ahora va a ser objeto, por nuestra parte, de constantes referencias).

[739] Odiseo aparece tradicionalmente como el inventor de la estratagema del caballo de madera (ya desde *Od.* VIII 494; cf. APOLODORO, *Epít.*

«Renunciad ya a estos combates de asedio junto a las murallas, e ingeniad mejor en vuestras entrañas alguna otra estrategia, una treta que sea de provecho para las naves y para nosotros mismos. Y es que aquí contemplé yo ayer un verdadero presagio: se abalanzaba un halcón sobre una paloma, mas ésta, presurosa, logró introducirse en el hueco de una roca; de forma cruel con ella encolerizado, muy largo tiempo aguardó el otro cerca de ese hueco, pero aquélla se mantenía a salvo; maquinó él una horrible treta y se escondió bajo unos matorrales; en su insensatez, salió ella fuera, creyéndose que su perseguidor ya se hallaría lejos, mas apareció éste de repente y le procuró a la desdichada tórtola una muerte luctuosa. Así pues, dejemos ya de intentar conquistar por la fuerza la villa de Troya, y veamos si una treta, una estrategia tal, ello lo consigue».

Así habló, pero ninguno de aquéllos era capaz de idear en sus entrañas un recurso para remediar ese angustioso conflicto; trataban de encontrarle una solución, pero sólo el hijo de Laertes, gracias a su sagacidad, supo entreverla y, en respuesta, proclamó estas palabras:

«Amigo mío, del todo honrado por los dioses celestiales, si en verdad les está destinado a los aqueos, hábiles guerreros, conquistar la ciudad de Príamo mediante ardides, tras construir un caballo, de buena gana subiremos los próceres a ese escondite; las tropas, por su parte, con las naves han de marchar lejos de aquí, a Ténedos, no sin antes incendiar todos sus tiendas, a fin de que los troyanos, al observarlo

V 14; o FILÓSTRATO, *Heroico* XI 4 s.); pero no rehúsa Quinto (cf. nota 410) a esta previa intervención del recurrente Calcante, primera iniciativa para esa treta que también recoge, con gran detalle y mayor relevancia (ahí es Calcante el promotor exclusivo de la construcción del caballo), VIRGILIO en *En.* II 176-188.

desde su villa, se dispersen por la llanura, ya sin temores. Pero un hombre audaz, al que nadie entre los troyanos conozca, deberá quedarse fuera del caballo, con el corazón henchido de Ares: quienquiera que sea, habrá de responder que ha escapado de la desmedida violencia de los aqueos, quienes deseaban sacrificarlo con vistas al regreso, tras agazaparse bajo el bien fabricado caballo que para Palas prepararon, encolerizada por mor de los troyanos, hábiles lanceros; ello así lo ha de declarar por tanto tiempo como le estén preguntando, hasta que por él queden convencidos, por más brutales que resulten, y a la ciudad de inmediato se lo lleven por ser digno de lástima, para que de este modo acabe por darnos la dolorosa señal para el combate de Ares: a unos, levantando con rapidez una antorcha llameante, mas a otros, apremiándolos a salir del amplio caballo, cuando los hijos de los troyanos duerman despreocupados[740]».

Así habló, y todos le dieron su aprobación; más que ningún otro, estaba admirado Calcante de cómo éste había sabido proponerles a los aqueos una estrategia tal, una valiosa treta que iba a ser para los argivos el recurso con el que alcanzar la victoria, y para los troyanos una gran desgracia; por eso, a aquellos próceres, hábiles guerreros, de nuevo se dirigió:

«Renunciad ahora, amigos, a ingeniar en vuestras entrañas otra treta, y obedeced mejor a Odiseo, hábil guerrero. Pues, debido a su buen juicio, no resultará ineficaz su pro-

740 Este valioso discurso de Odiseo nos adelanta, punto por punto, los diversos eventos que después se van a desarrollar, justo hasta el momento en que propiamente comience la toma de Troya, iniciado ya el libro XIII. Sólo faltan en el actual sumario tres episodios que Odiseo no está capacitado para prever y anunciar: la *theomachía* entre los dioses, la intervención de Laocoonte y la interrupción de Casandra.

yecto, puesto que ya van a cumplirles a los dánaos los dioses sus deseos: no son vanos, en efecto, los signos que por doquier se revelan, pues, allá en lo alto, mucho retumban por el éter los truenos de Zeus, acompañados de relámpagos, y se lanzan volando a la derecha de las tropas las aves, emitiendo prolongados chillidos. Pero, ¡ea!, no permanezcamos ya largo tiempo en torno a la ciudad, pues la necesidad les ha inspirado a los troyanos esa gran audacia que incluso al apocado incita a las obras de Ares: en la refriega los hombres son los más fuertes cuando exponen su vida y desprecian la ruina luctuosa, tal como ahora hacen los hijos de los troyanos, quienes batallan intrépidos en defensa de su villa, con el corazón poseído por la furia».

Tras hablar así, le replicó el poderoso hijo de Aquiles:

«Calcante, contra los enemigos los hombres valientes luchan cara a cara, pero los que se refugian dentro para combatir desde las murallas son unos apocados, cuyas entrañas las oprime el miedo. Por tanto, ahora no concibamos ninguna treta ni ningún otro subterfugio: por nuestros esfuerzos y por nuestras lanzas es por lo que debemos ganarnos el título de próceres, pues los audaces son mejores guerreros en la batalla[741]».

Tras hablar así, le replicó el impetuoso Laertíada[742]:

«Oh, tú, vástago de poderoso ánimo del intrépido Eácida, todo eso, tal como conviene a un hombre irreprochable y egregio, lo has expuesto con osadía, confiado en la pujanza de tus brazos; pero ni el impertérrito vigor de tu invencible padre fue capaz de destruir la opulenta villa de Príamo, ni

---

[741] Tal como F. A. García Romero, seguimos, en los dos últimos versos, a F. Vian en su interpretación (cf. *Quintus de Smyrne*... III, pág. 91, n. 3) y su traducción (aunque sin su excesiva libertad expresiva).

[742] Odiseo, «hijo de Laertes» (cf. nota 201), según su habitual patronímico homérico (*Il.* II 173; III 200...; y *Od.* V 203; IX 19...).

tampoco lo logramos nosotros, a pesar de tantos y tantos esfuerzos. Pero, ¡ea!, de acuerdo con el consejo de Calcante, vayámonos cuanto antes a las rápidas naves y construyamos el caballo gracias al talento de Epeo, quien entre los argivos resulta ser, con mucho, el mejor carpintero[743]: su oficio se lo enseñó Atenea».

Así habló, y todos los próceres por él se dejaron convencer, a excepción del valeroso Neoptólemo; tampoco convenció al noble espíritu de Filoctetes, dotado de aguerridas intenciones: no estaban aún saciados, en efecto, de la angustiosa lucha. Se dispusieron, pues, a seguir batallando en el tumulto: exhortaban a sus tropas acompañantes a traer alrededor de la inmensa muralla todo cuanto en las guerras favorece la contienda[744], albergando la esperanza de devastar la bien edificada ciudadela, pues ambos habían acudido por voluntad de los dioses a aquel conflicto. Y entonces habrían llevado a cabo al punto cuanto pretendía su ánimo, si Zeus no hubiera mostrado su indignación desde el éter: sacudió la tierra bajo los pies de los argivos, y a la vez agitó todo el aire en las alturas, y aun arrojó su invencible rayo justo delante de esos héroes; la Dardania[745] entera, pues, retumbó bajo el golpe. Al punto, se tornó en espanto su excelsa determinación, y se olvidaron de su violencia y de su insigne fuerza; obedecieron, en fin, aun en contra de sus deseos, al ínclito Calcante. Regresaron a las naves junto con

---

[743] Cf., *supra*, nota 298. Ahora va a tener Epeo su actuación más destacada, adelantada en IV 325 s.

[744] Con esta vaga perífrasis diera la impresión de que Quinto tiene en mente el empleo de ciertas máquinas de guerra para el asalto de murallas, detalle anacrónico que, no obstante (cf. M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 33 a v. 90), no es extraño en algunos poetas latinos: cf. Ovidio, *Met.* VIII 357 s.; Séneca, *Fedra* 534 s.; y Estacio, *Aquileida* I 422.

[745] Cf., *supra*, nota 187.

los demás argivos, admirados de aquel adivino, que, afirmaban, pertenecía al linaje de Zeus, de Zeus o de Febo, y ya del todo confiaron en él[746].

A la hora en que los astros, resplandecientes por doquier, coronan el radiante firmamento y se olvidan los hombres de las fatigas, abandonó Atenea la escarpada sede de los bienaventurados y, bajo la perfecta apariencia de una ingenua doncella, se llegó a las naves y al campamento; se plantó en sueños sobre la cabeza de Epeo, caro a Ares, y lo animó a construir un caballo de madera[747]: le aseguró que iba a colaborar con él, si se mostraba diligente, y aun que penetraría ella misma de inmediato en el interior[748], incitán-

[746] Es comprensible que Neoptólemo y Filoctetes queden «admirados» ante los certeros dictados de Calcante, ratificados por Zeus con sus portentos (cf. M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 35 a v. 102), pero, dado que ambos obedecen al adivino a desgana (según el verso 100), resulta chocante de todos modos el *agassámenoi* de 102, que F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne...* III, pág. 92, n. 5) preferiría cambiar por *agassaménois*, aplicado con mayor propiedad a la masa de «los argivos» *(Argeíoisi* de 101). Merece la pena destacar, para todo este pasaje, la actitud contraria a la treta del caballo que manifiestan por igual dichos Neoptólemo y Filoctetes, del todo acorde con su valiente y noble carácter (Neoptólemo es claro enemigo de engaños en el *Filoctetes* de Sófocles), aunque podemos contar con antecedentes concretos del actual episodio (en principio, mero añadido ocasional de Quinto): cf. Filóstrato, *Heroico* IV 3; y Horacio, *Odas* IV 6, 13-20.

[747] Ya Homero *(Od.* VIII 493) y la *Pequeña Ilíada* (Proclo, pág. 107, líns. 2 s. Allen) admitían que Epeo, inspirado por Atenea —en algunos testimonios, la idea misma de esta treta sería consejo suyo, sin que llegue a intervenir (cf. nota 739) Odiseo con su inventiva—, había construido con su talento el caballo de madera: cf. también Eurípides, *Troy.* 10 s.; Apolodoro, *Epít.* V 14; Virgilio, *En.* II 15 y 264; Higino, *Fáb.* 108, 1; Filóstrato, *Heroico* XI 4 s.; Trifiodoro, 57 s.

[748] En el interior del caballo, parece entenderse, como harán los caudillos griegos participantes en esa estratagema (cf. los posteriores versos 264 s., 272, 307 y 340): a pesar de la oscura expresión del texto griego (cf.

dolo así a la tarea. Tras escuchar las palabras de la diosa, exultante en su ánimo, se despertó él con un sobresalto de su despreocupado sueño: reconoció a la inmortal, a la diosa imperecedera; ninguna otra cosa más revolvía su corazón, y de continuo tenía puesto su pensamiento en esa obra prodigiosa; un lúcido saber se asentaba en sus entrañas.

Cuando se presentó Eos, tras expulsar al Érebo la excelsa oscuridad de la noche[749], y marchó por los aires el radiante brillo de su mirada, entonces contó Epeo entre los argivos, deseosos como estaban, su divino sueño: qué fue lo que vio, qué fue lo que escuchó; al oírlo, experimentaron éstos una infinita alegría. Y, entonces, los hijos de Atreo despacharon a ligeros hombres para que se encaminaran a los floridos valles del Ida, de alto follaje. Cayeron ellos sobre los abetos del bosque, y se pusieron a talar los enormes árboles: resonaban las cañadas con sus golpes; las extensas cimas de las enormes montañas quedaban privadas de su espesura; el soto entero ya no se mostraba para las fieras tan ameno como antaño; se secaban los troncos, añorando las acometidas de los vientos. Y, tras cortarlos con sus hachas, los aqueos de inmediato los trasladaron desde el frondoso monte hacia las costas del Helesponto; se agotaban en la tarea los bríos de los jóvenes y de los mulos. Se esforzaban

F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 93, n. 1), no hay necesidad de correcciones: Atenea se prestaría, pues, a implicarse del todo en tal proyecto, especialmente en su momento de mayor riesgo.

[749] Tradicionalmente designa el Érebo las tinieblas infernales (Quinto emplea aquí una expresión poética un tanto exagerada, al relegar hasta semejante lugar la oscuridad de la noche en su desaparición), y resulta una figura bien definida, con una clara genealogía desde el principio: hijo del Caos primigenio, con su hermana, la Noche (cf. nota 109), es padre del Éter y el Día (según HESÍODO, *Teog.* 123-125).

las tropas [***][750], cada guerrero por un lado, trabajando a las órdenes de Epeo: unos, en efecto, cortaban con el agudo hierro los maderos y medían las tablas; otros podaban con sus hachas las ramas de los troncos aún no serrados: cada cual, pues, se esforzaba en realizar su cometido[751]. Entretanto, tallaba Epeo las patas del caballo de madera, y luego su panza; encima le ajustó los lomos y detrás las ancas; delante el cuello, y sobre la elevada cerviz adaptó las crines, ondeantes como en la realidad; añadió la melenuda cabeza y la cola de hermoso pelo, orejas, ojos transparentes y, en definitiva, todo lo demás que en un caballo está dotado de movimiento[752]. Progresaba aquella obra sagrada, como si el animal en realidad estuviera vivo, puesto que le otorgó la diosa a ese hombre un arte envidiable. Estuvo todo acabado en tres días, por designio de Palas; se regocijaba el nutrido ejército de los argivos, y estaba asombrado de cómo afloraban los bríos en tal maderaje, cómo se reflejaba la velocidad de sus patas y aun parecía estar relinchando. Y, entonces, emitió el divino Epeo una plegaria por su caballo de tamaño descomunal, tras alzar sus manos a la invencible Tritónide:

---

[750] Se ha perdido el inicio del verso 134, el primer pie del hexámetro (en principio, un dáctilo): para él conjeturó ya A. Zimmermann un adverbio *áspeton* (la idea completa sería: «Se esforzaban las tropas de forma indecible»), pero M. Campbell *(A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 51 a v. 134) prefiere más bien un adjetivo *athróoi* («Se esforzaban las tropas todas juntas»).

[751] Toda esta tala y preparación, para la construcción del caballo de madera, de los árboles procedentes del Ida es un detalle atestiguado por varios autores antiguos: cf. Eurípides, *Troy.* 533; Apolodoro, *Epít.* V 14; Petronio, *Satiricón* LXXXIX 4-6; y Trifiodoro, 59 s.

[752] Parece que Quinto se imagina la obra de Epeo como todo un gigantesco autómata dotado de movimiento, al menos en ciertas partes fundamentales de su cuerpo; en el *Saco de Troya* ya era presentado un caballo de madera con ojos, rodillas y cola móviles, según su fr. 2 Bernabé.

«¡Escúchame, diosa magnánima: mantennos a salvo a mí y a tu caballo![753]».

Así dijo; lo escuchó la muy sabia diosa Atenea, e hizo que su obra resultara admirable para todas las gentes que sobre la tierra habitan, cuantos la contemplaran y quienes más tarde oyeran hablar de ella.

Pero cuando ya los dánaos se regocijaban al fijar sus miradas en esa obra de Epeo, y los troyanos mientras permanecían refugiados dentro de sus torreones, evitando así la muerte y la despiadada parca, entonces, después de que el soberbio Zeus marchara a las corrientes del Océano y a los antros de Tetis[754], lejos de los demás dioses, sobrevino entre los inmortales la discordia[755]: en su excitación, en dos bandos los habían dividido sus ánimos enfrentados. Montados sobre las ráfagas de los Vientos, se desplazaron del cielo a

[753] Esta breve plegaria de Epeo parece remplazar la dedicatoria que escribieron al final los griegos sobre la superficie del caballo de madera, para así consagrarlo en apariencia como ofrenda a Atenea (de este modo su engaño habría de surtir efecto entre los troyanos): cf. Eurípides, *Troy.* 536; Apolodoro, *Epít.* V 15; Petronio, *Satiricón* LXXXIX 12 s.; Higino, *Fáb.* 108, 1; o Dión de Prusa, XI 121.

[754] Cf., *supra,* notas 118 y 119.

[755] Comienza ahora una *theomachía* o «batalla entre dioses» (cf., *supra,* notas 126, 211, 577 y 612), episodio convencional que tiene como modelo básico los similares eventos de *Il.* XX 31-75 y XXI 385-520, pero que, en sus detalles, sobre todo, los cataclismos y convulsiones cósmicas, debe mucho también a la Titanomaquia y la Tifonomaquia de Hesíodo (cf., *supra,* notas 96, 353, 584 y 731 para la primera y 394 para la segunda). Este tipo de contienda no deja de ser un socorrido recurso para el género épico, un cómodo expediente que Quinto presenta aquí de forma un tanto gratuita —se acerca ya la caída de Troya, y ello excita los ánimos de los dioses opuestos en esta guerra— y sin repercusión o consecuencia algunas en las circunstancias o acciones de los hombres: se señalará en 171 s. que el Destino se cuida de impedir que el actual encuentro entre las deidades alcance transcendencia.

la tierra; a su paso, rugía el éter. Al llegar al curso del Janto, se colocaron frente a frente: unos en defensa de los aqueos, otros de los troyanos; y el deseo de guerrear invadió sus corazones. Con ellos se reunieron, además, las deidades que habían obtenido en suerte el vasto ponto. Y, en su resentimiento, pretendían los unos destruir el engañoso caballo junto con las naves; los otros, la encantadora Ilio. Mas se lo impedía el muy versátil Destino: antes bien, al tumulto de un mero combate desvió las intenciones de los bienaventurados. Ares dio comienzo a la refriega, y saltó de frente sobre Atenea[756]; así también cayeron los demás unos sobre otros. A cada movimiento, mucho resonaban en torno a ellos sus imperecederas armas de oro; alrededor bramó el vasto ponto; temblaba la oscura tierra bajo los pies de los inmortales. Con fuerza gritaron todos a la vez: un espantoso vocerío llegaba hasta el ancho cielo, hasta el báratro del soberbio Aidoneo; y allá, en sus profundidades, mucho se estremecían los Titanes[757]. Alrededor gemían todo el enorme Ida y los estruendosos cursos de los ríos, que sin cesar fluyen, así como los largos torrentes, las naves de los argivos y la gloriosa villa de Príamo; pero a los hombres no les asaltaba el miedo, ya que, por designio de esos mismos dioses, no alcanzaban a apercibir su discordia. Éstos descuajaban con sus manos las cimas del monte Ida y se las arrojaban entre sí; mas, cual terrones de arena, fácilmente quedaban aquéllas reducidas a añicos al chocar contra los irresistibles miembros de tales dioses. Pero, en los confines de la

[756] Cf., *supra*, notas 211, 577 y 721.

[757] En los más profundos abismos del Hades, cuyo soberano homónimo aquí es designado con su otro nombre de Aidoneo (cf. nota 170), en el Tártaro, habían sido encerrados para siempre los Titanes, tras su derrota a manos de Zeus (cf. Hesíodo, *Teog.* 717-735, y Apolodoro, *Bib.* I 2, 1).

tierra, ello no le pasó inadvertido a la excelsa mente de Zeus: abandonó al instante las corrientes del Océano y ascendió al ancho cielo; lo llevaban el Euro y el Bóreas, y además el Zéfiro y el Noto, a los que la variopinta Iris enganchó al divino yugo de su carro sempiterno, el que con sus manos infatigables le fabricó de indestructible acero la Vida imperecedera[758]. Se llegó, pues, a la gran cumbre del Olimpo: encolerizado, agitó todo el aire en las alturas; por doquier mucho retumbaban los truenos, acompañados de relámpagos; de continuo llovían los rayos sobre la tierra; se abrasaba el aire de un modo indescriptible. Invadió el miedo las entrañas de los inmortales, y temblaron los miembros de todos, por más inmortales que fueran. Temiendo por ellos, saltó por entre las nubes la ínclita Temis[759], veloz como el pensamiento, y pronto se llegó a su lado: era la única, en efecto, que se mantenía apartada de esa luctuosa refriega; tales palabras les dijo, para así impedir que batallaran:

«¡Detened esta horrísona disputa, pues, irritado como se halla Zeus, no debéis pelear más vosotros, los sempiternos, por causa de los efímeros hombres, porque, de lo contrario,

---

758 Escena de cierto carácter alegórico, en la cual aparecen los Vientos (los cuatro tradicionales: cf., *supra*, notas 154 y 227) enganchados por Iris (como Hermes, diosa mensajera y servicial: cf. HOMERO, *Il.* II 786-808; III 121-140...; y HESÍODO, *Teogonía* 780-787), cual si fueran el tiro para el Carro de la «Vida», del *Aiṓn* (también el «Tiempo» o la «Eternidad», ya personificado por EURÍPIDES en *Heracles* 900, donde figura como hijo del *Chrónos* [del «Tiempo»], y de cuyo culto tanto en Eleusis como en Alejandría, al menos desde la época del emperador Augusto, hay seguras noticias: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* I, págs. XVI s.). Viene a coincidir en sus rasgos (también este otro es montado por Zeus y tirado por los Vientos) con el Carro del «Tiempo» descrito por NONO DE PANÓPOLIS en *Dionisíacas* II 420-423.

759 Cf., *supra*, nota 548.

pronto seréis todos aniquilados; en efecto, desde arriba hará él que todos los montes a la par se derrumben sobre vosotros, sin perdonar ni a sus hijos ni a sus hijas, sino que a todos, por igual, os cubrirá con una infinita capa de tierra, y no habrá para vosotros posibilidad de escapar a la luz: la cruel tiniebla por siempre os retendrá!».

Así habló, y ellos se dejaron convencer, arredrados ante las amenazas de Zeus: renunciaron a la lucha, y arrojaron lejos su cruel cólera e hicieron amistosas paces. Y regresaron unos al cielo y otros a los abismos del mar, y aun permanecieron otros en la tierra.

Entretanto, a los aqueos, hábiles guerreros, estas palabras les dirigió el hijo de Laertes, dotado de astutas intenciones:

«¡Atendedme, caudillos de los argivos, de poderoso ánimo! Ahora habéis de demostrarme, como es mi deseo, quiénes sois extraordinariamente aguerridos e irreprochables, pues ha llegado el momento de la verdad. ¡Ea! Acordémonos ya sólo de Ares y subamos al bien pulido caballo, para que de una vez hallemos el final de esta horrísona guerra, pues bien estará si mediante una treta y crueles maquinaciones logramos conquistar esa gran villa, por la que aquí hemos acudido y sufrimos tantas penalidades lejos de nuestra querida tierra[760]. ¡Ea, vamos! Infundid en vuestras entrañas un noble y bravo coraje: pues, cuando uno, obligado por la penosa necesidad, llena de audacia su ánimo en la batalla, es capaz incluso de matar a un guerrero superior, a pesar de su propia inferioridad (y es que lo que ante todo excita los

[760] El detalle de que fue Odiseo quien animó a los caudillos griegos a entrar en el caballo está en APOLODORO, *Epít.* V 14 s. Cf. también el escolio a *Od.* VIII 494.

ánimos es la audacia, que por ello resulta, con mucho, lo mejor para los hombres). ¡Ea, vamos! Preparad vosotros, los próceres, este buen escondite; los demás, marchad a la sagrada villa de Ténedos y quedaos allí, hasta que los enemigos nos arrastren a su ciudad, creyendo presentarle así una ofrenda a la Tritónide. Y que un joven valiente, al que con seguridad no conozcan los troyanos, permanezca cerca del caballo, armado con un corazón de hierro: deberá hacer, punto por punto, todo cuanto yo antes le haya indicado; no habrá de concebir en su fuero interno otros pensamientos, para que no les queden revelados a los troyanos los planes de los aqueos».

Así habló; fue Sinón, glorioso guerrero, quien respondió a su llamada, mientras que los demás tenían miedo: estaba dispuesto, en efecto, a llevar a cabo una gran hazaña; por eso, su ánimo bienintencionado causó la admiración también de aquel amplio ejército. En medio de ellos, éste les dijo:

«Odiseo y todos vosotros, insignes hijos de los aqueos, esta hazaña, si lo deseáis, la realizaré yo, aunque me torturen, aunque decidan arrojarme vivo al fuego; y es que tal es la determinación que a mi ánimo complace: o morir a manos de los enemigos o escapar, procurándoles a los argivos la gran gloria a la que aspiran».

Así habló con audacia; mucho se alegraron los argivos, y alguien dijo:

«¡Qué gran osadía a éste le ha concedido hoy un dios! Pues antes no era tan audaz, pero es un numen[761] quien lo incita a convertirse en el azote de todos los troyanos o en el nuestro, ya que también yo presiento que ahora va a quedar muy pronto bien claro el final de esta cruel guerra».

---

[761] Cf., *supra*, nota 606.

Así dijo uno de entre la tropa de los aqueos, caros a Ares[762]. A ellos, a su vez, desde otro lugar se dirigió Néstor para exhortarlos:

«Ahora es cuando hay verdadera necesidad, queridos muchachos, de vuestra fuerza y de vuestra noble audacia, pues ahora es cuando los dioses nos ponen en las manos, como es nuestro deseo, el final de estos esfuerzos y una victoria irreprochable. ¡Ea, vamos! Entrad con audacia dentro del caballo de mucha cabida, porque a los mortales una gran

[762] Acabada su presentación, cabe señalar algunas cuestiones esenciales en torno al personaje de Sinón: resulta ser un guerrero, hasta este momento anónimo en las diversas leyendas del ciclo troyano, aun cuando en adelante va a desempeñar un papel fundamental (adelantado en 32-45 y 238-242) al ser el encargado de que entre los troyanos surta efecto la treta del caballo de madera, y ello gracias a sus engaños y su supuesta traición. Sabemos, en todo caso, que, aún desconocido por Homero, ya intervenía tanto en la *Pequeña Ilíada* (poema que, según es posible deducir, sería el primero en mostrarnos esta célebre versión del Sinón audaz y astuto, hasta el punto de entregarse a los troyanos y ganárselos con sus mentiras a propósito de la finalidad del caballo de madera) como en el *Saco de Troya* (donde, en cambio, se desarrolla una historia de tal personaje más sencilla y menos aceptada, según Proclo [pág. 107, líns. 26 s. Allen]: sin aparente implicación directa en la treta del caballo, se introducía a escondidas en Troya simplemente para dar la señal luminosa a la flota griega). El mismo Sófocles le dedicó una tragedia, *Sinón* (inspirada, sin duda, por su mayor dramatismo y sus peripecias, en el planteamiento de la *Pequeña Ilíada),* pero nosotros, en definitiva, ante todo conocemos su actuación por la recreación de Virgilio en *En.* II 57-198, y luego por la de Trifiodoro en 219-308: mucho se ha discutido, pues, sobre la posible influencia de tal relato del poeta latino en las posteriores historias tanto de Quinto como de Trifiodoro, quienes ofrecen un desarrollo similar de la hazaña del personaje, pero con innegables discrepancias en los detalles, de modo que sobre esta cuestión poco se puede afirmar de forma concluyente. A fin de cuentas, las aparentes coincidencias que entre esas narraciones se puedan descubrir resultan muy vagas y generales, y atañen sin más a los momentos principales de una acción ya consagrada, casi inexcusables para cada autor por su parte (cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 63 s.).

gloria les reporta la audacia. ¡Ojalá se conservara aún en mis rodillas aquel gran vigor de cuando animaba el hijo de Esón a los próceres a subir a la nave Argo, de ligero curso: entonces me disponía yo a embarcar, el primero de todos esos próceres, pero, mal de mi grado, me lo impidió Pelias, comparable a un dios[763]! Ahora, por el contrario, me abruma la vejez, de muchos lamentos; pero, aun así, como si de nuevo rejuveneciera, penetraré dentro del caballo con audacia: el vigor y la gloria un dios me los otorgará».

Tras hablar así, le respondió el hijo del rubio Aquiles:

«Néstor, superas tú en sabiduría a todos los hombres, pero de ti se ha adueñado la inexorable vejez y ya no son firmes tus fuerzas, por ávido que estés del combate. Por ello, debes tú marchar a las orillas de Ténedos; nosotros, los jóvenes, no saciados aún de luchas, entraremos en ese escondite, tal como tú, anciano, nos instas a quienes lo ansiamos».

Así habló; muy cerca se le llegó el hijo de Neleo y le besó en ambas manos y en la frente, porque, al prometer él que se introduciría el primero en el amplio caballo, aquél, por su parte, le aconsejó que, en razón de su avanzada edad, se quedara fuera junto con los demás dánaos: y es que ardía en deseos de echarse a combatir. Y a éste, ansioso de la contienda, además le respondió:

---

[763] Sólo Valerio Flaco (*Arg.* I 380-382) incluye a Néstor entre los Argonautas reunidos y liderados por Jasón, el «hijo de Esón»; Quinto sigue aquí, pues, y aun justifica, la versión canónica de su ausencia en la expedición: le pidió no colaborar en ella su tío Pelias (quien querría perjudicarla, ya que, aunque aparentemente la propiciaba, esperaba que fracasara y ello perdiera a Jasón), y Néstor accedió a sus ruegos (ahora bien, Acasto, hijo de Pelias [cf., *supra,* nota 297, a propósito de IV 307 s.], sí osó embarcar: cf. Apolonio de Rodas, *Arg.* I 321-323, y Valerio Flaco, *Arg.* I 161-183 y 484-489).

«Eres, por tus fuerzas y tus bienintencionadas palabras, digno hijo de aquel padre tuyo, de Aquiles, comparable a un dios: albergo la esperanza de que, gracias a tu brazo, los argivos destruyan la ínclita villa de Príamo. Al fin, después de las fatigas, una gran gloria conoceremos nosotros, que tantos nefastos padecimientos en este conflicto hemos arrostrado. Los padecimientos los colocaron los dioses a los pies de los hombres, pero los bienes muy lejos: y en medio pusieron el esfuerzo; por tanto, para las personas fácil es el camino al horrendo mal, y penoso hacia la gloria, hasta que uno, en su andar, rebasa el luctuoso esfuerzo[764]».

Así habló; y le contestó el glorioso hijo de Aquiles:

«Anciano, ¡ojalá se nos cumpla todo, en respuesta a nuestras plegarias, tal y como tú esperas en tu corazón, puesto que ello sería lo mejor! Pero si los dioses lo quieren de otro modo, así sea también: preferiría morir con buena fama bajo los golpes de Ares, a huir de Troya y tener que soportar un gran oprobio».

Una vez dijo esto, se colocó sobre sus hombros las imperecederas armas de su padre; los demás al punto también se equiparon, los mejores héroes, cuantos poseían un ánimo audaz.

[764] Retoma Quinto la lección moral del *pónos*, y aun la alegoría del Monte de la Virtud (cf. nota 346), pero con un renovado planteamiento, que desarrolla ahora más bien la célebre teoría de «los dos caminos» (el de la virtud y el de la maldad, arduo de recorrer el primero y cómodo el segundo), tema ampliamente tratado a lo largo de toda la literatura griega (cf. F. A. García Romero, *Quinto de Esmirna...*, pág. 324, n. 32) a partir de la exposición del sofista Pródico de Ceos sobre la formación de Heracles (en Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates* II 1, 21-34; cf. también Cicerón, *Sobre los deberes* I 118).

Y ahora, Musas, a mí, que os lo solicito, indicadme uno por uno, con claridad, los nombres de quienes penetraron dentro del caballo, de mucha cabida. Pues fuisteis vosotras quienes en las entrañas me inspirasteis todo este poema, antes incluso de que el bozo se extendiera por mis mejillas, mientras en los prados de Esmirna apacentaba mis perínclitos rebaños, no lejos del Hermo —a tres veces la distancia a la que se puede escuchar un grito)[765]—, por los alrededores del templo de Ártemis, en el Jardín de la Libertad, en una parte del monte ni demasiado baja ni en exceso elevada[766].

El primero que penetró en el cavernoso[767] caballo fue el hijo de Aquiles, y con él el fuerte Menelao y Odiseo, y Esténelo y Diomedes, comparable a un dios; entraron Filocte-

[765] Seguimos las traducciones de F. Vian y F. A. García Romero para la enrevesada expresión original de este verso 311, «Tres veces tan lejos del Hermo cuanto se puede escuchar a uno que grita» (dicho Hermo es un río de Lidia, cerca del cual se encuentra Esmirna: cf. ya notas 55, 641 y 700).

[766] He aquí el pasaje autobiográfico fundamental en que Quinto nos ofrece en exclusiva varios datos de su propia persona, como por ejemplo, el nombre de su patria, Esmirna. Sobre el valor de estas declaraciones, cf. Introducción.

[767] Al igual que F. A. García Romero, optamos por esta traducción para el epíteto *kētóenta* (la otra interpretación posible lo considera equivalente al *megakḗteos* de 151, «gigantesco»), ya que parece aquí la más apropiada (por las *cavae... cavernae* y las *latebras* del mismo caballo en Virgilio, *En.* II 53 y 55, y aun su *koîlon lóchon* de *Od.* IV 277), además de que reproduce el sentido que tal adjetivo encierra aún en Homero (*Il.* II 581 y *Od.* IV 1): cf. F. A. García Romero, «Las glosas homéricas en Quinto de Esmirna. Unas notas sobre Calímaco y Quinto a propósito de *es híppon kētóenta...*», págs. 35 s.

tes y Anticlo[768], y Menesteo[769], y con ellos Toante, de gran ánimo, y el rubio Polipetes, y Ayante, Eurípilo y Trasimedes, igual a un dios, y Meríones e Idomeneo, muy ilustres ambos; y con ellos Podalirio, experto en el manejo de la lanza, Eurímaco[770], Teucro, comparable a un dios, y Yálmeno[771], de poderoso ánimo, Talpio, Anfímaco[772] y Leonteo, firme en la lucha; y con ellos entraron Eumelo, seme-

[768] La inclusión de este guerrero, ni siquiera caudillo, es mera concesión a cierta tradición de las leyendas troyanas, presente ya en Homero, *Od.* IV 274-289 (y cf. Apolodoro, *Epít.* V 19): en una poco comprensible actuación (lo cierto es que Quinto, aunque se cuide ahora de mencionar a dicho Anticlo, no va a querer luego evocar esta aberrante historia), pretendió Helena, una vez introducido en Troya el caballo de madera, descubrir a los griegos en él ocultos, llamándolos por sus nombres con la voz de sus respectivas esposas; quieren responder Menelao y Diomedes, pero Odiseo los detiene; sólo Ánticlo insiste en ello y, para callarlo, tiene que taparle con fuerza la boca (hasta asfixiarlo, según Trifiodoro, 454-498).

[769] Jefe del contingente ateniense (cf. *Il.* II 546-556, según ya nota 299), un personaje de menor rango y valía para Homero (y así, sólo ahora se molesta Quinto en mencionarlo): cf. *Il.* IV 327-348.

[770] Único personaje del presente catálogo que nos resulta por completo desconocido. Sin mucho éxito, se ha propuesto llamarlo en realidad Euridamante (*Eurydámas* en vez del *Eurýmachós* de los códices), como cierto guerrero [ni siquiera caudillo] que, según Trifiodoro, 181, se introdujo también en el caballo de madera: cf. el aparato crítico de F. Vian en *Quintus de Smyrne...* III, pág. 101.

[771] Otro caudillo insignificante sólo ahora mencionado por Quinto en su poema (cf., *supra,* nota 464).

[772] Estos dos últimos personajes comandaban parte de los ejércitos epeos (cf. *Il.* II 615-624): Talpio quizás haya sido ya mencionado antes, en IX 150 (cf. nota 600); Anfímaco está presente aquí (si es que Quinto se olvida del episodio de su muerte en *Il.* XIII 183-197) como corrección en el actual verso 323 de un extraño *Antímachós,* dado que su inclusión ahora es aceptable al lado de la de su hermano (y no tanto en el posterior 325, donde originalmente sitúan los manuscritos su nombre, *Amphímachos).*

jante a un dios, Euríalo, Demofoonte[773] y Anfíloco[774], y el fuerte Agapénor, y con ellos Acamante y Meges, el hijo del fuerte Fileo; penetraron otros además, quienes eran sobremanera insignes, tantos como pudo albergar en su interior el bien pulido caballo. De entre ellos, el último en penetrar fue el divino Epeo, el que también construyó tal caballo: sabía su mente cómo abrir y cerrar sus postigos[775]; por eso, entró él después de todos. Recogió dentro las escalas con las que subieron; luego, una vez lo dejó todo bien cerrado, se apostó justo al lado del cerrojo: quedaron todos en silencio, a medio camino como a la par se hallaban entre la victoria y la aniquilación[776].

---

[773] Cf. nota 299 (para este hijo de Teseo y su hermano Acamante, nombrado aquí en el verso siguiente).

[774] Hasta XIV 360-369 no actuará este personaje, no conocido por Homero, pero sí por el ciclo épico en sus *Regresos;* hijo de Anfiarao y antaño uno de los «Epígonos» (cf. APOLODORO, *Bib.* III 7, 2), dotado como su padre del don de la profecía. En todo caso, su nombre aquí, *Amphílochos,* es conjetura, en sustitución de un *Amphímachos* que de este verso 325 fue trasladado al 323 (cf. nota 772).

[775] Este cometido le es asignado en buena lógica a Epeo; por el contrario, según *Od.* XI 524 s. (verso este último atetizado por Aristarco, que consideraba tal función de portero indigna de un caudillo de su rango), se ocupaba de ello el propio Odiseo (de hecho, en XIII 39-41 veremos cómo es ciertamente Odiseo quien, con Epeo dando sin más las indicaciones, se ocupa de abrir por fin los postigos del caballo de madera).

[776] No ha renunciado Quinto al recurrente catálogo de los caudillos y guerreros griegos que penetraron en el caballo de madera, lista también ofrecida por VIRGILIO, *En.* II 260-264; HIGINO, *Fáb.* 108, 1; TRIFIODORO, 152-183; y TZETZES, *Posth.* 641-650. En tales catálogos, los nombres de esos campeones aqueos fluctúan de forma notoria, y no menos su número (hasta llegar a tres mil en el relato de la *Pequeña Ilíada,* según APOLODORO, *Epít.* V 14 (fr. 22 ALLEN), exagerada cantidad que ha recibido correcciones: cf. A. SEVERYNS, *Le Cycle Épique dans l' école d' Aristarque,* Lieja-París, 1928, pág. 355). Nuestro poeta (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 84-86) nombra exactamente a treinta héroes (aunque

Navegaron los demás en sus barcos por el vasto ponto, tras haber incendiado sus tiendas, donde antes ellos descansaban. Dos varones de fuerte espíritu eran los caudillos que los comandaban, Néstor y el hábil lancero Agamenón: deseosos ambos de penetrar también dentro del caballo, se lo habían impedido los argivos, para que permanecieran en las naves y comandaran a los demás, porque los hombres se aplican mucho mejor a su tarea cuando los observan sus jefes; por ello se quedaron fuera, aun siendo dos próceres. Con rapidez llegaron a las costas de Ténedos, y allí echaron anclas en las profundidades de su mar; desembarcaron de inmediato de las naves, y ataron las amarras a la orilla: allí permanecieron en calma, a la espera del momento en que, tal como anhelaban, se les mostrara el brillo de la antorcha[777]. Entretanto, continuaban los otros en el caballo, cerca

---

añade en 327 s. que se introdujeron otros más, ya innominados), la mayoría (veintiuno, en concreto) reputados caudillos homéricos; además, por no dejarlos olvidados en este trascendental momento, incluye por vez primera, y última, a los también homéricos, pero insignificantes, Ánticlo, Menesteo, Yálmeno, Talpio (aunque cf. nota 772) y Anfímaco; son, en cambio, posteriores a las epopeyas homéricas, pero conocidos por el ciclo (y por Quinto), Demofoonte, Anfíloco y Acamante (veremos a los tres intervenir en los libros XIII y XIV, si bien Acamante ya aparecía en IV 323-404); por último, queda como único desconocido (cf. nota 770) el tal Eurímaco, el *Eurýmachós* del verso 321; mientras que los igualmente problemáticos *Antímachós*, del 323, y *Amphímachos*, del 325, sí han sido de modo convincente aclarados, con la inclusión, respectivamente, de Anfímaco y Anfíloco: cf. notas 772 y 774.

[777] La mayor parte de los autores conoce este ocultamiento provisional de la armada griega, tras haberle prendido fuego a su campamento, en la isla de Ténedos (muy apropiada por su proximidad a Troya, frente a sus costas prácticamente: cf., *supra*, nota 516): Homero, *Od.* VIII 500 s.; la *Pequeña Ilíada* (según Proclo, pág. 107, líns. 9-11 Allen); Licofrón, *Alej.* 346; Apolodoro, *Epít.* V 14 s.; Virgilio, *En.* II 21-24; Higino, *Fáb.* 108, 1; Dictis, V 12; y Trifiodoro, 211-218. También se ciñe Quinto a la tradición canónica en ese detalle de dejar fuera del caballo de ma-

de los enemigos, imaginándose unas veces que iban a sucumbir, mas otras que iban a devastar la sagrada villa; absortos en estos pensamientos, se les presentó la Erigenía.

Los troyanos atisbaron entonces, sobre las costas del Helesponto, el humo que aún se remontaba por el aire, mas no divisaban ya las naves que de la Hélade les habían traído la horrible aniquilación. Corrieron todos alborozados hacia las playas, revestidos con sus armas, pues todavía el miedo dominaba su corazón. Contemplaron el bien pulido caballo, y a su alrededor se plantaron asombrados, pues en verdad resultaba una gran obra. Cerca de él, además, advirtieron al desventurado Sinón, y, en tanto que uno tras otro le preguntaba por los dánaos, con él en medio, formaron un círculo para rodearlo; lo interrogaban al principio con suaves palabras, mas luego con amenazas espantosas, y aun largo tiempo estuvieron sin descanso infligiéndole mucho daño a ese varón de engañosas intenciones. Pero él aguantaba con firmeza, como una roca, protegido por unos miembros inquebrantables. Al final, le cortaron tanto las orejas como la nariz, y le desfiguraron el cuerpo por completo, para que puntualmente les indicara dónde se encontraban los dánaos, si se habían marchado en las naves o incluso aquel caballo los contenía en su interior. Henchido de vigor en sus entrañas, no se inquietó él ante tales ignominiosos ultrajes, sino que resistió su ánimo, aun atormentado cruelmente por los golpes y en el fuego: y es que Hera le había insuflado un gran coraje[778]. Así pues, en medio de ellos, con engañosa intención, tales palabras declaró:

---

dera a Agamenón y Néstor, encargados, por el contrario, de dirigir este otro necesario subterfugio.

[778] En este crudo episodio de la tortura de Sinón (cf. F. Vian, *Recherches...*, pág. 64 y *Quintus de Smyrne...* III, págs. 73-75) nos hallamos aparentemente ante la versión más primitiva de la leyenda, frente a plantea-

«Huyen ya los argivos en sus naves sobre el ponto, desanimados por una guerra tan larga y por tantas desdichas. Por indicación de Calcante, construyeron este caballo a la valiente Tritogenía, con idea de evitar la cólera de la diosa, del todo resentida con ellos por mor de los troyanos[779]. Y a mí, con vistas al regreso, pretendían darme muerte, por consejo de Odiseo, y así inmolarme junto a las horrísonas olas a las deidades marinas[780]. Ello no me pasó inadvertido: escapé de inmediato a sus perniciosas libaciones y a sus granos de cebada[781], por voluntad de los dioses, y caí a los pies del caballo; ellos, aun en contra de sus deseos, se vieron obliga-

---

mientos más modernos y elaborados de otros autores: en VIRGILIO, ya más humano *(En.* II 57-198), Sinón apacigua con sus palabras poco a poco a los hostiles troyanos y acaba por ganárselos sin sufrir maltratos; en TRIFIODORO (219-308), incluso se presenta ya mutilado ante sus enemigos, para así engañarlos y cautivarlos con facilidad; se recrea el motivo del famoso Zópiro o Zopirión, según el relato de HERÓDOTO, III 152-160: cf. J. W. JONES, «Trojan legend: who is Sinon?...», pág. 126.

779 Dada la sorprendente brevedad de sus engañosas palabras —ni siquiera llegan a sugerir algo que incite a los troyanos a introducir en su ciudad el caballo: cf., en cambio, una adecuada justificación para ello en VIRGILIO, *En.* II 185-194—, no explica Sinón el motivo de esa inesperada cólera de Atenea, ahora en apariencia del lado de sus odiados troyanos, aunque por el similar relato de VIRGILIO, *En.* II 162-184, sabemos que se explicaba tradicionalmente por el robo del Paladio (cf., *supra,* nota 679), hecho que, a fin de cuentas, no puede ahora recordar Quinto por no haberlo incluido antes en su historia (cf. nota 677).

780 También en esta otra mentira de Sinón coincide Quinto con VIRGILIO, ahora en *En.* II 81-131, donde igualmente se habla del supuesto intento de los griegos, instigado por Odiseo, de sacrificar a Sinón con vistas a un favorable regreso por mar, si bien ahí se ofrecen más detalles, ante todo la explicación de haber sido escogido Sinón como víctima propiciatoria por cierto rencor personal que le guardaba Odiseo.

781 Es decir, Sinón escapó al sacrificio que los aqueos le preparaban (cf. también VIRGILIO, *En.* II 132-136), ceremonia que, en su ritual griego, implica libaciones y el derramamiento sobre la cabeza de las víctimas y el altar de granos de cebada: cf., por ejemplo, *Il.* I 449; y *Od.* III 445.

dos a dejarme, por respeto a la hija de violento espíritu del gran Zeus[782]».

Así habló con perfidia, y no rindió su ánimo a los dolores, pues es propio de un hombre fuerte soportar la maligna fatalidad. Algunos de entre ese ejército quedaron por él convencidos, pero otros sostenían que no era más que un embaucador muy astuto: eran los que compartían la opinión de Laocoonte, pues éste, con clarividentes palabras, aseguraba que aquello había de ser una horrible treta a instigación de los aqueos, y los incitaba a todos a incendiar con rapidez tal caballo, el caballo de madera, y así descubrir si algo ocultaba[783].

Y ese pueblo le habría hecho caso entonces y así habría evitado su ruina, si la Tritogenía, resentida en su ánimo con aquél, con los troyanos y con la villa, no hubiera sacudido por abajo la prodigiosa tierra, a los pies de Laocoonte. Al

[782] Sinón encuentra protección junto al caballo de madera porque, en tanto que supuestamente es ahora una ofrenda consagrada a Atenea, resulta ya un objeto inviolable.

[783] Quinto ofrece apenas un esbozo del debate que entre los troyanos tenía lugar para determinar qué hacer con el sospechoso caballo de madera: de acuerdo con una versión, esta discusión no acontecía hasta su entrada ya en la ciudad: cf. Homero, *Od.* VIII 505-510; el *Saco de Troya* (según Proclo, pág. 107, líns. 17-21 Allen); y Apolodoro, *Epít.* V 16. Según el planteamiento contrario (aceptado aquí en buena lógica), la deliberación se desarrollaba antes de ser introducido en Troya; así en la *Pequeña Ilíada,* según la recreación de Virgilio en *En.* II 32-56, si bien ahí se produce el debate antes incluso de que los troyanos descubran a Sinón: y es que poco importa dónde se sitúe la polémica, pues lo cierto es que, para la decisión última de los troyanos, nunca influyen de forma exclusiva y definitiva ni las palabras de Sinón, ni la actual intervención de Laocoonte, el famoso sacerdote troyano ahora presentado, ya con su sensata y obstinada postura, que tan cara le va a costar, ni aun la futura interrupción de Casandra.

instante le asaltó el miedo, y un estremecimiento quebrantó los miembros de ese magnánimo varón; una negra noche se derramó por su cabeza: cayó sobre sus párpados un odioso padecimiento, y se enturbió su vista bajo las pobladas cejas; los globos de sus ojos, taladrados por crueles dolores, le saltaban de las cuencas y le daban vueltas, atormentados desde dentro; una dañina punzada le alcanzó hasta las meninges y aun la base del cerebro. A veces, se mostraban esos ojos suyos inyectados en abundante sangre; otras, por el contrario, con un incurable brillo verdoso: a menudo, hacían brotar un flujo, como cuando de una áspera roca manan ciertas aguas, que de las montañas bajan rociadas de copos de nieve. Se asemejaba él a un loco, y todo lo veía doble, presa de unos horribles gemidos. Y todavía exhortaba a los troyanos, sin preocuparse de su desgracia; entonces, le privó de la valiosa luz la divina diosa: blancos quedaron sus ojos bajo los párpados, después del derrame de tanta sangre funesta[784]. A su alrededor se lamentaban las gentes, compadecidas de ese hombre querido y estremecidas ante la idea de que, en su in-

[784] Resulta sorprendente este inesperado primer castigo de Laocoonte, del que no se conserva ningún otro testimonio; no obstante, es poco probable que Quinto se lo haya inventado de forma tan caprichosa, dejando así superfluo y redundante su segundo escarmiento (el celebérrimo ataque de las serpientes): cabe la posibilidad de que sea tributario, directa o indirectamente, de un castigo de ceguera incluido en el *Laocoonte* de Sófocles, cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 67 s. y *Quintus de Smyrne...* III, pág. 81 y n. 3. Hay que destacar, ante todo, la precisión con que ha descrito Quinto esta dolencia que le ha asaltado a Laocoonte en los ojos, a buen seguro un ataque de glaucoma, contado (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 105, n. 1) con todos los detalles, en verdad acertados y exactos, de sus sucesivas crisis hasta la ceguera total. Todo ese rigor técnico (cf. nota 14 a propósito de la minuciosa oftalmía de I 76-82) ha llevado al planteamiento, como sabemos, de la posesión de conocimientos médicos por parte de nuestro poeta: cf. también (notas 288 y 379) y G. W. Paschal, *A study of Quintus...*, págs. 77 s.

sensatez, en algo le hubieran faltado a la inmortal Depredadora de botín[785]. En su fuero interno, su determinación se mudó para así abocarlos a una horrible ruina, porque maltrataron el cuerpo del infeliz Sinón con la esperanza en su ánimo de que les contaría toda la verdad[786]; por eso, de buena gana se lo llevaron a la villa de Troya, compadecidos de él sólo al final. Y, una vez congregados todos, arrojaron con rapidez un cable alrededor del descomunal caballo y lo ataron a la parte alta, pues ya el noble Epeo le había colocado bajo las robustas patas unos maderos giratorios, para que, arrastrado por los brazos de los troyanos, pudiera seguir a esos jóvenes hasta la ciudadela[787]. Se pusieron todos ellos a arrastrarlo, juntos en el empeño, como arrastran con fatiga los jóvenes una nave hacia el estruendoso mar: oprimidos, crujen los sólidos rodillos, y la quilla, en medio de terribles chirridos por ambos lados, se desliza para ir a terminar en las olas de ese mar; así, con igual fatiga, tiraban éstos

---

[785] Sobrenombre de Atenea (la *Ageleíē),* ya empleado a menudo por HOMERO *(Il.* IV 128, V 765... y *Od.* III 378 [sólo como variante], XIII 359...), pero para nosotros de dudosa interpretación (según se entienda como compuesto, en su segundo miembro formante, de *laós,* «ejército» [el epíteto se traduciría entonces como «Conductora de huestes»], o de *leía,* «botín», esto último más probable).

[786] Estos últimos versos 416-420 resultan muy discutidos, según se entiendan su puntuación y su misma construcción (seguimos sin más a F. VIAN, de acuerdo con *Quintus de Smyrne...* III, pág. 105, n. 3).

[787] No es Quinto muy preciso en estos detalles del traslado del caballo de madera, pero podemos esclarecerlos gracias a testimonios similares: es en torno al cuello del caballo donde, en buena lógica, echan los troyanos los cables y los atan, según EURÍPIDES, *Troy.* 537 y VIRGILIO, *En.* II 236 s.; y esos «maderos giratorios» (aunque esta expresión pueda designar también unos «rodillos», las *phálanges* de 430 para el transporte por tierra de los barcos) designan ya unas ruedas, como las de VIRGILIO, *En.* II 235 s. (si bien ahí los troyanos se las incorporan provisionalmente al caballo) y TRIFIODORO, 99-102 (y cf. TZETZES, *Posth.* 640).

en tropel de la obra de Epeo, para ellos una calamidad. A modo de adornos, la cubrían de muy floridas coronas, sobremanera abundantes; ellos mismos también coronaron sus cabezas[788]: grandes voces daban tales gentes, animándose los unos a los otros. Y sonrió Enío, al ver acercarse el maldito final de la guerra; allá en las alturas, se deleitaba Hera y Atenea se regocijaba. Al llegar ante su villa, derribaron una zona almenada de los muros de esa gran ciudad, para así poder introducir el funesto caballo[789]; las troyanas lanzaban aclamaciones, y, a su alrededor, observaban todas asombradas aquella obra imponente, que en verdad ocultaba su perdición.

Aún seguía Laocoonte instando a sus compañeros a destruir el caballo con violento fuego; pero éstos no le hacían caso, pues temblaban ante las amenazas de los inmortales. Además, la magnánima diosa Atenea planeó algo todavía peor contra los desdichados hijos de Laocoonte. En efecto, había una brumosa caverna bajo un áspero peñasco, inaccesible a los mortales, en la cual aún habitaban unas fieras espantosas, pertenecientes al linaje del devastador Tifón, en una ensenada de la isla que las gentes llaman Calidna, en el mar frente a Troya[790]. Desde allí hizo aquélla que surgieran

---

[788] Estas manifestaciones de alegría con las coronas (tan irónicas) también en TRIFIODORO, 316 s. y 343-346 (y cf., para los testimonios iconográficos, F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 105, n. 8).

[789] Este derribo de una parte de las murallas de Troya también en VIRGILIO, *En.* II 234, TRIFIODORO, 336-339 y DICTIS, V 11 (remonta a la *Pequeña Ilíada,* según PROCLO, pág. 107, líns. 11-13 ALLEN).

[790] En un dato en apariencia exclusivo, afirma Quinto que las serpientes que atacarán a Laocoonte y a sus hijos son descendencia del mismo Tifón o Tifoeo, fundador de toda una estirpe de monstruos (según HESÍODO, *Teog.* 295-332: cf., *supra,* nota 438); por otro lado, frente a la versión de VIRGILIO, *En.* II 203-205 (y cf. HIGINO, *Fáb.* 135, 2), en que esos reptiles procedían de la isla de Ténedos, sostiene que parten de la insignificante

unas impetuosas serpientes, y las convocó en Troya: al punto, estimuladas por la diosa, sacudieron la isla entera; retumbó el ponto a su paso y se abrieron las olas; se desplazaban haciendo vibrar sus lenguas de forma horrible: se estremecieron los cetáceos de la mar. En torno a ellas, mucho gemían las Ninfas, hijas del Janto y del Simunte, y allá en el Olimpo la Cípride se afligía. Al momento, llegaron adonde la diosa las incitaba, aguzando en sus feroces mandíbulas sus calamitosos colmillos contra esos desdichados niños. Y un espanto tremendo cundió entre los troyanos, una vez advirtieron en su ciudad a tales horribles monstruos; ningún joven, por más intrépido que fuera su coraje, se atrevía a hacerles frente, pues de todos se apoderaba un miedo inexorable y escapaban ante esas fieras: de la congoja eran presa. Entonces, las mujeres se echaron a sollozar y alguna acaso se olvidó hasta de sus hijos, por escapar ella misma a un sino odioso. Ante su acometida, gemía Troya en su entorno. Al apelotonarse la multitud en un instante, quedaban sus miembros desgarrados; huyendo como estaban por todos sitios, incluso obstruían las calles. A lo lejos se hallaba solo Laocoonte con sus niños, pues trababan sus pies la devastadora Ker y aun la diosa. Aquéllas arrebataron con sus funestas mandíbulas a sus dos hijos, que, temblando ante la muerte, tendían las manos hacia su querido padre, mas éste no podía protegerlos; ello lo contemplaban de lejos los troyanos, y lloraban con el corazón sobrecogido. Y aquéllas, tras cumplir con diligencia semejante encargo de Atenea, para los troyanos aborrecible, desaparecieron ambas bajo la tierra; mas quedó aún visible su señal, allí por donde se hun-

---

Calidna (en realidad un archipiélago: cf. nota 516), al igual que Baquílides, fr. 9 Snell-Maehler y Licofrón, *Alej.* 347 (y quizás Apolodoro, *Epít.* V 18).

dieron en el santuario de Apolo de la muy divina Pérgamo[791]. Delante, los hijos de los troyanos, en memoria de los vástagos de Laocoonte, abatidos por una muerte inexorable, construyeron todos juntos un cenotafio, ante el cual acudió su padre para derramar las lágrimas de sus ojos ciegos; a su alrededor, su madre, en medio de grandes llantos, gritaba sobre esa tumba vacía, presintiendo ya sin más algo todavía peor: se lamentaba de tanta catástrofe por culpa de la insensatez de su esposo, y temía la cólera de los bienaventurados. Como cuando, en torno a su nido desierto, en verdad muy afligido, solloza en el umbroso valle un ruiseñor, cuyas crías, aún pequeñas, antes de emitir su canto melodioso, sucumbieron a las mandíbulas de una serpiente de feroz ímpetu, y causaron el dolor de su madre, que, de forma indecible

---

[791] Para el celebérrimo castigo de Laocoonte junto con sus hijos contamos con toda clase de variantes: al igual que aquí, mueren ante Laocoonte estos dos hijos suyos en los testimonios de LICOFRÓN, *Alej.* 347, y APOLODORO, *Epít.* V 18, versión que debía de ofrecer ya el *Laocoonte* de SÓFOCLES (cf. nota 784); en el *Saco de Troya* (según PROCLO, pág. 107, líns. 23 s. ALLEN), en cambio, perecía el padre junto con uno de sus hijos; finalmente, sucumben estos dos muchachos y a la vez Laocoonte en la recreación de VIRGILIO, *En.* II 199-227 (y cf. HIGINO, *Fáb.* 135, 2), hecho representado en el conocidísimo grupo escultórico del Vaticano (siglo II a. C.). Para mayor complicación en el presente pasaje, hemos de reparar en la alusión final al ocultamiento de las serpientes: con la mención del templo de Apolo (en Pérgamo, habitual nombre para la ciudadela de Troya: cf. HOMERO, *Il.* IV 507 s. y V 445-448), se evoca sin duda la tradición más antigua de la muerte de Laocoonte, según la cual quien acababa por castigarlo (movilizando a las serpientes que, cumplida su misión, iban a refugiarse a su templo) era Apolo por una afrenta con que aquél en el pasado lo había ofendido: cf. BAQUÍLIDES, fr. 9 SNELL-MAEHLER; APOLODORO, *Epít.* V 18; e HIGINO, *Fáb.* 135, 1 s.; frente a esa *contaminatio,* operada por Quinto, en la conclusión del relato de VIRGILIO, *En.* II 225-227, como si era Atenea la deidad que castigaba a Laocoonte, las serpientes iban al final a ocultarse dentro de su templo, también en la acrópolis de Troya: cf. *Il.* VI 88 y 297.

indignada, con un fuerte piar solloza en torno a su morada vacía: así gemía aquélla con pena por la pérdida de sus hijos, sollozando alrededor de la tumba vacía; pero, a este sufrimiento, se sumaba otro más cruel por la ceguera de su marido[792].

Mientras ella plañía por sus queridos hijos y por su esposo, muertos los unos y privado del sol el otro, preparaban los troyanos unos sacrificios para los inmortales y les vertían ya libaciones de vino dulce, porque albergaba su corazón la creencia de verse libres por fin de la onerosa carga de la triste guerra. Pero las víctimas no ardían, y se apagaba la llama del fuego, como si desde arriba descargara una horrísona lluvia; se elevaba un humo sanguinolento; caían a tierra todos los muslos, entre temblores; se desplomaban los altares; se volvían sangre las libaciones; de las imágenes de los dioses brotaban lágrimas, y sus templos se veían bañados en crúor; surgían lamentos de algún lugar desconocido; se tambaleaban las enormes murallas y mucho crujían los

[792] Con este peculiar y dramático final del episodio de Laocoonte, parece confirmarse la propuesta de F. Vian acerca de la influencia del *Laocoonte* de Sófocles para toda la presente recreación (cf. notas 784 y 791): han tenido lugar unos eventos en verdad propios del planteamiento de una tragedia, como lo son la sucesión última de desgracias que les han sobrevenido al protagonista y a sus allegados de forma un tanto caprichosa y redundante (hasta el punto de que el segundo castigo de Laocoonte, al comportar como víctimas directas a sus inocentes hijos, se revela a estas alturas, con el caballo ya en Troya, como un acto de crueldad gratuita por parte de Atenea, sin consecuencias para la acción en curso: la previa ceguera sobrenatural de Laocoonte ya bastó para que los troyanos se decidieran de una vez a llevar el caballo dentro de su ciudad), o la inesperada aparición final de la mujer de la víctima, ante una tumba y con sentidos lamentos por los desastres acaecidos (a semejanza, pues, de todo un *kommós* de tragedia).

torreones, como si en realidad lo hicieran[793]; por sí solos se abrían los cerrojos de las puertas, entre horribles chirridos, y, en respuesta, emitían lúgubres quejidos las aves nocturnas, que chillaban en la soledad; por encima de esa ciudad, edificada por los dioses, cubrió todos los astros una niebla, a pesar de encontrarse sin nubes el radiante cielo; junto al templo de Febo se secaban los laureles, antaño verdegueantes; acudieron los lobos y los despiadados chacales a aullar puertas adentro[794]. Y se revelaron miles de otras señales que presagiaban la ruina de los Dardánidas[795] y de su villa; pero no llegó el dañino miedo a invadir las entrañas de los troyanos cuando contemplaron todos estos perniciosos prodigios, puesto que las Keres ofuscaron la razón de todos, para que, después del banquete, colmaran su hado, abatidos a manos de los argivos.

---

[793] Este final de 510, *hōs eteón per*, parece corrupto (F. Vian lo mantiene entre cruces: cf. su aparato crítico de *Quintus de Smyrne...* III, pág. 108); y a no ser que encierre el sentido con que lo traducimos (seguimos la versión de F. A. García Romero), cabe la posibilidad incluso de imaginar aquí una laguna (cf. M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 173 a v. 510).

[794] Se ha pretendido ver en este pasaje una inspiración en ciertas fuentes latinas, dado que en principio se corresponde más tal exposición de aciagos portentos al espíritu religioso romano (cf. M. Campbell, *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 170); pero, como señala F. Vian (tan reacio a las posibles influencias latinas en Quinto: cf. *Recherches...*, págs. 69 s.), los autores griegos nos ofrecen también algunos ejemplos perfectos de estas listas de prodigios de signo funesto (motivo literario habitual ante la narración de un inminente desastre): cf. las profecías del adivino Teoclímeno en *Od.* XX 350-357; Heródoto, VI 27; VII 57; y VIII 37-39; Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 7; Diodoro de Sicilia, XVII 10; o Pausanias, IV 13; IX 6, 5 s.; y X 15, 5 s. o 23 (pero, ante todo, cf. Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 1280-1287, catálogo que Quinto aquí en concreto parece desarrollar).

[795] Cf., *supra*, nota 732.

Sólo Casandra conservaba firme su corazón y lúcida su mente: nunca resultaban vanas sus palabras, sino que eran veraces, mas, por obra de alguna fatalidad, siempre que eran escuchadas, parecía como si se las llevara el viento, para que así los troyanos sufrieran su castigo[796]; cuando observó, pues, esos nefastos presagios que se abatían todos a una sobre la ciudad, un fuerte grito lanzó, como una leona, a la que un hombre, deseoso de caza, hirió o alcanzó en la espesura: en sus entrañas enloquece el corazón, [***][797], por doquier a lo largo de los enormes montes, y resulta irresistible su vigor; así, poseído su profético espíritu en sus adentros por semejante furor, salió aquélla de palacio: los cabellos le caían sobre sus cándidos hombros, hasta llegarle espaldas abajo[798]; brillaban sus ojos con descaro; y, además, como un tronco por efecto de los vientos, sobremanera se sacudía su cuello en todas direcciones. Y mucho gimió y clamó esta noble doncella:

«¡Ah, miserables! ¡Ya estamos caminando bajo las tinieblas, pues, a nuestro alrededor, la villa se encuentra dominada por el fuego y la sangre, y aun por un triste sino: por

---

[796] Evita Quinto entrar en detalles sobre la conocida leyenda de Casandra: hija de Príamo dotada del don de la profecía (cf., *supra,* nota 568), rechazó unirse al enamorado Apolo y el dios hizo que sus vaticinios (que, según una versión, él en persona, para así conquistarla, le había enseñado a declarar) nunca resultaran creíbles (cf. Esquilo, *Agam.* 1202-1212; Apolodoro, *Bib.* III 12, 5; e Higino, *Fáb.* 93, 1).

[797] Ya marcó A. Köchly una laguna tras el verso 532: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 109, n. 6, en su traducción se incorpora el supuesto contenido perdido: «y la fiera, entre rugidos, marcha errante».

[798] Mientras que en Homero *metáphrenon* designa la parte superior de la espalda entre los omóplatos (cf. *Il.* II 265 y V 40 s., o 56 s.), Quinto parece entender más bien que tal vocablo indica su región inferior, la que se halla «detrás del diafragma», de las *phrénes* (así en el escolio BL a Homero, *Il.* V 40).

doquier muestran los inmortales lamentables prodigios, y nos hallamos postrados a los mismos pies de la Muerte! ¡Pobres locos, que no tenéis idea de vuestro maldito destino, sino que, en tamaña ignorancia, todos estáis alegres! Y es que se oculta aquí una gran calamidad[799], pero no me vais a hacer caso, por mucho que siga hablando, ya que las Erinies, encolerizadas con nosotros por la horrible boda de Helena, así como las inexorables Keres, por doquier se precipitan a lo largo de la ciudadela: ¡en este pernicioso festín, celebráis vosotros vuestro banquete postrero, manchado de maldito crúor, cuando ya sólo tratáis con las sombras en un sendero compartido[800]!».

[***][801]. Y alguien, entre burlas, le dijo estas maliciosas palabras:

«Hija de Príamo, ¿por qué te incitan tu lengua desaforada y tu mente perversa a proclamar todas esas cosas, vanas como el aire? No te envuelve, en verdad, un virginal e inocente pudor, sino que de ti se ha adueñado una rabia funesta; por eso, todos los mortales de continuo te desprecian, charlatana como eres. ¡Vete de una vez y anuncia a los argi-

[799] Para evitar establecer aquí una laguna (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 110, n. 3), hay que entender, en la brusca expresión del verso 545 (hasta cierto punto reflejada en la presente traducción), que Casandra pasa a señalar de repente con un gesto el caballo de madera. Cabe suponer que ya antes se ha referido a él en 543: la misma Muerte *(Ólethros:* cf., *supra,* nota 149) está figurada en el caballo ahí presente, a cuyos pies se encuentran literalmente, pues, los troyanos.

[800] Seguimos a F. VIAN para la complicada interpretación de este verso 551 (cf. *Quintus de Smyrne...* III, pág. 110, n. 5).

[801] Se admite tradicionalmente una laguna tras el verso 551 (cf. el aparato crítico de F. VIAN en *Quintus de Smyrne...* III, pág. 110), debido al rápido y brusco paso de las palabras finales de Casandra a esta intervención inesperada de un nuevo sujeto anónimo. No obstante, M. CAMPBELL defiende y acepta esta precipitada transición en *A commentary on Quintus Smyrnaeus Posthomerica XII...*, pág. 187 a v. 551a.

vos y a ti misma tus malditos vaticinios! Pues pronto te aguarda a ti también un castigo, más cruel que el del descarado Laocoonte: no conviene, desde luego, debido a la insensatez de un individuo, destruir los queridos dones de los inmortales».

Así habló uno de los troyanos en la ciudad; y así también los demás se mofaron de la muchacha y aseguraron que sus palabras no eran correctas, porque ya estaban plantados cerca de ellos el desastre y el cruel ímpetu del Destino. Incapaces de advertir su aniquilación, entre burlas la fueron apartando del amplio caballo. Pues pretendía ésta desmantelar todas aquellas maderas, o reducirlas a cenizas con violento fuego; por eso, había cogido de su hogar un tizón de pino aún encendido, antes de precipitarse llena de furor, y en la otra mano portaba un hacha de doble filo. Trataba de alcanzar el nefasto caballo, para que también los troyanos pudieran descubrir claramente aquella trampa luctuosa; pero al punto le quitaron de las manos el fuego y el funesto hierro y, despreocupados, prepararon el nefasto festín: muy pronto, en efecto, iba a llegar su última noche[802].

Los argivos, en su escondite, se regocijaban al escuchar el tumulto de los que en Ilio banqueteaban sin inquietarse

---

[802] Toda esta intervención de Casandra, con sus vanas advertencias y sus desacreditadas profecías, la sitúan también tras la entrada del caballo en Troya, de acuerdo con la aparente versión del *Saco de Troya*, APOLODORO *(Epít.* V 17), VIRGILIO *(En.* II 246 s.) y TRIFIODORO (358-443, pasaje de similitudes notables con la recreación de Quinto, aunque más extenso y detallado). Por el contrario, no contamos con ninguna otra fuente literaria para ese momento del frustrado asalto de Casandra al caballo con improvisadas armas (en VIRGILIO, *En.* II 50-56, quien profana de un lanzazo la supuesta ofrenda a Atenea es Laocoonte): como mucho, en dos frescos pompeyanos aparece la profetisa armada igualmente con un hacha, pero ante las Puertas Esceas, amenazando al caballo aún fuera de la ciudad, tras la actuación de Sinón (cf. F. VIAN, *Recherches...*, págs. 70 s.).

ante Casandra, y también estaban admirados de cómo ésta era exacta conocedora de los propósitos y la estratagema de los aqueos.

Entretanto, corría ella indignada, como una pantera en los montes, a la que con presteza rechazan del establo los perros y los sufridos pastores, y que, tras revolverse gracias a su salvaje espíritu, ha de retirarse por fin con el corazón afligido; así se alejó aquélla del amplio caballo, atormentada ante la idea de la masacre de los troyanos: les aguardaba, en verdad, una gran catástrofe.

LIBRO XIII

Cenaban aquéllos[803] por su ciudadela: en medio, mucho sonaban las flautas, a la par que las siringas; a su alrededor, por doquier se elevaban los cantos para las danzas y el confuso vocerío de quienes banqueteaban, tal como corresponde a los momentos de festín y de bebida[804]. Y así, uno de ellos, con su copa rebosante en las manos, bebía sin preocupación; sus entrañas, en sus adentros, estaban cargadas, y aun sus ojos giraban; una tras otra, de su boca profería frases entrecortadas; los muebles de la sala y la propia estancia le parecía como si se movieran; incluso se creía que todo en la ciudad daba vueltas; cubría sus ojos una niebla; y es que con el vino puro se embotan la vista y la razón de los hombres, cuando a grandes tragos llega ése a sus entrañas: con la cabeza cargada, pues, tales palabras dijo:

---

[803] Los troyanos, evidentemente (continúa el relato en el momento exacto donde se había detenido).

[804] Están bien atestiguados estos festejos de los troyanos: tanto en la *Pequeña Ilíada* como en el *Saco de Troya* (según PROCLO, pág. 107, líns. 13 s. y 21-23 ALLEN), y luego en EURÍPIDES, *Héc.* 914-923 y *Troy.* 542-550; APOLODORO, *Epít.* V 17; VIRGILIO, *En.* II 265; DIÓN DE PRUSA, XI 128; TRIFIODORO, 448-453 y 498-502; y TZETZES, *Posth.* 716-718.

«En vano, desde luego, congregaron aquí los dánaos su nutrido ejército. ¡Ilusos, que no pudieron llevar a cabo cuanto en su fuero interno maquinaban, sino que, tal como se presentaron, así se han retirado de nuestra villa, cual niños pequeños o mujeres!».

Así habló uno de los troyanos, con su mente obnubilada por el vino: ¡necio, que no se percató de que ya a las puertas estaba la Muerte[805]!

En efecto, cuando el sueño los venció, a cada uno en un lugar de la ciudad, saciados de la abundante bebida y del alimento, entonces levantó en alto Sinón una antorcha llameante, para enviarles a los argivos la luminosa señal de su fuego[806]. Su corazón revolvía en sus entrañas incontables pensamientos, no fuera que lo vieran los troyanos, de gran vigor, y pronto todos los planes quedaran descubiertos; pero éstos dormían en su lecho su sueño postrero, cargados de tanto vino puro, mientras que aquéllos, tras atisbar el aviso desde Ténedos, se aprestaron en sus naves a la travesía.

El propio Sinón se llegó también cerca del caballo: llamó a los suyos en voz baja, en voz muy baja, a fin de que entre los troyanos nadie se enterase, sino sólo los caudillos de los dánaos, de quienes el sueño sobremanera se había alejado volando, deseosos como estaban de combatir; los que dentro se hallaban, pues, lo escucharon, y prestaron todos oídos a Odiseo. Éste los exhortaba a salir en voz baja y

---

805 *Ólethros,* una vez más: cf. nota 149 (y también nota 799, ya que, al igual que en XII 543, podría aquí concretarse la referencia a esta abstracción con una indicación en realidad del fatal caballo de madera).

806 Sinón da la señal desde la misma Ilio (en VIRGILIO, *En.* VI 515-519, lo hace Helena), como ya ocurría en el *Saco de Troya* (cf. PROCLO, pág. 107, líns. 26 s. ALLEN); en APOLODORO *(Epít.* V 19) y TRIFIODORO (510 s.), por el contrario, avisa a los aqueos desde la tumba de Aquiles, en las costas del Helesponto (cf. nota 248): tal debía de ser la versión de la *Pequeña Ilíada* (cf. fr. 12C ALLEN).

con calma, mas ellos sólo atendían a sus llamadas a la lucha, y se apresuraban a saltar del caballo a tierra para echarse a combatir. Aquél, gracias a su pericia, contenía la precipitación de todos; con sus ágiles manos, abrió muy despacio, por ambas partes, los costados del caballo de madera, de acuerdo con las indicaciones de Epeo, experto en el manejo de la lanza; luego, se asomó un poco al borde de las planchas y paseó su mirada todo alrededor, por si veía a algún troyano despierto[807]. Como cuando, con el corazón asaltado por una cruel hambre, acude un lobo desde las montañas, ávido de alimento, hasta el amplio redil de un rebaño, y, esquivando a hombres y a perros, que se afanan por vigilar las ovejas, franquea con un salto silencioso la cerca que guarda ese rebaño; así, con igual sigilo, descendía Odiseo del caballo. A él lo seguían los otros poderosos reyes de los panhelenos[808], bajando en fila por las escalas, que Epeo les había fabricado a esos próceres, de gran vigor, como medio de entrar en el caballo y salir de él[809]; por ellas descendían

---

[807] Los postigos del caballo son abiertos desde dentro por Odiseo, según ya Homero *(Od.* XI 524 s.: cf. nota 775), y luego Apolodoro *(Epít.* V 20), Petronio *(Satiricón* LXXXIX 57) y Trifiodoro (539); por el contrario, en Virgilio *(En.* II 254-259) es Sinón quien les abre a sus compañeros desde fuera dichos batientes; aquí sólo les ha avisado del momento oportuno para salir de su escondite: en la *Pequeña Ilíada* (cf. nota anterior) se quedaba fuera de Troya, con lo que los caudillos, como asegura Apolodoro en el citado pasaje, debían de intuir por sí mismos la ocasión adecuada para bajar del caballo.

[808] Ya en *Il.* II 530 empleaba Homero este poco habitual *Panhéllēnes,* la denominación que con mayor propiedad se puede referir al conjunto de los pueblos griegos coligados con motivo de la Guerra de Troya.

[809] Frente a Apolodoro *(Epít.* V 20) y Virgilio *(En.* II 262), en que para ello se sirven de cuerdas, también en Trifiodoro (90-94) y las representaciones iconográficas (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág.

entonces, cada uno por un lado, semejantes a osadas avispas, a las que perturba un leñador, y que, en su ánimo sobresaltadas, se dispersan lejos de la rama, cuando escuchan sus golpes: así, con igual ardor, se diseminaban aquéllos, fuera del caballo, por la bien edificada ciudadela de los troyanos; mucho palpitaban en sus pechos los corazones. Al instante, comenzaron unos a matar a los enemigos, [***][810]. Los demás, entretanto, remaban aún en alta mar, y se desplazaban sus naves sobre las grandes corrientes; guiaba Tetis su ruta, mandándoles un viento favorable: se complacía el espíritu de los aqueos. De inmediato arribaron a las orillas del Helesponto, y allí de nuevo atracaron las naves y recogieron con destreza todos sus aparejos, cuantos siempre las acompañan en sus viajes. Ellos al punto desembarcaron, y corrieron hacia Ilio con alboroto, como ovejas que, en el ocaso otoñal, se apresuran desde los boscosos pastos hacia el redil; así, entre alaridos[811], marcharon tales guerreros a la

130, n. 5) los griegos bajan del caballo mediante escalas (aquí ya en XII 332 s.).

[810] Se establece una laguna de varios más a comienzos del verso 61, formalmente inaceptable, sin duda corrupto: de acuerdo con Apolodoro *(Epít.* V 20) y Virgilio *(En.* II 265-267), podemos entender que se hablaba ahora de un segundo grupo de caudillos griegos que, por su parte, en vez de dedicarse ya a masacrar a los enemigos, marchaba a vigilar las entradas de la ciudad y a aguardar y permitir allí la inmediata llegada del grueso de su ejército.

[811] La forma *auíachoi* de este verso 70 podría entenderse con un sentido del todo contrario (la *a-* inicial sería privativa, en vez de intensiva), al igual que el sinónimo *ábromoi* de 68 (cf. su significado opuesto, «en silencio», en Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 153), adjetivos ambos tomados de *Il.* XIII 41, y que ya en la Antigüedad eran de complicada y polémica interpretación. En el actual pasaje, el regreso de la oculta armada aquea habría de implicar momentos de calma y silencio (así en Virgilio, *En.* II 254-256), pero lo cierto es que, por el contenido del símil previo (el preci-

villa de los troyanos, ansiosos todos de prestar auxilio a sus próceres. Éstos ya habían pasado al ataque, como [***] por una cruel hambre, aparecen de repente y sobre un redil se abalanzan, por los enormes montes y el bosque, mientras duerme el sufrido pastor, y perecen una tras otra, dentro de la cerca bajo la oscuridad, y por doquier [***] entre la sangre y los cadáveres: una horrible matanza ya se había desencadenado, aun cuando el grueso de los dánaos todavía se hallaba fuera[812].

Mas cuando alcanzaron todas esas huestes las murallas de Troya, entonces, llenas de arrojo, se dispersaron, en una carga despiadada, por la ciudad de Príamo, respirando la furia de Ares. Encontraron, pues, toda la ciudadela ya presa de la guerra y cubierta de cadáveres, y por doquier, gemebundos techos incendiados vorazmente por el fuego: mucho en sus entrañas se complacían. Y también ellos se lanzaron sobre los troyanos, abrigando dañinas intenciones: en medio, se enfurecían Ares y la luctuosa Enío.

Por doquier corría la negra sangre y con ella se empapaba la tierra, en tanto que eran aniquilados los troyanos y sus aliados extranjeros: de entre éstos, unos, abatidos por una muerte heladora, yacían a lo largo de la ciudadela en char-

---

pitado tropel de ovejas), no parece que a los griegos les sea ya necesaria tal discreción: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 131, n. 1.

[812] En este pasaje de 72-77 coinciden dos lagunas, tan evidentes como molestas: la primera (para F. Vian a mitad de ese verso 72, pero para A. Köchly justo al final) trunca el comienzo de un símil, cuyo tema parece ser, de nuevo, el asalto de unos lobos a un redil de ovejas (como en el anterior de 44-48, aparece aquí al principio, aunque queda cortada, la misma expresión de ese 44: «[con el corazón asaltado] por una cruel hambre»); con la segunda (de varios versos, tras el 75), se pierde el final de esa imagen del símil y aun parte de su conclusión (imaginamos que encabezada con el recurrente «así...»), donde nos vuelven a aparecer los caudillos griegos introducidos en Troya, entregados ya a la masacre (ello se deduce de 76 s.).

cos de sangre, mientras que otros les caían encima al exhalar su aliento vital; unos, agarrándose a manos llenas los propios intestinos, vagaban miserablemente por sus casas, al tiempo que otros, con ambos pies mutilados, se arrastraban entre los cadáveres, profiriendo indecibles quejidos; a muchos, ávidos de batallar, les fueron cortadas, ya en el polvo, las manos y a la par la cabeza, aunque a otros, los que por el contrario se daban a la fuga, las picas se les hundieron por las espaldas, de lado a lado, hasta el pecho, o por los riñones, para salirles de través por encima de sus partes pudendas, donde resulta especialmente dolorosa la punta del infatigable Ares. Todo alrededor de la ciudad se elevaban los lastimeros aullidos de los perros, y se propagaban los tristes gemidos de los hombres agonizantes; en torno, de forma indescriptible retumbaban todas las mansiones. Se extendían los luctuosos sollozos de las mujeres, parecidas a las grullas, cuando contemplan a un águila que sobre ellas desde lo alto se precipita a través del éter: no albergan éstas en sus pechos un audaz coraje, sino que tan sólo se dedican entonces a lanzar grandes chillidos, por temor a aquel ave sagrada; así, con igual fuerza, plañían las troyanas, cada cual por un sitio: unas, al levantarse del lecho, mas otras, al saltar al suelo; además, en su desdicha, algunas no se preocupaban ya de ceñirse, sino que, simplemente, vagaban con sus miembros ocultos sólo por una túnica, aunque otras ni tuvieron tiempo siquiera de cubrir su cuerpo con un velo o con un largo peplo, sino que, temblorosas ante la acometida de los enemigos, con el corazón palpitante, les trababa su impotencia los pies, y las desventuradas sólo acertaban a tapar aprisa con sus manos su desnudez[813]; y algunas se mesaban

[813] Como en I 621-624 y IV 188-192, notables muestras de pudor y decencia (cf. notas 87 y 284).

dolorosamente los cabellos de su cabeza y, golpeándose con los puños el pecho, sobremanera se lamentaban, mientras que otras, por el contrario, se atrevían a hacer frente al tumulto de los enemigos y se olvidaban de su miedo, ansiosas de prestar auxilio a sus maridos e hijos derribados, puesto que la necesidad les había procurado una gran audacia. Sus sollozos, en fin, despertaban de su sueño a los inocentes niños, cuyos corazones no conocían aún los pesares.

Expiraban aquéllos, pues, los unos sobre los otros: quedaban tendidos, en efecto, en tanto que veían venir la muerte en sueños; a su alrededor, se regocijaban las nefastas Keres ante tan lamentable exterminio. Como cerdos en las moradas de un opulento soberano, que le prepara a su pueblo un inmenso banquete[814], morían ellos a millares, y con su nefasto crúor se mezclaba el vino que aún quedaba en las crateras. No había nadie que hubiera privado de la matanza a su luctuoso hierro, por muy cobarde que fuera. Perecían, pues, los troyanos: como son aniquiladas las ovejas por los chacales o los lobos, mientras cae el calor sofocante del mediodía, en ausencia del pastor, cuando en un umbroso paraje, todas ellas en tropel, a la vez se apiñan las unas contra las otras, aguardando a que aquél lleve la leche a su casa, [***][815], tras saciar su vientre de mucha cabida, a todas las acometen y se beben su negra sangre, y siguen hasta exterminar el rebaño entero, de modo que dejan lo que para el desdichado pastor ya sólo será un maldito festín; así a uno tras otro los mataban los dánaos por la ciudad de Príamo, lanzados al ataque en su última batalla; ni uno solo de los

[814] Estos festines ofrecidos por el *ánax* a su pueblo son aquí un anacronismo, pues están inspirados, sin duda, en ciertas costumbres ya de época imperial.

[815] Tras el verso 137 se establece por fuerza una laguna (cf. el aparato crítico de F. VIAN en *Quintus de Smyrne...* III, pág. 134).

troyanos se hallaba ileso, sino que tenían todos sus ágiles miembros cubiertos de negras manchas de abundante sangre.

Pero tampoco los argivos sostenían ilesos tal combate. Antes bien, expiraban unos bajo los golpes de las copas, y otros bajo los de las mesas; otros, golpeados por tizones aún encendidos, al pie de los hogares; y otros, traspasados por asadores en los que aún había vísceras de cerdo, que se habían dejado al calor de la hervidora llama del violento Hefesto. Otros, por su parte, se convulsionaban en un charco de sangre, abatidos por las segures y las rápidas hachas; a algunos incluso les llegaron a cortar con ellas los dedos, cuando iban a echar mano a la espada, deseosos de evitar a las odiosas Keres. Y uno logró hacer saltar la mollera y los sesos de algún otro, al acertarle con una piedra en medio de la refriega[816]. Los atacantes, pues, como fieras heridas en los rediles de un pastor retirado en el campo, de forma cruel se enfurecían, con su cólera desencadenada bajo la oscuridad de esa triste noche; arrebatados en verdad por Ares, sembraban ellos la confusión en torno al palacio de Príamo, asaltando a uno en cada lado. Mas cayeron derribados muchos argivos también por las lanzas: pues cuantos troyanos por sus mansiones tuvieron tiempo de empuñar en sus manos una espada o una enorme pica, conseguían abatir a sus enemigos, aun tan cargados de vino[817]. Un indecible res-

[816] No queda claro el sentido de 155 s. (dado el actual contexto de la exitosa reacción de los invadidos, se entiende que un troyano anónimo logra aplastar la cabeza de un griego), como tampoco antes resulta fácil la interpretación de 152-154 (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 118, n. 1 y 2, respectivamente).

[817] Todo este breve momento de la ocasional reacción y resistencia de los troyanos remonta sin duda a la *Pequeña Ilíada* (cf. fr. 13 Allen), y se encuentra atestiguado también en las escenas del saqueo de Troya contenidas en una de las pinturas de Polignoto para la Lesque de Delfos (cf. no-

plandor se difundió a través de la villa, porque muchos aqueos portaban en sus manos la luz de las antorchas, a fin de distinguir con gran claridad, en ese combate, a los compañeros de los enemigos[818].

Y entonces el hijo de Tideo, al hacerle frente en la refriega el hábil lancero Corebo, hijo del ilustre Migdón, le atravesó con su pica la cavidad del esófago, donde reside el rápido conducto para la bebida y la comida. Y así, con tal impacto de lanza, lo alcanzó el negro hado; cayó sobre su negra sangre y sobre la masa de los demás cadáveres: ¡necio!, que no disfrutó de esas nupcias por las que había acudido, poco ha, a la ciudad de Príamo, [***][819], y había prometido expulsar de Ilio a los aqueos; pero la divinidad no dio cumplimiento a su deseo, pues lo arrojaron antes las Keres a la perdición[820]. Junto con éste, mató aquél a otro que

---

ta 140), según Pausanias, X 25, 5 s. (y cf. Virgilio, *En.* II 366-368, pasaje en el que en vano se ha pretendido encontrar la inspiración actual de Quinto: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 134, n. 2).

[818] A lo largo de 78-167 hemos asistido a una escena general de la masacre acaecida en Troya: para un minucioso y acertado análisis de su composición y estructura (a partir del cual se establece en su texto la puntuación, reproducida por nosotros en lo posible), cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 117 s.

[819] A mitad del verso 175 se establece sin duda una laguna, donde se haría alguna referencia a Casandra, como examinaremos, la prometida de Corebo (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 135, n. 4).

[820] Este Corebo, hijo de Migdón (un monarca frigio aliado antaño con Príamo: cf. *Il.* III 184-189), era el prometido de Casandra (aunque aquí no se llega a indicar expresamente, a causa de la laguna señalada en la nota anterior), por lo que se incorporó a la guerra pocos días antes ya de la toma de Troya (cf. Virgilio, *En.* II 341-346). Ya Pausanias (X 27, 1) nos informa de que en la *Pequeña Ilíada* (fr. 16 Allen) era víctima de Diomedes, pero añade que la mayoría de los autores le hacían sucumbir a manos de Neoptólemo (en Virgilio, *En.* II 407-426, cae abatido por Penéleo: cf. nota 494).

se le enfrentó, a Euridamante, experto en el manejo de la lanza, el yerno de Anténor que entre los troyanos ante todo se distinguía por la prudencia de su espíritu. Allí también se encontró a Ilioneo, un anciano del consejo, y contra él desenvainó su horrible espada; en su cuerpo quedaron del todo quebrantados los miembros de ese hombre tan viejo, quien, tembloroso, tendió ambas manos a la vez: con una agarró la fogosa espada de aquel héroe homicida, y con otra le cogió las rodillas. Y éste, aun impaciente por continuar el combate, ya fuera porque se calmó su cólera, ya porque a ello un dios le instó, apartó un poco su espada del anciano, a fin de que pudiera él dirigirle una súplica a tal veloz y poderoso guerrero. Lanzó ése de inmediato lastimeros gritos (y es que de él se adueñaba el odioso miedo):

«¡Abrazado a tus rodillas, te ruego, quienquiera que seas de entre los muy vigorosos argivos, que te apiades de este anciano, [***] [821] tus manos y pon fin a tu cruel cólera! Pues enorme es la gloria para un guerrero cuando mata a otro combatiente joven y poderoso, pero si matas a un anciano, ningún renombre obtendrás por semejante empleo de tus fuerzas. ¡Por eso, retira de mí tus manos y vuélvelas contra los jóvenes, si es que esperas llegar algún día a una vejez como la mía!».

Tras hablar así, le respondió el hijo del robusto Tideo:

«Anciano, yo espero alcanzar una noble vejez, pero, mientras se acrezca aún mi vigor, no dejaré escapar a ningún enemigo de mi persona, sino que a todos los mandaré al Hades, porque un hombre insigne ha de saber también castigar a su adversario».

[821] A mitad de este verso 192 hay que establecer también una evidente laguna (cf. el aparato crítico de F. Vian en *Quintus de Smyrne*... III, pág. 136).

Una vez dijo esto, le hundió aquel terrible guerrero en la garganta su letal espada, y la dirigió por donde les sobreviene a los mortales con la mayor rapidez el fatal desenlace de su vida, por los horribles conductos de la sangre[822]. Lo quebrantó, pues, un horrible sino, al haber sido derribado a manos del Tidida[823]; éste, masacrando aún a los troyanos, se precipitó por la ciudadela, con su gran poder desatado. Y abatió al excelso Abante[824], y con su enorme lanza le acertó al hijo de Perimnesto, al perínclito Euricoonte. Entretanto, acabó Ayante con Anfimedonte; con el Damastórida, Agamenón; Idomeneo, con Mimante; y Meges, con Deyopites[825].

---

[822] Resulta difícil la interpretación exacta de 204 s.: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... III, pág. 137, n. 1. Tales «conductos de la sangre» son sin duda las arterias, y en el contexto actual, en concreto, la carótida.

[823] Nos resulta desconocido ese Ilioneo —aun cuando es el suyo un nombre corriente entre los troyanos: cf. HOMERO, *Il.* XIV 489-492 y 501; VIRGILIO, *En.* I 120 (entre otros muchos ejemplos); y OVIDIO, *Heroidas* XVI 362—, por lo que, con la debida modificación del texto, es tentador identificarlo (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... III, pág. 135, n. 8) con el Eyoneo que, según la *Pequeña Ilíada,* fr. 16 ALLEN (parece tener Quinto ahora presentes sus versiones: cf. ya nota 820), caía también en la toma, pero a manos de Neoptólemo. En todo caso, Quinto parece presentarnos aquí a este anciano, por cuenta propia, para oponer su muerte cobarde y humillada a la inminente del mismo Príamo, quien, en cambio, se va a mostrar valiente y resignado ante la llegada de su hora (cf. F. VIAN, *Recherches*..., págs. 75 s.).

[824] También desconocido, pero, dado que en este relato de las hazañas de Diomedes durante la toma, asimismo se ha incluido antes, en 178-180, a un Euridamante como víctima suya, Quinto parece tener aquí presente el pasaje de *Il.* V 148s., donde ya eran citados dos personajes con esos nombres: un tal Abante como víctima del Tidida y su propio padre, el anciano Euridamante.

[825] No parece ser el Priámida citado por APOLODORO, *Bib.* III 12, 5, e HIGINO, *Fáb.* 90, 6 (ya moría en *Il.* XI 420 s. un Deyopites, también sin filiación: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... III, pág. 137, n. 3).

El hijo de Aquiles, por su parte, bajo su lanza invencible hizo sucumbir al divino Pamón, y le acertó a Polites, cuando éste lo acometía, y después mató a Antífono, todos ellos por igual hijos de Príamo[826]; también abatió al divino Agénor, que se le enfrentó en el combate[827]. De entre aquellos héroes, aniquiló él a uno tras otro: por doquier, se aparecía la negra Muerte ante tanto exterminio; revestido con las fuerzas de su padre, masacró ansioso a cuantos fue encontrando. Allí también terminó por dar, abrigando dañinas intenciones, con el propio rey de los enemigos, apostado junto al altar del Hogareño; éste, en cuanto vio al hijo de Aquiles, supo al momento quién era y no se estremeció, porque ya deseaba de corazón sucumbir al lado de su prole. Por ello, a aquél se dirigió, anhelando morir:

«¡Vástago de poderoso ánimo de Aquiles, hábil guerrero, mátame y no tengas compasión de mi desventura! Pues yo, después de tales y tantos sufrimientos, no anhelo contemplar ya la luz del sol, que todo lo ve[828], sino perecer de

---

[826] Estos tres Priámidas, Pamón (cf. nota 470), Polites (cf. ahora nota 579) y Antífono, aparecían ya juntos en *Il.* XXIV 250: ello nos invita a apartarnos excepcionalmente del texto establecido por F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne...* III, pág. 137, n. 4) y a seguir la corrección de J. Th. Struve, quien postula, para la última de estas tres víctimas, ese nombre de *Antiphonon,* ya que en realidad los códices nos transmiten un *Tisiphonon,* esto es, el nombre de cierto Tisífono que no nos es conocido como Priámida, pero que al menos ya habría sido evocado antes en este poema, en I 406 (si bien sólo como corrección de L. Rhodomann aceptada por F. Vian en un oscuro pasaje: cf. nota 69). Sólo para Polites tenemos en otro autor testimoniada su muerte a manos de Neoptólemo, en Virgilio (*En.* II 526-532, relato mucho más extenso y detallado, y de un tono bien distinto, especialmente dramático).

[827] Neoptólemo mata también a este Antenórida (cf. nota 191): ello ya se debía de relatar (como venimos comentando, sigue ahora de cerca Quinto esta obra) en la *Pequeña Ilíada* (cf., de nuevo, fr. 16 Allen).

[828] Cf., *supra,* nota 399.

una vez, al igual que mis hijos, y olvidar mi triste desdicha y este horrísono conflicto. ¡Ojalá me hubiera dado muerte tu padre, antes de ver a Ilio incendiada, cuando fui a entregarle el rescate por el difunto Héctor, a quien tu padre hirió de muerte[829]! ¡Pero esto es lo que urdieron las Keres: sacia tú de nuestra sangre tu poderosa espada, para que pueda olvidarme de mis penas!».

Tras hablar así, le respondió el poderoso hijo de Aquiles:

«Anciano, ¡no haces sino excitar mi furor y mi arrojo! ¡A ti, que eres un enemigo, no te dejaré entre los vivos, pues nada hay para los hombres más querido que la vida».

Una vez dijo esto, le cortó la cabeza al canoso anciano, sin apenas dificultad, como se siega una espiga de trigo madura en la estación del caluroso verano. Emitiendo aún un gran suspiro, rodó aquélla por los suelos, muy lejos de los demás miembros, cuantos dotan al hombre de movimiento. Yacía, pues, sobre su negra sangre, entre la matanza de los otros guerreros, [***] por su riqueza, su linaje y sus innumerables hijos[830]. Y es que, entre los hombres, la gloria no se acrece largo tiempo, sino que en cualquier momento se abate sobre ellos una calamidad imprevisible. Así a éste lo

[829] Alusión al célebre episodio de *Il.* XXIV 22-676, en que el propio Príamo se aventuraba a marchar hasta el campamento aqueo y allí se entrevistaba con Aquiles en su tienda, para así suplicarle y conseguir, a cambio del debido rescate, la devolución del cadáver de su hijo Héctor.

[830] Tras el verso 246 hay una evidente laguna, en la que es seguro que comenzaría una alusión al pasado esplendor de Príamo, rey en verdad afamado por sus bienes y posesiones, por su estirpe de origen divino (cf. nota 37) y por su numerosa descendencia, unos cincuenta hijos habidos con su esposa Hécuba y con varias concubinas: cf. Apolodoro, *Bib.* III 12, 5 e Higino, *Fáb.* 90.

arrebató el destino: de sus muchos males por fin se olvidó[831].

Luego, arrojaron a Astianacte los dánaos, de veloces potros, desde lo alto de los torreones, y destruyeron así su grata vida, tras haberlo arrancado de los brazos de su madre, encolerizados como aún se hallaban con Héctor, porque, cuando estaba vivo, era éste el causante de sus desgracias; por ello, se ensañaron incluso con su descendencia y arrojaron desde el elevado parapeto a su hijo, un niño inocente que nada sabía aún de los combates de la guerra[832]. Como

---

[831] Según la versión del *Saco de Troya* (cf. Proclo, pág. 107, líns. 30 s. Allen), tal como aquí ha recreado Quinto con fidelidad, Príamo, refugiado en vano en el altar de Zeus *Herkeîos* —el «Hogareño» del verso 222 (cf. ya nota 422, a propósito de VI 147): tal es con casi plena unanimidad (en la *Pequeña Ilíada* era arrastrado fuera de ese altar para ser degollado a las puertas de su palacio: cf. fr. 16 Allen) el lugar de la ejecución de Príamo: cf. Eurípides, *Héc.* 23 s. y *Troy.* 16 s. y 481-483; Apolodoro, *Epít.* V 21; Virgilio, *En.* II 506-558; Pausanias, IV 17, 4; Dictis, V 12; Trifiodoro, 634-639; Tzetzes, *Posth.* 732 s.—, es asesinado por Neoptólemo con un golpe de lanza o de espada; este último detalle aparece en ese mucho más dramático relato de Virgilio, donde se nos presenta al final, por sorpresa, el cuerpo mismo del monarca decapitado y abandonado en la playa, introduciéndose así también, en una *contaminatio*, una peculiar variante de Pacuvio (fr. 33 Ribbeck), en que Neoptólemo se llevaba prisionero a Príamo hasta las costas del cabo Sigeo, para allí sacrificarlo ante la tumba de su padre Aquiles (cf. nota 248), tras lo que le cortaba la cabeza a su cadáver: tal motivo de la decapitación, pues, es lo único que añade Quinto a esa respetada versión tradicional y canónica.

[832] En este episodio de la muerte de Astianacte resulta Quinto un tanto vago e impreciso (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 125 s.): sin más, hace que arroje al hijo de Héctor desde la muralla el colectivo de los griegos (algo así ya preveía Andrómaca en *Il.* XXIV 734-739); frente a ello (y obviando la versión marginal, al parecer, de Estesícoro en su *Saco de Troya,* a menudo reflejada en la iconografía, en que tal niño era asesinado por Neoptólemo a la vez que su abuelo Príamo), en la *Pequeña Ilíada* (fr. 19 Allen) lo precipitaba desde los muros, por cuenta propia, Neoptólemo, mientras que en el *Saco de Troya* se encargaba de ello Odi-

en los montes unos lobos, ávidos de alimento, arrojan con instinto perverso una ternera a un resonante barranco, tras separarla de las ubres de su madre, de sabrosa leche, y ésta, gimiendo por su querida cría, corre de acá para allá, lamentándose con fuertes mugidos, y mientras por detrás le alcanza otro mal, porque unos leones la agarran también a ella; así, sobremanera dolida por su niño, se llevaron los enemigos, junto con las demás cautivas, en medio de horribles gemidos, a la hija del irreprochable Eetión[833]. Al acudirle entonces a la mente las horribles muertes de su niño, de su marido y de su progenitor, la Eetione, de hermosos tobillos, no pensaba más que en morir, porque para los reyes es mejor perecer en la guerra que convertirse en siervos de unos villanos. Y, con el corazón en sus adentros muy afligido, lúgubres gritos profirió:

«¡Vamos! ¡Arrojad ahora al punto, argivos, también mi cuerpo desde esta horrible muralla, o desde unas rocas, o incluso al fuego, pues en verdad son ya indecibles mis pesares! Y es que también el hijo de Peleo masacró a mi noble padre en la muy divina Tebas, y en Troya a mi ilustre marido, que para mí suponía todo lo que anhelaba mi corazón; me dejó en nuestras mansiones, tan pequeño aún, un niño del que infinitamente me gloriaba y en el que tenía puestas grandes esperanzas, que ha frustrado el maldito y pernicioso

---

seo solo (según PROCLO, pág. 108, lín. 8 ALLEN; y cf. TRIFIODORO, 644-646); el conjunto de los aqueos sí interviene, pero de otro modo, en la célebre versión de EURÍPIDES (cf. *Andr.* 9-11 y *Troy.* 709-798 y 1118-1146): al día siguiente ya de la caída de Troya, a instancias de Odiseo, se reúnen los griegos en asamblea y acuerdan la ejecución del hijo del que fuera su principal enemigo (cf. también APOLODORO, *Epít.* V 23; OVIDIO, *Met.* XIII 415-417; HIGINO, *Fáb.* 109, 2; y SÉNECA, *Troy.* 524-813 y 1063-1117).

[833] Andrómaca, la madre con Héctor de Astianacte, hija de Eetión (de ahí su inmediato patronímico de *Ēetiṓnē:* cf. notas 19 y 223).

Destino. ¡Por eso, apenada como me hallo, despojadme de inmediato de esta muy atormentada existencia, y no me llevéis a vuestras moradas, confundida entre las demás prisioneras, pues a mi corazón ya no le agrada permanecer entre los hombres, porque ha destruido una divinidad a mi familia y, si llego a encontrarme sola lejos de Troya, además de mis odiosos dolores, un horrible padecimiento es lo que me aguarda!».

Tal dijo, deseosa de descender bajo la tierra: no les parece conveniente seguir viviendo, en efecto, a aquéllos cuya gran gloria se ve devorada por el oprobio, pues terrible resulta ser despreciado por los demás. Pero a la fuerza, mal de su grado, la condujeron hacia el día de la esclavitud.

Mientras tanto, rendían el alma los hombres, cada cual en su morada; en ellas se alzaban, pues, clamores de muchos lloros. Pero no en la mansión de Anténor, porque los argivos se acordaron de la amable hospitalidad de quien, cuando en esa ciudad se presentaron, antaño acogió como huéspedes, y aun puso a salvo, a Menelao, igual a un dios, y a la par a Odiseo[834]. En prueba de su gratitud hacia él, los más insignes hijos de los aqueos se cuidaron de dejarlo vivo y con todos sus bienes[835],

[834] Con intención de evitar el estallido del conflicto armado, acudieron antaño a Troya Menelao y Odiseo en embajada (pretendían la pacífica devolución de Helena y de las riquezas que Paris se había llevado de Esparta); desatendidos y amenazados allí por los troyanos, su noble anfitrión, Anténor (cf. nota 72), hubo de ponerlos a salvo para que marcharan de la ciudad con vida: el episodio, ya conocido por Homero *(Il.* III 205-224 y XI 138-142), debía de ser narrado en las *Ciprias*, de acuerdo con Proclo, pág. 105, líns. 3-6 Allen (y cf. Apolodoro, *Epít.* III 28 s.).

[835] Notable zeugma en el texto griego: *lípon* no tiene el mismo sentido con *autòn... zôonta,* «dejarlo vivo», es decir, «perdonarle la vida», que con *ktêsin hápasan,* «dejar toda la riqueza» (pero «a él», el individuo designado ya con dicho *autòn*), esto es, «conservar(le) todas sus riquezas».

por respeto a Temis, que todo lo ve[836], así como a aquel querido varón[837].

Y entonces el noble hijo del irreprochable Anquises, después de las muchas fatigas que, en torno a la villa de Príamo, vástago de los dioses, hubo de arrostrar con su lanza y gracias a su valentía, y después de las muchas vidas que a tantos les hubo de quitar, cuando vio la ciudadela incendiada por las crueles manos de los enemigos, a todas sus gentes aniquiladas en masa y con ellas sus infinitas riquezas[838], y a las esposas arrastradas fuera de sus casas junto con sus hijos, entonces, no albergaba ya su corazón la esperanza de ver su patria con sus hermosos muros intactos, sino que estaba determinada su mente a escapar de aquel gran desastre. Como cuando sobre el abismo del mar un piloto, que con destreza gobierna el timón de una nave, en su intento de esquivar los vientos y las olas que de todas partes sobre ella se precipitan en la odiosa estación del invierno, fatiga sus brazos y sus bríos, mas, una vez que ya se va a pique la inundada embarcación, deja aquél a lo lejos tal timón y sube solo a un pequeño esquife, sin preocuparse más de to-

---

[836] Como el sol en 229, recibe Temis el calificativo de *panderkḗs* (cf., *supra*, nota 399), dada su significación (cf. nota 548, y, en general, F. A. García Romero, «Algunas figuras mitológicas en Quinto de Esmirna...», págs. 101 s.).

[837] La salvación de Anténor y de su familia es un episodio tradicional en la noche de la toma (incluso Sófocles le dedicó unos *Antenóridas):* tenía lugar en la *Pequeña Ilíada,* según su fr. 14 Allen (Odiseo pone a salvo a un hijo de Anténor, Helicaón), y era representada (cf., *supra,* nota 710) en las escenas del saqueo de Troya pintadas por Polignoto (para la Lesque de Delfos: cf. nota 140), según Pausanias, X 27, 3 s. (y cf. Apolodoro, *Epít.* V 21: Odiseo y Menelao protegen a otro Antenórida, Glauco).

[838] Nuevo zeugma notable (reproducido con esa expresión un tanto abrupta): el participio *apollyménous* se refiere tanto a *laoùs* (con mayor propiedad: de ahí la concordancia sintáctica) como a *ktêsin* (de una forma bastante desligada, sólo por una vaga relación de significados).

da esa nave de carga; así el noble hijo del bienintencionado Anquises dejaba a los enemigos la villa, incendiada del todo por un enorme fuego, y, tras coger presto a su hijo y a su padre, se los llevaba consigo: a éste, agobiado por la muy sufrida vejez, con sus fuertes brazos lo asentó sobre sus amplios hombros; a aquél, sin apenas poder tocar con sus pies la tierra, asustado además ante las acciones de la devastadora contienda, lo sacaba de la mano, tan tierna, fuera de la horrísona batalla: el ingenuo muchacho, pues, por necesidad se agarraba e iba casi colgando, mientras corrían las lágrimas por sus tiernas mejillas, pero su padre había de seguir saltando con sus ágiles piernas por encima de los numerosos cuerpos de los cadáveres, muchos de los cuales, sin querer, en la oscuridad los pisaba. Guiaba su camino la Cípride, decidida a librar de aquel horrible desastre a su nieto, a su hijo y a su esposo: al paso de tal héroe, por doquier retrocedía el fuego ante sus pies y se entreabrían las llamas del violento Hefesto, y las picas y las flechas de los guerreros caían sin efecto todas a tierra, cuantas sobre aquél arrojaban los aqueos en esa lacrimosa batalla. Y, entonces, grandes voces dio Calcante, para así detener a la tropa:

«¡Dejad de disparar contra la persona del valeroso Eneas luctuosos dardos y letales lanzas! Pues es su destino, por la muy gloriosa voluntad de los dioses, marchar desde el Janto hasta el Tíber, de ancha corriente, y allí fundar una villa sagrada y digna de la admiración de las generaciones venideras, y aun ser el soberano de un muy diseminado pueblo; más aún, su estirpe extenderá luego sus dominios, hasta llegar a los inmutables confines del Oriente y del Occidente[839]. Y también está decretado, en efecto, que sea él admi-

[839] Extrañas personificaciones: *Antoliē* y *Dýsis*, el «Oriente» y el «Occidente» (cf. también Nono de Panópolis, *Dionisíacas* XLI 282-285).

tido entre los inmortales, puesto que es hijo de Afrodita, de hermosos bucles. Pero, además, en cualquier caso debemos apartar nuestras manos de este varón, porque antes que su oro, entre todas las demás riquezas [***][840] pueden mantener a salvo incluso a un hombre exiliado en tierra extranjera, antes que todo eso, ha preferido a su padre y a su hijo: una misma noche nos ha mostrado, pues, a un hijo extraordinariamente cariñoso con su anciano padre y a un progenitor intachable para con su niño».

Así habló; ellos le hicieron caso y como a un dios todos lo contemplaron. De inmediato salió éste de su villa, por donde, en su impaciencia, lo llevaban sus pasos; mientras, continuaron todavía los argivos saqueando la bien edificada ciudadela de Troya[841].

---

[840] Tras el verso 345 propone F. Vian, frente a vanos intentos de reconstrucción, una breve laguna imprescindible (cf. su aparato crítico en *Quintus de Smyrne*... III, pág. 142).

[841] Bien conocido es este episodio de la huida de Eneas durante la noche de la caída de Troya, historia consagrada por el libro II de la *Eneida* de Virgilio (especialmente, 634-804), pero no desarrollada por el ciclo: en la *Pequeña Ilíada* (frs. 19A y 21 Allen), Eneas era ahora hecho prisionero, mas luego conseguía la liberación y emprendía sus viajes; en el *Saco de Troya* (según Proclo, pág. 107, líns. 24-26 Allen), escapaba antes incluso de la noche fatal, previendo lo que iba a suceder tras la muerte de Laocoonte; sobrevivía ya entonces a la toma, en espera del ilustre destino anunciado en *Il.* XX 300-308. Se discute la influencia de Virgilio: F. Vian la rechaza de nuevo (cf. *Recherches*..., págs. 55-57, y *Quintus de Smyrne*... III, págs. 121-123): para él las pocas coincidencias notables remontarían por separado a un modelo común de época helenística; y para sustentar esta teoría, ofrece como prueba un pasaje de los *Oráculos sibilinos* (XI 144-162), que recogería precisamente el particular tratamiento de la historia de la huida de Eneas que Quinto habría seguido, obra independiente de la *Eneida*, e incluso anterior a ella (aunque se le han supuesto fechas más recientes: cf. A. Kurfess, *Sibyllinische Weissagungen*, Berlín, 1951). Detalles de la presente recreación: en primer lugar, aquí (en 300-308), como ya en Helánico *(F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 31), combate Eneas

Y entonces Menelao, con su luctuosa espada, dio muerte a Deífobo, a quien encontró, ¡desventurado!, con la cabeza aún cargada por el vino, cerca del lecho de Helena: ésta se dio a la fuga y se escondió en su cámara[842]. Aquél, regoci-

---

hasta que ve imposible la salvación de Troya y se decide a escapar, frente a la lucha loca y desesperada que en *En.* II (sobre todo, 314) caracteriza al héroe, quien sólo acepta abandonar su ciudad bajo las expresas y repetidas órdenes de los dioses; es innegable, por otro lado, la similar presentación entonces del fugitivo, con su padre a los hombros y su hijo cogido de la mano (aquí en 315-326, tal como en *En.* II 721-725), pero es notorio que Quinto no haga referencia (como tampoco los *Oráculos sibilinos)* al nombre de ese hijo suyo (muy significativo sería que lo llamara Julo), a los Penates que también habían de ser trasladados, o a la esposa de Eneas, Creúsa, que igualmente debía seguir al grupo; la mediación de Afrodita, por su parte, es mayor y más dramática a lo largo del libro II de la *Eneida*, mientras que Quinto (en 326-332) la reduce a la sobrenatural ayuda que le presta a su «familia» durante su huida por la ciudad incendiada y asaltada (tales prodigios ya en *En.* II 632s. y 664s., pero son un detalle recurrente; finalmente, en lo que respecta a las profecías sobre el glorioso futuro de Eneas, coincide Quinto con Virgilio (ahora en 342 s.) en su deificación final; cf. *En.* I 250 y 259 s. y XII 794 s.; pero, también, Diodoro de Sicilia (VII fr. 3 Bekker), Dionisio de Halicarnaso *(Historia Antigua de Roma* I 64, 4), Tito Livio (I 2, 6) y Ovidio *(Met.* XIV 581-608), pero se aparta de él al convertir a Eneas (en 336-341) en fundador directo de Roma —de acuerdo con Dionisio de Halicarnaso *(Historia Antigua de Roma* I 72, 2, pasaje que se remonta [*F. Gr. Hist.* I A, 4, fr. 84], a Helánico), Salustio *(Conjuración de Catilina* 6) y Dión de Prusa (XI 138): quizás tengamos ahora el fundamento para un definitivo rechazo de la supuesta influencia virgiliana (cf. F. Vian, *Recherches...*, pág. 57), pues cuesta creer que, si Quinto ha seguido a Virgilio, se haya apartado de él en detalle tan capital como es la misión destinada para Eneas en Italia—.

[842] La muerte de Deífobo a manos de Menelao es del todo previsible, ya que aquél es el nuevo marido de su esposa (aunque cf. notas 677 y 678). De ahí que, por ser Helena su hija (cf. nota 674), Deífobo sea llamado yerno de Zeus en 361s.). Se trata un episodio notable entre las leyendas de la caída de Troya: sugerido en *Od.* VIII 517 s., lo narraba el *Saco de Troya*, según Proclo (pág. 108, líns. 1 s. Allen); cf. también Apolodoro, *Epít.* V 22; Higino, *Fáb.* 113, 3; Dictis, V 12; Trifiodoro, 626-629;

jado ante la sangre derramada en torno a su víctima, tales palabras dijo:

«¡Ah, perro! ¡Cómo te he ocasionado hoy yo una muerte luctuosa! Ya no te encontrará vivo entre los troyanos la divina Erigenía, por mucho que te jactes de ser yerno del muy atronador Zeus: te ha acogido la negra perdición, una vez abatido con crueldad junto al lecho de nuestra esposa. ¡Ojalá también hubiera podido antaño arrebatarle el aliento al funesto Alejandro, cuando osó enfrentarse a mí en combate[843]! ¡Más llevadero habría resultado mi dolor! No obstante, bien pronto marchó ése bajo las heladoras tinieblas, pagando así todas sus deudas; y en cuanto a ti, ninguna alegría te iba a reportar nuestra esposa, porque de la inmaculada Temis nunca escapan los culpables, ya que noche y día los vigila y, por doquier, sobre las naciones de los hombres vuela por los aires, castigando, con el permiso de Zeus, a los avezados a las malvadas acciones[844]».

Una vez dijo esto, causó la despiadada ruina entre otros enemigos, pues es que enloquecía su ánimo, que muy celoso se acrecía en su corazón[845]; en sus audaces entrañas contra

---

y Tzetzes, *Posth.* 729-731. Versión peculiar (cf. Higino, *Fáb.* 240, 1) es la de Virgilio, *En.* VI 494-530.

843 Alusión al duelo acordado antaño (para así resolver rápidamente todo el conflicto) entre Menelao y Paris, en que el primero derrotó al segundo y estuvo a punto de darle justa muerte, pero entonces intervino Afrodita para salvar a su favorito; cf. *Il.* III 314-382.

844 Cf., *supra,* notas 548 y 836.

845 Resulta sorprendente la actual referencia a esta matanza, que, tras la muerte de Deífobo, interrumpe ahora, entre los versos 374-384, el subsiguiente episodio inevitable del reencuentro por fin de Menelao y Helena: como se entiende aquí que Menelao se encuentra aún en la mansión de su víctima, sin duda sucede que tiene en mente Quinto la vaga alusión de *Od.* VIII 517-520, donde se apunta cómo Odiseo y Menelao, durante la noche de la toma, se unieron para asaltar en una dura batalla el palacio de Deífobo.

los troyanos meditaba muchos males, a los que ya dio cumplimiento la venerable diosa Justicia[846]. Pues aquéllos fueron los primeros en cometer fechorías en relación con Helena, y los primeros también en violar los juramentos, los miserables que un día, a despecho de la negra sangre de los sacrificios, se olvidaron de los inmortales en un extravío de su mente[847]. Por eso, luego las Erinies les procuraron tales dolores: en efecto, perecieron unos delante de la muralla, y otros por la villa, mientras disfrutaban del banquete y de sus esposas, de hermosos cabellos.

Al fin, encontró Menelao en un rincón de la casa a su mujer, temblorosa ante las amenazas de su marido legítimo, de audaz espíritu, quien, al verla, se disponía a matarla, con su corazón dominado por los celos; y lo habría hecho, si no hubiera contenido su violencia la encantadora Afrodita, que hizo caer de sus manos la espada y frenó su ímpetu: alejó de él, pues, sus tenebrosos celos, y despertó el dulce deseo en el fondo de sus entrañas y de sus ojos. Un arrebato inesperado lo sobrecogió y, al contemplar su muy radiante belleza, no se atrevió ya a hundir tal espada en su cuello, sino que se quedó inmóvil, como en un boscoso monte un árbol seco, al que, desencadenados por el aire, no sacuden los rápidos vendavales del Bóreas o del Noto; así permaneció aquél, largo tiempo estupefacto, y su vigor se quebrantó cuando miró a su esposa. Al momento se olvidó de todas las faltas

---

[846] Cf., *supra*, nota 345.

[847] Otro episodio homérico fundamental: acordado dicho duelo entre Menelao y Paris (cf. nota 843), en *Il.* III 245-313 aqueos y troyanos sancionan con sacrificios un pacto de no agresión a la espera de que se solucione todo el conflicto con el resultado de ese enfrentamiento; pero, una vez derrotado Paris, los troyanos no llegan a devolver, a pesar de lo acordado, a Helena y las riquezas robadas, porque pronto, en IV 1-222, por mediación de Atenea, quedan violados tales juramentos cuando contra Menelao dispara a traición una flecha el caudillo aliado Pándaro.

que había cometido ella contra su lecho legítimo, pues todo lo borró la diosa Cípride, que es la que domeña la razón de todos, inmortales y hombres mortales[848]. Pero, aun así, recogió del suelo su fogosa espada y se lanzó sobre su mujer legítima; mas, en su acometida, eran ahora bien distintos los pensamientos que revolvía su mente, y con semejante farsa trataba de engañar a los aqueos. Y, entonces, tal como esperaba, lo detuvo su hermano, quien mucho lo calmó con suaves palabras, pues temía que todo lo hasta ahora sucedido resultara inútil:

«Contén ya tu cólera, Menelao. Pues no tienes derecho a eliminar a tu esposa legítima, por la que tantas penas hemos soportado, maquinando la desgracia de Príamo. Y es que no es Helena la culpable, como tú al menos crees, sino Paris, desconsiderado con Zeus Hospitalario y con tu mesa[849]: por eso, ya una divinidad se lo hizo pagar con dolores».

---

[848] Es otro episodio celebrado, en la toma de Troya, el encuentro por fin de Menelao con Helena (narrado ya en el *Saco de Troya,* según Proclo, pág. 108, lín. 1 Allen); en ese crucial momento, trata Menelao de castigar a su esposa con la muerte, pero luego renuncia a ello: o bien Helena, sumamente seductora, muestra entonces a su marido sus pechos desnudos y logra así cautivarlo (cf. fr. 17 Allen de la *Pequeña Ilíada;* Eurípides, *Andr.* 627-631; y Aristófanes, *Lis.* 155 s.); o bien (al parecer, ya en Estesícoro, y sí en Íbico, fr. 296 Page) Helena se refugia en el templo de Afrodita y, amparada por la diosa, su esposo recuerda su amor por ella e igualmente la perdona (tal versión es la que a grandes rasgos sigue Quinto, aunque sitúa el suceso, sin más, aún en la morada de Deífobo: cf. notas 842 y 845).

[849] Acogido en Esparta por Menelao (cf. el resumen de las *Ciprias* en Proclo, pág. 103, líns. 2-10 Allen, o Apolodoro, *Epít.* III 1-3), aprovechó Paris su hospitalidad para seducir a su esposa Helena y luego, en su ausencia, llevársela consigo a Troya junto con abundantes riquezas robadas. Se justifica, pues, esa alusión a Zeus como *Xénios,* encargado de velar por las sagradas normas de la hospitalidad.

Así habló, y aquél al punto le obedeció[850]. Entretanto, gemían los dioses por la muy gloriosa Troya, cubiertos por oscuras nubes, excepto la Tritónide, de hermosos bucles, y Hera, quienes en su fuero interno mucho se gloriaban, al ver devastada la ínclita villa de Príamo, vástago de los dioses. Aunque ni siquiera la bienintencionada Tritogenía era del todo ajena a las lágrimas, ya que dentro de su templo ultrajaba a Casandra el poderoso hijo de Oileo, con su espíritu y su mente trastornados. Más tarde, pues, haría caer aquélla sobre éste una horrible desgracia, y castigaría así a tal guerrero por su afrenta[851]. De momento, no quiso contemplar esa vergonzosa acción: antes bien, la invadieron el pudor y la cólera, y volvió su feroz mirada hacia el elevado techo de su templo; resonaba alrededor la imagen divina y mucho se estremecía el suelo de tal templo, pero aquél no renunciaba a su nefasta fechoría, porque había perturbado sus entrañas la Cípride[852].

---

[850] Resultan sorprendentes, al final de este episodio, tanto esa farsa de Menelao como la inesperada intervención ahora de Agamenón, cuyo empeño es ya innecesario; pueden explicarse por la presencia de determinados detalles de las *Troyanas* de Eurípides: a lo largo de 873-879, 895 y 1055-1059 (ya al día siguiente de la toma) Menelao, forzado por las huestes, aparenta estar decidido a ejecutar a su mujer, pero en realidad no tiene intención de matarla, por lo que declara aplazar tal castigo para cuando hayan regresado a Grecia; y en 919-965 es la propia Helena quien, como hace aquí por ella Agamenón, esgrime una defensa de sus actos, según la cual es inocente y toda la culpa de su raptor Paris (cf. ya nota 407).

[851] Tal castigo de Ayante Oilíada será relatado a lo largo de XIV 530-589.

[852] Es éste otro episodio inexcusable dentro del relato de la toma, si bien, en su versión más antigua, Ayante Oilíada se contentaba con arrastrar a la refugiada Casandra fuera del templo de Atenea, sacrilegio también imperdonable: cf. el *Saco de Troya* (según Proclo, pág. 108, líns. 2 s. Allen), Eurípides, *Troy.* 70, Virgilio, *En.* II 403-406, Pausanias, X 26, 3, de nuevo se describen las escenas de la Lesque de Delfos) y Dictis,

Y ya por todas partes, aquí y allá, se derrumbaban las mansiones desde lo más alto: se mezclaba una seca polvareda con el humo; se producía un horrible retumbo; temblaban las calles. Ardía la morada de Eneas, y ardía todo el palacio 432a
de Antímaco; se abrasaba la acrópolis en un indescriptible incendio, localizado en torno a la amena Pérgamo, alrededor del santuario de Apolo, del muy divino templo de la Tritónide y del altar del Hogareño; se quemaban también los encantadores tálamos de los nietos de Príamo[853]; en fin, la ciudad entera quedaba reducida a cenizas.

Seguían pereciendo los troyanos: unos a manos de los hijos de los argivos, y otros en aquel voraz fuego o bajo sus propias techumbres, donde encontraron su maldito destino y su tumba; otros, con sus espadas, se atravesaban la garganta, al ver ante sus portales tanto el fuego como a los enemigos; y otros, después de matar a sus esposas y a la par a sus

V 12; la violación de Casandra, en cambio (el pudoroso Quinto la presenta aquí de forma muy velada), se atestigua a partir de época helenística, asociada a la explicación de cierta estatua de Atenea en Troya con su rostro excepcionalmente vuelto hacia arriba (típico *aítion*, tan del gusto alejandrino: cf. F. Vian, *Recherches...*, págs. 74 s.): así en Licofrón, *Alej*. 348-364, modelo directo de Quinto, incluso para la expresión: cf. ahora F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 123 y n. 7), Calímaco, fr. 35 Pfeiffer, Apolodoro, *Epít*. V 22, y Estrabón, VI 1, 14.

[853] Varios emplazamientos notables de Troya: tras la mención de las moradas de Eneas y el tal Antímaco —que ha de ser el jefe troyano y sobornado amigo de Paris, bien dispuesto siempre, por ello, a afrontar la guerra (*Il*. XI 122-142), acaso nombrado ya en I 405—, nos situamos en la acrópolis o ciudadela de la villa, en Pérgamo, donde se localizaban los santuarios de Apolo y Atenea (cf., *supra*, nota 791), el bien conocido altar de Zeus *Herkeîos* (cf. notas 422 y 831) y el conjunto del palacio real (*Il*. VI 313-317), donde, según parece evocarse en esa imprecisa alusión a los «tálamos de los nietos de Príamo», en cincuenta habitaciones residían los hijos de Príamo con sus respectivas mujeres, y en otras doce, a su vez, los yernos con sus hijas (*Il*. VI 242-250).

hijos, sucumbían tras consumar por necesidad tal acción intolerable. Y alguno hubo que, creyendo hallarse lejos de sus adversarios, de entre las llamas de Hefesto cogió con rapidez un cántaro, y corrió afanoso en busca de agua; pero se le adelantó uno de los argivos y le golpeó con su lanza, y así le destrozó las entrañas, cargadas aún por el vino puro; se desplomó dentro de su morada, y a su alrededor cayó dando vueltas el cántaro vacío. A otro, a su vez, mientras huía a través del salón, le cayó una viga prendida, y ello le provocó la ruina total. Muchas mujeres, por su parte, lanzadas a una penosa fuga, se acordaron de sus queridos hijos, a los que por las mansiones habían dejado en sus camas; al momento, volvieron sobre sus pasos y perecieron junto con sus hijos, al caérseles la casa encima. Los caballos y los perros, por otro lado, corrían asustados, huyendo del ímpetu de ese odioso fuego: pisoteaban aquéllos con sus cascos a los muertos, y aun causaban el desastre entre los vivos, al chocar contra éstos de continuo. Resonaba la villa con los gritos de cierto joven, cuando entre chillidos pasó por medio de las llamas; a los otros, que en cambio se quedaron dentro, el inexorable Destino los abatió[854]. A cada cual lo conducía un camino hacia la luctuosa perdición.

Se elevaban las llamas hasta el divino aire, y un indecible resplandor se difundía: alcanzaban a verlo los pueblos vecinos de alrededor, desde las altas cumbres de los montes ideos hasta Samotracia y la marítima Ténedos. Y alguien en su nave, sobre el abismo del mar, estas palabras dijo:

---

[854] Se entiende, en esta escena final aislada, que un joven se atreve a salir de su morada atravesando las llamas que la envuelven, mientras que dentro se quedan sus familiares y compañeros, quienes perecen en el incendio o con el desplome del edificio. Esta es la interpretación de F. Vian, quien corrige el confuso texto de 460-462 para evitar la laguna admitida tras 461; cf. *Quintus de Smyrne...* III, pág. 147, n. 4.

«Consumaron los argivos, de violento espíritu, su indecible empresa, después de haber arrostrado tantas y tantas fatigas por Helena, de vivaces párpados: Troya entera, antaño del todo próspera, se abrasa ya en el fuego, sin que un dios le haya prestado la protección deseada. Y es que todas las acciones de los mortales las contempla el irresistible Destino: muchas veces, aquello que es infame y carente de esplendor, lo hace glorioso, al tiempo que convierte en insignificante algo que está en lo más alto; y a menudo, del bien resulta el mal, y del mal algo bueno, con el transcurso de nuestra muy sufrida existencia[855]».

Así dijo un mortal, al observar a lo lejos aquel indecible resplandor. Entretanto, aún envolvía a los troyanos la angustia luctuosa: sembraban los argivos la confusión por la ciudad, como violentos soplos que, una vez desencadenados, encrespan el infinito ponto, cuando frente al tempestuoso Arturo se levanta el Altar hacia el umbral estrellado, vuelto hacia el brumoso Noto, por lo que, con los embates de los vientos, desaparecen en el ponto muchas naves bajo las aguas[856]; parecidos a aquéllos, pues, saqueaban los hijos de los aqueos la elevada Ilio. Ardía ésta en un enorme incendio, como de inmediato se abrasa un monte, sobremanera cubierto de espesos bosques, por obra de un fuego avivado gracias a los vientos: braman alrededor las extensas cimas, y allí cruelmente se ve atormentada toda la fauna salvaje, cer-

---

[855] Toda esta doctrina expuesta en 473-477 parece inspirada por Hesíodo, *Trabajos y Días* 3-8. No obstante, ideas similares aparecen ya a lo largo de VII 68-84; VIII 472 s.; y IX 104-109 y 414-422.

[856] En IV 552-555 se evoca en otro símil la tempestuosa época del año en que (cf. nota 332) se muestra en el firmamento esa constelación del Altar (aquí se añade cierta referencia a una conocida estrella del hemisferio boreal, Arturo: cf. Arato, *Fenómenos* 94 s.).

cada en el bosque por la violencia de Hefesto; así morían los troyanos por la ciudad: ninguno de los celestiales venía a socorrerlos, pues las Moiras por doquier ya los habían rodeado con sus largos hilos, de los que un mortal nunca puede escapar[857].

Y entonces a Demofoonte y a Acamante, firme en la lucha, tal como deseaba, se los encontró por la villa la madre del gran Teseo, Etra: la guiaba uno de los bienaventurados, que fue quien la condujo frente a aquéllos. Estaba escapando ésta, presa de la inquietud, de los combates y del fuego; y ellos, al ver entre el resplandor de Hefesto el porte y la talla de semejante mujer, comparable a una diosa como era, creyeron reconocer a la propia esposa de Príamo, vástago de los dioses. Al instante, lanzaron enfurecidos sus manos contra ella, ansiosos de llevársela a los dánaos; pero, en medio de horribles gemidos, ésta exclamó:

«¡No, gloriosos hijos de los argivos, amantes de la guerra, no me arrastréis como a una enemiga, para así llevarme a vuestras naves! Pues no me jacto de pertenecer al linaje de las troyanas: antes bien, poseo la noble sangre de los dánaos, y además una bien renombrada, porque en Trecén me engendró Piteo, y aun para casar conmigo pagó la dote el divino Egeo, y de mí nació un ínclito hijo, Teseo. ¡Ea, vamos! ¡Por el gran Zeus y por vuestros bienamados progeni-

[857] Entre 430-495 ha tenido lugar ahora la descripción general del incendio de Troya, bien separada de la anterior escena global de 78-167, la de la masacre (cf. nota 818); ya distinguían perfectamente estos dos momentos otros autores antiguos: cf. el *Saco de Troya* (según PROCLO, pág. 107, líns. 29 s. frente a pág. 108, líns. 6 s. ALLEN); EURÍPIDES, *Troy.* 1287-1332; y APOLODORO, *Epít.* V 23. VIRGILIO es el único que confunde de continuo las ocasiones de saqueo y de incendio: cf., entre otros pasajes, *En.* II 289, 329, 478, 505.

tores! Si en verdad llegaron aquí, junto con los Atridas, los hijos del irreprochable Teseo, conducidme por entre el ejército a su presencia, tal como estarán deseando esos queridos muchachos de aquél, quienes creo que son de vuestra misma edad: ¡recobrará el aliento mi corazón, si los veo a los dos con vida y convertidos en unos próceres!».

Así habló; ellos, al escucharla, se acordaron de su progenitor y de cuántas empresas acometió por Helena, y de cómo antaño saquearon Afidnas los hijos del muy resonante Zeus, cuando lejos de la batalla los ocultaron sus nodrizas por ser aún pequeños; y recordaron a la insigne Etra y cuánto hubo de padecer bajo el sino forzoso de un cautiverio, siendo a la vez suegra y sirvienta de Helena, comparable a una diosa; quedaron, pues, mudos de alegría. Y le respondió el excelso Demofoonte con las palabras que ella más deseaba oír:

«A ti ya los dioses, en este mismo momento, te colman esos gratos deseos de tu corazón, porque quienes están ante tus ojos son los hijos de tu irreprochable hijo, y somos nosotros en persona los que, tras cogerte en brazos, te llevaremos a las naves, y luego con gozo te conduciremos al sagrado suelo de la Hélade, donde antaño tú reinabas».

Tras hablar así, lo abrazó la madre de su gran padre, estrechándolo en sus brazos, y le besó sus anchos hombros, su cabeza, su pecho y sus barbadas mejillas; del mismo modo besó también a Acamante. Entre sollozos, brotaron de sus párpados dulces lágrimas. Como cuando entre las gentes se divulga la noticia de la muerte de un hombre que en el extranjero se halla, y, si luego regresa éste de allí a su casa, sus hijos, al verlo, lloran con alegría desbordada, e incluso él, a su vez, también solloza a la vista de sus niños en su mansión, con lo que por toda la casa se extienden quejum-

brosos lamentos, aunque ya en un dulce llanto, así, en medio de tales sollozos, se propagaban sus gratos gemidos[858].

Y entonces, según cuentan, tendiendo sus manos hacia el éter, la hija del muy sufrido Príamo, Laódice, imploró a los invencibles bienaventurados que la engullera la tierra, antes de tener que aplicar sus manos a tareas de esclavos. La

---

[858] Es otra leyenda bien conocida el encuentro ahora de los Teseidas Demofoonte y Acamante (cf., *supra,* nota 299) con su abuela Etra, a quien liberan de su larga esclavitud: tal momento parece consagrado por el ciclo troyano —cf. el fr. 18 Allen de la *Pequeña Ilíada* y los frs. 3 y 4 Allen (así como Proclo, pág. 108, líns. 10 s. Allen) del *Saco de Troya*— y luego es evocado por Apolodoro, *Epít.* V 22 (único autor que coincide con Quinto en situar el suceso aún durante el saqueo de Ilio, no al día siguiente ya, con el reparto de las cautivas), Pausanias, X 25, 7 (una vez más, se describen las escenas de la Lesque de Delfos) y Dictis, V 13. En cuanto a la explicación de la sorprendente presencia de la reina Etra en Troya, se ha apuntado aquí debidamente en 518-525: este personaje era (así antes en 509-511) hija del monarca de Trecén, el Pelópida Piteo, esposa del rey de Atenas, Egeo, y madre con él del gran héroe Teseo (para su peculiar concepción, cf. Apolodoro, *Bib.* III 15, 6 s.; Diodoro de Sicilia, IV 59, 1; Pausanias, I 27, 8 y II 32, 7; y Plutarco, *Teseo* 3 y 6, 1-3), y ya aparecía fugazmente en *Il.* III 144 como vieja sirvienta de la misma Helena, condición que nos explican los testimonios posteriores: Teseo, en compañía de su amigo Pirítoo, se atrevió antaño a raptar en Esparta a la aún niña Helena, con intención de convertirla en su esposa (de ahí que en 524 s. se considere a Etra suegra de Helena), y la dejó escondida en Afidnas, villa cercana a Atenas, al cuidado de su propia madre; acudieron a liberarla sus hermanos Cástor y Polideuces, hijos, como ella (cf. nota 674), de Zeus (*koûroi... Diòs* se los llama aquí en 520), quienes asaltaron todo el Ática aprovechando una ausencia de Teseo y rescataron con facilidad a Helena, llevándose además a Etra como esclava para la princesa espartana, fiel asistente que incluso luego la acompañaría en su huida con Paris: cf. Apolodoro, *Bib.* III 10, 7 y *Epít.* I 23, donde se apunta, como aquí en 520-522, el riesgo que corrieron en aquel ataque de los Dioscuros los aún niños Demofoonte y Acamante, que hubieron de escapar entonces de Atenas, a la que ya no pudieron regresar con la subida a su trono de Menesteo (cf. nota 299); Diodoro de Sicilia, IV 63, 2-5; Pausanias, I 17, 5, y II 22, 6; Plutarco, *Teseo* 31-34; o Higino, *Fáb.* 79.

oyó alguno de los dioses, y, al momento, abrió a sus pies las profundidades de la tierra infinita: ésta, por indicación de tal dios, acogió a aquella divina muchacha dentro de su hondo abismo, en tanto que Ilio sucumbía[859]. En señal de duelo por ella, según afirman también, la propia Electra, de largo peplo, ocultó su cuerpo con una bruma y con unas nubes, renunciando al coro de las demás Pléyades, quienes son sus hermanas: éstas, en grupo, resultan bien visibles para los infelices humanos, cuando en el cielo se alzan; aquélla, en cambio, es la única que se oculta, siempre imperceptible, porque cayó por fin la sagrada villa de su noble hijo Dárdano, sin que el propio Zeus, en su supremacía, hubiera podido ya defenderla desde el éter, puesto que ante las Moiras cede incluso el ímpetu del gran Zeus[860]. Pero aquello quizás

[859] La leyenda de Laódice, la bella hija de Príamo (*Il.* III 122-124) que no había de sobrevivir a la destrucción de su patria, no está atestiguada antes de época helenística: cf. Licofrón, *Alej.* 316-322 y 497 (pasajes del autor que, una vez más (cf., *supra,* nota 852), parece ser fuente directa de inspiración: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 124 y n. 1); Euforión, fr. 72 Powell; Apolodoro, *Epít.* V 23; Trifiodoro, 660-663; y Tzetzes, *Posth.* 736.

[860] Electra fue con Zeus la madre de Dárdano (cf. nota 37); era además una de las Pléyades (cf. notas 161 y 384), cuya pena por la destrucción de la ciudad de su hijo la llevó a hacerse invisible en el firmamento, desapareciendo de su grupo de estrellas: cf. Ovidio, *Fastos* IV 177 s. o Higino, *Fáb.* 192, 5 (los testimonios son recientes y su origen se encuentra en época helenística, ya que nos hallamos aquí de nuevo ante un *aítion,* tan habitual en el alejandrinismo). En fin, remarquemos, ahora que concluye el libro XIII, cómo, con la inclusión de estos últimos episodios particulares de la toma, ya menos celebrados, queda claro que Quinto ha querido acumular en su relato todas las leyendas que sobre la caída pudiera conocer, y que, debido a ello, se ha visto desbordado ante tanta materia y, en el actual libro, apenas si hemos asistido a una sucesión de tales acontecimientos sin estructura coherente alguna; no obstante, cf. el análisis de su exigua composición en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 115-120, donde se señala cómo el plan de toda esta narración acaba por coincidir

fue obra de la excelsa razón de los inmortales, o acaso no[861]. Entretanto, excitaban aún los argivos su cólera contra los troyanos, por todas partes en la ciudadela: tenía Eris en sus manos el término de la contienda.

---

con los similares relatos secos y austeros de mitógrafos y novelistas tardíos, tales como Proclo, Apolodoro y Dictis.

[861] En esta conclusión a los previos sucesos, Quinto (mediante ese impreciso *tò* de 560) parece referirse a la leyenda de Laódice o a la de Electra con escepticismo, sin llegar a pronunciarse sobre su autenticidad a causa de su carácter portentoso. De ahí que, al ir presentándolas, haya introducido antes, respectivamente, un *enépousin* («cuentan») en el verso 545 y un *phasi* («afirman») en el 551, y aun ahora añada un *tách'(a)* («quizás») en el actual 561: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne*... III, pág. 151, n. 8.

LIBRO XIV

Y entonces ascendió al cielo, desde el Océano, la diosa de áureo trono, Eos, en tanto que acogió el Caos a la Noche[862]. Los argivos, a viva fuerza, habían arrasado la bien cercada Troya y habían saqueado sus infinitas riquezas, semejantes ellos a ríos torrenciales, que con estruendo corren desde los montes, al arreciar la lluvia, y a su paso se llevan hasta el mar, junto con los mismos peñascos, muchos árboles enormes y todo cuanto en las montañas nace; así los dánaos, tras haber destruido con el fuego la villa de Troya, trasladaban ya todo el botín a sus bien ligeras naves.

Y con él hacían bajar también a las troyanas, distintas unas de otras: éstas, aún solteras y desconocedoras de las prometidas nupcias, y aquéllas, sometidas poco ha por sus esposos en amorosa unión; otras, a su vez, ya con canosos bucles; y otras, más jóvenes, de cuyos pechos les fueron arrebatados sus hijos, ávidos de leche, ¡la última para sus labios! En medio de aquella turba, se traía el propio Menelao a su esposa desde la incendiada villa, poniendo así fin a su gran empresa: lo embargaban, pues, la alegría y la ver-

---

[862] Según Hesíodo, *Teog.* 123, la Noche es hija surgida del Caos primigenio (cf., *supra*, notas 109 y 252).

güenza. A la divina Casandra se la llevaba Agamenón, experto en el manejo de la lanza; y a Andrómaca, el excelso hijo de Aquiles. Por su parte, Odiseo arrastraba por la fuerza a Hécuba[863]: de sus ojos manaban continuas lágrimas, como una fuente; temblaban sus miembros y turbado se veía su corazón por el miedo; se había arrancado los cabellos de su canosa cabeza; sobre ella quedaba esparcida copiosa ceniza, que del hogar cogió para en abundancia echársela encima con sus manos, una vez muerto Príamo e incendiada la villa[864]; y mucho gemía cuando, mal de su grado, de ella se apoderó el día de la esclavitud. Cada uno se llevaba hacia sus naves a una de las troyanas, entre lamentos por su fatalidad; aquí y allá, en medio de tales lamentos, sin cesar alzaban ésas sus gritos, sollozando junto con sus hijos pequeños de la forma más lamentable. Como cuando, a la vez que a las cerdas de blancos dientes, conducen a sus pequeñas crías de su antigua pocilga a otra nueva unos hombres, ya a comienzos del invierno, y aquéllas, en tropel las unas junto a las otras, emiten sin descanso sus dolientes gruñidos, así

[863] De esta forma tan somera evoca Quinto el famoso episodio del reparto de las principales cautivas troyanas: no indica en qué momento o en qué circunstancias ha tenido lugar (y eso que apenas acaba de amanecer y de terminar el saqueo de Troya), aunque sí lo respeta en su resultado, con la asignación de prisioneras que ya quedó fijada en el ciclo (cf. el fr. 19A Allen de la *Pequeña Ilíada* y el resumen del *Saco de Troya* en Proclo, pág. 108, líns. 9 s. Allen; y cf. Apolodoro, *Epít.* V 23) y que luego es desarrollada por la tragedia a la que tanto va a recurrir Quinto en el libro XIV, las *Troyanas* de Eurípides: cf. 247-259 (destino de Casandra), 271-291 (suertes de Andrómaca y Hécuba) y 860-1059 (situación de Helena, quien, como aquí, es presentada en un principio como parte del botín de guerra: en este personaje se va a centrar nuestro poeta a continuación, en 39-70, para cuyos curiosos detalles nos remitimos ya a F. Vian, *Quintus de Smyrne*... III, págs. 157-159).

[864] Cf., *supra*, notas 395 y 486.

gemían las troyanas, sometidas por los dánaos: afrontaban la misma fatalidad tanto la reina como la sierva.

Pero a Helena no la ganaba el llanto: antes bien, fue el pudor lo que se posó sobre sus oscuros ojos[865] y sonrojó sus hermosas mejillas. Su corazón revolvía en sus entrañas incontables pensamientos, no fuera que, al llegar a las oscuras naves, la ultrajaran los aqueos; por eso, temblorosa como se hallaba, palpitaba con fuerza su corazón. Y, con la cabeza oculta bajo su velo, siguió las huellas de los pasos de su marido, ruborizadas sus mejillas por la vergüenza, cual la Cípride, cuando a las claras la descubrieron los Uránidas, deshonrando su propio lecho, en los brazos de Ares, entre las apretadas ataduras del habilidoso Hefesto: en medio de aquéllos, yacía afligida en sus adentros y avergonzada ante el linaje de los dioses, allí congregados en masa, y ante el propio Hefesto, pues es terrible para una mujer ser a las claras contemplada en tamaña infamia por los ojos de su esposo[866]; semejante a ella, pues, en su cuerpo y en su sincera vergüenza, marchaba Helena también, junto con las cautivas troyanas, hacia las bien ensambladas naves de los argivos.

---

[865] La *aidṓs*, el «pudor» o la «vergüenza», aparece más o menos personificada (como ya en HESÍODO, *Trabajos y Días* 197-201 o en SÓFOCLES, *Edipo en Colono* 1267-1269).

[866] Se evocan aquí los célebres amores ocultos de Ares y Afrodita, de acuerdo con *Od.* VIII 266-369, aunque es de notar el tono moralizante que Quinto le imprime a la leyenda, frente a la narración festiva, y aun hilarante, que HOMERO ponía en boca del aedo Demódoco: informado por Helio del adulterio de su esposa con Ares, Hefesto (cf. nota 122, a propósito de II 138-140) les preparó a los amantes una trampa en el lecho donde habían de acostarse, unas redes tan irrompibles como imperceptibles, y, una vez atrapada la pareja, no dudó en exhibirlos en tan comprometida situación ante la corte de los Olímpicos.

A su alrededor, se maravillaban las tropas al observar el esplendor y la encantadora belleza de aquella intachable mujer; nadie se atrevía a injuriarla con denuestos, ni a escondidas ni abiertamente, sino que con agrado la contemplaban como a una diosa, pues su aparición colmaba todos sus deseos. Como cuando a unos navegantes, que viajan perdidos por el mar infatigable, se les aparece después de largo tiempo su patria, en respuesta por fin a sus ruegos, y ellos, tras escapar al ponto y a la muerte, tienden sus manos hacia esa patria, con indecible regocijo en su corazón, así se regocijaban todos los dánaos, pues ya no conservaban el recuerdo de sus fatigas tan agotadoras o de los tumultos del combate: de tal modo, en efecto, había dispuesto la Citerea la mente de todos ellos, para rendir homenaje a Helena, de ojos vivos, y a Zeus, su padre.

Y entonces, cuando vio devastada su querida villa, el Janto, mientras aún recobraba el aliento tras la sangrienta refriega, rompió a llorar junto con las Ninfas, porque la desgracia, desde algún lugar, se había abatido sobre Troya y había asolado la ciudad de Príamo. Como cuando sobre las mieses maduras descarga el granizo y las deja desmenuzadas: destroza todas las espigas con sus crueles ráfagas y las cañas caen a tierra, ya inútiles, en tanto que, tristemente, el fruto por los suelos se echa a perder, con lo que funesta resulta la gran pena de su dueño; así también asaltó en sus entrañas al Janto el dolor por la abandonada Ilio: le invadía de continuo la angustia, pese a ser un inmortal. A su alrededor, gemían el enorme Ida y el Simunte; y a lo lejos, lloraban todos los torrentes ideos, entre quejidos por la ciudad de Príamo.

Los argivos, tan exultantes, llegaron a las naves, celebrando con cantos la poderosa pujanza de la muy gloriosa

Victoria[867], y otras veces al divino linaje de los bienaventurados, y aun su propia valentía y la imperecedera obra de Epeo. Sus cánticos alcanzaban el cielo a través del éter, como los infinitos graznidos de los grajos, cuando llega un día sereno tras la funesta tempestad y se halla sin vientos el éter; así junto a sus naves, con gran regocijo en lo más profundo de su espíritu, [***][868]. Se deleitaban los inmortales en el cielo, cuantos de corazón eran protectores de los argivos, amantes de la guerra. Por el contrario, estaban disgustados los demás, cuantos amparaban a los troyanos, al contemplar del todo incendiada la ciudadela de Príamo: a pesar de sus deseos, no habían podido prestarles auxilio, transgrediendo así la ley del Destino, pues ni siquiera es capaz fácilmente, transgrediendo tal hado, de rechazar al Destino el propio Cronión, cuya fuerza sobrepasa la de todos los inmortales (y es que de Zeus todo procede[869]).

Colocaron entonces los argivos muchos muslos de bueyes, y sobre las hogueras a la vez los quemaban; acudiendo también en torno a los altares, hacían libaciones de vino dulce sobre las víctimas abrasadas, para rendir homenaje a los dioses, porque habían puesto fin ya a su gran empresa. Mucho glorificaban en ese placentero banquete a todos cuantos, revestidos de sus armas, había acogido en su interior el caballo de madera. Y alababan al períncIito Sinón, porque

---

867 Aparece aquí personificada esta abstracción, la *Níkē*, hija de la más importante Oceánide, la Éstige, ya en HESÍODO *(Teog.* 383-403).

868 Tras el verso 92 se establece una necesaria laguna, sin duda de otro más, en la cual, para terminar esa conclusión del presente símil, se insistiría en los potentes cantos de los griegos.

869 Esta idea, apuntada ya por HOMERO en *Il.* XIII 631 s., ante todo la hallamos desarrollada, en los mismos términos, en cierto «Himno a Zeus» de origen órfico: cf. el fr. 21a, v. 2 de los *Fragmentos órficos* de KERN (tomado de PLUTARCO, *La desaparición de los oráculos* 48, 436D).

había soportado los muy dañinos ultrajes de los enemigos; todos lo honraban de continuo con cánticos e infinitos presentes, y él en el fondo de sus sufridas entrañas sentía regocijo por la victoria de los argivos, sin afligirse por aquellos ultrajes padecidos: para un varón sabio y sensato, en efecto, es mucho mejor la gloria que el oro, la belleza y los demás bienes, cuantos para los hombres existen y existirán.

Junto a las naves, pues, cenaban ellos con su corazón libre ya de temores, diciéndose sin descanso los unos a los otros:

«Hemos llegado al término, largo tiempo diferido, de esta guerra, y con ello hemos ganado una inmensa gloria, al haber acabado, a la par que con nuestros enemigos, con su gran ciudadela. ¡Concédenos ahora, Zeus, el regreso que también tanto deseamos!».

Así decían, pero no a todos accedió el padre a permitirles tal regreso.

En medio de ellos, cada uno de los entendidos [***][870], pues ya no tenían miedo de la horrísona guerra, sino que se aplicaban a las ocupaciones propias de la concordia y de la grata fiesta. Para satisfacer sus deseos, he aquí que primero cantaban cómo se congregaron las huestes en el sagrado suelo de Áulide y cómo la gran fuerza del infatigable Pelida devastó doce ciudades durante su travesía por el ponto, y otras once por el infinito continente; cuántas fueron sus ha-

[870] En medio de 121 se establece otra laguna: L. Rhodomann trató en vano de suplirla con el que quedó fijado como verso 122, aquí por ello no incluido; F. Vian (cf. *Quintus de Smyrne*... III, pág. 181, n. 2) completa en su traducción el sentido a partir de *Od.* XXI 406, pues parece claro que se desarrollaría en tal laguna la truncada alusión a los entendidos en el canto, quienes a continuación largamente intervendrán; son varios aedos a pesar del *tis* que los introduce en 121: ello se evidencia (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... III, pág. 181, n. 1) por la referencia final de 142, de manera que dicho *tis* equivale a *pâs tis*.

zañas en su lucha contra el soberano Télefo y el poderoso Eetión; cómo dio muerte al orgulloso Cicno[871] y cuántas penalidades hubieron de soportar los aqueos en las batallas que tras la cólera de Aquiles acontecieron; cómo arrastró a Héctor alrededor de las murallas de su patria[872]; cómo acabó con Pentesilea en plena refriega; cómo abatió al hijo de Titono y cómo mató el robusto Ayante a Glauco, experto en el manejo de la lanza, y cómo a Eurípilo, muy glorioso varón, le dio muerte el hijo del veloz Eácida; cómo abatieron a Paris los dardos de Filoctetes y cuántos guerreros penetraron dentro del engañoso caballo; y cómo, tras haber arrasado la ciudad de Príamo, vástago de los dioses, banqueteaban ya exentos de los malditos combates[873]. Cada uno en su lugar cantaba lo que su ánimo le dictaba.

Pero cuando, mientras aún banqueteaban, se les presentó la medianoche, entonces dejaron los dánaos de comer y de beber vino puro, y marcharon a la cama, olvido de cuitas.

---

[871] Aprovecha Quinto este pasaje para hacer un resumen final, en orden cronológico, de los principales episodios de la Guerra de Troya. Hasta aquí, algunos eventos «prehoméricos»: cf., *supra,* notas 573 (reunión en Áulide), 5 y 276 (previas conquistas de Aquiles por mar y por tierra), 278 (su victoria sobre Télefo), 19 y 223 (derrota de Eetión) y 314 (Cicno también víctima suya).

[872] Sucesos ahora de la misma *Ilíada:* los apuros que en combate pasan los griegos (especialmente, a lo largo de VIII-XV) tras haberse retirado Aquiles de la batalla (a causa de su cólera, ya en el canto I), y la muerte de Héctor y el maltrato de su cadáver por parte del Pelida (cf., *supra,* nota 5).

[873] Y los acontecimientos posteriores a los episodios de la *Ilíada* (ya debidamente narrados por Quinto): victorias sucesivas de Aquiles sobre Pentesilea y Memnón (en los libros I y II, respectivamente), muerte de Glauco a manos de Ayante Telamonio (en III 237-285), éxitos de Neoptólemo frente a Eurípilo y de Filoctetes contra Paris (respectivamente, en VIII y X) y, por último, la treta del caballo de madera y la conquista de Troya (en los anteriores libros XII y XIII).

Pues los duros esfuerzos del día anterior a todos los domeñaban; por ello, aún ansiosos de continuar el festín toda la noche, lo dieron por concluido, porque, muy a su pesar, el sueño ya los rendía. Cada uno descansaba en un lugar, mas el Atrida, en sus tiendas[874], conversaba con su esposa, de hermosos cabellos: no se abatía el sueño sobre sus ojos, sino que revoloteaba por sus entrañas la Cípride, para que recordaran su lecho de antaño y mandaran lejos su aflicción. Helena dijo la primera tales palabras:

«No, Menelao, no descargues sobre mí la cólera de tu corazón, pues mal de mi grado abandoné yo un día tu morada y tu cama, ya que fueron el violento Alejandro y los hijos de los troyanos quienes, mientras tú te encontrabas ausente, vinieron para raptarme. Y a mí, empeñada siempre en perecer de mala manera con un cruel lazo o con una luctuosa espada, me encerraban en palacio, tratando de consolarme con palabras, apenada como me hallaba por ti y por nuestra amada hija[875]: ¡por ella, pues, por nuestras muy gozosas nupcias y por ti mismo, te suplico que olvides ese odioso tormento que por mi culpa padeces![876]».

Tras hablar así, con sensatas intenciones le respondió Menelao:

---

[874] Descuido por parte de Quinto: los griegos ya habían prendido fuego a sus tiendas en XII 337, antes de partir para Ténedos en su fingida retirada; se podría entender ahora que se han habilitado de nuevo unas pocas, ya sólo provisionales, para los principales caudillos al menos, como es aquí el caso de Menelao.

[875] Hermíone (cf., *supra,* nota 416).

[876] Una vez más se exime a Helena de toda culpa en su huida a Troya con Paris (en el actual contexto, quizás para facilitarle la inmediata reconciliación definitiva con su marido), en lo que parece ser una breve recreación (de nuevo está presente tal tragedia: cf. nota 863) del discurso de defensa también de la propia Helena en las *Troyanas* de EURÍPIDES, 919-965 (cf., *supra,* notas 407 y, sobre todo, 850).

«No recuerdes ya ahora los dolores que sufría nuestro corazón: ¡que todo ello lo encierre en su interior la negra mansión del Olvido[877]!, pues no conviene recordar ya las malas acciones».

Así habló, y a ella la asaltó la alegría y el miedo escapó de su corazón, pues advirtió que su esposo había renunciado a su penosa cólera. Lo estrechó en sus brazos, y, a la vez, de los párpados de ambos se derramaban lágrimas, entre sus dulces sollozos. Con gusto se reclinaron entonces el uno junto a la otra, acordándose en sus adentros de sus nupcias. Como cuando acaso se estrechan entre sí la hiedra y la vid, rodeándose con sus ramas, que nunca es capaz de separar el ímpetu del viento, así entonces se unieron ellos dos, ávidos de amor.

Pero cuando también a éstos les sobrevino el sueño reparador, entonces el de valiente corazón, Aquiles, igual a un dios, sobre la cabeza de su hijo se colocó, tal como era en vida, cuando resultaba un azote para los troyanos y una alegría para los aqueos. Le besó con agrado el cuello y los resplandecientes ojos, y tales palabras dijo, para así exhortarle:

«Alégrate ya, hijo mío, y no desgarres más tu espíritu con la pena ocasionada por mi muerte, puesto que entre los dioses bienaventurados soy ahora un comensal: deja de torturar tu corazón por mi causa e infunde sobremanera mi arrojo en tu espíritu. Entre los argivos, mantente siempre en primera línea, sin ceder ante nadie en bravura; en la asamblea, obedece a las personas de mayor edad: de este modo, celebrarán todos tu buen juicio. Honra a los hombres irreprochables, a cuantos poseen una mente bien asentada, pues

---

[877] *Lēthē*, ya personificada como hija de Eris por HESÍODO, *Teog.* 227; más aún, dicha «mansión del Olvido» también nos resulta conocida por cierto poema de la *Antología Palatina* (VII 25, v. 6, atribuido a SIMÓNIDES) y el fr. 372 de los *Adéspota* de NAUCK.

el varón noble es amigo del noble, y el mezquino del malvado. Si albergas buenos pensamientos, realizarás también buenas acciones. Nunca a la cima de la Virtud llega un varón cuya mente no sea recta, porque su tronco es difícil de trepar y largas han crecido sus ramas hasta el cielo: todos aquellos a quienes asisten el coraje y el esfuerzo, de su fatiga cosechan un muy gozoso fruto, tras haber logrado encaramarse al ínclito árbol de la Virtud, de hermosa corona[878]. ¡Ea, pues! ¡Alcanza la gloria! Y, dotado de un sólido juicio, no desgarres del todo tu espíritu con el tormento en medio de una desgracia, ni te alegres mucho con la dicha. Que tu mente sea benévola para con tus compañeros, tus hijos y tu mujer, teniendo en tus adentros bien presente que cerca de los hombres se hallan las puertas del devastador Moro[879] y las mansiones de los muertos, pues la raza humana es igual que las flores del prado, que las flores de la primavera: unas se marchitan, otras crecen lozanas; por eso, sé una persona clemente. Y ahora, comunícales esto a los argivos, sobre todo al Atrida Agamenón: si en su fuero interno recuerdan cuántos trabajos arrostré en torno a la ciudad de Príamo y cuánto botín obtuve antes incluso de arribar a suelo troyano, ahora por ello, según es mi deseo, han de traer ante mi tumba[880], de entre el botín de Príamo, a Políxena, de hermoso peplo, para sacrificarla de inmediato, porque terriblemente enojado con ellos me encuentro, más todavía que

[878] Una vez más se recrea la alegoría del Monte de la Virtud: cf. nota 346 a propósito de V 49-56; aunque es de notar cómo ahora la imagen se ha simplificado, olvidándose del monte en sí y centrándose en un árbol indefinido, ni siquiera palmera; cf. en nota 764 el planteamiento aún más peculiar de XII 292-296.

[879] Cf., *supra*, nota 575.

[880] A pesar de esta traducción, el verso 213 nos ha llegado corrupto, por lo que ha recibido clarificadoras correcciones por parte de A. Zimmermann; cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 184, n. 5.

antaño por mor de Briseida; de lo contrario, agitaré el oleaje del ponto y les arrojaré tempestad tras tempestad, para que, perdidos por sus propias ruindades, permanezcan aquí largo tiempo, hasta que, muy ansiosos por regresar, viertan en mi honor las debidas libaciones; y en lo que respecta a la muchacha, si quieren luego darle aparte sepultura, una vez le hayan quitado la vida, en absoluto a ello me opongo».

Una vez dijo esto, se marchó parejo a una rápida brisa; al punto llegó a los Campos Elisios, donde existe, desde lo alto del cielo, un camino de bajada y de subida para los bienaventurados inmortales[881]. Y aquél, cuando lo abandonó el sueño, recordó a su padre, y su excelso espíritu se reconfortó[882].

---

[881] En III 771-779 se afirmaba que el deificado Aquiles residiría en la Isla Blanca (cf. nota 256), pero ahora se nos dice que vive en los Campos Elisios, según una tradición que remonta a Íbico y a Simónides (de acuerdo con el escolio a Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 814 s.) y que es retomada por Apolonio de Rodas, *Arg.* IV 811-815 (y cf. también Licofrón, *Alej.* 174, y Apolodoro, *Epít.* V 5).

[882] Se ha desarrollado, a lo largo de 179-227, el peculiar episodio del «Sueño de Neoptólemo» (cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 159-162). En la *Pequeña Ilíada* (cf., *supra,* nota 595), el difunto Aquiles se aparecía a su hijo en sueños a poco de su incorporación a la guerra, durante la visita a su tumba que aquí leímos en IX 46-65; Quinto ha querido posponer tal portento y hacerlo coincidir ahora con la fantasmal aparición del Pelida que asimismo había de tener lugar a estas alturas de la leyenda (de acuerdo, al parecer, con los *Regresos:* cf. Proclo, pág. 108, líns. 24-26 Allen), pero ante toda la armada aquea y con la intención única de exigir en su honor el sacrificio de Políxena (así luego en Simónides, fr. 557 Page; y Sófocles, fr. 523 Radt de su *Políxena*; y cf. Eurípides, *Héc.* 37-41, 92-97 y 107-153; Ovidio, *Met.* XIII 441-448; Higino, *Fáb.* 110, 1; Séneca, *Troy.* 168-202; etc.). Lejos de limitarse a anunciarle semejante ofrenda, aquí Aquiles se dedica primero largo tiempo a consolar y a adoctrinar a Neoptólemo, si bien ello resulta sorprendente en el presente contexto, puesto que no parece ahora muy apropiado el que Aquiles se dedique a confortar a su hijo por su ya lejana muerte o el que le exhorte para

Pero cuando remontó la Erigenía al vasto cielo, una vez hubo disipado la noche, y se dejaron ver la tierra y el éter, entonces se levantaron de sus lechos los hijos de los aqueos, deseosos del regreso. Y habrían arrastrado hacia los abismos del ponto las naves, con su corazón exultante, si, en su precipitación, no los hubiera detenido el poderoso hijo de Aquiles, quien los convocó en asamblea y les transmitió el encargo de su padre:

«Oíd de mí, queridos descendientes de los argivos, firmes en la lucha, el mandato de mi muy glorioso padre, el que me comunicó la pasada noche en la oscuridad, mientras en mi lecho dormía (pues es que aseguró encontrarse ya entre los sempiternos inmortales). Os instaba a vosotros y al Atrida, nuestro rey, a que tomarais del botín de guerra un muy hermoso presente, a Políxena, de hermoso peplo, para

---

convertirse en un caudillo glorioso siguiendo su ejemplo, cuando ya ha terminado la guerra y el joven ha cumplido con su cometido (tal vez Quinto, en un principio, concibiera el actual episodio para esa otra ocasión más idónea que propone la *Pequeña Ilíada);* además, tal pretensión inicial del Pelida acaba por revelarse inconsecuente con el resto de su discurso, impuesto ya por la tradición: en el verso 209, tras tantos sabios consejos, termina Aquiles por invitar a su hijo a la clemencia, pero a continuación pasa por fin a exigir nada menos que el sacrificio de una inocente doncella. Más aún, los mismos preceptos que expone resultan confusos entre sí y faltos de un deseable desarrollo lógico: en ellos se entrecruzan concepciones de procedencia dispar, unas características de los viejos ideales heroicos, y otras ya pertenecientes a las doctrinas estoicas a las que se adscribe nuestro autor: tales principios filosóficos parecen sacados por Quinto, sin más, de cualquier manual estoico, por lo que no es necesario ver, como fuente de todo este singular episodio, según propuso R. Keydell (en «Seneca und Cicero bei Quintus von Smyrna...», págs. 87 s.), el famoso «Sueño de Escipión» contenido en el *Sobre la república* de Cicerón, VI 9-26.

llevársela ante su amplia[883] tumba, y me dijo que, tras haberla sacrificado, le dierais aparte sepultura. Si emprendéis la travesía por el mar sin hacerle caso, os amenazaba con alzar contra vosotros las olas del ponto y retener aquí largo tiempo a las tropas con sus naves».

Tras hablar así, le obedecieron, y a aquél como a un dios le hicieron plegarias. Pues ya sobre el abismo se encrespaban las olas con la borrasca, más gruesas y más numerosas que antes, en tanto que se enfurecía el viento; se agitaba el gran ponto a manos de Posidón, pues así rendía homenaje al robusto Aquiles; sobre el piélago se abalanzaron con rapidez todas las ráfagas. En medio de grandes súplicas a Aquiles, todos juntos, mucho conversaban los dánaos unos con otros en tales términos:

«En verdad pertenecía Aquiles al linaje del gran Zeus; por eso, también él es ahora un dios, aun cuando antaño estaba entre nosotros. Pues a la estirpe de los bienaventurados no la aniquila la Vida imperecedera[884]».

Tras hablar así, ante la tumba de Aquiles se encaminaron. Llevaban ya a aquella muchacha, como una ternera a la que, en la espesura, los pastores arrancaron de su madre para sacrificarla a un inmortal, y que con potentes mugidos va lamentándose, en su corazón afligida; así entonces iba sollozando la hija de Príamo, en manos de sus enemigos. En abundancia se le derramaban las lágrimas: como cuando bajo la pesada muela el fruto del olivo, aún no ennegrecido por las lluvias invernales, mucho aceite derrama, mientras

---

[883] Cf., *supra*, nota 594.

[884] Como en XII 194 (cf. nota 758), el *ámbrotos Aiṓn;* también la «Existencia» o el «Tiempo», que, como aquí se quiere indicar, va acabando con los perecederos humanos y sólo respeta a los dioses inmortales.

largamente chirrían los cilindros, al tirar de las sogas los jóvenes con fuerza[885]; así también, al ser arrastrada hacia la tumba del inexorable Aquiles la hija del muy sufrido Príamo, a la par que emitía quejidos, corrían de sus párpados horribles lágrimas: abajo, se empapaba su regazo y quedaba bañada su piel, exactamente igual al tan preciado marfil.

Y entonces, para sumarse a sus tristes calamidades, un dolor más atroz vino a abatirse sobre el corazón de la infortunada Hécuba, pues recordó en sus adentros el mísero y doloroso sueño que, mientras dormía, tuvo la noche anterior: se imaginó, en efecto, estar apostada, en su duelo, junto a la tumba de Aquiles, comparable a un dios; sus cabellos le caían de la cabeza hasta el suelo, y de sus dos pechos corría sobre la tierra roja sangre, que empapaba el túmulo. Atemorizada por esto y presintiendo un gran desastre, lastimeros gemidos profería, y, entre llantos, con fuerza gritaba. Como una perra que, lamentándose delante de una casa, da fuertes ladridos: aún con las mamas poco ha rebosantes de leche, sus amos le han quitado sus pequeños cachorros, antes de que pudieran ver la luz, para que fueran pasto de las aves, y ella se lamenta unas veces con ladridos, mas otras, a su vez, con aullidos, de modo que por los aires se extiende su odioso clamor; así, en su duelo, grandes voces daba Hécuba por su hija:

«¡Ay de mí! ¿Cuáles serán mis primeros plañidos, cuáles los últimos, afligida como en mi corazón me hallo por esta plenitud de semejantes males? ¿Serán por mis hijos o por mi esposo, que han padecido horribles e inesperados sufrimientos, o por mi ciudad y mis desgraciadas hijas, o por mí misma, por el día de mi fatalidad o de mi esclavitud? Y

[885] Para la interpretación (con acertadas correcciones en el texto original) de este símil, remitimos a F. VIAN, *Recherches...*, págs. 170 s.

es que las espantosas Keres me han envuelto en numerosos males. También para ti, hija mía, horribles e inesperados dolores han urdido: apartaron lejos de tus nupcias a Himeneo, aun cuando ya se encontraba cerca[886], y te han reservado una ruina insoportable, cruel y aun inenarrable, pues Aquiles, incluso cadáver, todavía deleita sus entrañas con nuestra sangre. ¡Ojalá en este día, querida niña, contigo me hubiera engullido y cubierto la tierra, antes de contemplar tu destino!».

Mientras así hablaba, de sus párpados se derramaban incesantes lágrimas, pues se añadía a sus otras calamidades esta triste calamidad.

Entretanto, cuando llegaron aquéllos ante la tumba del muy divino Aquiles, desenvainó entonces su hijo la fogosa espada; con la mano izquierda sujetaba a la muchacha, y con la derecha tocaba esa tumba, mientras tales palabras decía:

«Escucha, padre, la plegaria que te dirigen tu hijo y los demás argivos, y no sigas aún cruelmente disgustado con nosotros, pues ya vamos a llevar a cabo todo cuanto en tu mente pretendías: senos tú propicio, concediéndonos pronto el grato regreso en respuesta a nuestros ruegos».

Una vez dijo esto, hundió su letal espada en la garganta de la muchacha; al punto la abandonó la muy amada vida, con un lastimero gemido en el momento postrero de su existencia. Y cayó al suelo de bruces; bajo su cabeza, se tiñó el cuello por completo de púrpura, como la nieve que, en los montes, de repente se enrojece en su superficie, debido a los borbotones de sangre de una jabalina o de una osa, heridas por un venablo. Al punto entregaron los argivos su cuerpo para que fuera llevado a la villa, hasta la morada de Anté-

---

[886] Como se indicará en 320-323, Políxena estaba prometida, para una boda cercana, evento a propósito del cual se evoca aquí la figura de su dios protector, Himeneo, al Antenórida Eurímaco (cf. nota 710).

nor, comparable a un dios, porque, entre los troyanos, fue éste quien antaño en su palacio cuidó de aquélla, a fin de hacerla esposa de su hijo, el divino Eurímaco. Así pues, cuando dio sepultura cerca de su casa a la ínclita hija de Príamo, junto a las sagradas mansiones de Ganimedes y frente al templo de la Infatigable[887], entonces se apaciguaron las olas, y amainó la espantosa borrasca y la bonanza calmó las corrientes[888].

Muy exultantes, marcharon ellos con rapidez a sus naves, celebrando con cantos al sagrado linaje de los bienaventurados y a Aquiles. Al punto tomaron su alimento, no sin antes haber cortado para los inmortales los muslos de los bueyes: por doquier se hacían amenos sacrificios; en copas de plata y de oro bebían el dulce vino que habían sacado; y se regocijaba su ánimo, deseosos como estaban de volver a su tierra. Mas cuando se saciaron de la comida de ese banquete, entonces el hijo de Neleo les dijo lo que deseaban oír:

«Escuchadme, amigos, vosotros que habéis escapado a la gran amenaza de la guerra, para que os haga el grato anuncio que tanto aguardáis: ya es la hora, sí, del grato regreso. ¡Ea, marchémonos!, pues ha renunciado el poderoso corazón de Aquiles a su angustiosa cólera, y ha contenido

[887] Políxena es enterrada en algún lugar de la ciudadela de Troya, en Pérgamo, donde (cf., *supra*, nota 853) se localizaban los palacios reales y varios recintos sagrados, como dicho templo de Atenea (la *Atrytónē:* cf. nota 78) o, al parecer, tal santuario al héroe local Ganimedes (cf. nota 582).

[888] Hasta aquí el episodio del sacrificio de Políxena, ya presente en el *Saco de Troya* (según Proclo, pág. 108, líns. 7 s. Allen), pero sobre todo recreado por Eurípides en su *Hécuba*, 508-628, cuyo planteamiento sigue Quinto para un considerable número de detalles (si bien en otros lo ignora: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne*... III, págs. 162 s.); cf. también Apolodoro, *Epít.* V 23; Ovidio, *Met.* XIII 439-534; Higino, *Fáb.* 110, 1; Séneca, *Troy.* 1118-1164; Dictis, V 13; y Trifiodoro, 686 s.

las potentes olas el Sacudidor de la tierra; soplan dulces los vientos y ya no se encrespa el oleaje. ¡Ea, pues!, arrastremos las naves hacia el rompiente del mar y atendamos al regreso».

Así habló, tal como deseaban, y ellos se aprestaron para la travesía. Entonces, tuvo lugar ante sus ojos un prodigio admirable para los hombres que sobre la tierra habitan, porque la esposa del muy llorado Príamo se convirtió, de humana que era, en lastimosa perra: congregadas a su alrededor, las tropas se hallaban atónitas; luego, todos sus miembros los volvió piedra un dios, gran maravilla también para los mortales venideros. Y así, mientras algunos aqueos, por indicación de Calcante, la trasladaban en una nave, de ligero curso, a la otra orilla del Helesponto[889], con premura arrastraban los demás las naves dentro del mar, y cargaban en ellas todas las riquezas que antaño, en su ruta hacia Ilio,

[889] Es otro episodio bien conocido el de la metamorfosis de Hécuba en perra, tras lo cual no tardaba la anciana en terminar sus días, enterrada entonces en un promontorio de la costa este del Quersoneso Tracio, en el famoso *Kynòs Sêma* o «Sepulcro de la Perra» (cf., por ejemplo, TUCÍDIDES, VIII 104-106): así en EURÍPIDES, *Héc.* 1259-1273, APOLODORO, *Epít.* V 23; OVIDIO, *Met.* XIII 565-575; e HIGINO, *Fáb.* 111, 1. Es notoria la torpeza de Quinto a la hora de insertar este inexcusable episodio: lo incluye casi como interrupción del relato principal, en un momento además anticipado, pues el suceso lo desarrolla brevemente aún en la Tróade, y no ya en el Quersoneso, como pretendía la tradición canónica (a fin de cuentas, no va a haber aquí referencia más adelante a una estancia provisional en él de la flota griega); luego, de acuerdo con aquella obligada leyenda del *Kynòs Sêma* en tal lugar (y por seguir el planteamiento final del influyente Eurípides, tan socorrido para Quinto en el actual libro), se sirve del pedestre recurso de convertir al instante a la metamorfoseada en estatua de piedra, sin que vaya a haber ninguna alusión, pues, a su muerte y su sepulcro, y así trasladarla en barco hasta aquel ineludible territorio, el Quersoneso Tracio: cf., *supra*, notas 48 y 516.

habían saqueado tras conquistar a los pueblos vecinos, y cuantas se llevaron de la propia Ilio, con las que especialmente se deleitaban, porque eran en verdad incontables; a estos despojos se añadía un cortejo de numerosas cautivas, muy afligidas en su corazón. Embarcaron ellos también en las naves, pero Calcante no los siguió, tan presurosos como estaban por hacerse a la mar, sino que trató de detener al resto de los argivos, pues temía la horrible aniquilación que sobre los dánaos se cernía junto a las rocas Cafêrides. Pero no le hicieron caso, pues la razón de aquellos guerreros el maldito Destino la perturbó. Uno solo, buen conocedor de los vaticinios, el fogoso Anfíloco, hijo del irreprochable Anfiarao, permaneció al lado del muy sagaz Calcante, pues a ambos les estaba destinado encaminarse, lejos de su tierra, a las ciudadelas de los panfilios y de los cilicios[890].

---

[890] A la hora de su partida, advertidos por Calcante, temen los griegos lo que en su viaje de regreso les pueda suceder a causa de la cólera de Atenea por el sacrilegio de Ayante Oiliada, quien había violado en su templo a Casandra, como vimos en XIII 420-429; debido a las fuertes discusiones acerca de lo que se ha de hacer, la armada aquea se desbanda y parte de la Tróade en distintos momentos y por diferentes rutas (cf. el resumen de los *Regresos* en PROCLO, pág. 108, líns. 16-31 ALLEN, o APOLODORO, *Epít.* V 24 y VI 1-15). De todos estos incidentes, Quinto, que, por el contrario, tan alegres y despreocupados presenta a los griegos, sólo evoca ahora vagamente tal secesión de los adivinos Anfíloco (cf. nota 774) y Calcante —más aún, para evitar entrar en detalles de otros posibles episodios particulares de la etapa de los «Regresos», no va a volver a mencionar ya a ninguno de los caudillos protagonistas, salvo a Ayante Oiliada [a lo largo de 530-589], porque resta aún contar su naufragio, y a Odiseo [en 629-631], por una ineludible referencia a sus celebérrimas aventuras inminentes—, de acuerdo con una tradición (la de su asentamiento en Panfilia y Cilicia: el viaje, y aun los acompañantes de Calcante, son distintos en los citados pasajes de Proclo y Apolodoro) atestiguada en HERÓDOTO, VII 91; SÓFOCLES, fr. 180 I y II RADT de *La reclamación de Helena;* ESTRABÓN, XIV 1, 27 y 4, 3; y PAUSANIAS, VII 3, 7.

Pero tal acontecimiento los dioses lo reservaron para más tarde; por el momento, los aqueos soltaron de tierra las amarras de las naves, y al instante levaron anclas. Resonaba el Helesponto ante su precipitada partida, y en derredor bañaba el mar tales navíos. Por doquier, en las proas se encontraban colocadas las numerosas armas de los muertos; de lo más alto, colgados estaban los innumerables trofeos de la victoria; y coronaron con guirnaldas las naves y sus cabezas, así como las lanzas y los escudos con los que habían batallado contra los enemigos. Desde las proas, vertían en el oscuro mar los soberanos libaciones de vino, rogando sin cesar a los dioses bienaventurados que les permitieran un regreso despreocupado. Pero con los vientos se mezclaron sus plegarias, y, lejos de las naves, iban a confundirse en vano con las nubes y con el aire.

Por su parte, volvían su vista hacia Ilio las cautivas, en su corazón afligidas, y, entre muchos sollozos, gemían a escondidas de los argivos, albergando una gran pena en sus entrañas. Y unas se rodeaban con sus manos las rodillas, y otras apoyaban la frente sobre sus palmas[891], ¡desventuradas!; otras estrechaban en sus brazos a sus hijos, quienes aún no se lamentaban por el día de su esclavitud, ni tenían puesta su mente en los desastres de su patria, sino sólo en el seno materno, pues libre de inquietudes está el corazón de los niños. Todas llevaban sueltos sus cabellos, y desgarrados por las uñas presentaban sus míseros pechos; en sus mejillas aún quedaban marcadas las lágrimas secas, y, por encima, de continuo se deslizaban otras de sus párpados. Observaban, pues, su infortunada patria, todavía incendiada

[891] Son ambos gestos característicos en momentos de lamento y de pena: cf. Apolonio de Rodas, *Arg.* III 706 s. y IV 695 (respectivamente).

por todas partes, y la abundante humareda que iba elevándose. Y volvían luego su vista hacia la muy gloriosa Casandra, y todas la contemplaban con admiración, acordándose de sus perniciosos vaticinios; se reía ella de sus gemidos, aunque dolida se hallaba por los odiosos desastres de su patria.

Cuantos troyanos habían sobrevivido a la despiadada guerra, congregados en la villa, se aplicaron con toda diligencia a enterrar los cadáveres; los dirigía Anténor en tal dolorosa tarea, y ellos solos erigieron para tantos muertos una pira[892].

Entretanto los argivos, siempre exultantes en su fuero interno, unas veces surcaban con los remos las negras aguas, y otras izaban aprisa las velas de las naves, afanosos como estaban. Con rapidez iban quedándose atrás toda la Dardania[893] y la tumba de Aquiles: entonces, pese a la satisfacción de su ánimo, una cruel tristeza les sobrevino al recordar a sus compañeros fallecidos, y fijaron sus ojos en aquella tierra extrajera, que desde sus naves iban viendo distanciarse. Al punto pasaban ya junto a los escollos de la marítima Ténedos, y rebasaban Crisa y los parajes de Febo Esminteo y de la muy divina Cila; aparecía ante ellos la ventosa Lesbos; y de inmediato iban doblando el cabo Lecto, que es el último promontorio del Ida[894]. Resonaban alrededor las hin-

---

[892] Se sugiere aquí que, a pesar de su saqueo e incendio, Troya no ha sido del todo destruida y sobreviven aún algunas gentes que en ella pueden quedarse, gobernadas por Anténor; parece evocarse la tradición tardía, atestiguada en la novela (cf. DICTIS, V 16 s., y DARES, 43, si bien en ellos tal personaje era un aprovechado traidor], en que Anténor se habría convertido en rey de Troya tras la caída de Príamo.

[893] Cf., *supra,* nota 187.

[894] Sugiere Quinto para la flota griega una navegación imposible (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 193, n. 1), y es que aparentemente nos ofrece aquí una mera información libresca sin el rigor de un testimo-

chadas velas; en torno a las proas bramaba el oscuro oleaje; se cubrían de sombras las largas olas; sobre el ponto se trazaban blanquecinas rutas[895].

Y entonces todos los argivos habrían arribado sin problemas al sagrado suelo de la Hélade, a través de los abismos del mar, si contra ellos no hubiera manifestado su enfado la hija del muy estridente Zeus, Atenea. Cuando llegaron cerca de la ventosa Eubea, en efecto, planeando contra el rey de los locrios[896] un abrumador y despiadado sino, e indignada de forma irresistible, se plantó ella al lado de Zeus, el señor de los dioses, y estas palabras le dijo, aparte de los otros inmortales, y es que su corazón no podía contener su cólera:

«Padre Zeus, maquinan los hombres contra los dioses acciones ya insoportables, sin consideración alguna, en sus adentros, ni hacia ti ni hacia los demás bienaventurados, de-

---

nio directo, tanto en lo que atañe a la nueva acumulación errónea de enclaves próximos a Troya —Crisa y el Esminteo, Ténedos y Cila, todos juntos también en *Il.* I 37-39, pero sin implicarse tan estrecha vecindad geográfica: cf. notas 515, 516 y 572—, como en lo referente a esa inútil acción de doblar el cabo Lecto. Éste, extremo costero del Ida en *Il.* XIV 283-285, es la punta de los litorales occidental y meridional de la Tróade, en el último de los cuales, desde luego, no necesita adentrarse quien marche en dirección contraria hacia la Grecia continental.

[895] En cuanto a estas escenas de la partida de la flota griega, Quinto se ha inspirado sin duda, tanto para los anteriores detalles de 370-382 como ahora para los de 403-418, en la salida de los Argonautas según Apolonio de Rodas, *Arg.* I 519-608; cf., rebatiéndose la propuesta de Ph. I. Kakridis, *Kóintos Smyrnaîos...*, pág. 128, n. 2, de una influencia de Séneca, *Agam.* 441 s., para esos tres últimos versos 416-418, F. Vian, *Recherches...*, págs. 81 s. y *Quintus de Smyrne...* III, págs. 191, n. 4 y 193, n. 3.

[896] Ayante Oilíada (cf. nota 45), a quien Atenea aborrece ahora y ansía castigar (cf., *supra*, nota 890).

bido ello a que el castigo ya no persigue a los malvados, sino que a menudo es el bueno, más que el perverso, quien topa con el dolor y padece una angustia incesante. Porque ya nadie venera la justicia, ni hay pudor alguno entre los hombres[897]. No me quedaré yo más en el Olimpo, ni me llamaré hija tuya, si no puedo castigar las fechorías de los aqueos, puesto que, dentro de mi templo, contra mí cometió el hijo de Oileo una gran falta: no tuvo compasión de Casandra, que no dejaba de tender hacia mí sus inocentes manos, y no temió mi furor, ni sintió en su corazón ningún respeto por una inmortal, sino que cometió un crimen intolerable. Por eso, que tus imperecederas entrañas no se opongan a que obre yo tal como mi ánimo desea, para que también el resto de los humanos tiemble ante la bien visible amenaza de los dioses».

Tras hablar así, le respondió su padre con suaves palabras:

«Hija, a ti yo no me voy a enfrentar por culpa de los aqueos: antes bien, todas las armas que antaño, para rendirme homenaje, forjaron los Cíclopes con sus infatigables manos, te las cederé en atención a tus deseos; tú misma, con ese ánimo tuyo de tenaz decisión, desencadena contra los argivos la dolorosa tempestad».

Una vez dijo esto, colocó junto a la intrépida doncella el veloz relámpago, el devastador rayo y el luctuoso trueno[898]: mucho se complació así ella en lo más profundo de su corazón. Al instante se revistió con la égida, impetuosa y deslumbrante, indestructible y sólida, un asombro para los in-

[897] Desalentadoras palabras inspiradas tal vez por Hesíodo, *Trabajos y Días* 197-201 (ya en nota 865).

[898] Son éstas las «armas» que para la Titanomaquia (cf., *supra,* nota 96) le forjaron los Cíclopes a Zeus: así en Hesíodo, *Teog.* 139-141 y 687-693, y en Apolodoro, *Bib.* I 2, 1.

mortales: en ella, en efecto, estaba representada la espantosa cabeza de la feroz Medusa; por su bordura, había además unas robustas serpientes, que con violencia exhalaban llamaradas de inextinguible fuego. Resonaba la égida entera sobre el pecho de la soberana, como cuando con los relámpagos brama el inefable éter[899]. Tomó las armas de su padre, las que ningún otro dios coge a excepción del gran Zeus; sacudió así el enorme Olimpo, y, allá en lo alto, removió las nubes y todo el aire; se difundió la noche sobre la tierra, y se cubrió de tinieblas el mar: al contemplarlo, Zeus mucho gozaba. Se estremecía el vasto cielo bajo los pies de la diosa; y resonaba el éter alrededor, como cuando se lanza con furia al combate el infatigable Zeus.

Y al momento le encargó a la inmortal Iris marchar desde el cielo, sobre el brumoso ponto, hasta la morada de Eolo, para que desatara éste a la par a todos los Vientos y fueran a precipitarse por las proximidades de los promontorios del escabroso Cafereo[900], abatiéndose allí sin descanso, y así encresparan el mar, rabiosos en sus siniestros embates. Nada más escuchar esta orden, se lanzó aquélla de inmediato, trazando por entre las nubes una curva: se diría que era

[899] Ya en *Il.* V 736-742 aparece Atenea revistiéndose con la égida, sobre la cual destaca también ahí grabada, como típico motivo espantoso, la cabeza de la Medusa o Gorgona (cf. nota 344). Cf. *Il.* XV 308-311 y XVII 593-596 para los aterradores efectos en combate de esta pieza, en principio una coraza de piel de cabra, pero también a veces un escudo.

[900] Este cabo (las «rocas Cafèrides» de VI 524 y XIV 362) se encuentra en la costa sureste de la gran isla griega de Eubea, a la que ya se acercan los aqueos, según el anterior verso 422, sin que haya más precisiones con respecto al tiempo que están empleando en su regreso a casa; y resulta de por sí un paraje muy peligroso para la navegación: no es de extrañar que en sus cercanías y en sus escollos se sitúen tradicionalmente los desastres que por voluntad de Atenea les van a sobrevenir ahora a las naves aqueas.

fuego y negra agua en unión con el aire[901]. Llegó a Eolia, allí donde se encuentran, excavados en las ásperas rocas, los cóncavos y estruendosos antros de los Vientos, que con violencia soplan; muy cerca están ubicadas las mansiones del Hipótada Eolo. Lo encontró, pues, en su casa, con su esposa y sus doce hijos; y le comunicó todo cuanto proyectaba Atenea contra el regreso de los dánaos. Él no la desobedeció: tras salir fuera de su palacio, gracias a la pujanza de sus infatigables brazos, golpeó con el tridente un gran monte, donde, entre fragores, residían los horrísonos Vientos en su hueco escondrijo, y de continuo sonaba alrededor el ruido de sus perniciosos rugidos. A viva fuerza abrió una brecha en tal montaña, y aquéllos al momento salieron en tropel; los instó a todos a aunar sus soplidos en un sombrío huracán, para que, una vez alborotado el mar, cubriera el peligroso oleaje los promontorios del Cafereo[902].

---

[901] Además de diosa mensajera y servicial (cf. nota 758), Iris es la representación de arco iris (así en I 64: cf. nota 13), por lo que no es raro que, al desplazarse por los cielos, trace uno en el firmamento, para cuya breve descripción Quinto se hace eco de las interpretaciones de ciertos físicos antiguos, que veían reunidos en él sólo tres colores, el azul oscuro del agua, el rojo del fuego y el blanco del aire: cf. el testimonio de Metrodoro en el escolio a ARATO, *Fenómenos* 940.

[902] No se renuncia, al inicio del episodio de la tempestad, a la típica escena épica del desencadenamiento de los Vientos por medio del pertinente mandato a su soberano Eolo; ya la vimos en III 698-704 de forma sucinta (cf. nota 244), mientras que aquí es más extensa y detallada: retomando datos homéricos (de *Od.* X 1-79), Quinto menciona, al referirse a Eolo, su residencia en la isla de Eolia, su amplia familia y su mismo patronímico de «Hipótada» (Eolo sería hijo de un tal Hípotes: cf. DIODORO DE SICILIA, IV 67, 3); por otro lado, centra su atención en la gruta de los Vientos, no conocida antes de ser consagrada por VIRGILIO en *En.* I 50-86, cuya influencia en la actual recreación, a pesar de las evidentes similitudes en el planteamiento, es imposible de asegurar (cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 169 y n. 9 y 10).

Con rapidez ellos se abalanzaron, antes incluso de haber escuchado todas las palabras de su rey: a su paso, de forma indescriptible el mar gemía, y en él se desplazaban olas semejantes a elevados montes, cada una en una dirección. A los aqueos se les quebraron en sus pechos los ánimos, porque, unas veces, las altas olas se llevaban las naves por los aires, mas otras, en cambio, las hacían rodar, como por un precipicio, hasta el tenebroso abismo; levantaba de continuo su irresistible ímpetu borbollones de arena, al entreabrirse las profundidades. Presa de la impotencia, ni podían ellos echar mano a los remos, estupefactos como se hallaban, ni eran capaces, aunque querían, de recoger sobre la entena las velas, destrozadas por los vientos, o de enderezarlas de nuevo para mantener el rumbo, pues cruel era la borrasca que sobre ellos tal turbación provocaba. Ya a los pilotos les faltaban bríos para en las naves, con sus manos expertas, gobernar cómodamente los timones, pues, dispersos por doquier, todos los hacían pedazos las malditas ráfagas. No había esperanza alguna de vida, porque la noche sombría, la gran tormenta y la horrible cólera de los inmortales al mismo tiempo habían surgido: Posidón, en efecto, el despiadado ponto agitaba para rendir homenaje a la muy gloriosa hija de su hermano[903], y ésta misma, a su vez, con inexorable ardor, desde las alturas acometía, en medio de los relámpagos; y desde el cielo tronaba Zeus en respuesta, pretendiendo así en su ánimo glorificar a su muchacha. Por aquellos contornos, pues, todas las islas y toda la tierra firme se veían inundadas por el mar, no muy lejos de Eubea, el lugar donde especialmente les procuraba a los argivos la divinidad,

---

[903] En el prólogo de las *Troyanas* de Eurípides (versos 48-94 de esta pieza tan presente en el libro XIV: cf. nota 863), Atenea se aliaba con Posidón para llevar a término sus actuales planes.

unas tras otras, inexorables calamidades. Se extendían por las naves los gemidos y los lamentos de quienes sucumbían; crujían los cascos de los navíos resquebrajados, pues, al chocar entre sí, de continuo se partían. Se revelaban inútiles sus esfuerzos: unos, en su afán de apartar con los remos las naves que se les venían encima, para su desgracia, caían con esos maderos al gran abismo, y perecían bajo un inexorable hado, porque, aquí y allá, se echaban sobre ellos los enormes cascos, y de mala manera acababan aplastados los cuerpos de todos; otros, derribados en las mismas naves, yacían semejantes a quienes han fallecido; otros, forzados por la necesidad, nadaban agarrados a los bien pulidos remos; y otros, en fin, flotaban sobre las tablas. Bramaban las aguas al remontar desde el fondo, hasta el punto de parecer que el mar, el cielo y la tierra estaban todos a la par confundidos entre sí[904].

---

[904] En 488-529 se nos ha ofrecido un cuadro general de la famosa tempestad que, provocada por Atenea, propiamente sólo encolerizada con Ayante Oilíada (cf. notas 890 y 896) asoló a la flota aquea en su retorno a Grecia, arruinando así en buena medida su éxito en la Guerra de Troya (cf. el resumen de los *Regresos* en PROCLO, pág. 108, líns. 26 s. ALLEN y APOLODORO, *Epít.* VI 5). Para la presentación de toda esta escena actual recurre Quinto a un considerable número de motivos habitualmente empleados, dentro del género épico, en la descripción de tempestades, por lo que en especial hallamos numerosos detalles coincidentes con los conocidos pasajes de VIRGILIO, *En.* I 50-156 (cf., *supra,* nota 244) y SÉNECA, *Agam.* 460-527, donde incluso se relata este mismo episodio. Salen al paso, una vez más, las irresolubles cuestiones de la posible influencia directa de tales autores latinos, que F. VIAN analiza y rechaza de forma casi categórica a lo largo de *Quintus de Smyrne...* III, págs. 166-175, donde en general justifica esos detalles coincidentes como meros lugares comunes o bien como motivos ya de la literatura griega previa, especialmente la helenística, que incluso pudo haber influido con algún desconocido poema sobre esta etapa de los «Regresos» en las citadas recreaciones de Virgilio y Séneca.

Desde el Olimpo la Infatigable[905], con sus sordos tronidos, no dejaba en vergüenza el poder de su padre: todo en derredor, el éter retumbaba. Y, para ocasionarle a Ayante la muerte y el desastre, arrojó un rayo sobre su nave, y al momento la redujo a añicos, diseminados por todas partes: retumbaban en torno la tierra y el éter, y entera se solevantó la circundante Anfitrite[906]. Cayeron juntos los hombres fuera de la nave; sobre ellos se abatieron alrededor las enormes olas, en tanto que, rasgando a su paso las tinieblas, resplandecía el fulgor de los relámpagos de la soberana. Tragaban ellos las impotables aguas del muy rugiente mar y, al exhalar el alma, eran sin más trasladados sobre el ponto. Por ello cundía la alegría entre las cautivas, aun en medio de su perdición: unas se hundían en el mar, estrechando entre sus brazos a sus hijos, ¡desventuradas!; otras, en su dolor, echaron mano a la cabeza de sus enemigos, junto con los que se apresuraban las míseras a perecer[907], para así infligirles a los dánaos un justo castigo por sus afrentas. Al contemplarlo allá en las alturas, se deleitaba en sus adentros la insigne Tritogenía.

Ayante flotaba unas veces sobre un madero de la nave, mas otras, a su vez, con sus brazos cruzaba a nado los salobres abismos, parecido en su soberbia pujanza a un infatigable Titán. Se hendía el salobre oleaje por obra de las robustas manos de ese orgulloso guerrero; al contemplarlo, los dioses se maravillaban ante su coraje y su vigor. Unas veces, se lo llevaba por los aires una prodigiosa ola, como hasta la cima de una elevada montaña, mas otras, a su vez, caía

---

[905] Cf., *supra*, nota 78.

[906] Cf., *supra*, nota 547.

[907] Es decir, las desesperadas troyanas se echaban al cuello de sus enemigos griegos, de aquellos a los que podían agarrarse aún dentro del zozobrante barco, y los arrastraban consigo en su inevitable caída al mar.

desde lo alto, cual al fondo de un barranco; no obstante, sus muy sufridos brazos no se cansaban. Aquí y allá, chirriaban los numerosos rayos al extinguirse en el mar, pues la hija del muy estridente Zeus, pese a su gran rencor, aún no pretendía que abatiera la Ker su vida, antes de afrontar él muchos males y soportar intensos dolores. Por eso, sobre aquel abismo, hacía tiempo que la angustia lo domeñaba, atormentado por doquier: en efecto, habían dispuesto las Keres en torno a ese varón incontables calamidades. Pero le infundía bríos la necesidad, y aseguraba que escaparía, aun cuando, en su enojo, unieran contra él sus fuerzas todos los Olímpicos, y el mar entero encresparan. Mas no pudo evitar las amenazas de los dioses, pues ya con él se indignó el arrogante Sacudidor de la tierra, cuando lo vio agarrado con sus manos a la roca Girea, y mucho le mostró su enojo. Agitó a la vez el ponto y la infinita tierra; se conmovieron por completo, en las proximidades, los acantilados del Cafereo; y bramaban de forma lúgubre los escollos, batidos por el violento oleaje, irritado como se hallaba su soberano. Partió éste, para así sumergirla en el mar, tal amplia roca, a la que aquél se estaba sujetando con sus manos; abrazado largo tiempo a esos peñascos, se le desollaron las manos, y corría la sangre bajo sus uñas; surgiendo de continuo con el borbollar de las olas, sobremanera blanqueaba la espuma su cabeza y sus barbadas mejillas. Y todavía habría evitado su maldito destino, si aquél, tras abrir una brecha en la tierra, no le hubiera arrojado encima una montaña. Como antaño la valiente Palas levantó, para dejarla caer sobre el gran Encélado, la isla de Sicilia, que bajo tierra aún se abrasa sin cesar, debido al llameante aliento de ese infatigable Gigante[908]; así

[908] Cf. nota 401 (a propósito de V 641-643, con otros detalles bien distintos).

sepultó al desventurado soberano de los locrios la cima de ese monte, al desplomarse sobre él desde las alturas: oprimía su peso a aquel fornido guerrero. Lo alcanzó, pues, la negra aniquilación de la Muerte, vencido a la vez por la tierra y por el ponto infecundo[909].

Así también los demás aqueos eran arrastrados sobre el gran abismo, estupefactos unos en las naves, caídos otros por la borda: de todos ellos se había adueñado una funesta congoja. De las naves, unas se desplazaban por el mar escoradas, mas otras volcadas, con la quilla hacia arriba; los mástiles de otras se quebraron por la base, al hostigarlos las

[909] Bien conocida es también esta historia del naufragio y la muerte de Ayante Oilíada: cf. Homero, *Od.* IV 499-511; Apolodoro, *Epít.* VI 6; Virgilio, *En.* I 39-45; Higino, *Fáb.* 116, 2; o Séneca, *Agam.* 528-556. En su recreación, sigue Quinto de cerca, ante todo, dicho relato homérico —del que extrae esa referencia a la tal roca Girea [en 569 s.], misterioso enclave del mar Egeo ya difícil de situar para los antiguos, aunque nuestro poeta no duda en ubicarlo, sin más, en las proximidades del Cafereo (cf., *supra,* nota 900)—, hasta el punto de no apartarse de él más que en el planteamiento inicial: en la narración de la *Odisea,* Atenea no interviene aún lanzando un rayo sobre la nave de Ayante (en los tres autores latinos citados, incluso lo fulmina ya directamente), y, sobre todo, Posidón en un principio pretende salvar al rey de los locrios, y sólo tras sus insensatas blasfemias cambia de parecer y lo aniquila personalmente. En el presente pasaje de Quinto, en cambio, Posidón está aliado con Atenea desde el primer momento, como vimos en 507 s. (cf. nota 903). No obstante, se añade al final el detalle exclusivo de que Posidón remata a Ayante sepultándolo bajo toda una montaña, detalle torpe y exagerado, que revela que Quinto ha tomado sin duda motivos de narraciones ya tardías de la Tifonomaquia o la Gigantomaquia, donde aparecían igualmente ciertas víctimas fulminadas —Ayante era golpeado por el rayo en las versiones latinas— y luego sepultadas bajo montes (más bien volcanes) o islas, éstos son, respectivamente, Tifón o Tifoeo (cf. nota 394) y, sobre todo, porque a él alude explícitamente el propio Quinto en ese símil último, Encélado (cf. de nuevo nota 401): toda esta conjetura en F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, págs. 171-173.

ráfagas, y a otras las veloces borrascas les desencajaron todo el maderamen; otras, en fin, se hundieron en las grandes profundidades, inundadas al descargar sobre ellas una lluvia infinita, pues no pudieron resistir, en unión con los vientos, las violentas aguas del mar y de Zeus[910]: parejo a un río era, en efecto, lo que sin interrupción el éter derramaba, y, allá abajo, el divino mar se embravecía.

Y alguien acertó a decir:

«Sin duda fue una tempestad semejante la que un día azotó a los hombres, cuando se produjo el portentoso diluvio de Deucalión[911]: en el ponto se había sumergido la tierra, y por doquier se extendieron los abismos».

Así dijo uno de los dánaos, en su corazón estupefacto ante aquella siniestra tempestad. Sucumbieron muchos: se llenaba de cadáveres la gran corriente del mar, y quedaban amontonados en todas las orillas, pues a muchos a tierra firme los escupió el oleaje. Cubrieron sobremanera los maderos de las naves a Anfitrite[912] entera, de sordo bramido: por entremedias de ellos no se alcanzaba a ver las olas.

A cada cual le reservó la maldita parca una suerte diferente: perecieron unos por el vasto ponto, al solevantarse el mar de forma irresistible; y otros al estrellarse horriblemente sus naves contra las rocas, por voluntad de Nauplio. Pues éste, muy resentido con aquéllos a causa de su hijo, al ver desencadenarse la tempestad y agonizar a los argivos, aun-

[910] Es decir, «las violentas aguas del mar y de la lluvia», pues Zeus, como es sabido, es el dios de las tormentas, el encargado de provocarlas (cf. su inminente actuación en 637 s.).

[911] Para la famosa historia de Deucalión, el Noé de la mitología griega que, junto con su esposa Pirra, se salvó en una barca del «diluvio universal» que provocó Zeus para destruir a la malvada raza humana de entonces, cf. Apolodoro, *Bib.* I 7, 2; Ovidio, *Met.* I 240-415; e Higino, *Fáb.* 153.

[912] Cf., una vez más, nota 547.

que aún apenado, mucho se regocijaba, porque al punto le concedió un dios la venganza, y pudo contemplar atormentadas sobre el abismo a esas aborrecibles huestes. Y es que mucho a su progenitor le imploraba que, junto con sus naves, perecieran ahogados todos aquéllos. Posidón lo escuchó: al instante el ponto [***][913], los arrastraba de nuevo el negro oleaje; y alzaba él con su infatigable mano una antorcha encendida, y con esa trampa engañó a los aqueos, que esperaban llegar a un puerto de buen fondeadero: en los ásperos escollos, pues, junto con sus naves fueron de mala manera aniquilados, y así, después de tantos males, un dolor más atroz hubieron de sufrir, al naufragar durante la rápida noche[914] en tales aciagas rocas[915]. Escaparon de la ruina

---

[913] El verso 620 se nos presenta corrupto en su final, hasta el punto de que tras él, a causa del oscuro sentido, se establece, aunque A. Zimmermann ha tratado de evitarla, una necesaria laguna. Antes de ella, F. Vian conserva un irresoluble *álla* entre cruces, pero al menos traduce (cf. *Quintus de Smyrne...* III, pág. 201, n. 5) la válida conjetura de A. Köchly, un mero *aîpsa* que nosotros si aceptamos como lectura.

[914] Ya en Hesíodo, *Teog.* 481, la noche es considerada «rápida», porque cae muy pronto, especialmente en los países meridionales o por su corta duración frente a la luz del día.

[915] Se ha evocado con rapidez el episodio de Nauplio, este hijo de Posidón (cf. Apolodoro, *Bib.* II 1, 5) que, acabada la Guerra de Troya, quiso vengar la injusta muerte de su hijo Palamedes a manos del ejército aqueo (cf., *supra,* nota 362): mientras los griegos eran aún víctimas de la tempestad provocada por Atenea, se apostó en el peligroso promontorio del Cafereo (cf. nota 900) y encendió una antorcha en la noche, con lo que los zozobrantes aqueos creyeron poder encontrar allí un puerto seguro (y aun que aquello era una señal de sus compañeros supervivientes, ya a salvo en tierra), y fueron a estrellarse en sus escollos, para mayor desgracia de la ya de por sí diezmada flota. Quinto, pues, sigue de cerca, esta vez sin extrañas versiones o añadidos particulares, la historia tradicional, testimoniada también en Eurípides, *Hel.* 766 s., y 1126-1131; Licofrón, *Alej.* 384-386; Apolodoro, *Epít.* VI 7 y 11; Propercio, IV 1, 113-118; Higino, *Fáb.* 116, 2 s.; Séneca, *Agam.* 557-578; y Dictis, VI 1.

unos pocos, a cuantos salvó un dios o un numen protector[916]. Atenea, por su parte, unas veces en su corazón mucho se regocijaba, mas otras, en cambio, se afligía por Odiseo, de prudente espíritu, porque iba a padecer muchas calamidades debido a la amenaza de Posidón[917]. Pero éste, por el momento, en sus infatigables entrañas lleno de rencor contra los muros y los torreones de los argivos, de gran vigor, los que construyeron para que fueran defensa ante los odiosos asaltos de los troyanos, desbordó de inmediato todo el mar, cuanto baja desde el Euxino al Helesponto[918], y lo arrojó sobre las costas de Troya. Allá en lo alto, Zeus hacía llover, para así rendir homenaje al muy glorioso Sacudidor de la Tierra. Y ni siquiera se hallaba sin ocupación el que de lejos actúa[919], sino que a un mismo terreno conducía todas las corrientes que desde los montes ideos descienden, y sumergió entonces aquella obra de los aqueos. Y tamaño mar y, además, [***][920] estruendosos y los torrentes, peligrosa-

---

[916] Cf., *supra,* nota 606.

[917] Resultaba ineludible esta alusión final a Odiseo (cf., *supra,* nota 890), pues, cuando ya está poniendo fin a su obra, no puede evitar Quinto enlazarla con la epopeya que continuaba la historia donde él ahora la va a dejar, esto es, con la *Odisea,* que narra esas inminentes aventuras por mar del rey de Ítaca; más aún, los últimos versos del presente libro, 655-658, pueden servir como transición a dicho poema homérico.

[918] Es decir, cuantas aguas corren del Mar Negro (el Ponto Euxino en la Antigüedad: cf. notas 256 y 457) al estrecho del Helesponto, para ir a desembocar en el Mar Mediterráneo.

[919] Apolo, que a menudo recibe este sobrenombre de *Hekáergos* (ya homérico: cf. *Il.* I 147, 474 y 479; V 439; y *Od.* VIII 323), en el sentido (muy discutido) de que tal dios ataca desde lejos con sus flechas (cf. su epíteto similar de *Hékatos* en nota 711).

[920] También el verso 642 es corrupto, con un comienzo †*Kaì tóssē*† *dè thálassa* que carece de sentido como frase coherente (tal vez lo encerrado entre cruces oculte lo que en su origen era un apropiado verbo); más aún, en su final es necesario conjeturar una nueva laguna, por motivos de índo-

mente acrecidos por la lluvia de Zeus, a los que impedía el negro oleaje de Anfitrite, de muchos lamentos, desembocar en el ponto, antes de destruir con saña todos los muros de los dánaos. Abrió el propio Posidón desde abajo la tierra, e hizo brotar indecible agua, cieno y arena; se estremecía el Sigeo[921] ante tan tremenda violencia, y mucho bramaban las costas; en sus cimientos [***] la Dardania[922]; arrasado y sumergido, quedó oculto aquel inmenso parapeto, y se hundió luego dentro de la tierra por esa enorme brecha. Ya sólo se veía arena, una vez retirado el ponto, bajo los muy resonantes acantilados, y se extendía a lo lejos sobre las playas[923]. Ello así lo consumó la malvada mente de los inmortales[924]; mas, entretanto, seguían bogando en sus naves los

---

le tanto métrica como sintáctica; cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 202, n. 2.

[921] El conocido cabo de la Tróade; cf. VII 402 s., y notas 248 y 515.

[922] Nueva laguna en el texto griego, imprescindible (aunque A. Zimmermann ha tratado de evitarla) para completar el sentido de la frase; si bien hay vacilación en el lugar de su establecimiento: F. Vian (cf. su aparato crítico en *Quintus de Smyrne...* III, pág. 202) la coloca, como hemos marcado, tras el previo verso 649, antes de *Dardaníē;* A. Köchly, en cambio, la situaba tras ese nombre propio, ya en el presente 650.

[923] Nuevo pasaje corrupto en 652-654 (en la traducción hemos tratado de reproducir su falta de un claro y concreto sentido: cf. F. Vian, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 203, n. 2).

[924] Para concluir ya su relato de los episodios de los «Regresos», no se olvida Quinto de cierto evento, secundario pero significativo (con él se ponía fin a toda presencia de los aqueos en la llanura troyana), como es la destrucción del famoso muro de los griegos (cf., *supra,* nota 497): tras narrarnos su construcción, añadía Homero en *Il.* VII 443-464 cómo se indignaba Posidón ante Zeus al advertir que los aqueos habían levantado semejante obra sin hacer los debidos sacrificios a las divinidades, y le daba permiso su hermano para demolerla el día en que esas tropas abandonaran la Tróade; así pues, es ahora cuando el dios marino, aún resentido por aquello, puede dar cumplimiento a tal concesión por parte de Zeus. Ahora bien, es de notar que ya el propio Homero, en *Il.* XII 10-35, ofrecía

argivos, a cuantos la tempestad había dispersado: se dirigía cada uno a un lugar diferente, allí adonde un dios guiaba a quienes sobre el ponto habían escapado a los nefastos huracanes.

un excurso en que adelantaba cómo el muro, en efecto, iba a ser destruido a poco de la marcha de los griegos por Posidón y Apolo, con la anuencia de Zeus: tal es el pasaje en el que se ha inspirado Quinto, tanto para los detalles de contenido (también se ha recordado aquí la colaboración de Apolo y de Zeus, aun dándose preponderancia a la intervención de Posidón) como de forma: cf. F. VIAN, *Quintus de Smyrne...* III, pág. 203, n. 3.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Abante (guerrero troyano muerto por Esténelo), XI 81.
Abante (guerrero troyano muerto por Diomedes), XIII 209.
Abido, III 299.
Acamante (guerrero griego), IV 332, 363; XII 326; XIII 496, 535.
Acamante (caudillo dárdano), VI 574; X 168.
Acasto, IV 308.
Acaya, V 565.
Adrasto, IV 572.
Afidnas, XIII 519.
Afrodita, XI 289; XIII 343, 389.
Agamenón, I 828; III 518; IV 127, 407, 581; V 135, 165, 427, 474, 559; VI 337, 510; VII 687, 701; VIII 99; IX 36, 203, 486, 490; XI 85, XII 339; XIII 211; XIV 20, 210.
Agaméstor, VI 464.
Aganipo, III 230.
Agapénor, IV 466; XII 325.
Agelao (guerrero cario), I 279.
Agelao (guerrero troyano), III 229.
Agelao (guerrero griego), IV 334.
Agénor, III 214, VI 624; VIII 310, 315; XI 86, 188, 349; XIII 217.
Agéstrato, III 230.
Aglaya, VI 492.
Agrio, I 770-771.
Aidoneo (otro nombre para el dios Hades), III 15; VI 490; XII 179.
Alcátoo, X 352.
Alceo, X 138.
Alcibia, I 45, 260.
Alcida («descendiente de Alceo», nombre patronímico de Heracles), VI 222, 292.
Alcidamante, VIII 77.
Alcimedonte, VI 557; XI 448.
Álcimo, XI 86.
Alcioneo, II 364.

Alcítoo, III 158.
Alcón, III 308; IV 594.
Alejandro (el otro nombre de Paris), VI 36, 160, 180, 188, 316; IX 88; X 51, 370, 429, 459; XI 5, 288; XIII 365, XIV 157.
Alexínomo, VIII 78.
Alexipo, II 365.
Alfeo, II 241; VI 234.
Aloeo, I 516.
Altar (constelación), IV 554; XIII 483.
Amarinceo, IV 316.
Amazona(s), I 53, 178, 448, 456, 559, 568, 724, 804; VI 245.
Amides, IX 186.
Anceo, IV 312.
Andrómaca, I 99; XIV 21.
Andrómaco, XI 41.
Anfíale, X 222.
Anfiarao, XIV 366.
Anfíloco, XII 325; XIV 366.
Anfímaco (caudillo cario), I 281.
Anfímaco (caudillo epeo), XII 323.
Anfimedonte, XIII 211.
Anfínome, X 75.
Anfínomo, X 88.
Anfínoo, X 118.
Anfión, X 111.
Anfitrite, VII 374; VIII 63; XIV 535, 609, 644.
Anquises, III 282 ; VIII 97 ; X 26 ; XI 166, 496 ; XIII 300, 315.
Antandra, I 43, 531.
Anténor, IX 8; X 168; XIII 179, 293; XIV 321, 402.
Antenórida (patronímico de Eurímaco), XI 130.
Anteo, IV 445; VI 286.
Antíbrote, I 45, 532.
Anticlo, XII 317.
Ántifo (guerrero lacedemonio), VI 616.
Ántifo (compañero de Odiseo), VIII 116, 123.
Antífono, XIII 215.
Antíloco, II 244, 248, 252, 256, 400, 447, 633; III 2, 10, 517; V 605.
Antímaco (jefe troyano), I 405; XIII 433.
Antímaco (guerrero cretense), VI 622.
Antíteo, I 228.
Apolo, III 79, 87, 394; IV 4, 40; IX 256, 304; XI 129, 169; XII 481; XIII 434.
Aquiles, I 94, 96, 113, 130, 165, 377, [389a], 497, 571, 602, 671, 709, 723, 767, 825; II 4, 14, 25, 99, 390, 499, 511, 632; III 12, 37, 116, 123, 174, 185, 196, 204, 248, 265, 275, 279, 286, 322, 329, 347, 422, 435, 503, 552, 599, 616, 667, 671, 677, 709, 734, 739, 753, 759, 769; IV 13, 22, 29, 39, 70, 85, 107, 146, 173, 268, 276, 385, 393, 421, 476, 544,

579, 590; V 2, 113, 122, 183, 219, 222, 230, 236, 285, 289-290, 294, 305, 442, 578, 603, 658; VI 21, 66, 79, 86; VII 170, 177, 183, 219, 245, 325, 351, 355, 365, 377 (en adj.), 455, 538, 564, 576, 583, 628, 633, 642, 667, 674, 686, 700, 723, 725; VIII 5, 13, 21, 33, 38, 76, 135, 146, 150, 170, 172, 195, 256, 285, 329, 335, 366, 491; IX 12, 27, 47, 65, 97, 100, 181, 222, 247, 305, 306, 313, 316; XI 216, 234, 239, 346, 433; XII 66, 274, 288, 297, 315; XIII 213, 222, 226, 237; XIV 21, 132, 180, 233, 250, 252, 254, 257, 268, 276, 298, 304, 330, 341, 407.
Arcesilao, VIII 304.
Areide (patronímico de Pentesilea), I 206.
Ares, I 55, 141, 189, 197, 291 (en adj.), 343, 370, 461, 513, 560 (en adj.), 561, 585, 641, 667, 675, 681, 702, 739, 803; II 110, 213, 451, 484; III 20, 283 (en adj.), 420, 440; IV 168, 328; V 567; VI 35, 40 (en adj.), 55, 294, 367, 453, 525 (en adj.); VII 17, 20, 98, 192, 196, 289, 359, 367, 478, 536, 620, 669; VIII 20, 46, 67, 239, 258, 263, 271, 276, 284, 290, 326, 336, 340, 350, 353, 485; IX 102, 110, 218, 284, 288, 343 (en adj.); X 10, 48, 170; XI 12, 139, 152, 198, 269, 297, 301, 359, 413, 439, 500; XII 34 (en adj.), 42, 61, 108 (en adj.), 172, 223, 259 (en adj.), 301; XIII 80, 85, 99, 159, XIV 48.
Aretusa, X 82.
Aréyade (patronímico de Pentesilea), I 187, 318.
Areyo, III 298.
Argo (nave de los Argonautas), XII 268 (en adj.).
Argos (la Argólide), III 570; IV 563; VI 625; VII 187.
Argos (monstruo de innumerables ojos), X 190-191.
Arión, IV 569.
Aristóloco, VIII 93.
Arizelo, X 75.
Arquéloco, XI 91.
Ártemis, I 664; XII 312.
Arturo, XIII 482.
Asáraco, VI 145.
Ascanio, IX 192.
Asclepio, IX 466.
Asíades, II 364.
Asteropeo, III 609; IV 155, 587; VI 552.
Astianacte, XIII 251.
Astíoque, VI 136.
Astreo, VIII 307.
Ate (la «Ofuscación»), I 753.
Atenas, VIII 358.
Atenea, I 365; III 233; VII 556; VIII 342; IX 404, 436; XII

83, 106, 154, 173, 439, 447, 478; XIV 421, 479, 628.
Atimnio, III 300.
Atlante, XI 419.
Atreo, IV 38; V 139; VI 41, 502, 516; XII 122.
Atrida(s) (patronímico de Agamenón y/o Menelao), I 783, 807; III 491, 515, 676; IV 99, 194, 534, 541, 580, 585; V 194, 257, 277, 474; VI 528, 594, 599; VII 381; IX 334, 414, 480, XI 386; XIII 514; XIV 150, 210, 239.
Auge, VI 138.
Augías, VI 232.
Áulide, VIII 304 ; XIV 126.
Auras (las), I 684.
Automedonte, VIII 35; IX 213, 225.
Axio, III 610; VI 551.
Ayante (hijo de Oileo), IV 186, 187, 206, 410, VI 502, 521, 556; XI 440; XII 319; XIII 211; XIV 532, 548.
Ayante (hijo de Telamón), I 332, 377, 495, 529, 552, 564, 568; III 217, 239, 244, 246, 252, 279, 287, 293, 330, 343, 356, 364, 427, 431; IV 38, 88, 217, 224, 232, 250, 253, 258, 264, 282, 439, 456, 479, 491, 496, 499; V 130, 143, 158, 180, 239, 291, 307, 322, 352, 390, 404, 411, 416, 424, 456, 497, 509, 522, 564, 576, 603, 633, 639, 651; VI 21, 633; XIV 135.

Belerofontes, X 162.
Bóreas (el viento del Norte), I 167, 625, 684; III 703; IV 552; V 409; VI 485; VIII 50, 91, 205, 243; XI 228, 232; XII 192; XIII 396.
Branco, I 283.
Bremonte, XI 41.
Bremusa, I 43, 247.
Brisas (las), III 87.
Briseida, III 552, 687; IV 276; VII 723; XIV 216.
Bucolión, VI 615.

Cabiro, I 267.
Cafereo, XIV 469, 487, 572.
Cafárides (cabo Cafereo), VI 524, XIV 362.
Caico, IV 174; VI 122; VIII 120.
Calcante, VI 70; VIII 475; IX 325; XII 3, 47, 67, 80, 100, 377; XIII 333; XIV 352, 360, 367.
Calidna (isla), XII 452.
Calidneas (archipiélago), VII 407.
Calíope, III 632, 655.
Caos (el), III 756; XIV 2.
Capaneo, IV 566 (en adj.); X 481; XI 338 (en adj.).
Capricornio (constelación), I 356; II 533; VII 300; X 340.
Casandra, XII 526, 578; XIII 422; XIV 20, 395, 437.

Casandro, VIII 81.
Cáucaso, VI 269; X 200.
Cauno, VIII 79.
Cebro, X 86.
Celto, VII 611.
Centauros, VI 273; VII 109.
Cerbero, VI 254, 261.
Cestro, VIII 293.
Cíclope (Polifemo), VIII 126.
Cíclopes, XIV 446.
Cieno, IV 153, 468; XIV 131.
Cielo (el), II 626.
Cila, VIII 295, XIV 413.
Cimótoe, V 341, 345.
Cípride (sobrenombre de Afrodita), I 667; V 71; X 450; XII 460; XIII 326, 401, 429; XIV 47, 152.
Ciprogenía (sobrenombre de Afrodita), II 139.
Citerea (sobrenombre de Afrodita), VIII 98; X 318; XI 241, 479; XIV 69.
Clemo, VIII 101.
Cleodoro, X 213.
Cleolao, VI 634.
Cleomede, VI 550.
Cleón, XI 60.
Clidón, II 365.
Clite, VIII 121.
Clito *(Kleîtos*, guerrero paflagonio), VI 465.
Clito *(Kleitṓ*, mujer lidia o meonia), XI 69.
Clonia, I 42, 230, 235.
Cnoso, XI 42.
Combates (los), V 36.
Cónabo, VIII 242.
Corebo, XIII 169.
Córico, XI 92 (en adj.).
Creta, V 350; VI 623; X 83.
Creúsa, VIII 82.
Crisa, VII 402; XIV 412.
Cromio, VI 616.
Crónida (patronímico de Zeus), I 707; II 177, 615; III 58.
Cronión (patronímico de Zeus), I 182, 578; II 165, 194; IV 20, 48; V 339, 400; IX 264; X 359; XI 257, 378; XIV 98.

Damastórida (patronímico de un guerrero troyano innominado), XIII 211.
Dardania (término impreciso para referirse en general a la comarca de la Tróade), XII 98; XIV 407, 650.
Dardania(s) («Puerta(s)»), IV 3; IX 44; XI 345.
Dardánida *(Dardanídēs*, patronímico de Príamo), X 93.
Dardánidas *(Dardanídai* o *Dardaníōnes*, patronímico aplicado en general a los troyanos), XI 425; XII 520.
Dárdano (fundador de la estirpe real troyana), I 196; II 141; IX 19; XIII 558.
Dárdano (ciudad de la Tróade), VIII 97.

Deidamía, VII 184, 228, 242, 249, 254, 336, 349, 385.
Deífobo, VI 318, 508; VIII 300; IX 81, 149, 167, 171, 223, 227, 234; X 346; XI 86, 340; XIII 355.
Deileón, X 111.
Demofoonte, XII 325; XIII 496, 526.
Demoleonte, X 119.
Depredadora de Botín (sobrenombre de la diosa Atenea), XII 416.
Derimaquea, I 45, 260.
Derínoe, I 42, 230, 258.
Deseo (el), V 71.
Destino (el), I 104, 390; II 236; III 331, 374, 487, 650; V 370, 582, 594; VI 13, 416; VII 669; IX 502; X 107, 331, 344, 377, 396; XI 272, 306; XII 171, 564; XIII 280, 462, 473; XIV 97, 99, 365.
Deucalión, XIV 603.
Déyoco, I 529.
Deyofontes, VIII 317.
Deyoneo, X 167.
Deyopites (guerrero etolio), VI 580.
Deyopites (guerrero troyano), XIII 212.
Día, IV 389.
Dimante (noble frigio), VII 607.
Dimante (guerrero beocio), VIII 303.
Diomedes (caudillo argivo), I 773; VII 244, 443, 483; IX 423; XI 339; XII 316.
Diomedes (rey de Tracia), VI 246.
Dioniso, II 438; III 737, 772; IV 386, 390.
Dreseo, I 291.
Driante, XI 86.
Duliquio, I 275.

Eácida (patronímico de Aquiles), I 4, 331, 392, 496, 508, 548, 607, 825; II 99, 388, 409; III 16, 34, 66, 119, 212, 399, 461, 522, 602, 697, 701, 743; IV 476, 595; V 5, 225, 423; VII 403, 472, 599, 689, 708, 727; VIII 37; IX 211, 236; XII 74; XIV 137.
Eácida (patronímico de Ayante), III 244.
Eácida (patronímico de Peleo), I 766; II 430; III 418, 617; V 75.
Eácida (patronímico de Telamón), IV 450.
Eácidas (descendientes de Éaco en general), VII 291.
Eácidas (patronímico de Aquiles y Ayante), I 521.
Eetión (rey de Tebas Hipoplacia), I 98; III 546; IV 152, 543; XIII 266; XIV 130.
Eetión (guerrero griego), VI 639.
Eetione (patronímico de Andrómaca), I 115; XIII 268.

Egeo *(Aigaîos,* mar), VII 241; IX 337 (en adj.).

Egeo *(Aigeús,* rey de Atenas), XIII 511.

El de oscura cabellera (sobrenombre del dios Posidón), VII 354; IX 309.

El que de lejos actúa (sobrenombre del dios Apolo), XIV 639.

Elasipo, I 229.

Electra, XIII 552.

Elefénor, VIII 112.

Eleunte, VII 408.

Élide, IV 526.

Elisios (Campos), II 651; III 761; XIV 224.

Ematión, III 301.

Encélado, V 642; XIV 582.

Endimión, X 128, 455.

Eneas, III 214; VI 316, 520, 545, 622; VIII 93, 303; X 74, 78, 98, 112; XI 41, 50, 129, 137, 183, 201, 235, 238, 289, 355, 393, 406, 420, 426, 431, 440, 460, 475, 486, 491; XIII 334, 432a.

Eneo, I 771-772.

Enialia (sobrenombre de Pentesilea), I 402.

Enida (patronímico de Tideo), V 253.

Enieo, I 530.

Enío, I 365; II 525; V 29; VIII 186, 286, 425; XI 8, 152, 237; XII 437; XIII 85.

Eno, XI 79.

Enómao, IV 527.

Énomo, X 88.

Enone, X 262, 270, 272, 412, 484.

Énope, IX 192.

Eolia, XIV 474.

Eolo, III 699, 702; XIV 467, 477.

Eos (la «Aurora»), I 49, 827, 830; II 115, 189, 418, 494, 549, 553 (en adj.), 568, 593, 635, 641, 652, 657; III 665; IV 62, 75; V 395; VI 1; VII 1, 253, 400; IX 1, 67; XI 330; XII 117; XIV 1.

Epeo, IV 329, 337, 356, 395; X 110; XII 81, 108, 119, 134, 138, 151, 157, 329, 424, 433; XIII 41, 51; XIV 88.

Equidna, VI 261.

Érebo, XII 118.

Ereuto, II 239.

Erictonio, II 141-142.

Erídano, V 628; X 192.

Erigenía («nacida de la mañana», epíteto de Eos), I 138; II 111, 186, 235, 290, 500, 592, 608, 627, 643, 656; III 1, 608; IV 161; VI 191; VIII 2; XII 352, XIII 360; XIV 228.

Erilao, VIII 121.

Erimante, III 231.

Erini(e)s (diosas vengadoras), I 29; III 169; V 31, 454, 471; X 303; XI 9; XII 547; XIII 382.

Erinis (madre con el viento Bóreas de los cuatro caballos de Ares), VIII 243.
Eris (la «Discordia»), I 159, 180, 366; II 460, 540; IV 195; V 31; VI 359; VII 165; VIII 68, 191, 325; IX 147, 324; X 53; XI 8, 161; XIII 563.
Escamandro (río de la Tróade, también llamado Janto), I 10; IX 210.
Escea(s), Puerta(s), III 82; IX 268; XI 338.
Escilaceo, X 147.
Esciros, III 120, 754; IV 170; VI 65, 87; VII 169, 239.
Esepo, II 587, 590, 606.
Esminteo (sobrenombre de Apolo), VII 402 (en adj.); VIII 292 (en adj.); XIV 413.
Esmirna, XII 310.
Esón, XII 267.
Esparta, II 55; III 570; X 15.
Esquedio, X 87.
Esténelo, I 267, 271; IV 564, 582, 587; VI 625; XI 81; XII 316.
Éstige, V 453; VI 266.
Estinfálides, VI 227.
Eta, V 646.
Etálides, XI 202.
Ético, VI 318, 511.
Etiopía, II 32.
Etón, VIII 242.
Étope, II 247.
Etra, XIII 498, 523.
Eubea, XIV 422, 513.
Eubio, VII 611.
Eumelo, IV 503, 522; XII 324.
Eumeo, VIII 96.
Euneo, IV 383.
Euríalo, IV 473, 487; VIII 306; XI 108, 118; XII 324.
Euricoonte, XIII 210.
Euridamante, XIII 178.
Eurímaco (guerrero de Sime), XI 60.
Eurímaco (guerrero troyano), XI 130, 137, 168, 183; XIV 323.
Eurímaco (guerrero griego desconocido), XII 321.
Eurímenes, X 98.
Eurínomo, I 530.
Eurípilo (caudillo tesalio), IV 502, 538; XI 67, 353; XII 319.
Eurípilo (caudillo misio), VI 120, 129, 156, 161, 186, 196, 293, 368, 384, 407, 412, 426, 501, 513, 541, 544, 579, 584, 591, 602, 615, 646; VII 5, 98, 122, 129, 153, 166, 376, 417, 479, 495, 511, 529, 541, 552, 622, 630, 664, 729; VIII 109, 117, 122, 128, 133, 137, 171, 196, 200, 207, 211; IX 42; XIV 137.
Eurísaces, V 527.
Euristeo, VI 222.
Euritión, VI 255.
Éurito, VIII 111.
Euro (el Viento del Este), III 581; VII 230; XII 192.

Eurotas, X 121.
Éustrato, VIII 99.
Euxino, Ponto (Mar Negro), III 776; VI 467; XIV 636.
Evadne, X 481.
Evandra, I 43, 254.
Eveno, VI 283.
Evénor (guerrero de Duliquio), I 274.
Evénor (guerrero troyano), XI 33.
Evenórida (patronímico de Agelao), IV 334.

Faetonte, V 627; X 192.
Falero, VIII 293.
Falis, X 89.
Febo (epíteto de Apolo), III 30, 46, 56, 98; VIII 399; XI 178; XII 103, 517; XIV 413.
Fénix (preceptor de Aquiles), III 460; IV 293; VII 630; IX 64.
Fénix (tal vez hijo de Agénor), VIII 106.
Fereo, II 279, 293, 298, 343.
Feres, VI 622.
Ferón, II 238.
Fílace, I 231.
Fileo, I 276; X 138 (en adj.); XII 326.
Filis, X 143.
Filoctetes, IX 328, 477; X 52; XI 52, 487; XII 86, 317; XIV 138.
Filodamante, VIII 403.
Flechador (sobrenombre del dios Apolo), XI 136; XII 4.
Flegis, X 87.
Flogio, VIII 242.
Fobo, VIII 242.
Folo, VI 274.
Fóloe, VII 108.
Forcis, VI 631.
Frigia, I 285; VIII 85; X 126.
Ftía, I 673; III 436.

Galeno, X 89.
Ganimedes, VIII 429, 443; XIV 325.
Gárgaro, X 90.
Gerioneo, VI 249.
Gigante(s), I 179; II 518; III 725; XI 416; XIV 584.
Gigea (lago de Lidia o Meonia), XI 68.
Girea (enclave del mar Egeo), XIV 570.
Glauco (caudillo licio), III 214, 232, 243; VIII 102, 105; X 147; XIV 136.
Glauco (río de Licia), IV 11.
Gorgonas, V 38.
Gracias, IV 140; V 72; VI 152.
Granico, III 302.
Guerra (la), VIII 426.

Hades, II 650; III 71, 157, 198, 774; VI 263, 429; VII 52; VIII 139; IX 12, 51; XIII 201.
Harmón, X 86.
Harmótoe, I 44, 533.

Harpalión, X 74.
Hárpalo, VIII 113.
Hárpaso, X 144.
Harpía (Podarga), IV 570; VIII 155.
Harpías (seres femeninos alados), I 169; IV 513; X 395.
Héctor, I 1, 12, 105, 212, 342, 579, 817; II 12, 62, 447; III 50, 151, 193 (en adj.), 198, 253, 339 (en adj.); IV 30, 160; V 120 (en adj.), 216, 282, 483 (en adj.); VI 133, 145; VII 730; VIII 401; X 376, 386; XIII 234, 254; XIV 133.
Hécuba, IV 420; XIV 22, 273, 288.
Hefesto, I 550, 793; II 139, 440, 455; III 711, 729, 738; IV 138, 386; V 4, 98, 380; VII 199, 447, 570, 589; IX 336; X 203; XI 93; XIII 150, 330, 446, 492, 501; XIV 50, 53.
Hélade, I 371; III 468, 785; IV 55; VI 88; VII 214; XII 355; XIII 530; XIV 419.
Helena, II 54, 66, 97; VI 24, 152, 156-157; IX 89, 143; X 287, 324, 363, 389; XII 548; XIII 356, 379, 412, 470, 519, 525; XIV 39, 55, 70, 154.
Héleno, VIII 254; X 346; XI 349.
Helesponto, II 353, 489; III 4, 373, 391, 585, 601, 741; IV 81; V 569; VI 289; VIII 488; IX 31, 172, 444; XII 131, 353; XIII 64; XIV 353, 372, 636.
Hélice (constelación de la Osa Mayor), II 105.
Helicón, III 594, 785.
Helio (el Sol), II 209, 502, 503; III 656; V 626, 629; VII 301; VIII 29, 489; X 198, 337.
Helo, XI 67.
Hemónides, I 229.
Hera, III 129, 137; IV 48; V 397; X 334; XII 373, 438; XIII 417.
Heraclea, VI 474.
Heracles, I 505; II 274; III 772; IV 447-448; V 645; VI 120, 137, 142, 199, 209, 215, 230, 235, 275, 302, 371; VII 108, 131; IX 397; X 179, 204.
Hermes, III 699; X 189.
Hermíone, VI 90.
Hermo, I 296; XII 311.
Hesíone, VI 291.
Hespérides, II 419; VI 257.
Héspero (el), V 132.
Hilo (guerrero troyano), I 529.
Hilo (guerrero cretense), X 81.
Himeneo, XIV 297.
Hipalmo, I 229.
Hipásida (patronímico de Agelao), I 279.
Hipásida (patronímico del innominado auriga de Pamón), VI 562.

Hipásida (patronímico de otro auriga innominado), IX 150.
Hipásida (patronímico de Demoleonte), X 120.
Hípaso, XI 87.
Hiperión (sobrenombre de Helio), II 596.
Hipno (el «Sueño»), V 396.
Hipodamía (mujer troyana), I 404.
Hipodamía (hija de Enómao), IV 529.
Hipólita (amazona hermana de Pentesilea), I 24.
Hipólita (reina de las Amazonas), VI 242.
Hipóloco, III 237, 278; IV 1.
Hipomedonte (guerrero troyano), VIII 86.
Hipomedonte (guerrero frigio), XI 36.
Hipomedonte (padre del guerrero troyano Menetes), XI 99.
Hipómenes, VIII 311.
Hipónoo, III 155.
Hipótada (patronímico de Eolo), XIV 477.
Hipótoe, I 44, 532.
Hipsípila, IV 391.
Hogareño (epíteto de Zeus), VI 147; XIII 222, 436.
Horas, I 50; II 658; IV 135.

Ícaro, IV 78 (en adj.).
Ida, I 688; II 120, 489, 561; III 304; IV 184; V 401, 498; VIII 343; IX 9; X 332, 362; XII 123, 181, 186 (en adj.); XIV 82, 415.
Ideo (epíteto aplicado al río Escamandro y al dios Zeus), I 10, 184.
Idomeneo, I 247; IV 284, 292, 294; V 134, 139, 350; VI 539, 590, 623; X 83; XII 320; XIII 212.
Ifianasa, VIII 295.
Ificléyada (patronímico de Podarces), I 234.
Ifitión, XI 36.
Ilio (el otro nombre de la ciudad de Troya), I 185; II 242; III 192, 216, 284; IV 451; V 191, 301; VI 62, 193, 446, 551; VII 212, 263, 411; IX 4, 54, 319, 327; X 153; XII 171, 577; XIII 67, 176, 233, 487, 551; XIV 81, 355, 357, 383.
Ilioneo, XIII 181.
Iliso, I 228.
Ilo, I 784; II 142.
Imbrasio, X 87.
Imbro, VIII 80.
Ínaco, X 190.
Infatigable (sobrenombre de la diosa Atenea), I 514; XIV 326, 530.
Iris, I 64; XII 193; XIV 467.
Ismeno, X 87.
Ítaca, VII 187, 442.
Itimoneo, I 279.

Janto (río de la Tróade, también llamado Escamandro), I 589; II 488; III 24; IV 157; V 433; VIII 143, 345; IX 170, 178, 298; XI 136, 246; XII 165, 459; XIII 337; XIV 72, 80.
Janto (río de Licia), XI 21.
Jápeto, X 199.
Jasón, IV 383.
Justicia (la), V 46; XIII 378.

Ker(es), I 172, 193, 204, 273, 310, 336, 591, 651; II 13, 172, 266, 483, 510, 515; III 14, 41, 44, 266, 349, 615, 636; V 34, 412, 500, 536, 601, 611; VI 307, 427, 499; VII 289; VIII 11, 109, 139, 152, 173, 324; IX 145, 190; X 37, 101, 251, 262, 286, 304, 330, 428, 449; XI 11, 39, 105, 151, 296, 441; XII 473, 523, 548; XIII 126, 154, 177, 235; XIV 293, 559, 563.

Lacedemonia, VI 617.
Laertes, III 296; IV 125, 592; V 129, 238, 317, 420, 598; VI 71; VII 404; XII 24, 219.
Laertíada (patronímico de Odiseo), XII 73.
Lamo, XI 90.
Laocoonte, XII 391, 398, 444, 448, 473, 483, 560.
Laodamante, XI 20.
Laódice, XIII 545.
Laódoco, XI 85.
Laofonte, VI 549.
Laógono, I 230.
Laomedonte (anterior rey de Troya), I 83, 183, 505, 788, 802; II 26, 143, 144; III 110.
Laomedonte (guerrero troyano), II 293.
Laomedontíada (patronímico de Príamo), II 107.
Laso, VI 469.
Latmo, I 282.
Lecto, XIV 415.
Lemnos, IV 385; V 196; IX 334, 338, 353, 434, 492.
Leonteo, VII 484; XII 323.
Lerno (guerrero griego), I 228.
Lerno (padre del guerrero rodio Cleodoro), X 221.
Lesbos, III 545; IV 277; XIV 414.
Leteo, X 82.
Leto, III 392, 398; XI 23.
Letoida (metronímico de Apolo), IX 293; X 165.
Letoide (metronímico de Ártemis), I 366.
Libertad («el Jardín de la»), XII 312 (en adj.).
Licaón, IV 158, 384, 393.
Licia, III 232; IV 6; VIII 84; X 154; XI 21, 24.
Licomedes, VII 292.
Licón (guerrero griego), VIII 300.

Licón (guerrero troyano), XI 91.
Licto, XI 42.
Licurgo, II 439.
Límiro, VIII 103.
Linco, XI 90.
Lindo, VIII 83.
Lirneso, IV 478.
Locura (la, confundida con la Rabia), V 452.
Lucha (la), VIII 426.
Lucífero (el), II 184.

Macaón, VI 391, 399, 408, 436, 441, 445, 492; VII 6, 14, 45.
Márgaso, X 143.
Masícito, III 234; VIII 107.
Matanza (la), VI 351; X 186.
Meandro, I 284; X 145.
Medonte (carpintero de Cila, padre del guerrero Menalces), VIII 296.
Medonte (padre del guerrero frigio Zelis), X 125.
Medusa, X 195; XIV 454.
Megacles, III 309.
Meges (caudillo del contingente de Duliquio), I 287; VI 634; X 108, 138; XII 326; XIII 212.
Meges (padre del guerrero troyano Polimnio), II 292.
Meges (padre de los guerreros frigios Celto y Eubio), VII 606.
Melaneo, VIII 77.
Melanipio, III 233.
Melantio, IX 154.
Meles, XI 119.
Melio, XI 85.
Memnón, II 31, 43, 100-101, 127, 137, 146, 212, 281, 287, 295, 307, 320, 353, 357, 370, 377, 387, 391, 396, 431, 453, 510, 542, 563, 586, 604, 628, 650; IV 458.
Menalces, VIII 294.
Ménalo (habitante de Abido, padre del guerrero Areyo), III 299.
Ménalo (padre del guerrero frigio Hipomedonte), XI 37.
Menecíada (patronímico de Patroclo), I 378.
Menecio, VIII 111.
Meneclo, II 365, 368.
Menelao, IV 502; V 413, 428; VI 6, 40, 84, 508; VII 213; X 122; XI 91; XII 315; XIII 296, 354, 385, 409; XIV 17, 155, 165.
Menesteo, XII 317.
Menetes (heraldo de Príamo), IX 34.
Menetes (guerrero troyano), XI 99.
Menipo, I 230.
Menón, X 118.
Mentes, II 228.
Meonia, X 35.
Meónida (patronímico de Agelao), III 229.
Meríones, I 254; VI 540, 549, 553; VIII 101, 402; XI 91; XII 320.

Mícale, I 282.
Micenas, VI 616.
Miedo (el), V 29; X 57; XI 13.
Migdón, XIII 169.
Milanión, VIII 119.
Mileto, I 280.
Mimante (guerrero troyano muerto por Filoctetes), XI 481.
Mimante (guerrero troyano muerto por Idomeneo), XIII 212.
Mines (rey de Lirneso), IV 477.
Mines (guerrero cario o licio), VIII 81.
Minos, IV 388.
Mneseo, X 88.
Moira(s), I [389a], 493; II 361; III 757; IV 433; V 332; VI 561; VII 72, 75, 247, 612; VIII 127, 319, 323; IX 416, 500; X 97, 109; XI 140, 185; XIII 494, 559.
Molión, I 227.
Molo *(Môlos,* guerrero argivo), VI 624.
Molo *(Mólos,* padre del caudillo cretense Meriones), VIII 409.
Moris, VIII 85.
Moro (la «Muerte» o el «Hado»), VIII 325; XIV 206.
Mósino, VI 631.
Muerte (la), II 486; XII 543; XIII 20, 218; XIV 588.
Musas, III 594, 662; IV 141; XII 306.

Nastes, I 281.
Nauplio, XIV 614.
Neera, I 292.
Neleo, II 243; III 515, 525; IV 118, 144, 302; V 134, 600; VII 30; VIII 451; XII 281 (en adj.); XIV 337.
Neleyo (patronímico de Néstor), IV 178.
Nelida (patronímico de Néstor o de Trasimedes), II 369.
Nemea, VI 208 (en adj.).
Neoptólemo, III 760; VII 405, 433, 462, 484, 524, 534, 615, 640, 684; VIII 40, 165, 233, 291; IX 197; XI 20; XII 85.
Nereida(s), II 416, 422, 436, 616; III 125, 596, 662, 670, 698, 768, 786; IV 128, 191, 457; V 336; VII 353; IX 29.
Nereo, II 435, 498; III 583, 669, 734; V 73.
Neso, V 645; VI 283.
Néstor, II 242, 257, 262, 294, 300, 389; III 7, 516; IV 178, 264; V 139; VI 575; XII 260, 275, 339.
Ninfa(s), II 588; III 300; IV 9, 138; VI 235, 465, 472, 480; VIII 346; X 127, 364, 459, 468, 477; XI 37, 245; XII 460; XIV 73.
Ninfeo, VI 470.
Níobe, I 294.
Niquio, II 364.
Nireo, VI 372, 382, 392, 440, 445; VII 7, 11; XI 61.

Niro, XI 27.
Niso *(Níssos,* guerrero troyano), III 231.
Niso *(Nîsos,* guerrero de Micenas), VI 616.
Noche (la), I 827; II 625; III 657; V 659; VI 262; VII 672; IX 529; X 198; XIV 2.
Noto (el viento del Sur), IV 520, 553; VI 486; XII 192; XIII 397, 484.

Occidente (el), XIII 341.
Océano, I 119, 148, 826; II 117, 119, 208, 419, 663; III 656, 748; IV 62; V 14, 99, 367, 395; VI 1; VII 303, 673, VIII 28, 463, X 197, 436, XI 330, 418; XII 160, 190; XIV 1.
Ocírroe, XI 37.
Ocítoo, III 230.
Odiseo, I 759; III 306, 320; V 137, 143, 158, 181, 292, 306, 320, 358, 361, 449, 468, 479, 571; VI 64, 85, 97; VII 182, 189, 243, 347, 435, 438, 442, 483; VIII 113; IX 335, 422; X 351; XI 79, 353, 358; XII 52, 247, 316, 380; XIII 34, 49, 296; XIV 21, 630.
Oileo, I 258; IV 405; VI 505, 517; X 148; XIII 422; XIV 436.
Oilíada (patronímico del segundo de los Ayantes), VI 556.
Olímpico (sobrenombre de Zeus), III 623; IX 314; XI 401, 415.
Olímpicos (sobrenombre aplicado en general a los dioses del Olimpo), I 704; II 492; XIV 565.
Olimpo, I 48, 153, 517, 676, 680, 690; II 176, 424, 436, 441, 444, 619, 636; III 32, 42, 90, 134, 611, 696; IV 20, 387; V 397; VI 422; VII 75, 557; VIII 194, 240, 343; IX 257, 292; X 48, 335, 359; XI 257; XII 196, 460; XIV 433, 460, 530.
Olvido (el), XIV 168.
Oniro (el «Ensueño»), I 125, 129, 134.
Oresbio, III 303.
Orfeo, III 638.
Oriente (el), XIII 341.
Orión, V 368, 404; VII 304.
Oritaón, III 150.
Oritía, I 168.
Ortro, VI 253.
Osa, I 518.

Paflagonio, II 560.
Palamedes, V 198.
Palas (epíteto de Atenea), I 125; VIII 357; XI 285; XII 38, 148; XIV 583.
Pamón, VI 317, 562, 568; XIII 214.
Panacea, III 305.

Panes (estatuillas del dios Pan), VI 480.
Panopeo, IV 324.
Panopéyada (patronímico de Epeo), IV 336.
Panormo, I 283.
Paris, I 270; II 67; III 186, 332; VI 133, 143, 297, 520, 587, 631; X 119, 123, 207, 223, 253, 259, 362, 471, 484; XIII 413; XIV 138.
Partenio, VI 466.
Pasítea, V 403.
Pasíteo, X 86.
Patizambo (sobrenombre del dios Hefesto), II 138.
Patroclo, I 721; II 447; III 538; IV 289; V 315; VII 697.
Peante, V 195 (en adj.); IX 354, 448, 487 (en adj.), 517, 535; X 167, 176, 205, 224, 241; XI 474, 490, 495.
Pegáside, III 301.
Peleo, I 574, 611, 643, 654, 668, 718; II 211; III 100, 102, 109, 383 (en adj.), 450, 457, 468, 483, 759; IV 51, 97, 110, 131, 190, 418, 470; V 256, 340; VII 249; XIII 275.
Peléyada (patronímico de Aquiles), III 432, 672; V 159.
Peliade (epíteto de la lanza de Aquiles), V 119; VIII 200.
Pelias, IV 307; XII 270.
Pelida (patronímico de Aquiles), I 531, 621, 742, 756, 761, 778, 829; II 204, 228, 543; III 10, 21, 40, 139, 147, 179, 189, 493, 542; IV 183, 431; V 133, 316; VII 592, 721; IX 260; X 84; XIV 127.
Pelio, I 518; IV 52, 133; V 76; VIII 161.
Pelión (patronímico de Aquiles), I 1, 101, 569, 775; II 234, 403, 493; III 193, 281, 350, 410, 459, 505, 513, 532, 549, 574, 606, 787; IV 299; V 111; VII 631; IX 7a, 183.
Penéleo, VII 104, 125, 159.
Peneo, XI 88.
Pentesilea, I 19, 36, 47, 52, 71, 83, 122, 139, 171, 181, 202, 206, 227, 238, 314, 354, 375, 382, 477, 493, 538, 545, 548, 570, 594, 619, 628, 655, 782, 803, 818; II 17; IV 160; XIV 134.
Peónida (patronímico de Laofonte), VI 550.
Pérgamo (ciudadela de Troya), XII 482; XIII 434.
Peribea, VII 610.
Periclímeno, II 273.
Perilao, VIII 294.
Perimedes, VIII 291.
Perimnesto, XIII 210.
Perseo, X 195.
Persínoo, I 227.
Piérides (sobrenombre de las Musas), III 647, 786; VI 76.
Píraso, XI 52.

Pirrásida (patronímico de Étope), II 247.
Pisandro, III 298.
Pisénor, VIII 101.
Piteo, XIII 509.
Pito (nombre antiguo de Delfos), III 393.
Pléyade(s), II 605, 665; V 367; VII 308; XIII 554.
Podalirio, IV 397, 539; VI 456; VII 22; IX 463; XII 321.
Podarces, I 233, 238, 815.
Podarga, III 750.
Polemusa, I 42, 531.
Pólibo, VIII 86.
Polidamante, II 41, 63, 68, 82, 93; VI 317, 505; X 9, 27, 217; XI 60.
Polideuces, IV 309.
Polidoro, IV 154, 586.
Poliido, XI 79.
Poliméstor, XI 135.
Polimnio, II 292.
Polipetes, I 291; IV 503; XII 318.
Polites, VIII 403, 411; XI 340; XIII 214.
Políxena, XIV 214, 241.
Posidón, III 758; IV 154; XIV 250, 507, 620, 631, 647.
Priámida (patronímico, respectivamente, de Paris y Deífobo), VI 309; IX 248.
Príamo, I 3, 74, 122, 201, 326, 361, 647, 785; II 120, 144, 192, 552; III 17, 29, 362, 500, 610, 652, 667; IV 58, 325, 430; VI 29, 135, 182; VII 213, 381, 694; VIII 346, 370, 392, 411, 445, 477, 502; IX 14, 34, 40, 42, 153, 157, 245; X 1, 21, 93, 96, 356, 360, 369; XI 287, 333, 388; XII 27, 78, 183, 289, 553; XIII 80, 141, 160, 175, 216, 301, 411, 419, 437, 502, 544; XIV 27, 74, 84, 96, 140, 211, 214, 261, 267, 324, 348.
Prometeo, V 338; VI 269.
Prónoe, VI 469.
Proteo, III 303.
Protesilao, I 231, 816, 818; IV 469; VII 408.
Protoénor, X 76.

Quelidonio (cabo), III 234.
Quimera, VIII 107.
Quirón, I 593; IV 143.

Rabia (la, confundida con la Locura), V 360, 405.
Reteo, V 656 (en adj.).

Sacudidor de la Tierra (sobrenombre del dios Posidón), III 767; V 89; VIII 394; XIV 343, 568, 638.
Sacudidor del Suelo (sobrenombre del dios Posidón), IX 300.
Sagitario (constelación), VII 302.
Salamina, V 519, 548; VI 632.
Samotracia, XIII 467.

Sangario, VII 611; XI 38.
Sarpedón, IV 290.
Selene (la «Luna»), X 129, 337, 454.
Señor del fúlgido rayo (sobrenombre del dios Zeus), II 442; IV 49.
Sesto, I 268.
Sicilia, XIV 583 (en adj.).
Sigeo, VII 402 (en adj.), 562; XIV 649.
Sime, XI 61.
Simunte, II 488; III 24; VI 647; XI 246, 356; XII 460; XIV 83.
Sinón, XII 243, 360, 419; XIII 23, 30; XIV 107.
Sípilo, I 293, 297, 304.
Sirio, VIII 31.
Soco, VII 444.
Súplicas (las), X 300.

Talio, II 228.
Talpio, XII 323.
Tánato (la «Muerte»), I 104, 310; V 35; VI 14.
Tarbelo, VIII 80.
Teano, I 449.
Tebas, III 546; IV 153, 544; X 33; XIII 276.
Tecmesa, V 521.
Telamón, IV 100, 227 (en adj.); V 129, 482, 580.
Telamoníada (patronímico del primero de los Ayantes), I 534; III 273; IV 99a; V 363, 663.
Telamonio (patronímico de Teucro), IV 186.
Telandro, IV 7.
Teléfida (patronímico del caudillo misio Eurípilo), VI 181, 192, 404; VIII 7, 125.
Télefo, IV 152, 174; VI 137; VII 141, 380; XIV 130.
Temis, IV 136; VIII 73; XII 202; XIII 299, 369.
Ténedos, VII 407; XII 30, 235, 278, 345; XIII 29, 467; XIV 412.
Termodonte, I 18.
Termodosa, I 46, 254.
Terror (el), V 29; X 57; XI 12.
Tersandro, X 80.
Tersites, I 722, 768, 774, 823.
Teseo, IV 331, 358, 388, 394; XIII 497, 511, 513.
Téstor (guerrero troyano), III 229.
Téstor (padre del adivino griego Calcante), VI 57, 68.
Tetis *(Tēthýs,* la Titánide), II 117; III 748; V 14, 398; XI 418; XII 160.
Tetis *(Thétis,* la Nereida), II 437, 444, 498, 619; III 101, 109, 631, 633, 661, 769, 782; IV 93, 103, 115, 172, 180, 273, 288, 381, 469, 497, 542, 585; V 3, 121, 233, 335, 340, 419, 638; VII 211, 354; VIII 24, 290, 494; IX 182; XI 240, XIII 62.

Teucro, IV 186, 200, 210, 405, 412; V 500, 561; VI 435, 539, 546; VIII 311, 314; X 125; XI 99, 357; XII 322.
Tíber, XIII 337.
Ticio, III 392.
Tideo, I 770, 773; III 260; IV 82, 102, 217, 574; VI 64, 97; VII 347, 419; IX 335; X 350; XIII 168, 198.
Tidida (patronímico del caudillo argivo Diomedes), I 260, 265, 331, 767; IV 38, 89, 109, 225, 235, 251, 257, 262, 282; VI 39, 56, 78; VII 188, 443; VIII 96; IX 203; X 118; XI 85; XIII 207.
Tifoeo, VI 261.
Tifón (otro nombre del anterior), V 485; XII 452.
Timetes, II 9.
Tindáride (patronímico de Helena), X 310, 345.
Tiodamante, I 292.
Tisífono, I 406.
Titán/Titanes, I 714; II 205, 519; V 105; VI 271; VIII 461; XII 180; XIV 550.
Titánide (Roca de la», paraje consagrado a Leto), X 163.
Titono, II 494; VI 2; XIV 135.
Tlos, X 163.
Toante (rey de Lemnos), IV 392.
Toante (caudillo etolio), IV 503, 523, 538; VI 540, 580, 587; XI 90; XII 318.
Toxecmes, XI 488.
Tracia, I 168; VIII 99, 355.
Trasimedes, II 267-268, 297, 342; VI 540; XII 319.
Trecén, XIII 510.
Trinacia (habitual sobrenombre de Sicilia), V 643.
Trío, II 241.
Tritogenía (sobrenombre de Atenea), I 128, 289; III 533; VII 143; IX 484; X 353; XI 294; XII 377, 396; XIII 420; XIV 547.
Tritónide (sobrenombre de Atenea), I 179; V 360, 451; VI 146; XII 152, 237; XIII 417, 435.
Troilo, IV 155, 419.
Tros, II 142.
Troya, I 17, 26, 369, 504; II 37; III 436, 530, 704; IV 22, 420, 453, 575; V 536, 549; VI 45; VII 192, 269, 299, 412, 430, 561; VIII 246, 305, 427, 432; IX 279, 539; X 77, 92, 122; XI 434; XII 1, 19 (en adj.), 302, 421 (en adj.), 453, 455, 469; XIII 78, 276, 286, 352, 415, 471; XIV 3, 9 (en adj.), 73, 637.
Tumulto (el), I 308; VI 350.

Uránidas (sobrenombre aplicado en general a los dioses del Olimpo), II 443; III 137; V 142; VI 87, 205; VII 704; XIV 48.

Victoria (la), XIV 86.
Vida (la), XII 194; XIV 256.
Vientos (los), II 550, 568, 574, 581, 585; III 700, 712, 717; IV 6; XII 163; XIV 468, 474, 482.
Virtud: — (Árbol de la), XIV 195, 200; — (Monte de la), V 50.

Yálmeno, XII 322.
Yolao, VI 216.

Zéfiro (el viento del Oeste), III 703, 751; IV 80, 520, 570; VIII 155; X 250, 417; XII 192.
Zelis, X 125.
Zeus, I 66, 154, 185, 360, 502, 658, 664, 678, 690, 697, 702, 711, 715; II 140, 164, 223, 348, 380, 434, 458, 504, 508, 524, 597, 616, 618, 640, 659, 662; III 88, 96, 126, 128, 446, 487, 499, 597, 612, 617, 627, 635, 697, 709, 762, 774; IV 49, 56; V 103, 105, 108, 207, 290, 402, 485, 641; VI 141, 204, 259, 265, 293 (en epít.), 371; VII 206, 497, 531, 567; VIII 72, 223, 225, 351, 354, 431, 444, 450, 453, 470, 479; IX 9, 17, 23, 45, 107; X 40, 47, 189, 250, 301, 319, 331, 335, 343, 361, 482; XI 22, 273, 364, 401, 415, 419; XII 56, 94, 102-103, 161, 189, 207, 214, 386; XIII 361, 373, 413, 512, 520, 559, 560; XIV 70, 100, 119, 254, 421, 425, 427, 460, 463, 465, 510, 560, 599, 638, 643.
Zoro, III 231.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

El autor: noticia biográfica 7
La obra: noticia literaria...................... 20

La estructura, 23.—Las fuentes, 25.—El estilo, 34.

El texto: noticia de sus manuscritos, ediciones y traducciones 44

La presente traducción, 51.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA 53

LIBRO I 61

LIBRO II 103

LIBRO IIII 133

LIBRO IV 173

LIBRO V 207

LIBRO VI 245

LIBRO VII 281

Libro VIII 317
Libro IX 341
Libro X 369
Libro XI 395
Libro XII 421
Libro XIII 455
Libro XIV 487
Índice de nombres propios 521